



E. ZOLA



LA

TIERRA



Lectulandia

Este décimo quinto volumen de la serie Rougon-Macquart, es sin duda uno de los más impactantes. Zola presenta un retrato feroz del mundo campesino de finales del siglo XIX, codicioso, devorado de una pasión por la tierra que puede llegar hasta el crimen. Toda la obra está impregnada de una bestialidad capaz de conmocionar a los lectores de la época, ya que los apareamientos de animales alternan con los de los humanos, que a su vez se caracterizan por una gran precocidad y una brutalidad que a menudo llega hasta la violación. Desde su publicación, «La Tierra» ha generado violentas controversias, ilustradas en particular por el «Manifiesto de los Cinco», artículo publicado en «Le Figaro» por cinco jóvenes novelistas que aconsejaron a Zola que consultara al Dr. Charcot para curar sus morbosas obsesiones.

Lectulandia

Émile Zola

La Tierra

Los Rougon-Macquart - 15

ePub r1.0

Titivillus 16-05-2019

Título original: *La Terre*
Émile Zola, 1887
Traducción: Mariano García Sanz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

La tierra, que su autor había empezado a escribir en febrero de 1886, se publicó en noviembre de 1887. Aunque Zola era ya una figura muy combatida y sus libros acostumbraban a provocar siempre encendidas polémicas, en este caso la pasión alcanzó un nivel desacostumbrado. Tal vez fuese porque nunca había aplicado Zola con tanto rigor los principios del naturalismo. En todo caso, nunca sufrieron esos principios una repulsa tan virulenta por parte de sus enemigos e, incluso, por parte de algunos de sus antiguos partidarios. Se dijo que con La tierra «el maestro había descendido al fondo de la inmundicia». Se publicaban caricaturas donde Zola aparecía montado en un cerdo con alas, y un pie donde se decía que «Emilio Zola se elevaba en su Pegaso a las más altas regiones de la indecencia». Todo esto resultará más explicable si se tiene en cuenta que en 1887 la literatura empezaba a estar dominada por el movimiento simbolista y que, no ya el naturalismo, sino el simple realismo era una tendencia en retroceso.

Por razones no bien conocidas, pero que deben entroncarse con la infancia y la primera juventud del novelista, Zola detestaba a los campesinos. Por otra parte, su «ambientación» pecó de excesivamente sucinta. Escogió como escenario de su nueva novela la comarca de la Beauce, entre el Loire y el Sena, cuya principal ciudad es Chartres. Se trata de una región muy fértil, dedicada principalmente al cultivo de los cereales. Zola permaneció seis días en el cantón de Cloyes, cerca de Châteaudun, en el departamento de Eure y Loire. Es más, ni siquiera residió en la pequeña localidad de Cloyes, de unos dos mil habitantes y ambiente totalmente rural, sino en Châteaudun, desde donde escribiría a Céard, en mayo de 1886: «Ya tengo el rincón de que sentía necesidad. Es un pequeño valle, a cuatro leguas de aquí, en el cantón de Cloyes, entre la Perche y la Beauce, en los bordes de esta última. Hablaré de un pequeño riachuelo que desemboca en el Loir y que existe realmente. Tendré todo lo que preciso, grandes y pequeños cultivadores, un punto central muy francés, un horizonte típico, muy característico, una población alegre, sentido campesino. En suma, el sueño que había hecho».

Pero seis días de excursión campestre son muy pocos días para «ambientarse» antes de escribir una novela, sobre todo cuando luego se van

a adoptar criterios tan drásticos en la forma de juzgar a los campesinos. Los adversarios de Zola no dejarían de utilizar este argumento para combatirlo. Paul Valéry se burló de una «ambientación» que se reducía a recorrer la Beauce en un calesín. Y el manifiesto de «los cinco» hablaba de unos escenarios «apenas entrevistos al azar desde las ventanillas de un expreso». Lo cual era poco, muy poco sin duda, para los ambiciosos proyectos que Zola anunciaba en una carta a su traductor holandés, J. Van Santen Kolff: «Querría hacer sobre el aldeano con La tierra lo que hice sobre el obrero en Germinal. Añadid a esto que pienso seguir siendo artista, escritor, que quiero componer el poema viviente de la tierra. Pero ¿tendré fuerzas para remover un fardo tan pesado?».

Debemos reconocer, sin embargo, que si la «ambientación» fue demasiado sumaria, la documentación resultó muy minuciosa, según nos demuestra el voluminoso dossier que se conserva en la Biblioteca Nacional de París: interrogatorios de campesinos, informes de abogados sobre las sucesiones, cartas, artículos de periódicos, gacetillas, etc. Entre estas últimas figura un tremendo relato: «Una niña empleada en una granja de Toquars, ayuntamiento de Creuzier-le-Neuf, custodiaba una vaca en un campo. Se había atado a la muñeca la cuerda que servía para conducir al animal. De pronto, la vaca emprendió una veloz carrera hacia el establo, arrastrando a la pobre criatura. Al llegar la vaca a su destino, la pobre niña estaba completamente destrozada, hasta el punto de que la cabeza había quedado casi separada del tronco». Sin duda una estampa bien poco idílica. Tampoco tenían nada de idílicas las opiniones de algunas personas consultadas, entre las cuales se contó un furibundo revolucionario, muy barbudo y melenudo, llamado Jules Guesde. El terror de 1793 había pecado para este personaje de ser «muy poco mortífero» y para remediarlo preconizaba una subversión social apocalíptica. Zola, después de oír sus truculencias, apostilló: «Siempre que emprendo algún estudio tropiezo con el socialismo».

Anátole France, el mismo que había de pronunciar la oración fúnebre en el entierro de Zola y decir de él que había sido un «momento de la conciencia humana» —pero que ahora opinaba que más le valiera no haber nacido si lo había hecho para escribir novelas como La tierra—, calificaba a este libro como las «Geórgicas de la crápula». Y cinco jóvenes escritores, que hasta entonces se habían manifestado entusiastas admiradores de Zola, Paul Bonnetain, J. H. Rosny, Lucien Descaves, Paul Margueritte y Gustave Guiche, publicaron en el número de Le Figaro de 18 de agosto de 1887 un manifiesto que muchos atribuyeron a la inspiración de dos grandes amigos

de Zola: Alfonso Daudet y Edmundo de Goncourt. «Repudiamos estos engendros de la retórica zolesca, estas siluetas enormes, sobrehumanas y bicornes, desnudas de toda complicación, arrojadas brutalmente en pesadas masas a unos escenarios apenas entrevistos al azar desde las ventanillas de un expreso». «De esta última obra del gran cerebro que lanzó La taberna al mundo, de esta Tierra bastarda, nos alejamos resueltamente y no sin tristeza».

El primero que se iba a alejar de aquel modo de ver las cosas, y no con tristeza, sino con alegría, por motivos estrictamente personales, era Emilio Zola. Sólo faltaba un año para que conociera a Juana Rozerot y sus íntimos le viesan retornar a París completamente rejuvenecido, alegre, casi retozón, liberado de aquellas «crisis de desesperación que le hacían llorar durante horas enteras, con grandes sollozos, al margen de todo motivo personal de dolor, aplastado por la sola e inmensa tristeza de las cosas».

Hoy, superadas las polémicas a que dio lugar su publicación, La tierra se nos aparece como una de las mejores novelas de Zola. El público, y no tan sólo por razones de escándalo, ratificó este juicio pues, por el número de ejemplares vendidos, esta novela ocupa el cuarto lugar entre los Rougon-Macquart, después de Nana, El desastre y La taberna. Como todas las novelas de los Rougon, La tierra fue publicada primeramente en forma de folletín, por el periódico Gil-Blas.

Precisamente por los días en que acababa de publicarse La tierra se produjo en España la famosa polémica entre don Juan Valera y doña Emilia Pardo Bazán acerca de la novela naturalista. La segunda, que como es sabido se presentaba como discípula —desde luego, muy prudente discípula— de Emilio Zola, repudió también las «exageraciones» de La tierra. Resulta, en cambio, curioso que el primero, el cual enviaba desde Bruselas sus cartas sobre El arte nuevo de hacer novelas, no se apoyase nunca en este libro, al que ni siquiera cita, pero que tanto estruendo estaba produciendo en los medios literarios, para respaldar sus opiniones críticas, tan resueltamente opuestas a la obra entera de Emilio Zola y de sus discípulos e imitadores.

PRIMERA PARTE

I

PROVISTO de una sembradera de tela azulada anudada al vientre, Jean iba y venía por allí aquella mañana; con su mano izquierda mantenía la bolsa abierta, mientras con la derecha, en cuanto llevaba dados tres pasos, cogía de la misma un puñado de trigo que, con un solo movimiento, lanzaba a voleo. Sus gruesos zapatos hundíanse en el suelo, arrastrando consigo la grasienta tierra, en medio del cadencioso balanceo de su cuerpo, al tiempo que, con motivo de cada uno de esos lanzamientos que hacía, por entre la dorada simiente que incesantemente volaba por el aire, quedaban al descubierto y podían verse los encarnados ribetes de un uniforme de asistente, que por lo visto trataba de aprovechar hasta el último extremo. Yendo solo por delante, caminaba con aires de solemnidad; y, detrás suyo, para enterrar la semilla esparcida, rodaba lentamente un arado, al que iban uncidos dos caballos que a su vez avanzaban a impulsos de los prolongados y regulares chasquidos de látigo que un gañán hacía restallar por encima de sus orejas.

La parcela de tierra, de apenas una cincuentena de áreas, sita en el lugar denominado Cornailles, era de tan escasa importancia, que el señor Hourdequin, dueño de la Borderie, no había querido que se utilizara allí la máquina de sembrar, que tenía ocupada en otro lugar. Jean, que remontaba la pieza yendo de Mediodía a Norte, tenía precisamente ante sí, a dos kilómetros de distancia, las edificaciones de la granja. Cuando hubo llegado al final del surco, se puso a contemplar sin ver, mientras se tomaba unos instantes de respiro.

Tratábanse de construcciones de paredes bajas, algo así como una mancha oscura de viejas techumbres pizarrosas, perdida en el umbral de la Beauce, cuya llanura se extendía hacia Chartres. Bajo el vasto cielo, un cielo cubierto de finales de octubre, diez leguas de tierras destinadas al cultivo se ofrecían a la vista, en aquella estación, fuertes y amarillentas, grandes cuadriláteros de tierra labrada, que alternaban con las verdes sábanas de lucernas y tréboles; y toda esa superficie sin que se viera ni la más pequeña loma, sin un solo árbol

en cuanto alcanzaba la vista, que iba hundiéndose detrás de la línea del horizonte, limpia y redondeada como formada sobre un mar. Por la parte del Oeste únicamente, un pequeño bosque ribeteaba el cielo como una especie de franja chamuscada. En medio, una carretera, la de Châteaudun a Orleans, de la misma blancura que la tiza, seguía un trazado completamente recto durante cuatro leguas, proyectando en lontananza el desfile geométrico de los postes de telégrafo. Y ninguna otra cosa que no fueran tres o cuatro molinos de viento, erguidos sobre su armazón y con las aspas inmóviles. Los pueblecitos daban la impresión de islotes de piedra, un campanario a lo lejos emergía de un pliegue del terreno, sin que llegara a percibirse la iglesia, en medio de las suaves ondulaciones de aquella tierra de trigo.

Pero Jean se volvió hacia el otro lado y emprendió de nuevo su marcha, esta vez de Norte a Mediodía, haciendo oscilar el cuerpo en idéntica forma, con su mano izquierda sujetando la sembradera, y fustigando el aire con la derecha en un continuo volar de simiente. Ahora tenía delante de él, muy cerca, ocupando en primer término la llanura, lo mismo que si se tratara de un foso o zanja, el estrecho vallecillo del Aigre, a continuación del cual empezaba de nuevo la Beauce, inmensa llanura que se extendía hasta Orleans. No era posible percibir prados ni sombras sino en una línea de grandes álamos cuyas amarillentas copas sobresalían de la hondonada, semejantes a cortos matorrales si se observaban siguiendo con la vista la llanura existente a ambos lados de aquella depresión del terreno. Del pueblecito de Rognes, construido sobre la pendiente, sólo se veían algunas techumbres, situadas al pie de la iglesia, que levantaban en alto su campanario de grises piedras, habitado por familias muy antiguas de cuervos. Y por la parte del Este, más allá del valle del Loire, donde dos leguas más allá se ocultaba Cloyes, capital del cantón, se perfilaban las lejanas lomas del Perche, violáceas bajo el apizarrado día. Se hallaba uno allí en el antiguo Dunois convertido hoy en distrito municipal de Châteaudun, entre el Perche y la llanura de la Beauce, en el mismo borde de esta última, en ese lugar donde la menor fertilidad de las tierras hicieron que se le diese el nombre de piojosa Beauce. Cuando Jean llegó al borde del campo, todavía se detuvo un momento y lanzó una ojeada hacia la parte baja, a lo largo del riachuelo del Aigre, vivo y transparente a través de los herbajes, que seguía la carretera de Cloyes, surcada aquel sábado por las tartanas de los campesinos que acudían al mercado. Seguidamente, volvió a su tarea, remontando de nuevo la parcela.

Y siempre así, con el mismo paso y haciendo los mismos movimientos, se dirigía hacia el Norte, para retornar luego hacia el Sur, envuelto en el viviente

polvillo de la simiente, en tanto que, detrás suyo, el arado, bajo los chasquidos del látigo, iba enterrando los gérmenes, con el mismo suave ritmo, que hubiérase dicho reflexivo. Prolongadas lluvias habían determinado un retraso en las siembras de otoño; todavía se había estercolado en agosto, y las tierras de labor estaban a punto desde hacía mucho tiempo, profundas en sus surcos, limpias de hierbas, bien dispuestas para volver a producir trigo, después del trébol y la avena, siguiendo la rotación de cultivos trienal. Por otra parte, el miedo a próximas heladas, que constituían una amenaza después de aquellos diluvios, hacía que los labradores se apresurasen. El tiempo se había convertido repentinamente en frío, un tiempo color de hollín, sin un soplo de viento, de una luz monótona y sombría sobre aquel océano de tierra inmóvil. Por todas partes se sembraba: había otro a mano izquierda haciendo ese mismo trabajo, a unos trescientos metros; otro más lejos hacia la derecha; y en distintos lugares se hundían enfrente muchos más todavía, siguiendo la perspectiva huidiza de los terrenos llanos. Eran como siluetas negras, simples trazos cada vez más delgados que se perdían a lo lejos en distancias de leguas. El llano parecía como sumido en un estremecimiento hasta las anegadas lontananzas, donde los sembradores ya no podían ser vistos.

Recorría Jean la parcela por última vez, cuando, en dirección a Rognes, percibió una voluminosa vaca, blanca y con manchas rojizas, a la que una jovencita, casi niña, llevaba sujeta con una cuerda. La pequeña campesina y el animal seguían el sendero que se extendía a lo largo del valle que bordeaba la meseta; y, vuelto de espaldas, había dado ya por terminada la siembra con su última vuelta remontando la pieza, cuando un ruido de precipitada carrera, acompañado de gritos ahogados, hizo que levantara de nuevo la cabeza, en el momento en que ataba su sembradera para marcharse. Era la vaca que había escapado de forma arrebatada y galopaba por un campo de alfalfa, seguida de la jovencita que se esforzaba por retenerla. Temiendo que ocurriera una desgracia, gritó desde lejos a la muchacha:

—¡Suéltala, es lo mejor!

Pero ella no hacía más que jadear, injuriando a su vaca con voz colérica y asustada.

—¡Esta *Coliche*! ¿Quieres obedecerme, maldita *Coliche*?... ¡Ah, mala bestia!... ¡Condenada vaca!

Hasta aquel momento, corriendo y saltando atropelladamente en la medida que se lo permitían sus piernecitas, la chica había podido seguir al animal en su loca carrera. Pero hubo un momento en que tropezó, cayendo al suelo por vez primera, para luego levantarse e ir a caer de nuevo algo más

lejos; y, a partir de entonces, cada vez más alocada, acabó por arrastrarla precipitadamente tras de sí. La muchacha no cesaba de dar alaridos. Su cuerpo iba dejando marcado un surco por entre la alfalfa.

—¡Suéltala de una vez, maldita sea! —continuaba gritando Jean—. ¡Suéltala!

Y lanzaba ese grito maquinalmente, impulsado por el terror, pues también él corría apresuradamente en aquellos instantes, después de haber comprendido por fin lo que estaba sucediendo: la cuerda debía haber formado un nudo alrededor de la muñeca, cerco que se iba estrechando a cada nuevo esfuerzo que la chiquilla hacía. Afortunadamente, Jean cortó de sesgo a través de un sembrado, hasta conseguir colocarse delante de la vaca, haciéndolo además a un galope tal, que ésta, asustada, se paró en seco. Ya en aquel instante procedía Jean a desatar la cuerda, y hacía que la jovencita se sentara en la hierba.

—¿No te has roto nada?

Pero la muchacha ni siquiera se había desvanecido. Se puso rápidamente en pie, se palpó por todas partes, remangó sus faldas hasta los muslos, con tranquilidad, para observar sus rodillas que parecían arderle, dejando traslucir todavía un sofoco que la impedía hablar.

—Aquí noto como una punzada... Pero, lo mismo da, el caso es que puedo moverme, nada en definitiva... ¡Oh! ¡He pasado mucho miedo! ¡Creí que me convertía en papilla!

Y, examinando su forzada muñeca, en la que podía observarse un círculo enrojecido, acopló a ella sus labios para humedecer con saliva la parte escocida, añadiendo en medio de un profundo suspiro, ya recobrada y tranquila:

—La *Coliche* no es mala. Lo único que ocurre es que, desde esta mañana, no cesa de hacernos rabiarse, porque está en celo... Y por eso voy a la Borderie, para que la monte el toro.

—¿A la Borderie? —repitió Jean—. También yo voy allí, te acompaño.

Seguía tuteándola, tratándola como si fuera una rapazuela, tan poco desarrollada estaba todavía para los catorce años que tenía. Ella, con la barbilla levantada, observaba con gesto muy serio a aquel buen mozo de piel color castaño, de recortados cabellos, cara llena y regulares facciones, cuyos veintinueve años le hacían aparecer ante ella como un hombre ya viejo.

—¡Oh! Me parece que le conozco; usted es Caporal, el carpintero que se quedó como criado en casa del señor Hourdequin.

Al oír aquel apodo con que los campesinos le designaban, el joven esbozó una sonrisa; y la contemplaba a su vez, sorprendido al darse cuenta de que casi era ya una mujer, con sus turgentes senos en formación, con aquella cara en la que resaltaban unos ojos de profunda mirada y unos labios abultados, de una carne fresca y sonrosada como la del fruto que está en trance de madurar. Vestida con una falda gris y una chambra negra de lana, y cubierta la cabeza con un gorro redondo, tenía una piel muy morena, curtida y dorada por el sol.

—¡Pero si eres la hija menor del tío Mouche! —exclamó él—. No te había reconocido... ¿No estoy en lo cierto?, Tu hermana era la querida de Buteau, esta última primavera, cuando él trabajaba conmigo en la Borderie, ¿no es así?

Ella contestó sencillamente:

—Sí, yo soy Françoise... Mi hermana Lise era quien se entendía con el primo Buteau, y está actualmente embarazada de seis meses... Él huyó y se encuentra a estas horas por el lado de Orgères, en la granja de la Chamade.

—Así es, en efecto —concluyó diciendo Jean—. Los vi juntos en distintas ocasiones.

Y permanecieron silenciosos durante unos instantes, mirándose de frente, él riéndose mientras recordaba haber sorprendido una noche a los dos amantes detrás de una rueda de molino, y ella sin cesar de lamer su dolorida muñeca, como si la humedad de los labios consiguiera calmarle el escozor; entretanto, en un campo vecino, la vaca, tranquila, se dedicaba a engullir manojos de alfalfa. El labriego y el arado habían desaparecido ya dando un rodeo para alcanzar la carretera. Se oía el graznido de dos cuervos que revoloteaban continuamente alrededor del campanario. Sonaron los tres toques del Ángelus en medio de aquel sosegado y mortecino ambiente.

—¡Cómo! ¡Pero si ya son las doce! —exclamó Jean—. Apresurémonos.

Luego, contemplando a la *Coliche* en el campo vecino, comentó:

—¡Vaya! ¡Menudo destrozo está haciendo tu vaca! Si llegaran a verla... ¡Espera, atrevida, que voy a propinarte una paliza!

—No, déjela, —dijo entonces Françoise, haciendo ademán detenerle—. Ese prado nos pertenece. ¡La muy maldita se hartó de hacerme dar volteretas en nuestras propias tierras! Toda esa zona lindante, hasta Rognes, es de la familia. Nosotros llegamos hasta allí abajo; lo que hay al lado es de mi tío Fouan; y más a lo lejos está lo de mi tía la Grande.

Y mientras hacía gestos señalando las distintas tierras, la muchacha había traído consigo la vaca hasta el sendero. Y fue solamente entonces, cuando la

tuvo ya bien agarrada de nuevo por la cuerda, cuando pensó en darle las gracias al joven.

—¡Desde luego le debo un gran favor! ¡Gracias, muchas gracias de todo corazón!

Se habían puesto a caminar, siguiendo el sendero que se extendía a lo largo del pequeño valle antes de hundirse en los campos. El último toque del Ángelus acababa de extinguirse, sólo los cuervos seguían revoloteando de un lado para otro. Y, llevando detrás a la vaca, sujeta con la cuerda, ninguna de los dos se decían nada, sumidos de nuevo en ese silencio tan peculiar de los campesinos que caminan juntos durante leguas y leguas, sin cruzar entre sí una sola palabra. A su derecha, su mirada se desvió hacia una sembradora mecánica, cuyos caballos dieron la vuelta muy cerca de ellos. El gañán les saludó y ellos respondieron en el mismo tono de seriedad. En la parte baja, a su izquierda, a lo largo de la carretera de Cloyes, las tartanas continuaban su desfile, pues el mercado no empezaba hasta la una. Parecían sufrir duras sacudidas sobre sus dos ruedas, dando la impresión de insectos saltadores, y se veían a lo lejos en tan gran número, que sólo se distinguía de los tales carricoches el punto blanco constituido por los gorros de las mujeres.

—Ahí va mi tío Fouan con mi tía Rose, que se dirigen a casa del notario —dijo Françoise con los ojos fijos en un coche, al que se veía correr a unos dos kilómetros de distancia y que desde allí no parecía tener mayor tamaño que el de una cáscara de nuez.

La muchacha tenía ese ojo agudizado del marinero, esa capacidad de visión a larga distancia que acostumbra a tener la gente que habita las llanuras, constantemente aplicada a los menores detalles, capaces de distinguir un hombre o de un animal en la movediza mancha de su lejana silueta.

—¡Ah! Sí, ya me han contado —repuso Jean—. Por lo visto la decisión ha sido tomada, y el viejo reparte sus bienes entre su hija y sus dos hijos.

—Así es; hoy están citados en casa del señor Baillehache —contestó la joven mientras seguía contemplando como la tartana desaparecía a toda velocidad—. A nosotros nos tiene sin cuidado, no va a hacernos engordar, ni tampoco adelgazar... Únicamente por lo que se refiere a Buteau; y eso porque mi hermana cree que, cuando tenga su parte, quizás se decida a casarse con ella.

Jean se echó a reír.

¡Vaya bandido el tal Buteau! Eramos compañeros... ¡Oh! ¡Eso de engañar a las muchachas no le cuesta gran esfuerzo! Incluso prescinde de formulismos

muchas veces, pues cuando no se le entregan amablemente se hace con ellas a puñetazos.

—¡Es un cochino! —declaró Françoise con aire convencido—. No se comete la cochinada de plantar a una primad dejándola embarazada.

Pero, de repente, sobrecogida de cólera y abandonando su comentario, exclamó:

—¡Maldita *Coliche*! ¡Vas a ver como te hago danzar!... Volvemos a estar en las mismas. En cuanto le entra esa inquietud se pone imposible.

De una violenta sacudida, la joven hizo dar un respingo a la vaca. La tartana desapareció en el horizonte, en tanto que los dos seguían su caminata por la llanura, no teniendo frente a sí, a derecha e izquierda, otro panorama que la indefinida sucesión de cultivos. Entre las tierras labradas y los prados artificiales, el sendero se extendían completamente llano, sin un matorral, conduciendo a la granja, que hubiérase dicho estar al alcance de la mano, pero que parecía ir retrocediendo bajo aquel cielo color ceniza. Se habían sumido de nuevo en su silencio sin volver a abrir la boca como invadidos por la gravedad reflexiva de la Beauce, de aquellas tierras tan tristes y tan fecundas.

Cuando llegaron, el gran patio cuadrado de la Borderie, cerrado por tres de sus lados merced a las edificaciones destinadas a establos, rediles y otros cobertizos, se hallaba desierto. Sin embargo, en el umbral de la cocina enseguida apareció una mujer, menuda, de aire desenvuelto y bonita.

—¿Qué es lo que ocurre, Jean? ¿No se come esta mañana?

—Ahora voy, señora Jacqueline.

Desde que la hija de Cognet, el peón caminero de Rognes, la Cognette como acostumbraban a llamarla cuando lavaba los platos de la granja a los doce años, había llegado a ostentar los honores de sirvienta-dueña, se hacía tratar como señora, imponiéndose despóticamente.

—¡Ah! ¿Eres tú Françoise? —continuó diciendo—. ¿Vienes por el toro? Pues tendrás que esperar. El vaquero está en Cloyes con el señor Hourdequin. Pero regresará pronto; ya debiera estar aquí.

Y, cuando Jean se disponía a entrar en la cocina, le cogió por la cintura, frotándose contra él entre risas, sin inquietarse lo más mínimo ser vista, como enamorada glotona que no se contentaba con los gustos que pudiera proporcionarle el dueño.

Françoise, a quien había dejado sola, esperó pacientemente, sentada sobre un banco de piedra, delante del estercolero, que ocupaba un tercio de la superficie del patio. Miraba, aunque sin prestar atención, una bandada de polluelos picoteando por todos lados y recalentando sus patas en aquel amplio

y bajo lecho, al que el frescor del aire hacía humear desprendiéndose del mismo como un vapor azulado. Al cabo de una media hora, cuando Jean volvió a aparecer por allí, acabándose de comer una rebanada de pan con mantequilla, la joven no se había movido. Sentóse él a su lado, y como quiera que la vaca volviera a agitarse, golpeándose los costados con la cola mientras mugía, acabó por decir:

—Es un fastidio eso de que el vaquero no haya regresado.

La joven se encogió de hombros. No tenía ninguna prisa. Luego tras un nuevo silencio, preguntó:

—¿Entonces, Caporal, usted se llama simplemente Jean?

—No, mi nombre es Jean Macquart.

—¿Y no es usted de aquí?

—No, soy provenzal, de Plassans, un pueblo de allá abajo.

Mientras tanto, ella había levantado los ojos para examinarle, sorprendida de que se pudiera ser de tan lejos.

—Después de Solferino —siguió él diciendo—, hace de esto dieciocho meses, volví de Italia, una vez licenciado, y fue un compañero de armas quien me trajo aquí... Entonces, como quiera que mi antiguo oficio de carpintero no me llamaba ya la atención, decidí quedarme en la granja.

—¡Ah! —dijo ella simplemente, sin dejar de mirarle con sus hermosos ojos negros.

Pero, en aquel momento, la *Coliche* prolongó su desesperado mugido de ansioso deseo; y un soplo ronco llegó hasta allí desde la cuadra, cuya puerta se hallaba cerrada.

—¡Mira —gritó entonces Jean—, ese grandísimo pillo de *César* la ha oído!... Escucha cómo se impacienta ahí adentro... ¡Oh! Sabe muy bien el papel que tiene que desempeñar; no se puede hacer entrar una vaca en el patio, sin que se dé cuenta de su presencia y comprenda lo que requieren de él...

Luego, interrumpiéndose, añadió:

—Por lo que veo, el vaquero ha debido quedarse con el señor Hourdequin... Si quieres te traigo el toro. Entre los dos realizaríamos la faena.

—Sí, es una idea —dijo Françoise al tiempo que se levantaba.

Estaba él abriendo ya la puerta de la cuadra, cuando todavía preguntó:

—¿Será preciso sujetar a la vaca?

—¿Sujetarla? ¡No, no vale la pena!... Está más que dispuesta a ello, y no se moverá en absoluto.

Al ser abierta la puerta, pudieron verse, en dos hileras, a uno y otro lado del pasillo central, las treinta vacas que integraban la granja, unas echadas en el suelo del establo, otras moliendo entre sus mandíbulas las remolachas de su pila; y, en el ángulo donde él se encontraba, percibíase asimismo uno de los toros, un holandés negro con manchas blancas, que alargaba la cabeza, ansioso por cumplimentar su tarea.

En cuanto fue desatado, salió *César* lentamente. Pero de repente se detuvo, como sorprendido por la pureza de la atmósfera y el hermoso día que hacía; permaneció unos instantes inmóvil, erguido sobre las patas, balanceando nerviosamente el rabo, con el cuello hinchado y el morro tenso, como olfateando. La *Coliche*, sin moverse, volvía hacia él sus abultados ojos, mirándole con fijeza y mugiendo en un tono más bajo. Avanzó entonces el toro, se adosó a ella y posó la cabeza sobre la grupa de la vaca, en un breve y fuerte embite; con la lengua colgante, separó la cola de la hembra. Y le lamió hasta las ancas; mientras, la vaca le iba dejando hacer sin moverse lo más mínimo, con la piel contraída por un estremecimiento de deseo. Jean y Françoise, muy serios balanceando las manos, esperaban.

Y, en cuanto estuvo a punto, de un salto brusco, *César* montó a la *Coliche*, haciéndolo con potente pesadez que hizo retemblar el suelo. La vaca no se había agachado, y el toro la estrechaba los flancos con sus dos patas. Pero ella, una bestia de envergadura, resultaba tan ancha y alta para el toro, de raza menos fuerte, que éste no llegaba. Así lo advirtió el animal, por lo que trató de alzarse, aunque inútilmente.

—Es demasiado pequeño —dijo Françoise.

—Sí, un poco —asintió Jean—. Pero no importa, ya se las compondrá igualmente.

Ella meneó la cabeza, en son de duda; y como *César* siguiese todavía buscando a tientas, haciendo continuos esfuerzos, la joven tomó una decisión:

—No, es preciso ayudarle... Si entra mal, habremos perdido el tiempo, porque la vaca no retendrá el semen.

Con aire calmoso y atento, como quien se halla metido en una seria tarea, la muchacha se había adelantado. El esmero que ponía en el cometido que se había asignado hacía parecer más profundo el negro de sus ojos, entreabriendo sus rojos labios en aquella cara inmóvil. Levantó el brazo, cogió el miembro del toro, que enfocó debidamente, y este último cuando lo sintió en el mismo borde, concentró todas sus fuerzas e hizo penetrar el miembro de un solo embite de sus riñones. Luego, lo hizo salir nuevamente. La faena había concluido: aquello venía a ser el golpe del plantador que

hunde una semilla. Sólida, con la fertilidad impasible de la tierra que se siembra, la vaca había recibido, sin hacer un solo movimiento, aquel chorro fecundante del macho. Éste había vuelto a poner sus patas delanteras en el suelo, que volvió a hacer vibrar.

Después de haber retirado su mano, Françoise permanecía con el brazo en el aire. Y acabó por bajarlo mientras decía:

—Se acabó.

—¡Y en un instante! —respondió Jean con aire de convicción, en el que aparecía involucrado el contento y la satisfacción que experimenta el buen obrero cuando observa un trabajo rápido y bien realizado.

Ni siquiera pasaba por su imaginación soltar una de esas ocurrencias picantes, con que los mozos de la granja solían embromar a las muchachas que, con el propio objeto, traían allí sus vacas. Aquella chiquilla parecía encontrar aquello tan elemental y necesario, que el joven no veía en ello motivo alguno de risa, honestamente hablando. Tratábase de la naturaleza, pura y simplemente.

Pero, desde hacía unos instantes, se hallaba Jacqueline de nuevo en el umbral de la puerta; y, con un sonsonete de garganta que le era familiar, soltó alegremente la siguiente frase.

—¡Vaya, vaya! ¡Siempre la mano en todas partes! ¡Por lo visto tu enamorado tampoco tiene puntería!

Al no poder contener Jean una carcajada, Françoise se puso sonrojada de repente. Confusa y sin saber como ocultar su violencia, mientras *César* volvía a la cuadra por propio impulso y la *Coliche* pacía algo de avena que había por el estercolero, se puso a rebuscar en sus bolsillos hasta sacar de uno de ellos su pañuelo, del que desató la punta en donde había metido los cuarenta sueldos que valía la montada.

—¡Tenga! ¡Aquí tiene el dinero! —dijo—. ¡Buenas tardes!

Seguidamente se fue con su vaca, y Jean, que había vuelto a coger su sembradera, la siguió diciendo a Jacqueline que iba al campo de Poteau, según las órdenes que para aquel día le había dado el señor Hourdequin.

—¡Está bien! —respondió ella—. Allí debe estar el arado.

Después, cuando el mozo se unió a la pequeña campesina y se alejaban ya por el estrecho sendero, uno tras el otro, todavía les gritó aquella mujer con voz socarrona:

—No existe ningún peligro ¿verdad? Si llegerais a perderos yendo juntos, la pequeña conoce bien el camino.

A sus espaldas, el patio de la granja volvió a quedar desierto. En esta ocasión, ninguno de los dos encontró en aquella ocurrencia motivo alguno de risa. Caminaban pausadamente, sin más ruido a su alrededor que el que producían sus zapatos al pisar las piedras. Jean no veía de ella más que su nuca infantil, en la que se podían contemplar cortos cabellos rizados, bajo la redonda gorrita. Por fin, cuando ya hubieron dado una cincuentena de pasos, la muchacha reaccionó, diciendo pausadamente:

—Comete un error haciendo que las demás mujeres caigan en la trampa de los hombres. Hubiera podido contestarle...

Y, volviéndose hacia el joven al tiempo que le observaba con gesto de malicia, añadió:

—¿No es cierto que deja en mal lugar al señor Hourdequin, lo mismo que pudiera hacerlo si fuese ya su mujer?... Es muy posible que usted sepa alguna cosa sobre el particular.

El joven se turbó, poniendo cara de atontado.

—¡Que diablos!, Hace lo que le viene en gana; es algo que sólo a ella incumbe.

Françoise, volviéndole de nuevo la espalda, había reanudado la marcha.

—Sí, desde luego, eso es verdad... Me permito bromear únicamente, porque usted casi podría ser mi padre, y todas esas cosas carecen por lo tanto de consecuencias... Pero, créame, desde que Buteau cometió semejante cochinado con mi hermana, me juré solemnemente a mí misma hacerme trizas antes que tener un amante.

Jean hizo un movimiento con la cabeza, y ya no se volvió a hablar más. El pequeño campo del Poteau se hallaba al final del sendero, a mitad del camino que conduce a Rognes. Cuando estuvo allí, el joven se detuvo. El arado le esperaba, y uno de los surcos había sido descargado un saco de simiente. Se puso entonces a llenar su sembradera mientras decía:

—¡Adiós, pues!

—¡Adiós! —respondió Françoise—. ¡Y gracias una vez más!

Pero, repentinamente, Jean pareció experimentar algún temor y, enderezándose, gritó desde lejos:

—Escucha, ¿y si la *Coliche* volviera a las andadas?... ¿Quieres que te acompañe hasta tu casa?

Ella, que se había alejado bastante, se volvió al oírle, y a través del impresionante silencio de la campiña, le espetó con voz serena y fuerte:

—¡No, no! ¡Es inútil! ¡No hay ningún peligro, está saciada!

Jean, con la sembradora anudada al vientre, había iniciado el descenso de la pieza labrada, procediendo con el incesante gesto de siempre a repartir la simiente a voleo; y, entretanto, levantaba la vista para mirar a lo lejos, contemplando a Françoise que iba desapareciendo entre los cultivos, diminuta tras su indolente vaca, que caminaba balanceando su gran corpachón. Cuando volvió a remontar la tierra, dejó de verla; pero, al dar la vuelta de nuevo, la divisó otra vez, todavía más achicada, tan delgada que parecía más bien una flor de diente de león, con su fina cintura y su gorrito blanco. Por tres veces la vio disminuir en la misma forma, mientras seguía el ritmo de su trabajo; continuó después buscándola, pero había debido torcer por delante de la iglesia.

Sonaron las dos, el cielo permanecía gris, quieto y helado, y una especie de polvillo, algo así como una finísima ceniza, parecía haber sepultado el sol por espacio de largos meses, hasta la primavera. En medio de aquel ambiente de tristeza, una mancha más clara hacía palidecer las nubes; hacia Orleans, como si por aquel lado el sol hubiera resplandecido en algún sitio, a dos leguas de distancia. En esa pálida escotadura era donde se destacaba el campanario de Rognes, en tanto que el pueblo quedaba más abajo, oculto en el pliegue invisible del pequeño valle del Aigre. Pero hacia Chartres, en la parte Norte, la línea llana del horizonte conservaba su limpieza de trazo de tinta cortando una acuarela, como para separar la uniformidad terrosa del vasto cielo y la sucesión sin límites en el espacio de la Beauce. Después del almuerzo, el número de sembradores parecía haber aumentado. Ahora, cada porción de pequeño cultivo disponía del suyo, se multiplicaban pululaban por todas partes como negras y laboriosas hormigas, situadas allí para realizar algún enorme trabajo, afanándose en una tarea desmesurada, de gigantesco tamaño al lado de su pequeñez; sin embargo, podía percibirse, incluso en los que se hallaban más alejados, su gesto de obstinación, siempre el mismo, esa tenacidad de insectos en eterna lucha con la inmensidad del suelo, victoriosos, al fin, por lo que se refiere al tiempo que al espacio.

Jean estuvo sembrando hasta que se hizo de noche. Después del campo del Poteau, lo hizo en el de las Rigolles y en el de los Quatre-Chamins. Iba y venía, dando largos y acompasados pasos por las labradas tierras. El trigo de su sembradora se esparcía también con regularidad, y la semilla que iba dejando tras de sí fecundaba la tierra.

II

LA casa de maese Baillehache, notario en Cloyes, se hallaba situada en la calle Grouaise, yendo hacia Châteaudun a mano izquierda. Era una casita blanca de un solo piso, en cuya esquina figuraba el único farol que iluminaba aquella ancha calle adoquinada, desierta durante la semana y animada el sábado por una oleada de campesinos que acudían al mercado. Desde lejos, veíanse relucir las placas sobre la línea calcinosa que formaban las edificaciones contiguas, más bajas; y, por detrás, un estrecho jardín descendía hasta el Loir.

Aquel sábado, en la pieza que servía de despacho y que daba a la calle, el escribiente de la notaría, un chiquillo de quince años, pálido y enclenque, había levantado una de las cortinas de muselina, para ver pasar a la gente. Otros dos, que actuaban allí como pasantes, uno de ellos ventrudo y de sucio aspecto, y el otro algo más joven, flaco y estragado por la bilis, escribían sobre una mesa de doble pendiente, de abeto ennegrecido, que integraba todo el mobiliario, junto con siete u ocho sillas y una estufa de hierro fundido, que sólo se encendía en diciembre, incluso aunque nevase para Todos los Santos. Las estanterías que figuraban adosadas a las paredes y las verdosas carpetas, gastadas por los ángulos y rebosantes de amarillentos legajos, envenenaban la atmósfera de la pieza con un olor a tinta corrompida y a viejos papeles comidos por el polvo.

Entretanto, sentados uno al lado del otro, dos campesinos, hombre y mujer, hallábanse allí esperando, sumidos en una inmovilidad y con una paciencia dignos del mayor respeto. La visión de tantos papeles, y sobre todo la de aquellos señores que escribían tan deprisa y cuyas plumas crujían a la vez, les tenían como sobrecogidos, sugiriendo en sus cerebros ideas relacionadas siempre con el dinero y los pleitos. La mujer, que tendría unos treinta y cuatro años, muy morena, y de agradable rostro que echaba a perder una inconmensurable nariz, había cruzado sus secas manos de trabajadora sobre su chambrá de paño negro, ribeteada de terciopelo, y con su viva mirada ojeaba los rincones, soñando en los títulos de propiedad que allí dormían;

mientras, el hombre, cinco años mayor que ella, plácido y sonrosado, vestido con pantalón negro y una holgada blusa azul completamente nueva, sostenía sobre sus rodillas un sombrero redondo de fieltro, sin que el más leve asomo de pensamiento o idea animase su ancha cara color de barro cocido, cuidadosamente afeitada, y agujereada por dos ojos de gran tamaño que recordaban el azul loza, de una fijeza de buey en reposo.

A todo esto, se abrió una puerta y maese Baillehache, que venía de almorzar en compañía de su cuñado, el granjero Hourdequin, apareció con su tez rojiza, fresca todavía para sus cincuenta y cinco años, con sus abultados labios y sus párpados embridados, cuyas arrugas hacían que pareciera estar sonriendo siempre. Usaba lentes y, como obedeciendo a un gesto maníaco, estaba continuamente retorciéndose los grisáceos pelos de sus patillas.

—¡Ah! ¿Es usted, Delhomme? —dijo—. ¿Se decidió ya el tío Fouan a hacer la partición?

Fue la mujer quien contestó:

—Sí, señor Baillehache... Nos hemos citado todos aquí, para ponernos de acuerdo y que usted nos dijera cómo teníamos que proceder.

—Está bien, está bien, Fanny; ya veremos entonces... Acaba de dar la una, y aún habremos de esperar a los otros.

El notario todavía estuvo conversando unos instantes con ellos, preguntando por el precio del trigo, en baja desde hacía dos meses, testimoniando en fin a Delhomme la consideración amistosa debida a un labrador que poseía una veintena de hectáreas, un criado y tres vacas. Seguidamente entró en su despacho.

Los pasantes no habían levantado la cabeza, exagerando el rasgueo de sus plumas; y, como si nada hubiera ocurrido, los Delhomme adoptaron otra vez su actitud de espera, inmóviles. Aquella Fanny había tenido suerte al casarse con un hombre enamorado, honrado y rico, que ni siquiera había llegado a dejarla encinta antes de casarse, ella, que no esperaba del tío Fouan más que alrededor de unas tres hectáreas. Su marido, por lo demás, no sentía el menor arrepentimiento, pues, por mucho que la hubiese buscado, no hubiera podido encontrar un ama de casa más inteligente ni más activa, hasta el punto de que se dejaba llevar por ella en todas las cuestiones que pudieran suscitarse, precisamente por tratarse de un hombre de pocos alcances, aunque de una serenidad y de una rectitud tales, que en Rognes le designaban con mucha frecuencia como árbitro.

En aquel momento, el escribiente, que seguía contemplando la calle, sofocó una risa entre sus dedos, mientras se inclinaba a su vecino, el viejo

ventrudo y de mal aspecto, y le murmuraba al oído:

—¡Oh! ¡Jesucristo!

Con vivo gesto, Fanny se había inclinado al oído de su marido para decirle:

—Tú ya sabes, déjame hacer a mí... Quiero mucho a papá y a mamá, pero no me gusta que nos roben, desconfiemos en todo caso de Buteau y de ese canalla de Hyacinthe.

Se estaba refiriendo a sus dos hermanos. Había visto por la ventana al mayor de ellos, ese Hyacinthe el que toda la comarca conocía con el apodo de Jesucristo; un holgazán y un borracho que, a su regreso del servicio, después de haber hecho las campañas de África, se había dedicado a vagabundear por los campos, rechazando sistemáticamente cualquier trabajo fijo o continuado, viviendo de la caza furtiva y del merodeo, como si todavía hubiera estado en circunstancias de explotar descaradamente a un pueblo amedrantado de beduinos.

En aquel mismo momento entró un buen mozo, con toda la fuerza muscular de sus cuarenta años, de cabellos rizados y puntiaguda barba, larga y desordenada, con una cara de Cristo asolado. Desde por la mañana, en Cloyes, estaba embriagado, con el pantalón lleno de salpicaduras de barro, la blusa rebosando manchas por todas partes y una gorra inclinada sobre la nuca; iba fumando un cigarro barato, húmedo y negro, que apestaba de lejos. Sin embargo, en sus hermosos y desvanecidos ojos podía observarse cierta guasa exenta de malicia, el corazón abierto de la persona entregada por entero a la crápula.

—¿No han venido todavía el padre y la madre? —preguntó.

Y, como sea que el pasante enjuto, amarillento y bilioso, le respondiera con gesto de rabia haciendo un gesto negativo con la cabeza, permaneció unos instantes mirando a la pared, mientras el cigarro que tenía en la mano se consumía solo. Ni siquiera se había dignado dirigir una mirada a su hermana y a su cuñado, quienes, por su parte, tampoco parecían haberle visto entrar. Luego, sin añadir una sola palabra, salió de allí y se fue a esperar en la acera.

—¡Oh, Jesucristo! ¡Oh, Jesucristo! —repitió canturreando el pequeño escribiente, con la nariz en dirección a la calle y un aire cada vez más divertido por aquel apodo que despertaba en su memoria divertidas historias.

Pero apenas habían transcurrido cinco minutos, cuando por fin llegaron los Fouan, dos viejos de movimientos pausados y prudentes. El padre, en otro tiempo muy robusto y que en la actualidad contaba setenta años de edad, se había como desecado y empequeñeciendo en un trabajo tan duro, en una

pasión por la tierra tan ávida, que su cuerpo se encorvaba, cual si pretendiera volver a aquella tierra, violentamente deseada y poseída. A pesar de todo, salvo las piernas, se mantenía firme todavía y de buen porte, con sus patillas blancas, en forma de patas de liebre, y su larga nariz característica en la familia, que aguzaba su delgada cara angulosa sembrada de arrugas. Y, a su sombra, no estando separada de él ni por la suela del zapato, podía verse a la madre, más pequeña, que parecía haber conservado la gordura y tenía el vientre hinchado como si estuviera abocada a una hidropesía; su rostro tenía el color de la avena, los ojos eran redondos y lo mismo ocurría con su boca, a la que una infinidad de arrugas daban la impresión de querer cerrar lo mismo que si se tratara de la bolsa del avaro. Estúpida, reducida a desempeñar en el hogar un papel de bestia dócil y laboriosa siempre había temblado ante la autoridad despótica del marido.

—¡Ah! ¡Son ustedes! —exclamó Fanny al tiempo que se levantaba.

Delhomme había abandonado asimismo su silla. Y, detrás de los viejos, reapareció Jesucristo, contoneándose y sin decir una sola palabra. Aplastó la punta de su cigarro para apagarlo y luego introdujo la pestilente colilla en un bolsillo de su blusa.

—Entonces, ya casi puede decirse que estamos todos —dijo Fouan—. No falta más que Buteau... Jamás llega a la hora en punto, nunca se comportará ese tipo como los demás.

—Le he visto en el mercado —declaró Jesucristo con voz enronquecida por el aguardiente—. Desde luego vendrá.

Buteau, el menor de todos ellos, que contaba en la actualidad veintisiete años, debía el sobrenombre de emperrado, a su mala cabeza, siempre desordenada, obstinado continuamente en sus propias ideas, que nadie compartía. Incluso, siendo un rapaz, no había podido llevarse bien con sus padres; y más tarde, después de haber salido bien librado del servicio militar, había escapado del hogar para ponerse a trabajar, primero en la Borderie, y poco después en la Chamade.

Pero, cuando el padre todavía continuaba refunfuñando, entró Buteau, decidido y alegre. En él, la enorme nariz de los Fouan se había aplanado mientras que por la parte baja del rostro, los maxilares se habían pronunciado hacia adelante como potentes quijadas de pájaro carnicero. Tenía las sienas hundidas, estrechándosele el cráneo por arriba, y tras la expresión alegre de sus ojos grises, se adivinaban ya la astucia y la violencia. Había heredado de su padre el deseo brutal, un fuerte empeño en poseer las cosas, agravado por la codiciosa avaricia de la madre. Con motivo de cada riña, cuando los viejos

le colmaban de reproches, siempre les respondía: «¡Pues no haberme hecho así!».

—Tened en cuenta que hay cinco leguas desde la Chamade hasta Cloyes —respondió él a los gruñidos del padre—. Además, puede decirse que llego al mismo tiempo que vosotros... ¿O es que siempre voy a cargármela yo?

Y, a partir de aquel instante, todos se pusieron a reñir, gritando a más no poder con penetrantes y desentonadas voces, acostumbrados como estaban a disputar al aire libre, debatiendo así airadamente sus asuntos, prescindiendo en absoluto de cuanto les rodeaba y como si se hubieran hallado en su propia casa. Los pasantes, sintiéndose incómodos, no hacían más que mirarles de reojo, cuando, en un momento dado y al oír sin duda toda aquella algarabía, hizo su aparición el notario, quien, al abrir de nuevo la puerta de su despacho, dijo simplemente:

—¿Están ya todos? ¡Entonces, entren!

El despacho daba al jardín, la estrecha faja de tierra que descendía hasta el Loir, del que se percibían a lo lejos los álamos sin hojas. En la repisa de la chimenea, a título de adorno, podía verse un reloj de mármol negro colocado entre una serie de legajos y nada más que eso, aparte la mesa de caoba, un mueble clasificador y algunas sillas.

A renglón seguido, el señor Baillehache procedió a instalarse en su despacho, como pudiera haberlo hecho tratándose de un tribunal, en tanto que los campesinos, que fueron entrando en fila, uno tras otro, daban muestras de vacilación e incluso parecían bizquear mientras contemplaban las sillas con evidente embarazo por saber cómo y en qué orden tenían que sentarse.

—¡Vamos a ver, siéntense!

Entonces, empujados por los otros, Fouan y Rose se encontraron sin saber como en primera fila, sentados sobre sendas sillas; Fanny y Delhomme se situaron detrás, también uno al lado de la otra. Buteau quedó aislado en un rincón, adosado a la pared, y Hyacinthe fue el único que permaneció de pie ante la ventana, impidiendo la entrada de la luz sus anchos hombros. Pero el notario, que se sentía impaciente, le interpeló familiarmente:

—¡Ande, Jesucristo, siéntese usted también!

Fue el propio notario quien hubo de plantear la cuestión.

—¿De modo, tío Fouan, que está usted decidido a disponer en vida de sus bienes, repartiéndolos entre sus dos hijos y su hija?

El viejo no respondió; los otros permanecieron inmóviles, y un gran silencio se impuso. Por lo demás, el notario, acostumbrado a estas lentas reacciones, tampoco daba señales de apresuramiento. Su cargo estaba

vinculado a su familia desde hacía doscientos cincuenta años, de padres a hijos, y las Baillehache se habían ido sucediendo en el desempeño de esa función en Cloyes precisamente, dando lugar a que adquiriesen de su clientela campesina la pesadez reflexiva, esa circunspección socarrona que inunda prolongados silencios y de palabras inútiles los debates más nimios. Había abierto un cortaplumas y se arreglaba las uñas.

—¿No es como digo? Es de creer que tomó una decisión a este respecto —repitió finalmente, con la mirada fija en el viejo.

Volvióse este entonces, contempló a todos ellos antes de ponerse a hablar y, buscando las palabras adecuadas, contestó:

—Sí, creo que sí, señor Baillehache... Ya tuve ocasión de hablarle de ello cuando la siega; usted me dijo entonces que lo pensara bien. Lo estuve pensando más, en efecto, y me doy cuenta de que va a ser preciso hacerlo conforme le dije.

Y se puso seguidamente a explicar el por qué, con frases entrecortadas por continuos incisos. Pero lo que no decía, aunque dejaba traslucir la emoción comprimida en su pecho, era la tristeza infinita, la sorda rabia, la sensación de desgarrar de todo su cuerpo que le producía el tener que desprenderse de sus bienes tan ardientemente codiciados antes de la muerte de su padre, cultivados después por él con encarecimiento de celo y aumentados después trozo a trozo, al precio de la más sórdida avaricia. Tal parcela representaba meses de pan y queso, inviernos sin lumbre, veranos de ardientes trabajos, sin otro alivio que algunos tragos de agua. Había amado la tierra como a mujer que es capaz de matar y por la cual se llega al asesinato. ¡Ni esposa, ni hijos, nadie ni nada humano supieron captar ese amor como la tierra! Ahora, sin embargo, las circunstancias se imponían, había envejecido y tenía que ceder aquel patronazgo a sus hijos, lo mismo que el padre le cediera en su día el suyo, encolerizado por su propia impotencia.

—Dese cuenta, señor Baillehache, uno mismo tiene que hacerse cargo de ello; las piernas flaquean, los brazos no están mejor que digamos y ¡que diablos!, la tierra acaba agotando... Todavía hubiese podido seguir adelante, si hubiera sido posible llegar a un entendimiento con los hijos...

Y lanzó una mirada a Buteau y a Jesucristo, que no se movieron y que, con los ojos puestos en lontananza, parecían hallarse como a cien leguas de cuanto él estaba diciendo.

—Y en tal situación ¿quiere que contrate gente, forasteros que se dedicarían a saquear lo nuestro? No, todos sabemos lo que significan hoy los criados, se trata de algo que resulta demasiado caro, pues acaban

engulléndose las ganancias. Y yo no puedo más. Esta temporada, de diecinueve fanegas que poseo, apenas si me he sentido con fuerza para cultivar la cuarta parte, lo justo para comer, el trigo para nosotros y la hierba para las dos vacas... Lo que ocurre entonces es que se me parte el corazón al ver como se echa a perder esa tierra tan fértil. Sí, prefiero soltarlo todo antes que presenciar impasible semejante hecatombe.

Su voz quedó como estrangulada, y tuvo al mismo tiempo un aparatoso gesto de dolor y de resignación. A su lado, la mujer, sumisa, anulada por más de medio siglo de obediencia y trabajo, se limitaba a escuchar.

—El otro día —prosiguió—, haciendo sus quesos, Rose acabó por caer de narices dentro. Todo eso me tiene quebrantado, el solo hecho de tener que acudir al mercado yendo en tartana... Además, cuando uno se va de este mundo, no se lleva las tierras consigo. Hay que volverlas a dar... En fin, que como ya hemos trabajado bastante, queremos por lo menos reventar tranquilos... ¿No es así, Rose?

—¡Tan verdad como que Dios nos está viendo! —asintió la vieja.

Reinó de nuevo el silencio, muy prolongado esta vez. El notario lo aprovechó para acabar de recortar sus uñas. Y terminó por poner el cortaplumas encima de la mesa al tiempo que decía:

—Sí, me parecen motivos muy razonables; con frecuencia se ve uno forzado a la donación... Y debo añadirle que además ofrece una economía a las familias, pues los derechos que entraña la herencia son más elevados que los que corresponden a la cesión desinteresada de los bienes...

Buteau, pese a su afectada indiferencia, no pudo entonces contener la siguiente exclamación:

—¿De veras, señor Baillehache?

—Sin duda alguna. Ganarán con ello algunos centenares de francos.

Los otros se agitaron; la cara del propio Delhomme pareció iluminarse, mientras el padre y la madre compartían asimismo aquella satisfacción. Existía acuerdo y podía considerarse asunto acabado, desde el momento en que costaba menos.

—Me falta hacerles las observaciones de costumbre —añadió el notario—. Muchos tratadistas de categoría censuran la cesión de bienes, que estiman como algo inmoral, pues la acusan de destruir los lazos de la familia... Podrían citarse, en efecto, casos lamentables en que los hijos se comportan muy mal, cuando los padres se han desprendido de lo que era suyo...

Los dos hijos y la hija le escuchaban con la boca abierta, moviendo ininterrumpidamente los párpados y con cierto temblor en las mejillas.

—¡Que siga conservándolo todo, si es que piensa de esa manera! — interrumpió secamente Fanny.

—Nosotros siempre cumplimos con nuestros deberes —dijo Buteau.

—No es precisamente el trabajo lo que nos da miedo —declaró Jesucristo. Con un gesto, el señor Baillehache procuró calmarles.

—¡Déjenme acabar! Ya sé que son buenos hijos y trabajadores honrados. Tratándose de ustedes, no existe el peligro de que sus padres se arrepientan algún día.

No había en sus palabras ninguna clase de ironía; se limitaba a repetir una vez más la frase amistosa que, veinticinco años de hábito profesional, hacía fluir a sus labios. Pero la madre, aunque pareciera no haber entendido al notario, paseaba su disimulada mirada, observando a la hija primero y luego a los dos hijos. Había educado a los tres sin ternura, en medio de la frialdad del ama de casa que reprocha a los pequeños el que coman demasiado, perjudicando así sus ahorros. Guardaba rencor al menor de ellos por haber abandonado el hogar, cuando por fin pudo ganarse la vida; con la hija, jamás pudo llegar a entenderse, sintiéndose en el fondo herida porque, lejos de parecer llevar su misma sangre, se había convertido en una mujer activa en la que, la inteligencia del padre, vino a degenerar en orgullo; y únicamente se dulcificaba su mirada cuando se detenía en el primogénito, aquel ganapán que nada tenía de ella ni de su marido, aquella mala hierba surgida de no se sabe donde y al que, quizá por lo mismo, prefería y perdonaba todo.

Fouan también había estado contemplando a los hijos, uno después de otro, con el sordo malestar que le producía el pensar qué es lo que llegarían a hacer con sus bienes. La indolencia del borracho le angustiaba menos que la desenfadada codicia de los otros dos. Movi6 la cabeza tembloroso. ¡Para qué quemarse la sangre, puesto que era absolutamente preciso dar aquel paso!

—Y ahora que está decidido lo de la partici6n —continu6 diciendo el notario—, se trata de determinar las condiciones. ¿Están de acuerdo en cuanto a la renta que habrán de satisfacer?

De repente, todos ellos volvieron a quedar inm6viles y silenciosos. Sus curtidos rostros habían adoptado una expresi6n r6gida, la impenetrable gravedad de unos diplomáticos que est6n abordando la valoraci6n de todo un imperio. Despu6s trataban de pulsarse entre s6 a trav6s de furtivas miradas, pero nadie se decidi6 a hablar. Fue el padre quien, de nuevo, quiso aclarar las cosas.

—No, se6or Baillehache, no hemos hablado del asunto; hemos esperado a estar todos juntos, aqu6... Pero es bien sencillo, ¿no le parece? Poseo

diecinueve fanegas, o sea nueve hectáreas y media, como ahora se dice. Por consiguiente, si las arrendara, calculando el precio del arrendamiento a cien francos la hectárea, supondrían noventa y cinco francos...

Buteau, el menos paciente, saltó de su silla.

—¡Cómo! ¿A cien francos la hectárea? ¿Se está mofando de nosotros, padre?

Y comenzó una primera discusión sobre las cifras. Había una fanega de viña: esa sí hubiera podido arrendarse por cincuenta francos. Pero ¿se habría podido jamás obtener ese precio con relación a las doce fanegas de tierras de labor, y sobre todo, respecto de las seis fanegas de praderas vírgenes, las que se hallaban a orillas del Aigre, cuyo heno no valía nada? Las mismas tierras de labor tampoco eran muy buenas que digamos, en uno de sus extremos principalmente, aquel en donde se extiende la llanura, pues el lecho arable se iba reduciendo a medida que se aproximaba al valle.

—Vamos, padre —dijo Fanny con aire de reproche—, es preciso que hablemos en serio y no tratemos de engañarnos.

—Valen a cien francos la hectárea —repetía el viejo con obstinación mientras se daba golpecitos en el muslo—. Si quisiera, mañana mismo podría arrendarlas por cien francos... ¿Cuál es el precio que según vosotros tienen? ¿Queréis decirme qué es lo que valen?

—Su verdadero valor es de sesenta francos —dijo Buteau.

Fouan, fuera de sí, mantenía su precio, y entraba seguidamente en un elogio a ultranza de su tierra, una tierra tan buena que producía trigo por sí sola, cuando Delhomme, que hasta entonces había permanecido silencioso, declaró con marcado acento de honradez:

—Valen a ochenta francos, ni un sueldo más ni un sueldo menos.

Inmediatamente, el viejo se calmó.

—¡Está bien! Calculemos ochenta, estoy dispuesto a hacer un sacrificio por mis hijos.

Pero Rose, que le había estado tirando del faldón de la blusa, dejó escapar una sola palabra, que vino a constituir la expresión de su avaricia:

—¡No, no!

Jesucristo se había desinteresado del asunto. La tierra ya no le llegaba al corazón después de los cinco años pasados en África. No ardía en él más que un solo deseo: disponer de su parte para convertirla enseguida en dinero contante y sonante. Por lo mismo, seguía contoneándose con aire socarrón y de superioridad.

—¡He dicho ochenta! —gritaba Fouan—. ¡Y ochenta son! Nunca tuve más que una sola palabra: ¡lo juro ante Dios!... Veamos, nueve hectáreas y media, sobre esa base, significan setecientos sesenta francos, en números redondos ochocientos... Pues bien, la pensión habrá de ascender a ochocientos francos, ¡es lo justo!

Buteau se echó a reír en forma escandalosa, en tanto que Fanny dejaba traslucir su protesta con un movimiento de cabeza, como estupefacta. El señor Baillehache, que, desde que empezara la discusión, contemplaba su jardín distraídamente, se acercó de nuevo a los clientes, pareciendo querer escucharles al tiempo que se acariciaba las patillas con gesto maníaco, amodorrado como estaba por los efectos de la digestión del magnífico almuerzo que había saboreado.

En esta ocasión, el viejo tenía razón: aquello era lo justo. Pero los hijos, con el ánimo caldeado, llevados por la pasión de concluir el trato al más bajo precio posible, se mostraban terribles, regateaban, juraban y perjuraban, con la mala fe de los campesinos cuando están comprando un cerdo.

—¡Ochocientos francos! —repetía Buteau con gesto socarrón—. ¿Es qué se proponen vivir como auténticos burgueses?... ¡Ya lo creo! ¡Con ochocientos francos podrían vivir magníficamente cuatro personas! ¡Debieran añadir que se proponen reventar a fuerza de indigestiones!

A Fouan todavía no le había llegado el momento de enfadarse. Encontraba lo más natural aquel marchandé y se limitaba simplemente a hacer frente al desencadenamiento de la prevista ofensiva, excitado él también y yendo abiertamente hasta el final de sus exigencias.

—¡Y aguardar un minuto, que no es eso todo!... Conservaremos hasta que muramos la casa y el jardín, ¿lo oís bien?... Además, como ya no cosecharemos nada y tampoco dispondremos de las dos vacas, queremos que se nos entregue cada año un tonel de vino y cien haces de leña, así como diez litros de leche, una docena de huevos y tres quesos por semana.

—¡Oh, padre! —gimió dolorosamente Fanny sobrecogida por el terror—. ¡Oh, padre!

En cuanto a Buteau, ya no discutía. Se había levantado de un salto y se movía de un lado para otro haciendo gestos bruscos; incluso se había puesto la gorra para marcharse. Jesucristo acababa también de abandonar su silla, inquieto ante la idea de que todas aquellas polémicas acabaran dando al traste con la partición. Delhomme era el único que permanecía impassible, con un dedo apoyado en la nariz, en una actitud de profunda reflexión y de enorme aburrimiento.

El señor Baillehache comprendió entonces la necesidad de apresurar un poco las cosas. Sacudió su sopor y, jugueteando con sus patillas con mano activa, intervino en la disputa diciendo:

—Ya saben, amigos míos, que el vino y los haces de leña, lo mismo que los quesos y los huevos, forman parte de la costumbre...

Pero fue interrumpido con una salva de frases agrias.

—¿Nos bebemos acaso el vino de nuestras cosechas? ¡Lo que hacemos es venderlo!

—¡Es muy cómodo no hacer nada y estarse al amor de la lumbre mientras los hijos se esquilman trabajando!

El notario, que había tenido ocasión de oír infinidad de polémicas por el estilo, continuó diciendo con flema:

—Todo eso no viene al caso... ¡Caramba! ¡Usted, Jesucristo, siéntese! ¡Nos priva de la luz y eso resulta irritante!... Por lo que veo están todos de acuerdo, ¿no es eso? Pagarán los censos en especie, pues en otro caso os señalarían con el dedo... Por consiguiente sólo falta discutir la cuantía de la renta...

Por fin, Delhomme hizo seña de que tenía algo que decir. Cada uno acababa de colocarse de nuevo en su sitio y, en medio de una expectación general, dijo lentamente:

—Perdón, pero lo que pide el padre, me parece justo. Se le podrían entregar ochocientos francos, puesto que esa es la cantidad por la que podría arrendar sus bienes... Sólo que nosotros no vemos las cosas de esa manera. Bien enfocado el asunto, lo que él hace no es arrendarnos la tierra, sino que nos la da, y el cálculo consiste en saber lo que ellos necesitan para vivir... Sí, nada más que eso, lo que necesitan para vivir.

—En efecto —subrayó el notario—, esa es por lo general la base de que suele partirse.

Y estalló entonces otra discusión que pareció eternizarse. La vida de los dos viejos analizada con todo detalle, exhibida y puesta al descubierto, discutida necesidad por necesidad. Se pesaron el pan, las legumbres y la carne; se justipreciaron los vestidos, escatimando telas y lanas; incluso se descendió a los pequeños vicios, al tabaco que podría llegar a fumar el padre, cuyos dos sueldos cotidianos, después de interminables recriminaciones, fueron rebajados definitivamente a un sueldo. Cuando ya no se trabajaba más, había que saber constreñirse. ¿Es que la madre no podía prescindir de su café? Ocurría lo mismo que con su perro, un can viejo de doce años que comía a más no poder, sin que les sirviera ya para nada: hacía ya tiempo que debían

haberlo despachado de un tiro. Cuando terminaron los cálculos, volvieron a repasarlos detenidamente, procurando buscar lo que todavía podía suprimirse, dos camisas, seis pañuelos por año, un céntimo respecto de lo que se había puesto para el consumo de azúcar. Y así, cortando y recortando, forzando las economías hasta el máximo, se llegó a una cifra de quinientos cincuenta y tantos francos, lo que siguió manteniéndoles en tensión, pues se habían empeñado en no sobrepasar la cifra redondeada de quinientos francos.

Sin embargo, Fanny se iba cansando. No era mala hija; más compasiva que los hombres, no tenía el corazón y la piel endurecidos todavía por la ruda existencia al aire libre. Por eso hablaba de terminar de una vez, resignada a hacer concesiones. En cuanto a Jesucristo, se encogía de hombros; tenía la manga muy ancha en cuestiones de dinero y se sentía embargado incluso por una ternura de borracho, dispuesto a ofrecer algo por su parte, que de seguro nunca hubiera pagado.

—Vamos a ver —preguntó la hija—, ¿lo dejamos en quinientos cincuenta?

—¡Sí, me parece bien! —respondió Jesucristo—. ¡Es preciso que los viejos también puedan divertirse un poco!

La madre tuvo para su primogénito una mirada de afecto blanda y sonriente, mientras el padre seguía la lucha con el más pequeño. No había cedido más que paso a paso, luchando con motivo de cada reducción, poniendo el máximo empeño en determinadas cifras. Pero, bajo la fría terquedad que ponía de manifiesto, una sensación de cólera iba apoderándose de él, ante la rabiosa intransigencia de aquellos seres de su misma carne, dispuestos sin embargo a engullirle, a succionarle la sangre aun en vida. Sin duda olvidaba que también él se había comido a su padre de la misma forma. Sus manos se habían puesto a temblar, y acabó lanzando como un rugido:

—¡Ah! ¡Podrida simiente! ¡Y pensar que uno ha criado toda esta morralla para que ahora pretendan quitarle el pan de la boca!... Estoy asqueado; preferiría estar ya pudriéndome bajo tierra... ¿No hay forma de que seáis generosos? ¿No queréis darme más que quinientos cincuenta francos?

Y se disponía ya a dar su asentimiento, cuando la mujer, tirándole de nuevo de la blusa, le sopló al oído:

—¡No, no!

—No será lo único con que cuenta —dijo Buteau después de una breve vacilación—. ¿Y el dinero de sus economías?... Si tiene dinero supongo que no será capaz de aceptar el nuestro.

Miraba a su padre fijamente; se había reservado aquel golpe para el final. El viejo se había puesto muy pálido.

—¿Qué dinero? —preguntó.

—Pues el dinero que tiene invertido, cuyos títulos guarda escondidos.

Buteau, que sólo sospechaba la existencia de una hucha, quería tener una certidumbre y saber a qué atenerse. Cierta noche, en efecto, había creído ver a su padre cogiendo de detrás de un espejo un rollito de papeles. Al día siguiente y en los sucesivos, había permanecido al acecho; pero nada nuevo consiguió ver; sólo quedaba allí el agujero vacío.

Fouan, de pálido que estaba, se puso súbitamente muy sonrojado, bajo el impulso de la ola de cólera que estallaba en él por fin. Se levantó rápidamente para gritar con furioso gesto:

—¡Ah! ¡Maldición de Dios! ¡Por lo visto ya rebuscáis hasta en mis bolsillos! ¡No tengo ni un céntimo, y tampoco dinero invertido! ¡Me costó demasiado sacaros adelante para poder permitirme ese lujo, malos sujetos! Pero, en todo caso, esa es una cuestión que no os incumbe. ¿Es que no soy por ventura el dueño, el padre?

Parecía crecer, en aquel despertar de su autoridad. Durante años y años, la mujer y los hijos habían temblado ante su sola presencia, bajo su rudo despotismo de cabeza de familia campesino. Se equivocaban por completo si le creían acabado.

—¡Oh, padre! —pretendió terciar entonces Buteau con cierto tono de desprecio y de burla.

—¡Cállate! —continuó diciendo el viejo, siempre con la mano levantada—. ¡Cállate, o te arreo!

El hijo menor hubo de limitar su intervención a un ligero balbuceo mientras, sentado en su silla, se sentía de repente como empequeñecido. Había visto la bofetada encima; el miedo que sintiera durante la infancia hacía presa de nuevo en él, e incluso levantó el codo para resguardarse del peligro.

—¡Y tú, Hyacinthe, abandona ese gesto de risa! ¡Tú, Fanny, baja los ojos!... ¡Tan cierto como el sol que nos ilumina, que os voy a hacer bailar a todos!

Permanecía en pie, solo y amenazador. La madre temblaba, como si hubiera temido los soplamocos desviados. En cuanto a los hijos, no hacían el menor movimiento, ni siquiera parecían respirar, sumisos, domesticados por completo.

—Oídllo bien, quiero que la renta sea de seiscientos francos... En otro caso, vendo mi tierra o concierto un vitalicio. Sí, para comérmelo así todo y

que a mi muerte no os quede ni un rábano... ¿Estáis dispuestos a dar los seiscientos francos?

—Escuche, padre —murmuró Fanny—, daremos lo que nos pida.

—Seiscientos francos, conformes —dijo Delhomme.

—Yo —declaró Jesucristo— quiero lo que los demás quieran.

Buteau, con los dientes apretados por el rencor, pareció asentir también con su silencio. Entretanto, Fouan seguía en su posición de dominio, paseando entre ellos sus duras miradas de maestro que se sabe obedecido. Y acabó por volverse a sentar al tiempo que decía:

—Entonces estamos de acuerdo, ¿no es eso?

El señor Baillehache, sin la menor muestra de emotividad, como abotargado otra vez por el sueño, había estado esperando el final de la disputa. Entreabrió los ojos y concluyó pausadamente:

—Puesto que están de acuerdo, con lo dicho hay bastante... Y ahora que ya conozco las condiciones, voy a levantar acta... Ustedes hagan medir las tierras, procedan a dividir las, y díganle al agrimensor que me mande una nota con la designación de los lotes. Y cuando ya hayan realizado el sorteo, sólo nos quedará inscribir el número a continuación de cada título y firmar todos la correspondiente escritura.

Había abandonado su sillón para despedirlos. Pero ellos no se movieron; vacilaban y parecían reflexionar. ¿Estaba todo conforme? ¿No se olvidaban de nada? ¿No habrían hecho un mal negocio del que todavía estaban a tiempo de arrepentirse?

En aquel momento dieron las tres; hacía cerca de dos horas que estaban allí.

—Váyanse —les dijo finalmente el notario—. Hay otros que esperan.

No tuvieron más remedio que decidirse a abandonar el despacho, pues el propio notario iba empujándoles materialmente hacia la sala contigua, donde, en efecto, otros campesinos inmóviles, tiesos sobre sus sillas, esperaban pacientemente, en tanto que el escribiente, desde la ventana tenía puesta su atención en una encarnizada lucha de perros, y los otros dos empleados, aburridos y malhumorados, hacían rasguear sus plumas ininterrumpidamente sobre el papel timbrado.

Una vez fuera, la familia todavía permaneció unos momentos plantada en medio de la calle.

—Si queréis —manifestó el padre—, la medición será realizada pasado mañana, lunes.

Expresaron su aceptación con un gesto de cabeza y descendieron seguidamente por la calle Grouaise, a algunos pasos unos de otros.

Luego, el viejo Fouan y Rose torcieron por la calle del Temple, hacia la iglesia, mientras Fanny y Delhomme se alejaron por la calle Grande. Buteau se había detenido en la plaza Saint-Lubin, para preguntarse a sí mismo si el padre tendría o no dinero oculto. Y Jesucristo, que se había quedado solo, después de haber encendido nuevamente el resto de su cigarro, entró contoneándose en el café del *Bon Laboureur*.

III

LA casa de los Fouan era la primera de Rognes, y estaba situada al borde mismo de la carretera de Cloyes a Bazoches-le-Doyen, que atraviesa el pueblo. El siguiente lunes, a las siete, recién amanecido, salía el viejo para acudir a la cita que tenía convenida delante de la iglesia, cuando en el portal vecino divisó a su hermana, la Grande, que ya se hallaba en pie a pesar de sus ochenta años.

Los Fouan habían brotado y medrado allí a través de los siglos lo mismo que una vegetación obstinada y vivaz. Antiguos siervos de los Rognes-Bouqueval, de los que no quedaba más vestigio que las escasas piedras enterradas de un castillo derruido, habían sido emancipados en tiempos de Felipe el Hermoso. Desde entonces habíanse convertido en propietarios; un trocito de tierra primero, dos quizás, adquiridos al señor en momentos de embarazo para este y pagados a diez veces su precio con sangre y sudores. Después había empezado la larga lucha, una lucha de cuatrocientos años para defender y redondear aquellos bienes así conseguidos, con una sensación y en un ambiente de encarnizada pasión que los padres legaban a los hijos: porciones de tierra perdidas y vueltas luego a recuperar, irrisoria propiedad siempre puesta en tela de juicio, herencias materialmente aplastadas por impuestos tales que parecían perseguir que se fundieran, praderas y tierras de labor poco a poco ensanchadas no obstante, merced a esa necesidad congénita de poseer, de una tenacidad que lentamente iba saliendo victoriosa. Generaciones enteras habían sucumbido allí, largas vidas de hombres vinculados al campo fueron a engrasar su suelo; pero, cuando la Revolución del 89 vino a consagrar sus derechos, los Fouan de entonces, Joseph-Casimir, poseían ya veintiún arapendes conquistadas en cuatro siglos al antiguo dominio feudal.

En el 93, ese Joseph-Casimir tenía veintisiete años; y el día en que cuanto quedaba de ese dominio feudal fue declarado propiedad del Estado y vendido por lotes en pública subasta, ardió en deseos de adquirir algunas hectáreas. Los Rognes-Bouqueval, arruinados, cargados de deudas, después de haber

dejado que se derrumbase la última torre del castillo, venían cediendo desde hacía mucho tiempo a sus acreedores las granjas de la Borderie, cuyas tres cuartas partes de cultivo permanecían en barbecho. Había allí sobre todo, lindando con una de esas parcelas, una gran pieza que el campesino codiciaba con el furioso afán de su raza. Pero las cosechas eran malas, y apenas si tenía arrinconados, en un viejo bote, escondido detrás del horno, cien escudos; y si, por otra parte, en algún momento había acudido a su mente la idea de solicitar dinero a un prestamista de Cloyes, una reacción de inquietante prudencia le había hecho desistir de ello: aquellos bienes pertenecientes a nobles le daban miedo. ¿Quién sabe si algún día volverían a quitárselos? De manera que, cogido entre su afán y su desconfianza, experimentó el pesar de ver cómo era adquirida la Borderie en pública subasta por la quinta parte de su valor, pieza a pieza, por un burgués de Châteaudun, llamado Isidore Hourdequin, antiguo recaudador de impuestos.

Ya envejecido, Joseph-Casimir Fouan había procedido a repartir sus veintiuna fanegas, siete para cada uno, entre su primogénito, Marianne, y sus dos hijos, Louis y Michel; una hija menor, Laure, educada para la costura y que estaba colocada en Châteaudun, fue indemnizada en dinero. Pero los matrimonios rompieron aquella igualdad. Y mientras Marianne Fouan, llamada la Grande, contraía matrimonio con un vecino, Antoine Péchard, que tenía alrededor de dieciocho fanegas, Michel Fouan, a quien designaban con el sobrenombre de Mouche, se enamoraba de una muchacha, a la que su padre no dejaría en su día más que dos fanegas de viña. Por su parte, Louis Fouan, casado con Rose Maliverne, heredera de doce fanegas, había conseguido reunir de ese modo las nueve hectáreas y media que ahora se disponía a repartir a su vez entre sus tres hijos.

La Grande era respetada y temida en el seno de la familia, y no precisamente por su vejez, sino por su fortuna. Todavía enhiesta, muy alta, delgada y recia, de huesos duros, tenía la cabeza descarnada lo mismo que un ave de rapiña, colocada sobre un cuello largo y marchito del color de la sangre. La nariz característica en la familia, acentuaba en ella la curvatura en forma de terrible pico; de ojos redondos y avispados, no conservaba un solo cabello bajo el pañuelo amarillo que llevaba, aunque tenía en cambio una dentadura y unas mandíbulas como para haberse alimentado masticando guijarros. Caminaba con el bastón levantado y no salía jamás sin su caña de espinos, de la que sólo se valía para golpear a las bestias y si llegaba el caso también a la gente. Habiendo quedado muy pronto viuda, con una hija, la apartó enseguida de su lado porque la muy bribona se había obstinado,

contrariando sus deseos, en casarse con un muchacho pobre, llamado Vincent Bouteroue; e incluso, cuando ya esa hija y su marido habían muerto de miseria dejándole dos nietos, Palmyre e Hilarión, que contaban ya treinta y dos y veinticuatro años, respectivamente, tampoco había sabido perdonar, dejando que se muriesen de hambre, sin querer que le recordaran siquiera su existencia. Desde la muerte del marido, era ella quien dirigía personalmente el cultivo de sus tierras; tenía tres vacas, un cerdo y un criado, al que alimentaba en el mismo abrevadero, siendo obedecida por todos con terrorífica sumisión.

Al verla en el umbral de su puerta, Fouan se había aproximado en un gesto de respeto y atención. Era diez años mayor que él, y sentía para con su dureza, su avaricia, su terquedad en poseer y en vivir, la misma deferencia y admiración que sentía el pueblo entero.

—Escucha, Grande; precisamente quería comunicarte mi resolución —le dijo—. Por fin me he decidido y ahora mismo voy a hacer las particiones sobre el terreno.

La hermana no le respondió, mientras apretaba con el puño el bastón que blandía.

—La otra tarde quise pedirte consejo —prosiguió Fouan—, pero llamé a tu puerta y nadie me respondió.

Entonces ella, más que contestar, pegó un estallido con su voz agria:

—¡Imbécil...! ¡El consejo ya te lo di! Hace falta ser estúpido y cobarde para renunciar a los bienes propios, mientras uno puede permanecer en pie. Aunque me hubieran estado degollando, puedes tener por seguro, en cuanto a mí se refiere, que hubiera dicho que no, aun viéndome el cuchillo al cuello... ¡Ver en poder de otros lo que a uno pertenece, echarse a la calle así, por propio impulso, por esos bribones de hijos! ¡Ah, no, eso sí que no!

—Sin embargo —le objetó Fouan—, cuando uno ya no puede dedicarse al cultivo, cuando la tierra sufre y es la que lo paga...

—¡Pues que sufra lo que tenga que sufrir!... ¡Antes que soltar un solo trozo, preferiría ir todas las mañanas por allí para contemplar cómo crecen los cardos!

Y a medida que hablaba íbase irguiendo, con su aire salvaje de viejo buitre desplumado. Luego, golpeándole sobre el hombro con su bastón, como para mejor hacerle comprender sus palabras, añadió:

—Escucha, conserva en tu memoria lo que voy a decirte... Cuando tú no tengas ya nada y ellos lo posean todo, tus hijos te lanzarán al arroyo, y acabarás llevando unas alforjas lo mismo que un desarrapado... ¡Y no te

atrevas entonces a llamar a mi puerta! Tanto peor para ti; yo te previne a tiempo... ¿Quieres saber lo que haría en tal caso? Sí, ¿quieres saberlo?

Él la escuchaba sin dar muestras de la menor rebeldía, con el gesto sumiso de un hermano menor; y ella volvió a cerrar violentamente la puerta tras de sí, mientras gritaba:

—Pues esto es lo que haría... ¡Revienta ahí fuera!

Durante unos instantes, Fouan permaneció inmóvil delante de aquella puerta cerrada. Luego, obedeciendo a un impulso de resignada decisión, empezó a subir el sendero que conducía a la plaza de la iglesia. Allí precisamente se hallaba la antigua mansión patrimonial de los Fouan, que en virtud de la partición practicada en su día había correspondido a su hermano Michel, apodado Mouche, mientras que la casa habitada por él, en la parte baja, sobre la carretera, provenía de su mujer, Rose. Mouche, viudo desde hacía mucho tiempo, vivía solo con sus dos hijas, Lise y Françoise, con una acritud de carácter propia del hombre que se considera desgraciado por su mala fortuna y humillado al haberse casado con una mujer pobre, acusando incesantemente a su hermano y a la hermana, después de transcurridos cuarenta años, de haberle robado cuando la subasta de los lotes; y, sin encontrarle nunca el fin, volvía a contar la historia a la menor oportunidad que se le presentaba, refiriéndose a aquel lote que habían dejado en el fondo del sombrero, el peor de todos, circunstancia esta que a la larga parecía haberse convertido en verdad y darle la razón, pues se mostraba tan charlatán a todas horas y resultaba tan flojo para el trabajo, que aquel lote, entre sus manos, había perdido efectivamente la mitad del valor que tenía. El hombre hace la tierra, como se dice en la Beauce.

Aquella mañana, Mouche se hallaba asimismo a la puerta de su casa, como observador al acecho, cuando apareció su hermano por una esquina de la plaza. Aquella partición le apasionaba, al remover en él viejos rencores, aunque nada hubiera de sacar en limpio de todo ello. Pero, para mejor afectar una completa indiferencia, también volvió la espalda y cerró dando un portazo.

Poco después, Fouan percibió a Delhomme y Jesucristo que se hallaban a la espera, a veinte metros el uno del otro. Se dirigió hacia el primero y el segundo se acercó. Sin decirse nada, los tres se pusieron a mirar el sendero que se extendía por el borde de la meseta.

—Ya le tenemos aquí —dijo por fin Jesucristo.

Se trataba de Grosbois, el agrimensor jurado, un campesino de Magnolles, pueblecito vecino. Su ciencia en cuanto a escritura y lectura se refiere le había

perdido. Llamado a cada momento de Orgères a Beaugency para la medición de tierras, dejaba que la mujer se ocupara de sus propios bienes, habiendo adquirido en sus constantes desplazamientos tal costumbre de embriagarse, que nunca dejaba de estar bebido. Muy grueso, apuesto para sus cincuenta años, tenía una cara ancha y sonrojada, sembrada toda ella de granos violáceos; y, a pesar de lo temprano que era, estaba aquel día abominablemente embriagado, por el simple hecho de haber asistido la víspera a la juerga de unos viticultores de Montigny con motivo de una partición de herencia. Pero eso nada importaba, pues cuanto más borracho se sentía, con mayor claridad parecía verlo todo: ¡Jamás un error de medición, ni una suma equivocada! Se le escuchaba y se hacía acreedor al respeto de las gentes por su reputación de hombre inteligente.

—¿Dispuestos ya? —dijo—. ¡Pues andando!

Un chiquillo de doce años, sucio y andrajoso, seguía al agrimensor llevando la cadena debajo del brazo, el trípode y los jalones al hombro, mientras con la mano que le quedaba libre hacía balancear la escuadra que llevaba metida en un viejo estuche de cartón deslucido y gastado.

Pusiéronse en marcha, sin esperar a Buteau, al que acababan de divisar, de pie e inmóvil delante de una pieza de tierra, la mayor del patrimonio, sita en el lugar denominado las Cornailles. La porción aquella, de alrededor de dos hectáreas, lindaba precisamente con el campo donde, algunos días antes, la *Coliche* había arrastrado a Françoise. Y Buteau, estimando inútil ir más lejos, allí se había detenido, absorto, en espera de que llegasen los otros. Y cuando efectivamente llegaron, tuvieron ocasión de ver como se agachaba, cogía con la mano un puñado de tierra y luego la dejaba deslizar pausadamente cual si estuviera pesándola y tratando de analizarla.

—Como pueden ver —dijo Grosbois sacando del bolsillo un cuaderno grasiento—, tengo ya trazado un pequeño plano exacto de cada parcela, tal como me pidió, tío Fouan. Así, pues, ahora se trata de dividir el total en tres lotes; y eso, hijos míos, vamos a hacerlo entre todos... Vamos a ver, díganme cómo quieren que se haga.

El día había ido avanzando, un viento helado hacía desfilad continuamente por el pálido cielo gruesas masas de nubes; y la Beauce, flagelada por aquella ventolera, se extendía ante la vista con melancólica tristeza. Ninguno de ellos, por lo demás, parecía sentir aquellas ráfagas que hinchaban las blusas y amenazaban con llevarse los sombreros. Los cinco, vestidos como en día de fiesta para así estar más a tono con las circunstancias, no decían una sola palabra. En el borde de aquel campo, en medio de aquella

extensión sin límites, tenían la cara soñadora e inmovilizada, que recordaba la actitud pensativa y de ensueño de los marineros que viven solos en los grandes espacios. Aquella Beauce, llana, fértil y fácil de cultivar, pero que exige sin embargo un esfuerzo continuo, hizo de su campesino un ser frío y reflexivo, sin otra pasión que la propia tierra.

—Es preciso dividirlo todo en tres partes —acabó diciendo Buteau.

Grosbois movió la cabeza, enzarzándose a renglón seguido en una animada discusión. Él, sumado al progreso por sus relaciones con las grandes granjas, se permitía a veces llevar la contraria y tratar de contrarrestar la postura de sus clientes pequeños propietarios, declarándose opuesto al parcelamiento a ultranza. ¿Es que los acarreo y desplazamientos no resultaban acaso ruinosos cuando se trataba de pedazos de tierra del tamaño de un pañuelo? ¿Merecían llamarse cultivos aquellas huertecillas en las que no era posible mejorar las rotaciones ni utilizar las máquinas? No, lo único razonable era llegar a entenderse y no descuartizar un campo lo mismo que si se tratase de una tarta, cometiendo de ese modo un verdadero homicidio. Si el uno se contentaba con las tierras de labor, el otro ya se las arreglaría con los prados. En fin, obrando con cautela podían llegar a igualarse los lotes, y luego, la suerte decidiría.

Buteau, cuya juventud todavía le impulsaba a la risa, tomó la cosa en tono de broma.

—Y si a mí no me tocan más que los prados, ¿qué es lo que voy a comer entonces? ¡Hierba por lo que presumo!... No, no, yo quiero tener de todo; avena para la vaca y el caballo, y trigo y viña para mí.

Fouan, que permanecía a la escucha, asintió con un signo de cabeza. De padres a hijas así es como se había venido realizando la partición; luego, las compras y los matrimonios venían a redondear de nuevo las piezas.

Pudiendo considerarse rico con sus veinticinco hectáreas, Delhomme tenía ideas más amplias; pero se mostraba conciliador, y si había acudido en nombre de su mujer, era con el solo objeto de no ser robado en las medidas. En cuanto a Jesucristo, se había apartado de los otros para salir en persecución de una bandada de golondrinas, con las manos llenas de guijarros. Cuando una de ellas, obstaculizada por el viento en contra, permanecía dos segundos en el aire, inmóvil, con las alas temblorosas, la derribaba inmediatamente con una puntería de auténtico salvaje. Así cayeron tres, que se metió en el bolsillo sangrando.

—Vamos, ya hemos conversado bastante. ¡Divídenos eso en tres partes! —dijo jovialmente Buteau, tuteando al agrimensor—. Y procura que no sean

seis, porque esta mañana tienes aire de divisar a la vez Chartres y Orleans.

Grosbois se irguió con mucha dignidad.

—Escucha, pequeño; trata de ser tan borracho como yo y de abrir bien el ojo... ¿Quién es el avisado que se atreve a reemplazarme en la escuadra?

Al no atreverse nadie a aceptar el reto, consciente de su triunfo, llamó secamente al chiquillo que se trajera consigo, al que la caza con guijarros de Jesucristo tenía estupefacto; y ya había sido instalada la escuadra sobre su trípode y se procedía a situar los jalones, cuando la forma en que se hacía la división de la pieza vino a suscitar una nueva disputa. El agrimensor, apoyado por Fouan y Delhomme, quería partir la tierra en tres franjas paralelas al valle del Aigre, en tanto que Buteau exigía que las franjas en cuestión fuesen trazadas perpendicularmente al mencionado valle, alegando como pretexto que la capa de tierra cultivable adelgazaba a medida que se acercaba a la pendiente. Haciéndolo de esta manera, a cada uno le correspondería un trozo malo del final; en cambio, de la otra forma, el tercer lote sería todo él de calidad inferior. Pero Fouan se mostraba contrariado, juraba y perjuraba que la profundidad de la capa cultivable era la misma en todas partes, y recordaba a este respecto que la partición realizada en su día entre él, Mouche y la Grande, había tenido lugar de la forma que estaba indicando, prueba de lo cual era que las dos hectáreas de Mouche lindaban con ese tercer lote. Delhomme, por su parte, hizo una observación decisiva: incluso admitiendo que el lote fuese de inferior calidad, el propietario saldría de todos modos beneficiado el día en que fuera abierto el camino que debía bordear el campo por aquel sitio precisamente.

—¡Ah, sí! —exclamó Buteau—. ¡El famoso camino que habrá de enlazar directamente Rognes con Châteaudun por la Borderie! Tengo la impresión de que vais a cansaros de esperar.

A continuación, como quiera que, a pesar de su insistencia, el propósito seguía adelante, dejó escapar su protesta con los dientes apretados.

El propio Jesucristo se había acercado, y todos ellos permanecieron absortos contemplando a Grosbois cómo trazaba las líneas de partición, vigilando ojo avizor, como si hubieran sospechado la posibilidad de que se hiciera trampa en favor de alguna de las partes, aunque sólo fuere en un solo centímetro. En tres ocasiones, Delhomme fue a aplicar el ojo a la hendidura de la escuadra, para estar bien seguro de que el hilo cortaba limpiamente el jalón. Jesucristo increpaba al maldito chiquillo porque tendía mal la cadena. Pero Buteau, sobre todo, seguía la operación paso a paso, contando los metros y repasando a su manera los cálculos con labios temblorosos. Pero imbuido de

ese deseo de posesión, en medio del goce que experimentaba de hacerse por fin con la tierra, aumentaba en él la amargura, la rabia sorda de no conservarla para sí en toda su extensión. ¡Era tanta la hermosura de aquella pieza, de esas doce hectáreas en manos de uno solo! Y si él había exigido la división, era precisamente para que nadie llegara a conseguirla, puesto que él no podía tenerla; no obstante, aquel destrozo que ahora se estaba llevando a cabo, le desesperaba enormemente.

Fouan, con los brazos caídos, había contemplado cómo despedazaban su propiedad, sin pronunciar una sola palabra.

—Hemos terminado —dijo Grosbois—. Ya pueden darle las vueltas que quieran, en ésta o en las otras, en ninguna les será posible encontrar diferencia alguna de medición.

Quedaban todavía en aquella llanura cuatro hectáreas de tierra de labor, pero distribuidas en una decena de piezas cuya superficie era inferior a un arapende. Una de las parcelas ni siquiera alcanzaba las doce áreas, y al preguntar el agrimensor en son de burla si también ésa tenía que ser dividida, la discusión volvió a empezar.

Buteau había tenido un gesto instintivo, agachándose y cogiendo un puñado de tierra, que acercaba a su cara como para probarla. Luego, con un beatífico fruncimiento de nariz, pareció significar que se trataba de la mejor de todas. Y, mientras la dejaba deslizarse suavemente por entre sus dedos, manifestó su conformidad, siempre y cuando le asignasen esa parcela; en otro caso, exigía la división. Delhomme y Jesucristo, irritados, se negaron abiertamente, diciendo que también de aquélla querían su parte. ¡Sí, sí! Cuatro áreas para cada uno; eso era lo justo. Y en consecuencia se procedió a la partición de todas las piezas; sólo de ese modo pudieron estar seguros de que ninguno de los tres podía alcanzar algo que los otros dos no tuvieran.

—Vamos a la viña —dijo Fouan.

Pero, cuando daban la vuelta hacia la iglesia, lanzó una última mirada a la inmensa llanura, deteniendo unos instantes la vista en las edificaciones de la Borderie, que se divisaban en lontananza. Luego, lanzando un grito de inconsolable lamento y haciendo alusión a la desperdiciada ocasión que se les presentara en su día de adquirir bienes subastados por el Estado, exclamó:

—¡Ah! ¡Si el padre hubiera querido! ¡Sería toda esa inmensidad, Grosbois, lo que ahora tendríais que medir!

Los dos hijos y el yerno se volvieron entonces en un movimiento brusco, e hicieron allí un nuevo alto mientras lanzaban una lenta ojeada sobre las doscientas hectáreas de la granja que se extendían ante ellos.

—¡Bah! —refunfuñó por lo bajo Buteau, al tiempo que reemprendía la marcha—. ¡De nada ha de servirnos recordar esa historia! ¡Es inevitable que los burgueses nos estén comiendo a todas horas!

En aquel momento sonaron las diez. Y apresuraron instintivamente el paso, pues el viento se había debilitado mucho y una nube negra, espesa, acababa de soltar su primer chaparrón. Las escasas viñas de Rognes se hallaban más allá de la iglesia, en la ladera que desciende hasta el Aigre. En otro tiempo, en aquel lugar se alzaba el castillo, con su parque; y no hacía mucho más de medio siglo que los campesinos, envalentonados por el éxito de los viñedos de Montigny, cerca de Cloyes, se habían apresurado a convertir también en viña aquella ladera que por su orientación a Mediodía y su pendiente se prestaba a ello. El vino resultó pobre, pero de una acritud agradable que recordaba los vinillos de Orleans. Por lo demás, cada habitante apenas cosechaba algunas piezas; el más rico, Delhomme, poseía seis fanegas de viñas; el cultivo de la comarca estaba dedicado por entero a los cereales y a los pastos.

Torcieron por detrás de la iglesia y siguieron su camino a lo largo de la antigua casa parroquial, para descender luego por entre delgados arbolillos distribuidos en forma de tablero de damas. Y cuando atravesaban un terreno rocoso cubierto de arbustos, una voz aguda que salía de un agujero, gritó:

—¡Padre, la lluvia se nos echa encima; voy a sacar las ocas!

Era la Trouille, la hija de Jesucristo, una rapazuela de doce años, delgada y nerviosa como una rama de acebo, de enmarañados cabellos rubios. Su boca, de gran tamaño, se torcía hacia el lado izquierdo, y sus verdes ojos tenían una mirada de atrevida fijeza, de manera que se la hubiera podido muy bien tomar por un muchacho, vestida como iba con una vieja blusa de su padre, ceñida con una cuerda alrededor de la cintura. Y si todo el mundo la llamaba así, a pesar del bonito nombre de Olympe con que la bautizaron, la razón provenía de que Jesucristo no cesaba de increparla desde la mañana a la noche dirigiéndole ese epíteto.

Había tenido aquella pequeña salvaje de sus relaciones con una vagabunda a la que encontrara acurrucada al borde de una hondonada, al finalizar una feria, y a la que había instalado después en su cobijo, con gran escándalo de Rognes. Durante cerca de tres años, aquella convivencia había ido de mal en peor; después, una tarde de siega, la pordiosera se fue lo mismo que había venido, arrastrada por otro hombre. La criatura, apenas destetada, había crecido vivaz, lo mismo que la mala hierba; y, desde que andaba, puede decirse, hacía la sopa a su padre, a quien temía y adoraba a la vez. Pero su

verdadera pasión eran las ocas. Al principio sólo tuvo dos, un macho y una hembra, robados en una granja cuando eran chiquitines. Luego, gracias a sus cuidados maternos, la manada se había multiplicado, y ahora ya eran veinte los animalitos que tenía, cuya alimentación procedía del merodeo.

Cuando apareció la Trouille, con su procaz hocico de cabra, llevando delante y azuzando con su bastoncillo a las ocas, Jesucristo se puso furioso.

—¡Vuélvete a hacer la sopa, y si no ya sabes!... Y además, cierra bien la casa, o se lo llevarán todo los ladrones.

Buteau esbozó una sonrisa burlona, mientras Delhomme y los otros tampoco pudieron evitar la risa; hasta tal extremo les resultaba divertida la idea de que el tal Jesucristo pudiera ser objeto de robo. Para comprender aquella reacción era preciso ver la casa, una antigua cueva, tres muros ya existentes con anterioridad y de cuyos restos se limitó a tomar posesión, una verdadera madriguera de zorro entre un continuo derrumbamiento de guijarros, bajo un ramillete de viejos tilos. Aquello era todo cuanto quedaba en pie del castillo; y cuando el cazador furtivo, después de una riña sostenida con su padre, había ido a refugiarse en aquel rincón rocoso que pertenecía a la comunidad, se había visto precisado a construir con piedras desiguales, para poder así cerrar la cueva, una cuarta pared, en la que había dejado dos aberturas, en pretensiones de ventana y puerta. Las zarzas pululaban por todas partes, un rosal silvestre tapaba la ventana. Y a eso se le llamaba en la comarca el castillo.

Cayó otro chaparrón fuerte. Afortunadamente, la viña se hallaba cerca, y la división en tres lotes fue pronto realizada, sin provocar reacciones. Ya no quedaban por dividir más que tres hectáreas de prado, situadas abajo, a orillas del Aigre; pero, en aquel momento, empezó a llover tan fuerte, cayó tal diluvio, que el agrimensor, al pasar por delante de la verja de una propiedad, propuso que entraran allí.

—¿Y si entrásemos a cobijarnos un minuto en casa del señor Badeuil?

Fouan se había detenido, mientras dejaba traslucir un gesto de vacilación, lleno de respeto hacia su cuñado y su hermana, quienes, después de haber hecho fortuna, vivían retirados en aquella mansión de burgueses.

—No, no —murmuró—, almuerzan a mediodía, y no iríamos más que a estorbarles.

Pero, en aquel preciso momento, Charles apareció en lo alto de la terraza, bajo la marquesina, atraído por el chubasco. Al reconocerles, les llamó.

—¡Entren, entren!

Luego, al observar que iban chorreando, les gritó que dieran la vuelta y entraran en la cocina, donde se unió a ellos. Tratábase de un hombre apuesto de sesenta y cinco años, afeitado, de pesados párpados y apagada mirada, con un rostro amarillento y digno de magistrado retirado. Vestido con un grueso muletón de color azul, llevaba unas zapatillas forradas y un casquete eclesiástico, que ostentaba con toda dignidad, como hombre bizarro cuya vida había transcurrido desempeñando delicadas funciones cumplimentadas siempre con la debida autoridad.

Cuando Laure Fouan, entonces costurera en Châteaudun, contrajo matrimonio con Charles Badeuil, este regentaba un pequeño café situado en la calle de Angoulême. De allí, la joven pareja, impulsada por la ambición, movida por el deseo de conseguir una rápida fortuna, había partido para Chartres. Sin embargo, al principio nada les fue bien, todo periclitaba entre sus manos; intentaron en vano montar otra taberna, luego un restaurante, e incluso, más adelante, una tienda de pesca salada; y ya desesperaban de llegar jamás a reunir la más modesta suma, cuando Charles, de temperamento muy emprendedor, concibió la idea de adquirir una de las casas públicas de la calle de los Juifs, caída en descrédito por lo defectuoso del personal y de su notoria suciedad. De un solo vistazo, se había hecho cargo de la situación, de cuales eran las necesidades de Chartres en este sentido, en fin, de la laguna a llenar en una capital carente de un establecimiento que pudiera calificarse de «honorable», y en el que la seguridad y el confort estuvieran a la altura del progreso moderno. Y, en efecto, a partir del segundo año, el 19, restaurado, ornamentado con cortinajes y espejos, atendido por un personal escogido con gusto, llegó a ser tan frecuentado y a adquirir un prestigio tal, que fue preciso elevar a seis el número de mujeres. Los señores oficiales, los señores funcionarios, lo más selecto de la sociedad por así decirlo, ya no acudió a ningún otro sitio. Y ese éxito inicial se mantuvo, gracias a la mano firme del señor Badeuil, su administración paternal y enérgica, al tiempo que su esposa mostraba una actividad extraordinaria, siempre ojo avizor en todas partes, sin permitir descuidos en la administración, aunque sabiendo tolerar, cuando no había más remedio, los pequeños robos de clientes ricos.

En menos de veinticinco años, los Badeuil economizaron trescientos mil francos. Fue entonces cuando pensaron en dar satisfacción al sueño de toda su vida: una vejez idílica en plena naturaleza, rodeadas de árboles, flores y pájaros. Pero, lo que les retuvo allí todavía por un periodo de dos años, fue la circunstancia de no encontrar comprador para su establecimiento del número 19, por el elevado precio en que ellos mismos lo justipreciaban. ¿No era como

para destrozarse el corazón, verse ante un establecimiento convertido en el mejor de los de su especie, que rendía bastante más que una granja, y era preciso abandonar en manos de desconocidos entre los cuales acaso degeneraría? Al llegar a Chartres, el matrimonio Badeuil había tenido una hija, Estelle, a la que internaron en el colegio de las hermanas de la Visitation, en Châteaudun, cuando fueron a instalarse en los Juifs. Se trataba de un pensionado devoto, de una moralidad extremadamente rígida, en el cual dejaron que permaneciera la hija hasta que hubo cumplido los dieciocho años, para de ese modo lograr el mayor refinamiento en su inocencia, procurando siempre enviarla a pasar sus vacaciones lejos, con el fin de que ignorara en todo momento el oficio que les estaba enriqueciendo. Y el señor Badeuil no se decidió a sacarla de allí hasta el día en que la casó con un joven empleado de los arbitrios municipales, Hector Vaucogne, un guapo mozo que echaba a perder las buenas cualidades que le adornaban merced a su extraordinaria desidia. Se acercaba ya esa hija a la treintena y tenía a su vez una hijita de siete años, Élodie, cuando, enterada finalmente de cuanto hasta entonces le habían ocultado, al saber que su padre quería traspasar su negocio, partió de ella misma la idea de ser considerada con preferencia a un tercero. ¿Por qué iba a salir aquel comercio de la familia, puesto que tan seguro y magnífico resultaba? Todo quedó arreglado: los Vaucogne se hicieron cargo del establecimiento como nuevos dueños, y los Badeuil, ya desde los primeros meses, experimentaron la enternecedora satisfacción de comprobar que su hija, a pesar de haber sido educada en ambiente e ideas tan distintos, se revelaba como un ama de casa superior, lo que felizmente venía a compensar la blandura de su yerno, desprovisto por completo del más elemental sentido de la administración. Los Badeuil hacía cinco años que se habían retirado a Rognes, donde cuidaban de su nieta Élodie, internada a su vez en el pensionado de Châteaudun, regentado por las hermanas de la Visitation, para ser educada religiosamente según los principios de la más estricta moral.

Cuando el señor Badeuil entró en la cocina, donde una joven sirvienta estaba batiendo unos huevos para hacer una tortilla, al tiempo que vigilaba una cazuela de alondras salteadas con manteca, todos los visitantes, incluidos el viejo Fouan y Delhomme, se descubrieron y parecieron sentirse muy orgullosos estrechando la mano que se les tendía.

—¡Ah, caramba! —dijo Grosbois para hacerse simpático—. ¡Qué encantadora propiedad la suya, señor Badeuil! ¡Y cuando se piensa que por todo ello no pagó prácticamente nada! ¡Sí, sí, es usted un pillo, un auténtico pillo!

El otro se pavoneaba mientras tanto.

—Fue una ocasión, un verdadero hallazgo. Nos gustó, y como mi mujer había puesto especial empeño en acabar sus días en su país natal... Siempre supe inclinarme ante las cosas del corazón.

Roseblanche, nombre con que era designada la propiedad, constituía la loca concepción de un burgués de Cloyes, que acababa de gastarse en ella cerca de cincuenta mil francos cuando una apoplejía le fulminó, antes de que la pintura llegara a secarse. La casa, muy coqueta, situada de medio lado, estaba rodeada de un jardín de tres hectáreas de superficie que descendía hasta el Aigre. En el fondo de aquel agujero perdido, en los lindes de la triste Beauce, ni un solo comprador se había presentado, y el señor Badeuil había conseguido hacerse con la finca por veinte mil francos. Allí podía dar satisfacción a todos sus gustos; soberbias truchas y anguilas pescadas en el río, colecciones de rosales y de claveles cultivadas con amor, y finalmente pájaros, una enorme pajarera llena de todas las especies cantoras de nuestros bosques, que nadie más que él podía soñar reunir. El matrimonio, ya en el ocaso de su vida, estrechando su lazo de ternura, consumía y saboreaba allí sus doce mil francos de renta, en un ambiente de dicha completa, que estimaba además como legítima recompensa a sus treinta años de trabajo.

—¿No es así? —añadió Charles—. Aquí se sabe por lo menos quienes somos.

—Es usted conocido, qué duda cabe —respondió el agrimensor—. Su dinero se encarga de pregonararlo.

Los demás visitantes subrayaron este comentario con breves palabras de aprobación:

—Qué duda cabe, esa es la pura verdad.

Entonces el señor Badeuil indicó a la criada que trajera vasos, y él mismo bajó a la bodega para buscar dos botellas de vino. Todos, con la nariz vuelta hacia la cazuela donde se doraban las alondras, gozaban con el buen olor que impregnaba el ambiente. Y poniendo caras muy serias, bebieron, saboreándolo, el vino con que les obsequiaban.

—¡Ah! ¡Vamos, éste no es del país!... ¡Es delicioso!

—¡Un trago más!... ¡A la salud de ustedes!

—¡A la suya!

Cuando ya dejaban sus vasos, apareció la señora Badeuil, una dama de sesenta y dos años, de aire respetable, con la cabellera blanca como la nieve, la cara abotargada y la nariz abultada de los Fouan, pero de una palidez sonrosada, una expresión de paz y una dulzura de claustro, que producía la

impresión de la anciana religiosa que siempre vivió a la sombra. Y, cogida a ella, allí estaba también su nieta Élodie, que se hallaba en Rognes pasando dos días de vacaciones; tenía una expresión de timidez embarazosa. Comida por la clorosis, demasiado desarrollada para sus doces años, tenía la fealdad características en una cara fofa y abotargada, rematada por los escasos y descoloridos cabellos producto de su empobrecida sangre, apareciendo además como acobardada de tal forma por su educación de virgen inocente, que hubiérase dicho tratarse de una anormal.

—¡Vaya! ¿Estáis aquí? —dijo la señora Badeuil estrechando la mano de su hermano y de sus sobrinos con gesto digno y pausado, como para marcar distancias.

Y, volviéndose, sin ocuparse más de los visitantes, continuó diciendo:

—Entre, entre usted, señor Patoir... El animal está aquí.

Era el veterinario de Cloyes, bajito y grueso, de constitución sanguínea y rostro violáceo, con una cabeza soldadesca y recios bigotes. Acababa de llegar con su cabriolé salpicado de fango, bajo un fuerte chaparrón que entonces estaba cayendo.

—Este pobrecito —siguió diciendo mientras sacaba del tibio horno una cesta en la que agonizaba un viejo gato—, estuvo todo el día de ayer con un temblor, lo que me movió a escribirle... ¡Oh!, ya no es joven, tiene cerca de quince años... Sí, le tuvimos diez años en Chartres; y, el año pasado, mi hija tuvo que desembarazarse de él y me lo traje aquí, porque se metía por todos los rincones de la tienda.

Y al emplear el vocablo «tienda», lo hacía pensando en Élodie, que estaba a su vera, y a la que contaban que sus padres tenían un negocio de confitería, con tanto movimiento y trajín, que les era imposible tenerla consigo. Por lo demás, los campesinos ni siquiera sonrieron, pues había corrido ya por Rognes la especie de que «la granja de los Hourdequin, no valía ni mucho menos lo que la tienda del señor Badeuil». Entretanto, con los ojos muy abiertos, contemplaban al viejo gato de color amarillo, delgado y sin pelo, de lamentable aspecto, aquel viejo gato que había ronroneado por entre todos los lechos de la calle de los Juifs, un gato acariciado por las pulidas manos de cinco o seis generaciones de mujeres. Durante tan largo tiempo, había sido mimado como gato favorito, al que resultaba familiar tanto el salón como las alcobas cerradas, lamiendo los restos de pomadas y bebiendo el agua de las jofainas de los tocadores, al tiempo que asistía impasible como silencioso observador, y veía todo con sus alargadas pupilas circundadas de oro.

—Señor Patoir, se lo ruego —concluyó diciendo la señora Charles—, cúremelo.

El veterinario abrió mucho los ojos, en un fruncimiento simultáneo de la nariz y la boca, en medio de una total oscilación de su hocico de perro dogo bonachón. De repente, exclamó:

—¡Cómo! ¿Para esto me han molestado?... ¡Ya lo creo que voy a curarle! Ande, átele una piedra al cuello y láncelo al río; es la mejor fórmula para acabar de una vez.

Élodie estalló en lágrimas, y la señora Badeuil, sofocada, rebosaba indignación.

—¡Pero si su minino apesta! ¿Cree usted cuerdo conservar en la casa semejante horror para provocar el cólera?... ¡Créame, arrójelo al agua!

Sin embargo, ante la indignación de la anciana dama, el veterinario acabó por sentarse a la mesa y extender una receta, refunfuñando.

—En fin, si le divierte morir apestada... Por lo que a mí se refiere, desde el momento en que me pagan, ¿qué puede importarme lo demás?... Trate de introducirle en la garganta este medicamento, dándole una cucharada cada hora, y aquí tiene también una droga para dos lavados, uno por la noche y otro por la mañana.

Instantes después, el señor Badeuil empezaba a impacientarse, desolado al observar como las alondras se iban tostando demasiado, mientras la criada, cansada de batir el huevo para la tortilla, esperaba con los brazos colgantes. Se apresuró, pues a pagar a Patoir los seis francos de la consulta e invitó a los otros a vaciar sus vasos.

—Es preciso almorzar, ¿no les parece?... ¡He tenido mucho gusto en volverles a ver! La lluvia ha cesado.

Y salieron, aunque experimentando cierto pesar. El veterinario, mientras subía a su dislocado carricoche, seguía insistiendo en su punto de vista:

—¡Un gato que no vale ni la cuerda para arrojarlo al agua!... ¡En fin, cuando se es rico!

—El dinero procedente de las ramerías, como se gana se gasta —dijo Jesucristo en son de burla.

Pero todos, incluyendo al propio Buteau, al que una sorda envidia había hecho palidecer, protestaron con una oscilación de cabeza, y Delhomme, el hombre prudente, declaró:

—No importa haber sido un haragán o una bestia, cuando se han sabido ganar doce mil francos de renta.

El veterinario había fustigado a su caballo, y los otros descendieron hacia el Aigre, a través de los senderos, convertidos en torrentes. Llegaban ya a las tres hectáreas de prados, cuando se puso a llover nuevamente, con una fuerza de verdadero diluvio.

Pero esta vez pusieron todo su empeño en seguir el trabajo; se morían de hambre y querían terminar de una vez. Una sola polémica retrasó su labor, surgida a propósito del tercer lote, que carecía de árboles, en tanto que un bosquecillo se hallaba repartido entre los otros dos. El agrimensor les prometió remitir las correspondientes notas al notario, para que pudiera levantar el acta; y se convino en dejar para el domingo siguiente el sorteo de los lotes, que tendrían lugar en casa del padre, a las diez de la mañana.

Cuando de regreso entraban en Rognes, Jesucristo se puso a maldecir bruscamente:

—¡Espera, espera, sucia Trouille, vas a acordarte de mí!

Al borde del herboso camino, la Trouille, sin darse ninguna prisa, paseaba sus ocas bajo el tremendo chaparrón. A la cabeza de la manada, mojado y como encantado, iba el ganso; y, cuando torcía hacia la derecha su amarillento pico, los demás picos amarillos doblaban también a la derecha. Pero la rapaza se horrorizó al oír aquellas voces y salió de estampida para preparar la sopa, seguida por la bandada de largos cuellos que se tendían tras el estirado cuello del ganso.

IV

EL siguiente domingo, caía precisamente en primero de noviembre, día de Todos los Santos. Iban a dar las nueve cuando el abate Godard, el párroco de Bazoches-le-Doyen, encargado de prestar servicio en la antigua parroquia de Rognes, desembocó en lo alto de la pendiente que llevaba al puentecito del Aigre. Rognes, en otros tiempos de mayor importancia, reducido en aquel entonces a una población de apenas trescientos habitantes, hacía años que no tenía párroco, lo que no parecía inquietarles gran cosa, hasta el punto de que el consejo municipal había procedido a dar alojamiento al guarda rural en la casa parroquial, medio destruida.

Cada domingo, el abate Godard recorría a pie los tres kilómetros que separan Bazoches-le-Doyen de Rognes. Grueso y corto de talla, de colorada nuca y con el cuello tan hinchado que la cabeza se veía forzada a inclinarse hacia atrás, ponía especial empeño en aquel ejercicio, como medida de salud e higiene. Pero, aquel domingo como veía que se le hacía tarde, no cesaba de dar terribles resoplidos, manteniendo la boca abierta de par en par y desfigurando así aún más su apoplético rostro, en el que la grasa había acabado por ahogar y eliminar prácticamente su chata naricilla y sus grises ojitos; y, bajo aquel cielo lívido cargado de nieve, a pesar del frío prematuro que seguía a los aguaceros de la semana, balanceaba su sombrero de tres picos, con la cabeza al descubierto, enmarañada de espesos cabellos de un color rojo entrecanoso.

La carretera descendía a pico, y en la orilla izquierda del Aigre, antes de llegar al puente de piedra, sólo habían sido construidas algunas casas, constituyendo una especie de arrabal que el abate atravesó con sus andares de tempestad. Ni siquiera dirigió una mirada hacia la parte alta del río ni en dirección a la desembocadura, para contemplar su curso sosegado y limpio en el que serpenteaban una serie de curvas por entre las praderas, en medio de bosquecillos de sauces y álamos. En la margen derecha, empezaba el pueblo propiamente dicho, una doble hilera de fachadas situadas al borde de la

carretera, en tanto que otras parecían trepar por la pendiente, como plantadas al azar; y, nada más atravesar el puente, encontrábanse la alcaldía y la escuela, una antigua granja compuesta de planta y piso pintada con cal. Durante unos instantes, el abate estuvo vacilando, y asomó la cabeza por el vacío vestíbulo. Luego se volvió y pareció inspeccionar de un vistazo dos mesones que había enfrente: uno de ellos con una fachada muy limpia y plagada de adornos, sobre la cual podía verse un rótulo de madera amarilla, donde se leía en letras verdes: *Macqueron, fonda*; el otro adornado simplemente con una rama de acebo, y mostrando, pintadas en negro sobre la fachada mal rebozada las palabras: *Tabaco, casa Lengaigne*. Por fin se decidía ya a reemprender su camino a través de una callejuela escarpada que había entre las dos casas, un repecho que conducía delante de la iglesia, cuando a la vista de un viejo campesino se detuvo.

—¡Ah! Es usted, tío Fouan... Tengo mucha prisa ahora, pero estoy deseoso de ir a verle... Dígame, ¿qué hacemos? No es posible que su hijo Buteau abandone a Lise en ese estado, con un vientre que cada vez se va haciendo más voluminoso y que ofende a la vista... ¡Es una vergüenza, una verdadera vergüenza!

El viejo le escuchaba con gesto de deferente cortesía.

—¡Maldita sea! ¿Pero qué quiere que haga si Buteau se obstina en ello?... Además, el muchacho no deja de tener razón, no es normal casarse a su edad y sin contar con nada.

—¡Pero tiene un hijo de esa mujer!

—Desde luego... Sólo que ese niño todavía no ha nacido. ¿Acaso sabe uno lo que puede ocurrir?... Por otra parte, es preciso reconocer que tener un niño no es algo que sirva precisamente de aliciente cuando uno no tiene donde caerse muerto.

Expresaba todo ello discretamente, como anciano conocedor de lo que es la vida. Luego, con la misma mesurada voz, añadió:

—Además, quizás todo acabe arreglándose... Sí, he decidido repartir mis bienes entre los hijos; van a ser subastados los lotes después de la misa... Entonces, cuando tenga su parte, Buteau verá lo que hace, y espero que resuelva casarse con su prima.

—¡Está bien! —dijo el sacerdote—. Con eso me basta, cuento con usted, tío Fouan.

Un toque de campana le cortó la palabra en aquel instante, y preguntó azarado:

—El segundo ya, ¿no es eso?

—No, señor cura, es el tercero.

—¡Oh! ¡Válgame Dios! ¡Una vez más ese borrico de Bécu se pone a tocar sin esperar a que yo llegue!

Subió a toda prisa el sendero. Al llegar arriba estuvo a punto de darle un ataque, con la garganta rugiente como si se tratara del fuelle de una fragua.

La campana seguía tocando, mientras los cuervos, espantados con su vaivén, volaban aturdidamente cruzando la punta del campanario, una flecha del siglo quince que atestiguaba la importancia que tuvo Rognes en la antigüedad. Ante la puerta, abierta de par en par, un grupo de campesinos se hallaba a la espera. Entre ellos se encontraba el mesonero Lengaigne, libre pensador, que fumaba su pipa; más a lo lejos, apoyado en el muro del cementerio, el alcalde, el granjero Hourdequin, hombre apuesto, de enérgicas facciones, conversaba con su secretario, el abacero Macqueron. Cuando el sacerdote pasó, saludando, todos le siguieron salvo Lengaigne, que hizo ademán de volver la espalda mientras fumaba en su pipa.

Dentro de la iglesia, a la derecha del pórtico, un hombre, colgado a una cuerda, continuaba tirando de ella sin parar.

—¡Basta ya, Bécu! —dijo el abate Godard fuera de sí—. Le tengo dicho infinidad de veces que me espere antes de proceder al tercer toque.

El guarda rural, que al propio tiempo hacía de campanero, volvió a poner los pies en el suelo, violento por haber desobedecido. Era un hombre menudo de cincuenta años, de cabeza cuadrada y curtida de viejo militar, con barba y bigotes grises, de cuello tieso, estrangulado continuamente por camisas demasiado estrechas. Muy bebido ya, permaneció en posición de firmes, sin permitirse la menor excusa.

Mientras tanto, el sacerdote atravesaba la nave, echando una ojeada a los bancos. Poca era la gente que había allí. Hacia la izquierda no vio más que a Delhomme, que asistía a la ceremonia como consejero municipal. A la derecha, lugar reservado a la mujeres, lo menos había una docena de ellas: reconoció a Coelina Macqueron, seca nerviosa e insolente; a Flore Lengaigne, una matrona, quejumbrosa, fofa y dulce; a la Bécu, alta, morena, muy sucia. Pero lo que acabó de enfurecerle, fue ver a las Hijas de María, sentadas en el primer banco. Allí estaba Françoise, entre dos de sus amigas, la hija de los Macqueron, Berthe, una hermosa morena, educada como señorita en Cloyes, y la hija de los Lengaigne, Suzanne, una rubia, fea y descarada, a quien sus padres iban a colocar como aprendiz en casa de una costurera de Châteaudun. Las tres se estaban riendo en forma inconveniente. Y, al lado

suyo, la pobre Lise, gorda y redonda, con alegre semblante, exhibía el escándalo de su abultado vientre frente al altar.

Finalmente, el abate Godard entraba en la sacristía, cuando fue a caer de improviso sobre Delphin y Nénesse, que jugaban a darse empujones, mientras preparaban las vinagreras. El primero de ellos, el hijo de Bécu, que tenía once años, era ya un mozo hecho y derecho, de cutis bronceado, amante de la tierra, que prefería las labores del campo a ir a la escuela, en tanto que Ernest, el primogénito de los Delhomme, un rubio delgado y holgazán, de la misma edad, llevaba siempre un espejo en el fondo de su bolsillo.

—¡Está bien, jueguistas! —gritó el sacerdote—. ¿Os habéis figurado que estáis en un establo?

Y, volviéndose hacia un joven alto y delgado, cuyo pálido rostro estaba sembrado de algunos pelos amarillos, y que ordenaba sus libros sobre el estante de un armario, exclamó:

—¡Verdaderamente, señor Lequeu, bien podría usted poner de su parte lo necesario para hacer que se estuvieran quietos cuando no estoy aquí!

Tratábase del maestro de escuela, un hijo de campesino que, con la instrucción, había bebido el odio a los de su clase. Trataba violentamente a sus alumnos, llamándoles brutos, y ocultaba avanzadas ideas, pese a la correcta rigidez que observaba respecto del cura y del alcalde. Cantaba en el coro, haciéndolo bien, e incluso ponía el máximo cuidado cuando manejaba los libros sagrados; pero en cambio había rehusado formalmente tocar la campana, a pesar de constituir ello una costumbre, por estimar que semejante tarea era indigna de un hombre libre.

—No me corresponde la función de policía en la iglesia —respondió secamente—. ¡Ah! ¡Si estuviera en mi casa, la de bofetadas que iban a recibir!

Y, mientras, sin responderle, el abate se ponía precipitadamente el alba y la estola, Lequeu, siguió diciendo:

—Misa rezada, ¿no es eso?

—Desde luego, y rápido... Es preciso que esté en Bazoches antes de las diez y media para la misa mayor.

Lequeu, que había cogido un viejo misal del armario, lo cerró y fue a colocar el libro sobre el altar.

—¡Vamos, vamos, despachemos pronto! —repetía el cura, dándoles prisa a Delphin y a Nénesse.

Sudando y jadeante, con el cáliz en la mano, entró de nuevo en la iglesia y empezó la misa, que ayudaban los dos rapaces mientras se dirigían solapadas miradas y sonreían burlonamente por lo bajo. La iglesia tenía una sola nave,

de bóveda redondeada, revestida de madera de encina, que amenazaba ruina, debido a la terquedad del consejo municipal en negar la concesión de ningún crédito que pusiera remedio a tal situación: el agua de las lluvias se filtraba a través de las piezas rotas del tejado de pizarra y a la vista saltaban grandes manchas que indicaban la avanzada podredumbre de la madera; y, en el coro, cerrado por una verja, veíase en su parte superior una mancha verdosa, que ensuciaba el fresco del ábside, cortando en dos la figura del Padre Eterno, al que adoraban dos ángeles.

Cuando el sacerdote se volvió hacia los fieles con los brazos abiertos, se sintió algo tranquilizado al comprobar que había ido viniendo la gente; el alcalde, el secretario, los consejeros municipales, el viejo Fouan, y Clou, el herrador, que tocaba el trombón en las misas cantadas. Con aire digno, Lequeu se había situado en primera fila. Bécu, borracho como para no tenerse en pie, permanecía en el fondo con su rigidez de estaca. Y en el lado de las mujeres sobre todo, los bancos se iban llenando; Fanny, Rose, la Grande y otras más, hasta el punto de que las Hijas de María habían tenido que estrecharse para hacer sitio y estaban ahora observando una actitud ejemplar, con las narices puestas en sus devocionarios. Pero lo que más halagó al cura fue percibir entre sus feligreses al señor y a la señora Badeuil con su nieta Élodie, él con levita de paño negro y ella con un vestido de seda color verde, los dos muy serios y circunspectos, dando buen ejemplo.

Sin embargo, apresuraba la misa en su afán de acabar pronto. Cuando llegó el momento de la plática, sin subir al púlpito, sentado en una silla, en medio del coro, inició su peroración, pero luego se perdió y tuvo que renunciar a encontrar nuevamente el hilo: la elocuencia constituía su punto flaco, las palabras no acudían oportunamente a sus labios y casi nunca llegaba a concluir las frases, lo que explicaba el por qué le tenía olvidado el obispo desde hacía veinticinco años en la pequeña parroquia de Bazoches-le-Doyen. El resto de la misa fue chapuceado, los toques de la elevación fueron como señales eléctricas, y despidió a su gente con un *Ite missa est*, que más bien pareció un latigazo.

Apenas se había vaciado la iglesia, cuando apareció de nuevo el abate Godard, con el sombrero de tres picos atravesado, debido a su apresuramiento. Ante la puerta se estacionaba un grupo de mujeres, Coelina, Flore y la Bécu, muy enfadadas por haber sido despachadas de aquella forma, al galope por así decirlo. ¿Sería que las despreciaba, cuando ya no les prestaba atención ni siquiera en un día de fiesta tan señalado como aquél?

—Dígame señor cura —preguntó Coelina con su agria voz, al tiempo que se acercaba a él—, parece como si tuviera algo contra nosotras. ¿Por qué nos despacha usted como si fuéramos un paquete de andrajos?

—¡Ah! ¡Válgame Dios! —respondió el sacerdote—. Sencillamente, porque los míos me están esperando... No me es posible estar en Bazoches y en Rognes al mismo tiempo... Tengan su propio párroco, si lo que desean es oír misas largas.

Constituía esta la eterna disputa entre Rognes y el abate; los vecinos exigían atenciones, y él se atenía al cumplimiento de su estricto deber en una corporación municipal que se negaba a reparar la iglesia, y en la que, además, la serie de perpetuos escándalos que allí tenían lugar le desanimaban por completo. Y, señalando a las Hijas de María, que en aquel momento marchaban juntas, añadió:

—Por otra parte ¿es acaso agradable celebrar ceremonias religiosas delante de ese grupo de jovencitas que no tienen ningún respeto a los mandamientos de la Ley de Dios?

—No lo dirá usted por mi hija, ¿verdad? —preguntó Coelina apretando los dientes.

—Ni por la mía —añadió Flore.

Entonces, cansado ya, el cura se desmandó.

—Lo digo por quien debo decirlo... Es algo que ofende a la vista. ¡Con una facha así y vistiendo de blanco! No se celebra aquí ninguna procesión sin que observe en ella una embarazada... ¡No, no, ustedes son capaces de hartar al mismo Dios!

Se marchó acto seguido, y la Bécu, que había permanecido en el más absoluto de los silencios, hubo de poner paz entre las dos madres que, excitadas, se lanzaban acusaciones con relación a su respectiva hija; pero en esa mediación suya se involucraban insinuaciones tan agudas, que en vez de conseguir un apaciguamiento, la disputa se fue agravando. ¡Ya se vería cómo acababa Berthe con sus corpiños de terciopelo y su empeño en tocar el piano! Pues ¿y Suzanne? ¡Acertada idea la de enviarla a Châteaudun como aprendiz de modista, para que enseguida diese la voltereta!

El abate Godard, libre al fin de toda aquella gente, marchaba ya a todo escape, cuando se encontró frente a los Badeuil. Su rostro se animó con una amplia y amable sonrisa, haciéndoles un reverente saludo con su sombrero de tres picos. El señor, con gesto majestuoso, le devolvió el saludo, y la señora respondió haciéndole una graciosa reverencia. Pero estaba de Dios que el párroco no acabaría de salir de allí, pues, apenas había llegado al extremo de

la plaza, cuando tuvo un nuevo encuentro. Esta vez fue una mujer alta, de una treintena de años, que más bien parecían cincuenta, de escasa cabellera, de cara aplastada, blanduzca, amarillenta por las pecas, y que, destrozada, rendida por su rudo trabajo, se balanceaba bajo el peso de un haz de leña.

—Palmyre —preguntó él—, ¿por qué no ha venido a misa en un día tan señalado como el de Todos los Santos? Muy mal hecho.

Ella se puso a gimotear.

—Tiene usted toda la razón, señor cura, pero ¿cómo hacerlo?... Mi hermano se muere de frío, nos helamos en casa. Por eso no tuve más remedio que ir a recoger este poco de leña por entre los setos.

—¿Sigue comportándose la Grande con su dureza de siempre?

—¡No le quepa duda! Antes preferiría reventar que darnos pedazo de pan o un haz de leña para el fuego.

Y, con voz doliente, repitió una vez más lo que constituía su historia; cómo su abuela les había echado de casa y se habían visto obligados, ella y su hermano, a buscar refugio en una cuadra abandonada. Aquel pobre Hilarión, patizambo, con la boca torcida por un labio leporino, carecía de toda malicia, a pesar de sus veinticuatro años, y era además tan tonto que nadie aceptaba su trabajo. Por lo tanto tenía que ser ella quien trabajase por él, hasta matarse, volcando en aquel inválido sus más apasionados cuidados y obrando en todo momento con la misma ternura y desvelo que una madre.

Mientras escuchaba, el semblante espeso y sudoroso del abate Godard se transfiguraba por momentos en un gesto de exquisita bondad. Sus airados ojillos se embellecían de caridad, y su enorme boca adoptaba una mueca de dolor. El terrible gruñón, siempre salido de sus casillas, con ademanes de violencia, sentía en el fondo verdadera pasión por las gentes que vivían en la miseria, les daba todo, su dinero, su ropa blanca y sus trajes, hasta el punto de que, en la Beauce, seguramente no hubiera podido encontrarse un sacerdote que llevase una sotana más gastada ni más llena de remiendos.

Registró sus bolsillos con aire inquieto, y deslizó en la mano de Palmyre una moneda de cien sueldos.

—¡Tome!, Y por lo que más quiera, escóndala, pues no llevo para dar a nadie más... Será preciso, ya lo estoy viendo, que hable muy seriamente otra vez con la Grande, puesto que con tanta maldad se comporta.

En aquella ocasión pudo al fin escapar. Además, afortunadamente para él, mientras remontaba la ladera, al otro lado del Aigre, el carnicero de Bazoches-le-Doyen, que volvía al pueblo, hizo que subiera a su carricoche; poco después desaparecía por la llanura, sacudido por los tumbos que daba el

vehículo, dejando entrever la danzarina silueta de su sombrero de tres picos, bajo un cielo lívido e inmenso.

Durante ese tiempo, la plaza de la iglesia se había ido quedando desierta Fouan y Rose había descendido de nuevo a su casa, en donde ya se hallaba Grosbois. Un poco antes de las diez, llegaron a su vez Delhomme y Jesucristo; pero en vano estuvieron esperando a Buteau hasta mediodía, no había manera de que aquel ser tan original fuese puntual nunca. Sin duda debió detenerse a almorzar en cualquier parte. Por un momento pensaron prescindir de él; pero el solapado miedo que les inspiraba, con su mala cabeza, hizo que tomaran la decisión de sortear los lotes después de comer, hacia las dos lo más tardar. Grosbois, que aceptó de los Fouan un pedazo de manteca y un vaso de vino, terminó vaciando la botella e incluso empezó otra, cayendo una vez más en su estado de embriaguez habitual.

Sonaron las dos, y Buteau seguía sin aparecer. Entonces Jesucristo, impulsado por la necesidad de francachela que se producía en la languidez del pueblo, tratándose de ocasiones como aquella en que, además de domingo era un día de fiesta señalada, se fue a dar una vuelta y, al pasar por delante de la casa de los Macqueron, asomó por allí la cabeza; aquello dio resultado, pues se abrió bruscamente la puerta y apareció Bécu gritando:

—¡Acércate y entra, bandido, mal soldado! ¡Acepta una copa antes de salir disparado!

Se había puesto más tieso todavía, pareciendo ser mayor su gesto de hombre digno y serio a medida que se embriagaba. Una fraternidad de antiguo compañero de armas borracho, cierta secreta ternura, le arrastraba hacia el cazador furtivo; pero evitaba su presencia cuando se hallaba de servicio, ostentando su placa en el brazo, y siempre a punto de echarle el guante si le sorprendía en flagrante delito, aunque en su interior le torturase la idea de anteponer el deber a sus sentimientos. En la taberna, cuando se hallaba bebido, le obsequiaba como a un hermanó.

—Vamos, una partidita, ¿quieres? ¡Al diablo con todo, si los beduinos vienen a molestarnos, les cortamos las orejas!

Y se instalaron ante una mesa, poniéndose a jugar a las cartas en medio de fuertes gritos, mientras los litros de vino iban desapareciendo uno tras otro.

En un rincón de la taberna, Macqueron, con su voluminosa cara bigotuda se entretenía dando vueltas a sus dedos pulgares. Desde que hizo su fortuna, especulando con los vinillos de Montigny, se había vuelto indolente; sus únicas ocupaciones consistían en cazar, ir de pesca, en comportarse, en fin, como un perfecto burgués; e iba siempre muy sucio, vestido con verdaderos

andrajos, mientras su hija Berthe exhibía por todas partes magníficos vestidos de seda. Si su mujer le hubiera hecho caso, habrían cerrado la tienda y la taberna, pues se había convertido en un ser vanidoso, con sordas ambiciones todavía inconscientes; pero ella era de una codicia feroz, y él mismo, falto de voluntad y aunque sin colaborar en nada, la dejaba que siguiera sirviendo vasos de vino, para de esa manera aburrir a su vecino Lengaigne, que explotaba el estanco y también servía bebidas. Tratábase de una antigua rivalidad, jamás extinguida y siempre a punto de encenderse.

Sin embargo, había semanas durante las cuales vivían tranquilos y en paz. Precisamente en aquel momento entró Lengaigne con su hijo Víctor, un mozo alto y desgarbado, a punto de entrar en el servicio militar. En cuanto al padre, también muy alto, de aspecto retraído, con una cabecita en forma de col colocada sobre unos hombros anchos y huesudos, cultivaba sus tierras mientras la mujer despachaba el tabaco y bajaba a la bodega. Lo que más le hacía resaltar en el pueblo era que afeitaba y cortaba el pelo a los vecinos, oficio que ya desempeñaba estando en filas, y que ahora ejercía en su propio establecimiento, en medio de los consumidores, o a domicilio si así lo preferían los clientes.

—¿Como va esa barba? ¿Nos afeitamos hoy, compadre? —preguntó desde la puerta.

—¡Toma, pues es verdad! ¡Si yo mismo te dije que vinieras! —exclamó Macqueron—. Conformes, ahora mismo si te viene bien.

Descolgó una vieja bacía y cogió jabón y agua templada, mientras el otro sacaba de su bolsillo una enorme navaja que más bien parecía un machete, y que se puso a afilar en un pedazo de cuero que había pegado al estuche. Pero una voz chillona llegó en aquel momento de la tienda vecina.

—¡Cómo! —gritaba Coelina—. ¿Es que van a servir las mesas para vuestras sucias tareas?... ¡No quiero que en mi casa se encuentren pelos dentro de los vasos!

Aquel era un ataque directo a la limpieza del establecimiento vecino, donde, según decía ella, se tragaban más cabellos que vino se bebía.

—¡Dedícate a vender tu sal y tu pimienta, y procura dejarnos en paz! —respondió Macqueron, que se sentía violento con aquella algarada en presencia de todo el mundo.

Jesucristo y Bécu se echaron a reír en son de burla, exclamando:

—¡Vaya con la burguesa!

Y aprovecharon la circunstancia para pedir otro litro de vino, que ella se apresuró a traerles, furiosa, pero sin decir esta boca es mía. Entretanto, ellos

barajaban las cartas, lanzándolas violentamente sobre la mesa, como si fueran a pegarse. ¡Triunfo, triunfo y triunfo!

Lengaigne había ya untado de jabón la cara de su cliente, al que tenía cogido por la nariz, cuando se abrió la puerta y apareció Lequeu, el maestro de escuela.

—¡Buenas tardes a todos!

Permaneció unos instantes de pie, silencioso, calentándose los riñones, mientras el joven Víctor, detrás de los jugadores, asistía absorto al desarrollo del juego.

—A propósito —siguió diciendo Macqueron, aprovechando un minuto de libertad en que Lengaigne enjugaba su navaja antes de seguir adelante—, hace unos momentos, antes de celebrarse la misa, el señor Hourdequin ha vuelto a hablarme nuevamente del camino... Será preciso tomar una resolución.

Se refería al famoso camino que había de enlazar directamente Rognes con Châteaudun, y que reduciría la distancia entre ambos puntos en unas dos leguas, pues en las circunstancias actuales los carruajes se veían forzados a pasar por Cloyes. Como es natural, en la granja estaban particularmente interesados en el trazado de esa nueva vía, y el alcalde, para arrastrar consigo al consejo municipal en pleno, contaba en gran medida con su secretario, interesado también en una pronta solución del asunto. Se trataba, en efecto, de enlazar el camino con la carretera principal, lo que facilitaría a los vehículos el acceso a la iglesia, adonde sólo era posible llegar trepando por verdaderos senderos de cabra. El trazado concebido en el proyecto, seguía simplemente la línea de la estrangulada callejuela existente entre las dos tabernas, ensanchándola y suavizando la pendiente; y los terrenos del abacero, que figurarían entonces en su mismo borde, al tener un fácil acceso decuplicarían su valor.

—Sí —continuó hablando—, parece ser que el gobierno, para prestarnos ayuda, espera a que votemos algo... Sabes alguna cosa sobre el particular, ¿no es eso?

Lengaigne, que era consejero municipal, pero que ni siquiera tenía un trocito de huerto detrás de su casa, respondió:

—¡A mí me tiene sin cuidado! ¿Por qué razón quieres que me interese tu camino?

Y, emprendiéndola con la otra mejilla de su cliente, que raspaba como si estuviera haciéndolo con una escobilla, cayó sobre los de la granja con idéntica furia. ¡Ah! ¡Buenos eran los burgueses de hoy! ¡En el fondo,

resultaban peores todavía que los señores de antaño! Sí, se lo habían quedado todo con ocasión del reparto, no hacían leyes más que para favorecer sus propios intereses, y sólo vivían de la miseria de la gente humilde. Los demás le escuchaban inquietos, pero felices y satisfechos al ver que se atrevía a poner de manifiesto el odio secular, indomable, del campesino contra los poseedores del suelo.

—Menos mal que estamos hablando entre nosotros —murmuró Macqueron, mientras lanzaba una inquieta mirada hacia el maestro de escuela—. Por lo que a mí afecta, estoy del lado del gobierno... Y lo propio ocurre con nuestro diputado, el señor de Chédeville, que, según se dice, es amigo del emperador...

De repente, Lengaigne agitó furiosamente su navaja de afeitar.

—¡Otro buen sujeto el tal diputado!... ¿Es que un ricacho como él, que posee más de cinco hectáreas por la parte de Orgères, no debiera hacer obsequio del camino a que usted aspira, en lugar de querer sacarle los cuartos al concejo?... ¡Sucia y mala persona!

Pero el abacero, aterrorizado en esta ocasión, protestó.

—No, no, estimo que es muy honrado y nada altivo... Sin él nunca habrías tenido tu estanco. ¿Qué dirías si cambiara de criterio y te quedases sin él?

Calmado de repente, Lengaigne se puso de nuevo a raspar la barbilla de su parroquiano. Había ido demasiado lejos, y eso le producía resquemor; tenía razón su mujer al decirle que sus ideas le jugarían un día una mala pasada. Entonces pudo oírse una disputa que estallaba entre Bécu y Jesucristo. El primero de ellos tenía una embriaguez de mala catadura, batalladora y agresiva, mientras que el otro, por el contrario, de terrible ganapán que era cuando sus años mozos, se apaciguaba más a cada nuevo vaso de vino que tragaba, hasta convertirse en hombre de una dulzura y sencillez propias de un apóstol. A esto había que añadir su diferencia radical de opiniones: el cazador furtivo era republicano, un rojo como entonces se decía, que se vanagloriaba de haber hecho bailar el rigodón a los burgueses en el 48, mientras que el guarda rural, bonapartista intransigente, adoraba al emperador, a quien pretendía conocer.

—¡Te juro que sí! Comimos juntos una ensalada de arenques salados. Y fue en aquella ocasión cuando me dijo: «Ni una palabra, soy el emperador»... Le reconocí luego, al ver su efigie en las monedas de cien sueldos.

—¡Posiblemente!... ¡Un canalla en todo caso, que pega a su mujer y que jamás ha querido a su madre!

—¡Cállate, por Dios, o te rompo la crisma!

Fue preciso quitarle a Bécu de las manos la botella de litro que blandía, mientras Jesucristo, con los ojos humedecidos, esperaba el golpe con sonriente resignación. Y acabaron poniéndose nuevamente a jugar con aire fraternal. ¡Triunfo, triunfo y triunfo!

Macqueron, a quien tenía inquieto la indiferencia afectada del maestro de escuela, acabó por preguntarle:

—Y usted, señor Lequeu, ¿qué es lo que opina de todo eso?

Lequeu, que estaba calentando sus pálidas manos en el tubo de la estufa, esbozó una sonrisa agria de hombre superior, que por la posición que ocupa se ve obligado a guardar silencio.

—Yo no opino nada, son cosas que no me incumben.

Entonces Macqueron fue a lavarse la cara en una jofaina llena de agua, y mientras aspiraba aire, acabando de secarse, dijo:

—Pues bien, escuche lo que voy a decirle; yo quiero hacer alguna cosa... ¡Por los clavos de Cristo! Si se vota la carretera, estoy dispuesto a dar mi terreno sin compensación alguna.

Aquella declaración dejó estupefactos a los otros. Jesucristo y Bécu, a pesar de su estado de embriaguez, levantaron asimismo la cabeza. Se hizo un silencio; le contemplaban todos como si de repente se hubiera vuelto loco. Y entonces él, fustigado por el efecto que habían producido sus palabras, temblándole no obstante las manos por el compromiso que adquiría, añadió:

—Habrá allí medio arapende... ¡Puerco el que se desdice! ¡Se trata de un juramento!

Lengaigne se fue con su hijo Víctor, exasperado y enfermo por el efecto que le había producido aquella liberalidad del vecino. ¡La tierra no le costaba gran cosa, bastante había robado ya a la gente! Macqueron, a pesar del frío que hacía, descolgó su fusil y salió a ver si encontraba de nuevo el rastro de un conejo que había percibido la víspera en el extremo de su viña. No quedó en la taberna más que Lequeu, que pasaba allí los domingos, sin beber un solo trago, y los dos jugadores obstinados, con las narices metidas entre sus cartas. Transcurrieron dos horas, otros campesinos fueron entrando y saliendo.

Hacia las cinco de la tarde, una mano empujó brutalmente la puerta y apareció Buteau seguido de Jean. En cuanto vio a Jesucristo, aquel se puso a gritar:

—Me hubiera apostado veinte sueldos... ¿Te mofas acaso de la gente? Estamos esperándote.

Pero el beodo, babeando y con gesto alegre, respondió:

—¿Cómo dices, maldito embustero? El que te está esperando soy yo... Desde esta mañana nos consumimos esperándote.

Buteau se había detenido en la Borderie, donde Jacqueline, con quien había jugueteado tumbándola en el heno desde que tenía quince años, le retuvo para comer un asado con Jean. Al salir de misa, el granjero Hourdequin se había ido a almorzar a Cloyes, y los dos muchachos, que habían vuelto solos, estuvieron de juerga hasta muy tarde.

A todo esto, Bécu vociferaba que él pagaba los cinco litros de vino consumidos, pero que era necesario continuar la partida; en tanto que Jesucristo, después de haberse levantado penosamente de su silla, seguía a su hermano, con los ojos anegados en una expresión de pacífica dulzura.

—Espera allí —dijo Buteau a Jean—, y dentro de media hora ven a buscarme... Recuerda que comes conmigo en casa de mi padre.

Ya en casa de los Fouan, cuando los dos hermanos entraron en la sala, pudo decirse que se hallaban todos. El padre, de pie, inclinaba la cabeza. La madre, sentada cerca de la mesa que había en medio, hacía labor de punto en un constante movimiento maquinal de sus manos. Frente a ella, Grosbois, era tanto lo que había bebido y comido, que permanecía abotargado, con los ojos medio abiertos, mientras que, más lejos, sentados en dos sillas bajas, Fanny y Delhomme esperaban pacientemente. Y, cosa inusitada, en aquella pieza saturada de humo, además de los viejos y modestos muebles y de los escasos utensilios consumidos por la limpieza, podían verse una hoja de papel blanco, un tintero y una pluma que habían sido colocados sobre la mesa, y a su lado el sombrero del agrimensor, un sombrero negro; tirando ya a rojizo, de tamaño descomunal, que arrastraba consigo por todas partes desde hacía diez años, soportando la lluvia y el sol. Anochecía, y por la estrecha ventana penetraba una luz cenagosa, a través de la cual el sombrero adquiría extraordinaria importancia con sus alas aplanadas y su forma de urna.

Pero Grosbois, siempre atento a su tarea, a pesar de su embriaguez, se despertó, balbuceando:

—Por lo que veo, estamos ya todos... Como les decía, el acta está a punto de ser firmada. Ayer pasé por el despacho del señor Baillehache y me la dejó ver. Sólo quedan en blanco los números de los lotes que serán consignados a continuación de sus nombres... Vamos, pues, a terminar esto de una vez, y al notario no le quedará más que inscribirlos, para que ustedes puedan, el mismo sábado, firmar el acta en su despacho.

A renglón seguido procuró despabilarse del todo y levantó la voz.

—Veamos, voy a preparar las papeletas.

Haciendo un brusco movimiento, y sin tratar de ocultar su respectiva desconfianza, los hijos se acercaron precipitadamente. Le vigilaban de cerca, estudiaban sus más insignificantes movimientos, como si se tratara de un jugador de manos capaz de escamotear las partes. Para empezar, con sus gruesos y temblorosos dedos de alcohólico, había cortado la hoja de papel en tres pedazos; después, sobre cada uno de ellos, había escrito una cifra, 1, 2, 3, apretando mucho sobre el papel y de un tamaño enorme. Por encima de sus hombros todos seguían el movimiento de la pluma, incluso el padre y la madre movían la cabeza, satisfechos de constatar que allí no había trampa posible. Las papeletas fueron dobladas pausadamente y depositadas en el sombrero.

Reinó un silencio, solemne, impresionante.

Al cabo de dos interminables minutos, Grosbois dijo:

—Ahora es cuando hay que decidirse... ¿Por quién empezamos?

Nadie se movió. La noche iba avanzando, y el sombrero parecía aumentar de tamaño en medio de aquella oscuridad.

—¿Qué os parece si siguiéramos un orden según la edad? —propuso el agrimensor—. Te toca empezar a ti, Jesucristo, como primogénito que eres.

Jesucristo, hijo obediente, intentó avanzar un poco, pero perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse. Haciendo un violento esfuerzo, había hundido el puño en el sombrero, como si intentara arrancar de allí un trozo de roca. Cuando ya tuvo en su mano la papeleta, se fue hacia la ventana.

—¡Dos! —exclamó, encontrando sin duda extraordinariamente divertida aquella cifra, pues se echó a reír desaforadamente.

—Ahora te toca a ti, Fanny —dijo entonces Grosbois.

Cuando Fanny tuvo metida la mano en el fondo del sombrero, pareció no querer apresurarse. Buscaba y rebuscaba, removía las papeletas, sopesando una después de otra.

—Está prohibido escoger —dijo airadamente Buteau, a quien ahogaba la pasión, y que había palidecido enormemente al escuchar el número sacado por su hermano.

—¡Anda! ¿Y por qué no hacerlo? —respondió ella—. Yo no miro; lo único que hago es palpar, y eso sí está permitido.

—¡Bah! —murmuró el padre—. Dejaros de tonterías, el peso de una no es mayor que el de la otra.

Decidiose por fin, y corrió asimismo hacia la ventana.

—¡Uno!

—Pues bien, entonces le corresponde el tres a Buteau —siguió diciendo Fouan—. Sácalo del fondo, hijo mío.

Debido a la creciente oscuridad, no había sido posible percibir la descomposición operada en el rostro del menor de los hijos. Su voz estalló en un arranque de cólera.

—¡Jamás!

—¿Cómo es eso?

—¿Os imagináis acaso que acepto? ¡Ah, no!... El tercer lote ¿no es eso? ¡El malo! Ya os dije que mi deseo era hacer la partición de otro modo. ¡No, no, os burlaríais de mí!... Además, si queréis que os lo diga claro, no acabo de entender vuestras manipulaciones. ¿No debía haber sacado primero el más joven?... ¡No, no, no lo sacó porque aquí hay trampa!

El padre y la madre le observaban con atención, viéndole agitar pies y manos.

—Pobre hijo mío, te estás volviendo loco —dijo Rose.

—¡Oh! Madre, se muy bien que nunca me has querido... Si pudieras, me arrancarías la piel del cuerpo para dársela a mi hermano... Y entre todos seríais capaces de comerme vivo...

Fouan le interrumpió duramente.

—¡Basta de estupideces!... ¿Quieres sacar la papeleta?

—Lo que quiero es que se vuelva a empezar.

Hubo entonces una manifestación general de protesta. Jesucristo y Fanny apretaban contra sí su respectiva papeleta, como si alguien hubiera intentado arrancárselas. Delhomme puso de manifiesto que el sorteo se había hecho honradamente, y Grosbois, sintiéndose muy ofendido, hablaba de irse si se sospechaba de su buena fe.

—Quiero entonces que mi padre me compense con mil francos del dinero que tiene en su escondrijo.

El viejo, al oírle hablar en esos términos, permaneció unos instantes como aturdido, limitándose su reacción a algunos balbuceos; pero luego, irguiéndose, se adelantó con terrible ademán.

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¡Lo que tú pretendes sin duda es asesinarme, canalla indecente! Echarían la casa abajo y no encontrarían ni un céntimo... ¡Por los clavos de Cristo, coge la papeleta o no tendrás nada!

Buteau, firme en su obstinación, no retrocedió ni un paso ante el puño amenazador del padre.

—¡No!

Volvió a imperar un embarazoso silencio. En aquellos instantes, el enorme sombrero daba la impresión de constituir un estorbo, de estar obstruyendo el curso normal de las cosas, con esa única papeleta en el fondo, que nadie quería tocar. El agrimensor, para acabar de una vez, aconsejó al padre que lo sacase él mismo. Y el viejo, con gesto grave y solemne, la sacó en efecto, y se dirigió inmediatamente hacia la ventana para leerla, como si ignorase su contenido.

—¡Tres!... Te corresponde el tercer lote, ¿entendido? El acta está preparada, y estoy seguro de que el señor Baillehache no alterará en nada su contenido, pues lo que ya está hecho no hay razón alguna para que se modifique... Además, puesto que duermes aquí, te doy la noche para reflexionar... Vamos, asunto terminado, no hablemos más.

Buteau, sumido en las tinieblas, no dio respuesta alguna. Los otros dieron muestras ruidosas de aprobación, mientras la madre se decidía a encender una candela, para poner la mesa.

Y, en aquel mismo instante, Jean, que venía en busca de su camarada, percibió dos sombras enlazadas, observando atentamente desde la carretera, desierta y en plena oscuridad, lo que se estaba haciendo en casa de los Fouan. En el pizarroso tejado, los copos de nieve, ligeros y sutiles cual plumas, empezaban a caer.

—¡Oh! ¡Jean —dijo una dulce voz—, nos ha asustado!

Entonces reconoció a Françoise, encapuchada, con su alargada cara y sus labios de grueso trazo. Se estrechaba fuertemente contra su hermana Lise, a quien tenía cogida de la cintura con un brazo. Las dos hermanas se adoraban, siempre se las encontraba así, la una junto a la otra. Lise, de mayor estatura y agradable aspecto, a pesar de sus pronunciadas facciones y de la hinchazón incipiente de toda su redondeada figura, parecía estar animada en medio de su desgracia.

—¿Estaban espiando? —preguntó alegremente.

—¡Qué remedio! —respondió Lise—. Me interesa enormemente lo que pueda ocurrir ahí dentro... Quisiera saber de una vez si esto decidirá por fin a Buteau.

Françoise, en un gesto de cariñoso afecto, había aprisionado con el otro brazo el abultado vientre de su hermana.

—¡Puerco indecente!... Cuando esté en posesión de la tierra, tal vez aspire a una joven más rica.

Pero Jean procuró darles esperanzas: la partición debía haber terminado, y ya verían como lo demás acababa por arreglarse. Luego, cuando les hizo

saber que cenaba en casa de los viejos, Françoise añadió:

—¡Magnífico! Nos volveremos a ver dentro de un rato; iremos a la velada.

Jean las vio perderse en la oscuridad de la noche. La nieve caía más espesa, y sus confusos vestidos pronto quedarían ribeteados por un fino plumoncillo blanco.

V

A las siete, después de cenar, los Fouan, Buteau y Jean habían ido al establo, donde la familia se reunía junto a las dos vacas que Rose tenía el propósito de vender. Aquellos animales, atados al fondo, delante del abrevadero, calentaban el ambiente con el fuerte vaho que despedía su cuerpo, así como el lecho de paja en que descansaban, mientras que la cocina, con los tres delgados tizones que sirvieran para preparar la comida, como única forma de calefacción, se hallaba ya helada a aquellas horas debido a las prematuras heladas de noviembre. De manera que, durante el invierno, allí era donde pasaban las veladas, teniendo como pavimento la propia tierra, sintiéndose realmente a gusto con el calorcito aquel, y sin que ello les originase más molestia que la de transportar al improvisado salón una mesita redonda y una docena de sillas viejas. Cada uno de los vecinos concurrentes venía obligado a traer la candela cuando le llegaba su turno. Voluminosas sombras danzaban a lo largo de las paredes desnudas, ennegrecidas por el polvo, proyectando sus siluetas hasta alcanzar las telarañas que se desprendían de la techumbre; pero, instalados de aquella forma, llegaba hasta sus espaldas el tibio respirar de las vacas que, echadas sobre su lecho de paja, no cesaban de rumiar.

La Grande, fue la primera en llegar, con su labor de calceta. Jamás llevaba la candela, abusando de su avanzada edad, e inspirando siempre tal temor, que su hermano no se atrevía a llamarla al orden, recordándole lo que constituían costumbres ancestrales. Inmediatamente fue a colocarse en el mejor sitio, arrimando hacia ella la candela, como si estuviera destinada a su exclusivo uso a causa de su reducida capacidad visual. Había dejado apoyado en la silla el bastón, que no abandonaba un solo momento. Centelleantes copos de nieve iban fundiéndose bajo los tiesos y escasos pelos que erizaban su cabeza de pájaro descarnado.

—¿Sigue nevando? —preguntó Rose.

—Sigue nevando —respondió ella secamente.

Y se entregó de lleno a su labor, mientras apretaba sus estrechos labios, avara de palabras, después de haber lanzado sobre Jesucristo y sobre Buteau una punzante mirada.

Tras ella fueron apareciendo los otros: primero Fanny, que se había hecho acompañar por su hijo Nénesse, ya que Delhomme jamás asistía a tales veladas, e inmediatamente después Lise y Françoise, quienes entre risas se sacudieron la nieve que las cubría. Pero la presencia de Buteau hizo que la primera de ellas se sonrojase ligeramente. Él la miraba tranquilamente.

—¿Marcha todo bien, Lise, desde que no nos hemos visto?

—Pues no va mal, gracias.

—¡Magnífico! Me alegro de que así sea.

En ese espacio de tiempo, Palmyre se había deslizado furtivamente por la puerta entreabierta; procurando encogerse para pasar desapercibida, se dirigía cautelosamente para situarse lo más lejos posible de su abuela, la terrible Grande, cuando, de repente, un ruido proveniente de la carretera la hizo enderezarse. Eran como furiosos tartamudeos, mezclados con llantos, risas e imprecaciones.

—¡Ah! ¡Esos miserables todavía le siguen acosando! —exclamó.

Abrió la puerta de golpe y, envalentonada de repente, rugiendo como una leona, consiguió librar a su hermano Hilarion de las garras de la Trouille, de Delphin y de Nénesse. Este último acababa de unirse a los otros dos que perseguían al impedido. Sofocado, aturdido, Hilarion entró en el recinto, tambaleándose sobre sus torcidas piernas. Su labio leporino le hacía tragar saliva más de la cuenta, balbuceaba sin poder llegar a explicarse, apareciendo ya caduco para sus veinticuatro años y de una fealdad de auténtico cretino. Se había vuelto perverso, incitado por la rabia que le producía el no poder salir corriendo en persecución de aquellos rapaces que le perseguían, para arrearles de lo lindo. En esta ocasión, una vez más, había recibido encima un montón de bolas de nieve.

—¡Oh! ¡No le hagáis caso, es un embustero! —dijo la Trouille con aire de inocencia—. Me ha mordido en el dedo pulgar. ¡Miren!

Súbitamente, Hilarion, a quien se le atragantaban las palabras, estuvo a punto de quedar ahogado; mientras tanto Palmyre procuraba calmarle, enjugándole el rostro con su pañuelo al tiempo que le dedicaba frases cariñosas.

—¡Basta ya! —acabó por decir Fouan—. Debieras impedir que te siguiera. ¡Siéntale por lo menos, y que se esté tranquilo!... ¡Y tú, rapaza,

silencio! Os voy a coger a todos por las orejas para llevaros a casa de vuestros padres.

Pero como quiera que el impedido continuara balbuceando, con la pretensión de ser él quien tenía razón, la Grande, cuyos ojos parecían despedir fuego, cogió su bastón y asestó un golpe tan fuerte sobre la mesa, que todo el mundo pegó un salto. Palmyre e Hilarion, sobrecogidos de espanto, se desplomaron sobre sus sillas y no volvieron a moverse.

Aquel gesto vino a significar el comienzo de la velada. Las mujeres, alrededor de la única candela existente, se pusieron a hacer labor de punto, realizando automáticamente un trabajo al que ni siquiera dirigían la vista. Los hombres, detrás, fumaban lentamente, cambiando entre sí escasas palabras, mientras los chicos jugueteaban en un rincón procurando sofocar sus risas.

A veces se contaban cuentos: el del Cerdo negro, que guardaba un tesoro, cuya llave conservaba en el gaznate; o bien el de la bestia de Orleans, que tenía cara de hombre, alas de murciélago y una melena que le llegaba hasta el suelo, así como dos cuernos y dos colas, una de ellas para coger las cosas y la otra para matar; y se decía que aquel monstruo se había comido a un viajero de Rouen, del que no había dejado más que el sombrero y las botas. En otras ocasiones se hilvanaban historias sin fin referentes a lobos voraces que, durante siglos, habían devastado la Beauce. Antiguamente, cuando la Beauce, hoy desnuda y pelada, conservaba todavía de sus extensos bosques algún que otro bosquecillo, innumerables bandadas de lobos, movidos por el hambre, salían durante el invierno para caer sobre los rebaños. Mujeres y niños eran devorados. Y los más viejos de la comarca decían recordar que, con ocasión de las primeras nieves, bajaban los lobos hasta los poblados: en Cloyes se los oía aullar en la plaza de Saint-Georges, y en Rognes empezaban a dar resoplidos por debajo de las puertas mal cerradas de los establos y rediles. Luego, las anécdotas de siempre volvían a ser referidas: la del molinero que, al ser sorprendido por cinco enormes lobos, consiguió hacerles huir encendiendo simplemente una cerilla; la de la niña que fue seguida por un lobo al galope durante dos leguas, y que devoró cuando cayó rendida al llegar a la puerta de su casa; y así otras, otras muchas, leyendas de lobos torviscos, de hombres transformados en bestias, que saltaban sobre los hombros de los caminantes retrasados, obligándoles a correr hasta que caían muertos.

Pero, alrededor de la escuálida vela, lo que dejaba heladas a las mujeres que asistían a la velada, lo que a la hora de marcharse las hacía salir de estampía y como alocadas huyendo de la oscuridad, eran los crímenes de los forajidos que integraban la famosa banda de Orgères, que durante sesenta

años había tenido atemorizada a toda la comarca. La componían centenares de seres en su totalidad vagabundos, mendigos, desertores, falsos buhoneros, hombres, mujeres y niños que vivían del robo, del asesinato y del libertinaje. Tenían su origen en las pandillas armadas y disciplinadas del antigua bandidaje, que buscaron sacar provecho de los trastornos que trajo consigo la Revolución, sitiando en toda regla las casas aisladas, en las que entraban atropelladamente, hundiendo las puertas con la ayuda de arietes. En cuanto llegaba la noche, lo mismo que los lobos, salían del bosquecillo de Dourdan y de entre las malezas de la Conie donde tenían sus guaridas; y al mismo tiempo que la oscuridad, caía el terror sobre las granjas de la Beauce, desde Etampes a Châteaudun, y de Chartres a Orleans. Entre sus legendarias atrocidades, la que con más frecuencia salía a relucir en Rognes era el pillaje llevado a cabo en la granja de Millouard, que sólo distaba unas leguas de allí, en el cantón de Orgères. El llamado Beau-François, célebre jefe de bandoleros, sucesor de Fleur-d'Épine, llevaba consigo aquella noche a su lugarteniente, el denominado Grand-Dragon, a Breton «culo-seco», Lonjumeau, Sans-Pouce y otros cincuenta, todos ellos con la cara tiznada. Empezaron por meter en la bodega a cuantos encontraron en la granja, los criados, gañanes y el pastor, arrojándoles allí a bayonetazo limpio; inmediatamente después «recalentaron» al granjero, el tío Fousset, único que se quedaron consigo: Cuando ya le hubieron puesto los pies encima de las brasas de la chimenea, incendiaron su barba con antorchas de paja, así como todo el vello de su cuerpo; luego se entretuvieron de nuevo con los pies, que agujerearon con la punta de un cuchillo, para que, de esa manera, entraran mejor las llamas. Finalmente, habiendo resuelto el viejo confesar donde tenía escondido su dinero, le dejaron, llevándose los bandidos un considerable botín. Fousset, que todavía se sintió con fuerzas bastantes para arrastrarse hasta la casa vecina, no murió hasta más tarde. E invariablemente, el relato terminaba con el proceso y la ejecución, en Chartres, de la temible banda, a la que Borgne-de-Jouy había traicionado: un proceso monstruo, cuya instrucción exigió dieciocho meses, período durante el cual sesenta y cuatro de los procesados murieron en la prisión a causa de una peste producida por su propia suciedad. Este proceso llevó ante el tribunal a ciento quince acusados, de los cuales treinta y tres eran contumaces, y dio lugar a que el jurado formulase siete mil ochocientas preguntas, dictándose veintitrés condenas a muerte. La noche de la ejecución, con motivo de repartirse los despojos de los ajusticiados, los verdugos de Chartres y de Dreux sostuvieron entre sí una dura pelea bajo el ensangrentado patíbulo.

Fouan, a propósito de un asesinato que se había cometido por la parte de Janville, se refirió una vez más a las abominables escenas de la granja de Millouard, y estaba relatando las lamentaciones hechas en la prisión por el propio Rouge-d'Auneau, aducidas como defensa, cuando unos ruidos extraños procedentes de la carretera, de pasos, empujones y blasfemias llenaron de espanto a las mujeres. Cada vez más pálidas, procuraban aguzar el oído, ante el terror de ver de repente una oleada de hombres con las caras tiznadas de negro entrando a saco en la cuadra. Revistiéndose de valor, Buteau fue a abrir la puerta.

—¿Quién anda por ahí?

En aquel momento aparecieron Bécu y Jesucristo, quienes, después de una riña con Macqueron, acababan de dejar la taberna, llevándose consigo las cartas y una candela para terminar la partida en otro lugar. Estaban tan bebidos, y era tanto el miedo que habían sentido, que todos los allí presentes se echaron a reír.

—Entrad rápidamente y comportaros con cordura —dijo Rose sonriendo al ganapán de su hijo—. Vuestros hijos están aquí, así os los podréis llevar con vosotros.

Jesucristo y Bécu se sentaron en el suelo, cerca de las vacas, pusieron la candela delante y se dispusieron a continuar la partida. ¡Triunfo, triunfo y triunfo! A todo esto, la conversación había cambiado de sesgo; se hablaba de los mozos que iban a entrar en quintas, Víctor Lengaigne y otros tres. Las mujeres se habían puesto serias, una nota de tristeza acompañaba sus palabras.

—No es nada agradable —apuntó Rose—. ¡No, no, nada divertido para nadie!

—¡Ah! ¡La guerra! —murmuró Fouan—. ¡Los males que ocasiona! Significa la muerte de la agricultura... Sí, cuando los muchachos se van, los mejores y más fuertes brazos parten con ellos, muy pronto se cae en la cuenta. Y cuando ya están de vuelta, ¡demonios!, entonces resulta que regresan completamente cambiados, ya no tienen puesto su corazón en el arado... ¡Valdría más el cólera que la guerra!

Fanny abandonó su labor de punto.

—Yo —declaró— me niego en absoluto a que parta Nénesse... El señor Baillehache nos ha explicado el mecanismo, algo así como una lotería; se reúnen varios de ellos, cada uno deposita en sus manos una suma, y los que les toca en suerte salen redimidos.

—Para eso es preciso ser rico —dijo secamente la Grande.

Pero Bécu, que mientras jugaba la partida había cogido algunas palabras al vuelo, exclamó:

—¡La guerra, hace hervir la sangre! ¡En ella se forjan los hombres!... Cuando no se ha vivido, no es posible saberlo ni opinar sobre ella. No hay como batirse... allá, con los moros...

Y guiñó el ojo izquierdo, mientras Jesucristo, reía burlonamente con aire de inteligencia. Los dos habían estado en las campañas de África, el guarda rural desde los primeros tiempos de la conquista, y el otro más tarde con motivo de las últimas insurrecciones. Por ello, a pesar de la diferencia de épocas, conservaban recuerdos comunes, orejas de beduinos cortadas y exhibidas luego en hilera, beduinos a los que se había frotado la piel con aceite, ensartados después detrás de las zarzas y golpeados despiadadamente. Jesucristo, sobre todo, contaba siempre una historia que hacía desternillarse de risa a los campesinos: se refería a una mujer alta, semejante a una yegua, amarilla como un limón, a la que habían hecho correr completamente desnuda y con una pipa en el trasero.

—¡Maldita sea! —continuó Bécu, dirigiéndose a Fanny—. ¿Pretende acaso que Nénesse siga pareciéndose a una jovencita?... ¡Lo que es yo, pronto meteré a Delphin en el regimiento!

Los muchachos habían dejado de jugar; Delphin levantaba su sólida y redonda cabeza de jovenzuelo que ya empieza a identificarse con la tierra.

—¡No! —declaró descaradamente y con terco gesto.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que estás diciendo? ¡Ya te enseñaré yo a ser valiente, mal francés!

—No quiero partir para la guerra, sino permanecer aquí.

Levantaba ya la mano el guarda rural, cuando Buteau le detuvo.

—¡Deja en paz a la criatura!... Tiene razón. ¿Acaso le necesitan? Otros hay dispuestos a ello... Con todo eso parece que uno viene al mundo para luego abandonar el propio rincón e ir a que le degüellen, por un montón de historias que nos tienen sin cuidado. Por lo que a mí se refiere, nunca salí de aquí, y puedo asegurar que me encuentro perfectamente en esta tierra.

En efecto, llegado el momento, había sacado un buen número, y era un auténtico labrador, pegado a la tierra, sin conocer más poblaciones que Orleans y Chartres, ni haber visto nada más que el monótono horizonte de la Beauce. Y daba la impresión de sentir verdadero orgullo por haberse desarrollado en su tierra, con la misma terquedad vivaz y de pocos alcances con que pudiera haber arraigado un árbol. Se había puesto en pie, y las mujeres le contemplaban.

—¡Cuando regresan del servicio, vuelven todos tan flacos! —se atrevió a comentar Lise.

—Y usted, Caporal —preguntó la vieja Rose—, ¿estuvo muy lejos?

Jean continuaba fumando sin decir una sola palabra, como muchacho reflexivo que prefería escuchar. Al oír la pregunta, movió lentamente su pipa y dijo:

—Sí, bastante lejos... No estuve en Crimea, sin embargo. Tenía que partir, cuando tomaron Sebastopol... Pero, más tarde, en Italia...

—¿Qué es eso de Italia?

La pregunta pareció sorprenderle. Vaciló unos instantes y luego trató de buscar entre sus recuerdos.

—Pues Italia es algo semejante a lo nuestro. También allí pueden verse cultivos, y se ofrecen a la vista bosques y ríos... Por todas partes ocurre igual.

—¿Entonces, usted llegó a batirse?

—¡Oh! ¡Sí, por descontado que he tenido que pelear!

Se había puesto de nuevo a succionar su pipa y no daba muestra alguna de apresuramiento. Françoise, que había levantado los ojos, permanecía con la boca entreabierta, en espera de que contase alguna historia. Todas, por lo demás, parecían interesadas en que así ocurriese; y fue la propia, la Grande, quien largó un nuevo bastonazo sobre la mesa, para hacer callar a Hilarion, que gimoteaba, pues la Trouille había inventado un jueguecito consistente en hundirle graciosamente un alfiler en el brazo.

—En Solferino, el ambiente estaba caldeado de veras, a pesar de que por entonces llovía mucho. ¡Oh, qué forma de llover!... Estaba calado hasta los huesos, el agua me entraba por la espalda y resbalaba luego hasta llegar a los mismos zapatos... ¡Bien puede decirse que aquel día nos mojamos en serio!

Todos le escuchaban con atención; sin embargo, Jean no añadió nada; aquello era todo lo que había visto de la batalla. Al cabo de un minuto de silencio, siguió expresándose con aire razonable:

—¡Dios mío! La guerra no constituye algo tan complicado como se cree... Le toca a uno en suerte, ¿no es eso? Pues en tal caso viene obligado a cumplir con su deber. Por lo que a mí se refiere, dejé el servicio porque prefiero otra cosa. No obstante, creo que puede ser interesante para el que no siente su oficio o para el que se encoleriza cuando el enemigo pretende ensuciar nuestra patria.

—¡Algo feo y deleznable en todo caso! —dijo el tío Fouan para terminar—. Incluso en el supuesto de una invasión, cada uno debiera defender su propia casa, y pare usted de contar.

Volvió a reinar de nuevo el silencio. Hacía mucho calor, un calor húmedo y palpable que acentuaba el fuerte olor despedido por el estiércol del lecho de paja de las vacas. Una de las dos vacas, que se había puesto en pie, empezó a estercolar; y pudo oírse el ruido suave y rítmico de las boñigas que iban cayendo y extendiéndose por el suelo. De las negruras del armazón del establo, descendía el melancólico «cri-cri» de un grillo, en tanto que, la rápida manipulación de los dedos de las mujeres haciendo calceta, parecía proyectar sobre las paredes gigantescas patas de araña, en medio de toda aquella negrura.

Pero Palmyre, que había cogido las despabiladeras para animar la candela, quiso hacerlo tan bajo que la extinguió. Entonces todo fueron clamores; las mujeres se echaron a reír, los chicos hundían el alfiler en una nalga de Hilarion; y las cosas se hubieran estropeado del todo, si la candela de Jesucristo y Bécu, que seguían somnolientos sobre sus cartas, no hubiera servido para reavivar la otra, a pesar de su larga mecha, que se había ensanchado formando una roja seta. Sobrecogida por su torpeza, Palmyre temblaba como una chiquilla que teme ser golpeada con el látigo.

—Y ahora, vamos a ver —dijo Fouan—, ¿quién está dispuesto a leernos algo para acabar la velada?... Caporal, usted debe tener por la mano eso de la letra impresa.

Había ido, en efecto, en busca de un libro pequeño y grasiento, uno de esos folletos de propaganda bonapartista, con los que el imperio había inundado la campiña. Aquel en particular, caído allí del paquete de mercancías de algún transportista, constituía un ataque violento contra el antiguo régimen, la historia dramatizada de un campesino, analizada antes y después de la Revolución bajo el siguiente título: *Las desdichas y el triunfo de Jacques Bonhomme*.

Jean había cogido el libro, e inmediatamente, sin hacerse rogar, se puso a leer con una voz torpe y anodina de colegial que no tiene en cuenta la puntuación. Se le escuchó con verdadera unción.

Trataba al principio de los galos libres, reducidos a esclavitud por los romanos y luego conquistados a su vez por los francos, que, al convertir los esclavos en siervos, vinieron a establecer el feudalismo. Y ahí es donde daba comienzo el largo martirio, el martirio de Jacques Bonhomme, del obrero de la tierra, explotado, exterminado a través de los siglos. Mientras la gente de las ciudades se sublevaba fundando el municipio y adquiriendo así el derecho de ciudadanía, el campesino aislado, desposeído de todo y aun de sí mismo, no llegaba a emanciparse sino mucho más tarde, a comprar con su dinero la

libertad de ser hombre. ¡Y cuán ilusoria libertad por otra parte! ¡El propietario abrumado, agarrado materialmente por impuestos de sangre y de ruina, siempre con la propiedad en tela de juicio, gravada con tal número de cargas, que apenas si le dejaba otra cosa que guijarros para comer! Comenzaba entonces en aquel libro una espantosa relación, la de los impuestos que cargaban sobre el miserable. Nadie podía enumerar la lista exacta y completa; pululaban por todas partes y surgían a la vez del rey, del obispo y del señor. Tres pájaros carniceros devorando el mismo cuerpo para saciar su apetito: el rey tenía el censo y la talla, el obispo el diezmo y el señor establecía tributos sobre todas las cosas, sacando dinero con cualquier pretexto. Nada pertenecía al campesino: ni la tierra, ni el agua o el fuego, ni siquiera el aire que respiraba. Le era preciso pagar, pagar siempre, por razón de nacer o con ocasión de morirse, con motivo de los contratos que concertase, de sus rebaños, de sus tratos comerciales o de sus placeres; pagaba por desviar hacia sus tierras el agua pluvial de los fosos, y también por el polvo de los caminos que las patas de sus carneros llegaban a levantar en verano, cuando había grandes sequías. Y aquel que no podía pagar, tenía que hacerlo con su cuerpo y su tiempo, quedando sujeto a una prestación personal gratuita, obligado a labrar, a realizar trabajos de albañil, a segar, a cuidar viñas, a limpiar los fosos del castillo, o bien a hacer y conservar carreteras. Los censos en especie, y las trivialidades o impuestos vulgares que afectaban al molino, al horno y a los lagares, que sólo le dejaban la cuarta parte de las cosechas; y el impuesto de guarda y vigilancia que subsistió en dinero, incluso después de la demolición de los torreones; y el derecho de albergue o morada que al pasar el rey o el señor traía consigo el desvalijamiento de las chozas o albergues, tirando por alto jergones y ropas de cama, echando materialmente de su casa al que en ella vivía, corriendo además peligro de que le fueran arrancadas puertas y ventanas si no se largaba lo bastante de prisa. Pero el impuesto aborrecido de veras, cuyo recuerdo todavía parecía resonar en el fondo de los caseríos y aldeas, era la odiosa gabela, los graneros de sal, las familias tarifadas en una determinada cantidad de sal que debían comprar al rey, todo un impuesto inicuo cuya arbitrariedad sublevó y ensangrentó a Francia.

—Mi padre —interrumpió Fouan—, llegó a ver la sal al precio de dieciocho sueldos la libra... ¡Ah! ¡Qué duros eran aquellos tiempos!

Jesucristo se permitía bromear en sus mismas barbas. Quiso insistir sobre los impuestos que pudiéramos llamar tunantes, de los cuales el librito se contentaba con hacer una púdica alusión.

—¿Y qué me decís del derecho de pernada?... El señor introducía el muslo en el lecho de la recién casada, y la primera noche...

Las mujeres le hicieron callar, sonrojadas todas ellas, incluso la propia Lise con su abultado vientre; mientras, la Trouille y los dos rapaces, con la cabeza inclinada hacia el suelo, se metían el puño en la boca para contener la risa. Hilarion, con su pacífico aspecto, no se perdía una sola palabra, como si hubiera comprendido perfectamente cuanto estaba escuchando.

Jean continuó su lectura. Abordaba ahora la cuestión de la justicia, aquella triple justicia del rey, del obispo y del señor, que descuartizaba a la pobre y sudorosa gente que cultivaba las tierras. Existía el derecho consuetudinario y el derecho escrito, y, por encima de todo, existía el simple capricho, la razón del más fuerte. Ninguna garantía ni tampoco recurso alguno; la omnipotencia de la espada. Incluso en los siglos siguientes, cuando la equidad motivó una reacción de protesta, se compraron los impuestos y la justicia fue vendida. Y aquello resultaba todavía peor, debido al reclutamiento de los ejércitos, por razón de aquel impuesto de sangre que durante tanto tiempo sólo azotó a los jóvenes del campo, los cuales huían a los bosques, aunque luego eran traídos encadenados, a culatazo limpio, para ser enrolados lo mismo que si se les hubiera conducido a presidio. Les estaba vedado el acceso a los distintos grados o jerarquías. Cualquier jovencito de familia noble negociaba con un regimiento, igual que hubiera podido hacerlo con cualquier mercancía que le perteneciera por haberla pagado; sacaba a subasta los grados inferiores, y el resto de su ganado humano se lo llevaba tranquilamente al matadero. Venían luego, en fin, los impuestos de caza, aquellos impuestos sobre palomares y conejares que, en nuestros días, aun después de abolidos, dejaron un fermento de odio en el corazón de los campesinos. La caza, es decir el constante y hereditario motivo de odio, esa antigua prerrogativa feudal que autorizaba al señor a cazar por dondequiera que fuese, y que castigaba en cambio con la pena de muerte al villano que tenía la audacia de cazar en su propia casa; venía a significar el animal libre, el pájaro en absoluta libertad enjaulados bajo la inmensidad del cielo para gozo y placer de uno solo; eran los campos distribuidos en diversas capitanías feudales que el cazador estaba autorizado a devastar, sin que por el contrario se permitiese a los propietarios derribar ni un solo gorrión.

—Eso ya se comprende —murmuró Bécu, que hablaba de disparar contra los cazadores furtivos como si fueran conejos.

Pero Jesucristo, que había afinado el oído en aquella cuestión de la caza, se puso a silbar con aire burlón. La caza era de quien sabía matarla.

—¡Ah, Dios mío! —dijo Rose, simplemente, lanzando un gran suspiro.

—Todos tenían el corazón encogido; aquella lectura iba pesando poco a poco sobre sus hombros, como penoso agobio constituido por una historia llena de recuerdos. No siempre llegaban a entender las cosas, lo que contribuía a aumentar su malestar. Puesto que así había ocurrido en el pasado, quizá llegara a repetirse en el futuro.

—«¡Vamos, anda, pobre Jacques Bonhomme —siguió leyendo con su habitual torpeza de colegial—, disponte a dar tu sudor y tu sangre, pues aún no llegaste al final de tus penas!...».

Y el calvario del campesino seguía, en efecto, desarrollándose. Todo había sido para él motivo de sufrimiento; los hombres, los elementos de la naturaleza y él mismo. Bajo el feudalismo, cuando los nobles iban tras la presa, le cazaban, le acosaban y se lo llevaban como botín. Cada guerra privada entre nobles entrañaba su ruina; cuando no era asesinado, su choza era quemada y su campo arrasado.

Llegaron más tarde las grandes compañías de milicianos. La peor de las calamidades que vinieron a desolar nuestros campos, aquellas bandas de aventureros a sueldo de quien les pagaba y que tan pronto obraban a favor como en contra de Francia, marcaban su paso con el hierro y el fuego, dejando tras de sí la tierra desnuda. Si las ciudades aguantaban, gracias a sus murallas, los pueblos eran barridos en medio de aquella locura por matar que entonces sopló como una ventolera desde el comienzo hasta el final del siglo. Existieron siglos teñidos de rojo, siglos en que nuestras llanas campiñas no cesaron de clamar de dolor, y en los que todo fueron mujeres violadas, niños aplastados y hombres ahorcados. Después, cuando la guerra dejaba de existir y había una tregua, los recaudadores de impuestos del rey se bastaban como continuo tormento de la gente humilde, pues el número y el peso de las cargas, nada venían a significar al lado de lo que constituía en sí la forma brutal y fantástica de percibirlos, la talla y la gabela entregados en arriendo, las tasas repartidas bajo el signo de la injusticia, exigidas por tropas armadas que se hacían con el dinero del fisco como quien cobra una contribución de guerra, dándose el caso, naturalmente, de que casi nada de aquel dinero llegaba a las cajas del Estado, ya que era robado en el camino y mermado en todo caso al pasar por distintas manos, la mayoría de las veces ladronas. Enseguida venía el hambre como nuevo factor. La imbecil tiranía de las leyes, al paralizar la libre venta de los cereales, determinaba cada diez años espantosas penurias, que parecían castigos de Dios. Una tempestad que hiciera subir el nivel de los ríos, una primavera sin agua, el nublado más

insignificante en algunas ocasiones o el rayo de sol inoportuno en otras, comprometían las cosechas, llevándose consigo como consecuencia inevitable millares de hombres; golpes terribles que traían el hambre, el brusco encarecimiento de las cosas, miserias espantosas durante las cuales la gente pacía la hierba de las fosas lo mismo que si fueran bestias. Y, después de las guerras, a continuación de las penurias, llegaban fatalmente las epidemias, que entonces mataban a quienes la espada o el hambre habían respetado. Tratábase de una podredumbre, sin cesar renaciente, motivada por la ignorancia y la escasa limpieza, de la peste negra, de la Gran Muerte, cuyo gigante esqueleto se ve dominar los tiempos antiguos, segando con su guadaña las gentes pálidas y tristes de las campiñas.

Entonces, cuando sufría demasiado, Jacques Bonhomme se sublevaba. Había tras de sí siglos enteros de miedo y resignación; tenía los hombros endurecidos a fuerza de golpes y el corazón tan oprimido que ya no se daba cuenta de su propia bajeza. Podía azotársele durante mucho tiempo, hacerle padecer hambre, robárselo todo, sin que osara salirse de su prudente actitud, de aquel abatimiento en medio del cual sólo atisbaba cosas confusas, ignoradas por él mismo; y así seguía sucediendo sin solución de continuidad hasta que una última injusticia, un postrer sufrimiento, le hacía saltar de repente al cuello de sus amos, lo mismo que un animal doméstico al que se pegó en demasía, provocando así su cólera. Siempre, de siglo en siglo, la misma exasperación acaba por estallar, la sublevación campesina arma a los labradores con sus horquillas y guadañas, cuando ya no le queda más recurso que morir. Ellos fueron los heroicos cristianos de las Galias, los pastorcillos del tiempo de las Cruzadas, y más tarde los descamisados, persiguiendo a los nobles y a los soldados del rey. Después de transcurridos cuatrocientos años, el grito de dolor y de cólera, atravesando todavía los devastados campos, va a hacer temblar a los señores feudales en el fondo de sus castillos. ¿Y si llegaran a encolerizarse de nuevo, ellos que son más numerosos, y reclamasen la parte que les corresponde en el disfrute de las cosas? Y la antigua visión galopa en las mentes, grandes diablos medio desnudos, cubiertos de harapos, locos de brutalidad y de deseos, arruinando por doquier, exterminando, lo mismo que se les arruinó y exterminó a ellos, y violando a su vez las mujeres del prójimo.

—«Calma tu cólera, hombre del campo —seguía leyendo Jean con voz dulce y cansina—, puesto que la hora de tu triunfo pronto sonará en el reloj de la historia».

Buteau, haciendo un brusco movimiento, se había encogido de hombros. ¡Bonito negocio ese de rebelarse! ¡Sí, para que los gendarmes le prendan a uno! Todos, desde que el librito había empezado a relatar las rebeliones de sus antepasados, escuchaban con la mirada baja, sin aventurar un gesto, llenos de desconfianza, aunque supieran que estaban en familia, formando sólo una pequeña reunión. De todas aquellas cosas no debía hablarse en voz alta, nadie necesitaba saber lo que pensaban o dejaban de pensar. Al interrumpir Jesucristo la lectura para gritar que él estaba dispuesto a retorcer el cuello a más de uno, Bécu se apresuró a declarar violentamente que todos los republicanos eran unos puercos; y fue preciso que Fouan impusiera silencio, haciéndolo además en forma solemne, en un tono de seriedad triste, como hombre viejo que ha vivido mucho, pero que prefiere no decir nada. Entonces, la Grande, mientras las otras mujeres parecían aplicarse más y más a su labor, dejó caer esta sentencia, que no parecía guardar relación alguna con la lectura:

—¡Hay que saber conservar lo que se tiene!

Sólo Françoise, con su costura caída sobre las rodillas, contemplaba a Caporal, asombrada de que continuara leyendo sin tropiezos y por espacio de tanto tiempo.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío! —repitió Rose suspirando más fuerte.

Pero el tono del libro cambiaba de repente, se convertía en lírico, y una serie de frases escogidas celebraban la Revolución. Era allí donde Jacques Bonhomme triunfaba plenamente, en la apoteosis del 89. Después de la toma de la Bastilla, mientras los campesinos incendiaban los castillos, la noche del 4 de agosto había legalizado las conquistas de siglos, mediante el reconocimiento de la libertad humana y de la igualdad civil. «En una noche, el labrador habíase convertido en el igual del señor, de ese señor que, en virtud de sus pergaminos, bebía su sudor y devoraba el fruto de sus desvelos». Abolición de la condición de siervo, de todos los privilegios de la nobleza, de las justicias eclesiásticas y señoriales, rescate en dinero de los antiguos tributos, igualdad de impuestos, admisión de todos los ciudadanos a todos los empleos civiles y militares. Y así continuaba la lista. Los males de aquella vida parecían ir desapareciendo uno a uno; aquello venía a ser como el hosanna de una nueva edad de oro que se abría para el labrador, al que una página entera le adulaba con servilismo, llamándole rey y abastecedor del mundo. Sólo él importaba y era necesario arrodillarse ante su santo arado. Se estigmatizaban después en términos brutales los horrores del 93, y el libro encentaba seguidamente un elogio a ultranza de Napoleón, el hijo de la

Revolución, que había sabido «sacarla de la rutina del libertinaje, para llevar la felicidad a las campiñas».

—¡Lo que se dice ahí es verdad! —exclamó Bécu, mientras Jean volvía la última página.

—Sí, verdad —dijo el tío Fouan—. En mi juventud disfrutamos de buenos tiempos... Una vez tuve ocasión de ver a Napoleón en Chartres. Yo tenía entonces veinte años... Uno era efectivamente libre, poseía la tierra. ¡Parecía aquello tan bueno! Recuerdo que mi padre dijo un día que sembraba sueldos para cosechar escudos. Luego tuvimos a Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe. Las cosas seguían por buen camino, se comía, en fin, que uno no podía quejarse... Ya en los tiempos actuales surgió Napoleón III. La cosa tampoco iba demasiado mal hasta el año pasado... Sólo que...

Quiso guardar para sí el resto, pero las palabras escapaban ya de sus labios.

—Sólo que ¿cuáles son las ventajas que han venido a reportarnos a Rose y a mí su tan pregonada libertad e igualdad?... ¿Estamos acaso más rollizos después de habernos deslomado durante cincuenta años?

Entonces, en sólo unas cuantas frases pausadas y penosas, resumió inconscientemente toda aquella historia: la tierra por espacio de tanto tiempo cultivada para el señor, siempre bajo el látigo y la desnudez del esclavo, que nada suyo tiene, ni siquiera su propia piel; la tierra, fecundada con su esfuerzo, apasionadamente amada y deseada durante aquella cálida intimidad de cada hora, como ocurre con la mujer de otro a la que se cuida y se mimaba, estrechándola en fuerte abrazo, y a la que no se puede poseer; conseguida por fin la tierra, después de siglos vividos en medio de ese tormento de concupiscencia, conquistada, convertida en algo suyo, viene a constituir su gozo y única fuente de vida. Y ese deseo secular, esa posesión incesantemente frenada, explicaba el amor que sentía por su campo, su pasión por la tierra, la mayor extensión de tierra posible, de la formada por terrones grasientos, aquella que puede tocarse y palpase en la palma de la mano. ¡Cuán ingrata e indiferente sin embargo era esa tierra! Ya podía adorarla uno, que ni se apasionaba ni producía por ello un solo grano de más. Lluvias demasiado fuertes o prolongadas llegaban a pudrir las simientes, las granizadas destrozaban el trigo convirtiéndolo en hierba, vientos huracanados doblaban los tallos, dos meses de sequía impedían granar a las espigas. Y luego venían los insectos que roen las plantas, los fríos que las matan, las enfermedades del ganado, la lepra de las malas hierbas que devoran el suelo: todo se convertía en motivo de ruina, la lucha era cotidiana, al azar de la ignorancia y en

continuo estado de alerta. Lo cierto era que él no había podido economizar esfuerzos, golpeando con los dos puños a cada instante, furioso al ver que el trabajo no bastaba. Se habían secado los músculos de su cuerpo, al entregarse por entero a la tierra, la cual, después de apenas haberle alimentado, le dejaba miserable, no saciado ni mucho menos, avergonzado por su importancia senil; y aquella tierra pasaba ahora a los brazos de otro, sin que ni siquiera sintiese piedad hacia aquellos pobres huesos que esperaba y que a ella irían a parar.

—¡No os quepa duda; esa es la pura verdad! —continuaba diciendo el padre—. De joven, se parte uno el pecho; y cuando, después de innumerables dificultades, crees haber conseguido lo que te propusiste, entonces ya es uno viejo y hay que dejarlo... ¿No es así, Rose?

La madre movió la cabeza, que le temblaba, con gesto de asentimiento. ¡Ah, sí! ¡Qué duda cabe!, también ella había trabajado, más que un hombre con toda seguridad, levantándose la primera, haciendo la sopa, limpiando y barriendo, yendo de un lado para otro, con los riñones hechos trizas por las mil tareas que se hacían precisas, las vacas, el cerdo, el horno del pan, y acostándose siempre la última. Para no haber sucumbido era necesario que fuera muy resistente. Y su sola recompensa consistía en eso, en haber vivido; lo único que podía acumularse eran las arrugas y todavía se sentía feliz cuando, después de haber sido muy ahorradora, de haberse acostado sin luz y contentado con comer pan y agua, podían conservar algo para no morir de hambre en la vejez.

—En todo caso —replicó Fouan—, no debemos quejarnos. He oído contar que hay comarcas en que la tierra rinde mucho menos todavía, como en la Perche, donde sólo se encuentran guijarros... En la Beauce, la tierra todavía es suave y esponjosa y sólo requiere un trabajo firme, continuado... Lo único que ocurre es que se va echando a perder y cada vez es menos fértil. Campos en los que la cosecha alcanzaba a veinte hectolitros, hoy no producen más que quince... Y el precio del hectolitro disminuye además de un año a esta parte, y se dice que llega trigo del país de los salvajes, lo que significa que algo malo se viene encima, una crisis como ahora le llaman... ¿Será que la desdicha no tiene fin? Con todas esas maquinaciones no se logra echar carne en el puchero, ¿no es así? ¿De qué nos sirve su sufragio universal? La contribución territorial constituye un agobio para nosotros, y nos arrebatan los hijos para llevarlos a la guerra... Creedme, ya pueden hacerse revoluciones, que, manden unos u otros, el campesino siempre será el campesino.

Jean, que era muy metódico en todas sus cosas, esperaba pacientemente para acabar su lectura. Y habiendo reinado de nuevo el silencio, continuó

leyendo pausadamente:

—«Feliz labrador, no dejes nunca la aldea para irte a la ciudad, donde tendrás que empezar por comprarlo todo, la leche, la carne, las legumbres, y en donde siempre gastarás más de lo preciso por razón de las circunstancias. ¿No disfrutas ya en tu pueblo de aire, de sol, de un trabajo honrado y también de placeres honestos? La vida del campo no tiene igual; eres poseedor de la auténtica dicha, lejos de las moradas suntuosas; y buena prueba de ello es que los obreros de las ciudades marchan al campo para solazarse, e incluso los mismos burgueses no tienen más que un sueño: retirarse a alguno de los lugares donde tú te encuentras, para recoger flores, comer frutos recién cogidos del árbol y dar volteretas por los prados. Puedes muy bien afirmar, Jacques Bonhomme, que el dinero sólo es una quimera. Si posees la paz del corazón, tu fortuna está ya hecha».

Su voz se había alterado, y hubo de contener la emoción que experimentaba como muchacho sensible, formado en la ciudad, y en el que aquellas ideas sobre la felicidad campesina agitaban su alma. Los demás permanecieron tristes y melancólicos; las mujeres inclinadas sobre sus agujas; los hombres silenciosos y con el semblante endurecido. ¿Se burlaba el libro de ellos? Lo único cierto era precisamente el dinero, y ellos reventaban de miseria. A continuación, como quiera que aquel silencio, reflejo de odios y sufrimientos, empezara a serle embarazoso, el joven se permitió hacer una prudente reflexión:

—En todo caso, quizás fueran mejor las cosas si se tuviera en cuenta la instrucción... Si tan desdichados fueron en otros tiempos, era sin duda porque lo ignoraban todo y nada sabían. Hoy, en cambio, algo se sabe ya, y las cosas van menos mal, puede decirse. Sería preciso, pues, ir aprendiendo cada vez más, hasta llegar a saberlo todo; tener escuelas para mejor saber cultivar...

Pero Fouan le interrumpió violentamente, como viejo obstinado en su propia rutina.

—¡Déjenos en paz con su ciencia! Cuanto más se sabe, peor vamos. Buena prueba de ello, como decía hace un momento, es que la tierra producía más hace cincuenta años. ¡Resulta estúpido atormentarla; nunca da más de lo que quiere, la muy perra! Mirad si el señor Hourdequin se hartó de gastar dinero en esa clase de invenciones... ¡No, no, la cosa no tiene remedio; el campesino es y seguirá siendo el campesino!

Sonaron en aquel momento las diez, y al ser pronunciada aquella frase que terminaba con la misma rudeza que un hachazo, Rose se fue en busca de un puchero de castañas, que antes dejara entre las caldeadas cenizas: el festín

obligado de la noche de Todos los Santos. E incluso trajo también dos litros de vino blanco para que la celebración fuese completa. A partir de aquel momento, olvidaron historias y preocupaciones; se impuso la nota alegre, y tanto las uñas como los dientes entraron en funciones para arrancar las vainas de las castañas hervidas, todavía humeantes. La Grande se había apresurado a meterse en el bolsillo su ración de castañas, debido a que comía mucho más despacio. Bécu y Jesucristo se las tragaban sin mondar, lanzándolas desde lejos hasta el fondo de su boca, en tanto que Palmyre, envalentonada, ponía sumo cuidado en limpiarlas bien antes y se las embuchaba a Hilarion como si éste fuera un volátil. Los chicos se entretenían en «hacer morcillas» con ellas. La Trouille agujereaba la castaña con un diente y luego la apretaba para sacar un trocito, que Delphin y Nénesse se ponían a chupar enseguida. El sistema parecía dar muy buen resultado. Lise y Françoise se decidieron a hacer lo mismo. Se despabiló la candela una vez más, y se brindó por la buena amistad entre todos los asistentes. El calor iba en aumento, un vapor denso desprendíase del estiércol líquido existente en el establo, y el grillo se puso a cantar más fuerte, en las voluminosas y oscilantes sombras que se proyectaban sobre las vigas; y para que las vacas también participaran del festín, les echaban las cáscaras, que trituraban con sus mandíbulas produciendo un ruido dulce y acompasado.

A las diez y media, empezaron a desfilar. La primera en hacerlo fue Fanny, que se llevó consigo a Nénesse. A continuación salieron Jesucristo y Bécu, disputando como tenían por costumbre, renaciendo su embriaguez debido al frío que hacía en el exterior; y se oyó a la Trouille y a Delphin, haciendo lo imposible por sostener cada uno a su padre, empujándole y tratando de llevarle por el camino más recto, cual si fuese un animal que no conoce la cuadra. Cada vez que se abría la puerta, un viento helado llegaba procedente de la carretera, blanca de nieve. Pero la Grande parecía no tener ninguna prisa, se anudaba el pañuelo alrededor del cuello e iba poniéndose los mitones. No tuvo ni una sola mirada para Palmyre e Hilarion, que escaparon perezosamente, sacudidos por un escalofrío bajo sus harapos. Salió por fin y entró en su casa que estaba al lado, dando después un golpe violento con la puerta antes de volver a cerrarla. Y ya no quedaron allí más que Françoise y Lise.

—Dígame, Caporal —preguntó Fouan—, las acompañará cuando regrese a la granja, ¿no es así? Le viene de camino.

Jean hizo un gesto de asentimiento, mientras las dos jovencitas se cubrían la cabeza con su pañuelo.

Buteau se había levantado e iba de un extremo a otro del establo, pensativo, con una expresión dura en su rostro y paso inquieto. Después de la lectura no había vuelto a pronunciar una sola palabra, como abstraído en lo que aquel libro decía, en esos relatos sobre la tierra tan rudamente conquistada. ¿Por qué no poseerla por entero? Una partición era para él algo fuera de lugar. Y otras cosas aún, ideas confusas, se entremezclaban en su espeso cerebro; la cólera, el orgullo, la tenacidad en no desdeirse de lo que había afirmado, el deseo exasperado del que quiere y no quiere al mismo tiempo, por temor a estar equivocado. Bruscamente tomó una decisión.

—¡Voy a acostarme! ¡Adiós!

—¿Qué es eso de adiós?

—Sí, me iré para la Chamade antes de que amanezca... Adiós, si no vuelvo a veros antes.

El padre y la madre, uno al lado de la otra, se habían plantado delante de él.

—Bueno, y por lo que se refiere a tu parte —preguntó Fouan—, ¿la aceptas?

Buteau se dirigió hacia la puerta; luego, volviéndose un instante, exclamó:

—¡No!

Todo el cuerpo del viejo labrador se puso a temblar. Crecióse y surgió en él un último estallido de antigua autoridad.

—Perfectamente; me estás demostrando que eres un mal hijo... Voy a darles su parte a tu hermano y a tu hermana; les arrendaré además la tuya, y ya me las arreglaré para que cuando yo muera, la sigan conservando... Tú, en cambio, no tendrás nada. ¡Vete!

Buteau no cambió en nada su resuelta actitud. Rose, entonces, trató a su vez de enternecerle.

—¡Pero si se te quiere lo mismo que a los otros, estúpido!... ¿No ves que te enfrentas con tus propios intereses? ¡Acepta!

—¡No!

Y desapareció para ir a acostarse.

Una vez fuera, Lise y Françoise, sobrecogidas aún por aquella escena, dieron algunos pasos en silencio. Habían vuelto a cogerse por la cintura; sus figuras se confundían, vestidas de negro como iban, en el claro tono azulado de la nieve. Pero Jean, que las seguía igualmente silencioso, pronto las oyó llorar. Y acercándose a ellas, quiso infundirles valor.

—No os aflijáis; estoy convencido de que, después de reflexionar, dirá que sí mañana.

—¡Ah! ¡Cómo se ve que no le conoce! —exclamó Lise—. Antes se dejaría hacer pedazos que ceder... ¡No, no, debemos considerarlo asunto acabado!

Luego, con voz desesperada, añadió:

—¿Y qué es lo que voy a hacer ahora con su hijo?

—¡Válgame Dios! Dejemos primero que salga —murmuró Françoise.

Aquella expresión les hizo reír a todos. Sin embargo, las muchachas estaban demasiado tristes y enseguida se pusieron a llorar de nuevo.

Después de dejarlas a la puerta de su casa, Jean continuó su camino a través de la llanura. Había cesado de nevar y el cielo volvía a ser claro y transparente, acribillado de estrellas, un cielo inmenso de helada, del que se desprendía una luminosidad azulada, de la misma limpieza que el cristal; y la Beauce se extendía hasta el infinito, completamente blanca, llana e inmóvil como un mar de hielo. Ni el más ligero soplo de viento procedente de aquel lejano horizonte; sólo llegaba hasta sus oídos el acompasado sonido de sus gruesos zapatos sobre el endurecido suelo. Tratábase de una calma profunda, de la soberana paz del frío. Todo cuanto llegara a leer volvía de nuevo a su mente, y se quitó la gorra para refrescar la cabeza, pues parecía molestarle, experimentando una apremiante necesidad de no pensar en nada. Pensar en aquella mujer embarazada y en su hermana contribuía a ese cansancio mental. Las suelas de sus gruesos zapatos seguían produciendo el mismo acompasado ruido. Una estrella errante destacose súbitamente, y surcó silenciosa el cielo llameante vuelo.

Hacia la parte baja, la granja de la Borderie desaparecía casi por completo, dibujando apenas una ligera joroba en la blanca sábana de la llanura; y, en cuanto tomó por el atajo, recordó el campo que había sembrado allí unos días antes: miró hacia la izquierda y lo reconoció bajo el sudario que lo cubría. La capa de nieve era muy delgada, tan pura y ligera como el armiño, y dibujaba con precisión las aristas de los surcos, permitiendo adivinar incluso los entumecidos miembros de la tierra. ¡Cuán reposadamente debían dormir allí las semillas! ¡Qué sosiego en aquellos helados flancos, hasta la tibia mañana en que el sol de primavera las despertase a la vida!

SEGUNDA PARTE

I

ERAN las cuatro y apenas si había apuntado el día, en aquel amanecer sonrosado de las primeras mañanas de mayo. Bajo el pálido cielo, los edificios de la Borderie todavía permanecían como somnolientos, medio escondidos entre las sombras; tres largas construcciones que se alzaban en tres de los bordes del amplio patio cuadrado, las granjas a la derecha, la vaquería, la cuadra y la vivienda a la izquierda. Formando el cuarto lado, la puerta de entrada a los carros se hallaba cerrada, defendida por una barra de hierro. Y, sobre el estercolero, sólo un enorme gallo amarillo anunciaba el amanecer con su escandalosa nota de clarín. Respondió un segundo gallo, luego un tercero. La llamada se repitió una y otra vez, alejándose de granja en granja de un extremo al otro de la Beauce.

Aquella noche, como casi todas ellas, Hourdequin había vuelto a reunirse con Jacqueline en la habitación de ésta, un cuartito de criada que él había permitido adornar con un empapelado de flores, cortinas de percal y muebles de caoba. A pesar de su poder creciente, había topado con violentas negativas cada vez que había intentado ocupar con él la habitación de su difunta esposa, la alcoba conyugal, que él se obstinaba en defender como última muestra de respeto y consideración. Y Jacqueline se sentía muy resentida por ello, comprendiendo que no llegaría a ser la verdadera dueña mientras no pudiera acostarse en el viejo lecho de roble, cubierto con colgaduras de algodón adamascado color rojo.

Al amanecer, despertose Jacqueline y permaneció tumbada boca arriba, con los ojos abiertos de par en par, en tanto que, a su lado, el granjero todavía roncaba. Sus negros ojos erraban, soñadores, en medio de aquel calor excitante del lecho; un escalofrío sacudió su desnudez morena y delgada. Vaciló unos instantes, pero, habiéndose decidido por fin, pasó las piernas por encima del cuerpo de su dueño, remangándose la camisa y obrando con suavidad y ligereza tales, que él no se dio cuenta; y, sin hacer ningún ruido, con las manos febriles por el brusco deseo que la animaba, se puso unas enaguas. Pero cometió la torpeza de topar con una silla y él abrió los ojos.

—¡Vaya! ¿Te estás vistiendo?... ¿Adónde vas?

—Voy a ver como anda el pan.

Hourdequin volvió a dormirse entre balbuceos, asombrado por el pretexto, dándole vueltas en la cabeza a la idea en los finales de su pesado sueño. ¡Qué excusa tan original! El pan para nada lo necesitaba a aquellas horas. Y se despertó entonces sobresaltado, bajo la aguda punzada de una sospecha. Al no verla ya allí, empezó a pasear su vaga mirada por aquella habitación de sirvienta, en la que podían verse sus zapatillas, su pipa y su navaja de afeitarse. ¡Lo más probable es que aquella bribona anduviera tras algún criado! Necesitó un par de minutos para recobrar su serenidad, en cuyo espacio de tiempo su mente revivió toda la historia.

Su padre, Isidore Hourdequin, descendía de una antigua familia de campesinos de Cloyes, introducida y refinada en la burguesía del siglo dieciséis. Todos sus antepasados habían tenido empleos en la recaudación de impuestos: uno fue comerciante en granos en Chartres; otro, interventor en Châteaudun; e Isidore, huérfano desde muy joven, había ya reunido unos sesenta mil francos, cuando, a los veintiséis años desposeído de su empleo por la Revolución, concibió la idea de hacer fortuna con los robos de aquellos bandidos republicanos, que ponían en venta los bienes nacionales. Como conocía admirablemente la comarca, olfateó por todas partes, hizo sus cálculos y pagó treinta mil francos, apenas la quinta parte de su valor real, por las ciento cincuenta hectáreas de la Borderie, es decir, todo cuanto quedaba del antiguo dominio de los Rognes-Bouqueval. Ni un solo campesino había osado arriesgar sus escudos en semejantes transacciones; sólo los burgueses irresponsables y los financieros supieron sacar provecho de aquella revolucionaria medida. Se trataba por lo demás de una simple especulación, pues Isidore en ningún momento pensó quedarse para sí la granja, sino en volverla a vender por su precio real cuando acabaran aquellos desórdenes, quintuplicando así su dinero. Pero llegó el Directorio y la depreciación de la propiedad continuaba, por lo que no pudo vender con el beneficio soñado. La tierra le retenía, convirtiéndole en su prisionero, y ello hasta el extremo de que, firme en su obsesión y no queriendo desprenderse de nada, proyectó la idea de hacerla fructificar él mismo, con la esperanza de que sería allí donde realizase su fortuna. En aquella época contrajo matrimonio con la hija de un granjero vecino, que le aportó cincuenta hectáreas, reuniendo así doscientas; y fue de esta forma como aquel burgués, salido hacía tres siglos del tronco campesino, volvía a dedicarse al cultivo, pero al cultivo en grande, a la

aristocracia del suelo, que venía a reemplazar a la antigua omnipotencia feudal.

Alexandre Hourdequin, su único hijo, había nacido en 1804. Comenzó sus estudios con execrable resultado en el colegio de Châteaudun. La tierra le apasionaba y prefirió volver a ella para ayudar a su padre, destruyendo de ese modo un nuevo sueño de este último que, ante una lenta forma de hacer fortuna, hubiera querido venderlo todo y lanzar a su hijo al ejercicio de cualquier profesión liberal. Tenía el joven veintisiete años cuando, muerto el padre, se convirtió en el dueño de la Borderie. Era partidario de los nuevos métodos; su primer cuidado, al casarse, fue ir en busca, no de la felicidad, sino del dinero, puesto que, según él, necesitaba capital para el caso de que la granja se limitase a vegetar en un momento dado; y encontró en efecto la dote deseada, cincuenta mil francos que aportó una hermana del notario Baillehache, señorita ya madura que le llevaba cinco años, extremadamente fea, pero dulce. Entonces comenzó entre él y sus doscientas hectáreas una larga lucha, prudente al principio, aunque poco a poco agitada febrilmente por los descontentos, lucha que se repetía en cada estación, batalla de cada día que, sin llegar a enriquecerle, le había permitido llevar una vida cómoda de hombre de contextura sanguínea, resuelto en todo momento a no poner freno a sus apetitos. De algunos años a esta parte, las cosas habían empeorado más aún. Su mujer le había dado dos hijos: un varón que se había enrolado en el ejército debido al odio que sentía por las cosas del campo y que después de Solferino había sido ascendido a capitán, y una hija delicada y encantadora, la gran debilidad del padre, la heredera de la Borderie, puesto que el ingrato de su hijo se dedicaba a correr aventuras. Para empezar, en plena siega perdió a su mujer. En el otoño siguiente moría su hija. Fue aquel un terrible golpe. El capitán, apenas si se dejaba ver por allí una vez al año; y el padre se encontró repentinamente solo con el horizonte del porvenir cerrado y sin el aliciente siquiera de seguir trabajando para los suyos. Pero, aunque la herida sangraba en el fondo de su alma, él permaneció firme, violento y autoritario. Y ante aquellos campesinos que se burlaban de sus máquinas, que anhelaban la ruina de aquel burgués lo bastante atrevido como para sondear su oficio, su propósito de siempre se convirtió en obstinación. ¿Qué hacer, por otra parte? Se sentía cada vez más ligado a su tierra, prisionero de ella: el trabajo acumulado, el capital invertido allí, le cercaban cada día más, sin otra salida ya que acabar en un desastre.

Hourdequin, ancho de hombros, con su amplio rostro de subido color y conservando sólo unas manos pequeñas de su refinamiento burgués, siempre

había sido un macho despótico con sus sirvientas. Incluso viviendo su mujer, todas ellas acabaron sucumbiendo; y ello, naturalmente, sin más consecuencias, como si se tratara del pago de un tributo. Si las hijas de los campesinos pobres que trabajan de costureras se salvan a veces, ninguna de las que prestan servicio en las granjas puede evitar sucumbir, ya sea a los criados o al amo. Todavía vivía la señora Hourdequin, cuando Jacqueline entró en la Borderie por caridad: el tío Cognet, un viejo borracho, molía a su hija a golpes, y estaba tan estropeada, tan delgaducha, que se la veían los huesos del cuerpo a través de los harapos que llevaba encima. Por otra parte, parecía tan fea, que los chiquillos se reían de ella. No representaba quince años, aunque en realidad tenía ya cerca de dieciocho. Prestaba ayuda a la criada, y se la dedicaba a los trabajos más elementales, a fregar la vajilla y limpiar los animales, lo que acababa de emporcarla hasta hacerla rebosar de suciedad. Sin embargo, después de la muerte de la granjera, padeció desbastarse un poco. Todos los criados la tumbaban sobre la paja, y no llegaba un solo hombre a la granja que no se aprovechara de ella. Un día en que le acompañaba a la bodega, el amo, que hasta entonces la había tratado con desdén, quiso también saborear a aquella feúcha de tan mal aspecto; pero ella se defendió furiosamente, le propinó una serie de arañazos, le mordió, poniéndose en fin de tal forma que no tuvo más remedio que dejarla. Desde entonces, muy bien pudo decirse que su fortuna estaba hecha. Ofreció resistencia durante seis meses y luego se fue entregando en pequeñas dosis, por así decirlo. Del patio donde realizaba las más bajas faenas, había ido a parar a la cocina como principal sirvienta; luego hizo que le trajeran una rapaza para ayudarla; y, más adelante, convertida de hecho en señora, tuvo una criada a su disposición. Ahora, de aquella muchachita fea, había surgido una joven muy morena, de aspecto fino y agradable, de senos prominentes y duros, con unos miembros elásticos y fuertes de engañadora delgadez. Era de una coquetería malgastadora, se rociaba de perfumes, aunque conservando siempre un fondo de desaseo. Las gentes de Rognes y los labradores de los alrededores estaban más que asombrados con la aventura. ¿Era posible que un hombre tan rico se hubiera obstinado de aquella forma con semejante alondra, que no era rolliza ni hermosa, con la Cognette en fin, la hija de Cognet, de aquel borrachín a quien desde hacía veinte años veían arrastrarse picando piedra por las carreteras? ¡Ah! ¡Un suegro ejemplar, desde luego! ¡Y ejemplar ramera! Los campesinos ni siquiera se hacían cargo de que aquella ramera precisamente venía a constituir su venganza de la aldea contra la granja, del miserable siervo de la gleba contra el burgués enriquecido, convertido en gran

propietario. Hourdequin, en la crisis de sus cincuenta años, se acoquinaba, dominaba la carne en él, sintiendo la necesidad física de Jacqueline, lo mismo que se experimenta la necesidad de pan o de agua. Cuando ella quería mostrarse amable, estrechaba su cuerpo con una caricia de gata, abrazándole con una desvergüenza sin escrúpulos, carente del menor decoro y en una forma tal que ni las mujeres públicas más arrastradas se hubieran atrevido a hacerlo; y, a cambio de una de esas horas, él se humillaba, suplicándole que permaneciese con él, después de pasados los momentos de riñas, las terribles rebeliones de su voluntad, durante los cuales la amenazaba con echarla a puntapiés de la casa.

Precisamente la víspera había llegado a abofetearla, como consecuencia de la escena que le hiciera al pretender acostarse en el lecho donde había muerto su mujer; y toda la noche se la había pasado rechazándole, dándole de cachetes en cuanto se acercaba, ya que, si bien es cierto que seguía divirtiéndose con los mozos de la granja, a él le tenía racionado, fustigándole con continuas abstinencias para aumentar su poderío. Y así ocurrió que aquella mañana, en esa alcoba trasudada, en aquel lecho deshecho donde todavía la respiraba, fue presa de un acceso de cólera y de deseo. Desde hacía mucho tiempo venía oliéndose continuas traiciones. Se levantó de un salto y dijo en voz alta:

—¡Ah, endemoniada, si te pesco!

Vistióse a toda prisa y bajó.

Jacqueline se había deslizado a través de la silenciosa casa, apenas iluminada por las primeras luces del alba. Cuando atravesaba el patio, hizo un movimiento de retroceso al percibir al pastor, el viejo Soulas, que ya estaba en pie. Pero su deseo era tan fuerte, que siguió adelante. ¡Si llegaba a verla, tanto peor! Dio un rodeo por la cuadra, donde había quince caballos y en la que dormían cuatro carreteros de la granja, y se fue hacia el fondo, al desván que servía de lecho a Jean: sólo un montón de paja y una manta, nada de sábanas. Y abrazándole mientras dormía, cerrándole la boca con un beso, sofocada y temblorosa toda ella, le dijo en voz muy baja:

—Soy yo, tonto. No tengas miedo... ¡Anda, rápido, acabemos enseguida!

Pero él se sintió aterrorizado. Nunca se había prestado a ello en aquel sitio y en su propio lecho; temía que les sorprendieran. La escalera del henil estaba cerca de allí; treparon por ella, dejaron la trampa abierta y se revolcaron sobre el heno.

—¡Oh! ¡Animalote, más que animalote! —repetía Jacqueline medio desvanecida, con una voz ronca que parecía salirle de los costados.

Hacía cerca de dos años que Jean Macquart se encontraba en la granja. Al salir del servicio, había ido a parar a Bazoches-le-Doyen, junto con un camarada, carpintero como él, y había vuelto a su oficio en casa del padre de este último, modesto empresario de pueblo, que tenía contratados dos o tres obreros; pero aquel trabajo ya no le atraía, los siete años de servicio le habían hecho rodar demasiado, haciéndole sentir ahora verdadera repugnancia por la sierra y el cepillo, y ello hasta el punto de que parecía realmente un hombre distinto. Ya viviendo en Plassans, se hartaba de ir por los bosques, sin disposición alguna para aprender, sabiendo escasamente leer, escribir y contar; sin embargo, era muy reflexivo y laborioso, y su voluntad le impulsaba a crearse una posición independiente, al margen de su terrible familia. El viejo Macquart le trataba con rudeza en su deseo de que se comportase con la sumisión de una muchachita, le daba de cachetes en las mismas narices de las chicas con quienes le encontraba, y cada sábado acudía a la puerta de su taller para apoderarse de su semanal. Por ello, cuando los golpes y el cansancio mataron a su madre, siguió el ejemplo de su hermana Gervaise, que acababa de huir a París con un amante; se fugó, para así no tener que mantener al holgazán de su padre. En la actualidad no se conocía a sí mismo, y no precisamente por haberse convertido a su vez en indolente, pero el regimiento le había trastornado la cabeza: la política, por ejemplo, que en otro tiempo le tenía sin cuidado e incluso le producía fastidio, ahora le preocupaba y le hacía razonar sobre la igualdad y la fraternidad. Habían influido también en ese cambio el vagabundear de un lado para otro, los duros y ociosos Trabajos realizados, la vida somnolienta de los cuarteles, los salvajes empujones de la guerra. Entonces, después de todo ese largo período, las herramientas de trabajo se le caían materialmente de las manos, pensaba en su campaña de Italia, y un creciente deseo de reposo se iba apoderando de él; sólo soñaba con tumbarse en la hierba y abstraerse de todo.

Una mañana, su patrono dispuso que fuese a la Borderie para hacer unas reparaciones. Allí tenía trabajo para un mes por lo menos, colocando entarimados en cierto número de habitaciones y reparando puertas y ventanas por todas partes. Sintiendo dichoso en aquel ambiente, Jean se las ingenió para que el trabajo durase seis semanas. En ese intervalo, murió su patrono, y el hijo, que se había casado, fue a establecerse en la comarca de donde era su mujer. Y ello determinó que se quedase en la Borderie, donde siempre aparecían maderas podridas que era preciso reemplazar, además de trabajos aislados que realizaba por su cuenta: luego, al empezar la siega, también él quiso echar una mano, y eso hizo que permaneciese allí seis semanas más, de

modo que, al comprobar su aptitud para la labranza, el granjero acabó por retenerle a su lado. En menos de un año, el antiguo obrero pasó a convertirse en un buen mozo de labranza, haciendo acarreos, labrando, sembrando y segando en medio de aquella paz de la tierra, donde por fin esperaba poder dar satisfacción a su ansia de calma. ¡Habíase terminado, pues, aquello de serrar y cepillar! Parecía haber nacido para la vida del campo, con su calma discreta, su amor al trabajo regulado y aquel temperamento de buey de labranza, heredado de su madre. Mostróse encantado desde el principio, saboreó la campiña que los propios campesinos no saben ver, disfrutó de ella a través de restos de lecturas sentimentales, de ideas sencillas sobre la virtud o la dicha perfecta, tal como suelen ser descritas en los cuentos morales destinados a los niños.

A decir verdad, existía otra causa que le hacía sentirse a gusto en la granja. Durante el tiempo en que recomponía las puertas, la Cognette había ido varias veces a tumbarse sobre sus virutas. En realidad fue ella quien le incitó, seducida por los fuertes miembros de aquel mocetón, cuyo rostro regular y de firmes trazos revelaba un sólido macho. Empezó por ceder, y luego volvió a comenzar, temiendo pasar por imbécil, atormentado además a su vez por aquella viciosa, que sabía perfectamente cómo se excita a los hombres. En el fondo, su honradez congénita protestaba airadamente. Estaba mal eso de entenderse con la amiga del señor Hourdequin, al que debía agradecimiento. Trataba por ello de justificarse ante sí mismo: en realidad no era la mujer del amo, al que sólo servía de entretenimiento; y puesto que le engañaba por todos los rincones, lo mismo daba aprovechar el placer que dejar que lo hicieran otros. Pero semejantes excusas no eran obstáculo para que su malestar fuera en aumento a medida que veía al granjero prendarse más y más de aquella mujer. Desde luego, aquello acabaría vergonzosamente.

Tumbados en el heno, Jean y Jacqueline procuraban ahogar su aliento, cuando, de repente, él, que siempre estaba con el oído atento, oyó crujir los peldaños de la escalera. De un salto se puso en pie, y aun a riesgo de matarse se dejó caer por el agujero que servía para echar el forraje. En aquel preciso instante, aparecía por el otro lado, al ras de la trampa, la cabeza de Hourdequin. La misma mirada le sirvió para ver la sombra que huía y el vientre de la mujer, todavía panza arriba y con las piernas abiertas. Se indignó de tal modo, que ni siquiera pasó por su mente la idea de bajar para reconocer al galán, y de una bofetada capaz de matar a un buey, arrojó por el suelo a Jacqueline, que en aquel momento se incorporaba sobre sus rodillas.

—¡Ah! ¡Ramera!

Ella lanzó un alarido, y con un grito de rabia negó la evidencia.

—¡No es verdad!

Hourdequin procuraba contenerse para no hundir a taconazos aquel vientre que él mismo había visto, aquella desnudez exhibida de bestia en celo.

—¡Lo vi con mis propios ojos!... ¡Dime que es cierto o te aplasto!

—¡No, no, no es verdad!

Luego, cuando por fin se hubo puesto en pie y arreglado las faldas, adoptó un gesto de insolencia y de reto, decidida a jugarse su omnipotencia.

—Y, además, ¿qué te importa a ti todo eso? ¿Soy acaso tu mujer? Puesto que no quieres que me acueste en tu lecho, libre soy de acostarme donde me plazca.

Tuvo en aquel momento como un arrullo de paloma, algo así como una burla lasciva.

—Vamos, apártate de ahí, que voy a bajar... Me iré esta noche.

—Inmediatamente.

—No, esta noche... Así tendrás tiempo para reflexionar.

Hourdequin permaneció tembloroso, fuera de sí, sin saber dónde ni cómo descargar su cólera. Puesto que ya no se sentía con valor suficiente para arrojarla inmediatamente a la calle, ¿igual no hubiera sido su gozo de haber podido agarrar entre sus manos al atrevido galán? Pero ¿dónde hallarle a estas horas? Había subido al henil siguiendo el camino más recto, guiado por las puertas que estaban abiertas, sin mirar siquiera las camas. Cuando descendió de nuevo, los cuatro gañanes de la cuadra se estaban vistiendo, y lo mismo hacía Jean en el fondo de su camaranchón. ¿Cuál de los cinco sería el culpable? Igual podía ser este que aquél, o acaso todos ellos, uno tras otro. Esperaba sin embargo que el responsable acabara por traicionarse a sí mismo; dio las órdenes para el trabajo de la mañana, pero no quiso enviar a nadie a los campos, ni salió él mismo, apretando los puños a cada instante, sin dejar de dar vueltas por la granja, con retorcida mirada y sintiendo deseos de zurrar a alguien.

Después del desayuno de las siete, aquellas idas y venidas del amo, como pasando revista, hicieron temblar la casa. Había en la Borderie los cinco gañanes para cinco arados, tres batidores, dos vaqueros u hombres encargados de atender la cuadra, un pastor y un porquero, es decir, doce criados en total sin contar la sirvienta. Ya en la cocina, para empezar, increpó a esta última porque no había colocado en el techo las palas del horno. Seguidamente estuvo rondando por los dos almacenes, el de la avena y el reservado al trigo, inmenso este último, alto como una iglesia, con puertas de cinco metros. Allí

provocó a los batidores, cuyos astiles, según decía, trinchaban demasiado la paja. Luego se trasladó a la vaquería, que atravesó de uno a otro extremo, lamentando en su fuero interno encontrar las treinta vacas en perfecto estado, recién lavado el pasillo central y limpios los abrevaderos. No sabía de qué pretexto valerse para caer sobre los vaqueros, cuando, fuera, al echar una ojeada a las cisternas, que asimismo tenían a su cargo, advirtió que una tubería de desagüe estaba obstruida por nidos de gorriones. Al igual que en todas las granjas de la Beauce, se recogían con sumo cuidado las aguas de lluvia de los tejados, valiéndose para ello de un complicado sistema de canalones. Y preguntó en un tono brutal si iban a dejar que los gorriones consiguieran hacerle reventar de sed. Pero fue al fin sobre los carreteros donde la tormenta estalló de veras. A pesar de que los quince caballos de la cuadra tenían su correspondiente lecho de paja fresca, empezó por gritar que causaba verdadera repugnancia tenerlos de aquella manera, entre la paja podrida. Luego, avergonzado de su injusticia, aunque exasperado aún más, cuando pasaba revista a las cuatro dependencias, los cuatro cobertizos donde se guardaban los utensilios y herramientas experimentó una enorme satisfacción al ver un arado cuya esteva estaba rota. Entonces fue cuando su enojo salió por entero a la superficie. ¿Es que aquellos cinco sujetos iban a divertirse a su costa rompiéndole el material? ¡Les ajustaría las cuentas a los cinco! ¡Sí, a los cinco, para que no tuvieran envidia uno de otro! Mientras les injuriaba, sus llameantes ojos buscaban en la piel de cada uno de ellos, en espera de algún empaldecimiento, del más leve temblor que pudiera denunciar al traidor. Pero ninguno se movió y hubo de abandonarles con gesto de profunda desolación.

Al terminar su inspección por el redil, concibió Hourdequin la idea de interrogar al pastor Soulas. Aquel viejo de sesenta y cinco años llevaba en la granja medio siglo, y no había podido ahorrar nada, consumido materialmente por su mujer, borracha y ramera, a la que por fin había tenido la alegría de acompañar hasta su última morada. Temía que, por razón de su edad, acabaran despidiéndole. Quizás el amo le prestara alguna ayuda; pero ¿podía saberse en cualquier caso si no eran los dueños quienes morirían primero? ¿Acostumbraban además tales dueños a dar nada para el tabaco y la gota? Por otra parte, había creado, una enemiga en Jacqueline, a la que aborrecía en extremo, con el odio y el rencor del antiguo servidor que siente celos, e indignado por la rápida fortuna de aquella advenediza recién llegada. Cuando le mandaba hacer alguna cosa, entonces, la sola idea de que la había conocido vistiendo harapos, en el estercolero, le sacaba fuera de quicio. Desde luego le

hubiese despedido si se hubiera sentido con fuerzas para ello; y eso hacía que fuera prudente, pues quería conservar su colocación, y por ello evitaba todo conflicto, aunque estuviera seguro de contar, llegado el caso, con el apoyo del amo.

El redil, situado al fondo del patio, ocupaba todo el recinto, una galería de ochenta metros, en la que los ochocientos carneros de la granja no estaban separados más que por unos cañizos; a un lado las madres, en diversos grupos; en otro los terneros, y más lejos los corderos. A los dos meses se castraba a los machos, destinados a ser vendidos después de crecer, conservándose las hembras para ir renovando de esa manera el rebaño de madres, de las que cada año se vendían las más viejas. Los carneros cubrían a las más jóvenes, en épocas fijas; soberbios ejemplares con su aire estúpido y dócil, con su cabezota provista de una gran nariz remangada propia de hombre apasionado. Cuando se entraba en él redil, lo primero que se advertía era un fuerte olor sofocante, procedente de las exhalaciones amoniacaes que despedía la paja vieja que constituía el lecho de los animales, sobre cuya paja, por espacio de tres meses, se iba echando paja fresca. A lo largo de las paredes, una serie de llares permitían levantar los pesebres, a medida que la capa de estiércol aumentaba. Sin embargo, existía ventilación; el aire penetraba a través de unas anchas ventanas, y el entarimado del pajar, situado encima, estaba hecho con planchas de madera móviles, que se levantaban en parte a medida que disminuía la provisión de forraje. Se decía, por lo demás, que aquel calor viviente, esa especie de colchón en fermentación, blando y cálido, era necesario para el buen desarrollo de los carneros.

En el momento en que empujaba una de las puertas, Hourdequin tuvo ocasión de ver como Jacqueline escapaba por otra. También ella había pensado en Soulas, inquieta, segura de haber sido vista por este último cuando se hallaba con Jean; pero el viejo permanecía impassible, sin parecer comprender por qué ella, en contra de lo acostumbrado, se mostraba tan amable. Y, por otro lado, el hecho de ver salir del redil a la joven, lugar al que jamás iba, aumentó más aún la febril incertidumbre del granjero.

—¿Cómo van por aquí las cosas, tío Soulas? —preguntó—. ¿Hay alguna novedad esta mañana?

El pastor, alto y muy delgado, de cara alargada recubierta de arrugas, como esculpida a trompazos en un nudo de encina, respondió pausadamente:

—No, señor Hourdequin, nada en absoluto, salvo que los esquiladores acaban de llegar y enseguida van a empezar su tarea.

El amo estuvo unos instantes conversando con él, para no dar la impresión de que se trataba de un interrogatorio. Los corderos, alimentados allí desde las primeras heladas de Todos los Santos, pronto iban a salir, hacia mediados de mayo, en cuanto se les pudiera llevar a los prados. Las vacas no podían salir a pacer hasta después de la siega. Aquella Beauce tan seca, desprovista de hierbas naturales, producía sin embargo una carne excelente; y si la cría del buey no era allí conocida, debíase indudablemente a la rutina y a la indolencia. Por otra parte, en cada granja no se engordaban más que cinco o seis cerdos, lo preciso para el consumo.

Con su ardiente mano, Hourdequin acariciaba algunos corderos que se le habían acercado, con la cabeza levantada, mirándole con sus claros y dulces ojos, en tanto que la oleada de corderos, encerrada más lejos, se estrujaba contra las vallas, balando.

—De modo, tío Soulas, que esta mañana no ha visto nada de particular — volvió a insistir mientras le miraba fijamente a los ojos.

El viejo sí había visto, pero ¿para qué hablar? Su difunta, la muy pécora y borracha, le había enseñado lo viciosas que son las mujeres y también la estupidez de los hombres. Bien pudiera ocurrir que la Cognette, incluso después de ser delatada, continuara siendo la más fuerte, y entonces lo más seguro sería que ambos cayeran sobre él, para desembarazarse de un testigo molesto.

—No he visto nada, absolutamente nada —repitió el pastor, con tierna mirada y el rostro inmóvil.

Cuando Hourdequin volvió a atravesar el patio, se dio cuenta de que Jacqueline había permanecido allí a la escucha, nerviosa y mostrando preocupación, verdadero temor por lo que pudiera haberse hablado en el redil. Simulaba estar ocupándose de sus volátiles, los seiscientos animalitos, pollos, patos y pichones que revoloteaban y escarbaban en el estercolero, en medio de un ruido infernal; e incluso con motivo de haber derramado el pequeño porquero un cubo de agua que llevaba a los cerdos, procuró la joven distender sus nervios propinándole unos cachetes. Pero, una mirada de reojo lanzada sobre el granjero, hizo que se tranquilizara: nada sabía, el viejo no había hablado. Su insolencia se acrecentó más aún.

En consecuencia, a la hora de la comida, Jacqueline mostró una provocadora jovialidad fuera de lugar. Los trabajos pesados todavía no habían dado comienzo y no se hacían al día más que cuatro comidas, la sopa de leche con migas de pan, a las siete, el asado a mediodía, el pan con queso a las cuatro y la sopa y la manteca a medianoche. Se comía en la cocina, una vasta

pieza a lo largo de la cual se extendía una mesa, flanqueada por dos bancos. La civilización y el progreso no estaban representados allí más que por un hornillo de hierro fundido, que ocupaba un rincón del inmenso hogar de la chimenea. Al fondo se abría la negra boca del horno. Relucían en aquel lugar las cacerolas, y antiguos utensilios aparecían alineados, en buen orden, a lo largo de las ahumadas paredes. Como quiera que la criada, una muchacha grandota y fea, había hecho una hornada por la mañana, un agradable olor a pan caliente se desprendía del arcón destinado al pan, que había sido dejado abierto.

—Por lo visto tiene hoy el estómago obstruido —dijo atrevidamente Jacqueline a Hourdequin, que fue el último en entrar.

Desde la muerte de su mujer y de su hija, para no comer solo, sentábase a la mesa de sus servidores, lo mismo que en los viejos tiempos; se situaba en uno de los extremos, mientras la criada-dueña hacía lo propio sentándose en el otro. Eran catorce comensales, la criada servía.

Cuando el granjero se hubo sentado, sin responder a la pregunta que Jacqueline le había formulado, la Cognette habló de preparar la tostada. Se trataba de rodajas de pan doradas a la parrilla, despedazadas después en una sopera y rociadas seguidamente con vino, endulzado con *ripopée*, antigua palabra con que se designa la melaza en la Beauce. Y entonces ella pidió que le sirvieran una nueva cucharada; simulaba querer turbar a los hombres, con bromas que les hacían estallar en grandes risas. Cada una de sus frases tenía doble sentido, como queriendo dar a entender que se iba por la noche: se cogía y se dejaba, y el que no hubiera repetido, se lamentaría luego, arrepintiéndose de no haber mojado el dedo por última vez en la salsa. El pastor comía con su aire de atontado, mientras el amo, silencioso, parecía como si tampoco comprendiera. Jean, para no traicionarse a sí mismo, se veía forzado a reírse junto con los demás, a pesar de lo disgustado que se sentía, pues su conciencia le reprochaba el no haberse comportado con la debida honestidad.

Después de la comida, Hourdequin dio sus órdenes para la tarde. Fuera de allí, sólo quedaban escasos e insignificantes trabajos por terminar: se acababa el labrado de los barbechos, en espera de volver a empezar la siega de las lucernas y de los tréboles. Así es que mandó quedarse dos hombres, Jean y otro, para que limpiaran el henil. Y por lo que a él mismo se refiere, agotado ya a aquellas horas, zumbándole los oídos por la reacción sanguínea operada en su cuerpo, sintiéndose muy desdichado, se puso a dar vueltas, sin saber a ciencia cierta qué hacer para matar su pena. Los esquiladores se habían

instalado bajo uno de los cobertizos, en una esquina del patio. Y fue a plantarse delante de ellos para contemplar su trabajo.

Eran cinco individuos, tiesos, flacos y de amarillenta tez, que permanecían agachados, con sus grandes tijeras de reluciente acero. El pastor, que les iba trayendo las ovejas, con las cuatro patas atadas, lo que les hacía parecer odres, las colocaba en hilera sobre el suelo del cobertizo, donde no podían hacer otra cosa los animalitos que levantar la cabeza y balar. Y, cuando uno de los esquiladores cogía cualquiera de ellos, enseguida callaba y se quedaba quieto, hinchado por el espesor de su lana, que el sudor y el polvo habían cubierto con una costra negra. Luego, después de un rápido movimiento de tijeras, el animal salía de su melena lo mismo que una mano desnuda de un guante sombrío, completamente sonrosado y fresco, entre la nieve dorada de la lana interior. Apretada entre las rodillas de uno de esos hombres secos y larguiruchos, una oveja, colocada de espaldas, con las patas separadas y la cabeza tiesa, mostraba su vientre, que tenía la blancura oculta, la piel temblorosa de una persona a la que se está desnudando. Los esquiladores ganaban tres sueldos por cada animal, y un obrero que conociera bien su oficio podía esquilarse veinte al día.

Hourdequin, absorto, pensaba en aquellos momentos que el precio de la lana había bajado a ocho sueldos la libra; y era preciso apresurarse a venderla, para que no se secase demasiado y perdiera así su verdadero peso. El año anterior, una epidemia terrible había diezmado los rebaños de la Beauce. Todo iba de mal en peor, aquello significaba la ruina, el fracaso de la tierra, desde que la baja en el precio de los granos se acentuaba de mes en mes. Y sumido de nuevo en sus preocupaciones de agricultor, sintiéndose ahogado en el patio, abandonó la granja y se fue a echar un vistazo a los campos. Sus riñas con la Cognette siempre acababan así: después de haber vivido momentos tempestuosos y de haber apretado los puños por espacio de largo tiempo, acababa cediendo, oprimido por un sufrimiento y un malestar que sólo conseguía tranquilizar la visión de su trigo y de sus avenas, que extendían su verdor hasta el infinito.

¡Oh! ¡Aquella tierra! ¡Cuán entrañablemente había llegado a amarla! La amaba con una pasión en la que para nada contaba la áspera avaricia del campesino, es decir con una pasión sentimental, casi pudiéramos decir intelectual, pues la estimaba realmente como a la madre común que se había prestado a darle su vida, su sustancia, y a la que fatalmente retornaría. Al principio, siendo muy joven, formado en ella, su repugnancia por el colegio, su deseo de quemar los libros, no habían tenido más razón de ser que su ansia

de libertad, sus galopadas a través de los campos de labranza, la embriaguez producida al saborear el aire libre en plena llanura. Más tarde, cuando heredó a su padre, había amado a esa misma tierra como un enamorado; y ese amor suyo había madurado, como si desde entonces la hubiera aceptado en legítimo matrimonio dispuesto a fecundarla. Y aquella ternura no hacía más que aumentar, a medida que le dedicaba su tiempo, su dinero, su vida entera, lo mismo que hubiera podido hacer con una mujer fértil y fiel, a la que no tolerase caprichos ni traiciones. Se enfadaba a veces cuando esa tierra a la que tanto quería se comportaba como una malvada, cuando por exceso de sequedad o de humedad se comía las semillas sin llegar a producir cosechas; luego le entraban sus dudas y llegaba incluso a acusarse a sí mismo de macho impotente e inhábil: si no había sabido engendrarle un hijo, la culpa debía ser suya indudablemente. Desde aquella época fue cuando empezaron a obsesionarle los nuevos sistemas, lanzándole a las consiguientes innovaciones, lamentando haber sido un escolar indolente y no haber seguido los cursos de esas escuelas de agricultura, de las que tanto se burlaban lo mismo su padre que él. ¡Cuántas tentativas inútiles y experiencias fallidas! ¡La de máquinas que sus servidores habían llegado a destrozar, y la cantidad de abonos artificiales que el comercio ponía a la venta y que no constituían más que un puro fraude! Aquellas tierras habían engullido su fortuna, la Borderie apenas si le daba el pan que necesitaba, ante la expectativa además de que la crisis agrícola acabase con él del todo. Pero, no importa, seguiría siendo el prisionero de su tierra, allí enterraría sus huesos después de haberla tenido hasta el fin por esposa.

Aquel día, cuando estuvo en el campo, se acordó de su hijo, el capitán. ¡Qué magnífica labor hubieran podido realizar juntos! Pero enseguida apartó de su mente el recuerdo de aquel estúpido que prefería arrastrar un sable. No había tenido más hijo que ese, y acabaría sus días en plena soledad. Pensó luego en sus vecinos, en los Coquart sobre todo, propietarios que cultivaban ellos mismos su granja de Saint-Juste, el padre, la madre, tres hijos y dos hijas, a quienes no iban las cosas mucho mejor. En la Chamade, Robiquet, el granjero, a punto de finalizar su arriendo, ya no gastaba nada en abonos y dejaba que la tierra se empobreciese. Y así era como estaban las cosas, por todas partes se respiraba malestar; era preciso, pues, meterse a trabajar y no quejarse. Poco a poco, un dulce balanceo llegaba hasta allí a través de las grandes extensiones de verdes cultivos que se perdían a lo lejos. Las ligeras lluvias caídas en abril, habían producido una crecida en los forrajes que no podía ser más bella. Los tréboles recién nacidos levantaron su ánimo, y olvidó

todo lo demás. En aquellos momentos cruzaba las tierras de labor, para ir a echar una ojeada a la tarea que estaban llevando a cabo sus dos gañanes; la tierra parecía deslizarse bajo sus pies, la notaba grasienta, fértil, como si hubiera querido retenerle en estrecho abrazo; y volvía, en efecto, a hacerse con él por entero, haciendo que volviera a sentir la virilidad de sus treinta años, así como la fuerza y el gozo que llevan consigo. ¿Acaso existían mujeres que pudieran compararse con ella? ¿Merecían mayor preocupación, o ser ni siquiera tenidas en cuenta las *Cognette*, esta o cualquiera otra, plato en el que todos comen y con el que hay que contentarse cuando la mujer es lo suficientemente limpia para ello? Una excusa tan concluyente y harto como estaba de aquella perdida, acabó de solazar su espíritu. Caminó durante tres horas, estuvo bromeando con una muchacha, precisamente con la criada de los Coquart, que regresaba de Cloyes montada en un borrico, enseñando las piernas.

Cuando Hourdequin estuvo de vuelta en la *Borderie*, vio a Jacqueline en el patio diciendo adiós a los gatos de la granja. Siempre había allí una manada, doce, quince, veinte, imposible llegar a saber su número exacto, pues las gatas hacían su camada en agujeros de paja desconocidos, y reaparecían luego llevando tras de sí una hilera de cinco o seis pequeñuelos. Aproximose después Jacqueline a las casetas de *Empereur* y de *Massacre*, los dos perros del pastor; pero se pusieron a gruñirle, porque la tenían antipatía.

A pesar de aquellos adioses a los animales, la cena transcurrió como todos los días. El amo comía, y charlaba con los demás con su humor habitual. Luego, terminada la jornada, ya no volvió a hablarse de la marcha de nadie. Todos se fueron a dormir, mientras la oscuridad envolvía la silenciosa granja.

Y, aquella misma noche, Jacqueline se acostó en la resplandeciente alcoba de la señora Hourdequin. Tratábase de la tan hermosa y ansiada habitación, con su gran lecho adornado con colgaduras rojas y situado al fondo de la alcoba. Había allí un armario también, un velador, un sillón *Voltaire*; y, como dominando una pequeña cómoda de caoba, podía verse las medallas obtenidas por el granjero en los comicios agrícolas, cada una con su correspondiente marco y cristal. Cuando La *Cognette*, en camisa, subió al lecho conyugal, se instaló cómodamente en él, separando los brazos y las piernas, como para abarcarlo por entero, prorrumpiendo de repente en su acostumbrada risa de tórtola.

Al día siguiente, al intentar ella saltarle a los hombros, Jean la rechazó. Puesto que aquello se iba poniendo serio, no era correcto obrar en otra forma; decididamente, no quería volver a tener más tratos con ella.

II

VARIOS días después, Jean volvía una tarde a pie de Cloyes, cuando, dos kilómetros antes de llegar a Rognes, le sorprendieron los vaivenes de una tartana de campesino que marchaba delante de él. Parecía vacía, no se veía nadie sobre el pescante y el caballo, con las riendas sueltas, volvía a su cuadra con paso cansino, como animal que conoce el camino. Muy pronto llegó a alcanzarlo el joven. Lo detuvo y subió al carricoche para mirar en su interior: en el fondo se veía un hombre, un anciano de sesenta años, grueso, de escasa estatura, echado a través y con la cara tan encarnada que más bien parecía negra.

—¡Vamos, buen hombre!... ¿Está usted durmiendo? ¿Bebido acaso?... ¡Toma! ¡Pero si es el viejo Mouche, el padre de las chiquillas de allá abajo!... ¡Bendito sea Dios! ¡Pero si está muerto! ¡Vaya complicación se me viene encima!

Sin embargo, aunque fulminado por un ataque de apoplejía, Mouche todavía respiraba penosamente y de un modo casi imperceptible. Jean, después de acomodarle, colocándole la cabeza en alto, se sentó en el pescante y fustigó al caballo, llevándose al moribundo a trote tendido, por miedo a que muriese en el camino.

Cuando desembocó en la plaza de la iglesia, enseguida percibió a Françoise, que se hallaba a la puerta de su casa. La visión del joven subido en su tartana y manejando las riendas del caballo la dejó estupefacta.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Traigo a tu padre, que no se encuentra bien.

—¿Dónde está?

—¡Ahí dentro, mírale!

La muchacha se subió a la rueda y observó el interior del carruaje. Por unos instantes quedó como atontada, sin parecer comprender de qué se trataba, ante aquel rostro violáceo, una mitad del cual aparecía contrahecho, como si le hubieran estirado violentamente la piel de abajo a arriba. Estaba

anocheciendo, y una nube de gran tamaño color leonado que amarilleaba el cielo, iluminaba al moribundo con un reflejo de incendio.

Repentinamente, la joven estalló en sollozos y salió corriendo para ir a prevenir a su hermana.

—¡Lise! ¡Lise!... ¡Ah, Dios mío!

Al quedarse solo, Jean tuvo unos instantes de vacilación. Sin embargo, no se podía dejar abandonado al viejo en el fondo de la tartana. Por el lado de la plaza, para llegar al nivel del suelo donde se hallaba situada la casa, había que descender tres escalones; y semejante descenso hasta aquel agujero sombrío, no le parecía nada cómodo ni fácil. Enseguida recordó que, por el lado de la carretera, a mano izquierda, existía otra puerta que daba al patio y se hallaba al nivel de la calle. Aquel patio, bastante amplio, aparecía cerrado por un seto vivo; el agua turbia de una balsa ocupaba los dos tercios de su superficie, mientras el resto estaba destinado a huerto y árboles frutales. Dejó suelto al caballo que, por propia iniciativa, entró y se detuvo delante de su cuadra, donde estaban las dos vacas.

Entretanto, en medio de gritos y lágrimas, acudían presurosas Françoise y Lise. Esta última, que había dado a la luz hacía cuatro meses al ser sorprendida cuando daba de mamar a la criatura, lo llevaba en brazos, tal era su azoramiento, y el chiquillo también chillaba. Françoise se subió a una rueda de la tartana y Lise trepó por la otra; sus lamentos fueron entonces desgarradores. Mientras tanto, el tío Mouche, inmóvil en el fondo del carruaje, seguía respirando fatigosamente.

—¡Padre, contesta! ¡Dinos algo!... ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué te ocurre? ¡Dios mío!... ¿Tienes algo en la cabeza, puesto que no puedes hablar?... ¡Padre, padre... di, responde!

—Bajad, bajad, vale más que lo saquemos de ahí —se permitió indicar Jean prudentemente.

Las muchachas no le ayudaron en nada, lo único que hacían era gritar más fuerte. Afortunadamente, una vecina, la Frimat, atraída por el bullicio, apareció al fin. Se trataba de una vieja alta y seca, huesuda, que desde hacía dos años atendía a su marido paralítico y subsistía labrando ella misma, con una obstinación de bestia de carga, el único arapende de tierra que poseían. La vieja no se turbó lo más mínimo, pareció considerar la aventura como lo más natural del mundo; y, lo mismo que si hubiese sido un hombre, le echó una mano. Jean cogió a Mouche por los hombros y tiró de él, hasta que la Frimat pudo agarrarle por las piernas. Lleváronse luego y le entraron en la casa.

—¿Donde le colocamos? —preguntó la vieja.

Las dos hijas, que les habían seguido y cuya cabeza daba vueltas, no sabían que determinación tomar. Su padre dormía arriba, en un cuartito situado sobre el granero, y no era fácil subirle hasta allí. Abajo, al lado de la cocina, se hallaba una alcoba grande con dos lechos, que les había cedido. En la cocina, la oscuridad era absoluta; el joven y la vieja, con los brazos doloridos por el peso que soportaban, permanecían a la espera, por miedo a tropezar con algún mueble.

—¡Vamos, es preciso tomar una decisión!

Finalmente, Françoise encendió una vela. Y en aquel momento entró la Bécu, la mujer del guarda rural, advertida sin duda por su propio olfato, por esa fuerza secreta que, en sólo un minuto, es capaz de hacer correr una noticia de un extremo al otro del pueblo.

—¡Vaya por Dios! ¿Qué le ocurre al pobre hombre?... ¡Ah!, Yo lo veo, se le ha removido la sangre dentro del cuerpo... Rápido siéntenle en una silla.

Pero la Frimat opinó lo contrario. ¿Existía alguna razón que aconsejase sentar a un hombre que no podía mantenerse en pie? Lo mejor era acostarle en la cama de una de las hijas. Y la discusión se iba ya agriando, cuando aparecieron Fanny y Nénesse: aquella se había enterado de la noticia en casa de Macqueron, donde estaba comprando fideos, y venía a ver lo que ocurría, conmovida y preocupada por sus primas.

—Quizás conviniera que le sentasen —declaró Fanny, para que de ese modo le circulase la sangre.

Mouche fue colocado entonces sobre una silla junto a la mesa donde ardía la vela. Su barbilla se inclinó para ir a caer sobre el pecho, y los brazos y las piernas le quedaron colgantes. El ojo izquierdo se había abierto como consecuencia de la tirantez de aquella mitad de la cara, y su torcida boca exhalaba silbidos más fuertes por el extremo que permanecía abierto. Se produjo un silencio, la muerte parecía ir invadiendo la húmeda pieza, con suelo de ladrillo, paredes de leproso aspecto y su gran chimenea ennegrecida.

Jean seguía en su actitud de espera, mientras las dos jóvenes y las tres mujeres, con las manos colgando, contemplaban anonadadas al viejo.

—Voy en busca del médico —dijo el joven.

La Bécu meneó la cabeza, y, de las otras, ninguna respondió: si aquello no había de tener importancia ¿por qué gastar el dinero en una visita?, Y si por el contrario se hallaba en las últimas, ¿serviría el médico para algo?

—Lo que va muy bien en estos casos es la vulneraria —aseguró la Frimat.

—Yo —murmuró Fanny—, tengo aguardiente alcanforado.

—También es bueno —declaró la Bécu.

Lise y Françoise escuchaban medio atontadas, sin decidirse a dar ningún paso, la una meciendo a Jules, su pequeñuelo, y la otra sosteniendo torpemente con las manos una taza llena de agua, que el padre no había querido beber. En vista de todo ello, Fanny dio un empujón a Nénesse, que permanecía absorto contemplando la terrible mueca del moribundo.

—Anda, corre a casa y di que te den la botellita de aguardiente alcanforado que hay en el armario, a mano izquierda... ¿Entendido?, En la parte izquierda del armario... Y pasa por casa del abuelo Fouan y de tu tía la Grande, para decirles que el tío Mouche se encuentra muy mal... ¡Deprisa, vete corriendo!

Cuando el chiquillo hubo desaparecido de un salto, las mujeres continuaron disertando sobre el caso. La Bécu conocía un señor a quien se había llegado a salvar haciéndole cosquillas en la planta de los pies durante tres horas. La Frimat, recordando que le quedaba un poco de tila de los dos sueldos comprados el año anterior para su marido, salió también a buscarla; y al volver poco después con el saquito, Lise estaba encendiendo el fuego, después de haber puesto la criatura en brazos de Françoise, cuando reapareció Nénesse.

—El abuelo Fouan estaba acostado... La Grande me ha dicho que si el tío Mouche no hubiera bebido tanto, no se encontraría tan mal del corazón...

Pero Fanny, después de examinar la botellita que le acababan de traer, exclamó:

—¡Imbécil, te dije a mano izquierda!... Me has traído el agua de colonia.

—También nos sirve —repitió Bécu.

Forzaron al viejo para que tomase una taza de tila, introduciendo la cuchara por entre sus apretados dientes. Luego, le friccionaron la cabeza con agua de colonia. Pero, lejos de encontrarse mejor, su aspecto era desesperante. Su cara había ennegrecido más aún, y hubo que acomodarle de nuevo sobre la silla, porque se escurría y amenazaba con caer al suelo.

—¡Oh! —murmuró Nénesse, que se había acercado de nuevo a la puerta—. Va a llover de lo lindo... El cielo tiene un color muy extraño.

—Sí —dijo Jean—, he visto una nube que me da muy mala impresión.

Y, como volviendo súbitamente a su primera idea añadió:

—Pero no importa, todavía puedo ir en busca del médico, si así lo quieren.

Lise y Françoise se miraron con ansiedad. Finalmente, la segunda de ellas fue quien tomó una decisión con la generosidad propia de su juventud.

—Sí, sí, Caporal, vaya a Cloyes en busca del señor Finet... Así nunca podrá decirse que no pusimos de nuestra parte cuanto pudimos.

En medio de tanta improvisación, ni siquiera había sido desenganchado el caballo por lo que Jean no tuvo más que saltar a la tartana. Se oyó el ruido a hierro viejo que producía el carruaje al ponerse en movimiento, así como el traqueteo apresurado de las ruedas. La Frimat habló entonces del cura; pero las otras, con un gesto, dieron a entender que no creían oportuno complicar las cosas más de lo que ya estaban. Y al ofrecerse Nénesse, para recorrer a pie los tres kilómetros que había hasta Bazoches-le-Doyen, su madre se enfadó. ¡A buenas horas iba a dejarle correr por ahí como un loco, en una noche tan amenazadora, bajo aquel espantoso cielo color de herrumbre! Además, puesto que el viejo no comprendía lo que le decían ni contestaba a nada, no valía la pena molestar al cura para enfrentarle con un auténtico mojón.

Sonaron las diez en el reloj de cuco de madera pintada que había en la habitación. Aquello fue una sorpresa para todos. ¡Pensar que estaban allí desde hacía más de dos horas, sin haber logrado nada positivo ni adelantado nada! Pero ninguna hablaba de abandonar su puesto, atraídas obsesivamente por el espectáculo, con el deseo de verlo hasta el final. Encima del arcón había un pan de diez libras y un cuchillo. Para empezar, las chicas, hambrientas a pesar de su angustia habían cortado maquinalmente unas rodajas de ese pan, que se estaban comiendo a secas sin saber cómo; luego, las tres mujeres las imitaron y el pan fue disminuyendo, continuamente había alguna cortando y masticando. No se había encendido ninguna otra vela, e incluso olvidaban despabilar de vez en cuando la que estaba ardiendo; verdaderamente, no era nada alegre aquella cocina sombría y desnuda de campesino pobre, con el estertor de agonía de aquel cuerpo colocado junto a la mesa.

De repente, media hora después de haberse ausentado Jean, Mouche dio, un tumbo y cayó rodando por el suelo. Había dejado de exhalar silbidos, estaba muerto.

—¿Que os decía yo? ¡Para qué tanto empeño en ir a buscar el médico! — exclamó entonces la Bécu con voz agria.

Françoise y Lise prorrumpieron de nuevo en llanto Como obedeciendo a un impulso instintivo, se echaron los brazos al cuello, poniendo de manifiesto la adoración de hermanas que la una sentía por la otra. Y no hacían más que repetir, con palabras entrecortadas:

—¡Dios mío! Ya no quedamos más que las dos... Todo acabó, ya no quedamos más que las dos... ¿Que será de nosotras, Dios mío?

Pero no se podía dejar al muerto en el suelo. Agarrándole resueltamente con las manos, la Frimat y la Bécu hicieron lo indispensable. Como no se sentían con ánimo ni fuerzas para transportar el cuerpo, se limitaron a retirar el colchón de la cama, llevándolo hasta allí, colocando sobre el mismo a Mouche y cubriéndole seguidamente hasta la barbilla con una sábana. Entretanto, Fanny, que había encendido las velas de otros dos candeleros, colocó éstos en el suelo a modo de cirios, a derecha e izquierda de la cabeza del difunto. Por el momento todo estaba arreglado, salvo el ojo izquierdo, que por tres veces habían intentado cerrar con el dedo pulgar, pero que se obstinaba en volverse a abrir, pareciendo contemplar el mundo en medio de aquel rostro descompuesto y violáceo que resaltaba sobre la blancura de la tela.

Lise había terminado por acostar a Jules; empezaba el velatorio. En dos ocasiones, Fanny y la Bécu dijeron que se iban, puesto que la Frimat se ofrecía para pasar la noche con las pequeñas; pero no se marchaban, sino que continuaban charlando en voz baja y lanzando de soslayo miradas al muerto, en tanto que Nénesse, que se había apoderado de la botella de agua de colonia, la vaciaba por entero frotándose las manos y los cabellos.

Sonaron las doce y la Bécu se puso a hablar en voz alta.

—Y ahora que pienso, ¿qué os parece lo del señor Finet? ¡Lo que es si hay que contar con él, tiene uno tiempo sobrado de morirse!... ¡Más de dos horas para traerle desde Cloyes!

La puerta que daba al patio había permanecido abierta, y una ráfaga de viento apagó las velas colocadas a derecha e izquierda del muerto. Aquello dejó a todas aterrorizadas, y en el momento en que trataban de volver a encender las velas, el fuerte viento de tempestad se hizo aún más espantoso, mientras un prolongado aullido llegaba hasta allí, cada vez más pronunciado, desde las profundidades de la campiña. Parecía el galopar de un ejército devastador que se acercaba en medio del crujir del arbolado y del gemido de los despanzurrados campos. Las mujeres, que habían corrido al umbral de la puerta, pudieron contemplar unas nubes de color cobrizo que se retorcían en medio de un cielo lívido. De repente se produjo como una descarga de fusilería, una lluvia de balas rebotaba a sus pies en forma amenazadora.

Un solo grito escapó entonces de sus gargantas, un grito de ruina y de miseria.

—¡Granizo! ¡Granizo!

Sobrecogidas, con gesto de indignación y pálidas bajo aquel azote, contemplaban el fenómeno que tenían ante sí. Apenas duró diez minutos. No

se oían truenos, pero grandes relámpagos azulados, sucediéndose ininterrumpidamente, parecían deslizarse a ras del suelo, en forma de amplios surcos de fósforo. La noche ya no parecía tan sombría; las piedras de granizo contribuían a aclararla con sus pálidos e innumerables listados, como si fueran chorros de cristal lo que estuviera cayendo. El ruido iba haciéndose ensordecedor, algo semejante a una ráfaga de ametralladora o a un tren lanzado a toda marcha sobre un puente de hierro. El viento soplaba con furia, las balas, oblicuas, lo destrozaban todo e iban amontonándose hasta cubrir el suelo con un manto blanco.

—¡Granizo, Dios mío!... ¡Ah! ¡Qué desdicha!... ¡Ya lo estáis viendo! ¡Como huevos de gallina!

No se aventuraban a salir al patio para recoger algunos. La violencia del huracán aumentaba más aún, y todos los cristales de la ventana quedaron hechos añicos; su impulso era tal que una de las piedras llegó a romper un botijo, mientras otras rodaban hasta el colchón en que yacía muerto.

—No entrarían más de cinco en una libra —dijo la Bécu sopesándolas.

Fanny y la Frimat hicieron un gesto de desesperación.

—¡Todo perdido! ¡Una hecatombe!

El espectáculo de la naturaleza había terminado. Se oyó alejarse aquel galopar de desastre con inusitada rapidez y un silencio sepulcral imperó repentinamente. Detrás del nubarrón, el cielo había adquirido un tono de color negro tinta. Una fina y apretada lluvia caía sin hacer ruido. No se podía distinguir, sobre el suelo, más que la espesa capa de granizo, una sábana blanquecina, que parecía tener luz propia, la brillante palidez de millones de lamparillas que se extendían hasta el infinito.

Nénesse, después de la escapada que hiciera al exterior, regresó con un verdadero carámbano del grosor de su puño, de forma irregular y con una serie de prominencias como si fueran dientes. Entonces, la Frimat, que ya no podía estarse quieta por más tiempo, no pudo resistir la tentación de salir también.

—Voy a buscar mi farol; necesito saber hasta donde alcanzan los estragos ocasionados por el pedrisco.

Fanny supo dominarse aún durante algunos minutos. Seguía con sus lamentaciones. ¡Dios mío! ¡Cuanto trabajo echado a perder! ¡Aquello habría causado sin duda horribles estragos en las legumbres y en los árboles frutales! El trigo, la avena y el centeno, no se hallaban todavía lo bastante desarrollados como para haber sufrido demasiado. ¡Pero las viñas! ¡Ah, las viñas! Y, asomada a la puerta, trataba de escudriñar con los ojos en la noche,

cerrada, impenetrable; su estado febril de incertidumbre la hacía temblar mientras trataba de valorar el daño causado, exagerándolo, pareciéndole contemplar la campiña cual si realmente hubiera sido ametrallada, y perdiendo abundante sangre por sus heridas.

—¡Eh, pequeñas! —acabó por decir—. Os cojo un farol y voy corriendo a echar una ojeada sobre nuestros viñedos.

Y, después de encender uno de los dos faroles, desapareció a toda prisa con Nénesse.

La Bécu, que carecía de tierras, se burlaba en el fondo; le tenía sin cuidado todo aquello. Y si lanzaba suspiros e imploraba al cielo, era simplemente por costumbre, debido a su temperamento quejumbroso. La curiosidad, sin embargo, la llevaba constantemente hacia la puerta; y un vivo interés hizo que permaneciese allí como estática, cuando pudo observar cómo el pueblecito aparecía, cual si estuviera estrellado, cubierto de innumerables puntitos luminosos. Por una rendija del patio, entre la cuadra y uno de los cobertizos, su vista abarcaba todo Rognes. Sin duda la granizada debió despertar a los campesinos, pues todos ellos eran presa de la misma sensación de impaciencia por ir a inspeccionar su campo, era demasiada su ansia para permitirles esperar a que llegará el nuevo día. De modo que los faroles iban saliendo uno a uno, multiplicándose en forma increíble, corriendo y danzando. Y la Bécu, que sabía el lugar en que se hallaban las casas de los distintos vecinos, llegaba incluso a designar los faroles por sus distintos nombres.

—¡Fijaos!, Ahora encienden uno en casa de la Grande. Aquel otro sale de casa de los Fouan; el de más abajo pertenece a los Macqueron y el que se ve al lado es de Lengaigne... ¡Dios mío, pobre gente! ¡Es algo que parte el corazón!... ¡Qué se le va a hacer! ¡Voy también a ver lo que ocurre!

Lise y Françoise se quedaron solas ante el cuerpo de su padre. El ruido de la lluvia continuaba y ligeras ráfagas de viento, que penetraban a ras del suelo, hacían oscilar la llama de las velas. Hubiera sido preciso cerrar la puerta, pero ninguna de las dos pensaba siquiera en ello, sobrecogidas también por el drama que se estaba desarrollando fuera, a pesar del luto imperante en la casa. ¿No bastaba, pues, con que la muerte se hubiera introducido en la propia casa? La Providencia parecía querer acabar con todo; ni siquiera sabían si les quedaba un pedazo de pan que llevarse a la boca.

—¡Pobre padre! —murmuró Françoise—. ¡Cómo hubiera alterado su sangre una hecatombe así!... Más vale que no haya llegado a verlo.

Y, al ver que su hermana cogía el otro farol, preguntó:

—¿Dónde vas?

—Estoy pensando en los guisantes y en las judías... Vuelvo enseguida.

Bajo la lluvia, Lise atravesó el patio y se dirigió al huerto. Junto al viejo no quedaba nadie más que Françoise, que sin embargo no se movía del umbral de la puerta, emocionada por el vaivén del farol. Le pareció oír quejidos, lágrimas. Su corazón se oprimía.

—¡Dime! ¿Qué? —le gritó—. ¿Qué sucede?

Ninguna voz respondía a sus llamadas; el farol iba y venía con mayor rapidez, como alocado.

—¡Contesta! ¿Han sido arrasadas las judías?... ¿Y los guisantes, resultaron perjudicados?... ¡Dios mío! ¿Y los frutos y las hortalizas?

Pero una exclamación de dolor que en aquellos instantes llegaba hasta sus oídos, con suma claridad, la hizo decidirse. Se remangó las faldas y corrió presurosa a través del aguacero al encuentro de su hermana. Y el muerto, abandonado de todos, permaneció en la desierta cocina, tieso bajo su sábana, entre los dos pábilos de las velas, humeantes y tristes. El ojo izquierdo, obstinadamente abierto, seguía contemplando las viejas vigas del techo.

¡Ah! ¡Qué estrago tan enorme desolaba aquel rincón de la tierra! ¡Qué triste lamento colectivo emanaba del desastre, conforme podía adivinarse a través del vacilante reflejo de los faroles! Lise y Françoise paseaban el suyo, tan calado por la lluvia, en que sus cristales apenas proyectaban luz; y lo acercaban a las tablas, distinguiendo confusamente, en el estrecho círculo de luz, las judías y los guisantes segados por su base, las lechugas abiertas, trinchadas, sin que ni siquiera se pudiera pensar en aprovechar las hojas. Pero lo que más había sufrido eran los árboles las ramas pequeñas y los frutos aparecían como cortados con cuchillos; los mismos troncos, magullados, perdían su savia por los agujeros producidos en su corteza. Y más lejos, en las viñas, el desastre era mayor; los faroles pululaban, saltaban de un lado para otro, parecían encolerizarse en medio de continuos gemidos y juramentos. Las cepas daban la impresión de haber sido segadas, y los racimos de uvas cubrían materialmente el suelo, entre restos de troncos y sarmientos; no sólo estaba irremisiblemente perdida la cosecha del año, sino que las cepas, segadas y despojadas de aquella forma, se limitarían a vegetar para luego morir. Nadie parecía darse cuenta de la lluvia que les empapaba; un perro aullaba a la muerte, y las mujeres lloraban como si estuvieran ante una fosa. Macqueron y Lengaigne, a pesar de su rivalidad, se alumbraban mutuamente, pasándose el farol el uno al otro, mientras lanzaban juramentos e imprecaciones a medida que aquella ruina desfilaba delante de ellos, ante

aquella visión breve y pálida, que de nuevo quedaba en la sombra tras de sí. Y aunque ya no le quedaran tierras, el viejo Fouan mostraba su enfado; también él quería ver. Poco a poco todos montaban en cólera. ¿Sería posible perder en un cuarto de hora el fruto de todo un año de trabajos y esfuerzo? ¿Qué pecado habían cometido para ser castigados de aquel modo? Ni seguridad ni justicia, calamidades sin ninguna razón, caprichos estúpidos que mataban a la gente. Bruscamente, la Grande, con furibundo gesto, cogió unas piedras del suelo y las lanzó al aire para apedrear al cielo, que ni siquiera se dejaba ver. Y chillaba, dando alaridos:

—¡Maldito seas! ¿No podrías al menos dejarnos en paz?

Sobre el colchón, en la cocina, Mouche, abandonado de todos, contemplaba el techo con su ojo fijo, cuando dos carruajes se detuvieron delante de la puerta. Jean conseguía por fin traer al médico, el señor Finet, después de haberle estado esperando en su casa cerca de tres horas; y volvía en la tartana, en tanto que el doctor hacía el viaje en su cabriolé.

Este último, alto y delgado, con el rostro amarillento por ambiciones no logradas, entró bruscamente en la casa. En el fondo, aborrecía aquella clientela campesina, a la que acusaba de su mediocridad.

—¡Qué! ¿No hay nadie?... Buena señal, ¿no le parece?

Pero después, al ver el cadáver, añadió:

—No. ¡Demasiado tarde!... Bien se lo decía a usted, y por eso no quería venir. ¡Siempre la misma historia, me llaman cuando ya están muertos!

Aquella molestia inútil, en mitad de la noche, le irritaba sobremanera; y, como sea que Lise y Françoise entrasen en aquel instante, el doctor acabó de exasperarse cuando supo que habían estado esperando durante dos horas antes de ir a buscarle.

—¡Ustedes son los causantes de su muerte, caramba!... ¿Habrás visto cosa más estúpida? ¡Utilizar agua de colonia y tila para una apoplejía!... Y, a todo esto, nadie a su lado. ¡Claro está que para lo que le sirve su compañía!...

—Pero, escúchenos, señor —balbuceó Lise sumida en un mar de lágrimas—, fue a causa del granizo.

Entonces, el señor Finet, mostrando interés por lo del granizo pareció calmarse. ¡Caramba! ¿De modo que había granizado? A fuerza de vivir entre campesinos, había acabado por sentir sus mismas pasiones. También Jean se había ido acercando; y ambos mostraban su asombro, lanzando exclamaciones con crudeza, ya que ni una sola piedra les había caído encima viniendo de Cloyes. ¡Unos, perdonados, y otros saqueados a tan sólo unos kilómetros de distancia! ¡Verdaderamente, qué mala suerte encontrarse en el

lado malo! Luego, al entrar Fanny con el farol, seguida de la Bécu y de la Frimat, desoladas las tres, contando sin cesar detalles sobre las atrocidades que habían visto, el doctor declaró en tono grave y solemne:

—¡Es una desgracia, una gran desgracia!... ¡La mayor desdicha que puede ocurrir a los campos!...

Un ruido sordo, una especie de borboteo, vino a interrumpir su comentario. Procedía del muerto, olvidado entre las dos velas. Todos quedaron silenciosos, y las mujeres se santiguaron.

III

PASÓ un mes. El viejo Fouan, nombrado tutor de Françoise, que acababa de cumplir quince años, convenció a ésta y a su hermana Lise, diez años mayor, para que arrendaran sus fincas al primo Delhomme, con excepción de un trocito de prado, para que de este modo las tierras estuvieran bien atendidas y cultivadas. Ahora que las dos jóvenes se quedaban solas, sin padre ni hermano en la casa, hubieran necesitado en otro caso un gañán, lo que resultaba ruinoso a causa del precio cada vez más elevado de la mano de obra. Delhomme, por lo demás, se limitaba a prestarle un simple servicio, ya que se comprometía a dar por rescindido el contrato en cuanto el matrimonio de cualquiera de las dos exigiese partir la herencia.

No obstante, Lise y Françoise, después de haber cedido igualmente al primo su caballo, ya inservible, reservaron para sí las dos vacas, *Coliche* y *Blanchette*, así como el asno, *Gédéon*. Conservaron también su medio arapende de huerto, que la mayor de ellas pensaba atender, mientras la pequeña cuidaba de los animales. Ciertamente, tendrían bastante trabajo, pero gracias a Dios disfrutaban de buena salud y saldrían con bien de su empeño.

Las primeras semanas fueron muy duras, pues se trataba nada menos que de reparar los destrozos de la granizada, de layar y replantar las legumbres. Todo esto impulsó a Jean a echarles una mano. Un estrecho lazo se iba forjando entre el muchacho y las dos jóvenes, desde que les trajera al padre moribundo. Al día siguiente del entierro, fue a interesarse por ellas. Volvió luego, en alguna que otra ocasión, para charlar, cada vez más atento y familiar en el trato, hasta el extremo de que una tarde arrancó de las manos de Lise la laya para acabar de labrar un trocito de tierra. Desde entonces, como buen amigo, les consagró las horas que no le tenían ocupado en la granja. Era uno más en la casa, en aquella vieja mansión patrimonial de los Fouan, construida por un antepasado, que ya tenía tres siglos de existencia, y que la familia honraba con una especie de culto. Cuando Mouche, antes de morir, se quejaba

del mal lote que le había correspondido y acusaba de robo a su hermana y hermano, éste le respondía siempre:

«—¡Y la casa! ¿Es que te olvidas de la casa?».

¡Pobre casa, hecha jirones, edificada en poco espacio, agrietada y tambaleante, remendada por todas partes con planchas y cascotes! Probablemente había sido construida con morrillo y tierra simplemente; más tarde se reconstruyeron dos de sus paredes con argamasa, y hacia comienzos del siglo, en fin, se habían decidido a sustituir la techumbre de paja por un tejado de pizarras, en la actualidad podridas. Así era como había perdurado y así se aguantaban todavía, hundida un metro bajo el nivel del suelo, como se edificaban todas en aquellos tiempos, sin duda para tener más calor. Tal circunstancia ofrecía el inconveniente de que, con motivo de grandes temporales, se inundaba de agua; y ya podía barrerse el suelo de aquel sótano que siempre quedaba barro por los rincones. Pero, ante todo, estaba hábilmente orientada, dando la espalda al Norte, a la inmensa Beauce, de donde soplaban los terribles vientos del invierno; por ese lado, en la cocina, no había más que un estrecho tragaluz, cerrado por un postigo al nivel del camino, en tanto que hacia la otra parte, la que daba al Mediodía, se hallaban la puerta y las ventanas. Cualquiera la hubiese confundido con una de esas chozas de pescadores, situadas al borde del océano, en las que ni una sola hendidura mira hacia el oleaje. A fuerza de ejercer presión sobre ella, los vientos de la Beauce habían hecho que se inclinara hacia adelante, doblegándose sobre sí misma, como esas mujeres ancianas cuyos riñones se resisten.

Jean pronto llegó a conocer hasta los últimos rincones de la casa. Ayudó a limpiar la habitación del difunto, aquel cuartucho arrebatado al granero y separado simplemente por un tabique de planchas de madera, en el que, por otra parte, no había más que un antiguo cofre lleno de paja, que hacía las veces de lecho, una silla y una mesa. Abajo, nunca pasaba de la cocina, evitando seguir a las hermanas a su habitación, cuya puerta, siempre abierta de par en par, permitía ver una alcoba de dos camas, el gran armario de nogal, una mesa redonda tallada, de soberbio aspecto, que sin duda formaba parte de los restos del castillo, saqueado antaño. Todavía existía otra pieza detrás de ésta, pero tan húmeda, que el padre había preferido acostarse arriba; incluso lamentaba tener que guardar allí las patatas, porque enseguida germinaban. Pero donde realmente vivían era en la cocina, en aquella espaciosa y ahumada sala, en la que, durante tres siglos, se habían ido sucediendo las generaciones de los Fouan. Venía a ser testigo mudo de largas y penosas labores, de

alimentos, del continuo esfuerzo de una raza que había llegado al justo límite para no morir de hambre, trabajando hasta matarse, sin tener nunca un céntimo de más tanto en verano como en invierno. Una puerta, que daba al establo, les ponía en comunicación con las vacas; y cuando aquella puerta se hallaba cerrada, todavía podía vigilarse a los animales a través de una cristalera intercalada en la pared. Venía enseguida la cuadra, en la que sólo permanecían *Gédéon*, después un cobertizo y una leñera, de modo que no había necesidad alguna de desplazarse al exterior para trasladarse a cualquier punto. Fuera, el agua de lluvia alimentaba la balsa, que servía para abreviar los animales y regar. Cada mañana había que bajar a la fuente, situada en la carretera, en busca del agua potable necesaria para beber.

A Jean le complacía estar allí, sin haber tenido la ocurrencia de preguntarse por qué le atraía aquel ambiente. Lise, alegre y jovial, con su abultado físico, le daba siempre buena acogida. A pesar de sus veinticinco años, parecía ya vieja, y se había vuelto fea, sobre todo después del parto. No obstante, tenía unos brazos fuertes y rollizos, y ponía en su tarea tan buena voluntad, gritando y riendo al propio tiempo, que daba gozo verla. Jean la trataba como mujer respetable, sin llegar a tutearla, mientras que, por el contrario, tuteaba a Françoise, cuyos quince años hacían que la contemplara como una rapazuela. Ésta, a quien la vida a la intemperie y los duros trabajos no habían tenido tiempo de afean, conservaba su hermoso rostro alargado, de frente estrecha, reflejo de obstinación y testarudez, con ojos negros y silenciosos y boca abultada sombreada por un vello precoz; y, por muy chiquilla que pudiera parecer, también era mujer ya, y no hubiera sido preciso, como decía su hermana, hacerle cosquillas demasiado cerca para que tuviese un hijo. Muerta la madre, Lise era quien la había cuidado: de ahí el gran afecto que se profesaban, activo y ardiente por parte de la hermana mayor, apasionado y contenido por lo que se refiere a la pequeña. Françoise tenía fama de ser bastante testaruda. La injusticia la exasperaba. Una vez hubiese dicho: «Esto es mío, eso es tuyo», por nada del mundo se hubiera vuelto atrás; y, por encima de cualquier otra consideración, si adoraba a Lise, era por estar convencida de que le debía aquella adoración. Por lo demás, mostrábase en todo momento prudente y razonable, atormentada únicamente por su sangre precoz, que la hacía un tanto indolente, algo glotona y perezosa. Un día, también Françoise se atrevió a tutear a Jean, como hubiera podido hacerlo con un amigo mayor que jugaba con ella la que en muchas ocasiones la hacía enfadar, mintiéndole a sabiendas y sosteniendo cosas injustas, para divertirse luego viéndola exasperarse de cólera.

La tarde de un domingo del mes de junio, que ya empezaba a ser caluroso, se hallaba Lise trabajando en el huerto, escardando guisantes; había colocado bajo un ciruelo a Jules, que se había quedado dormido. Se hallaba sofocada por aquel sol que caía a plomo, y no hacía más que respirar trabajosamente, doblada por la cintura mientras arrancaba las hierbas, cuando se oyó una voz al otro lado del seto.

—¡Cómo! ¿Ni siquiera descansa el domingo?

Lise, que había reconocido la voz, enderezóse rápidamente, con el rostro y los brazos congestionados, pero sonriente como siempre.

—¡Qué demonio! Lo mismo es el domingo que cualquier otro día de la semana, pues la faena no se realiza sola.

Se trataba de Jean, que dio un rodeo al seto que servía de valla y entró en el recinto.

—¡Déjeme un momento voy a ver si aligero su trabajo!

Pero ella se negó, diciéndole que ya terminaba; por otra parte, si no hacía aquello, fatalmente se pondría a hacer otra cosa. ¿Acaso podía permitirse el lujo de holgazanear? Por más que se levantase a las cuatro de la mañana y dedicara parte de la noche a coser a la luz de la candela, siempre había trabajo pendiente y nunca le veía el final.

Él, por no contrariarla, se había situado a la sombra de un ciruelo cercano, teniendo buen cuidado de no ir a sentarse encima de Jules. Y se limitaba a contemplarla, agachada de nuevo, con las caderas altas, tirando de su falda, que dejaba al descubierto sus rollizas piernas, en tanto que, con el torso casi a la altura del suelo, hacía maniobrar los brazos, sin temor a que se le agolpase la sangre en la cabeza.

—¡Suerte tiene —dijo el joven—, con ser fuerte y robusta!

Al oír esto, no pudo por menos de sentirse orgullosa, y esbozó una sonrisa de complacencia. También él se reía, admirándola con aire convencido, al comprobar su fortaleza equiparable a la de un mozo. Ningún deseo deshonesto le inspiraba la visión de aquel trasero erguido, ni de sus tensas pantorrillas, de aquella mujer que tenía ante sí, casi andando a gatas, sudando y despidiendo fuerte olor, cual si se tratara de una bestia en celo. Pensaba simplemente que, disponiendo de unos miembros tan sólidos, mucho era lo que habría de rendir su trabajo. A buen seguro que, en un matrimonio, una mujer de semejante fuste valía tanto como un hombre.

Y entonces, debido sin duda a una asociación de ideas, involuntariamente dejó escapar una noticia, sobre la que se había prometido a sí mismo guardar secreto.

—Anteayer vi a Buteau —dijo.

Lise se puso lentamente en pie. Pero no tuvo tiempo para interrogarle. Françoise, que había reconocido la voz de Jean cuando volvía de la lechería, situada en el fondo del establo, con los brazos desnudos y blancos de leche, la emprendió enseguida con Buteau.

—De modo que le has visto... ¡Ah, el muy cerdo!

Tratábase de una creciente antipatía; no podía oír nombrar al primo sin sentirse arrastrada por una de sus habituales reacciones de mujer honrada, como si realmente tuviera que vengar un ultraje personal.

—No cabe duda de que es un cerdo —declaró Lise con calma—; pero nada conseguiremos con reiterarlo a cada momento.

Puso los brazos en jarras y preguntó con serenidad:

—¿Y qué? ¿Qué es lo que cuenta Buteau?

—Pues nada —respondió Jean con un gesto de embarazo, lamentando haberse ido de la lengua—. Estuvimos hablando de cómo se le presentan las cosas, debido a que su padre anda diciendo por todas partes que ha decidido desheredarle. El dice que tiempo le queda para esperar, ya que el viejo está muy fuerte, y que, en último término, le tiene sin cuidado lo que pueda hacer.

—¿Sabe que Jesucristo y Fanny firmaron ya el acta, y que cada uno de ellos entró en posesión de su parte?

—Sí, lo sabe, y también que el tío Fouan ha arrendado a su yerno la parte que él no ha querido; y le consta igualmente que el señor Baillehache se puso furioso cuando le contaron lo ocurrido, hasta el punto de jurar que jamás permitiría en lo sucesivo que se sorteen los lotes antes de que los interesados firmen los papeles... Sí, sí, sabe que todo terminó.

—¡Ah! ¿Y no dice nada?

—No, no dice nada.

Lise se agachó de nuevo poniéndose en movimiento durante unos instantes, arrancando hierbas, sin mostrar más que la hinchada redondez de su trasero; luego volvió el torso y añadió con la cabeza baja:

—¿Sabe lo que estoy pensando, Caporal? ¡Pues que no hay por qué darle vueltas a las cosas; puedo perfectamente quedarme con Jules y atenderle por mi propia cuenta!

Jean, que hasta entonces no había dejado de darle esperanzas, inclinó la barbilla.

—Creo que está en lo cierto.

Y dirigió una mirada a Jules, al que hasta entonces no había prestado atención. El pequeñuelo, enfundado en sus pañales, seguía durmiendo con su

carita inmóvil a plena luz del sol. ¡El auténtico fastidio consistía en eso, en aquel chiquillo! En otro caso ¿qué inconveniente habría para que se casara con Lise, puesto que era libre? Aquella idea surgía en él, de repente, con sólo verla trabajar. Tal vez la amaba, desde el momento en que el simple deseo de contemplarla le impulsaba a ir a su casa. Sin embargo, le sorprendía el hecho de no haberlo deseado, de no haber jugado nunca con ella, lo mismo que retozaba con Françoise, por ejemplo. Y, en aquel preciso instante, al levantar la cabeza, percibió a esta última, que permanecía erguida y furiosa al sol, con los ojos tan relucientes de pasión, con una expresión tan extraña, que se sintió regocijado en medio de la turbación que le produjera su descubrimiento.

Pero, de repente, se oyó un ruido de trompeta, un extraño sonsonete de llamada; y Lise, dejando de lado sus guisantes, exclamó:

—¡Vaya! ¡Ahí tenemos a Lambourdieu!... Tengo que encargarle una capelina.

Al otro lado del seto, en el camino, apareció un hombrecillo de corta estatura, que tocaba una trompeta y precedía a un carruaje alargado, muy voluminoso, arrastrado por un caballo gris. Era Lambourdieu, el dueño de una importante tienda en Cloyes, el cual, poco a poco, había ido ampliando su comercio de novedades con el de géneros de punto, mercería, zapatería e incluso quincallería, todo un bazar, en fin, que paseaba de pueblo en pueblo en un radio de cinco o seis leguas. Los campesinos habían acabado por comprárselo a él todo, desde sus cacerolas hasta sus trajes de boda. Su carruaje se abría y se bajaba por los lados, dejando al descubierto en forma de hileras de cajones una especie de escaparate de auténtico almacén.

Cuando Lambourdieu hubo recibido el encargo de la capelina, añadió:

—Mientras tanto, ¿no le interesaría alguno de estos bonitos pañuelos?

Y sacó de una caja de cartón, haciéndolos relucir al sol, una serie de pañuelos rojos con franjas doradas, de lo más llamativo.

—¿Qué les parece? ¡Tres francos! ¡Casi regalados!... ¡Cien sueldos los dos!

Lise y Françoise, que los habían cogido asomándose por encima del seto de espino albar, donde se secaban unos pañales de Jules, los palpaban, sintiendo por ellos verdadera codicia. Pero eran razonables, y la verdad es que no los necesitaban. ¿Por qué hacer un gasto inútil? Y se disponían a devolverlos, cuando Jean tomó la repentina resolución de casarse con Lise, a pesar del pequeño. Entonces, para abreviar la cosa, le gritó:

—No, no, quédese con él. ¡Se lo regalo!... ¡Ah! ¡No me diga que no, se trata de un gesto de buena amistad, se lo aseguro!

A Françoise no le había dicho nada, y como quiera que ésta siguiera tratando de hacer llegar el pañuelo al comerciante, Jean se dio cuenta de ello y sintió una punzada de dolor en el corazón, al darle la impresión de que palidecía y de que su boca hacía un gesto de despecho.

—¡También tú, tonta, quédatelo!... ¡Compláceme, no seas testaruda!

Las dos hermanas, vencidas, ya aparentaban no obstante ofrecer resistencia, sin dejar de reírse. A todo esto, Lambourdieu había alargado la mano por encima del seto, para embolsarse los cien sueldos. Y emprendió de nuevo el camino, seguido del caballo arrastrando el largo carricoche, hasta que la ronca charanga de la trompeta se perdió a la vuelta del camino.

De repente, Jean concibió la idea de acelerar las cosas por lo que se refiere a Lise, declarándose a ella. Pero un suceso inesperado se lo impidió. La cuadra estaba sin duda mal cerrada, y apareció el asno, *Gédéon*, en medio del huerto, comiéndose tranquilamente unas matas de zanahorias. Por lo demás, aquel asno, un animal robusto de color rubicundo, con una gran franja gris sobre el lomo, era un bicho muy bromista y lleno de malicia: levantaba muy habilidosamente los pestillos de las puertas con la boca y penetraba en la cocina en busca de pan; y por la forma en que movía sus largas orejas cuando le reprochaban sus torpezas, parecía comprender lo que se le decía. En cuanto se vio descubierto, adoptó un aire de indiferencia y de animal ingenuo; luego, al oír voces amenazadoras y ver los gestos que hacían para que se fuera, acabó marchándose efectivamente, pero en lugar de volver a la cuadra, se lanzó al trote por los senderos hasta el fondo del jardín. Entonces tuvo lugar una verdadera persecución; y cuando por fin Françoise le hubo dado alcance, el animal se hizo un ovillo, metió el cuello y encogió las patas para así hacerse más pesado y avanzar con mayor lentitud. No había nada a hacer, de nada servían los puntapiés ni las caricias. Fue preciso que interviniese Jean y le empujara por detrás con sus fuertes brazos, ya que, desde que se sabía mandado por dos mujeres, *Gédéon* las había tratado con el mayor de los desprecios. Jules se había despertado al oír tanto ruido y no hacía más que chillar. Había desaparecido la ocasión, y el joven hubo de partir sin haber hablado de lo que quería.

Transcurrieron ocho días; una gran timidez se había apoderado de Jean que, a aquellas horas, ya no osaba decir esta boca es mía. Y no era precisamente porque le pareciera mal la cosa: al reflexionar, más bien había comprendido mejor las ventajas que reportaba su decisión. Por un lado o por otro, siempre tenía las de ganar. Y si era cierto que nada poseía por su parte, ella en cambio tenía el estorbo de su chiquillo: aquella circunstancia les

igualaba. La verdad era que no obraba a impulsos de ningún cálculo egoísta, razonaba simplemente pensando en la felicidad de ella y en la suya propia. Por otra parte, el matrimonio, al forzarle a abandonar la granja, le permitiría desembarazarse de Jacqueline, a cuyas instancias cedía siempre por mera cobardía del placer. Había tomado, pues, una resolución firme, y sólo esperaba la ocasión para declararse, siempre en busca de las frases que emplearía, como muchacho al que ni la vida de cuartel había hecho perder su timidez con las mujeres.

Un día, por fin, a eso de las cuatro, Jean escapó de la granja, resuelto a hablar de una vez. Aquélla era la hora en que Françoise llevaba sus vacas al pasto de la tarde; y la había escogido adrede, para poder estar a solas con Lise. Pero también en aquella ocasión surgió un contratiempo: la Frimat, como vecina amable y complaciente, ayudaba en aquel momento a la joven, en la cocina, a hacer la colada. La víspera, las dos hermanas habían dejado a punto la ropa. Desde por la mañana, el agua de ceniza, que perfumaban con raíces de lirio, hervía en un caldero sujeto a una cremallera y colocado sobre un fuego de troncos de álamo. Y, con los brazos desnudos, remangada la falda, Lise, provista de un puchero de barro, cogía de esta agua y rociaba con ella la ropa colocada en un barreño, en cuyo fondo habían sido puestas las sábanas, después los paños de cocina y trapos, las camisas y, por encima, vuelto a poner más sábanas. La Frimat servía para poca cosa; pero no paraba de hablar y, solamente cada cinco minutos, se limitaba a recoger y vaciar en el caldero el cubo que, debajo de la banquetta, recibía el continuo goteo de la colada.

Jean decidió armarse de paciencia, en espera de que se fuese aquella mujer. Pero el caso es que no se iba, obsesionada como estaba en hablar de su pobre marido, paralítico, que sólo podía mover una mano. Era el suyo un drama pavoroso. Nunca habían sido ricos; sin embargo, cuando todavía podía trabajar el infeliz, arrendaba tierras que conseguía cultivar con éxito, mientras que ahora, era ella la que a duras penas y sin ayuda de nadie tenía que componérselas para cultivar el arapende que tenían en propiedad; se reventaba, pues, de fatiga, recogía el estiércol de las carreteras para que le sirviera de abono, puesto que carecía de animales, cuidaba sus lechugas, judías, guisantes y zanahorias, lo regaba todo mata a mata, incluso sus tres ciruelos y sus dos albaricoqueros, llegando a sacar un provecho tan considerable de aquel arapende de tierra que, cada sábado, se iba al mercado de Cloyes, doblegada bajo la carga de dos enormes cestos, sin contar con las verduras de mayor tamaño, que un vecino se prestaba a llevarle en su tartana.

Pocas veces volvía sin dos o tres monedas de cien sueldos, sobre todo en la época de la fruta. Pero su continua queja era la falta de abono: ni el estiércol de las caballerías que recogía, ni el de los escasos conejos y aves que cuidaba, le resultaba suficiente. Habíase visto obligada a utilizar incluso sus propios excrementos, ese abono humano tan despreciado por todos y que tan desagradable es incluso para los mismos labradores. Enterados de ello, le presentaron sus quejas, se la llamaba la tía Caca, y ese apodo la perjudicaba enormemente en el mercado. ¡Cuántas señoras habían vuelto la espalda a sus soberbias zanahorias y coles, con ademanes de náuseas y de repugnancia! A pesar de su enorme abatimiento, eso la sacaba fuera de sí.

—Vamos a ver, Caporal, dígame con sinceridad, ¿le parece razonable lo que ocurre?... ¿Es que no está permitido valerse de todo cuanto Dios pone en nuestras manos? ¡Como si el excremento de los animales fuese mucho más limpio!... No, es sólo la envidia, y si en Rognes me guardan rencor, es precisamente porque mis verduras son de mejor calidad que la de ellos... Dígame, Caporal, ¿a usted le desagrada la cosa?

Jean, sorprendido y violento por la pregunta, respondió:

—¡Caramba! ¡Qué quiere que le diga! Como gustarme, no es que me guste mucho... La verdad es que no está uno habituado a ello, quizás no se trata más que de un prejuicio.

Aquella franqueza dejó desolada a la vieja. Y como no era pendenciera, se limitó a dejar traslucir su amargura.

—Bien, ya veo que también consiguieron colocarle frente a mí... ¡Ah! ¡Si usted supiera lo malvados que son!

¡Si sospechara siquiera lo que murmuran de usted!

Y contó cuantos chismes circulaban en Rognes respecto al joven. Al principio le volvieron la espalda porque serraba y acepillaba madera, en lugar de cultivar la tierra. Después, cuando ya se había cogido al arado, le acusaron de venir a comerse el pan de los demás, en una región que no era la suya. ¿Acaso se sabía de donde procedía? ¿No habría cometido alguna fechoría en su tierra natal que le impidiera regresar a ella? Estaban asimismo al acecho de sus relaciones con la Cognette, y se decía incluso que cualquier noche envenenarían entre los dos al tío Hourdequin, para robarle cuanto pudieran.

—¡Canallas! —murmuró Jean, pálido de indignación.

Lise, que en aquel momento estaba sacando del caldero un puchero de agua hirviendo, se echó a reír al oír nombrar a la Cognette, a quien solía aludir en plan de broma.

—Y, puesto que ya empecé, mejor será que continúe hasta el final —prosiguió la Frimat—. Pues bien, no hay barbaridad que no salga a relucir, desde que usted frecuenta esta casa... La semana pasada, ¿no es cierto?, regaló usted a las dos hermanas esos pañuelos que luego les vieron puestos el domingo, en misa... Me repugna decirlo, pero aseguran que está liado con las dos.

De repente, temblando de pies a cabeza, pero resuelto, Jean se levantó y dijo:

—Escuche, buena mujer, lo que voy a decir. Voy a contestar en su presencia que semejante chismorrería me tiene sin cuidado. Sí, y voy a decir también que me propongo pedir a Lise que se case conmigo. ¿Lo está oyendo, Lise? La pido en matrimonio, y si dice que sí, me hará el hombre más feliz del mundo.

En aquel momento, Lise vaciaba su puchero en el barreño. Pero no se apresuró, acabó de rociar cuidadosamente la ropa, y luego, con los brazos desnudos y mojados por el vapor del agua, muy seria, le miró fijamente a la cara.

—¿Habla en serio?

—Muy en serio.

La joven no parecía sorprendida. Consideraba aquello como algo natural y lógico. Sólo que no decía sí ni no; algo había que la preocupaba con toda seguridad.

—Acaso proceda decir que no, a causa de la Cognette —repuso él—, porque la Cognette...

Lise le interrumpió con un gesto; sabía que aquello era intrascendente a fin de cuentas.

—Todavía existe como argumento en contra, que yo no puedo aportar al matrimonio más que mi propia piel, mientras que usted posee esta casa y algunas tierras.

De nuevo hizo ella un gesto como para indicar que, dada su situación, con una criatura, pensaba como él que las cosas se compensaban.

—No, no, no se trata de nada de eso —declaró ella por fin—. El único obstáculo está en Buteau...

—Puesto que él no quiere...

—Desde luego, y ni siquiera amistad puede decirse que existe entre los dos, pues se ha portado demasiado mal conmigo... Pero, aún así, hay que consultar a Buteau.

Jean estuvo reflexionando durante un largo minuto. Luego, prudentemente, dijo:

—Como quiera... Imagino que lo hace por el hijo.

Y la Frimat, que a su vez vaciaba el puchero en el barreño, creyó un deber dar su aprobación a dicha gestión previa, a pesar de mostrarse favorable a Jean, muchacho honrado, nada obcecado ni brutal; pero, cuando se disponía a hacerlo, se oyó fuera a Françoise, que regresaba con sus dos vacas.

—Lise —gritó la hermana desde lejos—, ven a ver lo que ocurre... La Coliche se ha lastimado una pata.

Salieron todos, y Lise, al observar cómo cojeaba el animal, con la pata delantera izquierda magullada y ensangrentada, montó en brusca cólera, produciéndose en ella uno de esos estallidos ásperos con que solía atropellar a su hermana, cuando ésta era pequeña y cometía alguna torpeza.

—Un descuido más de los tuyos, ¿no es eso?... Te habrás quedado dormida en la hierba, como ya ocurrió la otra vez.

—No, te lo aseguro... No sé cómo ha podido ocurrirle. La había atado a la estaca; ha debido enredarse la pata en su propia cuerda.

—¡Cállate, embustera!... ¡Cualquier día conseguirás matar mi vaca!

Los negros ojos de Françoise chispearon. Estaba muy pálida, y al oír lo que decía la hermana, repuso con gesto de rebeldía:

—¡Tu vaca, tu vaca!... ¡Bien podrías decir nuestra vaca!

—¿Qué significa eso de nuestra vaca? ¡Una vaca tú, chiquilla!

—Sí, la mitad de cuanto hay aquí me pertenece, y por lo tanto tengo derecho a cogerla, y también a destrozarla, si eso me divierte.

Y las dos hermanas, una frente a otra, se dirigieron agudas y amenazadoras miradas, cual si fueran enemigas. En el largo período de ternura que habían vivido, era aquella la primera disputa, bajo el consabido latigazo de lo tuyo y lo mío, irritada la una por la rebelión de su hermana pequeña, y obstinada la otra, indignada ante la injusticia. Finalmente cedió la mayor, metiéndose en la cocina para no tener que propinar unos cachetes a la pequeña. Y cuando ésta, después de haber encerrado las vacas en el establo, apareció de nuevo y se acercó al arcón para cortarse una rebanada de pan, se impuso un silencio.

Lise, entretanto, se había calmado. Ver enfadada a su hermana y con mala cara, le disgustaba ahora enormemente. Fue la primera en dirigirle la palabra, y quiso dar por terminado el asunto de una vez, dándole a conocer una nueva para ella imprevista.

—¿No sabes? Jean quiere casarse conmigo; acaba de pedirme.

Françoise, que estaba comiendo de pie, frente a la ventana, permaneció indiferente y ni siquiera se volvió.

—¿Y a mí qué me importa?

—Naturalmente que te importa; vas a tenerle por cuñado, y desearía saber si eso te complace.

Ella se encogió de hombros.

—¿Complacerme? ¿Por razón de qué? Él o Buteau, lo mismo me da, desde el momento en que no soy yo quien ha de compartir con ellos el lecho... Pero si quieres que te diga la verdad, todo eso no me parece muy decente que digamos.

Y salió al patio para acabar de comerse el pan.

Jean, que se sentía violento, simuló una sonrisa, como si se hubiera tratado de la ocurrencia mordaz de una niña mimada, en tanto que la Frimat aseguraba que, en su juventud, a una bribonzuela como aquella se la hubiera castigado con el látigo hasta hacerla sangrar.

—Quedamos, pues, en eso, Caporal... No le digo que no, pero tampoco que sí... Es mejor ir despacio; veré a los que me rodean, interrogaré a unos y a otros y así sabré a qué atenerme. Luego, tomaremos una decisión... ¿Conformes?

—¡Conformes!

Alargó la mano y estrechó la que ella le tendía. De todo su cuerpo, salpicado de agua caliente y turbia, se desprendía un olor a buen ama de casa, un olor a ceniza perfumada de lirio.

IV

DESDE la víspera, Jean manejaba la guadañadora mecánica en las escasas fanegas de prados que dependían de la Borderie, situadas a orillas del Aigre. Desde el alba hasta el anochecer, habíase oído el chasquido regular de las hojas de acero de la máquina. Precisamente daba fin a su trabajo, los últimos manojos de hierba iban cayendo, formando hilera tras los surcos, amontonados en un lecho de tallos, delgados y de un color verde suave. Y como quiera que la granja no disponía de máquina para secar el heno, le habían autorizado para contratar a dos mujeres, Palmyre, que se mataba trabajando y Françoise que se había hecho ajustar por mero capricho, atraída por aquel trabajo que le resultaba divertido. Una y otra, que a las cinco de la mañana ya estaban allí, con sus largas horcas habían ido extendiendo las pilas, la hierba medio seca y amontonada el día anterior por la tarde, para protegerla del rocío nocturno. El sol había hecho su aparición en medio de un cielo ardiente y puro, que una ligera brisa contribuía a refrescar. Un tiempo ideal para conseguir un buen heno.

Después del almuerzo, cuando Jean volvió con sus trabajadoras, el heno de la primera fanega segada estaba ya separado. Lo tocó y comprobó que se hallaba seco y crujiente.

—¿Qué les parece? —gritó—. Vamos a darle todavía otra vuelta y esta tarde podemos empezar a amontonarlo.

Françoise, que llevaba un vestido de tela gris, se había anudado a la cabeza un pañuelo azul, una de cuyas puntas caía sobre su nuca, mientras las otras dos flotaban libremente sobre sus mejillas, protegiéndole el rostro de los destellos del sol. Y, dando a su horca un movimiento de balanceo, cogía la hierba y la lanzaba al viento, que se llevaba consigo como un polvillo dorado. Las briznas volaban, y un olor penetrante y fuerte desprendíase de las mismas, el olor a hierba cortada, a flores marchitas. La joven sentía mucho calor mientras avanzando en medio de aquel continuo vaivén que la llenaba de regocijo.

—¡Ah! Pequeña —dijo Palmyre con su doliente voz—, como se nota que eres joven... Verás mañana como te resientes de los brazos.

Pero no estaban solas ni mucho menos, todo Rognes segaba y esparcía el heno en los prados que había a su alrededor. Antes de amanecer, Delhomme se hallaba allí, pues la hierba, mojada por el rocío, resulta tierna y fácil de cortar, lo mismo que el pan blando, y se endurece a medida que el sol la va caldeando; y se la oía perfectamente, ofreciendo resistencia y crujiendo bajo la guadaña, en su continuo movimiento de vaivén, manejada por sus nervudos brazos. Más cerca, lindando con los pastos de la granja, había dos parcelas; una de ellas pertenecía a Macqueron, y la otra a Lengaigne. En la primera, Berthe, vestida de señorita con un traje de volantes y tocada con un sombrero de paja, había seguido a las obreras campesinas, por distracción; pero, cansada ya, permanecía apoyada sobre su horca a la sombra de un sauce. En la otra parcela, Víctor, que trabajaba en lugar de su padre, acababa de sentarse, y, sosteniendo el mango con las rodillas, golpeaba su guadaña. Al cabo de cinco minutos, en medio del estremecido silencio del aire, ya no se percibía otra cosa que aquel obstinado martilleo, los rápidos golpecitos del martillo sobre el hierro.

En aquel instante, Françoise se acercaba a Berthe.

—¿Qué sucede? ¿Te cansaste ya?

—Un poco, y no he hecho más que empezar. ¡Cuando no se está acostumbrada!

Charlaron un momento, hablando de Suzanne, la hermana de Víctor, a quien los Lengaigne habían colocado en un taller de costura, en Châteaudun, y que, al cabo de seis meses, había escapado a Chartres, para entregarse a una vida independiente y sin control. Decían que había huido con un pasante de notario. Todas las muchachas de Rognes cuchicheaban sobre el particular, imaginando toda clase de detalles. Hacer vida libre, significaba para ellas vivir orgías sin fin a base de jarabe de grosella y agua de Seltz, en medio de una desbandada de hombres, de docenas de ellos desfilando sobre su cuerpo en las trastiendas de las tabernas.

—Sí, querida, así es... ¡Ah! ¡Ya sabrá lo que es bueno!

Françoise, más joven, abría desmesuradamente sus ojos, que aparecían llenos de estupefacción.

—¡Menuda diversión! —dijo finalmente—. Pero, si no vuelve, los Lengaigne se van a quedar solos, puesto que Víctor tiene que incorporarse al ejército.

Berthe, que participaba de los mismos odios que su padre, se encogió de hombros. ¡A los Lengaigne les tenía sin cuidado! Únicamente sentían que la pequeña no hubiera permanecido en su casa, dejándose revolcar allí, para de ese modo traerle parroquia a su establecimiento de tabaco. ¿Acaso no la había poseído ya un tío suyo de más de cuarenta años, antes de que partiese para Châteaudun, cierto día en que estaban pelando zanahorias? Y, bajando el tono de voz, Berthe explicó con toda clase de detalles cuanto había ocurrido en tal ocasión. Françoise, que se retorció de risa, encontraba aquello de lo más divertido.

—¡Oh! ¡Se necesita ser necia, para cometer tantas estupideces!

Y se alejó para reemprender su tarea, levantando con la horca montones de hierba y sacudiéndolos al sol. Entretanto, seguía oyéndose el persistente ruido del martillo, que golpeaba el hierro. Y, algunos minutos después, acercándose al joven que estaba sentado, le dirigió la palabra.

—¿De modo que te vas al ejército?

—Sí, en octubre... Aún queda mucho tiempo, no hay prisa.

Sentía deseos de preguntarle por su hermana, y, aunque procuraba contenerse, al fin lo hizo.

—¿Es cierto, como se dice, que Suzanne está en Chartres?

—Creo que sí... ¡Si eso le divierte!

Seguidamente, al ver a lo lejos la figura de Lequeu, el maestro de escuela que parecía llegar como por casualidad, añadió bromeando:

—¡Vaya! Ahí viene uno en busca de la hija de Macqueron... ¿Qué le decía? Se detiene, mete las narices en los cabellos... ¡Anda, sucia cabeza de pierrot, huele cuanto quieras, que no vas a conseguir otra!

Françoise se había echado a reír, y Víctor la emprendía ahora con Berthe, por simple odio de familia. El maestro de escuela no valía gran cosa, un simple cascarrabias, que abofeteaba a los niños, un verdadero socarrón, cuya manera de pensar nadie conocía, capaz de desempeñar el papel de perrito fiel a la chica para así hacerse con los escudos del padre. Pero Berthe tampoco era muy católica que digamos, a pesar de sus ínfulas de señorita educada en un colegio de ciudad. Sí, ya podía ponerse faldas con volantes o blusas de terciopelo, y abultarse el trasero con toallas, que lo que había debajo no mejoraba, al contrario, pues sabía más de la cuenta, ya que se aprendían cosas peores educándose en un pensionado de Cloyes, que permaneciendo en casa para guardar vacas. No había peligro de que se dejara hacer un hijo: prefería acabar con su salud ella sola.

—¿Y cómo se las compone para ello? —preguntó Françoise, que no comprendía.

Él hizo un gesto, y ella, poniéndose seria, dijo sin inmutarse:

—¡Por eso siempre está diciendo suciedades y se le echa a una encima!

Víctor se había puesto de nuevo a golpear su hierro. Y en medio del ruido continuó bromeando sin dejar de golpear entre frase y frase.

—Ya sabrás que no tiene...

—¿Quién?

—Berthe, ¡pardiez!... Carece de ellos, de ahí el apodo con que los mozos la designan, debido precisamente a que no le han crecido.

—¿El qué?

—Los pelos que salen en determinadas partes del cuerpo... Tiene eso lo mismo que si fuera una rapazuela, liso como la palma de la mano.

—¡Anda ahí, embustero!

—¡Cuando yo te lo digo!

—¿Lo has visto acaso?

—No, yo no, han sido otros.

—¿Quiénes son esos otros?

—Pues muchachos que se lo han jurado a unos conocidos míos.

—¿Y cómo lo han podido ver?

—¡Caray! Pues como suelen verse las cosas, cuando se tienen metidas las narices encima o cuando se la espía por una rendija. Eso es todo lo que sé... El caso es que, aunque no se hayan acostado con ella, hay momentos y lugares en que se remanga las faldas, ¿no es así?

—¡Con toda seguridad, si es que fueron tras ella para acecharla!

—¡En fin, eso es lo de menos! El caso es que parece el de una bestia, y que es de un feo subido, así completamente al desnudo; se diría que se trata de uno de esos gorriones sin plumas cuando abre el pico en los nidos, algo asqueroso, como para vomitar encima.

De repente, Françoise se sintió sacudida por un nuevo acceso de regocijo, hasta tal punto la idea de aquel gorrión sin plumas le parecía graciosa. Y lejos de calmarse, continuaba en sus bromas, cuando percibió en la carretera a su hermana Lise, que descendía al prado. Ésta se acercó a Jean, explicándole que iba a casa de su tío, para tratar de lo de Buteau. Hacía tres días que dicha entrevista había sido acordada entre ellos, y Lise le prometió pasar nuevamente por el prado para darle la respuesta. Cuando se alejó, Víctor seguía martilleando, y Françoise, Palmyre y las otras mujeres, en medio del deslumbramiento de aquel inmenso y claro cielo, removían la hierba una y

otra vez, en tanto que Lequeu, muy cortésmente, daba una lección a Berthe, agitando la guadaña, subiéndola y bajándola, con la rigidez de un soldado que hace la instrucción. A lo lejos, los segadores avanzaban sin detenerse un momento, siguiendo el mismo movimiento rítmico, con el torno inclinado sobre los riñones, extendiendo y recogiendo la guadaña continuamente. Por espacio de un minuto, Delhomme se detuvo y permaneció derecho, apareciendo muy alto en medio de los demás. Con el cuerno de vaca lleno de agua pendiente de la cintura, había sacado del bolsillo la piedra negra y afilaba su guadaña con prolongados y rápidos movimientos. Luego, su espínazo se dobló de nuevo, y pudo oírse a la afilada hoja morder la hierba con un crujido más agudo.

Lise, entretanto, había llegado frente a la casa de los Fouan. Al principio temió que no hubiera nadie, hasta tal punto la morada parecía muerta. Rose se había desembarazado de sus dos vacas y el viejo acababa de vender su caballo. Allí ya no quedaban animales, trabajo, ni nada que se agitase en medio del vacío de las edificaciones y del patio. Sin embargo, la puerta cedió; y Lise, al entrar en la sala oscura y silenciosa, encontró al tío Fouan de pie, acabándose de comer un pedazo de pan con queso, mientras su mujer, sentada, sin nada entre las manos, le contemplaba absorta.

—Buenos días, tía... ¿Les van bien las cosas?

—Sí —respondió la vieja, cuyo rostro pareció alegrarse, contenta con aquella visita—. Ahora que nos hemos convertido en burgueses, ya no nos queda más que eso, disfrutar del buen tiempo desde por la mañana hasta por la noche.

Lise también quiso mostrarse amable con su tío.

—Por lo que veo, no se ha perdido el apetito, ¿verdad?

—¡Oh! —contestó él—. No es que tenga hambre... Pero hay que comer algo de vez en cuando, es una forma de matar el tiempo.

Tenía un aire tan melancólico, que Rose creyó oportuno prorrumper en exclamaciones sobre la dicha que les proporcionaba el no tener que trabajar más. La verdad era que se lo tenían bien ganado, y no era demasiado pronto para contemplar el cansancio de los demás, mientras ellos disfrutaban de sus rentas. Levantarse tarde, frotarse las manos, burlarse del calor y del frío, sin tener preocupaciones... ¡Oh! ¡Aquello sí que había sido un brusco cambio! ¡Ahora se hallaban en el paraíso! El propio marido, despertando ante semejante arenga, empezó a excitarse también, encomiando aquella felicidad. Sin embargo, bajo aquella alegría forzada, escondida tras la fiebre de cuanto decían, se percibía claramente el profundo aburrimiento, el suplicio de la

ociosidad que les torturaba, desde el momento en que sus brazos, obligados de repente a permanecer inertes, se descomponían en la ociosidad, lo mismo que viejas máquinas abandonadas como chatarra.

Por fin, Lise se aventuró a exponer el motivo de su visita.

—Escuche tío, me han dicho que el otro día se encontró usted a Buteau.

—¡Buteau es un sinvergüenza! —gritó Fouan poniéndose súbitamente furioso, sin dejarla terminar—. Si no se hubiera obstinado como un necio, ¿hubiera tenido yo ese roce con Fanny?

Tratábase de la primera desavenencia entre él y sus hijos, desavenencia que había venido ocultando, pero cuya amargura había hecho que se escapara de sus labios. Al confiar la parte de Buteau a Delhomme, había pretendido arrendarla a razón de ochenta francos la hectárea, en tanto que Delhomme aspiraba a pagar simplemente una pensión doble, doscientos francos por su parte y otros tantos por la otra. Aquello era justo, pero el viejo no se conformaba.

—¿En qué consiste la complicación? —preguntó Lise—. ¿Es que no pagan los Delhomme?

—¡Oh! Sí —respondió Rose—. Al final de cada trimestre, en cuanto dan las doce, el dinero está ahí, sobre la mesa... Sólo que hay muchas formas de pagar, ¿no te parece? Tu tío, que es muy susceptible, quisiera cuanto menos que tuviesen delicadeza... Fanny, al venir a nuestra casa, adopta el aire de entrar en una oficina, como si le robaran.

—Sí —añadió el viejo—, se limitan a pagar. Pero a mí me parece que eso no es suficiente. Tendrían que tener con nosotros ciertas consideraciones... ¿Es que su dinero les libera de todo eso? Aquí nos tienes, convertidos en vulgares acreedores, y nada más... Y todavía hace uno mal en quejarse. ¡Si al menos pagaran todos!

Y al llegar aquí, interrumpió el pobre viejo sus lamentaciones surgiendo de improviso un embarazoso silencio. Aquella alusión a Jesucristo, que no les había dado un céntimo, bebiéndose su parte, que hipotecaba trozo a trozo, desolaba a la madre siempre dispuesta a salir en defensa del ganapán, su máspreciado cariño. Y echándose a temblar cuando vio que el padre iniciaba aquella otra queja, se apresuró a responder:

—¡No te acalores por semejantes tonterías!... Puesto que somos dichosos, ¿qué puede importarte lo demás? Cuando se tiene bastante, hay que contentarse y nada más.

Su mujer nunca le había hecho frente de aquella forma. La miró fijamente.

—¡Estás hablando demasiado, vieja!... ¡Quiero ser feliz, desde luego, pero ante todo es preciso que no me den la lata con majaderías estúpidas!

Ella se empequeñeció, rebajada y comprimida en su silla, mientras el marido, silencioso terminó de comerse su pan, masticando pausadamente el último bocado, para que así durase más la distracción. La entristecida sala parecía dormida.

—Pues yo —pudo al fin continuar Lise—, desearía saber lo que Buteau piensa hacer respecto de mí y de su hijo... No puedo decir que le haya molestado gran cosa, pero ya va siendo hora de que se decida.

Los dos viejos no decían esta boca es mía. Y fue la joven quien interrogó directamente al padre.

—Puesto que le vio usted, debió hablarle de mí... ¿Qué es lo que le dijo?

—Nada, absolutamente nada... ¡Que va a decirme! El cura no hace más que presionarme para que arregle eso. ¡Como si tuviera solución, mientras él rehúse aceptar su parte!

Lise, llena de incertidumbre, reflexionaba.

—¿Cree que llegará a aceptarla algún día?

—Todavía es posible.

—¿Cree usted que se casaría conmigo?

—Tal vez.

—¿Me aconseja entonces que espere?

—¡Diantre! Tú misma sabrás hasta dónde llegan tus fuerzas. Cada uno hace lo que le parece mejor.

Ella se calló, no queriendo hablar de la proposición de Jean, y sin saber cómo componérselas para conseguir una respuesta definitiva. Seguidamente, intentó hacer un último esfuerzo.

—Compréndalo, acaba poniéndome enferma eso de no saber a qué atenerme. Necesito un sí o un no... ¿Y si fuera usted mismo, tío, a preguntárselo a Buteau? ¡Se lo ruego!

Fouan se encogió de hombros.

—En primer lugar, no pienso volver a hablar con ese bribón... Además, hija mía, ¡qué boba eres! ¿Para qué hacerle decir que no a ese testarudo, para que luego se empeñe en decir que no siempre? Lo mejor es dejarle en libertad de acceder cuando él quiera.

—¡Claro está! —concluyó simplemente Rose, que se había convertido en el eco de su marido.

Lise nada más pudo sacar en limpio de ellos. Les dejó poco después, volviendo a cerrar la puerta que daba a la sala, que tornaba así a su

entumecimiento; y la casa pareció otra vez hallarse completamente abandonada, vacía de todo aliento.

En los prados, a orillas del Aigre, Jean y sus dos campesinas habían empezado a formar la primera pila. Era Françoise quien la iba acumulando. En el centro, encima de un montón, colocaba en círculo los haces de heno que le traían el joven y Palmyre. Y, poco a poco, la pila crecía, aumentaba de tamaño, teniéndola siempre en medio, con los pies hundidos en el hueco donde se encontraba y la hierba llegándole hasta las rodillas. La enorme pila iba tomando forma, tenía ya dos metros de altura, y Palmyre y Jean tenían que tenderle sus horcas. A todo esto, la faena se realizaba entre grandes risas, debido al gozo que les producía el moverse al aire libre y también a las tonterías que se decían a gritos, en medio del buen olor que desprendía el heno. Françoise, sobre todo, cuyo pañuelo le había resbalado a la nuca, mostrando su desnuda cabeza al sol, con la cabellera revuelta y enmarañada de hierbas, se divertía como una bendita, subida en aquel montón oscilante que la cubría ya hasta los muslos. Sus desnudos brazos se hundían en la hierba continuamente, y cada vez que le lanzaban un haz desde abajo, la cubría una lluvia de briznas de paja, que le hacía desaparecer materialmente, dando la impresión de que naufragaba entre los remolinos.

—¡Oh! ¡Me pica aquí!

—¿Dónde?

—Debajo de la blusa, aquí arriba.

—Debe ser una araña. ¡Mantente firme y aprieta las piernas!

Y ello fue motivo para que se rieran más escandalosamente todavía y soltaran frases más o menos picantes.

A lo lejos, Delhomme pareció inquietarse y volvió unos instantes la cabeza, sin dejar de lanzar y de recoger su guadaña. ¡Ah! ¡Lo que es aquella bribona, jugueteando de esa manera, buen rendimiento iba a darle a su trabajo! En la actualidad echaban a perder a las muchachas, que ya no trabajaban más que para divertirse. Y continuó segando a toda prisa, dejando a su espalda la hierba cortada. El sol descendía en el horizonte, y los segadores continuaban todavía ensanchando sus trozos ya limpios de hierba. Victor, que ya no martilleaba su hierro, no por ello se apresuraba a reincorporarse al trabajo; y, como sea que la Trouille pasara con sus ocas, procuró escurrirse disimuladamente y salió a su encuentro al amparo de una espesa hilera de sauces que bordeaban el río.

—¡Bueno! —gritó Jean—. Ése por lo visto vuelve a la caza. La otra allí está esperándole.

Ante aquella alusión, Françoise prorrumpió de nuevo en risas.

—Es demasiado viejo para ella.

—¿Demasiado viejo?... ¡Pues escucha, se las entienden la mar de bien!

Y, emitiendo con los labios un silbido especial, imitaba el ruido de un cuchillo sobre una piedra de afilar, haciéndolo tan acertadamente, que la propia Palmyre, apretándose el vientre como si fuese víctima de un cólico, dijo:

—¿Qué le ocurre hoy a ese Jean? ¡Está de broma, por lo visto!

Los haces de hierba cada vez eran lanzados más alto, y la pila crecía. Luego empezaron las bromas sobre Lequeu y Berthe, que habían acabado por sentarse. Tal vez la pelada se estaba dejando hacer cosquillas desde lejos con una paja; sin embargo, por más que el maestro de escuela echase leña al horno, seguro que la tarta no iba a ser cocida para él.

—¡Mira que es puerco! —repitió Palmyre, que no sabía reírse y no hacía más que atragantarse.

Jean la emprendió entonces con ella.

—¡No me dirá usted que ha llegado a los treinta y dos años sin haber visto el reverso de la hoja!

—Quien, ¿yo? ¡Jamás!

—¡Cómo! ¿Ningún mozo intentó probarlo? ¿Nunca tuvo amantes?

—No, no.

Se había puesto completamente pálida, muy seria, con su alargada cara de miseria, marchita ya, embrutecida a fuerza de trabajo, y en la que no había más que dos ojos de perro sumiso, de una devoción profunda y manifiesta. Quizás revivía en su mente la vida de martirio que había llevado, sin una sola amistad, sin un amor, una existencia de auténtica bestia de carga a la que se hace caminar a fuerza de latigazos, muerta de sueño cuando por la noche regresaba a la cuadra. Y permanecía de pie, con los puños cerrados sobre su horca, con la mirada puesta en lontananza, en esa amplia campiña que ni siquiera había llegado a ver nunca.

Se impuso un silencio. Françoise escuchaba, inmóvil en lo alto de la pila, en tanto que Jean, que también silbaba, continuaba con sus bromas, no se decidía a soltar lo que tenía en la punta de la lengua. Por fin resolvió hacerlo.

—¿Entonces es mentira eso de que se acuesta usted con su hermano?

De pálido que estaba, el rostro de Palmyre se tiñó color púrpura, debido a una oleada de sangre que le devolvió de repente su juventud. No hacía más que balbucear, sorprendida, irritada, sin llegar a encontrar la contestación que hubiera deseado.

—¡Oh! ¡Malvados!... ¿Es posible que puedan llegar a creer...?

Françoise y Jean, sumidos de nuevo en desbordante regocijo, hablaban a la vez, presionaban a la pobre mujer, la trastornaban por completo. ¡Que caray! En el establo en ruinas donde vivían ella y su hermano, no había que hacer muchos movimientos para caer uno sobre otro. Sus jergones estaban juntos en el suelo, y nada extraño era que por la noche se equivocaran.

—Vamos, si es verdad, díganoslo sin rodeos... Por otra parte, todo el mundo lo sabe ya.

Erguida como estaba, Palmyre, medio atontada y dándole vueltas la cabeza, tuvo un gesto de dolorosa reacción.

—Suponiendo que fuere verdad, ¿qué puede importarles?... El pobrecillo no tiene ningún placer. Yo soy su hermana, y bien podría ser su mujer, puesto que todas las muchachas le rechazan.

Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas al hacer aquella confesión, en el desgarró de su amor maternal hacia el enfermo, cuyo profundo afecto le llevaba hasta el incesto. Después de haber trabajado para darle de comer, todavía podía, durante la noche, proporcionarle aquello que las demás le negaban, un regalo que no le costaba ningún dinero: y, en el fondo de su oscura mentalidad de seres apegados a la tierra, de parias en los que el amor no había querido hacer acto de presencia, ni siquiera hubieran sabido explicar como había llegado a iniciarse la cosa. Sin duda debió tratarse de un acercamiento instintivo sin consentimiento reflexivo por parte de ninguno de los dos, él atormentado por un impulso bestial, y ella de un modo pasivo, como persona bondadosa y dispuesta a todo; luego, uno y otra debieron ceder al placer de sentirse más calientes en aquella casucha donde siempre estaban tiritando.

—Tiene razón. ¿Qué nos importa eso? —replicó Jean con su aire bonachón e impresionado al verla tan trastornada—. Se trata de una cuestión que sólo a ellos incumbe y que a nadie causa daño.

Entonces surgió otra historia que vino a servirles de entretenimiento. Jesucristo acababa de bajar del castillo, la antigua cueva donde vivía en medio de brozas y malezas; y, desde lo alto de la carretera, llamaba a la Trouille a gritos, jurando y vociferando que aquella maldita muchacha hacía dos horas que había desaparecido, sin preocuparse de preparar la sopa para la noche.

—Tu hija —le gritó Jean—, está bajo los sauces, contemplando la luna con Víctor.

Jesucristo levantó los dos puños al cielo.

—¡Válgame Dios! ¡Esa pérdida me deshonra! Voy en busca del látigo.

Y volvió a subir corriendo. Se refería a un enorme látigo de carretero que tenía colgado detrás de la puerta, que guardaba para ocasiones como aquélla.

Pero la Trouille debió haberle oído. Se sintió, bajo el follaje un prolongado roce, algo así como el ruido de una persona que huye; y, dos minutos después, Víctor apareció de nuevo con negligente paso. Examinó su horca y se reincorporó finalmente a la faena. Y como sea que Jean le preguntara desde lejos si es que sufría algún cólico, él respondió tranquilamente:

—¡Tú los has dicho!

El amontonamiento del heno estaba a punto de terminarse, la pila tenía una altura de cuatro metros, sólida y redonda en forma de colmena. Palmyre, con sus largos y delgados brazos, lanzó los últimos haces, y Françoise, de pie en la cima, apareció entonces como agrandada sobre la palidez del cielo, entre la claridad agreste del sol poniente. Estaba completamente sofocada, vibrante y altiva por el esfuerzo realizado, bañada en sudor, con los cabellos pegados a la piel, y tan deshechas sus vestiduras, que el corpiño parecía querer saltarle, forzado por sus pequeños y duros senos, mientras su falda, con las grapas desabrochadas, le resbalaba por las caderas.

—¡Oh! ¡Qué alto resulta esto!... Me da vueltas la cabeza.

Y reía queriendo mostrarse estremecida, vacilante, sin atreverse a bajar, avanzando un pie para luego retirarlo enseguida.

—No, esto está demasiado alto. Ve a buscar una escalera.

—¡Qué tonta eres! —dijo Jean—. ¡Siéntate y luego déjate caer!

—¡No, no, tengo miedo, no puedo!

Entonces todo fueron gritos, exhortaciones y bromas picantes. ¡Sobre el vientre no, pues en ese caso quedaría inflada! Mejor sobre el trasero, ¡a no ser que tuviese sabañones! Y él, mientras tanto, abajo, iba excitándose sin darse cuenta, con la mirada puesta en aquella muchacha cuyas piernas tenía a la vista, exasperado poco a poco al verla en un lugar tan elevado, fuera de su alcance, presa inconscientemente de un deseo de macho que le impelía a atraparla y poseerla.

—¡Cuando yo te digo que no vas a romperte ningún hueso!... Deslízate y vendrá a caer en mis brazos.

—¡No, no!

El joven se había colocado delante de la pila y, alargando los brazos, le ofrecía su pecho para que se tirase. Y cuando al fin se decidió, cerrando los ojos, se dejó caer, y su resbalón fue tan súbito sobre la pendiente formada por el heno, que la muchacha le derribó para quedar montada a horcajadas y

sujeta a él por los muslos. Rodando por tierra, con las sayas remangadas, la joven parecía ahogarse de risa, balbuceando atropelladamente que no se había hecho ningún daño. Pero, al sentirla junto a él, ardiente y sudorosa, con su cara rozando la suya, Jean la había mantenido sujeta. Aquel olor acre de mujer joven, ese perfume violento fustigado al aire libre, le embriagaban, tensando sus músculos en un brusco impulso de deseo. Existía además otro factor a tener en cuenta, una pasión ignorada hacia aquella niña, que explotaba de repente, una ternura del corazón y de la carne, que venía de tiempo y había ido aumentando con sus juegos y risotadas, para desembocar finalmente en aquel deseo de poseerla, allí mismo sobre la hierba.

—¡Oh! ¡Basta ya, Jean! ¡Me estás estrujando!

La muchacha no cesaba de reírse, imaginando que, una vez más, jugaba con ella. Y él, al tropezar su vista con los ojos de Palmyre, abiertos de par en par, sintió un estremecimiento y se puso en pie, tiritando, con el aire desorientado de un borracho al que la visión de un abismo despeja de repente. ¿Qué significaba todo aquello? ¡Ahora se daba cuenta de que no era a Lise a quien quería, sino a aquella rapazuela! Jamás le había hecho latir el corazón la idea de que la piel de su cuerpo rozara con la de Lise, mientras que toda la sangre de su cuerpo parecía ahogarle ante la sola idea de abrazar a Françoise. Era ahora cuando se daba cuenta y sabía a ciencia cierta por qué le complacía tanto ir a visitar y ser útil a las dos hermanas. ¡Pero era tan joven aquella criatura! Se sintió desesperado, avergonzándose al propio tiempo.

Precisamente en aquel momento Lise regresaba de casa de los Fouan. Había reflexionado por el camino. Su verdadero amor se inclinaba por Buteau, que al fin y al cabo era el padre de su pequeñuelo. Los viejos tenían razón, ¿para qué forzar las cosas? El día en que Buteau dijera que no, siempre contaría con Jean que le diría sí.

Abordó, pues, a este último, y sin más rodeos le dijo:

—No puedo darle una respuesta, el tío no sabe nada... Esperemos.

Azorado, tembloroso todavía, Jean la contemplaba, sin alcanzar a comprender de qué le estaba hablando. Luego cayó en la cuenta: el matrimonio, el pequeñuelo, el consentimiento de Buteau, todo aquel asunto en fin que hacía dos horas tan sólo consideraba ventajoso y conveniente, tanto para ella como para él. Y se apresuró a decir:

—Sí, sí, esperemos, será lo mejor.

Llegaba la noche, una estrella brillaba ya en el fondo de aquel cielo color violeta. Bajo el creciente crepúsculo, ya no era posible distinguir más que las vagas redondeces de las primeras pilas, que salpicaban la rasa superficie de

las praderas. Pero los olores de la tierra caldeada parecían esparcirse por doquier con más fuerza, en medio de la calma del aire, y también los ruidos se percibían mejor, como si fueran más prolongados y con una limpieza de sonido musical. Eran voces de hombres y mujeres, de risas agonizantes, del resoplido de algún animal o del choque de una herramienta. Entretanto, empeñados hasta el fin por acabar su faena sobre un rincón del prado, los segadores seguían moviendo sus guadañas sin respiro; y el silbido que producían estas últimas todavía se percibía, prolongado, monótono, regular, dejando adivinar una tarea que ya no se veía.

V

TRANSCURRIERON dos años en aquella vida activa y monótona de los campos; y, con el fatal retorno de las estaciones, Rognes había vivido el eterno ritmo de las cosas, los mismos trabajos, los mismos períodos de somnoliento reposo.

Había allí abajo, al borde de la carretera, en el rincón donde se hallaba la escuela, una fuente a la que acudían las mujeres para hacer provisión de agua para beber, ya que las casas no disponían más que de balsas o depósitos para el ganado y el riego. Por la tarde, a eso de las seis, se convertía en la gacetilla de la comarca; los menores acontecimientos encontraban allí su eco, surgían comentarios sin fin sobre quienes habían comido carne, acerca de la hija de tal o cual matrimonio, embarazada desde la Candelaria; y, durante esos dos años, los mismos chismorreos habían tenido lugar al compás de las estaciones, repitiéndose y volviendo a ser actualidad, referentes siempre a criaturas engendradas demasiado pronto, a hombres borrachos, a mujeres que eran objeto de malos tratos, a lo mucho que tenían que trabajar, en fin, y a la mucha miseria que a pesar de ello reinaba. ¡Muchas eran las cosas que habían ocurrido, y a fin de cuentas, nada!

Los Fouan, cuya cesión de bienes había constituido motivo de apasionamiento, vegetaban tan calmados y adormecidos que se les olvidaba. Las cosas habían quedado así, Buteau seguía en su obstinación y sin contraer matrimonio con la hija mayor de los Mouche, que cuidaba de la criatura. Algo semejante ocurría con Jean, al que se había acusado de acostarse con Lise; tal vez no fuese cierto, pero en tal caso, ¿por qué seguía frecuentando la casa de las dos hermanas? Se hacía sospechoso en todo caso. Y la hora de los dimes y diretes en la fuente, hubiera decaído determinados días, de no haber sido por la rivalidad existente entre Coelina Macqueron y Flore Lengaigne, a quienes enzarzaba la Bécu con el pretexto de reconciliarlas. Luego, en momentos de plena calma, acababan de surgir dos acontecimientos de importancia: las próximas elecciones y la cuestión del famoso camino de Rognes a Châteaudun, que levantaron toda una ventolera de comadreo. Los cántaros,

llenos ya, permanecían colocados en hilera y las mujeres no se iban. Un sábado por la tarde estuvo a punto de armarse una trifulca.

Al día siguiente precisamente, el señor Chédeville, diputado saliente, se hallaba invitado a comer en la Borderie, en casa de Hourdequin. Estaba haciendo su ronda electoral, y cuidaba con esmero a este último, por su gran ascendiente entre los campesinos del cantón, aunque diera por descontada su reelección, gracias al título que ostentaba de candidato oficial. Había ido una vez a Compiègne, toda la comarca le llamaba «el amigo del emperador», y con eso bastaba: se hablaba de él como si durmiese en las Tullerías. El señor de Chédeville, un antiguo presumido, la flor del reinado de Louis-Philippe, conservaba en el fondo de su corazón cierta ternura para con los orleanistas. Las mujeres le habían arruinado y ya no poseía otra cosa que su granja de la Chamade, hacia el lado de Orgères, donde no ponía los pies más que cuando llegaba la época de elecciones, descontento por lo demás con los precios de los arriendos, siempre en baja, y obsesionado a última hora con la idea de rehacer su fortuna interviniendo en negocios. Alto, de elegante aspecto todavía, con el busto apretado y el pelo teñido, se impresionaba, a pesar de lo ardiente de su mirada, en cuanto tenía a la vista la última y más modesta de las faldas; y llevaba en cartera, según él mismo decía, importantes discursos sobre cuestiones agrícolas.

La víspera, Hourdequin había tenido una violenta disputa con Jacqueline, que quería comer con ellos.

—¡Tú, diputado, tú diputado! ¿Crees acaso que me lo voy a comer?... Entonces, ¿es que te avergüenzas de mí?

Pero él se mantuvo en sus trece y no hubo más que dos cubiertos. Ella permanecía huraña, a pesar de la actitud galante del señor de Chédeville, que, al percibirla, había comprendido perfectamente, y volvía sin cesar los ojos hacia la cocina, donde ella había ido a encerrarse en un arranque de dignidad.

La comida, consistente en una trucha del Aigre, después una tortilla y pichones asados, tocaba a su fin.

—Lo que nos mata —dijo el señor de Chédeville—, es esa libertad comercial que tanto apasiona al emperador. No hay duda de que las cosas marcharon bien a raíz de los tratados de 1861, llegando a creerse en el milagro. Pero hoy se dejan sentir los verdaderos efectos; ver cómo bajan los precios. Por lo que a mi se refiere, soy partidario de la protección; es preciso que se nos defienda contra el extranjero.

Hourdequin, que no comía acomodado en su silla, con la mirada vaga, habló entonces pausadamente.

—El trigo, que está a dieciocho francos el hectolitro, cuesta dieciséis producirlo. Si baja más todavía, será la ruina... Y cada año, según se dice, América aumenta sus exportaciones de cereales. Se nos amenaza con una verdadera inundación del mercado. ¿Adónde iremos a parar?... Créame, siempre estuve a favor del progreso, de la ciencia y de la libertad. Pues bien, ahora me siento trastornado, le aseguro que llego a vacilar. Sí, la realidad es esa, no le quepa duda. ¡No podemos morirnos de hambre, es necesario que se nos proteja!

Y volviendo de nuevo al ala de pichón que había dejado empezada, siguió diciendo:

—¿Sabe usted que su contrincante, el señor Rochefontaine, el propietario de los talleres de construcción de Châteaudun, es un librecambista rabioso?

Hablaron un momento de aquel industrial, que proporcionaba trabajo a mil doscientos obreros; un muchacho alto, inteligente y activo, muy rico además, dispuesto a servir al imperio, pero tan ofendido al no haber podido obtener el apoyo del prefecto, que se había obstinado en presentarse como candidato independiente. No tenía probabilidad alguna de triunfar, ya que los electores de la campaña le consideraban como enemigo público, desde el momento en que no estaba del lado de los que ostentaban el mando.

—¡Pardiez! —replicó el señor de Chédeville—, sólo pide una cosa: que baje el precio del pan, para así pagar menos a sus obreros.

El granjero, que iba a servirse un vaso de burdeos, volvió a dejar la botella sobre la mesa.

—¡Lo malo es eso precisamente! —exclamó—. Por un lado estamos nosotros, los campesinos, que necesitamos vender nuestros granos a un precio que sea remunerador, y por el otro, la industria que impulsa la baja, con vistas a disminuir los salarios. Hay entablada una lucha encarnizada. ¿Puede usted decirme cómo acabará?

Ése era, en efecto, el pavoroso problema del momento, el fatal antagonismo que hace crujir el cuerpo social. La cuestión planteada rebasaba con mucho la capacidad y conocimientos del antiguo presumido, que se limitó a menear la cabeza, haciendo un gesto evasivo.

Hourdequin, que había vuelto a llenar su vaso, lo vació de un trago.

—La cosa no puede acabar bien... Si el campesino vende su trigo a buen precio, el obrero se muere de hambre; y si el obrero es el que tiene para comer, el campesino será quien revienta... ¿Qué hacer entonces? Ignoro la solución, pero, de no hallarse, tendremos que devorarnos los unos a los otros.

Después, con los codos apoyados sobre la mesa, lanzado ya, se desahogó violentamente. Su oculto desprecio por aquel propietario que no cultivaba sus fincas, que ignoraba todo lo concerniente a la tierra de que vivía, surgía al exterior a través de cierta vibración irónica de su voz.

—Me pidió que le facilitara datos para sus discursos... Pues bien, en primer lugar, si la Chamade pierde, la culpa será suya. Robiquet, el granjero que tiene allí, no la cuida como es debido, porque su arriendo está a punto de terminar y sospecha su intención de aumentarle el precio. Nunca se encuentra en su puesto, se burlan de usted y le roban, nada más lógico y natural... Además, como explicación de su ruina, existe una razón más simple: la de que todos nos arruinamos, porque la Beauce se agota. ¡Sí, la fértil Beauce, la nodriza, la madre!

Y continuó su exposición. En la época de su juventud, la Perche, situada al otro lado del Loir, era una comarca pobre, de escaso cultivo, casi carente de trigo, cuyos habitantes, llegada la época de la siega, venían a ofrecerse a Cloyes, a Châteaudun y a Bonneval. Sin embargo, en la actualidad gracias al alza constante de la mano de obra, ahí estaba la Perche en situación de creciente prosperidad, hasta el punto de que muy pronto aventajaría a la Beauce, ya que, aparte el enriquecimiento que significaba ese alza, los mercados de Mondoubleau, de Saint-Calais y de Courtalain proveían a esa llana comarca de caballos, bueyes y cerdos. La Beauce, entretanto, vivía sólo de los corderos. Ahora hacía dos años, cuando la roña los diezmó la Beauce atravesó una crisis terrible, hasta el extremo de que si la plaga hubiera continuado ya estaría muerta sin duda alguna.

Y refirió su historia, su lucha, sus treinta años de continua batalla con la tierra, de la que salía cada vez más pobre. Siempre le había faltado el capital necesario, no había podido abonar ciertos campos como él hubiera deseado, sólo el abono con marga le resultaba poco costoso, y a nadie más que a él preocupaba el asunto. Y se repetía la historia con el estiércol: no se empleaba más que el de granja, que era insuficiente. Todos los vecinos se burlaban de él cuando le veían ensayar abonos químicos, cuya mala calidad, por lo demás, daba la razón a quienes se mofaban. A pesar de sus ideas sobre las rotaciones de cultivo, se había visto obligado a seguir la costumbre de la comarca, de rotación trienal, sin barbechos. Una sola máquina, la de trillar, empezaba a ser aceptada. Aquello era el entumecimiento mortal, inevitable, que tiene su origen en la rutina; y si él, progresista, inteligente, se dejaba arrastrar, ¿qué no ocurriría con los pequeños propietarios, tercos y hostiles a todas las novedades? Un campesino antes hubiera muerto de hambre que prestarse a

recoger de su campo un puñado de tierra para llevarlo a analizar a un químico, que hubiera podido indicarle lo que a esa tierra le sobraba o faltaba, el estiércol que requería, el cultivo a que había que dedicarla para triunfar. Durante siglos, el labrador venía sacando provecho de la tierra, sin soñar jamás con devolverle nada, sin conocer otra forma de abono que el estiércol de sus vacas y de su caballo, que utilizaba con avaricia; luego, el resto de su laboreo, podía decirse que iba a la buena de Dios, la simiente era echada en no importa qué terreno, germinaba al azar, y el cielo era injuriado si esa germinación no tenía lugar. El día en que, instruido por fin, el campesino se decidiese a llevar a cabo un cultivo de sus tierras racional y científico, se doblaría la producción. Pero, mientras tanto, ignorante aferrado a sus costumbres, sin facilitársele crédito alguno, ese labrador acabaría matando la tierra. Y así era como la Beauce, el antiguo granero de Francia, la Beauce llana y sin agua, que no contaba con más cultivos que su trigo, se moría poco a poco de extenuación, cansada de ser sangrada a más no poder y de alimentar a un pueblo estúpido.

—¡Ah! ¡Todo cuanto se hace es en perjuicio del campo! —gritó con brutalidad—. Sí, nuestros hijos alcanzarán a ver esa triste profecía, la bancarrota de la tierra... Como usted sabe, nuestros campesinos, que antes reunían sus ahorros céntimo a céntimo para adquirir un pedazo de tierra codiciado durante años y años, hoy prefieren adquirir valores financieros, procurando acumular valores españoles, portugueses y aún mejicanos. ¡No aventuran cien francos para mejorar una hectárea! Ya no tienen confianza; los padres vuelven a su rutina cual bestias derrengadas, las muchachas y los mozos no tiene más sueño que el de dejar las vacas, quitarse de encima el pelo de la dehesa y escapar a la ciudad... Lo peor, sin embargo, es que la instrucción, ¿comprende usted?, la famosa instrucción que había de constituir la salvación de todo, activa esa emigración, esa despoblación de la campiña, fomentando en los hijos una vanidad necia y el placer del falso bienestar... ¡Mire! En Rognes tienen un maestro de escuela, ese Lequeu, un mozo que huyó del arado, y al que devora el odio que siente contra la tierra que estuvo a punto de tener que cultivar. ¿Cómo quiere que inculque a sus alumnos el amor a la tierra en que nacieron, si continuamente los trata de salvajes y brutos, enviándoles al estercolero paternal con el desprecio de un letrado?... El remedio, Dios mío, el remedio consistiría seguramente en que hubiese otro tipo de escuelas y de enseñanza, un adoctrinamiento práctico sobre la base de cursos graduados de agricultura... Y ése, señor diputado es un hecho que

debe tener muy en cuenta. Insista sobre ese extremo en las altas esferas; la salvación está quizás en las escuelas, si es que todavía estamos a tiempo.

El señor de Chédeville, distraído, molesto ante aquella violenta acumulación de razonamientos, se apresuró a responder:

—No cabe duda, no cabe duda.

Y como la criada trajese entonces el postre, un queso mantecoso y fruta, dejando abierta de par en par la puerta de la cocina, el diputado tuvo ocasión de divisar el hermoso perfil de Jacqueline, circunstancia que aprovechó para cambiar de postura, con el fin de llamar la atención de la atractiva joven, a quien guiñó el ojo; luego, con su voz aflautada de antiguo conquistador, añadió:

—Pero usted no me habla de la pequeña propiedad.

E hizo referencia a las ideas corrientes: la pequeña propiedad creada en el 89, fomentada por el código y llamada a regenerar la agricultura, al anhelado propósito de que todo el mundo fuese propietario, con la idea de que cada uno empleara su inteligencia y su fuerza en cultivar su propia parcela.

—¡Déjeme tranquilo y no me venga con esas cosas! —exclamó Hourdequin—. En primer lugar, la pequeña propiedad existía antes del 89, y en una proporción relativamente crecida. Por otra parte, habría mucho que hablar sobre el parcelamiento, tanto en favor como en contra.

Entonces, con los codos apoyados sobre la mesa, mientras comía cerezas cuyos huesos iba escupiendo, entro de nuevo en una serie de detalles sobre el particular. En la Beauce, la pequeña propiedad, los patrimonios inferiores a veinte hectáreas, venían a constituir el ochenta por ciento. Desde hacía algún tiempo, casi todos los jornaleros que trabajaban en las granjas, compraban parcelas, lotes de grandes haciendas desmembradas, que cultivaban a ratos perdidos. Ciertamente, aquello era excelente, porque así el obrero se encontraba ligado a la tierra. Y se podía añadir como argumento en favor de la pequeña propiedad, que forjaba hombres más dignos, más orgullosos y mejor instruidos. En fin, que la tierra producía proporcionalmente más, y productos de mejor calidad, al volcar el propietario todo su esfuerzo. Pero, por otra parte, ¡qué cúmulo de inconvenientes! Por de pronto, aquella superioridad se debía a un trabajo excesivo; el padre, la madre y los hijos, se mataban trabajando. Luego, esa parcelación, al multiplicar los transportes, daba lugar a que se deteriorasen los caminos y aumentasen los gastos de producción, sin hablar, naturalmente, del tiempo perdido. Y en cuanto al empleo de máquinas, era imposible en las parcelas demasiado pequeñas, que todavía adolecían del defecto de necesitar la rotación trienal de cultivo, cuya

costumbre acabaría proscribiendo la ciencia, pues no era lógico pretender dos cereales, la avena y el trigo, uno a continuación del otro. En una palabra, la división de la propiedad más bien parecía convertirse en un peligro, y después de haberla fomentado legalmente, al día siguiente de la Revolución, a pesar del temor a la reconstitución de las grandes haciendas, se dispusieron a facilitar los cambios, mediante su desgravación.

—Escuche bien lo que voy a decirle —continuó—, la lucha surge y se agrava entre la grande y la pequeña propiedad... Unos, como yo, son partidarios de la gran propiedad, porque parece caminar por el mismo sendero que la ciencia y el progreso, con la utilización de máquinas cada vez en mayor escala y la circulación de grandes capitales... Otras, por el contrario, sólo creen en el esfuerzo individual, y por eso preconizan la pequeña propiedad; sueñan en no sé qué clase de cultivo abreviado, produciendo cada uno su propio estercolero, cuidando personalmente su cuarto de arapende, escogiendo sus simientes una a una, dándoles la tierra que piden y cuidando después aparte cada planta, con especial dedicación y como si la tuvieran bajo una campana... ¿Cual de las dos triunfará? ¡Al diablo si lo sospecho siquiera! Sé muy bien, como antes le decía, que todos los años, grandes granjas arruinadas se desmembran a mi alrededor, yendo a parar a manos desconocidas, y que la pequeña propiedad gana ciertamente terreno. Conozco en Rognes un caso muy curioso, el de una vieja que, con menos de un arapende, saca lo suficiente para ella y su marido, consiguiendo incluso un auténtico bienestar no exento de dulzuras. Me refiero a la tía Caca, como la llaman, porque no vacila en vaciar sobre sus legumbres los excrementos propios y los del marido, siguiendo, a lo que parece, el método de los chinos. Pero no se trata más que de horticultura, y me imagino los cereales trepando por los bancales, como los nabos; y si, para subsistir, el campesino debe producir de todo, ¿que llegaría a ser en ese caso de los campesinos de la Beauce, con nuestro trigo como único cultivo, si concibiéramos su inmensa llanura convertida en tablero de damas?... En fin, quien viva para verlo, sabrá a ciencia cierta cuál de ellas triunfará en el futuro, si la grande o la pequeña...

E interrumpiéndose súbitamente, gritó:

—¿Y ese café? ¡Supongo que será para hoy!

Luego, encendiendo su pipa, concluyó:

—A menos que, tanto a una como a otra, se les mate enseguida; y eso es precisamente lo que se está camino de hacer... Diga usted, señor diputado, que la agricultura agoniza, que está virtualmente muerta, sino se acude prontamente en su socorro. Y que todo contribuye a ese aplastamiento, los

impuestos, la concurrencia de productos del extranjero, el alza continua de la mano de obra, la evolución del dinero que se encamina hacia la industria y los valores financieros. ¡Ah! Nadie es avaro ciertamente en prometer, y cuando de promesas se trata, todos las prodigan, los prefectos, los ministros y el mismo emperador Pero luego todo se convierte en polvo por el camino, nada llega... ¿Quiere que le diga la verdad? Hoy en día, un labrador que quiera hacer frente a la situación con su solo esfuerzo, se come forzosamente su dinero o el de los demás. Por lo que a mi se refiere, tengo algún dinero ahorrado, y eso es una ventaja. ¡Pero conozco más de uno que lo toma prestado al seis por ciento cuando la tierra no le produce más que el tres! El batacazo es inevitable. El campesino que toma dinero prestado está perdido, pues dejará en el empeño hasta la camisa. La semana pasada, por no ir más lejos, embargaron a uno de mis vecinos: el padre, la madre y cuatro hijos fueron desahuciados, después de habersele comido la administración de justicia los animales, la tierra y la casa... Sin embargo, hace años que se nos viene prometiendo la creación de un crédito agrícola con intereses razonables. ¡Sí, vaya usted a saber cuando llegará!... Todo eso desalienta incluso a los auténticos trabajadores, que se lo piensan mucho antes de engendrar un hijo a sus mujeres. ¡No, gracias! ¡Una boca más, un muerto de hambre que luego renegará de la vida! ¡Cuando no hay suficiente pan para todos, se deja de tener hijos, y la nación sucumbe!

El señor de Chédeville, decididamente reconfortado, aventuró una sonrisa inquieta, murmurando:

—No es usted muy optimista que digamos.

—Es verdad, hay días en que lo echaría todo a rodar —respondió alegremente Hourdequin—. Por lo demás, hace treinta años que dura esta azarosa inestabilidad... Realmente no sé por qué me obstiné en seguir; cuando lo mejor habría sido vender la granja y dedicarme a otra cosa. El hábito sin duda, la esperanza de que las cosas han de cambiar y también la pasión ¿por qué no confesarlo? ¡Esta picara tierra, cuando se hace con uno, no le suelta ni en broma!... ¡Fíjese!, Contemple por un momento lo que hay encima de ese mueble; será una estupidez quizás, pero en cuanto veo ese objeto me siento ya consolado.

Y, con el brazo extendido, señalaba una copa de plata, protegida contra las moscas por una muselina, el premio de honor alcanzado en un concurso agrícola. Esos certámenes, en los que lograba triunfar, constituían el aguijón de su vanidad, uno de los motivos fundamentales de su obstinación.

A pesar del evidente aburrimiento de su convidado, se entretenía más de la cuenta tomando su café; y vertía coñac en su taza por tercera vez, cuando, habiendo sacado el reloj del bolsillo, se puso en pie sobresaltado.

—¡Caramba! ¡Las dos! ¡Y yo que tengo una sesión en el consistorio municipal!... Sí, se trata de un camino. Estamos dispuestos a pagar la mitad de su coste, pero, para cubrir el resto, quisiéramos obtener una subvención del Estado.

El señor de Chédeville había abandonado su silla, dichoso, libre al fin.

—Pues mire por donde, voy a serle útil en esta ocasión. Pondré todo mi empeño en conseguir la subvención que desean... ¿Quiere que le lleve a Rognes en mi cabriolé, puesto que tiene prisa?

—¡Perfectamente!

Y Hourdequin salió para disponer que engancharan el coche que había quedado en medio del patio. Cuando volvió ya no encontró al diputado, aunque acabó por divisarle en la cocina. Éste había franqueado la puerta y allí estaba sonriente, frente a Jacqueline, cuyo rostro no era menos alegre, tan cerca de ella, que sus mejillas casi se tocaban. Adivinándose recíprocamente el pensamiento, los dos se habían comprendido, y así se lo decían con sus maliciosas miradas.

Cuando el señor de Chédeville hubo subido a su cabriolé, la Cognette retuvo unos instantes a Hourdequin para susurrarle al oído:

—¿Qué te parece? Es más amable que tú, y como has visto no le parece bien que se me esconda.

Por el camino, mientras el coche rodaba entre los campos de trigo, el granjero volvió a referirse a la tierra, su eterna preocupación. Razonaba ahora sobre la base de notas escritas y cifras, pues desde hacía años llevaba una contabilidad completa. En la Beauce no había tres que hiciesen otro tanto, y los pequeños propietarios, los campesinos, se encogían de hombros, sin llegar siquiera a comprender. La contabilidad, sin embargo, constituía el único medio posible de establecer la situación, indicando al labrador cuales eran los productos de los que se sacaba provecho y cuales los que ocasionaban pérdidas; les puntualizaba además el precio de coste y en su consecuencia el de venta. En su casa, cada criado, cada animal o cultivo, incluso cada herramienta, tenía asignada su página, con sus correspondientes dos columnas, la del *Debe* y la del *Haber*, de modo que siempre estaba en situación de poderse informar sobre el resultado de sus operaciones, buenas o malas.

—Al menos —dijo con su estruendosa risa—, sé como me arruino.

Pero se interrumpió para maldecir entre dientes. Desde hacía algunos minutos, a medida que el cabriolé avanzaba, trataba de descifrar una escena que se desarrollaba a lo lejos, junto a la carretera. A pesar de ser domingo, había enviado allí, para aventar una parva que corría prisa, una máquina de nuevo sistema, adquirida recientemente. Y el gañán, a quien dicha máquina no merecía ninguna confianza, y que tampoco había reconocido a su amo, metido en aquel carruaje para él desconocido, hacía comentarios burlescos sobre el artefacto, con tres labradores que se detuvieron al pasar.

—¿Habéis visto? —decía—. ¡Vaya invención!... No hace más que partir la hierba y envenenarla. ¡Palabra! Ya van muertos tres corderos.

Los labradores seguían con sus comentarios burlescos, mientras examinaban la aventadora, cual si se tratara de una bestia chusca y malvada. Uno de ellos declaró:

—Todos estos chismes son invenciones del diablo en perjuicio de la gente humilde... ¿Qué harán nuestras mujeres si se prescinde de ellas en los henares?

—¡Maldita sea! ¡Que revienten los amos! —dijo el criado al tiempo que le arreaba un puntapié a la máquina—. ¡Toma, cascajo!

Hourdequin le había oído. Y sacando violentamente el torso por la ventanilla del coche, gritó:

—¡Vuelve a la granja, Zéphyrin, y que te preparen la cuenta!

El criado se quedó estupefacto, y los tres labradores se alejaron profiriendo insultantes frases, entre risas y burlas soltadas a voz en cuello.

—¡Ahí lo tiene usted! —dijo Hourdequin dejándose caer de nuevo sobre la banqueta—. Ya lo ha visto... Diríase que nuestras herramientas perfeccionadas les queman las manos... Me tratan de burgués, y rinden en mi granja menos que en las otras, so pretexto de que puedo pagar caro. Incluso son apoyados por los granjeros, por mis propios vecinos, que me acusan de enseñar a trabajar en la comarca en forma indebida, furiosos porque, según dicen, pronto no hallarán gente para que les hagan sus trabajos como lo han venido haciendo hasta ahora.

El cabriolé entraba en Rognes por la carretera de Bazoches-le-Doyen, cuando el diputado percibió al abate Godard, que salía de casa de Macqueron, donde había comido aquel domingo después de su misa. La inquietud por su elección se apoderó de él nuevamente y le impulsó a preguntar:

—¿Qué tal va el espíritu religioso por nuestros campos?

—¡Oh! ¡Se practica desde luego, pero en el fondo nada! —respondió negligentemente Hourdequin.

Hizo que se detuviera el coche frente al establecimiento de Macqueron el cual se hallaba en la puerta con el abate; y le presentó su teniente de alcalde, que vestía un viejo y grasiento paletó. Pero Coelina, muy limpia, con su traje de indiana, acudía ya presurosa para situar en primera fila a su hija Berthe, la gloria de la familia, ataviada como una señorita, con un vestido de seda a rayitas color malva. Entretanto, el pueblo que parecía muerto, como adormecido por aquel hermoso domingo, despertaba bajo la sorpresa de aquella visita extraordinaria. Por todas partes, uno a uno, iban saliendo labradores, y las criaturas asomaban vergonzosamente sus cabezas tras las faldas de sus madres. En casa de Lengaigne, sobre todo, había mucha agitación; él no hacía más que alargar la cabeza, navaja en mano, mientras la mujer abandonaba los cuatro sueldos de tabaco que estaba pesando para ir a pegar su rostro a los cristales, indignados los dos, muertos de rabia al ver cómo aquellos señores descendían a la puerta de su rival. Y, poco a poco, las gentes se iban acercando, formábanse grupos; Rognes sabía ya, de uno a otro extremo, la gran novedad.

—Señor diputado —repetía Macqueron muy sonrojado y violento—, es realmente un honor...

Pero el señor de Chédeville no le prestaba la menor atención, embelesado con el hermoso semblante de Berthe, cuyos claros ojos con ligeros círculos azulados le contemplaban descaradamente. La madre decía la edad de la joven, explicaba donde había cursado sus estudios, y ella misma, sonriente y obsequiosa, invitó al señor, entrar, si es que se dignaba hacerlo.

—¡Cómo no, mi querida jovencita! —exclamó el diputado.

Aprovechando ese tiempo, el abate Godard, que había cogido aparte a Hourdequin, le suplicaba una vez más que impulsara al consejo municipal a votar fondos con objeto de que el municipio tuviera finalmente un párroco. Cada seis meses volvía sobre el tema e insistía en sus argumentos: su cansancio, sus continuas disputas con la gente del pueblo, sin contar, naturalmente, con el interés del culto.

—¡No me diga que no! —añadió vivamente, al ver que el granjero hacía un gesto evasivo—. No deje de hablar de ello, espero la contestación.

Y, en el momento en que el señor de Chédeville se disponía a seguir a Berthe, salió precipitadamente a su encuentro, deteniéndole con su aire de hombre testarudo y bonachón.

—Perdón, señor diputado. ¡La pobre iglesia se halla aquí en tal estado!... Quiero enseñársela, es preciso que me consiga alguna consignación para reparaciones. A mí ya no me escuchan... Venga, venga, se lo ruego.

Muy fastidiado, el antiguo elegante se resistía, cuando Hourdequin, sabiendo por Macqueron que varios de los consejeros municipales se hallaban en la alcaldía, en donde esperaban desde hacía media hora, dijo sin embarazo alguno:

—Sí, vaya a ver la iglesia... Así matará usted el tiempo hasta que yo haya acabado y podrá llevarme a casa.

El señor de Chédeville no tuvo más remedio que seguir al abate. Los grupos de campesinos habían aumentado, y varios de ellos se pusieron en marcha, pisándole los talones. Se iban envalentonando, todos soñaban con pedirle algo.

Cuando Hourdequin y Macqueron llegaron a la alcaldía, que se hallaba enfrente, encontraron en la sala de actos tres consejeros: Delhomme y otros dos. La sala, una amplia pieza revocada con cal, no tenía otros muebles que una larga mesa de madera de pino y doce sillas de paja; entre las dos ventanas, que daban a la carretera, existía un armario empotrado, donde se guardaban los archivos, mezclados con una serie de documentos administrativos descabalados; y, alrededor de las paredes, sobre diversos estantes, amontonábanse cubos de tela para incendio, que constituían el donativo de un burgués que no habían sabido dónde colocar, y que allí permanecía como algo molesto e inútil, puesto que no había bomba.

—Señores —dijo cortésmente Hourdequin—, tengo que pedirles perdón, pero tuve que invitar a comer al señor de Chédeville.

Nadie se movió, y no hubo por ello manera de saber si aceptaban semejante excusa. Habían visto por la ventana la llegada del diputado, y la elección próxima les tenía alterados; pero de nada servía ponerse a hablar demasiado pronto.

—¡Diablo! —declaró el granjero—. Si no somos más que cinco, no podremos adoptar ningún acuerdo.

Afortunadamente, Lengaigne entró en aquel momento. Al principio había resuelto no asistir a la sesión, pues la cuestión del camino no le interesaba en absoluto; e incluso esperaba que su ausencia impediría llegar a un acuerdo. Luego, la llegada del señor de Chédeville despertó hasta tal punto su curiosidad, que se decidió a subir, aunque no fuera más que para enterarse de lo que pasaba.

—¡Vaya! Ya somos seis, y eso nos permitirá votar —exclamó el alcalde.

Lequeu, que desempeñaba las funciones de secretario, apareció en aquel instante, con el libro de actas bajo el brazo, por lo que nada se opuso ya a que fuera abierta la sesión. Entretanto, Delhomme se había puesto a charlar en voz

baja con su vecino, Clou, el herrero, un hombre alto, seco y muy moreno. Pero como observaran que les estaban escuchando, se callaron inmediatamente. No obstante, habían cogido al vuelo un nombre, el del candidato independiente, señor Rochefontaine; y todos, después de haberse consultado con significativas miradas, cayeron a una sobre aquel candidato desconocido, ya sea con una frase, a través de una burla o de una simple mueca. Ellos estaban a favor del orden, del mantenimiento de las cosas y de la obediencia a las autoridades, todo lo cual implicaba la garantía de que la venta quedase asegurada. ¿Acaso se creía aquel señor más fuerte que el gobierno? ¿Conseguiría que aumentara el precio del trigo hasta treinta francos el hectolitro? Era muy osado al enviar prospectos y prometer más mantequilla que pan, cuando no se contaba con nada ni con nadie. Llegaron a tratarle de aventurero, de hombre falto de honradez, dedicado a recorrer las aldeas, con el solo fin de robarles sus votos, lo mismo que hubiera podido robarles su dinero. Hourdequin, que hubiera podido explicarles cómo el señor Rochefontaine, librecambista, aceptaba en el fondo las ideas del emperador, dejaba conscientemente que Macqueron expusiera su celo bonapartista y que Delhomme se pronunciara con su buen sentido de hombre limitado, en tanto que Lengaigne, al que su condición de estanquero hacía que mantuviera cerrada la boca, se limitaba a refunfuñar, gruñendo en un rincón sus vagas ideas republicanas. Y aunque el señor de Chédeville no hubiera sido nombrado ni una sola vez, todos los comentarios le señalaban como favorito; aquello era como un allanamiento ante su título de candidato oficial.

—Vamos a ver, señores, si empezamos por fin —dijo el alcalde.

Se había sentado a la mesa, en su sillón de presidente, una silla con respaldo más ancho y provista de brazos. Sólo el primer teniente de alcalde se sentó a su lado. De los cuatro consejeros, dos de ellos permanecieron de pie, y los otros dos apoyados en el marco de una ventana.

Lequeu había entregado al alcalde una hoja de papel, mientras le hablaba al oído; luego salió dignamente.

—Señores —dijo Hourdequin—, he aquí una solicitud que nos hace el maestro de escuela.

Se le dio lectura. Se trataba de una petición de aumento de sueldo, treinta francos más al año, basaba en la actividad que venía desplegando. Todos los rostros se ensombrecieron, mostrábanse avaros con el dinero del municipio, como si cada uno hubiera tenido que sacarlo de su bolsillo.

—¡Bueno!, Le diremos que espere. Obra con demasiada precipitación ese joven... Y, ahora, abordemos el asunto del camino.

—Perdón, señor alcalde —interrumpió Macqueron— quisiera decir unas palabras a propósito de la parroquia...

Hourdequin, sorprendido, comprendió entonces por qué el abate Godard había comido en casa del tabernero. ¿Qué ambición impulsaba a éste para tirarse tan a fondo? Por lo demás, su proposición siguió la misma suerte que la del maestro de escuela, Puso todo su empeño en querer demostrar que eran lo bastante ricos como para pagar un cura propio, y que no era muy honroso contentarse con las sobras de Bazoches-le-Doyen. Pero los demás se encogían de hombros, preguntándose si con ello la misa iba a ser mejor. ¡No, no! Habría que hacer reparaciones en la casa parroquial, y un cura para ellos solos sería demasiado caro; con media hora del otro cura, cada domingo, tenían suficiente.

El alcalde, dolido por la iniciativa de su primer teniente de alcalde, concluyó:

—No ha lugar, el consejo tiene ya tomada su resolución... Y ahora a lo de nuestro camino; es preciso acabar de una vez... Delhomme, tenga la amabilidad de llamar al señor Lequeu. ¿Creerá ese animal que vamos a estar deliberando sobre su carta hasta la noche?

Lequeu, que esperaba en la escalera, entró con aire muy serio; y como no le dieran a conocer la suerte de su solicitud, permaneció altivo, inquieto, murmurando sordos insultos. ¡Ah! ¡Sucia raza la de aquellos campesinos! Hubo de coger del armario el plano del camino e ir a desplegarlo sobre la mesa.

El consistorio conocía perfectamente el plano en cuestión. Hacía años que arrastraba por allí. Pero no por ello dejaron de aproximarse, poniendo los codos sobre la mesa para cavilar una vez más. El alcalde enumeraba las ventajas que el proyecto entrañaba para Rognes; una suave pendiente que permitiría a los coches subir hasta la iglesia; por otra parte, se acortaba en dos leguas la actual carretera de Châteaudun, que pasaba por Cloyes; y la comunidad no tendría más que tres kilómetros a su cargo, puesto que los vecinos de Blanville habían votado ya el otro tramo hasta el enlace con la gran carretera de Châteaudun a Orleans. Se le escuchaba con atención, con los ojos pegados sobre el papel y sin que nadie se atreviera a abrir la boca. Lo que había impedido al proyecto tener éxito, era ante todo la cuestión de las expropiaciones. Cada uno de los interesados se inquietaba por saber si alguna pieza de tierra de su pertenencia resultaría afectada, si vendería a la comunidad algún trozo suyo a razón de cien francos la pértiga. Y en el supuesto de que no se beneficiase directamente, ¿por qué iba a votar el

enriquecimiento de los demás? ¡Poco le importaba lo de la pendiente más suave o que se acortase la distancia! ¡En todo caso sería su caballo el que habría de hacer mayor recorrido!

Hourdequin no necesitaba hacerles hablar para conocer su opinión. Y por lo que a él se refiere, si deseaba vivamente que el camino llegara a trazarse, era porque pasaba por delante de la granja y le ponía en comunicación con varias de sus piezas de tierra. Por igual motivo, Macqueron y Delhomme, cuyos campos quedarían al borde del mismo, forzaban al voto. Eran tres en consecuencia, pero ni Clou ni el otro consejero tenían interés en la cuestión; y, en cuanto a Lengaigne, era violentamente opuesto al proyecto, primero porque ninguna ganancia iba a reportarle, y desesperado además por el hecho de que su rival, el primer teniente de alcalde, obtuviera con ello algún beneficio. Si Clou y el otro, que parecía vacilar, votaban en contra, el resultado sería tres contra tres. Hourdequin empezó a inquietarse. Por fin empezó la discusión.

—¿De qué va a servirnos? ¿Qué utilidad tiene? —repetía Lengaigne—. ¿No disponemos ya de una carretera? Eso sí que son ganas de gastar el dinero, de sacarlo del bolsillo de Juan para meterlo en el de Pedro... Además, tú has prometido regalar tu terreno...

La broma irónica iba dirigida a Macqueron. Pero éste, que lamentaba amargamente su acceso de liberalidad, mintió con todo cinismo.

—Te equivocas, yo no he prometido nada... ¿Quién te ha dicho eso?

—¿Quién? ¡Pues tú mismo!... ¡Y delante de todo el mundo! El propio señor Lequeu, que estaba allí, puede decirlo... ¿No es así señor Lequeu?

El maestro de escuela, a quien la espera del resultado de su solicitud había puesto nervioso, hizo un gesto brutal de desdén. ¡Qué le importaban a él aquellas sucias combinaciones!

—¡Entonces acabaremos prescindiendo de todo! —continuó diciendo Lengaigne—. ¡Desde el momento en que no hay honradez en la tierra, lo mismo va a dar vivir en los bosques como salvajes!... ¡No, no! ¡No quiero saber nada de su camino! ¡Bonito robo!

Viendo que el asunto llevaba camino de naufragar, el alcalde se apresuró a intervenir.

—Todo eso no son más que chismes y habladurías. No tenemos por qué entrar en cuestiones personales... Es el interés público, el bien común, lo que tiene que servirnos de guía.

—Desde luego —declaró prudentemente Delhomme—. La nueva carretera prestará grandes servicios a toda la comunidad... Sólo que sería

preciso saber a qué atenerse. El prefecto nos dice siempre: «Voten una suma, y después ya veremos lo que el gobierno puede hacer por ustedes». Y, si no hiciera nada, ¿para qué vamos a perder el tiempo votando?

De repente, Hourdequin creyó oportuno lanzar la gran noticia que tenía en reserva.

—A propósito, señores, he de anunciarles que el señor de Chédeville se compromete a obtener del Gobierno una subvención equivalente a la mitad de los gastos... Bien saben ustedes que es amigo del emperador. No tendrán más que hablarle de nosotros cuando estén en los postres.

El propio Lengaigne se sintió vencido, y todos los rostros adoptaron una expresión beatífica, como si pasara el Viático. La reelección del diputado estaba asegurada: el amigo del emperador era el bueno, el que constituía la fuente de los cargos y del dinero, el hombre conocido de todos, honorable, poderoso, el amo. A partir de aquel instante todo fueron movimientos de asentimiento con la cabeza. Si la realidad era esa, si las cosas se resolvían de por sí, ¿para qué gastar palabras en vano?

Sin embargo, Hourdequin seguía preocupado por la actitud silenciosa de Clou. Se levantó y miró hacia fuera; y, al ver al guarda rural, le ordenó que fuese en busca del tío Loiseau y le trajera consigo, vivo o muerto. Loiseau era un viejo campesino sordo, tío de Macqueron, quien hizo que le nombraran miembro del consejo, aunque jamás acudía a la reuniones, porque, según sus propias palabras, eso le trastornaba la cabeza. Su hijo trabajaba en la Borderie y era incondicional del alcalde. Por ello, en el momento en que apareció, azorado, éste se contentó con gritarle al oído que si le había llamado era por lo del camino. En aquellos momentos, cada uno estaba escribiendo torpemente su papeleta, con la nariz pegada al papel y ensanchando los brazos, para que nadie pudiera leer su contenido. Acto seguido se procedió a la votación de la mitad de los gastos, en una cajita de madera de pino, semejante a un cepillo de iglesia. La mayoría fue soberbia: hubo seis votos en pro, y uno solo en contra, el de Lengaigne. Aquel animal de Clou también había votado a favor. Y fue levantada la sesión, después de firmar todos el acta que el maestro de escuela había redactado de antemano, dejando en blanco el resultado de la votación. Todos se fueron alejando pausadamente, sin un saludo de despedida, sin estrecharse la mano, separándose en la escalera.

—¡Ah! Lo olvidaba —dijo Hourdequin a Lequeu, que seguía esperando—. Su solicitud de aumento de sueldo ha sido rechazada... El consejo estima que se gasta demasiado en la escuela.

—¡Atajo de brutos! —gritó el joven, verde de bilis, cuando se quedó solo—. ¡Iros a vivir con vuestros cerdos!

La sesión había durado dos horas y Hourdequin volvió a encontrar delante de la alcaldía al señor de Chédeville, que venía sólo de dar una vuelta por el pueblo. Para empezar, el cura no le había hecho gracia de ninguna de las miserias de la iglesia: el techo destrozado, las vidrieras rotas, las paredes desnudas. Luego, cuando por fin conseguía escapar de la sacristía, que efectivamente necesitaba ser repintada, los vecinos de la aldea, envalentonados, se lo habían disputado, y cada uno lo llevó aparte para presentarle reclamaciones o pedirle algún favor. Uno le había arrastrado hasta el abrevadero colectivo, que no se limpiaba por falta de dinero; otro quería un lavadero cubierto a orillas del Aigre, en el lugar que le indicaba; un tercero reclamaba el ensanchamiento de la carretera, delante de su puerta, para que su carruaje pudiera dar la vuelta; e incluso una mujer anciana, la cual, después de llevarse al diputado hasta su casa, le enseñó sus hinchadas piernas para preguntarle si habría en París algún remedio eficaz para su mal. Azorado, lleno de sofoco, procuraba sonreír, haciéndose el bonachón, sin cesar de prometer. ¡Ah! ¡Un buen hombre, nada orgulloso con la gente humilde!

—¿Nos marchamos? —preguntó Hourdequin—. Me están esperando en la granja.

Pero, en aquel momento, Coelina y su hija Berthe se acercaban presurosas al umbral de su puerta, para suplicar al señor de Chédeville que entrase un instante; éste no habría deseado otra cosa, respirando al fin, aliviado al encontrar de nuevo los claros y apagados ojos de la joven.

—¡No, no! —repuso el granjero—. No nos queda tiempo. ¡Otra vez será!

Y le forzó, medio aturdido como estaba, a subir al cabriolé, al tiempo que, a una pregunta del cura, que se encontraba allí, le respondía que el consejo había dejado sobre la mesa la cuestión de la parroquia. El cochero fustigó al caballo, y el carruaje partió, en medio del ya familiar y entusiasta vecindario. Solo, furioso, el abate tuvo que volver a recorrer a pie los tres kilómetros que separaban Rognes de Bazoches-le-Doyen.

Quince días después, el señor de Chédeville era elegido por una gran mayoría; y, a fines de agosto, ya había cumplido su promesa, concediéndose al ayuntamiento la subvención para la nueva carretera. Los trabajos comenzaron enseguida.

La tarde en que se diera el primer golpe de pico, Coelina, seca y delgada como siempre, se hallaba en la fuente, escuchando a la Bécu, que, con la manos cruzadas sobre su delantal, charlaba ininterrumpidamente. Desde hacía

una semana, la fuente se hallaba revolucionada por aquel tremendo asunto del camino: no se hablaba más que del dinero concedido a unos y de la rabia maldiciente de los otros. La Bécu, cada día, ponía al corriente a Coelina de lo que decía Flore Lengaigne; no precisamente para indisponerlas, sino, al contrario, para que cada una expusiera sus argumentos, pues ése era el mejor modo de entenderse. Varias mujeres permanecían a la escucha, con los brazos colgando y los cántaros ya llenos a sus pies.

—Me ha asegurado, tal como se lo estoy diciendo, que todo había sido un amaño entre el teniente de alcalde y el alcalde, con el fin de lucrarse en eso de los terrenos. También me ha dicho que su marido, en materia de opiniones, tenía dos palabras...

En aquel momento salía Flore de su casa con un cántaro en la mano. Cuando llegó a la fuente, con su gruesa y fofa humanidad, Coelina, que enseguida empezaba a soltar inconveniencias y frases puercas, con los brazos en jarras y su habitual ruda honestidad, puso de vuelta y media a la hija, tratándola de pécora en sus mismas narices, acusándola también a ella de entregarse a la clientela. La otra, arrastrando sus chanclas, lloriqueando, se contentó con repetir una y otra vez:

—¡Menuda puerca está hecha! ¡Menuda puerca!

La Bécu, que se precipitó entre ambas, quiso forzarlas a que se dieran un abrazo, pero estuvo a punto de hacerles tirarse de los cabellos. Seguidamente lanzó un noticia:

—A propósito, supongo sabrán ya que las hijas de Mouche van a percibir quinientos francos.

—¡No es posible!

De repente, la riña quedó olvidada, y todas se fueron acercando, dejando esparcidos por el suelo sus respectivos cántaros. ¡Pues así era! El camino, allí arriba, en los Cornailles, pasaba a lo largo del campo de las hijas de Mouche y le cogía doscientos cincuenta metros, que, a razón de cuarenta sueldos el metro, eran quinientos francos; y, además, el resto de la finca, al lindar con el camino, adquiriría mayor valor. Estaban de suerte.

—Pues en ese caso —dijo Flore—. Lise se ha convertido en un auténtico partido, a pesar de su chiquillo... Ese bobo de Caporal no cabe duda de que ha tenido olfato, al obstinarse en insistir.

—A menos —añadió Coelina—, que Buteau vuelva a ocupar su sitio... Sus tierras también ganan mucho con esa carretera.

La Bécu se volvió y, dándoles con el codo, dijo:

—¡Chist! ¡Callaos!

Era Lise, que se acercaba alegremente balanceando su cántaro. Las mujeres comenzaron a desfilan ante la fuente.

VI

LISE y Françoise, que se habían desembarazado de *Blanchette*, demasiado gruesa y que no paría, habían resuelto ir aquel sábado al mercado de Cloyes para comprar otra vaca. Jean se ofreció a llevarlas en una tartana de la granja. Tenía la tarde libre, y el amo le había autorizado para que cogiera el coche, teniendo en cuenta seguramente los rumores que circulaban sobre su casamiento con la hija mayor de los Mouche. La boda, en efecto, había sido acordada; por lo menos Jean se había comprometido a hacer una gestión cerca de Buteau, la semana siguiente, para plantearle abiertamente la cuestión. Uno u otro, pero era necesario acabar de una vez.

Partieron pues a eso de la una, él en la parte delantera con Lise, y Françoise sola, sentada en la segunda banqueta. De vez en cuando, el joven se volvía y sonreía a esta última, cuyas rodillas, apoyadas en sus riñones, le daban cierto calor. Era una verdadera lástima que la muchacha tuviera quince años menos que él; y si se resignaba a casarse con la hermana mayor, después de muchas reflexiones y aplazamientos, debía ser, en el fondo, por la idea de vivir como pariente junto a la pequeña. Por lo demás, se dejaba ir, por así decirlo. ¡Son tantas las cosas que se hacen sin saber por qué, cuando uno se ha dicho algún día que las haría!

A la entrada de Cloyes, lanzó al caballo por la acentuada pendiente del cementerio; y, cuando ya desembocaba en el cruce de la calle Grande con la de Grouaise, para dejar el coche en la posada del *Bon Laboureur*, señaló bruscamente la espalda de un hombre, que enfilaba esta última calle.

—¡Mira! Diría que es Buteau.

—Él es —declaró Lise—. Se dirige sin duda a casa del señor Baillehache... ¿Será que acepta su parte?

Jean hizo chasquear el látigo mientras se echaba a reír.

—¡Cualquiera sabe! ¡Es tan astuto!

Buteau no quería dar la impresión de haberles visto, aunque los reconoció desde lejos. Caminaba tranquilamente, con sus redondeados hombros; y tanto

Jean como Lise le vieron alejarse, pensando, sin decirlo, que había llegado el momento en que sabrían a qué atenerse. En el patio del *Bon Laboureur*, Françoise, que parecía haberse quedado muda, fue la primera en descender por una rueda de la tartana. El patio ya estaba lleno de carruajes desuncidos apoyados sobre sus varas, en tanto que un zumbido de actividad conmovía las viejas paredes de la fonda.

—¿Vamos a dar una vuelta? —preguntó Jean cuando volvió de la cuadra, donde fuera a dejar su caballo.

—Desde luego, ahora mismo.

Pero una vez fuera, en lugar de coger directamente por la calle del Temple para dirigirse al mercado de ganado, que se hallaba en la plaza de Saint-Georges, el muchacho y las dos jóvenes se detuvieron un momento y luego estuvieron paseando a lo largo de la calle Grande, entre los vendedores ambulantes, instalados al borde de las aceras. Él, provisto de una gorra de seda y una holgada blusa azul sobre su pantalón de paño negro; ellas, igualmente endomingadas, con los cabellos recogidos bajo sus redondos bonetes, iban vestidas por el estilo, con una chaqueta de lana oscura sobre una falda gris acero, que medio tapaba un gran delantal de algodón a rayas rosas. No se daban el brazo, sino que caminaban en fila, con las manos colgando, entre la apretada multitud. Había allí una verdadera oleada de gente, de criadas y burguesas, que desfilaban por delante de las campesinas agachadas, las cuales, llegadas cada una con sus correspondientes cestas, las habían colocado simplemente sobre el suelo, después de abrirlas. Reconocieron a la Frimat, con las muñecas reventadas, que tenía de todo en sus dos desbordantes cestas, ensaladas, judías, ciruelas, e incluso tres conejos vivos. Un viejo que había a su lado, acababa de descargar un carro de patatas, que vendía por kilos. Dos mujeres, madre e hija, llamada esta última Norine, célebre por sus andanzas, colocaban sobre una mesa coja pedazos de bacalao, arenques salados y ahumados, un verdadero vaciado de fondo de barril cuya fuerte salmuera producía escozor en la garganta. Y la calle Grande, que tan desierta estaba durante el resto de la semana, a pesar de sus hermosos almacenes, su farmacia, su quincallería y más que nada con sus novedades parisinas, exhibidas en el bazar de Lambourdieu, se quedaba estrecha cada sábado, con las tiendas a rebosar y la calzada invadida de mercancías.

Lise y Françoise, seguidas de Jean, fueron avanzando de aquella manera, a empujones, hasta llegar al mercado de aves, que se hallaba en la calle de Beaudonière. Allí, las granjas habían enviado grandes cestos enrejados, en los que se oía cantar a los gallos y de donde salían los azarados cuellos de los

patos. Pollos muertos y desplumados aparecían alineados en cajas. Podían contemplarse también muchas campesinas, cada una de las cuales había traído cuatro o cinco libras de manteca, unas docenas de huevos, quesos y embutidos. Varias habían llegado con un par de gallinas en cada mano, atadas por las patas. Se oía a las señoras regatear; acababa de llegar una gran partida de huevos que congregaba mucha gente delante de la posada denominada *Au Rendez-vous des Poulailleurs*. Y, entre los hombres que descargaban los huevos, se encontraba Palmyre, pues el sábado, cuando faltaba trabajo en Rognes, contrataba sus servicios en Cloyes, transportando fardos hasta destrozarse los riñones.

—¡Ahí tenéis una que sabe ganarse el pan que se come! —hizo observar Jean.

La muchedumbre iba en aumento. Todavía seguían llegando carruajes por la carretera de Mondoubleau. Pasaban en fila y al trote ligero sobre el puente. A derecha e izquierda, el Loir seguía su curso, con sus suaves curvas, deslizándose a ras de los prados, bordeado en su margen izquierda por los jardines del pueblo, cuyos libros y ébanos silvestres inclinaban sus ramas sobre el agua. Río arriba había un molino de casca y otro muy grande de trigo, un vasto edificio cuya techumbre se hallaba blanqueada por un continuo vuelo de harina.

—¿Qué os parece? —dijo Jean—. ¿Volvemos ya?

—Sí, sí.

Y volvieron a pasar por la calle Grande, deteniéndose en la plaza Saint-Lubin, frente a la alcaldía, donde se hallaba el mercado del trigo. Lengaigne, que había traído cuatro sacos, estaba allí, de pie, con las manos metidas en los bolsillos. En medio de un círculo de campesinos, silenciosos y cabizbajos, Hourdequin conversaba con gestos de cólera. Se había esperado un alza, pero, en lugar de ver colmadas sus esperanzas, el precio de dieciocho francos parecía resentirse y flexionar, temiéndose que llegase a bajar veinticinco céntimos. Macqueron pasó llevando del brazo a su hija Berthe, él vestido con un paletó medio mugriento y ella con un traje de muselina y un sombrero adornado con un manojo de rosas y lirios silvestres.

Cuando Lise y Françoise, después de haber doblado por la calle del Temple, caminaban a lo largo de la iglesia de Saint-Georges, en cuyo espacio se habían instalado los vendedores ambulantes de mercería y quincallería, así como tenderetes de paños, exclamaron al unísono:

—¡Oh! ¡Tía Rose!

En efecto, era la vieja Fouan, a quien su hija Fanny, aprovechando tener que traer avena, en sustitución de Delhomme, se la había traído consigo, simplemente para que se distrajera. Las dos estaban esperando, plantadas delante del artefacto de un afilador, al que la vieja había dado unas tijeras. Al cabo de treinta años, se decidía a afilarlas.

—¡Vaya! ¡Sois vosotras!

Al volverse Fanny y ver a Jean, añadió:

—¿Vinisteis entonces a dar un paseo?

Pero cuando supieron que las primas iban a comprar una vaca para reemplazar a Blanchette, mostraron interés y decidieron acompañarlas, puesto que ya tenían despachada la avena. Dejado de lado, el joven emprendió a su vez la marcha siguiendo a las cuatro mujeres, que caminaban espaciadas, una detrás de otra; y de esa forma fueron a desembocar en la plaza de Saint-Georges.

Aquella plaza, que formaba un amplio cuadrilátero, se extendía por detrás del presbiterio de la iglesia, que, con su viejo campanario de piedra, la dominaba por completo. Hileras de espesos tilos cerraban los cuatro lados, de los cuales dos estaban protegidos por cadenas empotradas a unos guardacantones, y los otros dos guarnecidos con unas estacas altas de madera, a fin poder dejar sujetos a los animales. Por aquel lado de la plaza, que daba a unos jardines, crecía la hierba, y hubiérase dicho estar en un prado; mientras que, el lado opuesto, donde se ofrecían a la vista las tabernas llamadas *A Saint-Georges*, *A la Racine* y *Aux bons Moissonneurs*, se hallaba pisoteado, endurecido por el tránsito y blanqueado por un polvillo que las ráfagas de aire arrastraban de un lado a otro.

Lise y Françoise, acompañadas de las otras, pasaron sus apuros para atravesar el cuadrilátero central, donde se estacionaba la multitud. Entre la confusa masa de blusas, integrada por toda clase de azules, desde el fuerte color azul de la tela nueva hasta el azul pálido del paño desteñido por los muchos lavados, no se distinguía otra cosa que las redondas y blancas manchas de las gorritas. Algunas señoras paseaban la reverberante seda de sus sombrillas. Todo eran risas y gritos bruscos, que se perdían en aquel bullicio viviente, y que a veces cortaban los relinchos de los caballos y los mugidos de las vacas. Un asno se puso a rebuznar violentamente.

—Por aquí —dijo Lise volviendo la cabeza.

Los caballos estaban hacia el fondo, atados al larguero, ofreciendo a la vista su desnudo y tembloroso cuerpo, y sin otra cosa que una cuerda anudada al cuello y a la cola. En la parte izquierda, las vacas se hallaban sueltas en su

mayoría, llevadas de la mano por los vendedores, que las cambiaban de sitio a cada momento para mejor exhibirlas. De vez en cuando se acercaba algún que otro grupo para observarlas; y allí, en cambio, no se reía nadie, ni se hablaba tampoco gran cosa.

Inmediatamente, las cuatro mujeres quedaron extasiadas ante una vaca blanca y negra, que un matrimonio había traído para vender. La mujer se hallaba en primer término, muy morena, de aspecto hosco y retraído, que mantenía sujeto el animal; detrás se encontraba él, inmóvil y cerrado. Fue aquel un examen detenido, profundo, que duró cinco minutos; pero las mujeres no cambiaron entre sí una palabra, ni se hicieron consulta alguna con la mirada; y acabaron por irse, para plantarse de igual modo frente a una segunda vaca, situada a veinte pasos de aquélla. Era un animal enorme, negro todo él, que tenía a la venta una joven, casi una niña, bonita y de agradable aspecto, con su bastoncito de avellano. Hubo luego todavía siete u ocho estacionamientos tan prolongados y silenciosos como el primero, a lo largo y de un extremo a otro de la hilera de animales expuestos para su venta. Finalmente, las cuatro mujeres volvieron al lugar donde se hallaba la primera vaca, ante la que, por segunda vez, quedaron absortas.

Sólo que en esta ocasión, el examen fue más serio. Se habían colocado formando una sola fila, escudriñando, con mirada fija y aguda, el cuerpo de la vaca por debajo de la piel. Por lo demás, tampoco la vendedora decía nada, con la mirada puesta en otro sitio, como si no las hubiera visto volver y ponerse en hilera.

Fanny se inclinó hacia Lise y le dijo unas palabras en voz baja. La vieja Fouan y Françoise también se dijeron algo al oído. Pero inmediatamente cayeron de nuevo en su impresionante silencio e inmovilidad, sin dejar de examinar al animal.

—¿Cuánto? —preguntó Lise de repente.

—Cuatrocientos francos —respondió la campesina.

Las compradoras mostraron asombro e hicieron ver que se iban; y, cuando volvieron la cabeza tratando de buscar a Jean, observaron con sorpresa que estaba allí mismo, detrás de ellas, en unión de Buteau, charlando como viejos amigos. Buteau, que había venido de la Chamade para comprar un cerdo, estaba en trance de adquirir uno. Los cerdos, metidos en una especie de cerca volante, situada detrás del carruaje que los había traído, se mordían unos a otros y gritaban desaforadamente.

—Veinte francos —ofreció Buteau al vendedor.

—¡No, treinta!

—Pues no hay nada a hacer. ¡Sigue durmiendo con él!

Y, con gesto airoso, muy contento, se acercó a las mujeres, riéndose tan a gusto en las mismas narices de su madre, de la hermana y de sus dos primas, exactamente igual que si hubiera estado con ellas la víspera. Por lo demás, también ellas supieron conservar su placidez, sin parecer acordarse de los dos años de riñas y perturbaciones. Sólo la madre, a quien habían hecho saber el primer encuentro tenido en la calle Grouaise, le contemplaba con ojos inquisitivos, buscando leer en la mirada del hijo el motivo de su visita al notario. Pero nada pudo sacar en limpio, pues ninguno de los dos llegó a abrir la boca.

—Entonces, prima —siguió él diciendo—, ¿tratas por lo visto de comprar una vaca?... Me lo ha dicho Jean... ¡Mira, ahí tienes una que puede convenirte! ¡Oh! Es la mejor de todo el mercado. ¡Una auténtica vaca!

Y señalaba precisamente la vaca blanca y negra que tenían en tratos.

—¡Cuatrocientos francos! ¡Ni pensarlo! —murmuró Françoise.

—¡Cuatrocientos francos para ti, pequeña! —dijo Buteau dándole un golpecito en la espalda para bromear.

Pero la muchacha se enfadó y, devolviéndole el golpe con gesto de furia y rencor, respondió:

—¿Quieres dejarme en paz? No me gusta jugar con los hombres.

Buteau acentuó más su regocijo, y volviéndose hacia Lise, que estaba muy seria y algo pálida, le dijo:

—¿Tú que opinas? ¿Quieres que intervenga yo? Apuesto cualquier cosa a que la saco por trescientos francos... ¿Apuestas conmigo cien sueldos?

—Sí, no me importa... Si quieres intentarlo...

Rose y Fanny expresaban su aprobación con un movimiento de cabeza, pues les constaba que el mozo era una verdadera fiera en el mercado, testarudo, insolente, embustero, ladrón, capaz de vender las cosas por el triple de su precio y hacérselo dar todo por nada. Así pues, las mujeres dejaron que se acercase a la vendedora junto con Jean, mientras ellas se quedaban atrás, para disimular que iban juntos.

El gentío era cada vez mayor por el lado de los animales, y los distintos grupos abandonaban el centro soleado de la plaza para situarse bajo el paseo de árboles. Aquello era un continuo vaivén, el azul de las blusas se hundía en la sombra de los tilos, y las manchas oscilantes de las hojas parecían teñir de verde los coloreados rostros. Por lo demás, nadie compraba todavía, ni una sola venta se había realizado, aunque hacía más de una hora que el mercado se hallaba abierto. Se observaba una especie de recogimiento y de recíproco

tanteo entre la gente. Por encima de todas aquellas cabezas, en medio del ambiente reinante, surgió un tumulto. Tratábase de dos caballos, atados el uno junto al otro, que se acosaban y mordían, entre furiosos relinchos, golpeando fuertemente el suelo con sus cascos. Hubo un movimiento de pánico, y las mujeres huyeron, en tanto que, acompañados de imprecaciones y juramentos, una serie de latigazos que chasquearon en el suelo cual si se tratara del crepitar de una fogata restablecieron la calma. Y, sobre el suelo, en medio del vacío producido por el pánico, una bandada de palomas picoteaba la avena del cagajón.

—Veamos, paisana, ¿en cuánto vende la vaca? —preguntó Buteau.

Ésta, que se había dado cuenta de la combinación, repitió tranquilamente:

—Cuatrocientos francos.

Buteau empezó por tomar la cosa en broma, y dirigiéndose al marido que seguía apartado y silencioso, le dijo:

—Dime viejo, cuando tu mujer pide ese precio, ¿no será que va comprendida ella en el mismo?

Entretanto, sin dejar de reírse y bromear, procedía a examinar de cerca la vaca, y la encontraba tal como corresponde a una buena lechera: la cabeza seca y estrecha, con finos cuernos y unos grandes ojos, el vientre algo fuerte surcado por gruesas venas, las patas más bien delgadas y la cola fina, plantada muy en lo alto. Se agachó, comprobando la largura de las ubres y la elasticidad de los pezones debidamente situados y bien horadados. Luego, con una mano apoyada en el animal, emprendió el regateo, palpando maquinalmente los huesos de la grupa.

—¿Cuatrocientos francos? Es como para echarse a reír... ¿Quiere trescientos?

Mientras tanto seguía palpando para asegurarse de la fuerza y buena disposición de los huesos. Después bajó la mano para colocarla entre las ancas, en ese lugar donde la piel al desnudo, de un bonito color azafranado, anunciaba una leche abundante.

—Trescientos francos, ¿vale?

—No, cuatrocientos —respondió la campesina.

Se volvió él de espaldas, giró de nuevo, y ella entonces se decidió a hablar.

—Como verá, se trata de un hermoso animal. Cumplirá dos años por la Trinidad y dentro de quince días parirá... Puede estar seguro de que hace un buen negocio.

—Trescientos francos —repitió él.

Entonces, al ver que el posible comprador se alejaba, dirigió una mirada a su marido y se puso a gritar:

—¡Escuche! Para acabar de una vez y poder irme... ¿Está dispuesto a darme trescientos cincuenta?

Buteau se había detenido y observaba la vaca con gesto despreciativo. No estaba acabada de formar, le faltaban riñones; era, en fin, un animal que había padecido mucho y al que habría que alimentar perdiendo dinero durante dos años por lo menos. Pretendió a continuación que estaba dañada de una de las patas, lo que no era cierto. Mentía por mentir, con evidente mala fe, con la esperanza de aturdir y hacer que se enfadara la vendedora. Pero ésta se limitaba a encogerse de hombros.

—Trescientos francos.

—No, trescientos cincuenta.

La vendedora le dejó marcharse. Él fue a reunirse con las mujeres, diciéndoles que no valía la pena insistir y que era mejor regatear con alguna otra campesina que fuera menos tozuda. Y el grupo fue a plantarse ante la gran vaca negra, que una hermosa joven tenía cogida con una cuerda. El precio de aquélla era precisamente trescientos francos. Buteau pareció no encontrarla excesivamente cara, y permaneció unos momentos como extasiado, para luego, bruscamente, volverse hacia la primera vendedora.

—¿Es qué va a dejar usted que me gaste el dinero en otro sitio?

—¡Demonio! Si hubiera alguna posibilidad... Pero no está en mi mano... Es necesario que hubiera mejor disposición por su parte.

Y, agachándose, cogiendo la ubre con la mano, insistió:

—¡Fíjese que hermosura!

Él volvió a decir que no, y añadió una vez más:

—Trescientos francos.

—No, trescientos cincuenta.

De repente, pareció desistir de formalizar el trato. Buteau había cogido a Jean por el brazo, como si abandonase definitivamente el asunto. Las mujeres se unieron a ellos, emocionadas; según ellas, la vaca valía los trescientos cincuenta francos, Françoise, sobre todo, a quien agradaba el animal, hablaba de quedársela por ese precio. Pero Buteau reaccionó irritado. ¿Por qué iban a dejarse robar de aquella manera? Y, durante cerca de una hora, se mantuvo en sus trece, en medio de la ansiedad de las primas, que temblaban cada vez que un posible comprador se detenía ante el animal. El propio Buteau no le quitaba la vista de encima; pero en eso precisamente consistía el juego, y ante todo era necesario tener una paciencia a prueba de bomba. Seguro que nadie

soltaría su dinero tan deprisa: ya se vería si llegaba a presentarse algún imbécil capaz de pagar más de los trescientos francos. Y, en efecto, el dinero seguía sin aparecer, a pesar de que el mercado tocaba a su fin.

Por la carretera, en aquellos momentos, se estaban probando caballos. Uno, completamente blanco, excitado por el grito gutural de un hombre, que le tenía sujeto con una cuerda y galopaba a su lado, mientras Patoir, el veterinario, abotargado y sudoroso, plantado junto al comprador en un rincón de la plaza, observaba y aconsejaba en voz alta. Las tabernas estaban llenas a rebosar, con un constante zumbido producido por la oleada de bebedores, que entraban, salían y volvían a entrar a cada momento para dar fin a sus interminables chalaneos. Aquello era el no va más del alboroto, de empujones arriba y abajo dentro de un caos ininteligible. Un becerro, separado de su madre, mugía sin cesar; por entre la multitud, unos perros, grifones negros y enormes perros de aguas de amarillenta pelambre, salían de estampía al verse atropellados o con una pata rota; además, en los escasos espacios de repentinos silencios, no se oía más que el vuelo de una manada de cuervos, revoloteando, asustados por el ruido y graznando hacia la cumbre del campanario. Por otra parte, dominando el cálido olor que exhalaban las bestias, percibíase el todavía más violento de casco quemado, una peste horrorosa procedente de una herrería vecina, donde los campesinos aprovechaban la ocasión del mercado para herrar sus caballos.

—¡Trescientos! ¿Se decide usted? —repitió Buteau, sin dar muestras de cansancio y acercándose de nuevo a la campesina.

—No, trescientos cincuenta.

Entonces, como sea que apareciese otro comprador que se había puesto a regatear lo mismo que él, Buteau cogió la vaca por las quijadas y la forzó a abrir la boca para examinarle los dientes. Luego se apartó haciendo una mueca. En aquel preciso momento, el animal se había puesto a estercolar, y las boñigas caían blandas; Buteau siguió con los ojos la escena mientras acentuaba su mueca. El comprador, un hombre alto y paliducho, impresionado, se alejó.

—No la quiero a ningún precio —dijo Buteau—. Tiene la sangre alterada.

Esta vez la vendedora cometió la torpeza de enfadarse; que era precisamente lo que él buscaba; le trató suciamente y él contestó con una oleada de indecencias. La gente se arremolinaba y reía a su alrededor. Detrás de la mujer, el marido seguía sin hacer el menor movimiento; pero acabó por tocarla con el codo y ella gritó bruscamente:

—¿La quiere por trescientos veinte francos?

—No, trescientos.

Y se iba de nuevo, cuando, con voz estrangulada, la campesina le llamó.

—¡Está bien, condenado, llévesela!... Pero le juro por lo más sagrado que si se hicieran dos veces las cosas, antes que venderle nada preferiría abofetearle.

La mujer estaba fuera de sí, temblando de furia. Él, en cambio, reía alegremente y no hacía más que contestar con galanterías, ofreciendo pagar el resto acostándose con ella.

A todo esto, Lise se había aproximado. Se llevó aparte a la campesina y le dio sus trescientos francos detrás del tronco de un árbol. Françoise había cogido ya por la cuerda a la vaca, pero fue preciso que Jean empujase al animal por detrás, pues se negaba a arrancar. Hacía dos horas que permanecían de pie, pero Rose y Fanny habían estado esperando el desenlace, silenciosas, sin experimentar cansancio alguno. Por último, cuando se disponían a partir, tuvieron que buscar a Buteau, que había desaparecido, y al que por fin encontraron dando golpecitos en el vientre al vendedor de cerdos. Acababa de conseguir su lechón por veinte francos; y, para pagar, empezó por contar el dinero sin sacarlo del bolsillo, y no salió del mismo sino la suma exacta, que volvió a contar después en su puño medio cerrado. A continuación hubo que sudar tinta hasta conseguir meter al cerdito, como él quería, en el fondo de un saco que había traído bajo la blusa. La tela del saco, que no era muy resistente, terminó por romperse, y por las aberturas salieron entonces las patas del animal y el hocico. No obstante, así se lo echó al hombro y se lo llevó consigo, mientras el animalito se agitaba lanzando atroces quejidos.

—Y ahora, Lise, ¿dónde están mis cien sueldos? —se atrevió a reclamar—. No cabe duda de que gané la apuesta.

Ella, creyendo que se trataba de una broma, se los dio, esperando que él no los aceptaría. Pero los cogió sin hacer remilgos, haciéndolos desaparecer en su bolsillo. Todos ellos se dirigieron entonces hacia el *Bon Laboureur*.

El mercado tocaba a su fin. El dinero relucía al sol, resonaba sobre las mesas de los taberneros. En el último minuto, todo se chalaneaba. En la esquina de la plaza de Saint-George, ya no quedaban más que algunas bestias que no habían llegado a venderse. Poco a poco la multitud se dirigía hacia la calle Grande, donde los vendedores de frutas y hortalizas desembarazaban la calzada, llevándose sus cestos vacíos. Lo mismo ocurría en el lugar destinado a las aves, donde ya no quedaba más que paja y plumas. Las tartanas empezaban a partir, y en las posadas se procedía al enganche de los caballos

que durante todo ese tiempo habían permanecido atados a las anillas de las aceras. Hacía todas las carreteras, por todas partes las rueda de los carruajes emprendían la huida, y las blusas azules aparecían hinchadas por el viento en medio de las sacudidas de la calzada.

Lengaigne pasó también al trote de su pequeño caballo negro, después de justificar su desplazamiento y su molestia comprando una guadaña. Macqueron y su hija Berthe seguían todavía entretenidos en las tiendas. En cuanto a la Frimat, regresaba a pie, y tan cargada como viniera, pues llevaba sus cestos llenos de estiércol de las caballerías, recogido durante el camino. En casa del farmacéutico de la calle Grande, y entre sus dorados ornamentos, Palmyre, de pie, rendida de fatiga, esperaba que le preparasen una poción para su hermano, que se encontraba enfermo desde hacía una semana, alguna droga indecente, que le hacía gastar veinte sueldos, de los cuarenta tan duramente ganados. Pero lo que hizo apresurar el paso cansino de las hijas de Mouche y de los suyos, fue el haber visto a Jesucristo, muy bebido y tambaleándose a lo largo de la calle. Creían saber que, aquel mismo día, había tomado dinero prestado, hipotecando su última pieza de tierra. Se iba riendo solo, y las monedas de cien sueldos tintineaban en sus grandes bolsillos.

Cuando llegaban por fin al *Bon Laboureur*, Buteau dijo simplemente con aire gentil:

—¿Entonces, se van ustedes?... Escucha, Lise, ¿y si te quedaras tú con tu hermana para comer un bocado?

Quedóse ella sorprendida, y como se volviese hacia Jean, entonces añadió:

—También puede quedarse Jean, tendré mucho gusto en ello.

Rose y Fanny cambiaron una mirada. Seguro que el muchacho llevaba su idea. Su rostro, la expresión de su cara, nunca contaba. ¡No importa! Lo mejor era no estorbar y dejar que las cosas siguieran su curso.

—Conformes —dijo Fanny—. Quedaros... Yo tengo que irme con la madre. Nos están esperando.

Françoise, que no había soltado la vaca, declaró secamente:

—Pues yo también me voy.

Y se puso testaruda. Se sentía molesta en la fonda y quería llevarse enseguida a su animal. No hubo más remedio que ceder, hasta tal punto se puso insoportable. En cuanto hubieron enganchado el caballo, la vaca fue atada detrás del carruaje, y las tres mujeres subieron a él.

Y solamente cuando hubo llegado ese último minuto, Rose, que esperaba una confesión de su hijo, se aventuró a preguntarle:

—¿No quieres que le diga nada a tu padre?

—No, nada —respondió Buteau.

La madre le miraba fijamente a los ojos e insistió:

—¿Eso quiere decir que no hay nada nuevo?

—Si algo nuevo hay, lo sabréis cuando tengáis que saberlo.

Fanny fustigó a su caballo, que partió al paso, en tanto que la vaca, detrás, se dejaba llevar, alargando el cuello. Y así fue como Lise se quedó sola, entre Buteau y Jean.

Al dar las seis, los tres se sentaron alrededor de una mesa, en una sala de la posada que daba al café. Buteau, sin que se llegara a saber si convidaba, había ido a la cocina para encargarse de una tortilla y un conejo. Durante ese tiempo, Lise había presionado a Jean para que se explicase, a fin de acabar de una vez y evitarse un nuevo paseo. Pero estaban acabando la tortilla e iban ya a emprenderla con el guisado de conejo, sin que el muchacho, violentado, hubiese dicho esta boca es mía. Por lo demás, el otro no parecía pensar gran cosa en todo ello. Comía con apetito, reía abriendo la boca de par en par y golpeaba con las rodillas por debajo de la mesa a su prima y al camarada, como gesto de buena amistad. Luego, hablando en un tono más serio, trataron de Rognes, del nuevo camino; y si no se pronunció una sola palabra acerca de la indemnización de quinientos francos ni sobre las plusvalías de los terrenos, aquellos conceptos pesaron a partir de entonces en el fondo de cuanto decían. Buteau volvió a sus bromas de siempre y brindó, al tiempo que, ostensiblemente, se reflejaba en sus grises ojos, como si desfilase por su mente con inaudita rapidez, la idea de un buen negocio; ese tercer lote convertido en ventajoso, aquella antigua novia, cuyo campo, al lado del suyo, casi había duplicado su valor.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Es qué no vamos a tomar café?

—¡Tres cafés! —pidió Jean.

Por espacio de una hora estuvieron bebiendo a sorbos y paladeando, hasta vaciar el garrafón de aguardiente, sin que Buteau dejara traslucir su pensamiento. Avanzaba y retrocedía, pareciendo vacilar, como si todavía estuviese regateando el precio de la vaca. En el fondo era asunto resuelto, pero necesitaba pensarlo detenidamente. De repente, se volvió hacia Lise y le dijo:

—¿Por qué no te trajiste contigo al niño?

Ella se echó a reír, comprendiendo que, por fin, habían llegado a la encrucijada; y le dio un manotazo, limitándose a responderle, contenta e indulgente:

—¡Ah! ¡Este cínico de Buteau!

Y eso fue todo. También él se puso a bromear. Lo del matrimonio estaba resuelto.

Jean, que hasta entonces se había sentido apurado, unió su regocijo al suyo, experimentando una sensación de alivio. Incluso acabó hablando y diciéndolo todo.

—Pues debes saber que hiciste muy bien en salir de tu indecisión, ya que me disponía a ocupar tu sitio.

—Sí, ya me contaron... ¡Oh! ¡En ese sentido estaba tranquilo! Seguro que, llegado el momento, me hubierais prevenido.

—¡Desde luego!... Tanto más, cuanto que, a causa del pequeñuelo, mejor es que seas tú el marido. Siempre pensamos así, ¿no es verdad, Lise?

—Siempre; ésa es la verdad.

Una expresión de ternura se esparcía por el rostro de los tres; fraternizaban entre sí, Jean sobre todo, sin sentir celos, asombrado él mismo en el fondo de estar impulsando aquel matrimonio; e hizo que trajeran cerveza, después de haber gritado Buteau que procedía beber algo. Con los codos apoyados sobre la mesa, y Lise entre los dos, su conversación giraba ahora sobre las últimas lluvias que habían torcido los trigos.

A todo esto, en la sala contigua, Jesucristo, sentado ante la misma mesa que un viejo campesino, borracho como él, armaba un escándalo fenomenal. Por otra parte, el resto de los concurrentes, vestidos con blusa, bebiendo, fumando y masticando, bajo el vapor sonrosado de las lámparas, no podían hablar sin hacerlo a voces; pero la voz de Jesucristo dominaba las demás, cobriza, ensordecedora. Jugaba a las cartas, y con motivo de la última tirada, acababa de estallar una riña entre él y su compañero, que sostenía haber ganado con aire de tranquila obstinación. Al parecer, sin embargo, estaba en un error. Aquello no acababa nunca. Jesucristo, furioso, llegó a gritar tan fuerte, que el patrón hubo de intervenir. Entonces se levantó, yendo de mesa en mesa con la terquedad del borracho, paseando sus cartas, para enseñar el triunfo de su jugada a los demás. Importunaba a todo el mundo. Y se puso a vociferar de nuevo, mientras se dirigía otra vez al viejo que, firme en su idea, aunque estuviera equivocado, permanecía impasible bajo la lluvia de injurias.

—¡Cobarde! ¡Haragán! ¡Levántate de ahí, que te voy a hacer migas!

Luego, repentinamente, Jesucristo volvió a sentarse frente al otro; y, calmado ya, le dijo:

—Mira, yo sé un juego... Pero hay que apostar, vamos, ¿te decides?

Había sacado del bolsillo un puñado de monedas de cien sueldos, quince o veinte, y las puso en un solo montón delante de él.

—Esto es lo que yo arriesgo... ¿Te juegas otro tanto?

El viejo, mostrando interés, sacó su bolsa sin decir una palabra e hizo con las monedas un montón de igual altura.

—Ahora yo cojo una moneda de tu montón. ¡Fíjate!

Cogió la moneda y, con toda seriedad, se la puso sobre la lengua; luego, haciendo un rápido movimiento con la garganta, se la tragó.

—Coge tu otra moneda de mi montón... El que consiga comerse más monedas del otro, se las queda. ¡En eso consiste el juego!

Con los ojos desmesuradamente abiertos, el viejo aceptó e hizo desaparecer en su garganta una primera moneda, aunque con dificultad. Tan sólo Jesucristo, sin cesar de gritar que no había necesidad de apresurarse, engullía los escudos como si fueran ciruelas pasas. A la quinta moneda, se elevó un fuerte rumor en el café, formándose un círculo alrededor, petrificado de admiración: ¡Ah, endemoniado! ¡Menudo gaznate debía tener, para deslizar así las monedas en la molleja! Estaba el viejo en trance de tragarse la cuarta pieza, cuando se desplomó, con el rostro morado, lanzando resoplidos que parecían estertores; y hubo incluso un momento en que se le creyó muerto. Jesucristo, en cambio, se había levantado de su asiento tan tranquilo y campante, sin dejar de bromear. Según sus cálculos, tenía diez monedas en su estómago, lo que significaba una ganancia de treinta francos.

Buteau, inquieto, temiendo llegar a verse comprometido si el viejo no salía de aquel mal apuro, había abandonado la mesa; y como sea que se pusiera a contemplar las paredes del local, sin hablar para nada de pagar, a pesar de ser él quien había invitado, Jean no tuvo más remedio que pedir la nota y pagar. Y eso acabó de alegrar a aquel desaprensivo y de exacerbar su buen humor. Ya en el patio, después de haber enganchado, cogió al camarada por los hombros.

—Ya sabes que contamos contigo. La boda tendrá lugar dentro de tres semanas... Estuve en casa del notario y firmé el acta; todos los papeles estarán en regla.

Y, haciendo subir a Lise en su coche, le dijo:

—¡Anda, te llevo!... Pasaré por Rognes, aunque tenga que dar un poco de vuelta.

Jean regresó solo en su carruaje. Encontraba aquello lo más natural del mundo, y les siguió. Cloyes dormía, había caído de nuevo en su mortecina paz; el pueblecito aparecía iluminado por las amarillentas reverberaciones de

las estrellas; y del bullicio del mercado, ya no se oía más que el retardado e incierto paso de un campesino borracho. Enseguida apareció la carretera, en la más completa oscuridad. Sin embargo, acabó por percibir a cierta distancia el otro carruaje, en el que viajaba el futuro matrimonio. Valía más que fuera así, era lo mejor que podía ocurrir. Y se puso a silbar animosamente, sintiéndose refrescado por el aire de la noche, libre de preocupaciones e invadido por cierto júbilo.

VII

HABÍA llegado de nuevo la época de la siega del heno, bajo un cielo azul muy caluroso, que sólo las brisas conseguían refrescar un poco. La boda había sido fijada para el día de San Juan, que aquel año caía en sábado.

Los Fouan habían recomendado insistentemente a Buteau que empezara las invitaciones por la Grande, la primogénita de la familia. Exigía consideraciones y miramientos, como reina rica y temida. Así pues, fue una tarde con Lise, los dos muy endomingados, para rogarle que asistiera a la boda, primero a la ceremonia y luego a la comida que debía tener lugar en casa de la recién casada.

La Grande estaba haciendo labor de punto, sola en su cocina; y sin retardar el juego de sus agujas, les miró fijamente y dejó que se explicaran, haciéndoles repetir dos y tres veces las mismas frases. Por fin, con su aguda y penetrante voz, les dijo:

—¿A la boda? ¡Ah! ¡No, desde luego que no!... ¿Qué queréis que haya yo en la boda?... Eso está bien para los que se divierten.

Habían visto colorearse su cara de pergamino ante la sola idea de aquella comilona que no iba a costarle nada; estaban seguros de que acabaría aceptando, pero las buenas costumbres exigían que antes se le rogase mucho.

—¡Pero, tía, no sea así! ¡No podemos prescindir de usted!

—No, no, todo ese bullicio no está hecho para mí. ¿Tengo acaso edad para ello? Ni siquiera tengo que ponerme. No sé que deciros, todo son gastos. Lo mismo se pasa no yendo a la boda.

Hubieron de repetir diez veces la invitación, hasta que acabó por decir en todo desabrido:

—Está bien, puesto que es preciso, iré. Pero conste que si me meto en todo ese jaleo es solamente por tratarse de vosotros.

Entonces, viendo que no se iban enseguida, plantose en su fuero interno un auténtico combate, pues, en tales circunstancias, la costumbre era ofrecer a los visitantes un vaso de vino. Decidiose al fin y bajó a la bodega, a pesar de

que allí mismo tenía una botella empezada. Pero obraba así porque, para tales ocasiones, conservaba los restos de un vino agriado, que no le era posible beber, tanta era su acidez, y al que designaba con el nombre de «aleja-importunos». Llenó dos vasos y contempló a su sobrino y a su sobrina con una mirada tan penetrante, que éstos no tuvieron más remedio que vaciarlos de un trago, sin hacer la menor mueca para no herir su amor propio. Cuando se despidieron de ella, su garganta les parecía exhalar fuego.

Aquella misma tarde, Buteau y Lise fueron a Roseblanche, para visitar a los Badeuil. Pero su visita coincidió con una aventura trágica que allí tenía lugar.

Charles se hallaba en su jardín, muy agitado. Una violenta emoción acaba sin duda de apoderarse de él, en el momento en que estaba podando un rosal trepador, pues tenía sus tijeras de podar en la mano y se veía la escalera apoyada en el muro. Se contuvo, sin embargo, y les hizo entrar en el salón, donde Élodie bordaba con su aire tranquilo y modesto.

—¡Ah! ¿De modo que os casáis dentro de ocho días? Me parece muy bien, hijos míos... Pero no va a ser posible asistir a la ceremonia, porque mi esposa está en Chartres y permanecerá allí durante una quincena.

Y levantó sus párpados, para lanzar una mirada hacia la joven.

—Sí, en las épocas de mucho trabajo, con ocasión de las grandes ferias, acude allí para echar una mano a su hija... Ya sabéis, el comercio es el comercio, y hay días en que la tienda está completamente llena. Aunque Estelle lleva bastante bien el negocio, su madre siempre le es muy útil, tanto más cuanto que nuestro yerno Vaucogne no interviene prácticamente en nada... Por otra parte, mi señora se muestra encantada volviendo a ver la casa. ¿Qué queréis? ¡Allí dejamos treinta años de nuestra existencia, y eso pesa mucho!

El viejo se mostraba cada vez más enternecido, sus ojos se humedecían, con la mirada imprecisa, puestos allí, en aquel pasado. Y, efectivamente, era cierto cuanto decía, su mujer sentía frecuentemente la nostalgia de la casita de la calle de los Juifs, desde el fondo de su burgués retiro, tan confortable, tan ricachón, lleno de flores, de pájaros y de sol. Cerrando los párpados, volvía a verse en el viejo Chartres, descendiendo por la ladera, desde la plaza de la catedral hasta las orillas del Eure. Llegada allí, enfilaba la calle de la Pil y la de Porte-Cendreuse; luego la calle de los Ecuyers, para acortar distancias, hasta bajar al Tertre del Pied-Plat; y, en el último escalón, el número 19, en la esquina de la calle de los Juifs con la de la Planche-aux-Carpes, aparecía en su mente, con su blanca fachada y sus verdes persianas siempre cerradas. Las

dos calles tenían un miserable aspecto, y, durante treinta años, había tenido ocasión de ver los tugurios y su sórdida clientela, así como los arroyuelos de agua sucia y maloliente que se formaban en la calzada. ¡Cuántas semanas, cuántos meses vividos allí, encerrada, sin salir siquiera al umbral de la puerta! Seguía estando orgullosa de los divanes y espejos del salón, de las ropas de cama y de la caoba de las habitaciones, de todo aquel lujo, en fin, de aquella seriedad confortable, creación suya, de su obra, a la cual debían su fortuna. Un desfallecimiento melancólico la embargaba cuando acudían a su memoria ciertos rincones íntimos, el persistente perfume de las aguas de tocador, aquel olor especial que se percibía en toda la casa y que había conservado en la piel como un lamento. Por todas esas razones esperaba ansiosamente que llegaran las épocas de acumulación de trabajo, y entonces partía rejuvenecida, contenta y alegre, después de haber recibido de su nieta dos prolongados besos, que ella prometía transmitir a la madre, aquella misma noche, en cuanto llegara a la confitería.

—¡Ah! ¡Qué contrariedad! ¡Qué contrariedad! —repetía Buteau, realmente disgustado ante la idea de que no podría contar con los Badeuil—. ¿Y si la prima escribiera a nuestra tía rogándole que viniera?

Élodie, que bordeaba ya los quince años, levantó su rostro de virgen, abotargado y clorótico, de escasos cabellos y sangre tan pobre, que el mismo aire libre del campo, en vez de mejorar, parecía haber empobrecido más aún.

—¡Oh! No —murmuró la joven—. La abuela me aseguró que por lo menos tenía para dos semanas, con eso de los bombones. Incluso prometió traerme una bolsa, si me portaba bien.

Tratábase de una mentira piadosa. Con motivo de cada viaje, se le traían cajitas de peladillas, que ella, ingenuamente, creía fabricadas en el establecimiento de sus padres.

—Pues bien —propuso por fin Lise—, aunque ella no esté, venga usted con la pequeña.

Pero Charles ya no escuchaba a nadie, sumido de nuevo en su fuerte agitación. No hacía más que acercarse a la ventana; parecía estar al acecho de alguien, mientras trataba de ahogar en su garganta una cólera pronta a estallar. Y, no pudiéndose contener más, despidió a la joven diciéndole:

—Vete a jugar un ratito, querida.

Luego, cuando la muchacha se hubo ido, habituada como estaba a marcharse cuando las personas mayores se ponían a conversar, el señor Badeuil plantose en medio de la habitación y cruzó los brazos, con un gesto

de indignación que hacía temblar su correcto semblante, graso y amarillento, de magistrado retirado.

—¡No sé si podréis creerlo! ¿Habrase visto jamás semejante abominación?... Me disponía a podar mi rosal, cojo la escalera, subo hasta el último escalón, me inclino maquinalmente hacia el otro lado del muro, e ¿imagináis lo que vi?... Pues a Honorine, sí, a mi criada Honorine, con un hombre encima, las piernas al aire y en trance de hacer porquerías... ¡Ah! ¡Los marranos, los muy puercos! ¡Al pie de mi tapia!

Sofocado, se puso a caminar de un lado a otro entre gestos y frases de maldición.

—La estoy esperando para echarla inmediatamente a la calle. ¡La bribona, la picara miserable!... No hay forma de que conservemos una. Enseguida quedan todas embarazadas. Parece como si ésa fuese la norma; al cabo de seis meses, empieza a hinchárseles el vientre y su presencia se hace imposible en casa de una familia honesta... ¡Y a ésta, para colmo, la encuentro en plena faena! ¡Decididamente, esto es el fin del mundo, la hecatombe no tiene límites!

Buteau y Lise, que permanecían atónitos oyéndole, compartieron su indignación por deferencia.

—Desde luego, no es una conducta muy limpia que digamos.

Sin cesar en sus gestos de indignación, Charles se había detenido de nuevo ante ellos.

—¡Imaginaos por un momento que Élodie se sube a esa escalera y descubre la escena! ¡Ella, tan inocente la pobre, que no sabe nada de nada y cuyos pensamientos incluso vigilamos!... ¡Es para echarse a temblar!... ¡Qué golpe, si mi esposa estuviese aquí!

Precisamente, en aquel instante, al tiempo que miraba distraídamente por la ventana, percibió a la niña que, obedeciendo sin duda a un instinto de curiosidad, tenía puesto el pie en el primer peldaño de la escalera. El abuelo se precipitó, gritando con voz angustioso, como si la hubiera visto al borde de un abismo.

—¡Élodie! ¡Élodie! ¡Baja de ahí, aléjate, por el amor de Dios!

Se le doblaban las piernas, y acabó dejándose caer en un sillón, mientras seguía despotricando sobre el libertinaje desvergonzado de las criadas. ¡Pues no había sorprendido en cierta ocasión a una de ellas, enseñándole a la pequeña cómo tenían el trasero las gallinas! ¡Bastantes quebraderos de cabeza tenía ya, cuando iban por la calle, tratando de evitarle los groseros atrevimientos de los campesinos y el cinismo de los animales! Acabaría

perdiendo las fuerzas, si ahora, dentro de su misma casa, hubiera de luchar con un foco constante de inmoralidad.

—Aquí la tenemos —dijo bruscamente—. Ahora veréis.

Hizo sonar la campanilla, y recibió a Honorine sentado, con semblante severo, después de haber recobrado mediante un esfuerzo su serenidad.

—Señorita, haga usted su maleta y lárguese inmediatamente. Le pagaré sus ocho días.

La criada, enclenque, delgaducha, con aire humilde y avergonzado, intentó explicarse, tartamudeando excusas.

—Es inútil; todo lo más que puedo hacer es no entregarla a las autoridades por atentado a la moral y a las buenas costumbres.

Entonces ella se sublevó.

—Escuche, ¿es que me he olvidado de pagar la estancia?

El viejo se levantó, irguiéndose, para echarla con un gesto soberano, con el dedo tendido hacia la puerta. Luego, cuando ya se hubo marchado, se desahogó brutalmente:

—¿Resulta concebible que semejante puta estuviera deshonrando mi casa?

—No, desde luego —repitieron complacientemente Lise y Buteau.

Y este último, añadió:

—Entonces, tío, quedamos en que vendrá a la boda con la pequeña, ¿no es eso?

Charles seguía tembloroso. Había ido a mirarse al espejo, como obedeciendo a un movimiento instintivo de inquietud, y volvía satisfecho de sí mismo.

—¿Adónde decís? ¡Ah! Sí, a vuestra boda... Me parece muy bien, hijos míos, eso de que os caséis... Contar conmigo, iré a la boda; pero no os prometo llevar a Élodie, porque, en una boda se dicen a veces cosas... ¡Vamos, la muy ramera! ¡Ya visteis cómo la planté de patitas en la calle! ¡Lo que es a mí no me fastidia ninguna de esas mujeres!... Hasta la vista; contad conmigo.

Los Delhomme, a cuya casa se dirigieron enseguida Buteau y Lise, aceptaron asimismo la invitación, después de los ruegos e insistencias de costumbre. De la familia ya no quedaba por invitar más que a Jesucristo. Pero la verdad era que su presencia se hacía insoportable, malquistado con todos, inventando los cuentos más sucios para rebajar a los suyos; y acabaron tomando la decisión de prescindir de él, aunque temblando de que se vengara haciéndoles alguna canallada.

Todo Rognes esperaba con ansia que llegara el día, pues constituyó un auténtico acontecimiento el que se celebrase aquel matrimonio por tanto tiempo diferido. Hourdequin, el alcalde, se tomó la molestia de asistir a la ceremonia; pero al ser invitado a la comida que iban a celebrar, no tuvo más remedio que excusarse, ya que aquella misma noche tenía que pasarla en Chartres, para asistir al día siguiente a la vista de una causa. No obstante, les prometió que iría Jacqueline, puesto que tenían la atención de invitarla a ella también. Por un momento pensaron invitar al abate Godard, para que hubiera personas de categoría. Pero, al tratar de hacerlo, ya desde las primeras palabras, el cura se sublevó porque fijaban la boda para el día de San Juan. Ese día había una solemne ceremonia religiosa en Bazoches-le-Doyen. ¿Cómo querían que estuviera en Rognes por la mañana? Entonces, las mujeres, Lise, Rose y Fanny pusieron en ello tanto empeño, aunque sin hablar de convidarle, que acabó por ceder; y vino efectivamente a mediodía, tan furioso, que celebró la misa de prisa y corriendo, lo que las dejó profundamente resentidas.

Por otra parte, después de muchas discusiones, se tomó la resolución de que el ágape sería muy sencillo, celebrándolo en familia, debido a la situación de la casada, cuya criatura pronto iba a cumplir tres años. No obstante, fueron al establecimiento del pastelero de Cloyes para encargarse una tarta y el postre, resignándose a invertir en ese postre cuanto les fue posible, para demostrar que sabían gastar el dinero cuando se presentaba la ocasión. Lo mismo que en el banquete de la primogénita de los Coquart, los granjeros de Saint-Just, habría un pastel descomunal, cremas, cuatro fuentes de dulces y pastelillos.

Y en la casa tendrían dispuesta una buena sopa de cocido, morcillas, cuatro pollos asados, cuatro conejos guisados, buey y ternera asados. Todo ello para una quincena de personas, aunque todavía no se sabía el número exacto.

Y si quedaba algo, al día siguiente lo acabarían.

El cielo, algo cubierto a primera hora de la mañana, se había aclarado después, y el día terminaba en medio de una atmósfera tibia y de una nitidez magnífica. La mesa había sido servida en el centro de la amplia cocina, enfrente del hogar y del horno, donde se asaban las carnes y hervían las ollas. Los fuegos encendidos caldeaban de tal manera la pieza, que fueron dejadas abiertas de par en par las dos ventanas y la puerta, a través de las cuales penetraba el agradable olor del heno recién segado.

Desde la víspera, las hijas de Mouche hicieron que les prestaran ayuda Rose y Fanny. A eso de las tres, se vivieron unos momentos de emoción

cuando apareció el carruaje del pastelero, que daba lugar a que se asomaran a la puerta las mujeres del pueblo. Inmediatamente colocaron el postre encima de la mesa, para que luciera. Precisamente en aquel momento llegaba la Grande, con alguna anticipación; se sentó, colocó el bastón entre sus rodillas y a partir de entonces ya no apartó su aviesa mirada de los manjares que tenía a la vista. ¿Cómo se permitían gastar tanto? Claro es que ella no había comido nada desde por la mañana, para poder tragar más por la noche.

Los hombres, Buteau, Jean, que le había servido de testigo, el viejo Fouan y Delhomme acompañado de su hijo Nénesse, todos de levita y pantalón negro, con sus sombreros de copa, que en ningún momento se quitaron, jugaban a la chita en el patio. El señor Badeuil llegó solo, pues la víspera había llevado de nuevo a Élodie al colegio de Châteaudun; y, aunque sin tomar parte en él, se interesó por el juego, e incluso se permitió juiciosas reflexiones acerca del mismo.

Pero a las seis, cuando ya todo se hallaba a punto, fue preciso esperar a Jacqueline. Las mujeres procedían a bajarse de nuevo las faldas, que antes se habían subido sujetándolas con alfileres para no ensuciarse en la cocina. Lise iba vestida de azul y Françoise de rosa, con trajes de seda de tonalidades escandalosas, pasados de moda, que Lambourdieu les había vendido por el doble de su valor, asegurándoles que constituían el último grito de París. La vieja Fouan se había puesto el vestido de popelín color violeta que desde hacía cuarenta años lucía en todas las bodas del pueblo, y Fanny, vestida de verde, llevaba encima todas sus joyas, su cadena y su reloj, un broche que tenía, anillos y pendientes. A cada minuto, una u otra de las mujeres salía de la casa y se acercaba a la esquina de la iglesia, para ver si llegaba la señora de la granja. Las carnes ya estaban asadas y la espesa sopa, que habían cometido el error de servir ya, se enfriaba en los platos. Un grito unánime surgió finalmente:

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!

El cabriolé hizo su aparición en aquel momento, y Jacqueline se apresuró a saltar del mismo. Estaba encantadora, pues había tenido la delicadeza y el buen gusto, como correspondía a su condición de mujer soltera y hermosa, de ponerse un sencillo vestido de cretona blanca con puntitos rojos, sin una sola joya, sin más adorno que unos pendientes de brillantes, regalo de Hourdequin, que en su día armó verdadero revuelo en las granjas de los alrededores. Pero todos quedaron sorprendidos cuando vieron que no despedía al criado que la había traído, una vez se le hubo ayudado a situar el vehículo en la cochera. Se trataba de Tron, una especie de gigante, de piel blanca y aspecto infantil.

Procedía del Perche, y prestaba sus servicios en la Borderie desde hacía quince días como mozo de corral.

—Tron se queda a comer con nosotros —dijo ella jovialmente—. Así luego me llevará de nuevo a casa.

En Beauce no eran muy estimados los del Perche; se los tenía por falsos y socarrones. Todos se interrogaron con la mirada: aquel muchachote tan alto y soso, ¿sería tal vez un nuevo amaño de la Cognette? Buteau, muy gentil, bastante contento y bromista desde primeras horas de la mañana, respondió:

—¡Pues claro que se queda! Basta que venga con usted.

Y habiendo hecho Lise indicación de que podían empezar, se sentaron precipitadamente a la mesa, entre una serie de empujones y gritos. Y como sea que faltasen tres sillas, fueron rápidamente a buscar dos taburetes con los asientos de paja medio hundidos, sobre los que fue colocada una tabla. Las cucharas empezaban ya a golpear firme en el fondo de los platos. La sopa estaba fría, cubierta de lagunas de grasa que se coagulaban. Pero eso no tenía ninguna importancia, y al viejo Fouan se le ocurrió de decir que ya volvería a calentarse cuando estuviera en el vientre, lo que originó una tempestad de risas. A partir de entonces aquello fue algo parecido al asalto a una plaza; nadie paraba de engullir: los pollos, los conejos y la carne fueron desfilando, para desaparecer casi instantáneamente, en medio de un ruido de mandíbulas espantoso. Muy sobrios cuando comían en su casa, no les importaba reventar de una indigestión cuando lo hacían en la de otro. La Grande se guardaba muy bien de hablar, para así poder engullir más, a un ritmo tal que recordaba una máquina de triturar; y causaba verdadero espanto ver lo que era capaz de ingerir aquel cuerpo seco de octogenaria, sin hincharse lo más mínimo. Había sido acordado, para mayor conveniencia y comodidad de todos, que Françoise y Fanny se ocuparían de servir la mesa, para que la recién casada no tuviera que levantarse; pero no había manera de que ésta se estuviera quieta, y abandonaba su silla a cada momento, se remangaba los brazos y se iba a vaciar un puchero o a sacar alguna cosa del asador. Bien pronto, por lo demás, la mesa entera intervino y se mezcló en todo, obrando cada uno según su iniciativa, de forma que siempre había alguien de pie, cortando pan o tratando de alcanzar alguna fuente. Buteau, que era el encargado de servir el vino, no daba abasto; para no perder el tiempo tapando y destapando botellas, habían tenido buen cuidado de colocar cerca de él un tonel horadado; pero como no le dejaban comer en paz, fue preciso que Jean le relevase y fuera llenando a su vez las botellas. Delhomme, cómodamente sentado, declaraba muy seriamente que necesitaba tomar algo líquido como único medio de no

sofocarse. Cuando trajeron la tarta, tan ancha como una rueda de carro, hubo un recogimiento general, pues los rellenos que contenía impresionaban de veras. El señor Badeuil llevó entonces su delicadeza hasta el extremo de jurar por su honor que jamás había visto en Charres una tan hermosa. De repente, el viejo Fouan, que estaba también muy en vena, hizo otro comentario.

—¡Si le colocaran a uno eso en el trasero, pronto se le curarían las almorranas!

Los comensales se retorcían de risa, Jacqueline sobre todo, a quien se le saltaban las lágrimas de los ojos. Todo era querer hablar también ella, pero sus intenciones acababan en simples balbuceos y la risa estridente ahogaba en flor sus palabras.

Los recién casados habían sido colocados uno frente al otro; Buteau entre su madre y la Grande; Lise entre el viejo Fouan y el señor Badeuil. Los otros convidados se situaron a su gusto. Jacqueline al lado de Tron, que se la comía con sus ojos, dulces y estúpidos, y Jean cerca de Françoise, separado de ella únicamente por el pequeño Jules, que ambos se habían comprometido a cuidar; pero, en cuanto la criatura se puso a comer la tarta, enseguida se sintió indigesto y fue preciso que la recién casada fuese a acostar al hijo. Y así fue como Jean y Françoise acabaron comiendo uno al lado del otro. Ella estaba excitadísima, muy sonrojada por el fuego de la cocina y rendida además de fatiga. Él, amable y solícito, trataba de evitar que se levantara, procurando sustituirla en cuantos menesteres podía; pero ella se escapaba, pues Buteau la traía de cabeza desde que se sentara a la mesa, ya que, en vez de mostrarse gentil con la muchacha, como hasta entonces, no hacía más que meterse con ella. Siempre que pasaba por su lado la pellizcaba, y la joven le largaba un cachete, furiosa; seguidamente, volvía a levantarse con cualquier pretexto, para que la pellizcase una vez más y tener así motivo para arrearle un nuevo cachete. La muchacha se quejaba de tener ya los muslos completamente amoratados.

—¡Estate quieta de una vez! ¡No te muevas! —repetía Jean.

—¡Oh! No —gritaba ella—. Es preciso que no se haga ilusiones de que va a comportarse conmigo como si fuera mi esposo, porque lo sea de mi hermana.

Al hacerse de noche, encendieron seis velas. Estaban comiendo desde hacía tres horas, cuando, finalmente, a eso de las diez, llegaron a los postres. Luego tomaron café, pero no una taza o dos, sino directamente del recipiente y sin dejarlo un momento. Las risas y bromas picantes se fueron acentuando: el café excitaba los nervios, constituía un remedio excelente para los hombres

que dormían demasiado; y cada vez que uno de los convidados casados tomaba un trago, se armaba una juerga a su alrededor.

—Estoy convencida de que haces muy bien bebiendo —dijo Fanny a Delhomme, en medio de grandes risas, saliéndose de su habitual reserva.

Delhomme se puso colorado, y alegó pausadamente como excusa el exceso de trabajo, mientras su hijo Nénesse, con la boca abierta de par en par, parecía ir a reventar de risa, en medio de la explosión de gritos y golpes en las rodillas que había producido aquella confidencia conyugal. Por lo demás, el rapaz había comido tanto, que ya no cabía en su pellejo. Desapareció y ya no le volvieron a ver hasta el momento de marcharse, en que le encontraron tumbado entre las dos vacas.

Fue sin embargo la Grande quien aguantó por más tiempo. Todavía a medianoche estaba comiendo pastelillos con la silenciosa desesperación de no poderlos acabar. Habían sido lamidas las fuentes de cremas y barridas materialmente las migas de la enorme tarta. Y en el abandono producido por la creciente embriaguez, los corchetes de los corpiños habían sido soltados y desabrochados los botones de los pantalones; los comensales cambiaban de sitio y se charlaba en pequeños grupos alrededor de la mesa, salpicada de enormes manchas desgrasa y chorreando vino. Los ensayos de cantos no habían tenido éxito y sólo la vieja Rose, con la cara abotargada, seguía tarareando una cancioncilla indecente del siglo pasado, reminiscencias de su juventud, cuyo compás marcaba con movimientos de cabeza. Por otra parte, eran pocos para bailar, y además los hombres preferían seguir vaciando litros de aguardiente y fumando sus pipas, con las que golpeaban en la mesa para vaciar los residuos. En un rincón, Fanny y Delhomme se dedicaban a calcular al céntimo delante de Jean y de Tron, cuál iba a ser la posición económica de los recién casados y en qué consistían sus esperanzas: el cálculo en cuestión se hacía interminable, pues cada centímetro de tierra era tenido en cuenta; conocían todas las fortunas de Rognes, incluso las sumas a que pudieran ascender los diversos lotes de ropa blanca. En el otro extremo, Jacqueline había sabido captarse al señor Badeuil, a quien contemplaba con una sonrisa irresistible, con sus hermosos y perversos ojos encendidos de curiosidad. Todo era interrogarle:

—¿Entonces es divertido Chartres? ¿Puede una pasarlo bien allí?

Él respondía haciéndole un elogio del cinturón de la ciudad, de los paseos plantados de viejos árboles que hacen de Chartres un cobijo de sombras. Por la parte baja sobre todo, a lo largo del Eure, los paseos eran muy frescos en verano. Tenían luego la catedral, extendiéndose en la descripción de la misma

como hombre enterado y respetuoso con la religión. Sí, uno de los más hermosos monumentos, tal vez excesivamente grande para esta época de malos cristianos, casi siempre vacía en medio de su plaza también desierta y sólo atravesada por sombras de devotas en los días laborables de la semana; y esa sensación de tristeza ante lo que daba la impresión de ser una gran obra en ruinas y abandonada, la había experimentado él un domingo en que se decidiera a entrar, al pasar por allí, a la hora de vísperas: allí tiritaba uno; apenas se veía a causa de las vidrieras, hasta el punto de que tuvo que habituarse a la oscuridad para llegar a distinguir las niñas de dos colegios, perdidas por allí como un puñado de hormigas, cantando con voz aguda de flautín, bajo las bóvedas. ¡Ah! ¡Verdaderamente aquello oprimía el corazón! ¡Parecía imposible que se abandonasen de aquel modo las iglesias, para meterse en las tabernas y lugares de recreo!

Jacqueline, asombrada, le seguía mirando fijamente, sin dejar de sonreír; y acabó por murmurar:

—Pero, dígame, las mujeres en Chartres...

Él, comprendiendo la insinuación, empezó por ponerse serio, pero acabó por expansionarse, influido por la embriaguez general. Ella, muy sonrojada, temblorosa y risueña, se acercaba a él como para penetrar mejor en ese misterio de soportar un galope de hombres todas las noches. Pero aquello no era lo que ella creía, pues su contertulio se limitaba a contarle lo duro que era el trabajo, dado que su embriaguez le había puesto melancólico y paternal. No obstante, luego se animó, cuando ella le dijo que se había entretenido en pasar, simplemente para ver, por delante de una casa de Châteaudun, en el cruce de las calles Davignon y Louiseau, una casita pequeña y deteriorada, con las persianas cerradas y medio podridas. Detrás, en un jardín mal conservado, una gruesa bola de cristal esmerilado reflejaba la fachada, en tanto que, frente al tragaluz del desván, convertido en palomar, volaban una serie de palomos arrullándose al sol. Aquel día unos niños estaban jugando en el umbral de la puerta, y se oían las voces de mando, por encima del muro del vecino cuartel de caballería. Al escuchar aquello, trató de interrumpirla, sintiéndose cada vez más excitado. ¡Sí, sí, conocía aquel lugar: mujeres feas, desagradables y derrengadas, y donde ni siquiera había espejos en los bajos! Se trataba precisamente de uno de esos antros que deshonoran el oficio.

—Pero ¿qué quiere usted que se haga en una simple subprefectura? —dijo finalmente, calmado ya y como cediendo a una filosofía de tolerancia propia de hombre superior.

Era la una de la madrugada, y se habló de irse a dormir. Cuando antes de casarse ya habían tenido un hijo, resultaban tontos los remilgos, ¿no es cierto? Era cuestión de meterse entre las sábanas y nada más. Otra cosa hubiera sido hacer comedia, algo así como tomar mostaza después de comer. Lo mejor era beber todavía una copa más y darse las buenas noches.

En aquel momento, Lise y Fanny dieron un grito. Por la ventana abierta, alguna mano invisible acababa de lanzar un puñado de estiércol, una descarga de excremento de animal recogido al pie del seto; y los vestidos de todas aquellas señoras quedaron hechos una porquería, salpicados de arriba abajo. ¿Quién era el puerco que había hecho aquello? Salieron a toda prisa y buscaron por todas partes, no sólo en el camino, sino también detrás de la tapia; pero no vieron a nadie. Por lo demás, todos se mostraron de acuerdo: se trataba de Jesucristo, que se vengaba por no haber sido invitado.

Los Fouan y los Delhomme se fueron, y el señor Badeuil también. La Grande no hacía más que dar vueltas a la mesa para ver si quedaba algo en algún rincón, y se decidió a irse, después de haber dicho a Jean que los Buteau acabarían arruinados y durmiendo sobre la paja. Por el camino, mientras los otros, borrachos, iban dando tumbos por entre las piedras, se oyó el paso duro y firme de la vieja al alejarse, al compás de los regulares golpecitos que daba con su bastón.

Después de haber enganchado Tron el caballo al cabriolé Jacqueline, con un pie ya en el estribo, se volvió.

—¿Viene con nosotros, Jean?... —dijo—. No, ¿verdad?

El joven, que se disponía a subir, cambió de parecer, contento con dejarla al cuidado del compañero de trabajo. Estuvo contemplando cómo se apretaba contra el cuerpo de su nuevo galán, y no pudo por menos de echarse a reír cuando el coche desapareció. Pensó que lo más práctico sería regresar a pie, y fue a sentarse unos momentos sobre el banco de piedra que había en el patio, al lado de Françoise, que se había ido allí, aturdida por el calor y el cansancio, en espera de que todo el mundo acabara de marcharse. Los Buteau estaban ya en su alcoba, y ella había prometido dejarlo todo bien cerrado antes de acostarse.

Y de nuevo reinó el silencio de una paz soberana. La noche aparecía acribillada de estrellas, fresca, deliciosa. El olor del heno se expandía por doquier, ascendiendo tan penetrante de las praderas del Aigre, que embalsamaba el aire con un perfume de flor silvestre.

—Hace una hermosa noche —dijo finalmente Jean—. Alegra el corazón.

Al no responder ella, el joven se dio cuenta de que estaba dormida. Íbase deslizándose poco a poco al tiempo que se inclinaba sobre sus hombros. Y así permaneció él durante una hora todavía, soñando cosas confusas. Malos pensamientos invadieron su mente en algunos instantes, para luego disiparse. La muchacha era demasiado joven, y le parecía que, dejando pasar el tiempo, sólo ella envejecería para aproximarse a él.

—Escucha, Françoise, será mejor que te acuestes. Puedes resfriarte.

Al oírle, despertó sobresaltada.

—Sí, es verdad, se estaría mejor en la cama... Hasta la vista, Jean.

—Hasta la vista, Françoise.

TERCERA PARTE

I

POR fin, Buteau había conseguido hacerse con su parte, con aquella tierra tan ardientemente codiciada y que sin embargo había estado rehusando durante más de dos años y medio, obedeciendo sin duda a un impulso de rabia, mezcla de deseo, rencor y obstinación. Ni él mismo sabía por qué se había comportado tan tercamente, cuando en el fondo ardía en deseos de firmar la tan discutida acta, temiendo sin duda dejarse engañar y sin poder al mismo tiempo llegar a consolarse por el hecho de no ser él quien entrara en posesión de toda la herencia, es decir de los diecinueve arapendes de tierra, hoy mutilados y dispersos. Desde el momento en que hubo aceptado, experimentó la sensación de una gran pasión satisfecha, el brutal deleite que motiva la posesión; y existía algo que venía a incrementar ese goce: la idea de que tanto las hermanas como el hermano habían resultado defraudados, puesto que su lote valía más, ahora que el nuevo camino lindaba con esa pieza suya. Y no volvió a darse el caso de encontrarles sin aprovechar tal circunstancia para mofarse abiertamente, dándoselas de listo y diciendo mientras guiñaba el ojo:

—¡Como veis, supe daros gato por liebre!

Pero además eso no era todo. Triunfaba igualmente en lo referente a su matrimonio, por tanto tiempo diferido, en razón a las dos hectáreas aportadas por Lise, lindantes con su tierra. Ni siquiera se le ocurría pensar en la inevitable partición de aquella tierra entre las dos hermanas, o cuando menos lo remontaba en su mente a una fecha tan lejana, que para entonces confiaba haber encontrado la manera de burlar semejante obligación. Contando con la parte de Françoise, disponía de ocho arapendes de tierras de labor, cuatro de trigo y dos y media aproximadamente de viñedos. Estaba dispuesto a conservarlas, pues antes se dejaría cortar una mano que desprenderse de ellas, y desde luego jamás soltaría la parcela de los Cornailles, que daba al camino, cuya superficie actual era de cerca de tres hectáreas. Ninguno de sus hermanos tenía nada que pudiera parecersele; hablaba con los carrillos hinchados, reventando de orgullo.

Transcurrió un año, y ese primer año de posesión vino a significar para Buteau un auténtico disfrute. En ninguna otra época de su vida, cuando se veía obligado a trabajar para los demás, había cavado la tierra tan profunda y concienzudamente: la consideraba algo suyo, y penetraba en ella con fuerza, valiéndose de su arado, cuya reja relucía como la plata. En marzo rastrilló sus trigos y en abril sus avenas, redoblando su esmero y entregándose de lleno a ello. Y cuando las tierras no exigían su trabajo, volvía a ellas para verlas, como hubiera podido hacerlo cualquier enamorado. Daba un paseo por su alrededor, se agachaba y con su acostumbrado gesto cogía un puñado, uno de esos terrones jugosos que tanto gustaba exprimir, para luego volverlo a dejar resbalar entre sus dedos, contento y dichoso sobre todo, si no la encontraba demasiado seca ni demasiado húmeda, olfateando aquel pan en ciernes.

De esa forma, en su continua presencia, teniéndole siempre a la expectativa, la Beauce fue desplegando su verdor, de noviembre a julio, a partir del momento en que aparecieron las primeras puntas verdes, hasta aquél en que los altos tallos amarilleaban ya. Sin salir de su casa, podía contemplar ansioso aquel espectáculo, directamente, con sus propios ojos, pues había simplificado, quitándole los postigos, la ventana de la cocina, la de la parte de atrás, que daba a la llanura; y allí solía plantarse, contemplando extasiado diez leguas de la comarca, la inmensa sabana en toda su amplitud, completamente desnuda bajo la redondez del cielo. Ni un solo árbol, nada que no fueran los postes de telégrafos situados en la carretera de Châteaudun a Orleans, formando una línea recta, hasta perderse de vista. Para empezar, en los grandes cuadriláteros de tierra parda, sólo pudo observarse, a ras del suelo, una ligera sombra verdosa apenas perceptible. Después, ese verde suave y tierno se fue acentuando hasta formar lienzos de terciopelo verde de un tono casi uniforme. Más adelante, aquellas briznas fueron creciendo y espesándose, cada planta adquirió su matiz, y entonces pudo distinguir desde lejos el verde amarillo del trigo, el verde azulado de la avena y el verde gris del centeno, piezas de tierra en número infinito distribuidas en todos los sentidos y por entre las placas rojas de los encarnados tréboles. Era la estación del año en que la Beauce se ofrece con toda la belleza de su juventud, vestida de primavera, unida y fresca a los ojos del espectador dentro de su monotonía característica. Los tallos crecieron más aún, y entonces aquello pareció más bien el mar, un mar de cereales, revuelto, profundo, sin linderos. Cuando hacía buen tiempo, en las primeras horas de la mañana, una sonrosada neblina envolvía el panorama. Luego, a medida que el sol avanzaba, en medio de la límpida atmósfera, soplabla una ligera brisa a intervalos regulares, cruzando

los campos con una especie de marejada que partía del horizonte y se prolongaba después para ir a morir al otro extremo. Entonces se producía un movimiento de oscilación que hacía palidecer los distintos tonos, los mueres tornasolados del color oro viejo corrían a lo largo de los trigos, la avenas adquirían un tono azulado, en tanto que los temblorosos centenos ofrecían a la vista reflejos violáceos. De modo continuo, una ondulación sucedía a la otra; el eterno flujo se abatía sobre los campos bajo aquel viento de lontananza. Cuando caía la tarde, las fachadas de las casas que se veían a lo lejos, vivamente iluminadas, eran como velas blancas, y emergían los campanarios como plantando sus mástiles tras los pliegues del terreno. Hacía frío, las tinieblas aumentaban aquella sensación húmeda y susurrante que se vive en alta mar; un bosque lejano iba desvaneciéndose rápidamente, semejando la mancha perdida de un continente.

Durante el mal tiempo, Buteau contemplaba también aquella Beauce abierta a sus pies, lo mismo que el pescador observa desde su acantilado el enfurecido mar, la tempestad desatada que le roba su pan. Desde allí tuvo ocasión de ver una violenta tormenta, un nublado muy oscuro que proyectó sobre la llanura un reflejo lívido y plomizo, y cómo los deslumbrantes relámpagos producían la impresión de querer encender la punta de las hierbas en medio de sonoros truenos. Vio asimismo acercarse desde más de seis leguas una tromba de agua, al principio en forma de nube estrecha de color leonado, retorcida como una cuerda, convertida luego en una masa aullante avanzando al galope de un monstruo, y finalmente, tras todo eso, el despanzurramiento de las cosechas, una huella de tres kilómetros de anchura, todo pateado, roto, arrasado. Sus tierras no habían sufrido, lamentaba sólo el desastre que afectaba a los demás, aunque no sin experimentar en su interior una sensación de gozo y alegría. El islote gris de una aldea había desaparecido ya en el horizonte, detrás del nivel creciente que a la vista presentaban los verdes. Ya no era posible divisar más que las techumbres de la Borderie, las cuales, con el tiempo, quedaron también sumergidas. Un molino, con sus aspas, permaneció solitario, como unas ruinas. Trigo por todas partes, un mar de trigo invasor, desbordante, cubriendo la tierra con la inmensidad de su verdor.

—¡Ah! ¡Bendito sea Dios! —decía él cada tarde al sentarse a la mesa—. ¡Si el verano no resulta demasiado seco, nos sobrará pan!

En casa de los Buteau habían procedido a instalarse, los esposos se habían quedado con la alcoba grande de abajo, y Françoise había tenido que contentarse con la pequeña habitación del padre que existía en el piso de

arriba, una vez limpia, provista de una cama sencilla y amueblada con una vieja cómoda, una mesa y dos sillas. Ella era quien se ocupaba de las vacas, llevando la vida de siempre. En medio de aquella paz, un motivo de discordia parecía dormitar sin embargo, el de la partición de la herencia entre las dos hermanas, que había sido dejada en suspenso. Al día siguiente de la boda de la hermana mayor, el viejo Fouan, tutor de la pequeña, había insistido en que la partición tuviera lugar, con el fin de evitarse disgustos más adelante. Pero Buteau se había puesto a gritar. ¿Qué necesidad había? Françoise era todavía demasiado joven y para nada necesitaba su tierra. ¿Había cambiado nada su vida? Estaba junto a su hermana, lo mismo que antes, y se la alimentaba y vestía; en fin, que no podía tener ninguna queja. A todos esos argumentos, el viejo contestaba meneando la cabeza. Nunca se sabía lo que podía llegar a ocurrir, y lo mejor era poner las cosas en regla; la propia joven insistía, pues deseaba saber lo que le correspondía, aunque dispuesta en todo caso a dejar su parte al cuidado del cuñado. Pero fue éste el que acabó saliéndose con la suya, debido a su aparente ingenua tozudez y a su burlona obstinación. No se habló más de ello, y por todas partes, a todas horas, recalcaba él la alegría que significaba el vivir así amistosamente, como familia bien avenida.

—¡Es preciso llevarse bien, no conozco otro procedimiento!

En efecto, durante los diez primeros meses no había surgido allí la menor disputa entre las dos hermanas, ni tampoco en el matrimonio, las cosas se fueron torciendo lentamente. Ahora nadie las veía ya cogidas por la cintura, envueltas en el mismo chal, paseándose al caer la noche. Se hallaban distanciadas, y entre ellas reinaba una evidente frialdad, que parecía ir en aumento. Desde que un hombre apareciera por allí, Françoise tenía la impresión que le estaban robando a su hermana. Ella que antes compartía todo con Lise, no podía hacerlo con aquel hombre, que había venido a constituir la cosa extraña, el obstáculo que le cerraba el paso a un corazón, el de su hermana, en el que antes vivía sola. Se marchaba sin besar a su hermana, cuando Buteau la había besado primero, asqueada y ofendida, como si alguien se hubiera atrevido a beber en su propio vaso. En materia de dominio, Françoise conservaba sus ideas de niña, poniendo en ello una pasión extraordinaria: el consabido «esto es mío», «esto es tuyo»; y puesto que su hermana era ya de otro, ella estaba conforme en admitirlo, pero quería lo que era suyo, la mitad de la tierra y de la casa.

En aquella actitud colérica de Françoise, existía otro motivo que ella misma no hubiera sabido explicar. Hasta entonces, helada por la viudedad del tío Mouche, la casa, en la que el amor se hallaba ausente, no había tenido para

ella ningún soplo turbador. Y, mira por donde ahora había venido a habitarla un macho, un macho brutal, acostumbrado a remangar a las mujeres en el fondo de las zanjas y cuyas juergas hacían temblar las paredes de las casas y penetraban a través de las grietas de los artesanados. Estaba enterada de todos los misterio de la naturaleza por cuanto había visto en las bestias, y se sentía disgustada, exasperada. Durante el día prefería salir, para que así pudieran hacer sus cochinadas a gusto. Por la noche, si veía que empezaban a reírse cuando se levantaban de la mesa, les gritaba que esperasen cuanto menos a que acabara de limpiar los platos. Y subía a toda prisa a su habitación, cerraba violentamente las puertas y empezaba a balbucear insultos. ¡Puercos, más que puercos! A pesar de todo, creía oír todavía lo que estaba ocurriendo en el piso de abajo. Con la cabeza hundida en la almohada, cubriéndole la sábana hasta los ojos, ardía de fiebre, con el oído y la vista plagados de alucinaciones, sufriendo los trastornos de su pubertad.

Lo peor era que Buteau, viéndola tan preocupada con todas esas cosas, no cesaba de gastarle bromas picantes. Vamos a ver, ¿cual sería su reacción? ¿Qué se le ocurriría decir cuando se encontrara en el apuro? También Lise compartía las risas y bromas de su marido, por no encontrar en ello ningún mal. Y él explicaba entonces su punto de vista sobre la fruslería: puesto que Dios había concedido a cada uno de sus seres aquel placer que no costaba nada, tenía que estar autorizado disfrutarlo a más no poder. ¡Pero nada de engendrar hijos! Para eso no ¡eh! ¡Pues no faltaba más! Demasiados eran ya los que se traían a este mundo cuando no se estaba casado, por simple estupidez. Ése era el caso de Jules, una endemoniada sorpresa que no había quedado otro remedio que aceptar. Pero cuando se estaba casado, se obraba con mayor cordura y seriedad, y antes se dejaría capar como un gato que engendrar otro hijo. ¡Gracias! ¡Para que hubiera una nueva boca en la casa, cuando ya el pan desaparecía que daba gusto! Por eso procuraba abrir el ojo en lo tocante a su mujer, diciendo que, como en el campo, su labor era dura y tenaz, pero que aquí se libraría muy bien de echar la simiente. Tratándose del trigo, sí, ¡tanto como el hinchado vientre de la tierra pudiera soltar! Pero, en cuanto atañe a criaturas, punto final. ¡Eso jamás!

Y, en medio de aquel continuo reguero de detalles, de la serie de metáforas que utilizaba y de cuantas cosas oía a su alrededor, la turbación de Françoise iba en aumento. Se pretendía que su carácter estaba cambiando, e imparcialmente apreciadas sus reacciones, así era en efecto, pues continuamente se hallaba afectada por malos humores inexplicables, con constantes alternativas que la hacían aparecer, primero alegre, juvenil, y

luego, sin saberse el por qué, triste, arisca e incluso malvada. Por la mañana, seguía a Buteau con sombría mirada, cuando, sin mostrar preocupación alguna por ello, atravesaba la cocina medio desnudo. Entre ella y su hermana habían tenido lugar riñas, sin más fundamento que simples sutilezas, por una taza que acabara de romper, pongamos por caso. ¿No era suya también, la mitad cuando menos? ¿No estaba en sus manos romper la mitad de todo, si tenía ese capricho? Tratándose del derecho de propiedad sobre algo, las disputas adquirirían un tono más que agudo, y dejaban además un rastro de rencor para varios días.

Por aquella época, el propio Buteau se convirtió en un ser de execrable humor. La tierra experimentaba una terrible sequía, pues desde hacía seis semanas no había caído ni una sola gota de agua; y cuando regresaba a casa, lo hacía con los puños apretados, como enfermo al ver que las cosechas comprometidas, los centenos raquíuticos, las avenas escuchimizadas, y los trigos tostados antes de espigar. Padecía positivamente, igual que pudiera ocurrirles a los mismos trigos, y tenía el estómago encogido, los miembros sufriendo constantes calambres, se sentía disminuido, deshecho de malestar y de cólera. En tales circunstancias, una mañana, por vez primera, se las tuvo con Françoise. Hacía calor, y él se hallaba con la camisa abierta, los calzones desabrochados y a punto de resbalarle por las nalgas, después de haberse lavado en el pozo; y al sentarse para comer su sopa, Françoise, que le estaban sirviendo, le volvió por unos instantes la espalda. Finalmente, poniéndose muy colorada, exclamó:

—¿Por qué no te pones la camisa como es debido? Esto es repugnante.

Pero como Buteau estaba aquel día de mal talante, se dejó arrastrar por su mal humor.

—¡Maldita sea! ¿Acabaste ya de espulgarme?... Si te ofende tanto como dices, no mires... ¡Lo que ocurre es que te entran deseos de palpar, mocosa, más que mocosa!

Françoise se puso más encarnada todavía y empezó a murmurar palabras entrecortadas, mientras Lise cometía la indiscreción de añadir:

—Tiene razón, a fin de cuentas no haces más que darnos la lata... Si es que uno no va a poder desenvolverse en su casa con libertad, vete con viento fresco.

—Eso es lo que pienso hacer —contestó con rabia Françoise, que salió dando un portazo.

Pero, al día siguiente, Buteau ya se mostraba de nuevo amable, conciliador y bromista. Al llegar la noche, el cielo se había cubierto, y en

cuanto dieron las doce empezó a caer una lluvia fina, tibia, penetrante, una de esas lluvias de estío que reavivan los campos; Buteau había abierto la ventana que daba a la campiña, y allí estaba desde que amaneciera contemplando aquel agua, radiante, con las manos metidas en los bolsillos, repitiendo a cada instante:

—¡Podemos considerarnos ya burgueses, el Señor está trabajando por nosotros...! ¡Ah! ¡Cuánta delicia! Estos días de holgazanería valen más que aquellos otros en que te revientas a trabajar sin ningún provecho.

Lenta, suave, interminable, la lluvia no cesaba de caer; y él contemplaba absorto cómo bebía la Beauce, aquella Beauce sin ríos ni fuentes, tan alterada por las irregularidades de la naturaleza. Aquello venía a ser algo semejante a un gran murmullo, el ruido producido por un gorgoteo universal, de donde emanaba el bienestar. Todo absorbía y se mojaba, todo reverdecía con aquel aguacero. El trigo volvía a ofrecer un aspecto saludable de lozanía y juventud, tieso y firme, mostrando sus erguidas espigas, dispuestas a hincharse rebosando harina. Y él, al igual que la tierra y el trigo, bebía de aquel agua por todos sus poros, sintiéndose relajado, removido por aquel fresco, curado de todos sus males, volviendo a plantarse ante la ventana para gritar:

—¡Seguid, seguid, no dejéis de hacerlo!... ¡Son monedas de cien sueldos lo que está cayendo!

De repente, oyó que alguien abría la puerta; volvióse y tuvo la sorpresa de reconocer al viejo Fouan.

—¡Toma, pero si es el padre!... ¿Viene quizá de pescar ranas?

El viejo, en cuanto hubo terminado la lucha que sostenía con un gran paraguas azul que se negaba a cerrarse, entró en la habitación, dejando sus zuecos en el umbral.

—¡Vaya regadera! —dijo simplemente—. Buena falta hacía.

Desde que, hacía ya un año, la partición se convirtió en hecho definitivamente consumado, firmado y registrado, el buen hombre no tenía más que una sola ocupación: la de solazarse viendo sus antiguas tierras. Siempre se le encontraba rondando a su alrededor, mostrando interés por las mismas, triste o alegre según el estado de las cosechas, vociferando contra sus hijos, porque lo que tenía a la vista ya no era aquello ni mucho menos, y que si nada iba bien la culpa era de ellos. Y aquella lluvia también servía para reanimarle a él.

—¿A qué se debe la visita? —siguió diciendo Buteau—. ¿Se le ocurrió entrar cuando pasaba por aquí?

Françoise, que había permanecido muda hasta entonces, se adelantó para decirle resueltamente:

—No, fui yo quien rogó al tío que viniera.

Lise, de pie frente a la mesa, sobre la que estaba desgranando unos guisantes, dejó su faena y prestó atención, los brazos colgantes y el semblante súbitamente duro. Buteau, que había empezado por apretar los puños, recobraba su aire sonriente, resuelto a no mostrarse enfadado.

—Sí —explicó pausadamente el viejo—, la pequeña estuvo hablando conmigo ayer... ¿Veis como yo tenía razón al querer dejar las cosas arregladas desde el primer momento? A cada uno lo suyo, eso no produce desavenencias de ningún género; por el contrario, evita que surjan las riñas... Ahora ha llegado el momento de hacerlo para acabar de una vez. Está en su derecho al saber qué es lo que le corresponde en concreto, ¿no es eso? De no resolver las cosas de esa manera, yo sería el responsable... Señalemos, pues, una fecha para ir juntos a casa del señor Baillehache.

Pero Lise no pudo contenerse más.

—¿Por qué no llama a los gendarmes? ¡Cualquiera diría que la estamos robando!... ¿Acaso fui yo contando por ahí que la Pobrecita es una estaca pringosa, que no hay por donde cogerla?

Iba a contestar Françoise empleando el mismo tono, cuando Buteau, que la había agarrado por detrás como para jugar, exclamó:

—¡Todo eso no son más que tonterías!... A veces se soliviantan los ánimos, pero no por eso deja uno de quererse, ¿verdad? Tratándose de hermanas no existen cuestiones.

La joven se había soltado de una sacudida, e iba a reanudarse la discusión, cuando, al abrirse la puerta, surgió unánime una exclamación de alegría:

—¡Jean!... ¡Oh! ¡Viene hecho una sopa! ¡Un auténtico perro de aguas!

Jean, en efecto, que llegaba a pie de la granja, según solía hacerlo, no había hecho otra cosa que echarse un saco sobre los hombros para protegerse del aguacero; y estaba mojado de arriba a abajo, chorreando, desprendiendo vapor de humedad, pero sin dejar de sonreír como joven bonachón y alegre que era. Mientras se sacudía, Buteau de nuevo ante la ventana, sentíase cada vez más alegre ante aquella persistente lluvia.

—¡Oh! ¡Sigue cayendo y cayendo, es una bendición!... ¡Nadie lo creería! ¡Es tanta el agua que cae que parece el diluvio!

Luego, volviéndose, dijo a Jean:

—Tu llegada no puede ser más oportuna. Hace un instante esas dos se estaban peleando... Françoise quiere que se partan los bienes hereditarios

para abandonarnos.

—¡Cómo! ¡Esta rapazuela! —exclamó Jean sobrecogido.

Su deseo habíase convertido en violenta pasión oculta; no sentía más satisfacción que la de verla en aquella casa, donde era recibido como amigo. En más de veinte ocasiones la hubiese pedido en matrimonio, si no se hubiera considerado muy viejo para ella, que tan joven era; pero ya podía hartarse esperando, que los quince años de diferencia nunca desaparecerían. Nadie parecía haber llegado a sospechar que el joven pudiera soñar en ella, ni siquiera la propia interesada, y menos todavía su hermana y su cuñado. Por eso le recibía este último tan cordialmente, sin temor a las consecuencias.

—¡Rapazuela! Ésa es la verdadera palabra —dijo Buteau encogiéndose de hombros.

Pero Françoise, erguida, con la mirada puesta en el suelo, seguía en sus trece.

—Yo quiero mi parte.

—Sería lo más cuerdo —murmuró el viejo Fouan.

Jean, cogiéndola entonces suavemente por las muñecas, la atrajo hacia sus rodillas; y la mantenía así, con las manos temblando al contacto con su piel, mientras le hablaba con su agradable voz, que iba alterándose a medida que le suplicaba que se quedase. ¿Donde pensaba ir? ¿A vivir entre extraños, subordinada a otros, a Cloyes o a Châteaudun? ¿No se encontraba mejor en aquella casa donde se había criado, rodeada de gentes que la querían? La joven le escuchaba enterneciéndose a su vez, pues si bien no pensaba en él como se sueña con un novio, le obedecía gustosa de ordinario, mucho por amistad y un poco también por miedo, ya que le tenía por un hombre muy serio.

—Quiero mi parte —insistió ella una vez más, sintiéndose vacilar—; pero yo no he dicho que vaya a marcharme.

—¡Tonta, más que tonta! —exclamó Buteau—. ¿Qué piensas hacer con tu parte, si te quedas con nosotros? Lo tienes todo, lo mismo que tu hermana, igual que yo. ¿Por qué quieres la mitad?... ¡Es como para morirse de risa!... Escucha, el día que te cases haremos la partición.

Los ojos de Jean, fijos en ella, vacilaron visiblemente, como si su corazón hubiera desfallecido.

—¿Has comprendido? El día de tu matrimonio.

Ella no contestaba, se sentía oprimida.

—Y, ahora, mi pequeña Françoise, ve a dar un beso a tu hermana. Sería la mejor manera de acabar.

Lise, que todavía no era mala, en su alegría burguesa de comadre gordezuela y reposada, se echó a llorar cuando Françoise se colgó de su cuello. Buteau, encantado con haber dado largas al asunto, gritó alegremente que había que celebrarlo echando un trago. Trajo cinco vasos, destapó una botella y volvió enseguida a buscar otra. El curtido semblante del viejo Fouan se había sonrojado, mientras trataba de explicar que él sólo pretendía cumplir con una obligación. Bebieron todos, lo mismo las mujeres que los hombres, haciéndolo a la salud de los presentes.

—¡Buen vino! —gritó Buteau dejando ruidosamente el vaso sobre la mesa—. Todo lo que queráis pero no vale lo que el agua que está cayendo... ¡Mirad como cae, no cede un momento! ¡Que hermosura!

Y todos ellos, ante la ventana, llenos de regocijo, sumidos en una especie de éxtasis religioso, contemplaban caer aquella lluvia tibia, lenta, sin fin, como si estuvieran viendo crecer los verdes y codiciados trigos bajo aquel agua bienhechora.

II

AN día de aquel verano, la vieja Rose, que había estado delicada y cuyas piernas flaqueaban, mandó llamar a su sobrina Palmyre para que le limpiara la casa. Fouan había salido a hacer su acostumbrada ronda por los campos; y, mientras la pobre infeliz, de rodillas, chorreando agua, se reventaba fregando, la otra la seguía paso a paso, rumiando las dos las mismas historias.

Tratose al principio de lo desgraciada que era Palmyre, a quien su hermano Hilarion había dado en pegar. Sí, aquel inocente, aquel inválido se había vuelto malo; y como no tenía conciencia de su propia fuerza, temía que llegara a matarla con sus puños capaces de triturar piedras, cuando empezaba a arrearla de veras. Pero Palmyre no quería que nadie interviniera, y procuraba alejar a todo el mundo, logrando por si sola llegar a apaciguarle, sin valerse de más medios que la infinita ternura que hacía él sentía. La semana anterior había originado tal escándalo, que todo Rognes hablaba todavía de ello; fue enorme su resonancia, los vecinos acudieron presurosos y al llegar a la casa habían encontrado al inválido haciéndola objeto de toda clase de abominaciones.

—Dime, hija mía —preguntó Rose para provocar sus confidencias—, ¿quería quizá forzarte el muy bruto?

Palmyre, cesando de fregar, encogida sobre sus rodillas empapadas de agua, pareció enfadarse y tardó un momento en contestar.

—¿Qué les importaba eso a los demás? ¿Había alguna razón para que entraran en casa a fisgonear?... Allí no queremos a nadie.

—¡Bueno está! —siguió diciendo la vieja—. Ahora bien, si es cierto, como se dice, que dormís juntos, eso está muy mal.

Durante unos instantes, la desdichada permaneció muda, con semblante dolorido y como mirando a lo lejos; luego, agachándose de nuevo para reanudar su tarea, empezó a balbucear, cortando cada una de sus frases con el vaivén de sus delgaduchos brazos.

—¡Ah! ¿Muy mal, dice? ¿Acaso puede saberse?... El cura me mandó llamar para decirme que iríamos al infierno. No creo que se condene pobrecillo... Un inocente, señor cura, le respondí yo, un muchacho que no alcanza más allá de lo que pueda saber una criatura de tres semanas, que hubiera muerto si yo no le hubiese alimentado, y que de ninguna dicha ha gozado siendo lo que es... El castigo, pues, habrá de referirse a mí ¿no es eso? Y mis cosas sólo a mí incumben. El día que llegue a estrangularme en uno de esos arranques de rabia que ahora le dan, veremos si el buen Dios quiere perdonarme.

Rose, que sabía la verdad desde hacía tiempo, comprendiendo que no obtendría ningún nuevo detalle, concluyó con aire sentencioso:

—Cuando las cosas son de una manera, no lo son de otra... Pero no importa; no es vida esa que tú llevas, hija mía.

Y empezó a lamentarse diciendo que todo el mundo tenía sus propias desdichas. Ella y su marido habían quedado en la miseria desde que, obedeciendo al dictado de su corazón, se despojaron de cuanto tenían para darlo a los hijos. Y a partir de aquel instante su perorata ya no tuvo freno; se trataba del eterno tema de quejas y lamentos.

—¡Dios mío! Las consideraciones y miramientos acaban por desaparecer. Cuando los hijos son unos marranos, marranos son... ¡Si al menos pagaran la renta!...

Y explicó por enésima vez que sólo Delhomme les traía sus trimestres de cincuenta francos, y además con toda puntualidad. Buteau, que siempre acudía con retraso, trataba de cicatear en cada ocasión así, a pesar de que el último plazo había vencido hacía diez días, todavía no había pagado, aunque esperaba lo hiciese aquella misma tarde, según prometió él mismo. En cuanto a Jesucristo, la cuestión era mucho más sencilla; se limitaba a no dar nunca nada, jamás pudieron llegar a saber de qué color era su dinero. Y, por si eso fuese poco, ¿no había tenido la desfachatez de enviar aquella misma mañana a la Trouille, que se había puesto a lloriquear pidiéndoles prestados cien sueldos para hacer el puchero a su padre que estaba enfermo? ¡Ah! Todos sabían en qué consistía esa enfermedad; ¡un agujero sin fondo debajo de la nariz! Excusado es decir el recibimiento que tuvo aquella pordiosera, a quien encargaron dijera a su padre que si esa misma noche no traía sus cincuenta francos, enviarían un alguacil a por ellos.

—Se trata simplemente de asustarle, pues el pobre no es malo a pesar de todo —añadió Rose, que empezaba ya a enternecerse, debido a la predilección que sentía por su primogénito.

Al anochecer, cuando regresó Fouan para la cena, la vieja volvió a las andadas en cuanto se hubo sentado a la mesa, mientras él comía, con la cabeza baja, sin decir una sola palabra. ¡Dios mío! ¿Sería posible que de los seiscientos francos que les correspondían obtuviesen solamente los doscientos francos de Delhomme, apenas cien de Buteau y nada absolutamente de Jesucristo, lo que en total sumaba la mitad de la renta pactada? ¡Y los muy idiotas habían firmado todo eso ante notario, estaba pues escrito y garantido por la justicia! ¡Como se estaban burlando ellos de la justicia!

Palmyre que, sumida en la oscuridad, acababa de fregar la cocina, a cada una de aquellas quejas respondía siempre con la misma frase, como un estribillo de miseria.

—¡Ah! ¡Cada cual sufre sus males, hasta que revienta!

Por fin se decidía Rose a encender la luz, cuando entró la Grande con su labor de punto. Durante aquellas noches cortas apenas había velada; pero para no consumir siquiera la punta de una vela, iba a pasar unas horas a casa de su hermano, antes de acostarse luego a tuestas. Una vez dentro, se instaló enseguida, y Palmyre, que tenía todavía que fregar pucheros y cacerolas, no volvió a despegar los labios, sobrecogida ante la presencia de su abuela.

—Si necesitas agua caliente, hija mía —dijo Rose a esta última—, enciende el fuego.

Se contuvo un momento, esforzándose por hablar de otra cosa, ya que, delante de la Grande, los Fouan evitaban quejarse, sabiendo que disfrutaba cuando les oía decir en voz alta que habían sido despojados. Pero la pasión pudo más que ella.

—Puedes echar entero el haz de leña, si es que verdaderamente es leña lo que tienes ahí. ¡Simples ramitas muertas de los árboles, recortes de setos!... En verdad, es preciso que Fanny rastrille su leñera para enviarnos semejante podredumbre.

Fouan, que permanecía sentado a la mesa, ante un vaso lleno de vino, salió entonces del mutismo en que parecía querer encerrarse, exclamando:

—¡Válgame Dios! ¿Terminaste con tu haz de leña? ¡Ya sabemos que todo eso no es más que suciedad y miseria!... ¿Qué tendría que decir yo entonces de esta porquería de aguapié que Delhomme me envía como si fuese vino?

Levantó el vaso y lo contempló a la luz de la vela.

—¡No me lo explico! ¿Qué demonios hay ahí dentro? Esto ni siquiera son enjuagaduras de tonel... ¡Y ése aún es honrado! Los otros dos nos dejarían morir de sed antes que ir al río para traernos una botella de agua.

Finalmente, se decidió a beberse su vino de un trago. Pero enseguida lo escupió violentamente.

—¡Qué asco! ¡Esto es veneno! Quizás lo hace para que reviente antes.

A partir de aquel momento, Fouan y Rose dieron rienda suelta a su rencor, sin parar en mientes. Sus heridos corazones se solazaban alternando las letanías de sus recriminaciones, cada uno exponía sus quejas cuando le llegaba el turno. Por ejemplo, de los diez litros de leche por semana que habían convenido, no llegaba a sus manos más que seis y, además, si no pasaba por las bendiciones del cura, eso no era obstáculo para que estuviese bien bautizada. Algo parecido ocurría con los huevos, que debían recomendárselos especialmente a las gallinas, pues era imposible encontrar otros tan pequeños en el mercado de Cloyes; si, se trataba de un caso de verdadera curiosidad, y entregados por otra parte de tan mala gana que, durante el camino, tenían tiempo sobrado para echarse a perder. Por lo que se refiere a los quesos, Rose sufría terribles dolores de estómago cada vez que se atrevía a probarlos. La pobre mujer se apresuró a ir en busca de uno, empeñándose en que Palmyre comiera un trocito. ¿Qué le parecía? ¿No era horripilante aquello? ¿No clamaba venganza? Debían añadirles harina, aunque parecía más bien yeso. A continuación Fouan se lamentó de verse constreñido a no fumar más que un sueldo de tabaco por día; y, a renglón seguido, la esposa se quejó de su café negro, que había tenido que suprimir. Luego, los dos a la vez les acusaron de la muerte de su viejo perro inválido, al que tuvieron que ahogar la víspera, porque les resultaba demasiado caro el mantenerlo, dados los escasos medios de que disponían ahora.

—¡Les di cuanto tenía —gritó el viejo—, y los muy bandidos se mofan de mí!... ¡Ah! ¡Esto acabará matándonos, hasta tal punto nos produce rabia y coraje el vernos sumidos en semejante miseria!

Parecía que por fin habían terminado sus lamentaciones, cuando la Grande, que hasta aquel momento no había despegado los labios, les dirigió una mirada, al uno primero después a la otra, con sus abiertos ojos de pájaro perverso.

—¡Bien hecho! —se limitó a decir.

En aquel momento entró Buteau. Palmyre, que había terminado su trabajo, aprovechó la ocasión para escapar, con los quince sueldos que Rose acababa de ponerle en la mano. Y Buteau, de pie en medio de la habitación, se mantuvo inmóvil, observando ese prudente silencio del campesino que jamás quiere ser el primero en hablar. Así transcurrieron dos minutos, y al final fue el padre quien inició la conversación.

—Por lo visto te has decidido; así da gusto... Llevamos diez días esperándote.

El otro no hacía más que dar pasos de un lado para otro, contoneándose.

—Cuando se puede, se puede. Cada uno sabe en su casa el pan que se cuece.

—Posiblemente; pero enfocando así las cosas si eso durase mucho, mientras tú estarías comiendo pan, nosotros habríamos reventado... Firmaste un compromiso y debes cumplirlo puntualmente.

Al ver que su padre se enfadaba, Buteau empezó a bromear.

—Si lo que quieres darme a entender es que llego demasiado tarde, por mi parte estoy dispuesto a volverme... ¿No crees que es de caballeros pagar? Los hay que prescinden de ello.

Aquella alusión a Jesucristo inquietó a Rose, que se permitió tirar del faldón a su marido. Éste retuvo un gesto de cólera y añadió:

—Está bien, dame los cincuenta francos, ya tengo preparado el recibo.

Sin apresurarse, Buteau rebuscó en su bolsillo, mientras dirigía a la Grande una mirada de contrariedad, molesto con su presencia. Ella había abandonado su labor y le contemplaba con sus pupilas fijas, en espera de ver sacar el dinero. El padre y la madre también se habían aproximado, sin dejar de observar la mano del muchacho. Y, bajo aquellos tres pares de ojos, abiertos de par en par, Buteau se resignó a sacar una primera moneda de cien sueldos.

Las otras aparecieron después, aunque con ritmo cada vez más lento. También su voz parecía ir debilitándose. Después de la quinta, se detuvo y le fue preciso realizar una profunda búsqueda para encontrar una más; luego, con voz fortalecida y en un tono muy fuerte, prosiguió:

—¡Y seis!

Los Fouan continuaban esperando, pero nada nuevo ocurrió.

—¡Cómo! ¿Nada más que seis? —acabó diciendo el padre—. Son diez las que tienes que darme... ¿Pretendes burlarte de nosotros? ¡El trimestre último, cuarenta francos, y este treinta!

Buteau empezó inmediatamente a quejarse con voz lastimera. ¡Oh! Nada le salía bien. El precio del trigo había bajado más aún y las avenas estaban raquílicas. Hasta su caballo le daba quehacer, pues al hincharsele el vientre había tenido que llamar al veterinario en dos ocasiones. En fin, que aquello era la ruina, y ya no sabía cómo componérselas para salir adelante.

—Son cuestiones que no me afectan —repetía furiosamente el viejo—. Entrega los cincuenta francos o acudiré a la justicia.

No obstante, se apaciguó ante la idea de no aceptar las seis monedas más que en concepto de entrega a cuenta; y en consecuencia habló de modificar el recibo.

—Entonces me entregarás los veinte francos la semana próxima... Voy a hacerlo constar así en el papel.

Pero ya Buteau, con mano hábil, había vuelto a hacerse con el dinero que depositara sobre la mesa.

—¡No, no, eso sí que no!... Quiero quedar descargado de la deuda. Deje el recibo tal como está o me voy... ¡Bonita combinación! ¿Valdría la pena desprenderse de ese dinero, haciendo un esfuerzo inaudito, para seguir debiéndole?

La escena fue terrible; padre e hijo se obstinaban en su respectiva postura, repitiendo sin cansarse las mismas frases, exasperado el uno por no haberse metido rápidamente el dinero en el bolsillo, y el otroteniéndolo fuertemente cogido en su puño, resuelto a no soltarlo si no era a cambio del recibo. Por segunda vez, la madre dio un tirón a la chaqueta del marido, y este entonces cedió de nuevo.

—¡Toma! ¡Aquí tienes el papel, maldito ladrón! Debería hacértelo tragar de una bofetada... Venga el dinero.

El intercambio tuvo lugar de puño a puño; una vez acabada la escena, Buteau se echó a reír. Y se marchó alegre, satisfecho, dando las buenas noches a los suyos y a la compañía. Fouan se había sentado a la mesa con aire de agotamiento. Entonces, la Grande, antes de volver a emprender su labor de punto, se encogió de hombros y le espetó violentamente estas dos palabras:

—¡Bestia estúpida!

Se impuso un silencio y la puerta abrióse de nuevo para dar paso a Jesucristo. Advertido por la Trouille de que su hermano pagaba por la tarde, había estado al acecho en la carretera, esperando que saliese Buteau para presentarse a su vez. Su rostro reflejaba dulzura, sin duda afectado todavía por los restos de la embriaguez de la víspera. Ya desde el umbral de la puerta, su mirada se dirigió sobre las seis piezas de cien sueldos que Fouan había cometido la imprudencia de volver a colocar encima de la mesa.

—¡Oh! ¡Es Hyacinthe! —exclamó Rose, contenta con verle.

—Sí, soy yo... ¡Salud a todos!

Y se fue acercando, sin apartar la vista de las monedas, blancas, relucientes como lunas a la luz de la vela. El padre, que había vuelto la cabeza, al seguir la dirección de su mirada percibió el dinero en medio de un

sobresalto de inquietud. Con rápido movimiento colocó encima un plato para ocultarlo. ¡Era demasiado tarde!

—¡Bestia estúpida! —pensó para sus adentros, irritado por su propia negligencia—. La Grande tiene razón.

A continuación, con voz fuerte y brutal, dijo:

—Haces bien en venir a pagarnos, pues tan cierto como la vela que nos está alumbrando, que mañana mismo te enviaba el alguacil.

—Sí, ya me lo dijo la Trouille —gimió Jesucristo, muy humilde—. Si he venido es sólo porque imagino que ustedes no desean mi muerte, ¿verdad?... ¡Pagar, Dios mío! ¿Con qué pagar, cuando falta incluso el pan? Lo hemos vendido todo. ¡Oh! No bromeo, pueden venir a verlo con sus propios ojos, si creen que miento. Carecemos de sábanas con qué cubrirnos, ya no existen muebles, ni nada... Y además me encuentro enfermo.

Una risa burlona de incredulidad vino a interrumpirle. Pero sin hacerse eco de ello, continuó:

—Quizás no lo parezca, pero eso no es obstáculo para que sienta un malestar interno. Toso con frecuencia, la cabeza se me va... ¡Y cuando al menos se dispone de un buen caldo!... Pero si el puchero no existe, se siente uno realmente quebrantado; ésa es la pura verdad... Pueden estar seguros de que les pagaría si dispusiera de dinero. Díganme donde puedo encontrarlo, pues iré en su busca para pagarles y empezaré por hacer un cocido para mí. Hace más de quince días que no he visto la carne.

Rose empezaba a conmovirse, en tanto que Fouan se enfadaba más aún.

—Te lo bebiste todo, ¿no es eso holgazán? ¡Si no sirves para nada, tanto peor para ti! ¡Tierras magníficas que durante muchos años permanecieron en el seno de la familia, tú no supiste hacer otra cosa que hipotecarlas! Sí, hace meses que tú y la ramera de tu hija, os dais la gran vida, y si eso se acabó ya, ¡reventar de una vez!

Jesucristo no vaciló más y empezó a sollozar.

—Lo que está diciendo no es propio de un padre. Hace falta ser desnaturalizado para renegar de un hijo... Aunque no lo parezca, yo tengo buen corazón, y eso es precisamente lo que va a perderme... ¡Si no tuvieran dinero!... Pero puesto que lo tienen, ¿se rehúsa por ventura la limosna a un hijo?... Si les parece iré a mendigar a otra parte, quizá sea lo mejor.

Y, a cada frase, entrecortadas por el llanto, lanzaba miradas de reojo al plato, que hacían temblar al viejo. Luego, fingiendo ahogarse, no hizo más que lanzar gritos ensordecedores de persona a la que están degollando.

Rose, trastornada por completo, vencida por las lágrimas, juntó las manos para suplicar a Fouan:

—Vamos, hombre...

Pero éste, con gestos arrebatados, continuaba negándose todavía, y la interrumpió diciendo:

—No, no, se está mofando de nosotros... ¿Quieres callarte, animal? ¿Es qué tiene algún sentido dar esos alaridos? Acabarán viniendo los vecinos, conseguirás hacernos enfermar a todos.

Pero todas esas consideraciones no tuvieron más consecuencia que hacer redoblar los clamores del borracho, que empezó a berrear:

—Todavía no se lo dije... Mañana viene a casa el alguacil para embargar. Sí, con motivo de un pagaré que firmé a Lambourdiou... No soy más que un puerco, que no ha sabido hacer otra cosa que deshonorarles, y es preciso acabar de una vez. ¡Ah! ¡Cerdo de mí! Todo cuanto merezco es morir ahogado en el Aigre, tragando agua hasta que desaparezca toda clase de sed. ¡Si al menos dispusiera de treinta francos!...

Fouan, fatigado, vencido por aquella escena, acabó transigiendo con la cifra de treinta francos. Levantó el plato que cubría las monedas. ¿Para que disimular, si el muy bandido las veía y las contaba a través de la loza?

—Lo quieres todo. ¿Te parece eso razonable, Dios mío?... ¡Toma! ¡Estás acabando con nosotros, coge la mitad, lárgate y que no vuelva a verte!

Jesucristo, curado repentinamente de todos sus males, pareció consultar consigo mismo, para luego decir:

—Quince francos, no, es demasiado poco; con eso no resuelvo el asunto... Pongamos veinte, y les dejo.

Seguidamente, cuando ya tuvo en su poder las cuatro monedas de cien sueldos, les alegró a todos, contándoles el chasco que había dado a Bécu, simulando unas falsas cañas de pescar a orillas del Aigre, de modo que el guarda rural había caído al agua al quererlas retirar. Y se marchó finalmente, después de haberse hecho servir un vaso de aquel mal vino de Delhomme, a quien trató de sucio canalla por atreverse a dar a un padre semejante droga.

—De todas maneras, resulta simpático —dijo Rose en cuanto el hijo hubo cerrado la puerta.

Entretanto, la Grande se había puesto en pie, doblando su labor de punto, dispuesta a marcharse también. Contempló a su cuñada, y luego al hermano, con la mirada fija; y salió a su vez, después de gritarles, con voz que delataba una cólera contenida durante largo rato:

—¡Ni un céntimo, bestias estúpidas! ¡No me pidáis nunca un céntimo! ¡Jamás, jamás!

Una vez fuera se encontró con Buteau, que volvía de casa de Macqueron, asombrado de haber visto entrar a Jesucristo, muy alegre y resonándole los escudos en el bolsillo. Sospechaba vagamente lo ocurrido.

—¡Claro que sí! Ese canalla se lleva tu dinero —le dijo ella—. ¡Ah! ¡La de tragos que va a echarse burlándose a gritos de ti!

Buteau, fuera de sí, golpeó con los dos puños en la puerta de los Fouan. Si no llegan a abrírsele, la hunde de todos modos. Los dos viejos iban ya a acostarse, la madre se había quitado la cofia y estaba en enaguas, cayéndole por las sienes sus grises cabellos. Y, cuando por fin se decidieron a abrir, el hijo cayó atropelladamente sobre ellos, mientras gritaba con estrangulada voz:

—¡Mi dinero, mi dinero!

Los viejos sintieron miedo, apartándose aturridos y sin acabar de entenderle.

—¿Creéis acaso que me mato trabajando para el animal de mi hermano? ¡No hace nada absolutamente y voy yo a mantenerle sus vicios!... ¡Ah! ¡No, eso sí que no!

Fouan intentó negarlo, pero el otro le cortó brutalmente la palabra.

—¡Cómo! ¡Mintiendo a estas alturas!... Le digo que tiene mi dinero. Yo mismo tuve ocasión de comprobarlo, oí sonar esas monedas en el bolsillo de ese bribón. ¡Ese dinero que yo tuve que sudar, y que ahora se beberá tranquilamente en la taberna!... Si no es cierto, como dice, muéstreme entonces las monedas... Las conozco perfectamente, no hay miedo de que me equivoque. Enséñeme las monedas.

E insistió con terquedad, repitiendo más de veinte veces aquella frase, que parecía aumentar su cólera. Llegó incluso a dar fuertes puñetazos sobre la mesa, exigiendo la devolución de las monedas, en aquel mismo instante, jurando que no pensaba apoderarse de ellas y que solamente deseaba verlas. A continuación, como quiera que los temblorosos viejos empezaran a balbucear, estalló de indignación.

—¡La cosa está clara, las monedas las tiene él!... ¡Que el cielo me maldiga, pero no volveré a traerles un solo céntimo! ¡Por ustedes estoy dispuesto a hacerme sangrar, pero para mantener a ese crápula, antes preferiría dejarme cortar un brazo!

También el padre acabó por enfadarse.

—¡Basta ya! ¿Qué te importa lo que nosotros hacemos? Ese dinero que tú me diste pasó a ser mío, y puedo hacer con él lo que me plazca.

—¿Qué está diciendo? —repuso Buteau mientras se le acercaba, pálido y apretando los puños—. Lo que quieren es que suelte yo todo. Pues bien, si quiere que se les diga la verdad, la maniobra me parece muy sucia; sí, creo que es una escandalosa cochinada eso de sacar el dinero a los hijos, cuando tienen lo suficiente para vivir... ¡Oh! ¡Es inútil que me digan que no! La hucha debe estar escondida por ahí, ya lo sé.

Sobrecogido, el viejo no hacía más que agitarse, con la voz cascada, debilitados los brazos, sin saber como recobrar su autoridad de otros tiempos, para apartarlo de su presencia y echarle de allí.

—No, no, aquí no hay ni un solo céntimo escondido... ¡Lárgate de una vez!

—¡Si me pusiese a buscar! ¡Si me pusiese a buscar! —repetía Buteau, que ya había empezado a abrir los cajones y a palpar en las paredes.

Entonces, Rose, aterrorizada, temiendo que se enzarzara una lucha entre el padre y el hijo, apoyándose en un hombro de este último, balbuceó:

—¡Desgraciado! ¿Quieres matarnos?

Bruscamente, el hijo se volvió hacia ella y, cogiéndola por las muñecas, sin ver ni tener para nada en cuenta aquella pobre y canosa cabeza, que sólo trabajo y cansancio dejaba traslucir, la gritó en pleno rostro:

—¡La culpa es suya! Fue usted quien dio el dinero a Hyacinthe... ¡Nunca me ha querido, picara vieja!

Y le dio un empujón tan fuerte, que fue a parar tambaleándose hasta la pared más cercana, donde cayó sentada. La pobre vieja había lanzado una queja sorda. El hijo la contempló durante unos instantes, arrugada como un andrajo; luego partió como un loco, dando un portazo y sin cesar de proferir juramentos.

Al día siguiente, Rose no pudo abandonar el lecho. Se llamó al doctor Finet, que acudió en tres ocasiones, sin conseguir aliviarla. A la tercera visita, como la encontrase agonizante, cogió aparte a Fouan y le pidió como favor que le permitiera extender en el acto el certificado de defunción: eso le evitaría un nuevo viaje, y tenía la costumbre de hacerlo cuando se trataba de caseríos alejados.

Sin embargo, todavía duró treinta y seis horas. Y a preguntas del marido, el doctor le había contestado que las causas de su muerte no eran otras que la vejez y el trabajo, y que parecía como obligado irse de este mundo, cuando ya el cuerpo estaba acabado. Pero en Rognes, donde conocían la historia al dedillo, todos aseguraban que se trataba de un ataque apoplético. Al entierro asistió mucha gente; Buteau y el resto de la familia se portaron muy bien.

Y, cuando se hubo cubierto el hoyo en el cementerio, el viejo Fouan regresó solo a la casa, donde ambos habían vivido y sufrido durante cincuenta años. Comió de pie un trozo de pan con queso. Luego dio una vuelta por el edificio y el jardín, vacíos y solitarios, sin saber como matar su pena. Ya no tenía nada que hacer, y salió para dirigirse hacia la meseta, a contemplar sus antiguas tierras y ver si el trigo crecía.

III

DURANTE todo un año, Fouan vivió de esa manera, silencioso en aquella desierta casa. Se le encontraba invariablemente de pie, yendo y viniendo de un lado para otro, con las manos temblorosas y siempre sin hacer nada. Pasaba horas enteras frente a las musgosas pilas del abrevadero que había en el establo, para volver luego e ir a plantarse junto a la puerta de la vacía granja, como si estuviera atornillado, sujeto a aquel ambiente por una profunda meditación. Se ocupaba a ratos del huerto; pero cualquier esfuerzo le debilitaba mucho, inclinándose hacia la tierra cada vez más, como si obedeciera a una llamada suya; y, en dos ocasiones, hubo que acudir en su socorro, por habersele encontrado caído entre sus hortalizas.

Desde el día en que el matrimonio diera los veinte francos a Jesucristo, Delhomme era el único que pagaba la renta, pues Buteau seguía empeñado en no despilfarrar un solo céntimo más, declarando que prefería ser demandado ante los tribunales que ver cómo su dinero iba a parar al bolsillo del canalla de su hermano. Este último, en efecto, todavía arrancaba de vez en cuando una limosna forzada a su padre, al que anonadaban las escenas de lágrimas.

Fue entonces cuando Delhomme, ante la dejadez y abandono del viejo, explotado, enfermo de soledad, concibió la idea de tenerlo consigo. ¿Por qué no vendía la casa y se iba a vivir con su hija? Allí no le faltaría de nada, y al mismo tiempo no habría necesidad de pagarle los doscientos francos de renta. Al día siguiente, Buteau, enterado de aquel ofrecimiento, acudió presuroso e hizo otro semejante, con toda una exhibición de sus deberes como hijo. Dinero para cosas superfluas, no; pero desde el momento en que se trataba de su padre, que además se hallaba completamente solo, bien podía ir a su casa, donde comería y dormiría a gusto. En el fondo, su preocupación debió consistir en que debía evitar que la hermana se atrajera al viejo con la idea de apoderarse del dinero que pudiera tener escondido. No obstante, él mismo comenzaba a dudar de la existencia de esa hucha, cansado de buscar en vano. Y como le había sonreído la fortuna, bien puede decirse que si ofrecía su casa al padre era más como un gesto de orgullo, contando desde luego con que

rehusaría, aunque sufriendo al propio tiempo ante la idea de que quizás aceptase la hospitalidad de Delhomme. Por lo demás, Fouan mostró una gran repugnancia casi miedo, en aceptar cualquiera de las dos proposiciones. ¡No, no! Más valía un mendrugo de pan seco en su casa, que el asado en casa ajena; resultaba menos amargo. Había vivido allí, y allí moriría.

Así fueron marchando las cosas hasta el día de San Enrique, fiesta patronal de Rognes, a mediados de julio. Un tinglado venido de fuera, cubierto de lona, solía instalarse en las cercanías del Aigre; en la misma carretera, frente a la alcaldía, se montaban asimismo tres barracas: un tiro al blanco, un vendedor ambulante que vendía de todo, hasta cintas, y una rifa verbenera en donde se ganaban caramelos de cebada. Aquel día, el señor Baillehache, que almorzaba en la Borderie, había bajado para charlar con Delhomme, y este aprovechó la circunstancia para rogar al notario que le acompañase a casa de Fouan e intentase hacerle entrar en razón. Desde la muerte de Rose, el señor Baillehache aconsejaba al viejo que se retirase a vivir con su hija y vendiera la casa como algo inútil y demasiado grande en sus circunstancias. Bien valdría sus tres mil francos, y él mismo le ofrecía conservar ese dinero y pagarle la renta, mediante pequeñas entregas a medida que lo fuera necesitando.

Hallaron al viejo sumido en su habitual aturdimiento, yendo y viniendo al azar, como atontado frente a un montón de troncos que se había empeñado en partir sin tener fuerzas para ello. Aquella mañana, sus pobres manos temblaban más que de costumbre, por haber sufrido la víspera un rudo ataque de Jesucristo, quien, para sacarle veinte francos que pensaba gastarse en la festividad del día siguiente, había ido por casa del padre para hacerle la escena de siempre, bramando hasta volverle loco, arrastrándose por el suelo y amenazando con atravesarse el corazón con una navaja que había traído oculta en una manga. Y acabó por darle los veinte francos, según confesó al notario con aire de angustia.

—Dígame, ¿qué hubiera hecho usted en mi lugar? ¡No puedo más, no puedo más!

El señor Baillehache aprovechó entonces la circunstancia para referirse al asunto que le llevaba allí.

—Eso no puede continuar así, acabará usted dejando la piel. A su edad es una verdadera imprudencia vivir solo; y, si no quiere usted que le devoren vivo, tiene que hacer caso de su hija, vender la casa e irse a vivir con ella.

—¡Ah! ¿También es ese su consejo? —murmuró Fouan.

Y miraba al mismo tiempo de soslayo a Delhomme, que afectaba no estar en la conversación. Pero, cuando observó aquella mirada de desconfianza, se decidió a hablar.

—Sepa usted, padre, que, si no digo nada, es para que no vaya a creer que tengo algún interés en darle acogida... Puedo asegurarle que no; más bien constituirá un trastorno... Sólo que, la verdad, me disgusta ver que lleva una vida tan desordenada, cuando con nosotros podría estar tan a gusto.

—Bueno, bueno —respondió el viejo—, pero todavía tengo que pensármelo bien... El día que tome una decisión, me apresuraré a decíroslo.

Y ni su yerno ni el notario pudieron llegar a saber más. Se quejaba de que todo eso era para él un trastorno, su autoridad, poco a poco muerta, se refugiaba en aquella obstinación de hombre anciano, contraria incluso a su propio bienestar. Al margen de su vago espanto ante la idea de quedarse sin casa propia, él a quien tanto sufrimiento causaba ya el verse sin tierras, decía que no, precisamente porque todos se empeñaban en que dijera que sí. ¿Significaría su decisión alguna ganancia para aquellos bribones? Contestaría que sí, pero cuando le diese gana.

La víspera, Jesucristo, encantado con su éxito, pero que había tenido la debilidad de enseñar a la Trouille las cuatro monedas de cien sueldos, no había podido dormirse más que conservándolas en la mano y con el puño cerrado, pues aquella desarrapada, la última vez, le había escamoteado una escondiéndola debajo de su almohada, y pretendiendo luego, con ocasión de regresar él embriagado, que debía haberla perdido. Al despertar experimentó un sobresalto espantoso, cuando comprobó que su puño, al abrirse durante el sueño, había soltado las monedas, aunque las encontró poco después bajo sus nalgas, muy calentitas; la alegría que experimentó fue enorme, la boca se le hacía agua ante la sola idea de derrocharlas en el establecimiento de Lengaigne: era el día de la fiesta patronal y muy cerdo había de ser el que regresara a su casa con algún dinero. En vano estuvo la Trouille tratando de engatusarle durante toda la mañana para que le diese una, solamente una, aunque fuese de las más pequeñas. Él se la quitaba de encima y ni siquiera supo mostrarse agradecido por los huevos robados que en aquel momento le estaba sirviendo en forma de tortilla. ¡No! El que amara a su padre no era razón suficiente, el dinero estaba hecho para los hombres. Entonces ella procedió a vestirse contrariada, se puso su traje de popelín color azul, un regalo de tiempos más rimbombantes, diciendo que también ella se disponía a divertirse. Pero todavía no estaba a veinte metros de la puerta, cuando se volvió gritando:

—¡Padre, padre! ¡Fíjate!

Con la mano levantada enseñaba en la punta de sus delgados dedos una hermosa moneda de cien sueldos que relucía como un sol.

Jesucristo creyó que había sido robado y registró su bolsillo al tiempo que palidecía. Allí estaban, sin embargo, sus veinte francos, la muy picara debió haber realizado algún negocio con sus ocas; la jugada le pareció tener gracia, y con gesto paternal, entre burlón y condescendiente, dejó que marchara a toda prisa.

Jesucristo no se mostraba severo más que en un punto: la moral. Por eso, media hora después no pudo por menos de estallar en cólera. Salía de casa a su vez y estaba cerrando la puerta, cuando un campesino endomingado, que pasaba por allí siguiendo la carretera, le llamó.

—¡Jesucristo! ¡Jesucristo!

—¿Qué?

—He visto a tu hija tumbada de espaldas.

—¿Y qué?

—Es que hay un hombre encima de ella.

—¿Dónde está?

—Allí, en la zanja, en la parte extrema de la pieza de Guillaume.

El padre levantó entonces sus dos puños al cielo, furioso.

—¡Bueno, gracias! ¡Voy en busca del látigo!... ¡Ah! ¡Maldita sea esa marrana que me está deshonrando!

Había vuelto a entrar en su casa para descolgar de detrás de la puerta, en el batiente izquierdo de la misma, un enorme látigo de carretero que tenía reservado para tales ocasiones; y salió a escape con el látigo bajo el brazo, inclinándose a cada momento, husmeando a lo largo de los matorrales, como quien va de caza, con el fin de caer sobre los enamorados sin ser visto.

Pero cuando desembocó por uno de los recodos de la carretera, Nénesse, que estaba al acecho subido en un montón de piedras, le vio llegar. Era Delphin quien en aquel momento estaba sobre la Trouille, y cada uno de los muchachos cumplía su riguroso turno, haciendo de centinela avanzado mientras el otro se divertía.

—¡Alerta! —gritó Nénesse—. ¡Que llega Jesucristo!

El muchacho, que había visto el látigo, salió de estampía como una liebre a través de los campos.

En la zanja cubierta de hierba, la Trouille, de una sacudida, se quitó de encima a Delphin. ¡Ah! ¡Qué mala suerte! ¡Su padre! Sin embargo, la chica

tuvo la serenidad suficiente para entregarle al rapaz la moneda de cien sueldos.

—Escóndetela en la camisa, ya me la devolverás... ¡De prisa, huye a escape, no pierdas el tiempo!

A todo esto, Jesucristo llegaba como un huracán, haciendo restallar su enorme látigo y estremeciendo la tierra con su atropellado galopar.

—¡Ah! ¡Marrana, sucia ramera! ¡Ahora sí que vas a bailar!

Era tal su coraje que, cuando reconoció al hijo del guarda rural, le falló el latigazo, mientras el Chico, con los calzones mal puestos, huía a gatas por entre las zarzas. Ella, trabada en la hierba, con las faldas al aire, no podía negar la evidencia. De un golpe que le tundió las nalgas el padre la puso en pie, sacándola de la zanja. Y seguidamente comenzó la caza.

—¡Toma, hija de puta!... ¡Toma, veremos si esto calma tu ardor!

La Trouille, sin decir una sola palabra, acostumbrada como estaba a esas carreras, galopaba a toda prisa dando saltos de cabra. La táctica que de ordinario empleaba su padre consistía en llevarla de ese modo hasta su casa, donde la encerraba. Por eso trataba ella de escapar hacia la llanura, esperando cansarle. Y esta vez estuvo la chica a punto de conseguirlo, gracias a un encuentro. Desde hacía unos instantes, el señor Badeuil y Élodie, a quien llevaba a la fiesta, se hallaban allí detenidos, plantados en medio de la carretera. Lo habían visto todo, la pequeña con los ojos desmesuradamente abiertos de inocente estupefacción, y él sonrojado de vergüenza, rebosando burguesa indignación. Y lo peor fue que aquella impúdica Trouille, al reconocerle, quiso ponerse bajo su protección. Charles la rechazó, pero el látigo llegaba presto; y, para esquivarlo, ella empezó a dar vueltas alrededor del tío y de la prima, mientras su padre, con sus consabidos juramentos y frases de cuartel, le reprochaba su conducta, dando vueltas a su vez, mientras restallaba el látigo con toda la fuerza de su brazo. El señor Badeuil, aprisionado en aquel abominable círculo, aturdido, hubo de resignarse a meter la cabeza de Élodie en los pliegues de su chaleco. Y llegó a perder la calma hasta el punto de volverse también grosero.

—¡Maldita arrastrada! ¿Quieres soltarnos de una vez? ¿Quién me habrá metido entre semejante familia, en este burdel de país?

Expulsada violentamente de allí, la Trouille comprendió que estaba perdida. Un fuerte latigazo que la envolvió por debajo de las axilas la hizo girar como una peonza; otro, no menos duro, hizo que se tambaleara, arrancándole un mechón de cabellos. A partir de aquel momento, forjada a seguir el sendero que su padre se proponía, ya no tuvo otro pensamiento que

regresar a la madriguera lo más rápidamente posible. Saltó, pues, los setos, franqueó zanjas y atravesó los viñedos sin miedo a enredarse en las encañizadas. Pero sus piernecitas no podían luchar, los golpes llovían sobre sus redondeados hombros, sobre sus caderas todavía temblorosas, sobre toda aquella carne de joven precoz, que se burlaba además y acababa por encontrar divertido el ser cosquilleada de aquella forma tan brutal. Y fue riéndose, con una risa nerviosa, como entró de un salto en el recinto, refugiándose en un rincón, donde el tremendo látigo no podía alcanzarla ya.

—Dame tus cien sueldos —dijo el padre—. Te servirá de castigo.

Ella juró que los había perdido corriendo. No creyéndola el padre, se puso a registrarla. Y como quiera que no encontrara nada, volvió a salirse de sus casillas.

—¡Me lo imagino! ¡Se los diste a tu galán!... ¡Maldita sea! ¡Necia, más que necia! ¡Dónde se habrá visto, proporcionarles placer y pagarles encima!

Y se fue indignado, no sin antes encerrarla, gritando que allí estaría completamente sola hasta el día siguiente, pues él no pensaba volver.

En cuanto la hubo dejado, la Trouille se examinó el cuerpo, rayado solo por dos o tres cardenales; se peinó un poco y recompuso sus vestidos. Inmediatamente después, con la mayor tranquilidad, forzó la cerradura, trabajo en el que había adquirido cierta destreza, saliendo a escape sin tomarse siquiera la molestia de dejar cerrada la puerta. ¿Para qué? ¡Buen chasco se llevarían los ladrones si llegaban a entrar! La chiquilla sabía que encontraría de nuevo a Nénesse y a Delphin en un bosquecillo cercano, a orillas del Aigre. En efecto, allí estaban esperándola; ahora le correspondía el turno a su primo Nénesse. Éste tenía tres francos y el otro seis sueldos. Cuando Delphin le hubo devuelto su moneda, la Trouille, como buena chica, decidió que, con ese dinero, comerían y se divertirían juntos. Volvieron, pues, a la fiesta, donde ella les hizo tirar al blanco, después de haberse comprado un gran lazo de satén rojo, que se puso para adornar el cabello.

Entretanto, llegaba ya Jesucristo al establecimiento de Lengaigne cuando se encontró a Bécu, que ostentaba su bruñida placa sobre una blusa nueva. Le apostrofó violentamente.

—¿Así es como haces tu ronda?... ¿Sabes dónde encontré a tu Delphin?

—¿Dónde?

—Encima de mi hija... Voy a escribir al prefecto para ver si te espabila. ¡Tu hijo y tú sois unos marranos!

Bécu se soliviantó de repente.

—¿Tu hija? ¡Pero si no hago más que verla con las piernas en alto...!
¡Ah! Ella es sin duda la que ha inducido a mi hijo. ¡Que me caiga el cielo encima si no la hago prender por los gendarmes!

—¡Atrévete, bandido!

Los dos hombres, con la nariz pegada el uno al otro, parecía como si se fueran a devorar. Pero, de repente, hubo un momento de calma y su furor pareció decaer.

—Mejor será explicarse, entremos a beber un vaso de vino —dijo Jesucristo.

—No llevo nada encima —contestó Bécu.

Entonces el otro, muy alegre, sacó una primera moneda de cinco francos, la hizo saltar en el aire y obró de forma que fuera a quedarle encajada en un ojo.

—¿Qué te parece? ¡Vamos a descalabrarla ahí, tío bobainas!... ¡Entra de una vez, viejo tripón! Hoy me toca a mí el turno, tú pagas bastante a menudo.

Y así fue como entraron en casa Lengaigne, bromeando a sus anchas y dándose golpecitos en la espalda. Aquel año Lengaigne había tenido una ocurrencia: como sea que el propietario del baile foráneo se había negado a instalar su barraca, disgustado por no haber cubierto gastos el año anterior, el tabernero se había lanzado a instalar un baile en su propia granja, contigua a la tienda, cuya puerta para la entrada de carros daba a la carretera; incluso había horadado el tabique, y así las dos salas tenían ahora comunicación entre sí. Aquella idea había conseguido atraerle la clientela del pueblo entero; su rival Macqueron, en frente, se mordía las uñas de rabia, al ver que no entraba nadie.

—¡Rápido, dos litros, uno para cada uno! —vociferó Jesucristo.

Pero cuando Flore le servía, azarada, radiante al ver tanta gente, Jesucristo se dio cuenta de que había interrumpido a Lengaigne, que estaba leyendo una carta en voz alta, de pie en medio de un grupo de campesinos. Interrogado, este último respondió dándose importancia que se trataba de una carta de su hijo Víctor, escrita desde el regimiento.

—¡Ah, el muy bribón! —dijo Bécu mostrando interés—. ¿Y qué es lo que cuenta? Habrá que empezar a leer de nuevo.

Lengaigne se apresuró a hacerlo.

—«Mis queridos padres: la presente es para decirles que estamos en Lille, en Flandre, desde hace un mes menos siete días. El país no está mal, solo que el vino es caro, pues hay que pagarlo a dieciséis sueldos el litro...».

La carta, a pesar de sus cuatro páginas de premiosa escritura, no decía gran cosa más. El mismo detalle se repetía hasta el infinito, a través de frases que cada vez se alargaban más. Todos, por lo demás, protestaban airadamente, cada vez que hacía referencia al precio del vino. ¡Parecía mentira que hubiera lugares como aquel! ¡Vaya país! En las últimas líneas se observaba una tentativa de sablazo, consistente en los doce francos que pedía para sustituir un par de zapatos que decía haber perdido.

—¡Ah, el muy pillo! —repitió el guarda rural—. ¡Válgame Dios, está hecho todo un hombre!

Después de los dos primeros litros, Jesucristo pidió otros dos de vino embotellado, a veinte sueldos el litro; pagaba a medida que le servían, para así asombrar a cuantos le rodeaban, haciendo resonar el dinero sobre la mesa y revolucionando a toda la taberna. Cuando la primera moneda de cinco francos fue consumida, sacó una segunda y se la encajó de nuevo en el ojo, proclamando a gritos que había algunas más, que todavía quedaban. Y de esa manera fue transcurriendo la tarde, entre los trompicones de los bebedores que entraban y salían, en medio de una embriaguez general y creciente. A pesar de lo sombríos y reflexivos como parecían ser todos durante la semana, ahora no hacían más que dar alaridos, golpear con los puños y escupir violentamente. Uno de ellos, alto y delgado, concibió la idea de hacerse afeitar, e inmediatamente Lengaigne le cogió de entre los que le rodeaban y le empezó a raspar la piel con la navaja, haciéndolo con tal rudeza que se oía el ruido de la misma, como si hubiera estado escaldando a un cerdo. Luego ocupó otro su sitio, y aquello fue una auténtica juerga. A todo esto, las lenguas seguían funcionando al mismo ritmo, se criticaba y escarnecía a Macqueron, que ni siquiera se atrevía a salir de su establecimiento. ¿No era ese fracasado primer teniente de alcalde el culpable de que el baile no hubiese llegado a instalarse como de costumbre? Si se quiere, todo tiene arreglo; pero seguro que prefería votar caminos, para de ese modo hacerse cotizar sus terrenos a tres veces su valor. Aquella alusión levantó una tempestad de risas. La gruesa Flore, para quien había de ser el triunfo aquella tarde, acudía presurosa a la puerta del establecimiento, en medio de una alegría insultante, cada vez que veía acercarse a los cristales de enfrente el rostro verdoso de Coelina.

—¡Cigarros, señora Lengaigne! —encargó Jesucristo con atronadora voz—. ¡Qué sean de los caros! ¡De los de diez céntimos!

Cuando ya caía la noche y empezaban a encenderse las lámparas de petróleo, entró la Bécu en busca de su marido. Pero había empezado una

terrible partida de cartas.

—¿Vienes? Son más de las ocho, y a alguna hora tenemos que cenar.

El marido la miró fijamente, con ese aire majestuoso característico en el borracho.

—¡Vete al diablo!

Entonces Jesucristo se desbordó:

—Señora Bécu, la invito... Vamos a darnos una comilona los tres... ¡Ya me está oyendo, patrona, lo mejor que tenga: jamón, conejo, postres!... Y no tenga miedo. Acérquese a ver un poco... ¡Atención!

Estuvo un momento haciendo ver que buscaba. Luego, de repente, sacó una tercera moneda, que mantuvo en alto.

—¡Cucú! ¡Aquí pueden verla!

Los concurrentes se tronchaban de risa; uno de ellos, grueso, estuvo a punto de perecer ahogado. ¡Qué divertido era aquel rufián de Jesucristo! Y los había también que hacían la comedia de registrarle de arriba a abajo, como si llevara escondidos los escudos entre la carne y en cantidad bastante para calmar al más sediento.

—Escuche, señora Bécu —repetía él una y otra vez, sin dejar de comer—, si su marido quiere, nos vamos a dormir juntos. ¿Conformes?

Ella iba muy mal arreglada, por no saber, según decía, que acabaría quedándose en la fiesta; y no hacía más que reírse, con cara de garduña, negra, de una delgadez enmohecida de aguja oxidada; mientras, el atrevido galán le pellizcaba los muslos por debajo de la mesa. El marido, borracho perdido, no cesaba de beber y de bromear, vociferando que a la muy ramera no le bastaría con los dos.

Sonaron las diez y empezó el baile. Por la puerta de comunicación se veían llamear las cuatro lámparas sujetas a las vigas por unos alambres. Allí estaba Clou, el veterinario, con su trombón, como también el sobrino de un zapatero de Bazoches-le-Doyen, que tocaba el violín. La entrada era libre, y se pagaban dos sueldos por cada baile. La tierra apisonada de la granja acababa de ser regada para evitar que hubiera polvo. Cuando los instrumentos dejaban de sonar, se oían fuera las detonaciones del puesto de tiro, en forma seca y regular. Y la carretera, tan sombría por lo general, aparecía iluminada por las luces de las otras dos barracas, la de las chucherías deslumbrantes de ornamentos dorados, y la de la rifa verbenera, rebosante de cristales y con colgaduras rojas como las de una capilla.

—¡Miren! ¡Ahí viene la muy sinvergüenza! —gritó Jesucristo con los ojos humedecidos.

Era la Trouille, en efecto, que hacía su entrada en el baile, seguida de Delphin y Nénesse; y el padre no parecía muy sorprendido al verla allí, a pesar de que la había dejado encerrada. Además del lazo rojo que destacaba en su cabeza, llevaba al cuello un espeso collar de corales falsos, que semejaban gotas de sangre sobre su morena piel. Por lo demás, los tres, cansados de rodar por las barracas, estaban como atontados y empachados a fuerza de comer golosinas. Delphin, en blusa, llevaba la cabeza al descubierto, una cabeza redonda e inculta de pequeño salvaje, y no se sentía a gusto más que estando al aire libre. Nénesse, por el contrario, atormentado ya por un afán de elegancia ciudadana, iba vestido con un traje comprado en casa Lambourdiou, uno de esos trajes tubo hechos en serie en la baja confección de París; y llevaba además un sombrero hongo, a despecho del desprecio que producía en el pueblo.

—¡Sinvergonzuela! —llamó Jesucristo—. Ven aquí a probar esto... ¡Es vino, pero del bueno!

Y la hizo beber en su vaso, mientras la Bécu preguntaba a Delphin con mucha severidad:

—¿Qué hiciste de tu gorra?

—La he perdido.

—¿Perdido, dices?... Ven aquí que te daré un guantazo.

Pero en aquel momento intervino Bécu, bromeando, halagado al recordar las precoces picardías de su hijo.

—¡Déjale tranquilo! ¿No te das cuenta de que se va haciendo mayor?... Entonces, bribonzuelos, os dedicabais a cocinar juntos, ¿no es eso? ¡Ah! ¡Menudos diablejos estáis hechos!

—Id por ahí a jugar —concluyó paternalmente Jesucristo—. Y procurad ser prudentes.

—Están borrachos como una cuba —dijo Nénesse con gesto de desagrado, entrando en el baile.

La Trouille se echó a reír.

—¡Desde luego! ¡Te creo! Yo ya lo sabía... Pero eso son tan amables.

El baile se animaba, no se oía más que el trombón de Clou, que ahogaba la débil sonoridad del violín. La tierra apisonada, regada en demasía, se iba convirtiendo en barro bajo las pesadas suelas; y, muy pronto, por todas partes, de los sudorosos vestidos y corpiños, empezó a emanar un violento olor a macho cabrío, que acentuaba la acritud errante del tufo de las lámparas. Pero, entre dos contradanzas, una cosa vino a suscitar la emoción de todos: la entrada en el recinto de Berthe, la hija de los Macqueron, ataviada con un

vestido de seda parecido al que llevaban las hijas del recaudador el día de San Lubin. ¡Cómo! ¿Le habían permitido ir sus padres, o es que se había escapado sin ellos saberlo? Enseguida advirtieron que bailaba únicamente con el hijo de un carretero, a quien su padre le había prohibido ver, por razones de odio familiar. Los comentarios burlones no se hicieron esperar: por lo visto no le divertía gran cosa a la joven eso de acabar a solas con su salud.

Desde hacía unos instantes, Jesucristo, a pesar de hallarse muy bebido, se había dado cuenta de la presencia de Lequeu, el cual, plantado en la puerta de comunicación, contemplaba a Berthe mientras esta saltaba en brazos de su galán. Y no pudo contenerse.

—Señor Lequeu, ¿no saca usted a bailar a su novia?

—¿Quién imagina usted que es mi novia? —preguntó el maestro de escuela con el rostro verdozo por una oleada de bilis.

—¡Pues esa joven de hermosos ojos ardientes que ve usted allí!

Lequeu, furioso por el hecho de que hubieran adivinado sus sentimientos, volvió la espalda y permaneció en el mismo sitio, inmóvil, en uno de esos silencios estudiados de hombre superior en que solía encerrarse, parte por prudencia y parte también por despecho. Y, habiéndose acercado Lengaigne, Jesucristo intentó azuzarle. ¿Cómo era eso? Por lo visto le habían dado codillo a ese chupatintas. ¿Se habría imaginado acaso que iban a caerle del cielo las muchachas ricas? Y no era desde luego porque la señorita en cuestión fuera nada perfecta que digamos, puesto que no tenía cabellos más que en la cabeza; y, muy achispado, hizo tan rotunda afirmación como si realmente lo hubiera visto con sus propios ojos. Al menos eso se decía desde Cloyes a Châteaudun, lo que era motivo de regocijo entre todos los mozos de la comarca. ¡Ni un solo pelo, palabra de honor! Entonces, estupefactos todos por aquel fenómeno, se levantaron para contemplar a Berthe, siguiendo sus movimientos con una ligera mueca de repugnancia, cada vez que la danza hacía revolotear sus faldas.

—Viejo fullero —continuó diciendo Jesucristo, que se puso a tutear a Lengaigne—, no le ocurre como a tu hija. ¡Ésa sí que tiene!

Éste respondió con aires de vanidad:

—¡Ah! ¡Eso desde luego!

Según se decía, Suzanne se hallaba ahora en París, viviendo a lo grande. Él se mostraba discreto, hablando de una buena colocación. Pero a todo esto seguían entrando campesinos, y habiéndole preguntado un granjero por Víctor, salió a relucir de nuevo la carta. «Mis queridos padres: la presente es para decirles que estamos en Lille, en Flandre...». Se le prestaba atención de

nuevo, y personas que ya le habían escuchado cinco o seis veces, se acercaban no obstante. Bien claramente decía dieciséis sueldos el litro; sí, dieciséis sueldos.

—¡Vaya país! —repitió Bécu.

En aquel momento apareció Jean. Fue directamente a echar una ojeada al baile, como si buscara a alguien. Pero volvió enseguida, contrariado e inquieto. Desde hacía dos meses no se atrevía a hacer visitas tan frecuentes a casa de Buteau, pues advertía en él una manifiesta frialdad, rayana en la hostilidad. Sin duda no había sabido ocultar lo que sentía por Françoise, aquella creciente amistad que llegaba ya a producirle fiebre; y Buteau, por lo visto, se había dado cuenta de ello. Seguramente debía disgustarle el asunto, desde el momento en que estorbaba a sus cálculos.

—Buenas noches —dijo Jean acercándose a una mesa, en donde Fouan y Delhomme estaban bebiendo una botella de cerveza.

—¿Quiere acompañarnos, Caporal? —ofreció cortésmente Delhomme.

Jean aceptó; y cuando ya hubo bebido, dijo:

—Es extraño que no haya venido Buteau.

—Precisamente ahora llega —repuso Fouan.

En efecto, Buteau entraba, pero solo. Lentamente dio la vuelta al establecimiento, estrechando las manos de unos y otros; luego llegado que hubo a la mesa donde estaban su padre y su cuñado, permaneció allí de pie, rehusando sentarse y diciendo que no quería tomar nada.

—¿Por qué no han venido al baile Lise y Françoise? —acabó por preguntar Jean, cuya voz temblaba.

Buteau le miró fijamente con sus punzantes ojillos.

—Françoise está acostada; es lo mejor para las jóvenes.

Pero una escena que tenía lugar cerca de ellos, cortó en seco el diálogo, al atraer su atención. Jesucristo tenía un altercado con Flore. Pedía un litro de ron para hacer un ponche, y ella se negaba a traérselo.

—No, ya no le sirvo nada más, está demasiado bebido.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que está diciendo?... ¿Crees acaso, bribona, que no pienso pagarte? Compró tu barraca, ¿quieres?... No tengo más que sonarme. ¡Mira!

Había conservado oculta en su puño su cuarta pieza de cien sueldos, y cogiéndose la punta de la nariz entre dos dedos, se sonó con fuerza e hizo ver que sacaba de allí la moneda, que después paseó como una custodia.

—¡Mirad en qué consisten mis mocos cuando estoy constipado!

Una aclamación general hizo vibrar las paredes, y Flore, subyugada, acabó trayendo el ron y el azúcar. Todavía fue preciso traer una ensaladera. Aquel mal sujeto de Jesucristo tuvo entonces en vilo a toda la sala, removiendo el ponche, con los codos levantados, con su enrojecido rostro iluminado por las llamas, que acababan de recalentar la atmósfera, en medio de la opaca niebla producida por las lámparas y el humo de las pipas. Pero Buteau, a quien la sola visión del dinero había exasperado, estalló de repente.

—¡Maldito cerdo! ¿No te da vergüenza beberte de esa manera el dinero que robaste a nuestro padre?

El otro pareció tomárselo en broma.

—¡Vamos! ¿Eres tú el que se atreve a hablar así, pequeño?... ¿Acaso estás en ayunas, para decir semejantes gansadas?

—Lo único que digo es que eres un puerco, y que acabarás en la cárcel... Por otro lado, tú fuiste quien mató a disgustos a nuestra madre.

El borracho agitó entonces su cuchara y desencadenó una tempestad de fuego en la ensaladera, en medio de un sofoco de risas.

—Bueno, bueno, de eso hay mucho que hablar... Puede que fuese yo, si es que no fuiste tú.

—Los comilones de tu especie no merecen comer más que paja... ¡Cuando piensa uno que nuestra tierra, toda esa tierra de la que con tanta pena se desprendieron nuestros viejos, solo ha servido para que la hipotecaras, yendo a parar a manos de otros!... ¡Puerco canalla! ¿Qué hiciste de la tierra?

De repente, Jesucristo se animó. Su ponche se iba apagando, se agitó sobre la silla y viendo que todos los bebedores se callaban para escuchar al hermano para formar juicio, exclamó:

—¿La tierra? ¡Pero si la tierra se está mofando de ti! ¡Eres su esclavo, te arrebató tu bienestar, tus fuerzas, tu vida, imbécil, y ni siquiera te hace rico!... Mientras tanto yo, que la desprecio, cruzándome de brazos, que me contento con darle algún que otro puntapié, aquí me tienes, soy rentista como ves, y vivo sin preocupaciones...

Los campesinos se echaron a reír una vez más, en tanto que Buteau, sorprendido por la rudeza de aquel ataque, se contentaba con balbucear:

¡Cuán cerca está de la nada el que, por despreciar la faena, además de no trabajar, se vanagloria de ello!

—La tierra, ¡menuda chanza! —continuó Jesucristo, lanzado ya—. Bien puedes decir que vas aviado, si te ves complicado en semejante burla... ¿Es que existe la tierra como algo propio? Es tuya, es mía, y al mismo tiempo no es de nadie. ¿No era de los viejos y la tuvieron que fraccionar para dárnosla?

¿Y tú no la parcelarás igualmente para tus hijos?... Entonces ¿qué? Estamos ante algo que va, viene, disminuye, disminuye sobre todo, puesto que te consideras un potentado señor con tus seis fanegas, cuando el padre tenía diecinueve... Y a mí eso me produjo un desagrado enorme, lo estimaba demasiado pequeño y preferí liquidarlo todo. Además, yo prefiero las situaciones sólidas, y la tierra, como estás viendo, pequeño, es algo que se resquebraja. No arriesgaría por ella un solo céntimo; constituiría una mala inversión, verme abocado a una catástrofe que va a barreros a todos... ¡La bancarrota! ¡Sois todos unos calzonazos!

Un silencio de muerte se imponía poco a poco en la taberna. Nadie reía ya, los inquietos semblantes de los campesinos se volvían hacia aquel demonio que iba soltando en medio de su embriaguez la extravagante mezcla de sus opiniones, las ideas del antiguo soldado que estuviera en África, del hombre callejero de las ciudades, del político de taberna. Lo que sin embargo sobrenadaba en todo ese confusionismo, era el hombre del 48, el comunista humanitario que había permanecido arrodillado ante el 89.

—¡Libertad, igualdad, fraternidad! ¡Es preciso volver a la revolución! Se nos robó en el reparto, los burgueses se quedaron con todo, y, ¡que no lo duden un solo momento!, se les forzarán a devolver... ¿No empezamos por estimar que un hombre vale lo mismo que pueda valer otro? ¿Es justo, pongamos por caso, asignar toda la tierra a ese botarate de la Borderie y, en cambio, a mí nada?... Yo quiero mis derechos, aspiro a mi parte, y todo el mundo tendrá su parte.

Bécu, demasiado bebido para defender la autoridad, daba su aprobación sin comprender. No obstante, tuvo un ligero fulgor de buen sentido y se atrevió a poner algunos reparos.

—Sí, sí, desde luego... pero, en todo caso, el rey es el rey. Lo que es mío no es tuyo.

Un murmullo de aprobación se extendió por el local, y Buteau aprovechó la ocasión para tomarse la revancha.

—¡No sigáis escuchándole; sólo sirve para destruir!

Surgieron de nuevo las risas, y Jesucristo, perdido ya todo control, se puso en pie y empezó a golpear con los puños.

—Pues espérame cuando se arme la próxima... Sí, entonces hablaremos, ¡maldito cobarde! Ahora te las das de valiente porque estás con el alcalde, con el primer teniente de alcalde y con tu diputado de cuatro sueldos. ¿No es eso cierto? Le limpias las botas a aquel, y eres lo bastante necio como para creer que él es el más fuerte y que te ayuda a vender tu trigo. ¡Pues bien, yo, que

nada tengo para vender, puedo permitirme enviar a paseo a ti, al alcalde, al primer teniente de alcalde, al diputado y a los mismos gendarmes!... ¡Algún día seremos los más fuertes, y entonces veréis unidos a los pobres infelices hartos de padecer hambre y a vosotros, sí, vosotros, que os habréis cansado ya de alimentar a los burgueses y de no tener siquiera un trozo de pan que llevaros a la boca!... ¡Hay que desembarazarse de los propietarios! Se les cortará el cuello, y la tierra será de quien la coja. ¡Ya lo estás oyendo, pequeño! ¡La tierra, eso que tanto te preocupa, la cojo y me defeco en ella!

—¡Intenta hacerlo si te atreves y de un solo disparo de mi fusil te reviento como a un perro! —gritó Buteau, tan fuera de sí, que acabó dando un portazo y marchándose.

Antes que él se había ausentado Lequeu, después de haber estado escuchando con aire reservado; como funcionario que era, no podía permanecer allí por más tiempo sin comprometerse. Fouan y Delhomme, con las narices metidas en su jarro de cerveza, no decían una sola palabra, como avergonzados, sabiendo que, si llegaban a intervenir, el borracho gritaría más aún. En las mesas vecinas, los campesinos terminaron por sentirse molestos.

¡Cómo! ¿Que sus bienes no les pertenecían e irían a arrebatárselos? No cesaban de refunfuñar, e iban ya a caer sobre «el comunista», y a echarle a puñetazos fuera de allí, cuando se levantó Jean. No le había quitado la vista de encima, sin perder una sola de sus palabras, con el semblante muy serio, como si hubiera estado sopesando cuanto pudiera haber de justo en toda aquella serie de cosas e ideas que le tenían trastornado.

—Jesucristo —dijo tranquilamente—, sería preferible que se callara... Todo eso no debe decirse aquí, pues aunque tuviera razón, su proceder no es muy astuto que digamos, ya que le puede costar un disgusto.

Aquel muchacho que se expresaba con tanta frialdad, aquel consejo tan prudente, tuvieron la virtud de calmar a Jesucristo. Volvió a tumbarse en su silla, asegurando que, en definitiva, le tenía todo sin cuidado. Y empezó otra vez sus consabidas bromas: dio un abrazo a la Bécu, cuyo marido dormía con la cabeza apoyada sobre la mesa, borracho perdido; y acabó de tragarse el ponche, bebiéndose lo que quedaba en la ensaladera. Volvieron a oírse risas por todas partes, en medio de la espesa y humeante atmósfera de la sala.

El baile continuaba en el fondo de la granja; Clou seguía dando resoplidos de acompañamiento con su trombón, cuyo tronar ahogaba más que nunca el débil cántico del violín. El sudor resbalaba por los cuerpos, sumando su acritud al pestilente olor que se desprendía de las mechas de las lámparas. No se distinguía otra cosa que el lazo rojo de la Trouille, que no hacía más que

dar vueltas en brazos de Nénesse y de Delphin, guardando siempre entre ellos el correspondiente turno. También Berthe se hallaba allí todavía, fiel a su galán, sin bailar con nadie más que con él. En un rincón, unos jóvenes cuya invitación había rechazado ella, no paraban de bromear: ¡Toma! Si a ese necio no le preocupaban las interioridades, hacía muy bien ella mimándole, puesto que, a pesar del dinero que tenía la joven, conocían a muchos que no se casarían sin antes cerciorarse bien de lo que ocurría.

—Vámonos a dormir —dijo Fouan a Jean y a Delhomme.

Una vez fuera, cuando Jean les dejó, el viejo empezó a caminar silencioso; daba la impresión de estar rumiando las cosas que acababa de oír; y, de repente, como todas esas consideraciones hubieran acabado de decidirle, se volvió hacia su yerno para decirle:

—Voy a vender la casucha, y me iré a vivir con vosotros. Asunto acabado... ¡Adiós!

Caminando lentamente, regresó solo. Pero su corazón estaba pesaroso, sus pies se movían dificultosamente en medio de continuos tropiezos sobre la oscura carretera, y una tristeza espantosa le hacía tambalearse lo mismo que un borracho. Ya no tenía tierras, y, muy pronto, ni siquiera casa. Le parecía como si estuvieran serrando las viejas vigas, y que iban arrancando las pizarrosas tejas por encima de su cabeza. Tenía la impresión de que incluso le faltaba un hueco donde hallar cobijo, de que erraba por los campos como un mendigo, noche y día, continuamente; y, cuando lloviese, la fría lluvia, una lluvia inacabable, caería sobre él.

IV

EL espléndido sol de agosto comenzaba su ascenso en el horizonte a las cinco de la mañana y la Beauce iba desarrollando sus maduros trigos bajo aquel llameante cielo. Desde los últimos aguaceros caídos durante el verano, la verde sabana, siempre en trance de crecer, había ido amarilleando. Aparentaba ser ahora como un mar rubio, incendiado, que semejaba reflejar el cielo en llamas, un mar que balanceaba su marejada de fuego al menor soplo. Nada más que trigo, sin que fuera posible percibir una casa, ni siquiera un árbol; ¡trigo hasta el infinito! A veces, en medio de aquel calor, una calma de plomo adormecía las espigas y un olor de fecundidad se extendía por doquier, desprendiéndose de la tierra. El parto llegaba a su fin, se notaba la simiente hinchada brotar impetuosamente de la matriz común, en forma de granos tibios y pesados. Y, frente a aquella inmensa planicie, ante esa gigantesca cosecha, una inquietud aparecía repentinamente en la mente; la de que el hombre no alcanzase jamás a ver el final, con su cuerpo de insecto, tan pequeño en medio de aquella inmensidad.

En la Borderie, Hourdequin hacía ya una semana que, habiendo terminado los centenos, la había emprendido con los trigos. El año anterior, su segadora mecánica se había descompuesto; y, desesperado por el escaso interés y falta de voluntad de sus gañanes, que habían llegado a hacerle dudar de la eficiencia de aquellas máquinas, hubo de contratar, allá por la Ascensión, un equipo de segadores. Siguiendo la costumbre, había concertado sus servicios en la Perche, en Mondoubleau: un capataz, hombre alto y seco, y cinco segadores, así como seis gavilladoras, cuatro mujeres y dos muchachas. Un carro acababa de llevarles a Cloyes, adonde un carruaje de la granja había salido para recogerles. Toda aquella gente dormía en el redil, vacío en aquella época del año, entremezclados sobre la paja, los jóvenes, las mujeres y los hombres, medio desnudos siempre a causa del enorme calor.

Era la estación del año en que Jacqueline tenía mayor ajeteo. La salida y la puesta del sol venían a constituir el módulo del trabajo. Había que sacudirse las pulgas a las tres de la madrugada, y se volvía a la paja hacia las

diez de la noche, Era preciso que ella fuese la primera en levantarse, para así poder preparar la sopa de las cuatro; y era asimismo la última en acostarse, después de haber servido la comida fuerte de las nueve de la noche, la manteca, el buey y las coles. Entre estas dos comidas, había otras tres, el pan y queso del almuerzo; la segunda sopa del mediodía y las migas con leche de la merienda: en total cinco abundantes comidas, regadas con sidra y vino, pues los segadores, que trabajan duro, son exigentes. Pero Jacqueline no cesaba de reírse, como fustigada, pues a pesar de su aparente delicadeza de gata, tenía músculos de acero; y esa resistencia al cansancio era tanto más sorprendente, cuanto que su amor hacia Tron tampoco la dejaba parar; la tenía acaparada aquel animal de vaquero cuya tierna carne de coloso le azuzaba el apetito sexual. Le había convertido en su perro fiel, y lo llevaba consigo cuando iba a las granjas, a los pajares, al redil, sitio este último preferido por ella para consumir sus ternuras, ahora que el pastor cuya vigilancia temía dormía fuera con sus corderos. Era por la noche sobre todo cuando tenían lugar todas esas francachelas de macho, de las que Jacqueline salía tan campante y elástica, llena de actividad. Hourdequin no veía ni se daba cuenta de nada. Una fiebre especial se había apoderado de él; vivía la fiebre de la siega y sufría la gran crisis anual de su pasión por la tierra; experimentaba un temblor interno por todo su cuerpo, su cabeza despedía fuego, el corazón le latía a un ritmo acelerado y su carne sufría continuas sacudidas antes las espigas maduras que iban cayendo.

Las noches eran tan calurosas aquel año, que muchas veces Jean no podía pasarlas en el camaranchón donde se acostaba, cerca de la cuadra. Salía y, sin haberse llegado a desnudar, prefería tumbarse sobre las losas del patio. Y eso que le ocurría no se debía solamente al calor viviente e insoportable procedente de los caballos, o a las emanaciones del establo que materialmente le echaban de allí; la causa se hallaba también en el insomnio, en la continua presencia en su mente de la imagen de Françoise, en la idea fija de que acudía a él, de que la cogía entre sus brazos para estrecharla fuertemente. Ahora que Jacqueline, muy ocupada además en otras cosas, le dejaba tranquilo, su amistad con aquella rapazuela se había convertido en un rabioso deseo. Cuando, entre sueños, experimentaba aquel sufrimiento, más de veinte veces se había jurado que iría a buscarla al día siguiente para poseerla y satisfacer así su deseo; pero luego, al levantarse, después de lavarse la cabeza metiéndola en un cubo de agua fría, encontraba repugnantes aquellas reacciones: era demasiado viejo para ella; y el suplicio volvía a empezar la noche siguiente. Cuando llegaron aquellos segadores, reconoció entre ellos a

una mujer, casada con uno de los guadañeros, a la que había poseído dos años antes, siendo todavía soltera. Una noche, su tormento fue tal que, deslizándose por el redil, fue a tirar de ella por los pies, mientras se hallaba entre el marido y un hermano, que roncaban con la boca abierta. Ella cedió sin ofrecer resistencia. Fue aquel un acto de silenciosa glotonería, en medio de las ardientes tinieblas, sobre el suelo removido que, a pesar del rastrillo, conservaba todavía, de la estancia de los corderos durante el invierno, un olor amoniacal tan agudo, que saltaban las lágrimas de los ojos. Y durante veinte días seguidos repitió la operación todas las noches.

A partir de la segunda semana del mes de agosto, la faena se adelantó mucho. Los segadores habían iniciado su trabajo en las tierras situadas más al Norte, para ir luego descendiendo hacia las que bordeaban el valle del Aigre; gavilla a gavilla, la inmensa sábana iba cayendo, cada golpe de guadaña daba un mordisco y se llevaba una entalladura en forma redondeada. Los débiles insectos, anegados por aquel trabajo gigantesco, salían triunfantes. Detrás de su lenta marcha, siguiendo una línea continuada, reaparecía la tierra rasa, los duros rastrojos, a través de los cuales pululaban las gavilladoras dobladas por la cintura. Era en aquella época cuando la amplia y triste soledad de la Beauce aparecía más alegre, poblada de gente, animada por un continuo movimiento de trabajadores, de carros y de caballos. Hasta donde alcanzaba la vista, equipos de segadores maniobraban siguiendo el mismo ritmo oblicuo, con idéntico balanceo de brazos, los unos tan cerca, que podía oírse perfectamente el silbido del acero, los otros en forma de negras hileras, como si fueran hormigas, extendiéndose hasta el mismo horizonte. Y, por todas partes, en todos los sentidos, iban abriéndose claros, lo mismo que si se tratase de una tela mordida, cediendo por doquier. La Beauce, jirón a jirón, en medio de aquella actimanto de riqueza, su único aderezo de verano, hasta quedar de pronto desolada y desnuda.

Los últimos días el calor fue agobiante; uno de ellos, sobre todo, en que Jean acarreaba gavillas cerca del campo de los Buteau, en una pieza de la granja donde había de ser levantado un gran pajar, de una altura de ocho metros, y en el que entrarían tres mil gavillas. Los rastrojos se resquebrajaban de sed, y sobre los trigos todavía en pie, inmóviles, el aire quemaba: hubiérase dicho que ardían con una llama invisible por efecto de la reverberación del sol. Y a todo esto, ningún follaje que pudiera aportar su frescor, nada que no fuera la reducida sombra de los hombres proyectándose en la tierra. Desde primeras horas de la mañana, bajo aquel fuego abrasador que descendía del cielo, Jean, bañado en sudor, cargaba y descargaba su carro

sin decir una sola palabra, sin más distracción que una ojeada a cada viaje que hacía, dirigida a la pieza en donde, detrás de Buteau que guadañaba, Françoise amontonaba gavillas, con el cuerpo inclinado y como doblada en dos.

Buteau había tenido que contratar a Palmyre para que le ayudase en la faena. Françoise era insuficiente, y no se podía contar con Lise, embarazada de ocho meses. Aquel embarazo le tenía exasperado. ¡Él, que tomaba siempre toda clase de precauciones! ¿Cómo podía haber hecho acto de presencia por allí aquella inoportuna criatura? Mareaba constantemente a su mujer, acusándola de haberlo hecho a propósito, mostrándose quejumbroso durante horas y horas, lo mismo que si un mendigo o un animal vagabundo se hubiera introducido en su casa, para devorarlo todo; y, desde hacía ocho meses, había llegado al extremo de no poder contemplar el vientre de Lise sin ponerse a insultar. ¡Maldito vientre! ¡La ruina de la casa! Por la mañana la pobre mujer había ido a amontonar gavillas, pero él la había hecho volverse, furioso por su torpe lentitud. Debía volver sin embargo para traerles la merienda de las cuatro.

—¡Maldita sea! ¡Que me lleve el diablo! —decía Buteau, que se emperraba en dejar acabado una extremidad del campo—. Tengo la espalda ardiendo, y mi lengua es una auténtica viruta.

Se reincorporó; llevaba los pies desnudos metidos en unos gruesos zapatones, e iba vestido tan solo con una camisa y un mono; tenía abierta la camisa, dejando al descubierto hasta el ombligo el sudoroso vello del pecho.

—¡Necesito beber más!

Y fue en busca de una botella de sidra que tenía escondida bajo su blusa. Cuando hubo echado dos tragos de aquella tibia bebida, se acordó de la pequeña.

—¿Tú no tienes sed?

—Sí.

Françoise cogió la botella y bebió largo rato, sin mostrar ninguna repugnancia; y, mientras ella se inclinaba de espaldas, con las caderas dobladas y el pecho tan tenso que parecía ir a reventar la delgada ropa que llevaba encima, el cuñado la estuvo contemplando. También ella chorreaba sudor, con su traje de percal medio deshecho y el corpiño desabrochado por la parte de arriba, mostrando su blanca carne. Bajo el pañuelo azul con que había cubierto su cabeza y su nuca, sus ojos parecían más grandes, en medio de su mudo rostro, ardiente y acalorado.

Sin añadir una sola palabra, se reintegró a la faena, girando sobre sus caderas, abatiendo el trigo a cada golpe de guadaña que daba con el consiguiente rechinamiento del acero que acompasaba su marcha; y, ella, curvada de nuevo, le seguía al mismo ritmo, blandiendo la hoz en su mano derecha, de la que se valía para amontonar entre los cardos su brazal de espigas, que inmediatamente colocaba en forma de haz, regularmente y en cuanto había dado tres pasos. Cuando de vez en cuando se enderezaba, tan sólo el tiempo necesario para enjugarse la frente con el reverso de la mano, y veía a la muchacha demasiado atrás, con las nalgas en alto, la cabeza a ras del suelo, en esa postura de la hembra que se está ofreciendo, su lengua parecía secarse más aún y se ponía a gritar con voz ronca:

—¡Gandula! ¡Habría que verte ensartando perlas!

En el campo vecino, donde desde hacía tres días la paja de las gavillas se había ya secado, Palmyre se dedicaba a liar haces; a ella Buteau no la vigilaba, ya que, cosa que no solía hacerse, la forma de pago convenida era la de una cantidad determinada por cada cien haces que liase, bajo el pretexto de que sus fuerzas no eran las normales, por ser ya demasiado vieja, gastada, y de que, en definitiva, saldría perdiendo si le daba treinta sueldos de jornal como a las mujeres jóvenes. La pobre mujer incluso había tenido que suplicarle, y no se decidió a aceptarla más que después de muchos ruegos, adoptando el aire resignado del cristiano que hace una buena obra. La infeliz levantaba tres o cuatro gavillas, tantas como podían abarcar sus delgados brazos; después, con una ligadura que tenía a punto, anudaba su haz fuertemente. Esa acción de atar, aquella tarea tan dura, reservada por lo general a los hombres, la agotaba; tenía el pecho oprimido por las continuas cargas, y los brazos rendidos de tanto abarcar semejantes montones y echarlos en el lugar correspondiente. Se había traído por la mañana una botella que, de hora en hora, iba a llenar a una charca cercana, corrompida y pestilente, bebiendo de ese agua glotonamente, a pesar de la diarrea que la estaba consumiendo, producida no sólo por aquel calor, sino también por el exceso de trabajo.

El azul del cielo se había vuelto pálido, de una palidez de bóveda caldeada en extremo; y, del ardiente sol, parecían desprenderse ascuas. Acababan de comer, y estaban en esa hora pesada, agobiadora, de la siesta. Delhomme y su equipo, ocupados cerca de allí en colocar haces en forma de colmena, cuatro abajo y uno arriba como techumbre, habían ya desaparecido para irse a tumbar todos ellos en el fondo de algún repliegue del terreno. Todavía durante unos instantes pudo percibirse al viejo Fouan, que vivía con su yerno desde

que vendiera su casa, hacía unos quince días; pero debió desaparecer a su vez, pues ya no se le volvió a ver. Y no quedó en el vacío horizonte, sobre los fondos centelleantes de rastrojo, allá a lo lejos, más que la seca silueta de la Grande, examinando un alto pajar que los suyos habían empezado a formar, en medio del pueblecito medio deshecho de colmenas. Semejaba un árbol endurecido por la edad, sin ningún miedo al sol, tiesa, erguida, sin una gota de sudor en todo su cuerpo, con gesto furibundo e indignada contra aquellas gentes que dormían.

—¡Oh! Parece como si me fuera a saltar la piel —dijo Buteau.

Y, volviéndose hacia Françoise, añadió:

—Vamos a dormir.

Echó una ojeada para buscar una sombra, que no encontró. El sol, que caía a plomo, atizaba por todas partes, sin que se divisara el más pequeño matorral donde pudieran hallar cobijo. Por fin se dio cuenta de que en un extremo del campo existía una especie de pequeña zanja, donde el trigo todavía en pie proyectaba una ligera sombra.

—¡Eh!, Palmyre —gritó—, ¿por qué no haces lo mismo que nosotros?

La mujer, que se hallaba a cincuenta pasos de allí, respondió con voz apagada, que apenas parecía un sopro:

—No, no tengo tiempo.

Y solamente quedó ella trabajando en la incendiada llanura. Si no regresaba por la noche con sus treinta sueldos, Hilarion le pegaría, puesto que no sólo la estaba matando con su apetito sexual de bestia salvaje, sino que ahora incluso le robaba para emborracharse con aguardiente. Pero sus últimas fuerzas la traicionaban. Su liso cuerpo, sin pecho ni caderas, cepillado como una tabla de madera por un trabajo excesivo, parecía crujir y a punto de romperse a cada nueva gavilla que recogía y ataba. Y, con su rostro color ceniza, comía lo mismo que una moneda vieja, pareciendo una anciana a sus treinta y cinco años, dejaba que aquel ardiente sol acabara de succionar su vida, en aquel desesperado esfuerzo de bestia de carga que va a desplomarse y morir.

Uno al lado del otro, Buteau y Françoise se habían tumbado en el suelo. Humeaban de sudor, ahora que ya no se movían, silenciosos y con los ojos cerrados. A los pocos instantes un sueño de plomo les dejó abatidos; estuvieron durmiendo durante una hora; y a todo esto el sudor no cesaba, resbalaba por sus miembros, bajo aquella atmósfera quieta y pesada propia de un horno de descomunal tamaño. Cuando Françoise volvió a abrir los ojos, vio a Buteau que se había puesto de costado y la contemplaba con maliciosa

mirada. Ella, simulando volver a dormirse, cerró los ojos de nuevo. Sin que le hubiera dicho nada todavía, dábase perfecta cuenta de lo que pretendía de ella desde que, creciendo y haciéndose mayor a su lado, la había visto convertirse en toda una mujer. Semejante idea la tenía trastornada. ¿Se atrevería, el muy marrano, al que todas las noches oía atosigar a su hermana? Jamás aquel celo relinchante de caballo la había irritado hasta ese punto. ¿Osaría meterse con ella? Françoise esperaba que lo hiciera, y aún sin saberlo lo deseaba, decidida a estrangularle si llegaba a tocarla.

Bruscamente, en el instante en que ella cerraba los ojos, Buteau la agarró con fuerza.

—¡Puerco, más que puerco! —balbuceó la muchacha rechazándole.

—¡No seas tonta! ¡Déjate hacer!... Te aseguro que todos duermen y nadie nos ve.

En aquel momento, la pálida y agonizante cabeza de Palmyre apareció por encima de los trigos; se había vuelto al oír ruido. Pero esa no contaba, como tampoco hubiera sido motivo de preocupación el que una vaca hubiera alargado el morro en un momento dado. Y, en efecto, instantes después volvía de nuevo a sus gavillas, indiferente por completo a cuanto ocurría a su alrededor. Se oyó otra vez el crujido de sus caderas, cada vez que hacía el esfuerzo de agacharse.

—¡No seas necia, disfruta un rato! Lise no se enterará de nada.

Al oír el nombre de su hermana, Françoise, cuyo deseo de reaccionar se iba debilitando cada vez más, ya casi vencida, resistió la tentación y se opuso con más fuerza aún. Y entonces, a partir de aquel momento, no cedió en lo más mínimo, golpeándole con los puños, sin dejar de darle puntapiés con sus desnudas piernas, que él la había descubierto ya hasta los muslos. ¿Acaso era suyo aquel hombre? ¿Es que iba a contentarse con las sobras de otras?

—¡Revuélcate con mi hermana, cochino! ¡Aplástala si eso la divierte, y hazle un hijo cada noche!

Ante los golpes que le propinaba, Buteau empezaba a mostrarse contrariado, y refunfuñaba, creyendo que la muchacha sólo tenía miedo a las consecuencias del acto.

—¡Si serás tonta! ¡Te juro que me retiraré a tiempo para no hacerte una criatura...!

La muchacha le arreó un puntapié en el bajo vientre y él no tuvo más remedio que soltarla, dándole un empujón tan brutal que ella ahogó un grito de dolor.

Ya era hora de que el juego acabase, pues cuando Buteau se puso en pie, vio a Lise que llegaba en aquel momento con la merienda. Salió a su encuentro y la retuvo un instante, para permitir a Françoise que se bajara las faldas. La idea de que ésta iba a contarle todo, hacía que lamentara el no haberla aplastado de un taconazo. Nada dijo la muchacha sin embargo, contentándose con sentarse en medio de los haces con aire testarudo e insolente. Y cuando él se puso otra vez a segar, ella siguió sentada, sin hacer nada, como una princesa.

—¿Qué? —le preguntó Lise, que se había tumbado a su vez, cansada por la caminata—. ¿No te pones a trabajar?

—No, ya estoy harta —respondió con rabia.

Entonces, Buteau, no atreviéndose a sacudirla, la emprendió con su mujer. ¿Qué es lo que estaba haciendo allí todavía, tumbada a la bartola y calentando su vientre al sol? ¡Ah! ¡Una postura correcta desde luego para hacer que madurase semejante calabaza! A ella le hizo gracia aquella frase; conservaba su humor de mujer resignada: quizás fuera cierto aquello de que iba a madurar, y así adelantaría la llegada del pequeñuelo; y, bajo aquel cielo en llamas, buscaba acentuar la redondez de su enorme vientre, que parecía la giba de un germen nacido de la fecunda tierra. Pero él no se reía. La hizo levantarse brutalmente y quiso que intentara ayudarlo. Obstaculizada por aquella masa que le caía sobre los mulos, no tuvo más remedio que arrodillarse y ponerse a recoger las espigas con un movimiento oblicuo, con su sofocada y monstruosa figura, teniendo el vientre desplazado, proyectado hacia el lado derecho.

—Puesto que no haces nada —dijo a su hermana—, vuélvete por lo menos a casa... Irás preparando la cena.

Françoise, sin decir una palabra, se alejó. En medio de aquel calor, todavía sofocante, la Beauce había recobrado de nuevo su actividad, y los lejanos puntitos negros de las distintas cuadrillas de gañanes aparecían otra vez por doquier, moviéndose como hormigas, hasta el infinito. Delhomme terminaba de instalar sus colmenas con la ayuda de dos servidores; mientras que la Grande observaba como iba subiendo su pajar, apoyada en su bastón y dispuesta a cruzar con él el rostro de cualquier remolón. Fouan, que pasó por allí a echar un vistazo, permaneció unos instantes absorto ante la faena que estaba realizando su yerno, y se puso enseguida a rondar de un lado para otro, con su paso cansino de anciano que no cesa de recordar y de lamentarse. Y Françoise, zumbándole la cabeza, mal repuesta de la sacudida que había experimentado, seguía el camino nuevo, cuando la llamó una voz.

—¡Por aquí, por aquí! ¡Acércate!

Era Jean, medio oculto tras las gavillas y que, desde primeras horas de la mañana, estaba acarreando mies de las piezas vecinas. Acababa de descargar su carro; los dos caballos esperaban al sol, inmóviles. No debía procederse a montar el gran pajar hasta el día siguiente, y se había limitado a hacer unos montones, algo así como tres muros entre los cuales se encontraba uno como si estuviera en una habitación; una especie de agujero de paja, profundo y discreto.

—¿No vienes? ¡Soy yo!

Maquinalmente, Françoise obedeció a aquella llamada. Ni siquiera experimentó el recelo de mirar hacia atrás. Si se hubiera vuelto, habría podido ver a Buteau que se empinaba, sorprendido al ver que abandonaba la carretera.

Al principio, Jean se puso a bromear.

—¿Tanto es tu orgullo que pasas de largo sin dar los buenos días a los amigos?

—¡Demonio! —respondió ella—. ¿Cómo quieres que se te vea escondido ahí?

Él se quejó entonces de la mala acogida que le daban en casa de los Buteau. Pero la cabeza de Françoise no estaba para eso, y se callaba, limitándose a pronunciar palabras sueltas por toda contestación. Por propia iniciativa fue a tumbarse sobre la paja, en el fondo de aquel agujero, rendida por la fatiga. Una sola cosa llenaba su mente; había permanecido en su carne una sensación material, aguda: el ataque de aquel hombre al borde del campo, allí abajo; sus cálidas manos, cuyo movimiento de torno todavía sentía en sus muslos, su olor que parecía perseguirla, el acercamiento del macho que ella esperaba a toda hora, el aliento cortado en medio de la angustia del deseo repelido. La muchacha cerraba los ojos; notaba verdadero sofoco.

Jean ya no habló más. Al verla así, tumbada de espaldas, medio abandonada, la sangre de sus venas empezó a latir con fuerza. Él no había previsto semejante encuentro, y resistía a sus propios impulsos, ratificándose en su idea de que constituiría una mala acción el abusar de aquella chiquilla. Pero los latidos del corazón le aturdían; ¡era tanto lo que la había deseado!; y la imagen de la posesión le enloquecía lo mismo que en sus febriles noches. Echose a su lado, contentándose primero con cogerle una mano y enseguida las dos, que apretaba hasta triturar, sin atreverse siquiera a acercarlas a su boca. Por lo que a ella se refiere, no hacía ademán de retirarlas; volvió a abrir los ojos de incierta mirada, y manteniendo abiertos sus pesados párpados, le

miró distraídamente, sin esbozar la más leve sonrisa, sin dar la impresión de sentir vergüenza alguna, con el rostro nerviosamente alargado. Y fue esa mirada muda, casi dolorosa, lo que convirtió de repente al mozo en un ser brutal. Se precipitó bajo sus faldas y la cogió por los muslos, lo mismo que había hecho el otro.

—No, no —balbuceó ella—, te lo ruego... Es una porquería...

Pero no opuso ninguna resistencia. Lanzó únicamente un grito de dolor. Le parecía como si el suelo desapareciese debajo de ella; y, en medio de aquella sensación de vértigo, su mente no alcanzaba a explicarse más. ¿Era el otro quien la acosaba de nuevo? Encontraba otra vez la misma rudeza, idéntica acritud de macho humeante de sudor por el duro trabajo realizado al sol. La confusión llegó a ser tal en el ardiente escenario de sus párpados obstinadamente cerrados, que se le escaparon involuntariamente algunas palabras, simplemente balbuceadas:

—Evita el hijo... retírate...

Jean dio un salto brusco, y aquella simiente humana, desviada de esa forma y perdida, fue a caer en el madurado trigo, sobre la tierra, sobre esa tierra que jamás rehúsa, con las entrañas abiertas a toda clase de gérmenes, eternamente fecunda.

Françoise abrió de nuevo los ojos, sin pronunciar una sola palabra ni hacer el menor movimiento, como atontada. ¿Qué? ¿Se había llegado al final, y ella no había experimentado sin embargo el placer que esperaba! No le quedaba sino un sufrimiento. Y la imagen del otro acudió a su mente, lamentando inconscientemente su truncado deseo. Jean, a su lado, le disgustaba. ¿Por qué habría cedido? ¿Ella no amaba a ese viejo! Él, al igual que la joven, permanecía inmóvil, aturdido por la aventura. Tuvo por fin un gesto de descontento; trató de decir algo, pero no se le ocurrió nada. Sintióse cada vez más violento, decidió abrazarla; pero ella se apresuró a retroceder; no quería en absoluto que la tocara.

—Es necesario que me vaya —murmuró Jean—. Tú quédate todavía.

No hubo ninguna respuesta por parte de ella; seguía con los ojos abiertos, perdida su mirada en el cielo.

—¿No te parece? Espera cinco minutos, para que no te vean salir al mismo tiempo que yo.

Sólo entonces se decidió ella a despegar los labios.

—¡Está bien; vete!

Y eso fue todo. El mozo hizo restallar su látigo, lanzó una serie de improperios contra sus caballos, y se alejó caminando al lado del carro, con

paso lento y la cabeza baja.

Entretanto, Buteau se mostraba sorprendido por haber perdido de vista a Françoise tras los montones de gavillas; y cuando vio a Jean alejarse tuvo una sospecha. Sin contarle nada a Lise de todo ello, partió de allí, medio encorvado, como cazador que se mueve con astucia. Después, de un salto y con mucho ímpetu, se lanzó en medio de la paja, cayendo de plano en el agujero. Françoise no se había movido, tal era la torpeza que la entumecía; sus ojos seguían mirando hacia lo alto y sus piernas todavía estaban al desnudo. No había forma de negar nada y tampoco trató de hacerlo.

—¡Ah, ramera! ¡Puerca, más que puerca! ¡Con ese bribón si te atreves a revolcarte, y en cambio a mí todo es darme patadas en el vientre! ¡Maldita sea! Ahora mismo vamos a aclarar las cosas.

La tenía ya cogida, y la muchacha leyó claramente en su congestionado rostro que pretendía aprovechar la ocasión. Puesto que el otro acababa de salirse con la suya, ¿por qué no iba a hacer lo mismo él? Pero en cuanto ella volvió a sentir la quemazón de sus manos, su primera reacción fue rebelarse, lo mismo que hiciera la primera vez. Allí estaba aquel hombre, y la verdad es que no lo lamentaba; sin embargo, no quería volver a saber nada de él, sin tener conciencia ella misma de esos saltos que daba su voluntad, en medio de una protesta rencorosa de todo su ser, plagada al propio tiempo de celos.

—¿Quieres dejarme de una vez, marrano?... ¡Mira que te pego un mordisco!

Por segunda vez se vio forzado a renunciar. Pero todo era en él balbuceos de furor, deshecho de coraje ante la idea de aquel placer vivido al margen suyo.

—¡Ah! ¡Ya sospechaba yo que os las entendíais!... Hace ya mucho tiempo que debiera haberle echado a patadas. ¡Maldito sinvergüenza! ¡Que te dejes sobar por semejante tipo!...

La oleada de improperios y palabrotas no parecía tener fin; todos los vocablos sucios salieron a relucir, hablando del acto sexual con una crudeza sin par, al tiempo que ponía a la hembra vergonzosamente al desnudo. Ella, muerta de rabia también, tiesa y pálida, afectaba una gran calma, y a cada suciedad que soltaba, respondía escuetamente:

—¿Y a ti que te importa todo eso?... Si tengo gusto en ello, ¿no soy libre acaso?

—¡Pues bien!, ¡voy a ponerte de patitas en la calle! Sí, inmediatamente, en cuanto regresemos... Voy a contarle a Lise la postura en que te encontré,

¡con la camisa cubriéndote la cabeza!, y te irás por ahí a revolearte en otros donde quieras, pues que eso te divierte.

Y mientras así hablaba, iba dándole empellones, conduciéndola hacia el campo donde su hermana esperaba.

—Dile a Lise lo que quieras... Y en cuanto a irme, me iré cuando me dé la gana y si quiero.

—¿Si tú quieres? ¡Ah! ¡Eso es precisamente lo que vamos a ver! ¡De una patada en el trasero! ¿Me entiendes?

Para coger el camino más corto, la hacía atravesar la pieza de los Cornailles, que seguía indivisa entre ella y su hermana, pieza cuya partición Buteau iba retrasando; pero, de repente, quedó sobrecogido; una idea luminosa había germinado en su cerebro; como a la luz de un relámpago había visto la cosa más que clara: si la echaba, el campo habría de ser partido en dos, y una mitad se la llevaría ella, dándosela quizás al galán. Ese pensamiento le dejó helado, haciendo que se derrumbara de golpe su exasperado deseo de poseer a aquella muchacha. ¡No! Hubiera sido obrar tontamente. ¿Iba a echarlo todo a perder porque una jovencueta le dejase a uno con el pico en el aire? Hay cosas de las que se puede prescindir, pues enseguida aquellas u otras parecidas vuelven a estar al alcance de la mano, en tanto que la tierra, cuando uno llega a poseerla, lo único verdadero y sensato es conservarla.

Ya no volvió a decir nada; avanzaba pausadamente, fastidiado, sin saber como volverse atrás de sus propias violencias, antes de que llegaran junto a su mujer. Por fin se decidió:

—Me repugnan los corazones malvados, y por eso me entristece la cara de disgusto y desagrado que me estás poniendo... Por otra parte, no quisiera dar un disgusto a mi mujer, en el estado en que se encuentra...

Ella se imaginó entonces que lo que temía el cuñado era que le vendiera a su vez a Lise.

—De eso puedes estar seguro. Si tú hablas, yo también hablaré.

—¡Oh! Por lo que a mí se refiere, no tengo ningún miedo —repuso él con formidable aplomo—. Me limitaré a decir que mientes y que se trata de una venganza por haberte sorprendido.

Luego, cuando ya estaban llegando, concluyó él diciendo con voz rápida:

—Entonces, todo queda entre nosotros... Será preciso que recapacitemos y hablemos de nuevo los dos.

Lise, sin embargo, empezaba a sentirse asombrada, por no alcanzar a comprender cómo Françoise y Buteau volvían juntos de aquella manera. Éste

contó que la gandula de Françoise había ido a vagabundear por allí abajo, detrás de un pajar. Por otra parte, un grito ronco les interrumpió en aquel momento, haciendo que el asunto quedara olvidado.

—¿De qué se trata? ¿Quién grita?

Era un grito escalofriante; un largo suspiro en forma de alarido semejante al quejido de muerte de un animal al que están degollando. Y fue creciendo para luego extinguirse en medio de implacable llamear del sol.

—¿Qué habrá sido? ¡De seguro algún caballo al que se le han roto los huesos!

Volviéronse al cabo de un momento y vieron a Palmyre, en el rastrojo vecino, en medio de los haces amontonados. Con sus desfallecidos brazos, apretaba con su pecho aplanado su último haz, que se esforzaba en sujetar. Lanzó un nuevo grito de agonía, más desgarrador, de una angustia espantosa; y, soltándolo todo, dando vueltas sobre sí misma, cayó redonda entre el trigo, fulminada por el sol que desde hacía doce horas le caía encima.

Lise y Françoise salieron corriendo, y Buteau les siguió, con paso menos apresurado, en tanto que de los campos de los alrededores, todo el mundo acudía, los Delhomme, Fouan, que rondaba por allí, y la Grande, que se entretenía apartando piedras con la punta de su bastón.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Palmyre, que ha sufrido un ataque.

—Desde allí abajo vi como se desplomaba.

—¡Oh! ¡Dios mío!

Y todos, alrededor suyo, sobrecogidos por el misterioso terror que la enfermedad inspira al campesino, la contemplaban sin osar acercarse. Se hallaba estirada en el suelo, cuan larga era, con la cara vuelta hacia el cielo, los brazos en cruz, como crucificada sobre aquella tierra que la había consumido tan rápidamente en su dura labor, y que ahora la mataba. Debía habersele roto alguna vena, y un hilillo de sangre resbalaba por su boca. Sin embargo, desaparecía de este mundo, más que por otras causas de más inmediato efecto, debido al agotamiento, agobiada por el peso de trabajos propios de una bestia de carga, tan seca en medio de los rastrojos, tan reducida a la nada, que ya no era prácticamente más que un andrajo, sin carnes, sin sexo, exhalando su último débil suspiro entre la grasienta fecundidad de la siega.

La Grande, la abuela que tanto había renegado de ella y que jamás le hablaba, se acercó por fin.

—Seguramente está muerta.

Y empezó a tantearla con su bastón. El cuerpo, los ojos vacíos y abiertos en medio de aquella luminosidad centelleante, la boca entreabierta y como ensanchada; ni un gesto ni un solo movimiento. Sobre la barbilla, el hilillo de sangre se iba coagulando. Entonces, la abuela, que se había agachado para ver mejor, añadió:

—No hay duda de que ha muerto... Más vale eso que ser una carga para todos nosotros.

Los demás, sobrecogidos, ni siquiera osaban moverse. ¿Podían tocarla sin ir antes en busca del alcalde? Al principio se limitaron a hablar en voz baja, pero enseguida se pusieron a gritar, para entenderse mejor.

—Voy a buscar mi escalera, allí abajo, en el pajar —acabó por decir Delhomme—, servirá de parihuela... Un muerto jamás debe permanecer en el suelo; eso no está bien.

Pero cuando volvió con la escalera y se quisieron coger unas gavillas e improvisar con ellas un lecho para el cadáver, Buteau empezó a refunfuñar.

—¡Se te devolverá tu trigo!

—Con ello cuento, ¡caramba!

Lise, avergonzada por aquella muestra de avaricia, añadió dos gavillas a las que ya habían cogido, para que hiciera las veces de almohada, y se depositó allí el cuerpo de Palmyre, mientras Françoise, sumida en una especie de sueño, aturdida por aquella muerte que caía en medio de su primer contacto carnal con el hombre, no podía apartar los ojos del cadáver, muy triste, asombrada sobre todo de que jamás aquello hubiera podido ser considerado una mujer. Permaneció allí, al igual que Fouan, guardando el cadáver en espera del momento de marchar; el viejo no decía nada, aunque, pensativo, parecía estar diciéndose a sí mismo: ¡cuán dichosos son los que se van!

Cuando el sol se ocultó, es decir a la hora en que los labradores regresan de su trabajo, dos hombres fueron a coger la parihuela. La carga no era pesada; apenas había necesidad de que les relevasen. Sin embargo, otros les acompañaron, formándose todo un cortejo. Siguieron el camino más corto a través de los campos, para así evitar el rodeo que daba la carretera. Sobre las gavillas, el cuerpo iba adquiriendo rigidez y las espigas sobre las que estaba colocada la cabeza, pendían y se balanceaban, debido a las cadenciosas sacudidas del paso. A aquellas horas no quedaba en el cielo más que el calor acumulado durante el día, un calor rojizo, como embotado en la atmósfera azul. En el horizonte, al otro lado del valle del Loir, el sol, envuelto en una nube de vapor, ya no esparcía sobre la Beauce más que una sábana de

amarillentos rayos a ras del suelo. El trigo todavía en pie tenía penachos de llamas sonrosadas, los rastros aparecían erizados de briznas de un rojo reluciente; y, por todas partes, hasta el infinito, brotando de aquel dorado mar, los pajares cabrilleaban, parecían agrandarse desmesuradamente, llameantes por uno de sus lados, ya oscurecidos por el otro, proyectando sombras que se extendían hasta las lejanías perdidas de la llanura. Una gran calma se impuso, y ya no quedó allí para ser captado más que el canto de una alondra que volaba muy alto. Nadie hablaba entre aquellos trabajadores, cansados en extremo, que seguían su marcha con la resignación de un rebaño y la cabeza baja. Sólo se oía el ruido de la parihuela, bajo el balanceo de la muerta que transportaban sobre el maduro trigo.

Aquella misma noche, Hourdequin liquidó la cuenta de sus segadores, que habían dado fin a la faena convenida. Los hombres se llevaban ciento veinte francos, y las mujeres sesenta, por su mes de trabajo. Había sido un buen año, sin demasiadas espigas volcadas, en las que la guadaña se mella, y ni una sola tormenta durante la siega. Y así fue cómo, en medio de grandes gritos, el capataz, acompañado de los hombres de su cuadrilla, presentó el haz y la cruz de espigas trenzadas a Jacqueline, a quien se consideraba como ama de casa. La tradicional comida de despedida fue muy alegre: se comieron tres piernas de carnero y cinco conejos, y se bebió en tal abundancia, que todos se acostaron embriagados. Jacqueline, bebida también más de la cuenta, estuvo a punto de ser sorprendida por Hourdequin, cogida del cuello de Tron. Aturdido, Jean había ido a tumbarse sobre la paja de su desván. Pero a pesar de su cansancio no le fue posible dormir; la imagen de Françoise acudía constantemente a su cerebro y le atormentaba en extremo, lo que no dejaba de causarle sorpresa e incluso cólera, puesto que ¡era tan escaso el placer que le había proporcionado aquella chiquilla después de haber pasado tantas noches deseándola! Por otra parte, se sentía como vacío de todo sentimiento; hubiera jurado, pues, que no volvería a empezar. Pero apenas se había acostado, cuando ya volvía a tenerla presente en su ánimo, comprobando así que la deseaba todavía en medio de una furiosa evocación carnal: renacía en él el acto consumado allí abajo, aquel acto en el que apenas había gozado, y cuyos menores detalles fustigaban, sin embargo, su carne en aquellos momentos. ¿Cómo volver a verla? ¿Dónde poseerla otra vez, al día siguiente, y en los días sucesivos, siempre? Sintió un roce que le hizo estremecerse, una mujer se deslizaba cerca de él: se trataba de la percherona, la recogedora de gavillas, asombrada de que aquella última noche no hubiera acudido a la cita. Al principio quiso apartarse de ella, pero luego casi la ahogó de un abrazo; tenía

la imaginación puesta en la otra, a la que hubiera estrechado entre sus brazos con esa misma ansia, hasta desmayarse.

En aquella misma hora, Françoise, despertada por un sobresalto, se levantó, abrió el tragaluz de su habitación y se puso a respirar hondo. Había soñado que abajo se estaban peleando, que unos perros se comían la puerta. En cuanto el frescor de la noche la hubo repuesto un poco, volvió a surgir en su mente aquella imagen de los dos hombres, uno de ellos que la ansiaba, el otro que la había poseído; y su reflexión cerebral no iba más allá de lo expuesto, limitándose a dar vueltas en su cabeza, sin formar juicio ni decidir respecto de nada. Pero, de repente, aguzó el oído. ¿No había creído tratarse de un sueño? Un perro aullaba lejos, a orillas del Aigre. E inmediatamente se acordó: era Hilarion que, en cuanto hubo anocheado, comenzó a exhalar alaridos junto al cadáver de Palmyre. Se había intentado alejarle de allí, pero él, como atornillado al suelo, había llegado a morder a cuantos se le acercaban, negándose a abandonar aquellos restos que significaban para él la hermana, la mujer, todo; y prorrumpía en alaridos sin fin, en un continuo aullido que colmaba la noche.

Françoise, estremecida, estuvo escuchando durante mucho rato.

V

—¡i **C**ON tal que la *Coliche* no llegue a parir al mismo tiempo que yo! —repetía Lise cada mañana.

Y, arrastrando su abultado vientre, Lise se pasaba horas enteras en el establo, contemplando con mirada inquieta a la vaca, cuyo vientre había ido inflándose asimismo hasta el punto de adquirir la redondez de un barril, transportado por unas patas cada vez más endebles y delgadas. Los nueve meses vencían precisamente el día de Saint-Fiacre, pues Françoise había tenido buen cuidado de anotar la fecha en que la había llevado al toro. Desdichadamente, era Lise la que, con relación a sus cuentas, no estaba tan segura, aunque en todo caso la diferencia era sólo de días. Aquel hijo había surgido contra su voluntad de un modo tan tonto, que ella no podía saber. Pero llamaría a las puertas de este mundo por los alrededores de Saint-Fiacre, acaso la víspera, puede que al día siguiente. Y repetía desolada una y otra vez:

—¡Con tal que la *Coliche* no llegue a parir al mismo tiempo que yo!... ¡El jaleo que se iba a armar! ¡Menudo lío! ¡Aviados estaríamos!

Se mimaba mucho a la *Coliche*, que estaba en la casa desde hacía diez años. Había acabado por ser una persona más de la familia. Los Buteau buscaban refugio a su lado; durante el invierno no contaban con más calefacción que la exhalación de sus flancos. Y la propia bestia se mostraba muy afectuosa, sobre todo con Françoise, a quien lamía con su ruda lengua hasta poner la piel al rojo vivo, cogiéndola con los dientes de la punta de la falda para atraérsela y conservarla a su lado. Todavía se la cuidaba más a medida que se acercaba el parto: sopas calientes, paseos a las horas más apropiadas de la jornada, una vigilancia, en fin, perfectamente reglamentada. Y se hacía todo eso, claro está, no sólo porque se la apreciara, sino también por los quinientos francos que representaba, por la leche, la manteca, los quesos, una verdadera fortuna, que podía venirse abajo si llegaban a perderla.

Acababa de transcurrir una quincena desde que se diera término a la siega. En el hogar, Françoise había vuelto a su vida habitual, como si nada hubiera

pasado entre ella y Buteau. También él parecía haber olvidado, y la muchacha por su parte evitaba pensar en semejantes cosas, que no hacían más que turbarla. Jean, advertido por ella, no había vuelto a aparecer por allí. Escondido entre los setos, espiaba los pasos de la joven, suplicándola a cada momento que hiciera una escapada con el fin de reunirse por la noche en las zanjas y recovecos que él mismo le indicaba. Pero ella rehusaba aterrada, ocultando la frialdad que experimentaba bajo el pretexto de una extremada prudencia. Más adelante, cuando la necesitasen menos en la casa. Una tarde en que él la sorprendiera yendo a casa de Macqueron para comprar azúcar, la muchacha se obstinó en no seguirle hasta detrás de la iglesia, y le estuvo hablando durante todo ese tiempo de la *Coliche*, de cómo empezaban a quebrantársele los huesos y a abrírsele los cuartos traseros, signos seguros que, según ella, demostraban que el parto estaba próximo.

Y, mira por donde, la misma víspera de Saint-Fiacre, por la noche, después de cenar, Lise sintióse presa de fuertes cólicos, en el momento preciso en que se hallaba en el establo junto a su hermana, contemplando la vaca que, con los cuartos traseros separados por la hinchazón de su vientre, sufría también, mugiendo dulcemente.

—¡Cuando yo lo decía! —exclamó Lise furiosa—. ¡Oh! ¡Aviados estamos!

Encogida por completo, apretando con ambos brazos su propio vientre, lo maltrataba para castigarlo, recriminándole y dirigiéndole la palabra como si se tratara de una persona: ¿Es que no pensaba dejarles en paz? ¡Bien podía haber esperado un poco! Tenía la impresión de que una bandada de avispas le estaba picando en los costados, y los dolores le empezaban en los riñones para irle bajando hasta las rodillas. Se negaba a meterse en la cama, y no hacía más que pasear de un lado a otro, repitiendo a cada instante que quería meter aquel bulto hacia adentro.

Sobre las diez, cuando ya se hubo acostado al pequeño Jules, Buteau, aburrido al ver que no llegaba el momento, decidido a irse a dormir, dejó a Lise y a Françoise que siguieran en su obstinación de permanecer en el establo, alrededor de la *Coliche*, cuyos sufrimientos iban en aumento. Una y otra empezaban a estar inquietas, aquello no iba como es debido, aunque el trabajo del parto, por cuanto afectaba a los huesos, pareció haber dado fin. Allí estaba, abierto, el sitio por donde había de pasar; entonces, ¿por qué no salía el ternero? Procuraban halagar a la bestia, acariciándola y como dándole ánimos; le traían golosinas, azúcar, pero todo lo rechaza el pobre animal, que continuaba con la cabeza baja y con la grupa agitado por profundas sacudidas.

A medianoche, Lise, que hasta entonces había estado retorciéndose, se sintió de repente aliviada: por lo que se refiere a ella, todavía no se trataba, por lo visto, más que de una falsa alarma, de dolores errantes y esporádicos; y quedó persuadida de que había conseguido empujar todo aquel paquete hacia adentro, lo mismo que si hubiera conseguido reprimir un deseo. En consecuencia, ella y su hermana pasaron la noche entera velando a la *Coliche*, prestándole sus cuidados, haciéndole apliques calientes sobre la piel, mientras que la otra vaca, *Rougette*, la comprada últimamente en el mercado de Cloyes, asombrada ante aquella vela que ardía frente a sí, les seguía con sus azulados y adormecidos ojos.

A la salida del sol, Françoise, viendo que la cosa seguía sin novedad, resolvió ir en busca de la vecina, la Frimat. Ésta tenía fama de entendida en tales menesteres, pues había ayudado a parir tantas vacas, que la gente se apresuraba a solicitar su ayuda en los casos difíciles, con el fin de ahorrarse la visita del veterinario. En cuanto llegó, su semblante reflejó una mueca.

—No tiene buen aspecto —murmuró—. ¿Desde cuándo está así?

—Desde hace doce horas.

La vieja siguió dando vueltas alrededor del animal, metió las narices por todos lados, haciendo ligeros movimientos con la barbilla y una serie de gestos de desagrado que asustaron a las otras dos.

—Sin embargo —concluyó diciendo—, ahí está la bolsa que parece acercarse... Habrá que esperar para ver.

Entonces, toda la mañana estuvieron dedicadas a ver cómo se iba formando aquella bolsa que las aguas van hinchando y empujan hacia afuera. Se la estudiaba, calculándose su tamaño, y se emitía juicio sobre la misma: una bolsa como pudiera ser cualquier otra, aunque pareciera alargarse, y demasiado abultada desde luego. Pero, a partir de las nueve, el trabajo que entrañaba el parto se detuvo de nuevo, y la bolsa quedó colgante, estacionaria, en una posición lamentable, agitada por un balanceo regular y por los convulsivos estremecimientos de la vaca, cuya situación empeoraba a ojos vistas.

Cuando Buteau volvió del campo para comer, cogió a su vez miedo, y habló de ir en busca de Patoir, aunque temblando ante la idea del dinero que le costaría.

—¿Un veterinario? —dijo la Frimat con acritud—. Para que te la mate, ¿no es eso? La del tío Saucisse reventó en sus mismas narices... No, mira, voy a ser yo quien reviente la bolsa y la que irá en busca de tu ternero.

—Pero —hizo observar Françoise—, el señor Patoir prohíbe que se rompa. Dice que el agua de que está llena sirve de ayuda.

La Frimat tuvo entonces un encogimiento de hombros exasperado. ¡Menudo asno el tal Patoir! Y, de un tijeretazo, rajó la bolsa. Las aguas se precipitaron con un ruido de esclusa, apartándose todos, aunque demasiado tarde para que no les salpicase las vestiduras. Durante unos instantes, la *Coliche* pareció respirar más a gusto; la vieja salió triunfante. Entretanto, había frotado su mano derecha con manteca, y la introducía, tratando con ello de averiguar la posición del ternero; no hacía más que escudriñar por allí dentro, aunque sin apresurarse. Lise y Françoise la veían hacer, batiéndoles los párpados de inquietud. El propio Buteau, que no había regresado al campo, esperaba inmóvil conteniendo la respiración.

—Estoy palpándole las patas —murmuró la Frimat—, pero la cabeza no está ahí... No es muy alentador eso de que no se encuentre la cabeza...

Se vio obligada a sacar la mano. La *Coliche*, sacudida por unos violentos retorcijones, apretaba tan fuerte que las patas hicieron su aparición. Siempre ocurría lo mismo; los Buteau soltaron un suspiro de alivio: creían tener ya en su poder algo del ternero, al ver cómo aquellas patas iban pasando; y, a partir de aquel momento, una sola obsesión ocupaba su mente: tirar, para tenerlo cuanto antes, como si tuviesen miedo de que se volviera atrás para ya no reaparecer.

—Más valdría no precipitar las cosas —dijo prudentemente la Frimat—. Acabará por salir.

Françoise era de ese mismo parecer. Pero Buteau se agitaba nervioso, se acercaba para tocar las patas a cada instante, enfadándose porque no se alargaban. De repente cogió una cuerda y la anudó allí fuertemente, con la ayuda de su mujer, tan trémula como él, y como sea que en aquel momento entraba la Bécu, atraída por su olfato, se agarraron todos a la cuerda y tiraron de ella, uno tras otro, primero Buteau, luego la Frimat, la Bécu, Françoise y la misma Lise, acurrucada, con su hinchado vientre.

—¡Vamos, aúpa! —gritaba Buteau a la vaca—. ¡Todos a una!... ¡Ah! ¡Maldito camello, no se ha movido ni una pulgada! ¡Está ahí dentro como pegado!... ¡Ayuda, ayuda!

Las mujeres, sudorosas, repetían:

—¡Vamos, aúpa!... ¡Ayuda, maldito!

Pero de improviso surgió una catástrofe. La cuerda, vieja, medio podrida, acabó por romperse, y todos cayeron rodando por el suelo, en medio de gritos y juramentos.

—¡No ha sido nada, no me hice ningún daño! —aseguró Lise, que había llegado rodando hasta la pared y a quien apresuradamente trataban de poner en pie.

Sin embargo, apenas la hubieran levantado, sufrió un desvanecimiento y no tuvo más remedio que sentarse. Un cuarto de hora después, no hacía más que sujetarse el vientre; los dolores de la víspera volvían a empezar, solo que más profundos y a intervalos regulares. ¡Y ella que se imaginaba haber hecho retroceder aquel paquete! ¡Qué pijotera mala suerte que la vaca no hubiera despachado más rápidamente! Al ver reaparecer aquellos dolores en forma tan aguda, estaba viendo como muy posible el que, en aquella maldita competición, iba a llevarle la delantera a la vaca, o a alcanzarla en todo caso. No había forma de luchar contra la fatalidad; estaba escrito que las dos debían parir al mismo tiempo. La pobre mujer empezó a lanzar fuertes suspiros, y una riña estalló entonces entre ella y su marido. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Por qué se había empeñado en tirar de la cuerda? ¿Tenía algo que ver con ella el vientre de los demás seres? ¡Que empezara primero por vaciar el suyo! Ella le respondió con una serie de improperios e injurias, hasta tal punto la hacían sufrir aquellos terribles dolores: ¡Puerco, más que puerco! ¡Podía haber empezado por no preñarla, y así se hubiera evitado sufrir de aquella manera!

—Todo eso —hizo recalcar la Frimat— no son más que palabras necias que a nada conducen en este momento.

Y la Bécu añadió:

—Pero al menos sirven de consuelo.

Afortunadamente habían tomado la precaución de enviar al pequeño Jules a casa del primo Delhomme, para quitárselo de en medio. Eran entonces las tres y de ese modo estuvieron esperando hasta las siete. Seguían igual que antes; la casa era un infierno: de una parte, Lise que, sentada en una vieja silla, seguía retorciéndose y lanzando gemidos; de otra, la *Coliche*, mugiendo continuamente en medio de escalofríos y sudores, con un aspecto cada vez más grave. La otra vaca, *Rougette*, también se había puesto a mugir de miedo. Françoise entonces perdió la cabeza, y Buteau, profiriendo juramentos, dando alaridos, se empeñó una vez más en tirar. Se llamó a dos vecinos, y entre los seis se pusieron a tirar como si se tratara de desarraigar una encina, valiéndose para ello de una cuerda nueva, que esta vez no se rompió. Pero la *Coliche*, desquiciada y sin fuerzas, cayó de costado y permaneció sobre el lecho de paja, estirada, jadeante y en un estado lamentable.

—¡Lo que es ese maldito, me parece que no podremos contar con él! — exclamó Buteau bañado en sudor—. ¡La puerca de su madre reventará con él! Françoise juntaba las manos, suplicante.

—¡Oh! ¡Vayamos en busca del señor Patoir!... ¡Cueste lo que cueste, pero llamemos al señor Patoir!

El semblante de Buteau había pasado a ser sombrío. Y después de una última tentativa con la cuerda, sin decir una sola palabra, cogió el caballo y se dispuso a engancharlo a la tartana.

La Frimat, que simulaba tenerle sin cuidado la vaca desde el momento en que se volvió a mencionar al veterinario, manifestaba en cambio inquietud por Lise. También era entendida en partos; todas las vecinas pasaban por sus manos. Sin embargo, estaba recelosa, y no ocultaba sus temores a la Bécu, quien se apresuró a llamar a Buteau, ya a punto de partir.

—Escuche... Su mujer está cada vez peor. ¿Y si trajera también al médico?

Buteau, al oírla, se quedó como mudo y con los ojos desmesuradamente abiertos. ¿Cómo? ¡Otra que quería hacerse mimar! ¿Cómo se las ingeniaría para pagar a todo el mundo?

—¡No! ¡No hagas caso! —gritó Lise entre dos fuertes retortijones—. ¡No necesito a nadie; me las arreglaré yo misma! No nos sobra dinero para tirarlo por la ventana.

Buteau se apresuró a fustigar su caballo, y la tartana se perdió a lo lejos, en la carretera de Cloyes, anocheciendo ya.

Cuando, dos horas más tarde, llegó por fin Patoir, encontró todo en el mismo estado: la *Coliche* lanzando estertores, tumbada de costado, y Lise retorciéndose como un gusano, resbalando de la silla en que estaba sentada. Hacía ya veinticuatro horas que duraba la cosa.

—Veamos, ¿a cuál de las dos he de atender? —preguntó el veterinario, de temperamento muy jovial.

Y enseguida, tuteando a Lise, añadió:

—Entonces, muchacha, si la cosa no va contigo, hazme el favor de meterte en la cama. Lo necesitas de veras.

Pero ella no contestó ni se fue. El veterinario ya estaba examinando la vaca.

—¡Diantre! No me gusta nada el aspecto de su vaca. Siempre vienen a buscarme cuando es demasiado tarde... Y han estado tirando, ya lo veo. ¡Qué atrocidad! ¡Antes lo habrían partido en dos que conseguir sacarlo, colección de torpes!

Todos le escuchaban con la cabeza baja, respetuosos y desesperados a la vez; sólo la Frimat apretaba los labios, rebosando desprecio. El veterinario, entretanto, después de quitarse el paleta y subirse las mangas de la camisa, hacía retroceder las patas del ternero, una vez atadas con un cordel para recobrarlas luego; y seguidamente zambulló su mano derecha.

—¡Pardiez! —exclamó al cabo de un momento—. ¡Lo que yo imaginaba! La cabeza está doblada hacia la izquierda, y ya podían haber estado tirando hasta mañana, que el animalito jamás hubiera salido. Deben saber, hijos míos, que su ternero está muy mal parado. No tengo ganas de romperme los dedos con sus dientecillos, para intentar darle la vuelta. Además, tampoco lograría mi objeto y lastimaría a la madre.

Françoise estalló en sollozos.

—Señor Patoir, se lo suplico, salve nuestra vaca... A esta pobre *Coliche* que tanto me quiere...

Lise, a quien un retortijón de tripas había hecho enverdecer el rostro, así como Buteau, disfrutando de buena salud y tan insensible al mal de los demás, se lamentaba por igual, mostrábase conmovidos con la misma súplica.

—Salve la vaca, nuestra vieja vaca, que tan buena leche nos da desde hace años... Sálvela señor Patoir...

—Pero, entendamos bien, para intentar conseguirlo voy a tener que descuartizar el ternero.

—¡Oh! ¡El ternero nos tiene sin cuidado!... ¡Salve nuestra vaca, señor Patoir, sálvela!

Entonces, el veterinario, que había traído consigo un delantal azul de gran tamaño, pidió que le dejaran un pantalón de tela; y, después de haberse desnudado en un rincón, detrás de la *Rougette*, se limitó a ponerse aquel pantalón, atándose el delantal a la cintura. Cuando apareció de nuevo, con su cara bonachona de perro gordo, grueso y de baja estatura con su ligera indumentaria, la *Coliche* levantó la cabeza e interrumpió sus quejas, asombrada sin duda. Pero a nadie se le ocurrió esbozar tan siquiera una sonrisa.

—¡Enciendan velas!

Hizo que colocarán cuatro en el suelo, y luego se echó boca abajo sobre la paja, detrás de la vaca, que no podía levantarse. Durante unos momentos, permaneció así, como aplastado, con las narices metidas entre las ancas del animal. Inmediatamente después se decidió a tirar del bramante, para acercar las patas del ternero, que estuvo examinando cuidadosamente. A su lado había

situado una cajita alargada, y apoyándose sobre un codo, sacó de ella un bisturí; pero, en ese mismo momento, un ronco gemido que le asombró hizo que se sentara.

—¡Cómo! ¿Todavía estás ahí, muchacha?... ¡Ya decía yo que esos quejidos no eran de la vaca!

Se refería a Lise que, presa de fuertes dolores, estaba ya haciendo movimientos de expulsión con las caderas medio deshechas.

—¡Escucha! —dijo el veterinario fuera de sí—. ¡Por lo que más quieras, vete a tu habitación de una vez para ocuparte de tus cosas, y deja que yo pueda atender a las mías! Tu presencia aquí me molesta, altera mis nervios. ¡Eso de oír hacer esfuerzos detrás de mí!... Vamos, ¿es que han perdido el juicio? ¡Llévensela de una vez!

La Frimat y la Bécu se decidieron por fin a coger entre las dos a Lise y a llevarla a su habitación. En cuanto a ella, dejaba que hicieran, ya no tenía fuerzas para resistirse. Sin embargo, cuando atravesaron por la cocina, en donde ardía una vela solitaria, la pobrecilla les pidió que dejaran todas las puertas abiertas, con la idea de que así se sentiría menos lejos. La Frimat se había apresurado a preparar el lecho tal como lo hacían los campesinos: una simple sábana en medio de la habitación, colocada encima de un montón de paja y tres sillas puestas boca abajo. Lise se puso en cuclillas y, sirviéndole de respaldo una de las sillas, separó sus piernas apoyando la derecha en la segunda de ellas y la izquierda en la tercera. Ni siquiera se había quitado el vestido, sus pies se hundían en sus chanclos con fuerza y sus medias azules le llegaban hasta las rodillas; sus faldas, remangadas hasta el pecho, dejaban al descubierto el monstruoso vientre, así como sus gruesos muslos, muy blancos, tan abiertos y ensanchados que parecían adivinarse hasta sus mismas entrañas.

En el establo, Buteau y Françoise habían permanecido allí para facilitar luz a Patoir, en cuclillas los dos, sentados sobre sus talones, acercando cada uno su candela, en tanto que el veterinario, tumbado de nuevo en el suelo, practicaba con el bisturí un corte alrededor del corvejón izquierdo. Despegó la piel y tiró sobre la paletilla, que quedó al descubierto cuando aquélla fue arrancada. Pero, en aquel momento, Françoise, palideciendo aún más de lo que ya estaba, sintiéndose desfallecer, dejó caer su vela y escapó gritando:

—Mi pobre vieja *Coliche*... ¡Yo no puedo ver eso!

Patoir se indignó, tanto más cuanto que hubo de levantarse para extinguir un conato de incendio en la paja al caer la vela.

—¡Maldita chiquilla! ¡Tiene nervios de princesa, por lo que veo!... Conseguirá ahumarnos como si fuésemos jamones.

Corriendo siempre de un lado a otro, Françoise fue a sentarse en una de las sillas que quedaban libres de la habitación donde estaba dando a luz su hermana, cuya desmesurada apertura de piernas no la emocionó lo más mínimo, como si se tratara de la cosa más natural, después de lo que acababa de ver en el establo. Con un gesto trató de apartar de su mente aquella visión de sillas tambaleándose por doquier, y se puso a contar, balbuceando, lo que le estaban haciendo a la vaca.

—No puedo permanecer aquí un minuto más, tengo que volverme —dijo súbitamente Lise, quien a pesar de sus dolores se levantó para abandonar sus tres sillas.

Pero, cuando ya se disponía a levantarse la Frimat y la Bécu, mostrando su enfado, la forzaron a permanecer en su sitio.

—¿Quiere estarse tranquila de una vez? ¿Qué demonios tiene en el cuerpo?

Y la Frimat añadió:

—¡Vaya! ¡También usted está a punto de romper la botella!

En efecto, las aguas habían brotado en un brusco chorro que embebió enseguida la paja que había bajo la sábana; y entonces empezaron los últimos esfuerzos de la expulsión. El desnudo vientre realizaba impulsos aún a pesar suyo, hinchándose hasta parecer ir a estallar, en tanto que las piernas, con sus medias azules, se replegaban y se abrían, en un movimiento inconsciente propio de una rana que se dispone a zambullirse en el agua.

—Escúcheme —dijo la Bécu—, para tranquilizarla, voy a ir al establo y le traeré las novedades que haya.

Y a partir de entonces la infeliz mujer no hizo otra cosa que correr de la habitación a la cuadra; e incluso muchas veces, para ahorrarse camino, acabó por dar cuenta de cuanto ocurría a voz en grito, desde la cocina. El veterinario seguía con su descuartizamiento, en aquel lecho de paja inundado de sangre y de flemas, cumpliendo de ese modo una penosa y sucia tarea, de la que salía en lamentable estado, manchando de arriba abajo.

—Todo marcha bien —gritaba la Bécu—. Vaya haciendo esfuerzos sin preocuparse... Ya consiguió separar la otra paletilla... Ahora tiene en sus manos la cabeza. ¡Oh! ¡Vaya cabeza!... Ya termina... Ahora sale cuerpo como si fuera un bulto.

Cada frase sobre la operación era acogida por Lise con un suspiro desgarrador, hasta el extremo de que no se sabía con certeza si sufría por el ternero o por ella misma. Pero, de improviso, se acercó Buteau con la cabeza en su afán de enseñarla. Hubo una exclamación general.

—¡Oh! ¡Qué hermoso ternero!

Lise, que no cesaba de realizar esfuerzos cada vez más rudos, con los músculos tensos y los muslos hinchados, pareció sentirse presa de una desesperación inconsolable.

—¡Dios mío! ¡Qué desdicha tan grande!... ¡Oh! ¡Qué ternero tan precioso Dios mío!... ¡Habrase visto desgracia, un ternero tan hermoso como jamás se había visto!

Françoise se lamentaba igualmente, y las muestras de disgusto de todos llegaron a ser tan agresivas, tan plagadas de insinuaciones hostiles, que Patoir acabó por sentirse herido en su amor propio. Y se apresuró entonces a acudir a la alcoba, aunque al llegar a la puerta se detuvo por decencia.

—¡No me dirán ustedes que no les advertí!... Me suplicaron que ante todo salvara a la vaca... ¡Si les conoceré yo, tunantes! Ahora irán contando por todas partes que les maté su ternero, ¿no es eso?

—La cosa fue como usted dice —murmuró Buteau volviendo al establo con él—. Pero, en todo caso, también es cierto que usted descuartizó el ternero.

Mientras tanto, tendida en el suelo entre sus tres sillas, Lise se sentía recorrida por una oleada que descendía por sus costados, bajo la piel, hasta alcanzarle el fondo de los muslos, en medio de un ensanchamiento continuo de sus carnes. Y Françoise, que en medio de su desolación nada había visto hasta entonces, quedóse de repente estupefacta ante el espectáculo que ofrecía su hermana, cuya desnudez contemplaba en escorzo, es decir sin ver más que los ángulos levantados de las rodillas, a derecha e izquierda de la bola formada por el vientre, que en su centro aparecía excavado por una cavidad redonda. A sus ojos, aquello era tan desfigurado, de tan enorme tamaño; que ni siquiera se sintió violenta. Jamás hubiera llegado a imaginarse semejante cosa, el agujero bostezante de un tonel desfondado, algo parecido al enorme tragaluz abierto del henil, por donde se echaba el heno, y que una frondosa hiedra erizada de negro. Luego, cuando observó que otra bola, de menor tamaño, la cabeza del niño, salía y entraba a cada nuevo esfuerzo en un perpetuo juego de escondite, fueron tales las ganas que le entraron de reír, que tuvo que ponerse a toser, para que no creyesen que tenía mal corazón.

—Un poco de paciencia todavía —declaró la Frimat—. Esto toca a su fin.

Se había puesto de rodillas entre las piernas de la parturienta observando detenidamente a la criatura, dispuesta a recogerla. Pero ésta parecía bromear, como decía la Bécu; incluso hubo un momento en que desapareció como si fuera a quedar encerrado otra vez en su escondrijo. Sólo entonces Françoise

se vio arrastrada por la fascinación que le produjera aquella boca de horno que apuntaba hacia ella; se sintió inmediatamente sobrecogida por un estupor extraño, y se acercó para coger la mano de su hermana, compadeciéndose de ella, después de haber desviado la mirada.

—¡Pobre Lise mía! ¡Cuánto estás sufriendo!

—¡Oh! Sí. ¡No tienes idea! Y nadie se compadece de mí... ¡Si inspirase alguna compasión!... ¡Oh! ¡Vuelta a empezar! ¡Si al menos saliera de una vez!

El trance podía durar largo rato todavía; ésa era la consideración que se hacían a su alrededor, cuando, en un momento dado, llegaron del establo una serie de exclamaciones. Provenían de Patoir el cual, asombrado al ver que la *Coliche* se agitaba y seguía mugiendo, empezaba a sospechar la presencia de un segundo ternero; y, en efecto, zambullendo la mano, había conseguido sacar otro, sin dificultad alguna esta vez, como quien saca un pañuelo de su bolsillo. Su gozo de hombre bonachón y bromista fue tal que, olvidando las normas de decencia, acudió a toda prisa a la habitación de la parturienta llevando consigo al ternero, seguido de Buteau, que tampoco cesaba en sus bromas.

—¿No querías uno?... ¡Pues aquí lo tienes!

El veterinario estaba a punto de reventar de risa, medio desnudo el cuerpo, enfundado en su delantal y salpicado todo él de estiércol, con su ternero todavía mojado; parecía borracho en medio de su asombro como si le pesara demasiado la cabeza.

Entre aquella aclamación general. Lise, al verle, se sintió presa de un risa loca, irresistible, interminable.

—¡Oh! ¡Esto sí que es divertido! ¡Oh! ¡Qué tontos sois haciéndome reír de esa manera!... ¡Ay! ¡Cuanto me duele! ¡Parece como si me estuvieran rajando!... ¡No, no, me hagáis reír más, por favor, que en una de éstas me quedo!

Las risas zumbaban en el fondo de su abultado pecho y descendían seguidamente por su vientre, donde empujaban como un viento de tempestad. Estaba hinchada toda ella, y la cabeza de la criatura había vuelto a su movimiento de peonza, como una bala dispuesta a salir disparada.

Pero la diversión llegó a su colmo cuando el veterinario, después de colocar el ternero delante de ella, con el reverso de la mano quiso enjugarse el sudor que bañaba su frente, ensuciándose la cara con un pedazo de boñiga que llevaba adherido al brazo; todos se desternillaban de risa, el sofoco de la

parturienta aumentó más aún, y soltó el trapo, por así decirlo, lanzando unos gritos agudos parecidos al cacareo de una gallina que está poniendo.

—¡Me muero, acabe de una vez! ¡Maldito cómico, va a conseguir que me salte la piel de tanto reír!... ¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío, esto va a estallar!...

El abierto agujero se redondeó más aún, hasta el extremo de dar la impresión de que la Frimat, arrodillada enfrente iba a desaparecer por él; y, de repente, como disparado por un cañón, salió la criatura, completamente encarnada, con sus extremidades empapadas y sumamente pálidas. Se oyó simplemente el borboteo de un gollete gigante que se está vaciando. Luego, el pequeñuelo empezó a maullar, en tanto que la madre, sacudida como un pellejo de vino cuya piel se desinfla, reía cada vez con más fuerza. Unos reían por un lado, los demás por otro. Buteau no hacía más que darse golpes en los muslos, la Bécu se sujetaba los costados, Patoir estallaba en notas sonoras, y la misma Françoise, a quien su hermana había triturado la mano en su último impulso expulsatorio, podía por fin dar satisfacción a su contenida curiosidad, viendo detenidamente y en medio del mayor asombro aquel enorme agujero, una verdadera catedral por donde el marido cabía todo él entero.

—¡Es una niña! —declaró la Frimat.

—No, no —dijo Lise—. No quiero, prefiero un niño.

—Pues entonces la volvemos a colocar dentro, y quizás mañana salga un niño.

Las risas redoblaron hasta ponerse malos. Luego, la parturienta, que había acabado por calmarse, al ver allí el ternero dejó escapar la siguiente exclamación:

—¡Era tan hermoso el otro ternero!... ¡Ahora podríamos tener dos!

Patoir se fue, después de haber dado a la *Coliche* tres litros de vino azucarado. En la habitación, la Frimat desnudó y acostó a Lise, en tanto que la Bécu, ayudada por Françoise, quitaba la paja y barría la habitación. En diez minutos todo volvió a estar en orden; nadie hubiera sospechado que allí había tenido lugar un parto, a no ser por el continuo lloriqueo de la pequeñuela, a quien estaban lavando con agua templada. Pero, una vez fajada, acostada en su cuna, poco a poco se fue callando; y la madre, agotada por completo, se sumió en un pesado sueño, con la faz congestionada, casi negra, tapada con gruesas sábanas de tela oscura.

Hacia las once, cuando las dos vecinas se hubieron marchado, Françoise dijo a Buteau que lo mejor sería que se fuera a descansar al henil. Para pasar la noche había tenido ella la precaución de tender en el suelo un colchón donde esperaba acomodarse para no apartarse del lado de su hermana. El

cuñado no respondió y acabó de fumar silenciosamente su pipa. Una gran calma se impuso, alterada únicamente por la fuerte respiración de Lise, profundamente dormida. Luego, cuando Françoise se estaba arrodillando sobre su colchón, al pie mismo del lecho, en un oscuro rincón, Buteau, siempre silencioso, la empujó por detrás con violencia. Volvióse ella y lo comprendió todo con sólo ver aquel semblante sonrojado y contraído. La sensualidad volvía a hacer mella en él, no había abandonado ni mucho menos su propósito de poseerla; era preciso creer además que aquella obsesión tenía que ser muy aguda, y acuciante, para llegar a impulsarle hacia ella en tales circunstancias, delante de su mujer y después de aquella escena.

El cuñado reía burlonamente, mientras decía con voz estrangulada:

—Vamos, ¿qué es lo que puede preocuparte?... Puedo servir perfectamente a las dos.

Conocía bien a Françoise y sabía que no se atrevería a gritar. La muchacha, en efecto, permanecía sin decir una sola palabra, resistiendo aquella inesperada acometida demasiado orgullosa para llamar a nadie en su auxilio, ni siquiera a su hermana, a quien tampoco quería mezclar en sus asuntos. El sofoco que experimentaba ante aquel hombre era tan grande, que estaba a punto de vencerla.

Sin embargo, de repente, Buteau dejó escapar un grito ahogado de dolor. Silenciosamente, la muchacha le había hundido las uñas en el cuello; él entonces montó en cólera, e hizo alusión a Jean.

—¡Si crees que vas a casarte con él!... ¡Puedes estar segura de que eso no sucederá mientras seas menor de edad!

En esta ocasión, cuando él intentaba violentarla, metiendo su brutal mano por debajo de la falda, la joven le propinó tal punta pie entre las piernas, que aquel salvaje empezó a dar alaridos. De un salto se puso en pie, aterrorizado, sin dejar de mirar el lecho. Su mujer seguía durmiendo con la misma tranquila respiración. Y acabó por irse, no sin antes hacer a la muchacha un gesto de terrible amenaza.

Cuando Françoise se hubo tumbado en el colchón, permaneció largo rato con los ojos abiertos, en medio de la solemne paz que reinaba en la alcoba. Estaba resuelta a no entregarse, jamás permitiría que se le acercase con ese objeto, aunque ella misma lo deseara. Y, al mismo tiempo, no salía de su asombro ante lo que acababa de oír, pues la idea de que pudiera llegar a casarse con Jean ni siquiera se le había ocurrido.

VI

DESDE hacía dos días, Jean se hallaba ocupado en el laboreo de las piezas de tierra que Hourdequin poseía cerca de Rognes, a las que éste había hecho llevar una trilladora de vapor, arrendada a un mecánico de Châteaudun, que la paseaba de ese modo de Bonneval a Cloyes. Con su carruaje y sus dos caballos, el mozo recogía los haces de mies que había por los alrededores y luego llevaba el grano a la granja, en tanto que la máquina, resoplando desde por la mañana hasta por la noche, lanzaba al aire un polvillo amarillento, estremeciendo la campiña con su enorme y continuo ronquido.

Jean, enfermo y medio deshecho, no cesaba de romperse la cabeza tratando de encontrar la manera de volver a ver a Françoise. Hacía ya un mes que la había poseído, allí precisamente, sobre aquel trigo que ahora se trillaba; pero ella siempre se le escapaba, haciéndose la indolente. Y mientras conducía a sus animales, no cesaba de preguntarse por qué no se decidía a ir a casa de los Buteau valientemente para pedir a Françoise en matrimonio. Por lo demás, nada le había indispuerto todavía con ellos de un modo abierto y definitivo. Siempre les saludaba afectuosamente al pasar. Y, desde que concibiera la idea del matrimonio como único medio de volver a tener entre sus brazos a la joven, se persuadió de que su deber consistía en eso, y que dejaría de ser un hombre honrado si no se casaba con ella.

Sin embargo, al día siguiente por la mañana, cuando volvió al lugar en que se hallaba la máquina, el miedo se apoderó de Jean. Jamás se hubiera arriesgado a dar aquel paso, de no haber visto a Buteau y Françoise salir juntos para trabajar en el campo. Pensó que Lise siempre había sido condescendiente con él, que temblaría menos delante de ella; y salió unos momentos a escape, después de haber confiado los caballos a un compañero de trabajo.

—¡Cómo! ¡Usted por aquí, Jean! —exclamó Lise, casi repuesta de la convalecencia de su parto—. Hace tiempo que no le veíamos. ¿Qué sucede?

Él se excusó. Luego, atropelladamente, como quien tiene prisa, con la brutalidad propia de los seres tímidos, abordó directamente el tema en forma tan desacertada que, incluso, al principio, muy bien pudo llegar a imaginar ella que se le estaba declarando, pues no hacía más que recordarle que siempre la había amado y que gustosamente se hubiera casado con ella. Pero, de repente, añadió:

—Por eso estaría dispuesto a casarme con Françoise, si me la concedieran en matrimonio.

Lise se quedó contemplándole, sorprendida hasta tal punto, que sólo balbuceos salían de la boca del joven.

—¡Oh! Ya comprendo que no son cosas para tratarlas como yo lo estoy haciendo. Sólo quería hablarle de ello, conocer su parecer.

—¡Caramba! —respondió por fin ella—. La verdad es que me deja atónita, la diferencia de edad entre ambos ni siquiera me permitía sospechar... Ante todo es necesario saber lo que piensa Françoise.

Había venido con el propósito de contarle todo, para hacer de ese modo inevitable la boda; pero en el último momento le venció el escrúpulo. Si Françoise no se había confesado a su hermana, si nadie sabía nada, ¿tenía él derecho de ser el primero en hablar? Semejante consideración le desanimó por completo, la circunstancia de tener ya treinta años hizo que se sintiera avergonzado.

—Desde luego —murmuró él—, sería cuestión de hablarle, no se trataba en ningún caso de forzarla.

Por lo demás, Lise, una vez pasado el primer momento de asombro, le contemplaba con regocijo; evidentemente la cosa no le desagradaba ni mucho menos. E incluso se mostró en cierto modo insinuante.

—Se hará lo que ella quiera, Jean... No soy yo del mismo parecer que Buteau, que la encuentra demasiado joven. Va cumplir dieciocho años, y está lo bastante desarrollada para cargar con dos hombres en lugar de uno... Además, el único lazo que debe haber entre hermanas es el cariño, ¿no le parece?, y ahora que ya es una mujer hecha y derecha, preferiría que ocupara su puesto una criada, a la que podría mandar sin mayores preocupaciones... Si dice que sí, cácese con ella. Es usted una buena persona, y en cuanto a lo otro, todos sabemos también que los viejos gallos suelen ser los mejores.

Era aquél como un grito que escapaba de su garganta, que venía a constituir el reflejo de esa desunión lenta, invenciblemente creciente entre ella y su hermana menor, una especie de hostilidad agravada por los pequeños e inevitables roces de cada día, un sordo fermento de celos y de rencor que

había venido incubándose desde que un hombre entrara en aquella casa con su mando y sus apetencias de macho.

Jean, dichoso y contento, acababa de darle un fuerte beso en cada mejilla, cuando ella añadió:

—Precisamente nos disponemos a bautizar a la pequeña, y esta noche vendrá la familia a cenar... Le invito; así podrá pedirla al tío Fouan, que es el tutor, en el caso de que Françoise esté dispuesta, naturalmente.

—¡De acuerdo! —exclamó él—. ¡Hasta la tarde!

Y, dando grandes zancadas, fue a reunirse con sus caballos, a los que hizo arrear durante todo el día restallando su látigo, que al rozar fuertemente en el suelo producía chasquidos, como fuegos de artificio en una mañana festiva.

Los Buteau, en efecto, bautizaban a su criatura, después de innumerables retrasos en cuanto a la fecha. En primer lugar, Lise había exigido estar repuesta del todo, pues quería participar de un modo activo en la comida. Luego, movida por un instinto de ambición, se había obstinado en que los Badeuil fueran los padrinos; y, habiendo estos tenido la condescendencia de aceptar, fue preciso esperar a que volviera la señora, que acababa de salir para Chartres con el fin de echar una mano al establecimiento de su hija, pues se hallaban en la feria de septiembre y la casa de la calle de los Juifs nunca estaba vacía. Por lo demás, conforme Lise dijera a Jean, iban a estar simplemente en familia: Fouan, la Grande y los Delhomme, además del padrino y la madrina.

Sin embargo, en el último momento habíanse presentado serias dificultades por lo que se refiere al abate Godard, que se empeñaba en no volver más a Rognes. Había estado esforzándose en tomarse las cosas con paciencia, en hacer los seis kilómetros que le suponía cada misa, en aguantar las exigencias zumbonas de un villorrio sin auténtica religión; todo eso y más estuvo consintiendo en espera de que el consejo municipal acabaría por permitirse el lujo de tener su propio párroco. Y al límite ya de su resignación, no podía seguir manteniendo ilusiones, pues el consejo rechazaba cada año la reparación del presbiterio, el alcalde Hourdequin manifestaba que el presupuesto estaba gravado en exceso. Sólo el primer teniente de alcalde Macqueron trataba con circunspección a los curas, aunque con sordas y ambiciones miras. Y el abate, que ya no tenía por qué andarse con más miramientos, trataba a Rognes con dureza, no concediéndole del culto más que lo estrictamente necesario, sin mimos de rogativas, cirios o incienso quemado por puro placer. Eso hacía que viviera en continua pendencia con las mujeres. En junio, sobre todo, había tenido lugar una verdadera batalla a

propósito de la primera comunión. Cinco criaturas, dos niñas y tres niños, seguían las clases de catecismo que daba los domingos después de la misa; y como quiera que tuviera que volver de nuevo para confesarles, había exigido que fueran las propias criaturas quienes se trasladasen a Bazoches-le-Doyen. Aquello produjo una primera reacción de revuelta en las mujeres. ¡Ni pensarlo! ¡Tres cuartos de legua para ir hasta allí, y otro tanto de vuelta! ¿Acaso no sabía lo que ocurría en cuanto chicos y chicas empezaban a correr juntos? Más adelante estalló la tormenta, terrible, espantosa, cuando se negó abiertamente a celebrar la ceremonia en Rognes, la misa mayor cantada y el resto. Se obstinaba en celebrarla en su parroquia, y, si ése era su deseo, libres eran para acudir allí las cinco criaturas. Durante quince días, en el corro de la fuente, las mujeres estallaban de cólera. ¿Hasta dónde iban a llegar? Si él era quien les bautizaba, les casaba y les enterraba en su propio suelo, ¿por qué no iba a darles la primera comunión? Pero él se mantuvo en sus trece, no dijo más que una misa rezada y despachó enseguida a los cinco comulgantes, sin añadir una flor, ni siquiera un *Oremus* de consuelo; e incluso trató desconsideradamente a las mujeres cuando, entristecidas y con lágrimas por aquella solemnidad malbaratada de aquella forma, le suplicaron que cantase las vísperas. ¡Nada de eso! Se limitaba a darle lo que estrictamente le correspondía; hubieran tenido cuanto querían misa mayor, vísperas, todo en fin, yendo a Bazoches, si su mala cabeza no les hubiera hecho enfrentarse con Dios. Después de aquella desavenencia, la ruptura era inminente entre el abate Godard y la aldea de Rognes, el menor choque conduciría a la catástrofe.

Cuando Lise fue a visitar al cura para hablarle del bautizo de su pequeña, éste le habló de señalarlo para el domingo, después de la misa; pero ella le rogó que volviese el martes a las dos, pues la madrina no regresaba de Chartres hasta ese día por la mañana; y el sacerdote acabó por darle su asentimiento, aunque recomendándole que fuesen puntuales y diciéndole a gritos que no esperaría ni un segundo.

El martes, a las dos en punto, el abate Godard se hallaba en la iglesia, sofocado por la caminata que acababa de darse y chorreando agua debido al chaparrón que le había caído encima. Todavía no había llegado nadie. Sólo se hallaba presente Hilarion, a la entrada de la nave, dedicado a barrer un rincón del baptisterio, sembrado de losas rotas, que siempre se habían visto allí. Desde la muerte de su hermana, el inválido vivía de la caridad pública, y el cura, que de vez en cuando le daba alguna que otra pieza de veinte sueldos, había tenido la idea de encargarle de aquella limpieza, que innumerables veces se propusiera llevar a cabo, pero que siempre había dejado para más

adelante. Durante algunos minutos estuvo distraído mirando como realizaba aquel trabajo. Pero enseguida surgió el primer sobresalto de cólera.

—¡Cómo! ¿Se estarán burlando de mí? Son ya las dos y diez.

Y mientras contemplaba, al otro lado de la plaza, la casa de los Buteau, silenciosa y como adormecida, vio al guarda rural que esperaba bajo el porche, fumando su pipa.

—¡Toca, Bécu! —le gritó—. ¡A ver si así se despabilan esos remolones!

Bécu, tan bebido como siempre, se colgó de la cuerda de la campana. El cura fue a ponerse su sobrepelliz. Desde el domingo tenía preparada el acta en el libro registro, y contaba además con despachar él sólo la ceremonia, sin la ayuda de monaguillos, que no hacían más que impacientarle. Cuando todo estuvo a punto, volvieron a desatársele los nervios. Llevaban transcurridos otros diez minutos, y la campana seguía tocando, con tozudez, de forma exasperante, en medio del solemne silencio del desierto pueblecito.

—Pero ¿qué estarán haciendo? ¿Habrán que traerlos cogidos de las orejas?

Por fin vio salir de casa de los Buteau a la Grande, que caminaba con su acostumbrado aire de vieja reina malvada, tan tiesa y seca como una estaca, a pesar de sus ochenta y cinco años. Un enorme disgusto tenía preocupada a la familia: todos los invitados se hallaban allí, salvo la madrina, a quien esperaban en vano desde primeras horas de la mañana; y el señor Badeuil, confuso, repetía sin cesar que no salía de su asombro, pues el día anterior por la tarde había recibido una carta, que algo debía haberla entretenido en Cloyes y que de un momento a otro la verían llegar. Lise, inquieta, sabiendo que al cura no le gustaba esperar, acabó ocurriéndosele la idea de enviarle por delante a la Grande, para que contuviera su impaciencia.

—¿Qué ocurre? —le preguntó desde lejos el sacerdote—. ¿Es hoy o mañana cuando se celebra la ceremonia?... ¿Creéis acaso que Dios está a vuestra disposición?

—Todo llegará, señor cura, todo llegará —respondió la vieja con su inalterable calma.

En aquel preciso momento Hilarion sacaba los últimos escombros de las losas, y pasó por delante, aguantando contra su vientre una piedra enorme. Iba balanceándose sobre sus torcidas piernas, pero no hacia la menor flexión; tenía la solidez de una roca y la fuerza muscular suficiente para cargarse un buey a sus espaldas. De su morro de liebre resbalaba saliva, sin que una sola gota de sudor humedeciese su dura piel.

El abate Godard, sintiéndose ultrajado por la flema de la Grande, la emprendió con ella.

—Vamos a ver, Grande, siendo tan rica como es usted ¿le parece caritativo dejar que su único nieto vaya mendigando por esos caminos de Dios?

Ella replicó con dureza:

—La madre me desobedeció, y ese muchacho nada tiene que ver conmigo.

—Pues bien, varias veces se lo previne, y vuelvo a repetirle ahora, que acabará en el infierno, si tiene mal corazón... El otro día, si no llega a ser por lo que yo le di, se hubiera muerto de hambre, y hoy me he visto forzado a inventar un trabajo por la misma razón.

Al oír la palabra infierno, la Grande había esbozado una débil sonrisa. Como ella misma solía decir, sabía demasiado de todas esas cosas; el infierno, para la gente humilde, estaba en la misma tierra. Sin embargo, la visión de Hilarion acarreado las losas, la hacía reflexionar más que las amenazas del sacerdote. Estaba realmente sorprendida, jamás le hubiera creído tan fuerte con sus arqueadas piernas.

—Si lo que quiere es trabajo —repuso por fin la vieja—, puede que se lo encuentre.

—Es en su casa donde debe estar. ¡Hágase cargo de él!

—Ya veremos, que venga mañana.

Hilarion, que se había enterado de todo, se puso a temblar de tal forma, que estuvo a punto de aplastarse los pies al soltar de repente la losa que transportaba. Y, cuando ya se alejaba, dirigió una mirada furtiva a la abuela, una mirada de animal azotado, llena de espanto y sumisión.

Todavía transcurrió media hora más. Bécu, harto de tirar de la cuerda, se dedicaba de nuevo a fumar su pipa. Y la Grande, silenciosa, imperturbable, permanecía allí, como si su presencia hubiera bastado para cubrir las atenciones que debían prestarse al cura; mientras tanto, éste, cuya exasperación iba en aumento, salía disparado a cada momento hasta la puerta de la iglesia para dirigir a través de la vacía plaza una mirada llameante hacia la casa de los Buteau.

—¡Vuelva a tocar, Bécu! —gritó de repente—. ¡Si dentro de tres minutos no están aquí, me largo!

Entonces, en medio del alocado voltear de la campana, que hizo alzar el vuelo y graznar a los cuervos centenarios, se vio a los Buteau y a su gente salir uno a uno y atravesar después la plaza. Habían tomado la resolución de ir poco a poco hacia la iglesia, con la esperanza de que de ese modo apresurarían la llegada de la madrina; Lise estaba consternada al ver que ésta

no acababa de venir. Desde allí hasta la iglesia no había más de cien metros, y el abate Godard les hacía señas para que se apresurasen.

—¡Pregúnteles si es que se están burlando de mí! ¡Luego dirán que no soy complaciente! ¡Hace más de una hora que espero!... ¡Despachemos, despachemos de una vez!

Y empujaba hacia el baptisterio a la madre, que llevaba en sus brazos a la recién nacida, al padre, al abuelo Fouan, al tío Delhomme, a la tía Fanny e incluso al señor Badeuil, el muy digno padrino enfundado en su negra levita.

—Señor cura —preguntó Buteau con exagerada humildad que escondía en el fondo la sorna—, ¿cabría esperar de su gran bondad que esperase todavía un poquito?

—¡Esperar! ¿A quién?

—Pues a la madrina, señor cura.

El abate Godard se puso rojo de ira, hasta el extremo de hacer temer un ataque apoplético. No sabía como salir de su sofoco, todo era balbucear:

—¡Busquen otra!

Todos se miraron entonces, Delhomme y Fanny agacharon la cabeza y Fouan declaró:

—Eso no puede ser, sería una tontería.

—Mil perdones, señor cura —interrumpió el señor Badeuil, que estimó un deber explicar las cosas como hombre de esmerada educación—. La culpa es nuestra, sin saberlo... Mi mujer me había escrito diciendo que regresaba esta mañana. Se encuentra en Chartres.

El abate Godard experimentó un sobresalto, y ya fuera de sí, perdiendo esta vez todo control, exclamó:

—En Chartres, en Chartres... Lamento por usted que se halle mezclado en todo esto. Pero la cosa no puede continuar... ¡No, no estoy dispuesto a seguir tolerándolo!

Su exaltación fue en aumento.

—Ya no saben qué afrenta hacer a Dios en mi persona; cada vez que vengo a Rognes recibo un nuevo bofetón... ¡Pues bien, demasiadas veces les advertí ya; si hoy me voy es para no volver más! Díganse a su alcalde, busquen un cura y páguenle, si es que quieren tener uno... Por lo que a mí se refiere hablaré a monseñor, le explicaré quienes son ustedes, y estoy seguro de merecer su aprobación... Sí, ya veremos quién resultará castigado. Van a vivir sin cura, como los animales...

Todos le escuchaban con curiosidad, aunque en el fondo con la perfecta indiferencia de seres prácticos a quienes dejaron de inspirarles miedo la cólera

y el castigo de Dios. ¿Para qué temblar y sentirse cohibidos? Más les valía guardar su respeto para los gendarmes del gobierno, cuya fuerza era ostensible.

El abate Godard observó entonces a Buteau, cuyo semblante no podía disimular el espíritu burlón, a la Grande con gesto de desdén, y a los mismos Delhomme y Fouan, cuya reacción era de frialdad, bajo la capa perenne de su seriedad; y ese pueblo que se escurría de sus manos, determinó la ruptura definitiva.

—Sus vacas tienen más religión que ustedes mismos... ¡Adiós! ¡Y metan a la criatura en una charca, si es que quieren bautizar a ese descendiente de salvajes!

Corrió a quitarse la sobrepelliz, volvió a atravesar enseguida la iglesia y salió de estampía, de forma tan rápida y tempestuosa que los allí reunidos para el bautizo, como abandonados en plena angustia, ni siquiera tuvieron tiempo de añadir una sola palabra, quedando anonadados y con los ojos desmesuradamente abiertos.

Pero lo peor fue que, en aquel momento, cuando el abate Godard descendía por la nueva calle que le llevaba a casa de Macqueron se vio llegar por la carretera una tartana, en la que iban la señora Badeuil y Élodie. La primera explicó a los familiares que se había detenido en Châteaudun, deseosa de abrazar a la pequeña, y que le habían permitido llevársela consigo dos días. Mostrábase desolada por el retraso, y, comprendiendo la angustia de todos, ni siquiera se había acercado a Roseblanche para dejar sus maletas.

—Hay que alcanzar al cura —dijo Lise—. Únicamente los perros se quedan sin bautizar.

Buteau echó a correr, y se le oyó a su vez bajar al galope por la calle de Macqueron. Pero el abate Godard le llevaba mucha delantera; Buteau atravesó el puente, subió el montículo y no pudo percibirle hasta llegar a la cúspide, donde el camino daba la vuelta.

—¡Señor cura! ¡Señor cura!

Éste acabó por volverse y esperó a que el otro llegase.

—¿Qué ocurre?

—La madrina acaba de llegar... El bautismo es algo que no puede rehusarse.

Por unos momentos, el sacerdote permaneció inmóvil. Pero luego, con el mismo paso apresurado y nervioso volvió a descender la ladera en pos del campesino; y así fue como entraron de nuevo en la iglesia, sin haber cruzado entre sí una sola palabra. La ceremonia fue muy breve; el sacerdote rezó

atropelladamente el *Credo* del padrino y de la madrina, ungió a la criatura y aplicó la sal vertiendo violentamente el agua bautismal. Instantes después ya estaba haciendo que firmaran en el libro de registro.

—Señor cura —dijo entonces la señora Badeuil, traje una caja de bombones para usted, pero la tengo en la maleta.

El cura hizo un gesto de agradecimiento y se marchó, no sin antes repetir, volviéndose hacia todos:

—¡Lo que es esta vez, adiós para siempre!

Los Buteau y su gente, sofocados por tanta prisa, le vieron desaparecer por la esquina de la plaza, con la negra envoltura de su sotana. Todo el pueblo se hallaba en el campo, y solo se veía por allí a tres rapaces, esperando con codicia las peladillas. En medio de aquel impresionante silencio, se oía el lejano ronquido de la batidora a vapor, que no paraba un momento.

Cuando todos estuvieron de regreso en casa de los Buteau, a cuya puerta seguía la tartana con la maleta, adoptaron el acuerdo de ir a beber una copa, para luego reunirse a cenar por la noche. No eran más que las cuatro ¿qué podían hacer permaneciendo reunidos hasta las siete? Entonces, cuando los vasos y los dos litros de vino estuvieron dispuestos sobre la mesa, la señora Badeuil puso especial empeño en que bajaran la maleta, para distribuir sus regalos. Una vez abierta, empezó por sacar la capa de cristianar y la gorrita, que llegaban tarde, naturalmente; a continuación aparecieron las seis cajas de dulces que regalaba a la recién parida.

—¿Son de la confitería de mamá? —preguntó Élodie, que no les quitaba la vista de encima.

La señora Badeuil quedó turbada por un momento. Luego, recobrada la tranquilidad, declaró:

—No, hija mía, tu mamá no tiene esta especialidad.

Y, volviéndose hacia Lise, añadió:

—Escucha, también pensé en ti, por lo que se refiere a ropa blanca... No hay nada tan útil como la ropa blanca vieja para un hogar... Se la pedí a mi hija y he desvalijado el fondo de sus armarios.

Al oír hablar de ropa blanca, Françoise, la Grande, los Delhomme y el propio Fouan se acercaron presurosos; y, formando un círculo alrededor de la maleta, vieron a la anciana dama desembalar todo un lote de trapos recién lavados, que, a pesar de la lejía empleada, exhalaban un persistente olor a almizcle. Primero salieron a relucir las sábanas de hilo fino hechas jirones, luego las camisas de mujer, también rajadas y de las que, en forma visible, habían sido arrancados los encajes.

La señora Badeuil iba desdoblado la ropa, sacudiéndola y dando al mismo tiempo sus explicaciones.

—Las sábanas, desde luego, no son nuevas que digamos. Se han utilizado por espacio de cinco años, y, a la larga, el roce del cuerpo, su uso constante... Como podéis ver, en el centro tienen un enorme agujero, pero los lados todavía están bien; pueden aprovecharse y de ahí se sacan fácilmente un montón de cosas.

Todos procuraban meter las narices entre aquel montón de ropa, y la palpaban, dando su aprobación con movimientos de cabeza; sobre todo las mujeres, la Grande y Fanny, cuyos apretados labios eran fiel reflejo de la envidia que sentían. En cuanto a Buteau, su risa era silenciosa, agudizada por las consideraciones picantes que se le iban ocurriendo, pero que guardaba para sí, naturalmente, por respeto a las conveniencias sociales. Fouan y Delhomme, mientras tanto, muy serios, daban muestras del respeto que les merecía la ropa blanca, la auténtica riqueza después de la tierra.

—En cuanto a las camisas —continuó la señora Badeuil mientras las desplegaba a su vez—, aquí las tienen. No están viejas del todo, aunque, eso sí, desgarrones tampoco les faltan; ¡un verdadero destrozo! Y como no siempre es posible zurcirlas, ya que se notan enseguida los remiendos y eso desmerece, es preferible apartarlas como ropa vieja... Pero tú, Lise, todavía sabrás sacarles partido.

—¡Claro que las usaré! —exclamó la campesina—. A mí me tiene sin cuidado que la camisa esté o no remendada.

—Y a mí —añadió Buteau con malicia, mientras hacía un guiño con los párpados—. Estaría encantado si me hicieras unos pañuelos con ellas.

Esta vez el regocijo fue general y sin disimulos, cuando la pequeña Élodie, que había seguido con la vista cada uno de los trapos sacados, cada camisa, exclamó inocentemente:

—¡Oh! ¡Qué olor tan raro y fuerte al mismo tiempo!... ¿Es de mamá toda esa ropa?

La señora Badeuil no vaciló un solo instante.

—Desde luego, querida... Mejor dicho, es la que usan las señoritas que tiene como empleadas en la tienda. En esa clase de comercio se necesita mucha ropa.

En cuanto Lise consiguió hacerlo desaparecer todo en el fondo de su armario con la ayuda de Françoise, pudieron por fin brindar; se bebió a la salud de la criatura bautizada, a quien la madrina había puesto el nombre de Laure, que era el suyo. Se distrajeron luego unos momentos charlando y se

oyó al señor Badeuil que, sentado sobre la maleta, interrogaba a su mujer, sin esperar a estar solos, impaciente por saber cómo iban las cosas por allí abajo. Todavía sentía verdadera pasión por todo aquello, soñaba a toda hora con aquella casa levantada con tanto trabajo y jamás olvidada. Las novedades no eran buenas: decididamente, su yerno Vaucogne, aquel apático de Achille, no secundaba a su hija Estelle y, aunque ésta continuara siendo el alma del negocio y tuviera una inteligencia despierta, la ayuda se echaba de menos. El inútil del yerno se pasaba los días fumando una pipa tras otra, dejando que todo se ensuciara y se rompiera; de esta forma, los cortinajes de las alcobas siempre estaban manchados, el espejo del saloncito rojo se hallaba cascado, y por todas partes los cacharros de agua y las palanganas se desportillaban, sin que a él se le ocurriera poner remedio. ¡Era tan necesario el brazo de un hombre para hacer que respetaran el mobiliario de la casa! A cada nuevo destrozo que su esposa mencionaba, el señor Badeuil lanzaba un suspiro, sus brazos se relajaban y su palidez iba en aumento. Una última queja susurrada en voz baja acabó de aniquilarle.

—En fin, para qué contarte; él mismo se las entiende con la del número cinco, una mujer gruesa...

—¿Qué estás diciendo?

—¡Oh! Estoy segura, yo misma les vi.

Charles, temblando de ira, cerró los puños en un arranque de exasperada indignación.

—¡Miserable! ¡Fatigar al personal, comerse su propio negocio!... ¡Ah! ¡Esto es el acabóse!

Con un gesto, la esposa le hizo callar, pues Élodie volvía en aquel momento del corral, donde había ido a ver las gallinas. Se bebió todavía algo más, y la maleta fue colocada de nuevo en la tartana, a la que los Badeuil siguieron a pie hasta llegar a su casa. Y cada uno se fue por su lado para echar una ojeada a lo suyo, en espera de que llegara la hora de la cena.

En cuanto se hubo quedado solo, Buteau, descontento por aquellas horas de la tarde perdidas, se quitó la chaqueta y se puso a trillar en el rincón pavimentado del patio, pues necesitaba con urgencia un saco de trigo. Pero el trillar simplemente pronto le aburrió, para animarse y entrar en calor necesitaba la doble cadencia de los mayales golpeando sistemáticamente. Llamó a Françoise, que le ayudaba con frecuencia en aquella faena, pues tenía los riñones fuertes y los brazos tan duros como pudiera tenerlos un muchacho. A pesar de la lentitud y el cansancio de aquel primitivo sistema, siempre se había resistido a adquirir una trilladora mecánica, diciendo, al igual que todos

los pequeños propietarios, que prefería realizar cada jornada el trabajo preciso y atender así solamente a las necesidades diarias.

—¡Eh!, Françoise, ¿vienes a echarme una mano?

Lise, con las narices metidas en un guiso de ternera con zanahorias, como quiera que había dejado a su hermana al cuidado de un asado de cerdo, trató de impedir que ésta obedeciera. Pero Buteau, enfadado, habló de zurrar a las dos.

—¡Dichosas mujeres! ¡Voy a hacer que os traguéis las cacerolas! ¡Es preciso ganarse el pan, puesto que también sabéis comerlo!

Françoise, que se había vestido ya de cualquier forma por temor a mancharse, no tuvo más remedio que seguirle. Cogió un mayal de largo mango y pala de cornejo. Se trataba del suyo, pulido y reluciente, recubierto en su extremidad con un bramante para que no resbalase. Con las dos manos le hizo girar sobre su cabeza para dejarlo caer después sobre la mies, que quedó instantáneamente segada por la pala de un golpe seco. Y a partir de aquel momento ya no se detuvo, manejándolo con habilidad, recogiénolo como si fuera una charnela en un movimiento rítmico y mecánico propio de un herrero, mientras Buteau, frente a ella, trabajaba de igual forma aunque a destiempo. Pronto se fueron caldeando, se aceleró el ritmo de la faena y ya no se vieron más que los instrumentos de trabajo revoloteando en un continuo trajinar semejante a un vuelo de pájaros ligados por las patas.

Al cabo de diez minutos, Buteau lanzó un ligero grito. Los mayales se detuvieron, y él dio la vuelta al haz. A continuación los mayales volvieron a ponerse en movimiento. Y transcurridos que fueron otros diez minutos, pidió él una nueva suspensión del trabajo y abrió el haz. Hasta seis veces tuvo que pasar bajo las palas antes de que los granos se hubieran desprendido de las espigas, dando así lugar a que la paja pudiera ser ligada. Uno a uno los haces iban sucediéndose. Durante dos horas no se oyó en la casa más que el toc-toc regular de los mayales, que dominaba a lo lejos el prolongado ronquido de la batidora a vapor.

Françoise, con las mejillas coloradas, las muñecas hinchadas y la piel ardiente, desprendía a su alrededor como una onda de llamas que temblaba visiblemente en la atmósfera. Un fuerte soplo salía de sus abiertos labios. Briznas de paja se habían enganchado en los revueltos mechones de sus cabellos. Y, a cada golpe que daba, cuando la joven volvía a levantar el mayal, su rodilla derecha ponía su falda tensa, las caderas y los senos aparecían hinchados, como si fueran a hacer estallar la tela, todo un perfil se dibujaba con crudeza reflejando la desnudez de su cuerpo de joven fuerte y

bien formada. Se le desprendió un botón del corpiño. Y Buteau pudo ver entonces la blancura de la carne bajo la línea bronceada del cuello, un subir y bajar de carnes que el movimiento del brazo convertía en continuo vaivén, en medio del potente juego de los músculos de los hombros. Él parecía excitarse más ante su ejemplo, y los mayales no cesaban de girar vertiginosamente, haciendo saltar el grano, que llovía en forma de granizo bajo aquel ruido rítmico y jadeante.

A las siete menos cuarto, cuando ya anochecía, se presentaron Fouan y los Delhomme.

—Será preciso que acabemos antes —les gritó Buteau sin cesar en la faena—. ¡Ánimo, Françoise!

Lejos de amainar en su tarea, la muchacha todavía golpeaba más duro, en medio de ese arrebató que produce el trabajo y el ruido. Y así fue como les halló Jean, que llegaba a su vez, autorizado para cenar fuera de la granja. Experimentó una brusca sensación de celos, y les contempló como si les hubiera sorprendido juntos, apareados en aquella ardiente faena, acompasados en el golpear de sus instrumentos de trabajo, bañados los dos en sudor, tan caldeados, tan deshechos, que más hubiera podido decirse de ellos estar plantando la simiente de un hijo que trillando. Tal vez Françoise, cuyo corazón estaba también alerta, experimentase la misma sensación, pues detuvo en seco su tarea, dando la impresión de sentirse molesta. Y al volverse entonces Buteau, permaneció unos momentos inmóvil, entre sorprendido y colérico.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

Pero en aquel instante descendía Lise seguida de Fouan y los Delhomme. Se acercó a ellos y gritó sonriente:

—¡Tate! Es verdad, todavía no te había dicho nada... Le vi esta mañana y le invité para que viniera a celebrarlo.

El inflamado rostro de su marido adquirió tan terrible aspecto, que ella añadió, como si deseara excusarse:

—Tengo entendido, tío Fouan, que quiere hacerle una petición.

—¿Qué petición? —preguntó el viejo.

Jean se sonrojó y empezó a balbucear, contrariado por el hecho de que la cuestión se planteara de aquella forma, tan súbitamente y delante de todos. Por lo demás, Buteau le interrumpió violentamente, pues la mirada sonriente que en aquel instante dirigía su mujer a Françoise, fue lo suficientemente elocuente como para quedar informado.

—¿Pretendes burlarte de nosotros? ¡No está hecha para ti, mal sujeto!

Aquella brutal acogida hizo que Jean recobrar por entero su valor. Volvió, pues, la espalda y, dirigiéndose al viejo, le dijo:

—La cosa no puede ser más sencilla, tío Fouan... Como usted es el tutor de Françoise, es a usted a quien tengo que dirigirme para solicitar su mano, ¿no es así?... Si Françoise está dispuesta a aceptarme como marido, yo también la quiero a ella. Lo que yo pido es casarme con la muchacha.

Françoise, que todavía sostenía en su mano el mayal, lo dejó caer sobrecogida. Tratábase de algo que sin duda esperaba; pero jamás se le hubiera ocurrido pensar que Jean se atreviese a pedirla así, tan rápidamente y al margen suyo. ¿Por qué no había empezado por hablarle a ella? Semejante idea la tenía trastornada, y ello hasta el punto de que no hubiera sabido decir si temblaba de anhelo o de temor. Y, vibrante toda ella por el trabajo realizado, con el pecho saliente entre su corpiño medio deshecho, permanecía entre los dos hombres, rebosando calor y con la sangre alterada hasta el punto de que las irradiaciones llegaban hasta ellos.

Buteau no dio tiempo a Fouan para contestar. Había vuelto a emprenderla con Jean, en medio de un furor creciente:

—¡Vaya, vaya! ¡Qué desfachatez!... ¡Un viejo de treinta y tres años casarse con una joven de dieciocho! ¡Quince años de diferencia! ¿No es algo realmente asqueroso? ¿Crees que vamos a entregarte carne tierna, con lo dura que tienes la piel?

Jean empezaba a enfadarse.

—¿Y a ti que te importa todo eso, si yo la quiero y ella me quiere a mí?

Y se volvió hacia Françoise, para que diese su aprobación. Pero ella seguía azorada, rígida, sin hacerse cargo, como si no comprendiese. No podía decir que no, pero tampoco dijo que sí. Buteau, por lo demás, le dirigía mortíferas miradas, como queriendo hundirle el «sí» en la garganta. Si llegaba a casarse, la perdía para siempre, y perdía también sus tierras. Y la repentina presencia en su mente de semejantes consecuencias, hizo que aumentara su rabia.

—Vamos a ver papá, veamos Delhomme, ¿no os repugna entregar esa joven a este viejo asqueroso, que ni siquiera es del país, y que viene de sabe Dios donde después de haber paseado su giba por todas partes?... Un carpintero fracasado que trató de convertirse en campesino porque seguramente tenía algún asunto sucio que esconder.

Todo su rencor hacia el obrero de la ciudad salía a relucir.

—A pesar de todo eso, si yo la quiero y ella me quiere a mí, ¿qué? —repitió Jean, que procuraba contenerse y se había prometido, por gentileza, no

sacar a relucir su primer devaneo—. Vamos, Françoise, di algo.

—¡Eso es verdad! —gritó Lise, a quien acuciaba el deseo de casar a su hermana para quitársela de en medio—. ¿Qué tienes tú que decir, si ellos están de acuerdo? Ella no necesita tu consentimiento; bastante buena es no enviándote a paseo... ¡Nos estás fastidiando al fin y al cabo!

Buteau entonces se dio cuenta de que el asunto estaba resuelto si la joven llegaba a hablar. Lo que temía sobre todo era que, una vez conocido lo ocurrido entre ellos, el matrimonio parecería lo más razonable y sensato. En aquel instante entraba la Grande en el patio, seguida de los Badeuil, que volvían con Élodie. Y les llamó con un gesto, aunque sin saber todavía lo que les diría. Luego, furioso, empezó a vociferar amenazando con el puño a su mujer y a su cuñada.

—¡Malditas vacas!... Sí, las dos no son más que unas sucias vacas... ¿Queréis saberlo? Pues tendré que decíroslo: ¡me acuesto con las dos! ¡Por eso se mofan de mí!... ¡Con las dos! ¡Cuando yo os lo digo!... ¡Son unas putas vulgares!

Boquiabiertos, los Badeuil recibieron en pleno rostro aquella serie de injurias y frases sucias lanzadas a voleo. La señora Badeuil se volvió precipitadamente para cubrir con su cuerpo a Élodie, que estaba escuchando; seguidamente, empujándola hacia el huerto, gritó también:

—Ven a ver las lechugas y las coles... ¡Oh! ¡Qué coles tan hermosas!

Buteau continuaba lanzando improperios, e inventaba detalles, explicando que cuando la una había recibido su ración, entonces le tocaba el turno a la otra hasta que quedaba a su vez bien atiborrada; y soltaba todo eso empleando los términos más crudos, como la oleada de una alcantarilla acarreando palabras abominables que jamás se dicen. Lise, asombrada simplemente por aquel brusco acceso, se contentaba con encogerse de hombros, repitiendo:

—¡Está loco! ¡No sabe lo que se dice!

—¡Dile que miente! —gritó Jean a Françoise.

—¡Pues claro que miente! —dijo la joven con aire tranquilo.

—¡Ah! ¡De modo que miento! —continuó Buteau—. ¿No es cierto que durante la siega te entregaste a mí gustosa?... ¡Pero ahora voy a ser yo quien os meterá en cintura a las dos, mujerzuelas rastreras!

Aquella furiosa audacia paralizaba y tenía aturdido a Jean. ¿Convenía explicar ahora que había poseído a Françoise? Le parecía algo sucio y fuera de lugar, sobre todo si ella no le ayudaba. Por lo demás, los otros, los Delhomme, Fouan y la Grande se mantenían en reserva. No pareció haberles sorprendido lo que oyeran, y pensaban, evidentemente, que si aquel buen

mozo se acostaba con las dos, muy dueño era de hacer con ellas lo que quisiera. Cuando se tienen determinados derechos, justo es hacerlos valer.

A partir de aquel instante, Buteau se sintió victorioso, tomando como pedestal de su triunfo el hecho de no serle discutida la posesión. Volviéndose hacia Jean, le dijo:

—Y tú, asqueroso, ten buen cuidado otra vez de no tratar de emporcar mi hogar... Para empezar, vas a salir de estampía enseguida... ¡Cómo! ¿Te niegas a marchar?... ¡Pues espera un momento, espera!

Y, cogiendo su mayal, empezó a darle vueltas con tal rapidez, que sólo dio tiempo a Jean para coger a su vez el otro mayal, el de Françoise, para defenderse. Se lanzaron gritos y quisieron separarles; pero su aspecto era tan terrible, se habían puesto en una tesitura tal, que todos retrocedieron. La largura de los mangos hacía que los golpes se asestasen a una distancia de varios metros, por lo que el patio quedó completamente despejado. Sólo quedaron allí ellos, en el centro, bastante distanciados el uno del otro, ensanchando el círculo de sus molinetes. No decían una sola palabra; uno y otro se limitaban a apretar los dientes. Lo único que se oía era el seco golpear de sus herramientas al posarse en el suelo cada vez que detenían la lucha.

Fue Buteau quien lanzó el primer golpe, y Jean, todavía agachado, habría recibido un trastazo en la cabeza de no haber dado un salto hacia atrás. Inmediatamente después, con un brusco y rígido movimiento de músculos, levantó con rapidez y volvió a dejar caer el mayal, lo mismo que hace un segador cuando está trillando el grano. Pero ya el otro golpeaba por su parte, y los dos batidores de corneja se cruzaron en el aire, replegándose sobre sus correas en un loco vuelo de pájaros heridos. Por tres veces tuvo lugar el mismo choque. No se veía más que aquellos bastones zumbando en el aire, dispuestos siempre a partir el cráneo que amenazaban.

Al oír gritar a las mujeres, Delhomme y Fouan se precipitaron hacia ellos. Jean acababa de caer rodando por la paja, traidoramente sorprendido por Buteau, quien, de un fuerte golpe pegado a ras del suelo, que afortunadamente quedó amortiguado en el último momento, le había alcanzado en las piernas. Se puso otra vez en pie y blandió su mayal con un coraje que decuplicaba el dolor. El mayal describió un amplio círculo y cayó hacia la derecha cuando el otro esperaba que lo hiciera por la izquierda. Unos centímetros más y el cráneo habría saltado hecho pedazos. Lo único que hizo fue rozarle la oreja, pero en cambio el golpe de sesgo que siguiera le dio en pleno brazo, que se rompió en seco. El hueso al romperse, produjo un ruido semejante al de un vaso que se estrella en el suelo.

—¡Asesino! —gritó Buteau—. ¡Me ha matado!

Jean, con la mirada hosca y los ojos inyectados en sangre, soltó su arma. Luego contempló a todos durante unos instantes, como atontado por las cosas que acababan de suceder allí, cuyo desarrollo había sido tan rápido; y se alejó cojeando, con un gesto furiosamente desesperado.

Cuando hubo doblado la esquina de la casa, dirigiéndose hacia la llanura, percibió a la Trouille, que había presenciado la batalla por encima de la tapia del corral. Todavía se estaba riendo; se había acercado para fisgonear el bautizo, al que ni ella ni su padre habían sido invitados. ¡Las bromas que haría Jesucristo sobre la pequeña fiesta familiar y el brazo roto a su hermano! Y se retorció de risa como si la estuvieran haciendo cosquillas, a punto de caerse de espaldas de tanto como le divertía aquello.

—¡Oh! ¡Vaya golpe, Caporal! —gritó la muchacha—. ¡El hueso ha hecho crac!

Jean no respondió; su marcha se había hecho más lenta y caminaba con aire compungido. Ella le siguió, después de haber silbado a las ocas que trajera consigo como pretexto para poder estacionarse y escuchar detrás de los muros. Él, maquinalmente, se volvía hacia la trilladora, que todavía funcionaba a pesar de estar ya anocheciendo. Pensaba que todo se había acabado, que no podría volver a ver a los Buteau y que jamás le darían a Françoise. ¡Habríase visto cosa más estúpida! Diez minutos habían sido suficientes: una riña que él había estado muy lejos de buscar, un golpe tan desgraciado en el preciso momento en que las cosas empezaban a enderezarse... ¡Jamás, ahora jamás! El ronquido de la máquina, al fondo del crepúsculo, se prolongaba como una enorme queja de angustia.

En aquel momento se produjo un encuentro. Las ocas de la Trouille, que la muchacha volvía a casa, toparon en un cruce, situándose frente a frente, con las ocas del tío Saucisse, que regresaban completamente solas al pueblo. Los dos gansos que iban en cabeza se detuvieron bruscamente, contoneándose, con sus grandes y amarillentos picos uno frente al otro; y los picos de cada una de las manadas, todos a la vez, siguieron al pico de su respectivo jefe, mientras los cuerpos se contoneaban también, ladeándose por el mismo sitio. Durante unos instantes la inmovilidad fue absoluta, hubiérase dicho tratarse del encuentro de dos patrullas para intercambiar órdenes. Después, con los ojos muy abiertos y satisfecho al parecer, uno de los machos siguió el camino recto, mientras el otro torcía a la izquierda, en tanto que cada manada desfilaba detrás del suyo, yendo a sus cosas, en medio de un contoneo uniforme.

CUARTA PARTE

I

DESDE el mes de mayo, después de haberse procedido al esquila y a la venta de los chotos, el pastor Soulas había sacado los corderos de la Borderie, cerca de cuatrocientos animales, que manejaba él solo junto con el pequeño porquero Auguste y sus dos perros, *Empereur* y *Massacre*, dos terribles canes. Hasta el mes de agosto la manada pacía en los barbechos, en los trebolados, en las alfalfas e incluso en los eriales, a lo largo de los caminos; y hacía apenas tres semanas, desde la terminación de la siega, que los tenía finalmente en los rastrojos, bajo los últimos soles ardientes de septiembre.

Era aquella una época del año realmente abominable; la Beauce aparecía despojada de toda su riqueza, desolada por completo, exhibiendo sus desnudos campos, sin sólo un manojo de verde. Los calores del verano y la falta de agua habían secado la tierra, que parecía resquebrajarse; desaparecía toda clase de vegetación, no quedando allí otra cosa que la suciedad de las hierbas muertas y el erizamiento de los rastrojos, cuyas figuras rectangulares, extendiéndose hasta el infinito, ensanchaban el vacío asolador y mohíno de la llanura, como si un incendio hubiera cruzado de un extremo a otro del horizonte. Un reflejo amarillento parecía haber quedado a ras del suelo, una luz mortecina, una lívida luminosidad de tormenta: todo parecía amarillo, de un amarillo horrorosamente triste, la tierra tostada, los muñones de los tallos cortados, los caminos que cruzaban los campos, llenos de baches y destrozados por el rodar de los carros. A la menor ráfaga de viento, se levantaban grandes polvaredas que cubrían los rastrojos y los setos con su ceniza. Y el cielo azul, el sol resplandeciente, no significaban en aquel escenario más que una nota de tristeza que añadir a semejante desolación.

Precisamente aquel día soplaba un fuerte ventarrón; ráfagas de aire cálidas e intermitentes, que arrastraban grandes masas de nubes; y cuando el sol despejaba esporádicamente el cielo, quemaba la piel, como si se tratara de una mordedura de hierro al rojo vivo. Desde por la mañana, Soulas esperaba el agua que tenían que traer para él y sus animales, pues en la rastrojera donde

se hallaba al Norte de Rognes, no había ninguna balsa o charca. En el redil, en medio de los movedizos cañados, los corderos, tumbados panza arriba, respiraban con un aliento corto y penoso, en tanto que los dos perros, fuera del cercado, jadeaban también con un palmo de lengua fuera. El pastor, buscando un poco de sombra, se había sentado junto a la barraca con dos ruedas que instalaba en cada desplazamiento que hacía del parque de ganado, un reducido cuchitril que le servía de lecho, de armario y de fresquera. Pero al mediodía el sol caía a plomo, y repentinamente se puso de pie, para escudriñar a lo lejos si Auguste regresaba de la granja, adonde le había enviado para que preguntase por qué no llegaba el tonel.

Por fin apareció el pequeño porquero, gritando con fuerza:

—Vendrán de un momento a otro; no había caballos disponibles esta mañana.

—Y tú, tonto perdido, ¿no se te ha ocurrido coger un litro de agua para nosotros?

—Pues no; no pensé en ello... Yo sí he bebido.

Soulas, con el puño cerrado, le lanzó un cachete, que el rapaz evitó dando un salto. El pastor no hacía más que jurar, pero acabó por decidirse a comer aún careciendo de agua, a pesar de la sed que le agobiaba. Con mucho recelo y a indicación suya, Auguste había sacado del carricoche pan de ocho días, algunas nueces secas y queso; y los dos se pusieron a comer, bajo la mirada de los perros, que vinieron a sentarse delante de ellos, atrapando de vez en cuando una corteza con la boca, tan dura que crujía entre sus mandíbulas como si se hubiera tratado de un hueso. A pesar de sus setenta años, el pastor trabajaba con sus encías con la misma rapidez que pudiera hacerlo el pequeño con los dientes. Permanecía de pie, resistente y nudoso como un bastón de espino, con la cara sembrada de surcos, recordando el tronco de un árbol bajo el enmelenamiento de sus descoloridos cabellos. Y el porquero acabó recibiendo su coscorrón, una bofetada que le hizo rodar hasta el carricoche, en el momento en que, olvidando su vigilancia, se disponía a cortar del resto que quedaba de pan y de queso.

—¡Toma, adoquín! ¡Bébetese ese cachete en espera de que traigan el agua!

Hasta las dos nadie ni nada apareció por allí. El calor había aumentado hasta hacerse intolerable en los largos lapsos de calma que de tanto en tanto imperaban. Por otra parte, de la tierra convertida en polvo, al soplar el viento levantaba en aquel lugar pequeños remolinos, una especie de humaredas cegadoras y sofocantes que exasperaban más aún el suplicio de la sed.

El pastor que, armado de paciencia, permanecía estoico, sin dejar traslucir su malestar ni exhalar una queja, tuvo por fin un gruñido de satisfacción.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Bien se han hecho esperar, pero aquí están por fin!

En efecto, dos carruajes, apenas del tamaño de un puño, acababan de hacer su aparición en el horizonte de la llanura; y, en el primero de ellos, que conducía Jean, reconoció el tonel de agua, mientras que el segundo, llevado por Tron, iba cargado de sacos de trigo con destino al molino, cuya armazón de madera se divisaba a unos quinientos metros de distancia. El último de los carruajes se detuvo en la carretera, por haber querido Tron acompañar al otro a través de los rastrojos, pretextando echarle una mano: la cuestión era holgazanear y estar charlando un rato.

—¡Por lo visto os proponéis que reventemos de sed! —gritó el pastor.

Los corderos, que también habían olfateado el agua, se levantaron en tumulto, aplastándose contra el cercado de cañas, alargando la cabeza y balando quejumbrosamente.

—¡Paciencia! —respondió Jean—. ¡Aquí tenéis agua para hartaros!

A toda prisa se instaló el abrevadero, que fue llenado con ayuda del canalón de madera; y como en la parte de abajo había un escape, allí estuvieron enseguida los perros que se pusieron a beber a lengüetadas, completamente a sus anchas, en tanto que el pastor y el pequeño porquero, sin esperar más, bebían glotonamente en el propio canalón. El rebaño entero desfiló por allí; no se oía más que el chorro de aquel agua bienhechora y el ruido de las gargantas que tragando felices con salpicarse de lodo y mojarse por todas partes, tanto los animales como las personas.

—Ahora —dijo Soulas ya repuesto—, si ustedes fueran tan amables, me echarían una mano para cambiar de lugar el aprisco.

Jean y Tron accedieron a ello. Por entre los grandes rastrojos, el aprisco estaba siempre de viaje; no permanecía en el mismo sitio más de dos o tres días; el tiempo justo para permitir a los corderos comerse las hierbas locas; aquel sistema tenía además la ventaja de producir el mismo efecto que si se quemasen los rastrojos pieza a pieza. Mientras el pastor, ayudado por los perros, guardaba la manada, los dos hombres y el pequeño porquero arrancaron los cayados, transportando las canas a una cincuentena de pasos; luego las fijaron de nuevo sobre un amplio cuadrilátero, al que los propios animales fueron a refugiarse antes de que estuviera cercado por completo.

A pesar de su avanzada edad, Soulas empujó su carricoche para situarlo cerca del redil artificial. Luego, refiriéndose a Jean, preguntó:

—¿Qué le ocurre? Diríase que le ha caído el cielo encima.

Y como el mozo moviese la cabeza con aire de tristeza, enfermo realmente desde que creyera haber perdido para siempre a Françoise, el viejo añadió:

—Vamos a ver, ¿no andará metida de por medio alguna mujer?... ¡Ah! ¡Maldita sea! ¡Deberían retorcerles el cuello a todas!

Tron, con sus extremidades de coloso y su aire inocente de bonachón, se echó a reír.

—Eso es lo que suele decirse cuando ya no se puede con ellas.

—Que ya no puedo, que ya no puedo... —repitió el pastor desdeñosamente—. ¿Es que acaso lo intenté contigo?... Bien sabes, hijo mío, que hay una de esas mujeres a las que me estoy refiriendo, que harías mejor dejándola de lado, pues tengo la seguridad de que la cosa acabará mal.

Aquella alusión a sus relaciones con Jacqueline hizo que el criado se sonrojara hasta las orejas. Soulas les había sorprendido juntos una mañana, en el fondo de la granja, detrás de unos sacos de avena. E impulsado por el rencor que guardaba hacia aquella antigua fregatriz, perversa hoy con sus antiguos compañeros de trabajo, se decidió por fin a abrirle los ojos al amo; pero en cuanto pronunció la primera palabra, éste le había mirado con un aire tan terrible, que se había convertido como por encanto en un ser silencioso, resuelto a no hablar, de no ser que algún día la Cognette le pusiera en el disparadero al tratar de echarle. Así pues, vivían en pie de guerra, él temiendo ser despedido como una vieja bestia inválida, y ella en espera de ser lo bastante fuerte y poderosa para exigir semejante cosa de Hourdequin, que seguía conservando a su pastor pese a todo. En toda la Beauce no existía pastor que supiera conducir mejor su rebaño, sin deterioros ni pérdidas, dejando completamente raso el campo de uno a otro extremo, sin una sola hierba.

El viejo, presa de una especie de comezón por hablar que suele vaciar a veces el corazón de las personas que acostumbran a vivir solitarias, continuó:

—¡Ah! ¡Si la maldita de mi mujer, antes de reventar, no se hubiera bebido todas mis economías y mi dinero a medida que lo iba ganando, sería yo quien se hubiera largado de la granja para no presenciar tanta suciedad!... ¡La Cognette!... He ahí una mujer cuyas nalgas han trabajado más que sus manos; bien podéis asegurar que debe la posición que ocupa a su piel, más que a sus propios méritos. ¡Cuando uno piensa que el amo la permite acostarse en el lecho de su difunta esposa, y que terminó por conseguir comer sola con él, como si fuera su auténtica mujer! Cabe esperar todo de ella. ¡El día menos

pensado nos despacha a todos, incluyendo al propio amo!... ¡Una marrana que no ha tenido inconveniente en dejarse arrastrar por el último de los cerdos!

Tron, a cada frase del viejo, apretaba más sus puños. Solían apoderarse de él esas cóleras socarronas que su fuerza de gigante hacían verdaderamente terribles.

—¿No te parece que ya está bien? —gritó—. Si todavía fueras un hombre, seguro que te hubiera abofeteado ya... Tiene ella más honradez en su dedo meñique, que tú en todo ese cuerpo de viejo carcamal.

Pero Soulas, guasonamente, se había limitado a encogerse de hombros ante la amenaza. Y él, que nunca se reía, soltó una carcajada brusca y forzada, como el rechinamiento de una polea fuera de uso.

—¡Jeannot, bobo, más que bobo! ¡Eres tan tonto como ella malvada! ¡Ah! ¡Es muy capaz de querer mostrarte su doncellez en una urna de cristal! ¡Cuando yo te digo que todo el país ha desfilado por encima de su vientre! Compréndelo, mi trabajo consiste en pasear, no tengo más misión que la de vigilar, y veo sin proponérmelo muchas cosas relacionadas con esas jovencitas que tanto cacarean... Apenas tenía catorce años, cuando la sorprendí en la cuadra con el tío Mathias, un jorobado que ya murió; más tarde, un día en que estaba amasando, al lado mismo del horno, con un rapazuelo, el pequeño porquero Guillaume, hoy soldado; y lo mismo con todos los criados que han pasado por la granja, y en todos los rincones, sobre la paja, encima de los sacos, por tierra... Ni siquiera se toma la molestia de buscar un sitio apartado. Si no me crees, aquí mismo tienes a uno a quien pesqué con ella una mañana en el henil.

Y soltó una nueva carcajada, mientras la mirada de soslayo que dirigió a Jean molestó vivamente a este último, que se callaba, encorvando la espalda, desde que empezaran a hablar de Jacqueline.

—¡Pues que intente alguien tocarla ahora! —gruñó Tron, sacudido por la cólera que siente el perro cuando intentan arrebatarle un hueso—. ¡Le aseguro que no le quedarán ganas de probar dos veces!

Soulas le contempló durante unos instantes, sorprendido ante aquellos celos de bruto. Luego, cayendo de nuevo en uno de sus largos y aburridos silencios, concluyó con voz breve:

—Tú verás lo que haces, hijo mío.

Cuando Tron hubo alcanzado el carruaje que conducía al molino, Jean permaneció todavía varios minutos con el pastor para ayudarlo a hundir con el

mazo algunos de sus cayados; y éste, viéndole tan triste y silencioso, acabó por decirle:

—Supongo que no será la Cognette quien te ha metido el corazón en un puño.

El mozo respondió que no con un enérgico movimiento de cabeza.

—¿Es otra, entonces?... ¿Qué otra puede ser para que yo nunca os haya visto juntos?

Jean contemplaba al tío Soulas, diciéndose para sus adentros que, tratándose de esa clase de problemas, los viejos suelen dar buenos consejos. Y, cediendo a la necesidad de expansionarse, le contó todo el asunto, explicándole cómo había llegado a poseer a Françoise y por qué desesperaba de volverla a ver después de la lucha sostenida con Buteau. Incluso temió que éste le llevase a los tribunales a causa del brazo fracturado, que le impedía toda clase de trabajo, aunque ahora ya estaba medio curado. Pero Buteau había pensado sin duda que jamás resulta beneficioso dejar que la justicia meta las narices en casa de uno.

—¿De modo que te revolcaste con Françoise? —preguntó el pastor.

—Sí, una vez.

Soulas reflexionó unos momentos y por fin se pronunció sobre el particular.

—Es preciso contárselo al tío Fouan. Quizá le convenzas para que te la entregue.

Jean quedó asombrado, pues no se le había ocurrido pensar en una gestión tan sencilla. El redil había quedado instalado con aquellos últimos toques, y Jean partió decidido aquella misma noche a ver al viejo. Mientras el joven se alejaba, Soulas, detrás de su vacío carricoche, ofreció de nuevo a la vista su eterna figura de siempre; de pie, en medio de su delgadez, cortaba como un palote gris la lisa línea de la llanura. El pequeño porquero, entre los dos perros, se había colocado a la sombra de la barraca rodante. El viento acababa de cesar bruscamente; la tempestad había derivado hacia el Este; y hacía mucho calor, el sol fosforecía teniendo como fondo el cielo de un color azul puro.

Por la noche, Jean, abandonando el trabajo una hora antes, se fue a ver al tío Fouan, en casa de los Delhomme, procurando llegar antes de la cena. Cuando bajaba la colina, vio a éstos en sus viñedos, donde estaban arrancando hojas para despejar los racimos: las lluvias habían caído en demasía al final de la otra luna, la uva maduraba mal y se trataba ahora de aprovechar las últimas buenas soleadas. El viejo no se encontraba allí, y Jean apresuró el paso con la

esperanza de poder hablar a solas con él, tal como prefería hacerlo. La casa de los Delhomme se hallaba al otro extremo de Rognes, después de atravesado el puente. Era una pequeña granja a la que se habían añadido recientemente una serie de cobertizos, tres cuerpos de edificación irregulares, formando como un cerco alrededor de un ancho patio, barrido todas las mañanas, en el que los montones de estiércol parecían trazados al cordel.

—¡Buenas noches, tío Fouan! —gritó Jean desde la carretera con voz poco firme.

El viejo estaba sentado en el patio con un bastón entre las piernas y la cabeza baja. Sin embargo, a una segunda llamada, levantó la vista y acabó por reconocer a Jean.

—¡Ah! ¡Es usted, Caporal! ¿Qué le trae por aquí?

Le acogió con tanta naturalidad, en un tono tan exento de rencor, que el joven entró resueltamente. Al principio no se atrevió a hablarle del asunto; su valor le abandonaba ante la idea de contar así, de golpe, el tropiezo tenido con Françoise. Estuvieron, pues, hablando del buen tiempo, de lo bien que iba a los viñedos. Ocho días más de sol y el vino sería magnífico. Luego el joven quiso hacerse simpático.

—Es usted un auténtico burgués; no existe propietario en toda la comarca que pueda considerarse tan feliz como usted.

—Sí, desde luego.

—¡Ah! ¡Cuando se tienen hijos como los suyos! ¡Difícil sería encontrarlos mejores!

—Sí, sí... Sólo que, compréndalo, cada uno tiene su carácter.

Su espíritu parecía más ensombrecido de lo que ya estaba. Desde que vivía en casa de los Delhomme, Buteau no le pagaba la renta, alegando que no quería que la hermana se aprovechara de su dinero. Jesucristo jamás había dado un céntimo, y en cuanto a Delhomme, como alimentaba y daba cobijo a su suegro, ya no le entregaba nada. El no llevar dinero en el bolsillo, no era sin embargo lo que le hacía sufrir, tanto más cuanto que el anciano percibía del despacho del señor Baillehache los ciento cincuenta francos anuales, a razón de doce francos cincuenta por mes, que le iban pagando por la venta de la casa. Con eso tenía suficiente para sus pequeños caprichos, es decir, sus dos sueldos de tabaco cada mañana, su trago en casa de Lengaigne y su taza de café en casa de Macqueron, ya que Fanny, muy meticulosa y tacaña, no sacaba el café ni el aguardiente de su armario más que cuando alguien estaba enfermo. A pesar de todo, aunque pudiera distraerse fuera y nada le faltase realmente en casa de la hija, se encontraba a disgusto, triste y de mal humor.

—Sí, desde luego —prosiguió Jean sin darse cuenta de que ponía el dedo en la llaga—, en hogar ajeno nunca se encuentra uno como en su propia casa.

—¡De eso mismo se trata precisamente! —repitió Fouan en un tono de voz que más parecía un refunfuño.

Y, levantándose, como presa de un impulso irresistible de rebeldía, exclamó:

—Vamos a echar un trago... ¡Creo que tengo derecho a ofrecer un vaso de vino a un amigo!

Pero en cuanto estuvieron en el umbral de la puerta, un temor pareció asaltarle.

—Límpiese las suelas de sus zapatos, Caporal, porque, verá usted; ¡son tantas las manías que tienen con eso de la limpieza!...

Jean entró turbado, deseoso de vaciar su corazón antes de que regresaran los dueños de la casa. Le dejó sorprendido el buen orden que reinaba en la cocina: los cobres relucían, ni una sola mota de polvo se veía sobre los muebles, y el suelo, a fuerza de fregarlo, estaba gastado. Todo aquello resultaba limpio y frío a la vez, como si la casa estuviera deshabitada. Junto al fuego, cubierto con ceniza, podía verse un puchero con sopa de coles del día anterior, que se conservaba caliente al amor de la lumbre.

—¡A su salud! —dijo el viejo, que había sacado del aparador una botella empezada y dos vasos.

Su mano temblaba al llevarse el vaso a la boca, por temor sin duda a lo que estaba haciendo. Luego, como hombre que se ha decidido a correr todo riesgo, lo dejó resueltamente encima de la mesa y añadió:

—¡Si le dijese que Fanny no me ha vuelto a hablar desde anteayer porque escupí en el suelo!... ¡Sí, escupir! ¿No escupe acaso todo el mundo? Pues claro que escupo, cuando tengo ganas... No, no, más vale largarse de una vez que vivir de esta manera.

Y, sirviéndose un nuevo vaso, contento con tener un confidente a quien quejarse, sin dejar meter baza al convidado, se desahogó a sus anchas, pues encontraba en ello un alivio. No se trataba más que de agravios insignificantes de la reacción colérica del anciano al que no se toleran sus más mínimos defectos, y al que se intentaba someter, demasiado estrictamente acaso, imponiéndole unas costumbres muy distintas a las suyas. Las sevicias graves y los malos tratos de obra no le hubieran producido un efecto más lamentable. Una observación cualquiera, reiterada en un tono demasiado vivo, le resultaba tan dura e insoportable como un cachete; y su hija mostraba a este respecto una susceptibilidad exagerada, esa vanidad recelosa de la campesina honrada

que se siente ofendida y le pone mala cara a uno a la menor contrariedad o malentendido. De esta forma, las relaciones entre padre e hija se hacían cada día más difíciles... Ella, que en otro tiempo, cuando tuvo lugar la partición, había sido realmente la mejor, mostraba ahora, cada vez más acentuada, una conducta de acritud para con su padre que acabó convirtiéndose en auténtica manía persecutoria, siempre detrás del pobre infeliz, limpiando y barriendo constantemente a su alrededor, evidenciándole en fin por lo que hacía o dejaba de hacer. Nada trascendental ni grave en definitiva, pero sí todo un suplicio para el viejo, que le hacía llorar a todas horas por los rincones.

—También uno tiene que ceder y poner de su parte lo que pueda —repetía Jean a cada queja que oía—. Con paciencia siempre se arregla todo.

Pero Fouan, que acababa de encender una vela, lejos de calmarse, seguía en su excitación y se encolerizaba más aún.

—¡No, no, ya estoy harto!... ¡Ah! ¡Si llego a saber lo que me esperaba! Debí reventar el día en que se me ocurrió vender la casa... Sólo que se equivocan si creen tenerme cogido. Preferiría ir a picar piedra en la carretera.

El sofoco que experimentaba hizo que tuviera que sentarse, circunstancia que aprovechó el joven para hablar por fin.

—Escuche, tío Fouan, deseaba verle a causa del incidente aquel, ¿sabe usted? Como el otro empezó atacándome... Eso no impide que Françoise y yo estemos de acuerdo, y, en estos momentos, nadie más que usted puede arreglar el asunto... Si usted aceptara ir a casa de los Buteau, podría poner las cosas en su lugar con las explicaciones que diera.

El viejo se había puesto serio. Movía la barbilla, su aire era de preocupación por no saber qué responder, cuando el regreso de los Delhomme vino en su ayuda y le evitó la pena de tener que definirse. No pareció sorprenderles el tener a Jean entre ellos, y le dispensaron la buena acogida de costumbre. Pero, ya de un primer vistazo, Fanny había visto la botella y los vasos sobre la mesa. Se los llevó y fue en busca de un trapo de cocina. Luego sin mirarle siquiera, la hija, que desde hacía cuarenta y ocho horas no le había dirigido la palabra, dijo secamente:

—Padre, ya sabe que esto no me gusta.

Fouan se irguió, temblándole todo el cuerpo, furioso ante aquella observación hecha en presencia de un extraño.

—¿Todavía estamos con esas? ¡Por lo más sagrado! ¿Es que ni siquiera puedo ofrecer una copa a un amigo?...

¡Guarda tu vino si quieres; beberé agua y en paz!

De repente cambió la escena y fue ella quien se mostró terriblemente ofendida al verse acusada de avara. Y respondió poniéndose muy pálida:

—Puede beber cuanto haya en la casa hasta reventar, si eso le divierte... Lo que no quiero es que ensucie la mesa con sus vasos que gotean y quedan luego marcados, lo mismo que en una taberna.

Las lágrimas asomaban a los ojos del padre. Sólo le quedaron ánimos para soltar una última frase.

—Un poco menos de limpieza y algo más de corazón; sería preferible, hija mía.

Y, mientras ella limpiaba la mesa con aspereza, el padre se fue hacia la ventana, desde donde se dedicó a contemplar la oscura noche que ya se había echado encima, sacudido por la desesperación que le embargaba, aunque procurase ocultarlo.

Delhomme, evitando tomar partido por uno u otra, había apoyado con su silencio la que estimaba ser actitud firme y sensata de su mujer. No quiso dejar que se fuera Jean sin antes haber bebido otro trago, en unos vasos que antes trajera ella con sus correspondientes platitos. Y, a media voz, trató la mujer de excusar su comportamiento para con el viejo, en forma tranquila y pausada.

—¡No puede imaginarse lo que se sufre con los viejos! Están llenos de manías, de malas costumbres, y antes reventarían que tratar de enmendarse... Éste en particular no es que tenga nada de malvado, ni tampoco le quedan fuerzas para serlo. Pero ello no es obstáculo para que prefiriese mil veces tener que guardar cuatro vacas a cuidar un viejo.

Jean y Delhomme expresaban su aprobación con movimientos de cabeza. Pero vino a interrumpir su comentario la brusca entrada de Nénesse, vestido como un muchacho de ciudad, con chaqueta y pantalón de fantasía, de confección barata, comprados en el establecimiento de Lambourdieu, y tocado con un sombrero de fieltro duro. Con el cuello estirado y la nuca pelada, se contoneaba con un aire sospechoso de hombre afeminado, que contribuía a acentuar sus azules ojos y su hermosa, pero poco expresiva faz. Siempre había sentido horror por el campo y sus labores, y marchaba al día siguiente a Chartres, para trabajar en casa de un fondista que tenía asimismo un salón de baile público. Durante mucho tiempo los padres estuvieron luchando contra aquella deserción del cultivo; pero la madre, movida por un sentimiento de vanidad, había acabado por convencer al padre para que le permitiera irse. Y, desde por la mañana, Nénesse andaba de juerga con los amigos del pueblo, para despedirse de ellos.

Durante unos instantes, el muchacho pareció sentirse contrariado por encontrar allí a un extraño. Finalmente se decidió a hablar.

—Escucha, madre, quiero invitarles a cenar en casa de Macqueron. Necesitaría algún dinero.

Fanny le miró fijamente, con la boca ya abierta para decirle que no. Pero era tanta su vanidad, que la presencia de Jean la contuvo. ¡Qué duda cabía, su hijo podía gastarse veinte francos sin que ello les causara gran es torsión! Y desapareció, tiesa y silenciosa.

—¿Ha venido alguien contigo? —preguntó el padre a Nénesse.

Le había parecido ver una sombra en la puerta. Se acercó y, reconociendo al muchacho que se había quedado fuera, exclamó:

—¡Toma! ¡Pero si es Delphin!... ¡Entra, muchacho!

Al oírle, Delphin se aventuró a entrar, saludando y tratando de excusarse. Iba vestido con un calzón y blusa azules, unos gruesos zapatos de labor, sin corbata, y la piel de su cuerpo aparecía curtida por las muchas horas de trabajo realizado al sol.

—Y tú —siguió diciendo Delhomme, que le tenía en gran estima—, seguramente partirás también un día de estos hacia Chartres, ¿no es eso?

Delphin abrió desmesuradamente los ojos; luego contestó con violencia:

—¡Oh! ¡No, eso sí que no! ¡Me moriría en la ciudad!

El padre dirigió a su hijo una mirada de sesgo, en tanto que el otro muchacho, queriendo ayudar al amigo y acudir en su socorro, añadió:

—Cuadra mejor a Nénesse eso de irse a vivir allí. Él sabe ir elegante y toca el cornetín.

Delhomme esbozó una sonrisa de satisfacción, pues el talento que demostraba su hijo tocando el cornetín le llenaba de orgullo. A todo esto, Fanny llegaba con la mano repleta de monedas de cuarenta sueldos, de las cuales contó y depositó diez en la de Nénesse; tratábase de unas monedas blancas y relucientes por haber permanecido ocultas bajo un montón de trigo. No acababa de fiarse de su armario, y ocultaba su dinero en esa forma, en pequeñas sumas, aprovechando todos los rincones de la casa, el granero, entre el carbón o en la misma arena; por este motivo, cuando pagaba, el dinero con que lo hacía tan pronto era de un color como de otro, blanco, negro o amarillo.

—Con esto me basta —dijo Nénesse, para darle las gracias a su madre—. ¿Te vienes, Delphin?

Y los dos muchachos se fueron a toda prisa, oyéndose sus risas durante un rato todavía, mientras se alejaban.

Jean vació su vaso, al ver cómo el tío Fouan, que no se había vuelto durante la escena, abandonaba la ventana y salía al patio. Se despidió apresuradamente y salió al encuentro del viejo, que permanecía fuera de pie, en medio de la oscuridad de la noche.

—Vamos a ver, tío Fouan, ¿irá usted a casa de los Buteau para pedir en mi nombre la mano de Françoise?... Usted es su tutor y no tiene más que hablar para ser obedecido.

Pero el anciano, en plena oscuridad, repetía con voz cortada:

—No me es posible... No me es posible...

Luego se desbordó y acabó confesándosele. Eso de continuar con los Delhomme se había acabado; al día siguiente se iría a vivir con los Buteau, que le habían ofrecido su casa. Aunque su hijo llegase a pegarle, no sufriría tanto como con aquella lenta muerte a que le conducían los alfilerazos de su hija.

Exasperado ante aquel nuevo obstáculo, Jean resolvió contarle lo sucedido, con toda claridad y sin rodeos.

—Es preciso que le explique, tío Fouan, la violenta situación en que me hallo; Françoise y yo ya tuvimos contacto carnal.

El viejo campesino dejó escapar una simple exclamación.

—¡Ah!

Luego, después de haber reflexionado, añadió:

—¿Y quedó embarazada?

Jean, consciente de que no podía estarlo por haber hecho trampa, respondió sin embargo:

—No lo sé; quizá sí.

—Entonces no hay más que esperar a ver lo que ocurre... Si está embarazada, pronto saltará a la vista.

En aquel momento, Fanny apareció en el umbral de la puerta, llamando al padre para cenar. Pero él, volviéndose, le soltó un exabrupto:

—¡Métete la cena donde te quepa! Yo me voy a dormir.

Y subió efectivamente a acostarse, con el vientre vacío y dominado por un acceso de indignación.

Jean emprendió de nuevo el camino de la granja, a un paso lento y tan enormemente disgustado, que se encontró en la meseta sin tener conciencia de la caminata que había hecho. La noche, de un azul sombrío acribillado de estrellas, era calurosa y agobiante. En la inmovilidad del aire se presentía de nuevo el paulatino avance de alguna lejana tempestad, de la que no podía verse otra cosa por el momento hacia el Este, que las reverberaciones de los

relámpagos. Al levantar la cabeza, vio a su izquierda centenares de ojos fosforescentes que llameaban como si fueran bujías, y que se volvían hacia él al ruido de sus pasos. Se trataba de los corderos encerrados en su aprisco, a lo largo del cual pasaba en aquellos instantes.

La voz cansina del tío Soulas se oyó entonces.

—¿Cómo va, muchacho?

Los perros, tumbados en el suelo, no habían llegado a moverse, al olfatear un hombre perteneciente a la granja. Huyendo del calor que hacía en el cobertizo rodante, el pequeño porquero dormía tranquilamente en un surco. Y en cuanto al pastor, permanecía solo, de pie en medio de la llanura, sumido en la oscuridad de la noche.

—Qué, buen mozo, ¿pudo arreglarse la cosa?

Sin detenerse siquiera, Jean respondió:

—Me ha dicho que si su sobrina está embarazada, ya verá lo que hacemos.

Y ya había sobrepasado el aprisco, cuando, con sonora gravedad, en medio del amplio silencio imperante, le llegó la respuesta del viejo Soulas:

—Me parece lo más razonable; es necesario esperar.

Jean siguió su camino. La Beauce se extendía hasta el infinito, rendida y como aplastada bajo un sueño plúmbeo. Los sentidos captaban aquella muda desolación a través de los quemados rastros, de la tierra despellejada y cocida, de un olor a chamuscado especial, en el canto de los grillos que crepitaba como las ascuas entre la ceniza. Sólo las sombras de los pájaros alteraban aquella melancólica desnudez. A ras del horizonte, cada veinte segundos, se dibujaba al fondo una raya violácea, rápida y triste.

II

AL día siguiente, Fouan fue a instalarse en casa de los Buteau. La mudanza a nadie motivó trastorno; dos simples paquetes de ropas, que el viejo se empeñó en transportar él mismo y cuyo traslado realizó en dos viajes. En vano los Delhomme intentaron provocar una explicación. Se fue sin decirles una sola palabra.

En casa de los Buteau se le habilitó, detrás de la cocina, la amplia habitación existente en los bajos, en la que, hasta entonces, no hubo otra cosa que un montón de patatas y la remolacha para las vacas. Lo peor era que un tragaluz situado a dos metros de altura constituía la única iluminación, propia más bien de un sótano. Por otra parte, el suelo de tierra apisonada, los montones de legumbres y los detritus arrojados por los rincones, motivaban en aquel local una humedad acentuada que se extendía en forma de amarillentas lágrimas a través del techo y las paredes. Por lo demás, todo cuanto ya había quedado allí y únicamente se procedió a desalojar un rincón, para colocar en él una cama de hierro, una silla y una mesa de pino blanco. El viejo pareció estar encantado.

Con todo eso, el triunfo había sido de Buteau. Desde que Fouan se fuera a vivir con los Delhomme, los celos le tenían rabiando, pues no ignoraba lo que se comentaba en Rognes: con seguridad que ningún trastorno económico ocasionaba a los Delhomme el tener que mantener a su padre: en tanto que los Buteau, ¡qué demonios!, ¿cómo iban a hacerlo si no tenían con qué? Por eso, al principio puso especial empeño en forzarle la alimentación, con el solo objeto de que engordara y poder probar así que en su casa no pasaba hambre. Por otra parte, contaba con los ciento cincuenta francos de renta, provenientes de la casa vendida, y que el padre seguramente dejaría a aquel de los hijos en cuya compañía hubiera vivido. Además, al no tener ya que cargar con él, Delhomme volvería a pagar al padre su parte de la renta anual, que ascendía a doscientos francos y que en efecto pagó. Buteau contaba con esos doscientos francos. Lo tenía todo calculado y se había dicho a sí mismo que podría permitirse el lujo de ser un buen hijo, sin necesidad de poner nada de su

bolsillo, y con la esperanza de ser recompensado después; todo ello, naturalmente, sin contar con el dinero escondido que pudiera tener el viejo, cuya existencia sospechaba, aunque jamás llegara a tener la certidumbre absoluta.

Aquel cambio significó para Fouan una auténtica luna de miel. Se le agasajaba a toda hora y le mostraban constantemente a los vecinos. ¡Su mismo semblante reflejaba salud y prosperidad! ¿Podía decir alguien que fuera debilitándose? Los pequeños, Laure y Jules, siempre metidos entre sus piernas, le tenían distraído constantemente, alegrándole el corazón. Pero lo que le hacía sentirse más feliz sobre todo era el retorno a sus consabidas manías de hombre anciano, el sentirse más libre y poderse mover sin cortapisas por toda la casa. Aunque buena ama de casa y también limpia, Lise no tenía los refinamientos ni las susceptibilidades de Fanny; de manera que podía escupir por todas partes, salir y entrar a su antojo, comer cuando le venía en gusto y a cada momento, siguiendo así la costumbre del campesino que, sea la hora que fuere, no sabe pasar por delante del pan sin cortarse una rebanada. Tres meses transcurrieron en esa forma; estaban ya en diciembre y unos fríos terribles hacían que se helara el agua del cacharro que ponía al pie de la cama para lavarse; no se quejaba, sin embargo, como tampoco de que el deshielo dejara mojada la habitación y resbalase luego por las paredes hasta verse metido en una lluvia más que frecuente; lo encontraba natural, por el contrario, dado que también él había vivido aquel áspero y rudo ambiente. Con tal de que tuviera su café y su tabaco y de que no le hicieran rabiar para nada, solía decir, nada tenía que envidiar al rey.

Lo que empezó a torcer las cosas fue que, una mañana de brillante sol, con motivo de haber entrado en su habitación a buscar la pipa, cuando todos le creían fuera, Fouan sorprendió a Buteau en trance de revolcar a Françoise sobre unos sacos de patatas. La joven, que se defendía valientemente, alzose del suelo y abandonó la habitación después de haber recogido la remolacha que había ido a buscar para sus vacas. Cuando estuvo solo frente a su hijo, el viejo sacó a relucir su enfado.

—¡Sucio, más que marrano, con esa criatura y al lado mismo de tu mujer!... ¡Ella no quería; he visto cómo agitaba las piernas!

Pero Buteau, todavía y sofocado y con el rostro abotargado de sangre, no aceptó el reproche.

—¿Por qué razón tiene que meterse en mis cosas? ¡Haga la vista gorda, cierre el pico, o esto acabará mal!

Desde que tuvieron lugar el parto de Lise y la pelea con Jean, Buteau se había vuelto a prender desafortadamente de Françoise. Había esperado a que su brazo se hubiera curado, y ahora la perseguía por todos los rincones de la casa, convencido de que si la poseía una sola vez, estaría luego a su disposición tantas veces como quisiera. ¿Acaso no era ése el mejor medio de impedir el matrimonio, de conservar a su lado a la joven y de seguir detentando su porción de tierra? Esas dos pasiones llegaban incluso a confundirse en su cerebro, y ambas venían a resumirse en la obsesión de no soltar nada de lo que venía poseyendo, comprendida la también furiosa posesión de aquel campo; el celo no saciado del macho, fustigado además por la resistencia. Su mujer, al engordar tanto, se había convertido en un saco de patatas difícil de mover; además, estaba criando, y siempre andaba con Laure cogida a sus pezones, en tanto que la otra, su cuñadita, tenía las carnes frescas y unos senos elásticos y turgentes como los pezones de una becerria. Por lo demás, no es que fuera tras de una por despreciar a la otra: el obrar en la forma que lo hacía iba a permitirle disponer de dos, una blanda y otra dura, ambas agradables en su respectivo género. Se creía lo bastante buen gallo para tener dos gallinas a su alrededor, y soñaba con una vida de pachá, cuidado, acariciado, saciado de placeres. ¿Por qué no casarse con las dos hermanas, si ellas consentían? Era el mejor medio de estrechar la amistad y de evitar esa partición de bienes que tanto temor le causaba, y que constantemente pesaba sobre su ánimo cual si le hubieran amenazado con cortarle un miembro.

Y de ahí que por todos lados, en el establo, en la cocina, donde quiera que permanecieran juntos un minuto, surgiese siempre la brusca acometida del uno y la defensa, también decidida, de la otra; Buteau precipitándose sobre ella; Françoise hartándose de darle patadas. Y siempre la misma escena, breve y exasperada: él metiéndole mano por debajo de las faldas, hasta llegar a sus desnudeces y agarrarle un trozo de piel con su correspondiente vello, lo mismo que pudiera hacerse con una bestia a la que se quiere montar; ella, con los dientes apretados y cerrando los ojos, le forzaba a soltarla a toda prisa por medio de un fuerte puñetazo en la entepierna. Y a todo esto, ni una sola palabra, nada que no fuese su aliento abrasador, la ahogada respiración de ambos, el ruido amortiguado de la lucha entablada: él retenía un grito de dolor, y ella se bajaba las faldas y se alejaba cojeando, con el bajo vientre resentido por el tirón, conservando asimismo la sensación que le produjeran los cinco dedos que allí habían intentado abrir brecha. Semejantes asaltos tenían lugar además sin tomar ninguna precaución, cuando Lise se hallaba en

la habitación de al lado, y muchas veces incluso estando en la misma habitación, mientras se volvía de espaldas para colocar la ropa blanca en un armario, como si la presencia de su mujer le hubiera excitado, seguro del silencio orgulloso y tenaz de la cuñada.

Sin embargo, desde que el tío Fouan les sorprendiera forcejeando encima del montón de patatas, las riñas estallaban con frecuencia. El viejo había ido a contárselo todo a Lise, para que impidiera a su marido volver a las andadas; y ésta, después de haberle reprochado airadamente al padre el que se metiese en asuntos que no eran de su incumbencia, la había emprendido con su hermana menor. ¡Tanto peor para ella, si excitaba el celo de los hombres! ¡Puesto que hablar de hombres era tanto como hablar de cerdos, sabía, pues, lo que cabía esperar de ellos! Sin embargo, por la noche la mujer le había armado al marido tal escena que, a la mañana siguiente, ella salió de la alcoba con un ojo medio cerrado y completamente morado, muestra evidente de algún puñetazo que debió escapársele a Buteau durante aquella movida explicación. A partir de aquel momento ya no cesaron las riñas; fueran unos u otros quienes tomaran la delantera en armarla: había siempre dos de ellos que estaban a matar, el marido y la mujer en ciertas ocasiones, la cuñada y el marido en otras, o bien las dos hermanas entre sí, cuando no eran los tres quienes pretendían devorarse a la vez.

Fue entonces cuando un rencor lento, inconsciente, fue forjándose y adquiriendo gravedad entre Lise y Françoise. La ternura y buena disposición que anteriormente existiera entre ambas, se convirtió en claro y definido rencor sin causa aparente que les hacía topar desde, por la mañana hasta por la noche. En el fondo, el único motivo de semejante tensión era el hombre, aquel Buteau caído entre ellas como un fermento destructor. Françoise, turbado el cerebro por la exasperación que el acoso de su cuñado le produjera, hacía ya tiempo que habría sucumbido, si su voluntad no se hubiera fortalecido, rebelándose contra su propia necesidad o deseo de dejarse avasallar, cada vez que él la tocaba. Se imponía a sí misma ese duro castigo, aferrada a lo que estimaba una idea simple de lo que era justo, de no dar nada de cuanto te perteneciese, ni tampoco coger lo que fuese de otro; y su cólera provenía precisamente de sus mismos celos, que la impulsaban a execrar a la hermana porque poseía a aquel hombre, al lado del cual tan a gusto hubiera estado, pero sin compartirlo con nadie como éste pretendía. Cuando Buteau la perseguía despechugado y avanzando el vientre, ella escupía con furia sobre sus desnudeces de macho y le remitía airada a su mujer mediante aquel gesto: venía a ser como un alivio a ese deseo tan tenazmente combatido en su fuero

interno; teniendo por consiguiente idéntico significado que si estuviera escupiéndolo al rostro de su hermana, en un impulso de doloroso desprecio por un placer sexual del que no podía disfrutar. Lise no experimentaba sensación alguna de celos, aunque le constaba que Buteau se vanagloriaba a gritos de poseer a las dos indistintamente; y no es que le creyera incapaz de hacerlo, sino que estaba convencida de que la pequeña, dado su orgullo, jamás cedería. Únicamente guardaba rencor a la hermana porque, con sus constantes repulsas, tenía convertida la casa en un verdadero infierno. Cuanto más engordaba, más se asentaba en su gordura, contenta y satisfecha de vivir, en medio de una alegría que sólo entrañaba el egoísmo rapaz, que buscaba asimilar los goces que la rodeaban. ¿Era razonable que surgieran semejantes disputas, que echasen a perder la existencia de aquella manera, cuando se disponía de todo lo preciso para ser feliz? ¡Ah! ¡Maldita chiquilla, cuyo endemoniado temperamento era la única causa de sus malestares!

Cada noche, cuando se disponía a meterse en la cama, le gritaba a Buteau:

—¡Sé que es mi hermana la culpable, pero que no vuelva a atraerte con sus coqueterías, o la pongo de patitas en la calle!

El marido no hacía ningún caso.

—¡Menudo espectáculo! Todo el mundo se echaría encima de nosotros... ¡Malditas hembras! ¡Soy yo quien acabará por arrojaros juntas a una balsa, para ver si así con seguís ponerlos de acuerdo!

Dos meses transcurrieron aún, y Lise, trastornada, fuera de sí, hubiera echado dos veces azúcar en el café, como ella decía, sin encontrarlo sabroso a pesar de todo. Los días en que su hermana había tenido que rebelarse contra un nuevo ataque de su marido, eran captados por Lise, en forma de adivinanza, debido a un recrudecimiento del mal humor. Vivía ahora en estado de constante temor ante los continuos reveses de Buteau, sin poder evitar el ansia que la embargaba cuando le veía escurrirse cautelosamente tras las faldas de Françoise, convencida como estaba de verle luego reaparecer en un estado de nervios brutal, destrozándolo todo y torturando neciamente la casa. Tratábase de jornadas enteras que se hacían aborrecibles, y que no podía perdonarle en modo alguno a la tozuda de su hermana, que nada ponía de su parte para que las cosas tuvieran un arreglo.

Hubo un día sobre todo, que resultó terrible. Buteau, que había bajado al sótano con Françoise a buscar sidra, subió tan desaliñado, tan de mal talante, que, por una tontería, simplemente por haber encontrado la sopa demasiado caliente, lanzó el plato contra la pared y después se largó furioso, no sin antes haberle arreado a Lise una bofetada capaz de tumbar un buey.

Se alzó del suelo la infeliz, llorando, con la cara ensangrentada y la mejilla hinchada. Y, entonces, lanzándose sobre su hermana, exclamó:

—¡Puerca! ¡Acuéstate con él de una vez!... Ya no puedo más, ¡soy yo la que se va si te obstinas en dar lugar a que me peguen!

Françoise la escuchaba, sobrecogida, completamente pálida.

—¡Tan cierto como que Dios existe! ¡Prefiero eso!... ¡Puede que de ese modo acabe dejándonos en paz!

Se había dejado caer sobre una silla, sollozando débilmente; y toda su gordura, que en aquellos instantes parecía desplomarse, expresaba claramente la sensación de abandono que experimentaba, su único deseo de ser dichosa, aún a costa de compartir con otra persona sus derechos de cónyuge. Desde el momento en que le reservaran su parte, el prestarse a ello no le privaría de las demás comodidades del hogar. No es que se hiciera grandes ilusiones a este respecto, pues compartir un hombre no es lo mismo desde luego que el pan que se come entre todos. Pero ¿no debieran acaso llegar a un entendimiento, apretarse unos contra otros para, de ese modo, conseguir al fin vivir en paz?

—Vamos a ver, ¿por qué no quieres?

En un impulso de rebelión, ahogándose, Françoise sólo pudo responder encolerizada:

—¡Me repugnas más que él todavía!

Y se fue a sollozar al establo, en donde la *Coliche* la contempló con sus grandes y apacibles ojos. Lo que realmente la indignaba, no era la cosa en sí misma, sino aquel papel de mutua complacencia, la propia monstruosidad como algo forzosamente tolerado para alcanzar la paz del matrimonio. Si en vez de pertenecer a otra, el marido hubiera sido suyo, jamás hubiese ella consentido en ceder ni un ápice, y menos todavía compartirlo por mitad. El rencor que sentía hacia la hermana, pasó de ese modo a convertirse en desprecio; y se juró dejarse arrancar la piel antes que rendirse al cuñado, ahora menos que nunca.

Pero, desde aquel día, la vida en común fue cada vez más difícil; Françoise vino a ser el súfrello todo, la bestia de carga a la que se apalea. Había sido rebajada a desempeñar el papel de criada, agobiada siempre con pesados trabajos, continuamente abroncada, objeto de atropellos y martirizada. Lise no le toleraba más que una hora de callejeo, hacía que se levantara de la cama antes de amanecer, y la entretenía hasta tan tarde por la noche, que, en más de una ocasión, la desdichada se echaba en la cama sin que ni siquiera le quedaran fuerzas para desnudarse. Solapadamente, Buteau la martirizaba con pequeñas familiaridades, pellizcándole en los muslos,

dándole cachetes en las caderas, haciéndola objeto en fin de toda clase de caricias feroces, que dejaban en ella huellas de sangre y anegaban sus ojos en lágrimas, aunque no llegase a vacilar su silenciosa obstinación. En cuanto a él, se reía burlescamente y se mostraba contento, satisfecho en cierto modo cuando la veía desfallecer, en su esfuerzo por contener el grito que su martirizada carne le impulsaba a proferir. Tenía todo el cuerpo lleno de cardenales, rasguños y contusiones. Delante de su hermana, ponía todo su empeño en no mostrar desasosiego alguno, para de esa manera poder negar el hecho, como si no fuera cierto que los dedos de aquel hombre se hundían en su carne. Sin embargo, no siempre conseguía dominar sus nervios, como tampoco sus músculos, y a veces reaccionaba soltándole un tortazo a voleo; entonces, claro está, sobrevenían las riñas, y Buteau la zurraba, mientras Lise, pretextando separarlos, golpeaba a ambos con sus propios chanclos. La pequeña Laure y su hermano Jules se ponían a gritar, todos los perros de los alrededores ladraban, y el escándalo suscitaba la compasión de los vecinos. ¡Ah! ¡Pobre criatura! ¡Parecía mentira que tuviera tanta constancia, para permanecer en aquella galera!

Aquello era, en efecto, el asombro de Rognes. ¿Por qué Françoise no huía de allí? Los más suspicaces meneaban la cabeza: todavía no había alcanzado la mayoría de edad, le faltaban para ello dieciocho meses, y escaparse sin poder llevarse lo suyo, era algo inconcebible; había, pues, motivos sobrados para que se lo pensara dos veces. ¡Si al menos el tío Fouan, su tutor, hubiera estado de su parte! Pero tampoco él se encontraba muy a gusto en casa de su hijo; el miedo a las consecuencias hacía que permaneciese tranquilo y al margen. Por otra parte, la pequeña le tenía prohibido que se metiera en sus cosas, dando así muestras de la bravura y orgullo de la joven que, para defenderse, sólo quiere contar consigo misma.

Ahora todas las disputas acababan con las mismas frases injuriosas.

—¡Lárgate! ¡Lárgate de una vez!

—Sí, eso es lo que esperáis vosotros... Tan tonta fui en otro tiempo, que mi deseo era marcharme... Pero, lo que es ahora, ya podéis matarme, que no conseguiréis que me mueva. Aguardo a que me entreguéis mi parte; quiero la tierra y la casa; y lo tendré, sí, ¡lo conseguiré todo!

El temor de Buteau, durante los primeros meses, consistió en que Françoise estuviera embarazada de Jean. Desde que los sorprendiera en el trigal, no hacía más que contar los días transcurridos; vigilaba su vientre con ojo inquieto, puesto que el nacimiento de una criatura lo hubiera echado todo a perder al forzar el matrimonio. Pero cuando Françoise se dio cuenta de que

el cuñado observaba su cintura, fue para ella motivo de diversión adoptar posturas que le hicieran abultar el vientre, para así hacerle creer que cada vez estaba más hinchado. Últimamente, cuando la agarraba, notaba su preocupación al tantearla y medirla con sus dedos; y acabó por decirle en tono de desafío:

—¡Pues claro que hay uno! ¡Noto incluso cómo va creciendo!

Una mañana dobló unos trapos y se los lió a la cintura. Aquella noche estuvieron a punto de matarse. Quedó sobrecogida por el terror ante las miradas de asesino que le lanzaba el cuñado: bien seguro podía estar de que si realmente hubiera llevado un niño bajo su piel, el muy bestia le hubiera largado algún mal golpe para matarlo. Cesó por consiguiente en sus bromas, y dejó su vientre como estaba. Por lo demás, alguna que otra vez le sorprendió en su alcoba hurgando en su ropa sucia, para cerciorarse de ciertas cosas.

—¡Hazte engendrar uno! —le dijo él en tono burlón.

Y ella le respondió, completamente pálida y con gesto de rabia:

—Si no tengo un hijo, es porque no quiero.

Así era efectivamente, pues siempre se estaba negando a Jean con obstinación. También en esta ocasión se sintió Buteau triunfante. Y a partir de entonces la emprendió con el enamorado. ¡Vaya hombre el que la cortejaba! ¿Tan podrido estaba por dentro que ni siquiera podía hacerte un hijo? Aquel truhán por lo visto era capaz de romperle a uno el brazo a traición, pero no tenía fuerza para embarazar a una joven. Y a partir de aquel momento persiguió a Françoise con toda clase de alusiones hasta el extremo de que ella misma acabó bromeando sobre el particular.

Cuando Jean se enteró de cómo le trataba Buteau, habló de estrangularle; y siempre estaba al acecho de Françoise, suplicándole que cediese. ¡Así tendría ocasión de comprobar aquel tipo si era capaz de engendrar una criatura! ¡Y lo hermosa que iba a ser, además! Ahora, su deseo carnal se veía excitado por la cólera. Pero cada vez que intentaba persuadirla, la muchacha encontraba una nueva excusa, dado el fastidio que experimentaba ante la sola idea de volver a sus devaneos con aquel mozo. No es que le detestase, pero, en resumidas cuentas, no le atraía; y era preciso, en efecto, que no le deseara gran cosa, para no desfallecer y acabar entregándose, cuando caía entre sus brazos, detrás de algún seto, todavía furiosa y sonrojada por alguna agresión de Buteau. ¡Ah! ¡El muy cerdo! No hacía más que hablar de aquel cerdo, apasionadamente y con mucha excitación, pero luego se mostraba fría en cuanto su enamorado quería aprovechar la ocasión para cogerla entre sus brazos. ¡No, no, eso le daba vergüenza! Un día en que el acto había estado a

punto de consumarse, ella le pidió que lo aplazara para más adelante, para la noche de bodas. Era aquélla la primera vez que se comprometía pronunciando aquella palabra, pues hasta entonces había esquivado responderle abiertamente cada vez que le pedía fuera su mujer. A partir de entonces existió como un acuerdo: se casaría con ella, pero cuando hubiera alcanzado la mayoría de edad, tan pronto como pudiera disponer de sus bienes y exigir cuentas. Aquel razonable argumento pareció impresionarle e hizo que se armara de paciencia, hasta el punto de dejar de atormentarla, excepto en los momentos en que el afán de placer le excitaba. Ella, aliviada de ese modo, tranquilizada por la imprecisión y vaguedad de aquel lejano vencimiento, se contentaba con cogerle las dos manos para impedirle seguir adelante, mientras le contemplaba con ojos suplicantes, con ese gesto de mujer susceptible que no desea arriesgarse a tener un chiquillo más que de su marido.

Convencido Buteau de que la muchacha no estaba embarazada, una nueva duda le asaltaba ahora, la de que no llegara a estarlo, si volvía a entregarse a Jean. Seguía desafiándole, pero temblaba al mismo tiempo, pues en todas partes le decían que éste había jurado dejar preñada a Françoise hasta los mismos ojos y como jamás mujer alguna hubiera llegado a estarlo. Por tal motivo no se cansaba de vigilarla desde por la mañana hasta por la noche, exigiéndole cuentas del empleo de cada uno de sus minutos, teniéndola sujeta a todas horas, bajo la amenaza del látigo, cual si fuera un animal doméstico cuya fuerza y agresividad se teme; y aquello venía a ser un nuevo suplicio; tenía siempre pegados a sus faldas al cuñado y a la hermana; ni siquiera podía ir a hacer sus necesidades, sin perder de vista el ojo que la espiaba. Por la noche la encerraban en su habitación, e incluso una noche, después de una riña, encontró cerrada la ventana de su habitación con un candado. Cuando a pesar de todo conseguía escaparse, a su regreso tenían lugar abominables escenas, inacabables interrogatorios, a veces incluso inspecciones, a cuyo efecto el marido la cogía por los hombros, mientras la mujer la medio desnudaba para observar. Todo esto hizo que se acercara más a Jean, al que llegó a dar citas, contenta de ese modo con retar a los otros. E incluso puede que se le hubiera entregado, de haber podido hacerlo teniéndoles detrás suyo. Acabó haciéndole formal promesa de matrimonio, y le juró por lo más sagrado que Buteau mentía cuando se vanagloriaba de acostarse con las dos hermanas, en su idea de hacer el gallo y de aparentar cosas que nunca existieron. Jean, atormentado hasta entonces por la duda, encontrando en el fondo la cosa verosímil y aun natural, pareció creerla firmemente. Y, al despedirse, se dieron un fuerte abrazo, un abrazo de buenos amigos, con la

particularidad de que, a partir de aquel día, ella le tomó como confidente y consejero, procurando verle a la menor alarma y no aventurando ninguna resolución sin antes consultar con él. Jean no volvió a tocarla más, tratándola en lo sucesivo como camarada con el que se tienen intereses comunes.

A partir de entonces, cada vez que Françoise corría a reunirse con Jean detrás de un muro, la conversación siempre era la misma. Ella desabrochaba violentamente su corpiño, o levantaba su falda.

—¡Fíjate! Ese puerco ha vuelto a pellizcarme.

Él se limitaba a constatar, permaneciendo frío y resuelto.

—Todo eso lo pagaré; es preciso enseñarlo a los vecinos... Sobre todo no te tomes venganza. La justicia estará de nuestra parte cuando podamos ejercitar nuestro derecho.

—¡Y mi hermana tiene el valor de aguantar mientras tanto la vela! Ayer, cuando saltó sobre mí, tuvo la osadía de no moverse de allí, en lugar de echarle por la cabeza un jarro de agua fría.

—Tu hermana acabará mal con ese tipo... Pero, por lo que a ti se refiere, si tú no quieres y sigues negándote, nada conseguirá, puedes estar segura; y en cuanto al resto, ¿qué nos importa? Si sabemos ir de acuerdo, ese imbécil está perdido.

Aunque evitara mezclarse en todo aquel lío, el tío Fouan estaba enterado de cuanto venía ocurriendo y de las riñas que tenían lugar en la casa. Si se callaba le forzaban a emitir juicio y a tomar partido; si había salido encontraba al regreso un hogar en ruinas, en el que su presencia bastaba para que se encendieran de nuevo los ánimos. Hasta entonces puede decirse que, físicamente, no había experimentado ningún sufrimiento; pero a partir de aquel momento empezó a vivir privaciones, tales como el pan tasado y la supresión de las golosinas. Ya no se le atiborraba de comida como sucediera en los primeros días. Cada rebanada de pan con mantequilla que cortaba demasiado gruesa implicaba una seria amonestación. ¡Vaya pozo sin fondo! ¡Ahora que no hacía nada era cuando tragaba! Cuando vencía cada trimestre, estaban al acecho y le desvalijaban al regresar de Cloyes, adonde había ido a cobrar la renta que le entregaba el señor Baillehache, correspondiente a los tres mil francos de la casa. Françoise se veía en el trance de tener que robarle algunos sueldos a la hermana para comprarle tabaco al pobre viejo, pues también a ella la dejaban sin un céntimo. Por lo demás, el tío Fouan se hallaba muy mal en aquella húmeda habitación donde dormía desde que se rompiera un cristal del tragaluz, que se habían limitado a tapar con paja para evitarse el gasto de reponerlo. ¡Ah! ¡Aquellos bribones de hijos, todos eran iguales! Se

pasaba el día refunfuñando, lamentaba profundamente haber abandonado a los Delhomme, desesperado de haber salido de un mal para caer en otro peor. Pero procuraba ocultar aquel lamento que sólo podía deducirse de frases pronunciadas involuntariamente, pues recordaba perfectamente lo que Fanny le había dicho: «¡Volverá para pedirnos de rodillas que nos hagamos cargo de él nuevamente!». Aquello significó para él algo así como un anatema; había quedado grabado en su cerebro y le oprimía el corazón. Antes moriría de hambre y de cólera en casa de los Buteau, que volver para humillarse a casa de los Delhomme.

Precisamente un día en que Fouan regresaba a pie de Cloyes, después de haber cobrado sus rentas en casa del notario, cuando se hallaba sentado en una zanja, Jesucristo, que vagabundeaba por allí a la caza de conejos, percibió al viejo muy absorto, profundamente ocupado en contar monedas de cien sueldos encima de su pañuelo. Se escondió a toda prisa y, arrastrándose, llegó hasta donde estaba su padre sin hacer ningún ruido; y, cuando ya estuvo allí, muy cerca de él, tuvo la sorpresa de ver cómo guardaba en aquel pañuelo, que ató cuidadosamente, una fuerte suma, que muy bien pudiera alcanzar los ochenta francos: sus ojos llamearon, una risa silenciosa puso al descubierto sus dientes de lobo. La tan traída y llevada idea de un dinero oculto acudió súbitamente a su cerebro. Evidentemente, el viejo tenía valores escondidos, cuyos cupones cobraba cada trimestre, aprovechando su visita al señor Baillehache. El primer pensamiento de Jesucristo fue ponerse a lagrimear hasta conseguir arrancarle veinte francos. Pero aquello le pareció mezquino; otro plan se iba forjando en su mente; apartose, pues, tan sigilosamente como se había acercado, deslizándose como una culebra; de modo que, al volver a remontar la carretera, Fouan no tuvo por qué mostrar recelo de ninguna especie al encontrarle cien metros más allá, caminando distraídamente y dirigiéndose también hacia Rognes. Continuaron juntos el camino hasta llegar al pueblo y, charlando de sus respectivas cosas, el padre fue a caer fatalmente sobre los Buteau, unos desalmados a los que acusaba de estarle matando de hambre. El hijo, haciéndose el sentimental, con los ojos llenos en lágrimas, le propuso que huyera de aquellos canallas y se fuera a vivir con él. ¿Por qué no? En su casa nunca había riñas, la alegría reinaba desde por la mañana hasta por la noche. La Trouille, lo mismo que guisaba para dos, podía hacerlo para tres. ¡Una cocina deliciosa por demás, cuando había dinero que lo permitiese, naturalmente!

Sin salir de su asombro por la proposición, presa de una vaga inquietud, Fouan rehusó. No, no, a la edad que él tenía no procedía ni resultaba

conveniente ir así de casa de un hijo a la del otro, cambiando de ambiente y de costumbres todos los años.

—En fin, padre, se lo ofrezco de todo corazón, reflexiónelo... Tenga por seguro, en todo caso, que no se encontrará usted en medio del arroyo. ¡En cuanto se sienta harto de esos crápulas, se viene al Castillo y en paz!

Jesucristo se separó de él, perplejo, intrigado, preguntándose en qué podía el viejo gastar su dinero, puesto que, decididamente, lo tenía. Cuatro veces al año, un montón semejante de monedas de cien sueldos, tenían que significar por lo menos trescientos francos. Y, si no los consumía, sería porque los guardaba. Sería preciso averiguarlo. ¡Menuda hucha debía tener!

Aquel día, un día templado y húmedo del mes de noviembre, cuando el tío Fouan estuvo de regreso, Buteau quiso como siempre desvalijarle, haciendo que le entregara los treinta y siete francos cincuenta que cobraba cada trimestre, desde que tuviera lugar la venía de la casa. Era cosa convenida que el viejo se los entregara, así como los doscientos francos anuales de los Delhomme. Pero, esta vez, una moneda de cien sueldos se había extraviado por lo visto en el montón que metiera en su pañuelo; y, cuando, después de haber buscado y rebuscado en sus bolsillos sólo pudo llegar a sacar treinta y dos francos cincuenta, su hijo la emprendió con él en tono airado, tratándole de ratero, acusándole de haber derrochado los cinco francos en bebidas y otras necesidades. Sobrecogido, sin apartar la mano de su pañuelo, con un miedo sordo a que le registraran, el padre no hacía más que balbucear explicaciones, jurando por lo más sagrado que debía haberlos perdido al tratar de sonarse. Una vez más, la casa estuvo en vilo hasta por la noche.

Lo que había puesto a Buteau de un humor feroz, era que, mientras manejaba el rastrillo, había visto a Jean y a Françoise deslizándose tras de un muro. Ésta, con el pretexto de recoger hierbas para las vacas, retrasaba su vuelta, pues sospechaba con fundamento la escena que le esperaba. Ya iba haciéndose de noche, y Buteau, furioso, salía a cada momento al corral, acercándose a la carretera para ver si aquella bribona regresaba por fin de su cita con el macho. Juraba en voz alta, y soltaba toda clase de improperios, sin llegar no obstante a ver al tío Fouan, que se había sentado sobre el banco de piedra, después de la disputa habida con el hijo, tratando de calmarse respirando el aire templado que hacía de aquel soleado mes de noviembre un tiempo realmente primaveral.

Un ruido de chanclos remontó por la pendiente, y apareció Françoise completamente encorvada, llevando a hombros un enorme bulto de hierba que

había envuelto en un trapo viejo. Iba jadeante, sudorosa, medio oculta bajo el abultado paquete que llevaba encima.

—¡Ah! ¡Maldita sea tu estampa! —gritó Buteau—. ¡Estás muy equivocada si crees que vas a mofarte de mí, dejándote sobar por tu galán por espacio de más de dos horas, mientras te necesitamos aquí!

Y la derribó sobre el haz de hierba que previamente había caído por el suelo, echándosele luego encima, en el preciso momento en que Lise salía de la casa para insultarla también.

—¡Eh! ¡Ven aquí, acércate, desvergonzada, que te voy a dar un puntapié en el trasero!... ¡No sabes lo que es la vergüenza!

Pero Buteau ya había metido su mano por debajo de las faldas de la muchacha. Su coraje y su rabia convertíanse siempre en un brusco deseo, en un ciego afán de poseer a la chiquilla. Mientras la remangaba sobre la hierba, gruñía, parecía ahogarse, con el rostro amoratado y como inflamado de sangre.

—¡Qué diablos! ¡Lo que es esta vez también a mí me toca el turno!... ¡Si se habrá creído el otro que me va a dejar atrás!

Una lucha feroz entablóse entonces. El tío Fouan no distinguía bien en la oscuridad de la noche. Pudo ver sin embargo a Lise, de pie, que se limitaba a observar y a dejar hacer, en tanto que su marido, revolcado por el suelo, tirado de lado a cada momento, se esforzaba en vano, sin más consuelo, y bien pobre, que su reacción fisiológica proyectada en su momento y no importa dónde.

Cuando aquello hubo acabado, Françoise, de una última sacudida, pudo desprenderse de él, y en medio de su tensión nerviosa se puso a balbucear:

—¡Puerco! ¡Más que puerco!... Pero conste que no has podido conmigo... ¡A pesar de tus esfuerzos no te has salido con la tuya! ¡Jamás llegarás a poseerme, jamás!

El triunfo era suyo; había cogido un puñado de hierba y se limpiaba con él las piernas, sin dejar de temblarle el cuerpo, como si ella también, en cierto modo, hubiera disfrutado lo suyo, en su obstinado esfuerzo de rechazarle. Luego, con gesto de bravuconería, lanzó el puñado de hierba a los pies de su hermana.

—¡Ahí tienes eso, te pertenece!... ¡Tú eres la culpable de que tenga que devolvértelo!

Le estaba cerrando la boca Lise de un sonoro bofetón, cuando el tío Fouan, que había abandonado el banco de piedra, intervino airado blandiendo su bastón.

—¡Los dos sois unos puercos! ¿Queréis dejarla tranquila de una vez?... ¡Me parece que ya esta bien!

Se encendían las luces en la vecindad, la gente empezaba a inquietarse de aquella carnicería, y Buteau se apresuró a empujar a su padre y a la pequeña hacia el fondo de la cocina, donde una vela proyectaba su luz sobre Laure y Jules, a quienes podía verse aterrorizados, metidos en un rincón. También Lise entró allí, sobrecogida y silenciosa desde el momento en que el viejo saliera de la oscuridad. Éste continuó increpándola:

—Es vergonzoso lo que estás haciendo... Te limitabas a contemplarles, lo he visto con mis propios ojos.

Buteau le interrumpió pegando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Silencio! ¡Asunto acabado!... Al primero que resuelle le arreo un castañazo.

—¿Y si soy yo quien quiere seguir? —preguntó Fouan con voz temblorosa—. ¿Te atreverías a pegarme?

—A usted lo mismo que a los demás... ¡Me está fastidiando ya más de la cuenta!

Con gesto de valentía, Françoise se había colocado entre los dos.

—Se lo ruego, tío, no se mezcle en este asunto... Ya tuvo ocasión de comprobar que su sobrina es lo bastante mayorcita para defenderse sola.

Pero el viejo la empujó hacia un lado.

—Deja, no es cosa que te afecte... Se trata de un asunto de mi incumbencia.

Y, alzando el bastón, continuó:

—¡Ah! ¡De modo que te atreverías a pegarme, bandido!... Haría falta ver quien es el que tiene que castigar a quien.

Con gesto rápido, Buteau arrancó el bastón de sus manos y lo tiró debajo del armario; luego, con semblante burlón y mirada torva, se plantó delante y le soltó en pleno rostro:

—Va usted a dejarme en paz, ¿no es eso? Si cree que voy a tolerar sus bravatas, está completamente equivocado. ¡Eso sí que no! ¡Míreme antes para recordar como me llamo!

Mirándose fijamente a la cara, permanecieron los dos silenciosos durante unos momentos, terribles, angustiosos, tratando de dominar así el uno al otro. El hijo, desde que tuviera lugar la partición de bienes, había adquirido mayor envergadura, al engordar; firmemente plantado sobre sus piernas, parecía tener las mandíbulas todavía más salientes en aquella cabeza de perro dogo, con el cráneo estrecho y huidizo. En cambio, el padre, agotado, exterminado

por sus sesenta años de trabajo, más seco aún de lo que siempre estuvo, con la espalda encorvada, no había conservado de su reducida cara más que la inmensa nariz.

—¿Que cómo te llamas? —repuso Fouan—. Demasiado lo sé puesto que te hice.

Buteau le contestó bromeando:

—¿Precisaba acaso que me hiciera?... ¡Ah! Pero a cada uno le llega su vez. Llevo su misma sangre, no me gusta que me zumben alrededor. ¡Por eso le digo una vez más que me deje en paz o la cosa acabará muy mal!

—Para ti, desde luego... Yo jamás hablé así a mi padre.

—¡Oh! ¡Con que seguridad lo dice!... ¡Su padre! ¡Hubiera sido capaz de matarlo si no se hubiera muerto!

—¡Mientes, puerco asqueroso!... ¡Pero ahora mismo vas a rectificar!

Por segunda vez, Françoise trató de interponerse entre, los dos. La misma Lise hizo un esfuerzo, desesperada ante aquella nueva alteración del orden que se avecinaba. Pero los dos hombres las apartaron con fuerza, para acercarse más aún y transmitirse así su propia violencia a través del aliento, sangre contra sangre en ese arranque brutal de autoridad que el padre había legado al hijo.

Fouan quiso crecerse, tratando de recobrar su antigua omnipotencia como jefe de familia. Por espacio de medio siglo habían temblado bajo su autoridad la mujer, los hijos y los animales, mientras pudo compaginar la fortuna y la fuerza.

—¡Di que mentiste, sucio marrano, di que mentiste, o te voy a hacer danzar, tan cierto como esa vela que nos está alumbrando!

Y con la mano alzada, amenazaba al hijo, con el mismo gesto que empleara en otros tiempos para hacer entrar en vereda a todos.

—¡Di aquí, ahora mismo, que has mentido!

Buteau, que en su juventud levantaba el codo y se apartaba cuando veía venir la bofetada, en aquel momento, haciendo crujir los dientes, se limitó a encogerse de hombros, con gesto burlón e insultante a la vez.

—¡Si cree asustarme!... Esas bravatas estaban bien cuando era usted el amo.

—Y continuó siéndolo puesto que soy el padre.

—¡Vamos allá, viejo bromista, usted ya no es nada en absoluto!... ¡Bien veo que no quiere dejarme en paz!

Y, viendo la mano vacilante del anciano inclinarse para golpearle, se la cogió al vuelo sin soltarla y la estrujó con la suya de forma brutal.

—¡Pues no es usted testarudo que digamos! ¡Por lo visto tendré que ponerme serio para hacerle entrar en la cabezota que a estas alturas todo el mundo se ríe ya de usted!... ¿Sirve quizás para algo? Lo único positivo es que cuesta dinero, ¡eso es todo!... ¡Cuando se llega a cierta edad y se cede la tierra a otros, se limita uno a tragar saliva, sin seguir molestándoles!

Y, como subrayando las frases, zarandeaba al padre como si fuera un muñeco; finalmente, de una última sacudida, le hizo retroceder dando tumbos, tiritando el pobre infeliz, hasta desplomarse sobre una silla, cerca de la ventana. Y allí permaneció el viejo, en medio de un fuerte sofoco, vencido, agobiado por la humillación de su autoridad de antaño, hoy muerta. Todo aquello había acabado para siempre, ya no contaba en verdad con ello, desde que había sido despojado.

Un gran silencio se impuso, todos permanecían con los brazos colgantes. Los niños ni siquiera se habían atrevido a rechistar, por miedo a las bofetadas. Después, cada uno se fue a lo suyo como si nada hubiera ocurrido.

—¿Y la hierba? —preguntó Lise—. ¿Va a quedarse en el corral?

—Voy a ponerla en un sitio fresco —respondió Françoise.

Cuando ya estuvo de vuelta y hubieron comido, Buteau, incorregible, hundió la mano en su abierto corpiño, para buscar una pulga que le estaba picando, según ella misma decía. Aquel gesto, lejos de molestarla, incluso parecía hacerle gracia.

—No, no, se ha metido en un lugar donde si metes la mano te mordería.

Fouan no se había movido, permanecía triste y silencioso en su oscuro rincón. Dos gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Se acordaba de la noche en que rompió con los Delhomme; y era el ambiente de aquella misma noche el que ahora empezaba a vivir, la misma vergüenza de no sentirse el amo, idéntica cólera que le hacía obstinarse en no querer probar bocado. Se le había llamado tres veces a la mesa, pero él rehusaba sentarse a ella. Súbitamente, se levantó y desapareció en su habitación. Al día siguiente, en cuanto amaneció, abandonó a los Buteau para ir a instalarse en casa de Jesucristo.

III

FESUCRISTO era hombre muy flatulento, y los continuos gases que iba soltando por la casa, mantenían a ésta en perpetuo regocijo. ¡Qué caramba! En casa de aquel tipo nadie fruncía el entrecejo, pues no soltaba uno de esos desahogos, sin acompañarlo de un chiste o de una broma. Repudiaba aquellos otros ruiditos tímidos, medio ahogados entre dos paredes, como huyendo con inquietud solapada; sus denotaciones siempre eran francas, de la misma solidez y amplitud de un cañonazo; y, cada vez que sentía tal necesidad, levantaba la pierna con soltura y arrogancia y llamaba a su hija con voz autoritaria, muy serio y apremiante.

—¡Trouille, ven aquí rápida!

Ella acudía presurosa, y el disparo salía entonces para hacer blanco en el vacío, vibrando de tal forma, que la muchacha instintivamente pegaba un salto.

—¡Corre tras él! ¡Cógelo entre tus dientes para ver si tiene nudos!

Otras veces, cuando llegaba la chica, le alargaba él su mano, mientras decía:

—¡Pega un tirón! ¡Hay que forzarle la salida!

Y, en cuanto la explosión se había producido, con el estruendo y la efervescencia de una mina demasiado henchida, exclamaba:

—Resultó duro de expeler. ¡Gracias de todos modos!

Había ocasiones en que, arimándose a la mejilla un fusil imaginario, hacía como si apuntase con sumo cuidado; luego, una vez descargada el arma, decía muy serio:

—¡Corre a buscarlo y tráetelo, holgazana!

La Trouille, sin poder contener la risa, caía sentada en el suelo, donde continuaba retorciéndose. Tratábase de un regocijo siempre renovado y en aumento: se sabía de memoria el juego y esperaba con entusiasmo la explosión final, pues dada la cómica vivacidad de su turbulencia, la muchacha siempre reaccionaba desternillándose de risa. ¡Oh! ¡Qué padre aquél! ¡Era tanta su gracia!... Ocasiones había en que simulaba hablar con un inquilino

que no pagaba su recibo y al que echaba con cajas destempladas; otras veces se volvía de modo imprevisto y se inclinaba muy serio como si la mesa le hubiera saludado dándole los buenos días; y otras en fin, soltaba todo un ramillete de ventosidades que dedicaba por igual al señor cura, al alcalde y a las señoras. Hubiérase dicho que el muy pícaro sacaba de su vientre lo que se le antojaba, hasta convertir aquello en una verdadera caja de música, haciéndolo además con tal precisión y exactitud, que en el establecimiento del *Bon Laboureur* de Cloyes se cruzaban apuestas:

—Te convido a un vaso de vino si sueltas seis. Efectivamente soltaba los seis; siempre tenía las de ganar. Aquello le aproximaba a la gloria, y la Trouille se sentía orgullosa, divertida, e incluso disfrutaba de antemano en cuanto le veía levantar la pierna, en constante admiración hacia él cuando le tenía delante, en medio del terror y de la ternura que le inspiraba.

La noche de la instalación del tío Fouan en el Castillo, como llamaban a la antigua cueva donde se enterraba el cazador furtivo durante la primera comida que la muchacha sirvió a su padre y a su abuelo, de pie detrás de ellos, como sirvienta respetuosa, surgió el regocijo con mucho estruendo. El viejo había dado cien sueldos, y esparcíase un buen olor a judías encarnadas y ternera con cebollitas, que la pequeña cocinera sabía cocinar como para chuparse los dedos. Cuando la joven traía las judías a la mesa, estuvo a punto de caérsele el plato al quedar como pasmada. Jesucristo, antes de sentarse a la mesa, estaba dejando escapar tres de sus detonaciones, que salieron acompasadamente con seco estallido.

—¡Las salvas de rigor!... ¡Son para anunciar que comienza el festejo!

Luego, encogiéndose un poco, soltó un cuarto, solitario, enorme e injurioso.

¡Para esos cerdos de los Buteau! ¡Qué se atraganten con él!

De repente, Fouan, sombrío desde su llegada, empezó a reír burlonamente, dando su aprobación a aquel ambiente, también a él se le tenía como persona muy bromista en sus tiempos; en su casa los hijos habían crecido tranquilos en medio del bombardeo paternal. Apoyó los codos sobre la mesa y se dejó llevar por la sensación de bienestar que le invadía, frente a aquel endemoniado Jesucristo, que le contemplaba con su aire canallesco, pero con la ternura de un niño al mismo tiempo.

—¡Ah! ¡Qué bien lo vamos a pasar, padre!, verá cómo me encargo de quitarle sus preocupaciones... Cuando esté comiendo tierra con los topes, ¿le habrá servido de algo el haber rechazado antes una buena tajada?

Quebrantado por la sobriedad en que se había desarrollado toda su existencia y sintiendo la necesidad de aturdirse, Fouan acabó por opinar lo mismo.

—Desde luego más valdría comérselo todo, que dejar nada a los demás... ¡A tu salud, mi buen mozo!

La Trouille servía en aquel momento la ternera con cebollitas. Se hizo un silencio, y Jesucristo, para que no decayera la conversación, lanzó una prolongada ventosidad, que atravesó la paja de su silla con la modulación cantante de un clamor humano. A renglón seguido se volvió hacia su hija, para preguntarle con gesto serio e inquisitivo:

—¿Qué estabas diciendo?

La chiquilla no decía nada, pero no tuvo más remedio que sentarse y apretar fuertemente el vientre para no destornillarse de risa. Pero lo que colmó su alborotado regocijo, después de ingeridos la ternera y el queso, fue la estruendosa expansión final del padre y del hijo, que se habían puesto a fumar y a vaciar la botella de aguardiente colocada sobre la mesa. No hablaban, temían la boca pastosa y estaban muy bebidos.

Lentamente Jesucristo levantó una pierna, soltó un trueno y gritó mirando hacia la puerta:

—¡Adelante!

Fouan, sintiéndose provocado, molesto por no tomar parte activa en el juego, pareció recobrar súbitamente su juventud, y levantando también la pierna, soltó a su vez un sonoro trueno al tiempo que respondía:

—¡Aquí me tiene!

Uno y otro se dieron golpecitos en las manos, tan contentos los dos, babeando continuamente, sin cesar en sus bromas. ¡Magnífica ocurrencia! Demasiado desde luego para la Trouille, que había resbalado cayendo al suelo, agitada por una risa frenética, hasta el punto de que, en una de sus sacudidas, también ella dejó escapar uno, aunque, eso sí, ligero, fino y musical como el sonido de un flautín, comparado con las notas de órgano de los dos hombres.

Indignado, con gesto de repugnancia, Jesucristo se había levantado, y extendiendo el brazo con aires de autoridad exclamó:

—¡Fuera de aquí, marrana!... ¡Fuera de aquí, pestilente criatura!... ¡Maldita sea! ¡Ya te enseñaré yo a respetar a tu padre y a tu abuelo!

Jamás le había tolerado semejante familiaridad. Había que tener edad para ello. Y, entretanto, agitaba el aire con la mano, afectando sentirse asfixiado por aquel sutil soplo de flautín: los suyos, decía, no olían más que a pólvora.

Luego, como sea que la culpable, muy sonrojada, realmente trastornada por su descuido, negase el hecho y se resistiera a marcharse, el padre la sacó fuera de un empujón.

—¡Grandísima puerca, sacúdete las faldas!... No vuelvas por aquí hasta dentro de una hora, cuando te hayas aireado bien.

A partir de aquel día empezó una auténtica vida de despreocupación y regocijo. Se asignó al viejo la habitación de la muchacha, uno de los compartimientos de la antigua cueva, cortado en dos por un tabique de tablas, y ella, complaciente, hubo de retirarse más hacia el fondo, a una excavación que había en la roca, que constituía algo así como una pieza trasera, en la que se abrían, según rezaba la leyenda, inmensos subterráneos tapados luego por sucesivos derrumbamientos. Lo peor era que el Castillo, aquella madriguera de zorro, iba hundiéndose más cada invierno, cuando caían las grandes lluvias que al resbalar por la inclinada pendiente de la ladera arrastraba consigo las piedras; hasta las propias ruinas habrían desaparecido sus más antiguos cimientos, los mismos remiendos de piedra hechos posteriormente, si los tilos seculares no hubieran servido con sus raíces de muro de contención. Pero en cuanto llegaba la primavera, aquel rincón era de un frescor encantador, una gruta medio escondida bajo un matorral de zarzas y de espinos albar. El rosal silvestre que tapaba la ventana aparecía acribillado de sonrosadas flores, y la misma puerta cubríase con un ropaje de madre selva salvaje que, para entrar, había que apartar con la mano como si fuese una cortina.

Indudablemente, no todas las noches podía la Trouille cocinar judías encarnadas y ternera con cebollitas. Eso no ocurría más que cuando conseguían sacar al abuelo una moneda blanca, y Jesucristo, sin decir ni mucho menos que se portara con discreción, no le violentaba sin embargo, sino que empleaba más bien como arma la glotonería y el sentimentalismo; era la forma más práctica y cómoda de desvalijarle. La abundancia y el jolgorio reinaban los primeros días de cada mes, en cuanto el viejo había cobrado los dieciséis francos de pensión en casa de los Delhomme; luego celebraban grandes fiestas cada trimestre, cuando el notario le abonaba su renta de treinta y siete francos cincuenta. Al principio no soltaba el dinero más que entregándolo de diez en diez sueldos, para que así durase más, obstinado como estaba en su antigua avaricia no obstante, poco a poco se fue abandonando en manos del gran bribón de su hijo, halagado, mecido su ánimo por las extraordinarias historias que le contaba, impresionado a veces por las lágrimas; hasta que acababa soltándole dos o tres francos, e incluso picaba él mismo el cebo de la glotonería, diciendo para sus adentros que más valía

comérselo todo, puesto que tarde o temprano el dinero sería devorado igualmente. Por lo demás, había que hacer justicia a Jesucristo: compartía todo con el viejo, y le divertía cuando menos, aunque le robase. Al principio como estómago agradecido, el hijo cerró los ojos respecto a los ahorros que pudiera tener, y ni siquiera intentó averiguarlo: su padre era libre para gozar a su modo, y no había por qué pedirle más, desde el momento en que pagaba las comilonas. No pensaba en aquel dinero entrevisto, oculto en algún rincón, más que cuando llegaba la segunda quincena del mes, es decir en el momento en que los bolsillos del viejo habían sido ya vaciados del todo. No había forma de sacarle un céntimo más. Entonces se ponía a refunfuñar contra la Trouille, que se limitaba a darles patatas cocidas sin mantequilla; llegado ese momento se apretaba el vientre, pensando que era una estupidez pasar privaciones por la simple manía de tener escondido el dinero, y que un día, al fin, no habría más remedio que desenterrar y romper esa hucha.

A pesar de todo, incluso durante esas veladas de miseria, cuando estiraba sus brazos de cínico acabado trataba de reaccionar contra el aburrimiento; seguía mostrándose expansivo y tempestuoso, como si hubiera cenado opíparamente, procurando reavivar aquella jovialidad con alguna andanada de su artillería gruesa.

—¡Vaya éste por los nabos! ¡Y estos otros, por la Trouille y la mantequilla!

Fouan no se aburría en absoluto, ni siquiera durante esos penosos fines de mes, puesto que la hija y el padre se ponía en campaña para tratar de llenar la marmita; y el viejo, previamente adiestrado, acababa por tomar parte activa en el asunto. El primer día en que viera a la Trouille traer una gallina pescada con caña al otro lado de una tapia, el abuelo se enfadó mucho. Le hizo sin embargo desternillarse de risa la segunda vez, una mañana en que la chica estaba escondida tras las hojas de un árbol, dejando colgar, en medio de una bandada de patos que se paseaban, un anzuelo con un cebo de carne; uno de los patos se había lanzado de improviso, tragándose todo, la carne, el anzuelo y el cordel, para luego desaparecer en el aire, gracias a un tirón seco, ahogado, sin oírse el menor ruido. Aquello no era muy delicado que digamos; pero, tratándose de animales que andan sueltos, en realidad debieran corresponder al que logra atraparlos, y mientras no fuese dinero lo que se robaba... ¡Eso no. Dios mío! ¡Por algo era uno honrado! A partir de aquel momento, el anciano mostró interés por los golpes de pillería de aquella chiquilla; hechos verdaderamente increíbles, un saco de manzanas que el mismo propietario le había ayudado a transportar, vacas que estaban paciendo

y a las que había ordeñado recogiendo la leche en una botella, incluso la ropa blanca que escamoteaba a las lavanderas, atándole antes una piedra para que fuera a parar al fondo del Aigre, donde iba a zambullirse por la noche para hacerse con ella. No se veía más que a ella por los caminos, sus ocas le servían de continuo pretexto para merodear por todas partes, acechando una ocasión desde el borde de una zanja, durante horas y horas, con el aire adormecido de una guardadora que cuida su rebaño; incluso se valía para tales menesteres de sus propias ocas, que actuaban como verdaderos perros: el ganso hacía como un silbido y la prevenía en cuanto algún inoportuno amenazaba con sorprenderla. Tenía entonces la muchacha dieciocho años, aunque no estaba mucho más desarrollada que cuando tenía doce, siempre flexible y delgada como la rama de un álamo, con su cabeza de cabra, sus ojos verdes y sesgados y una boca ancha torcida por el lado izquierdo. Bajo las viejas blusas de su padre, su pecho de niña se había endurecido sin desarrollarse. Un verdadero muchacho, que sólo amaba a sus animales y se mofaba abiertamente de los hombres, lo que no era obstáculo para que cuando jugaba con algún bribonzuelo, acabase echándose en el suelo panza arriba, porque para eso estaba hecho aquello y no traía además consecuencias. Tenía la suerte de andar siempre con granujas de su edad, pues la cosa hubiera cambiado de aspecto hasta resultar harto asquerosa, si los hombres hechos y derechos, los viejos, no la hubieran dejado tranquila. En fin que, como decía el abuelo, contento y seducido por las andanzas de la chiquilla, prescindiendo de que robase más de la cuenta y de que hasta cierto punto careciese de decencia, resultaba en todo caso una muchacha muy original, menos mala de lo que en principio pudiera parecer.

Pero lo que encantaba sobre todo a Fouan era seguir a Jesucristo en sus merodeos a través de los campos de cultivo. En el fondo de todo campesino, incluso del más honrado, existe un cazador furtivo; y todo aquello suscitaba su interés, los lazos tendidos, las trampas dispuestas, invenciones en fin de verdadero salvaje, una guerra a base de astucia, en lucha continua con el guarda rural y los gendarmes. En cuanto los sombreros con galones y los tahalíes amarillos hacían su aparición por cualquier camino, el padre y el hijo, deslizándose a toda prisa por encima de los trigos se echaban en un talud, donde daban la impresión de estar durmiendo; luego, de repente, caminando a gatas a lo largo de la zanja, se marchaba a renovar los avíos de caza, mientras el padre, con su aire inocente de viejo bonachón, seguía vigilando los tahalíes y sombreros hasta que desaparecían a lo lejos. En el Aigre había unas truchas soberbias, que se vendían a cuarenta y cincuenta sueldos a un tendero de

Châteaudun; lo peor era que, para pescarlas, había que estar al acecho durante horas enteras, tumbados boca abajo sobre la hierba, tanta era la picardía de aquellos peces. También iban con frecuencia hasta el Loir, en cuyo fondo de cieno se alimentaban preciosas anguilas. Para cuando estos trucos no le daban resultado, Jesucristo había imaginado una pesca mucho más cómoda, consistente en desvalijar por la noche las pescaderías de las aldeas ribereñas. Aquello de la pesca, no constituía por lo demás sino una mera distracción, ya que su verdadera fiebre, su auténtica pasión, era la caza. Los estragos que realizaba comprendían un radio de varias leguas. No desdeñaba nada: codornices, perdices, incluso los estorninos y las alondras. Raras veces se valía de la escopeta, cuya denotación alcanza hasta muy lejos en una zona llana. Ni una sola nidada de perdices se elevaba en la alfalfa o en los tréboles que no conociera él con anterioridad, lo mismo que se sabía de memoria el lugar y la hora en que las crías rendidas de sueño o mojados por el rocío se dejaban coger con la mano. Disponía de varitas untadas con goma para las alondras y las codornices, y a pedrada limpia causaba verdaderos estragos entre las bandadas de estorninos. Hacía veinte años que, de esa manera, venía exterminando la caza de toda la comarca, hasta el extremo de que ya no se veía un conejo entre las malezas de las riberas del Aigre, lo que tenía indignados a los cazadores. Sólo se le escapaban las liebres, pues, además de haber pocas, huían libremente por la llanura, donde era peligroso perseguirlas. ¡Oh! ¡Las escasas liebres de la Borderie! Soñaba con ellas, e incluso se arriesgaba a ser encarcelado por conseguir que, de vez en cuando, cayera alguna rodando de un escopetazo. En cuanto le veía coger su escopeta, Fouan ya no quería acompañarle: aquello era estúpido, acabarían por pillarle.

Y, como es natural, llegó esa ocasión. Preciso es decir a este respecto que el granjero Hourdequin, exasperado por la destrucción de la caza en sus dominios, tenía dadas a Bécu las órdenes más severas; y éste, avergonzado por no sorprender nunca a nadie, había resuelto dormir en un pajar para vigilar mejor. Una mañana, al amanecer, un disparo de escopeta, cuya llamarada cruzó por delante de su rostro, le despertó con sobresalto. Era Jesucristo, al acecho tras el montón de paja, que acababa de matar una liebre casi a boca de jarro.

—¡Ah! ¡Maldita sea! ¡Eres tú! —gritó el guarda rural apoderándose de la escopeta que el otro había dejado apoyada en el pajar para ir a recoger la liebre—. ¡Oh! ¡Debí haberlo sospechado, canalla!

En la taberna no podían llevarse mejor; pero en los campos no podían encontrarse sin peligro, el uno siempre a punto de pillar al otro, y éste siempre

dispuesto a romperle la crisma a aquél.

—Sí, soy yo. ¿Qué pasa?... Devuélveme la escopeta.

Bécu ya estaba disgustado por su captura. Por lo general solía torcer hacia la derecha, cuando percibía a Jesucristo por la izquierda. ¿Por qué complicar las cosas, tratándose de un amigo? Pero, esta vez, el deber se imponía, imposible cerrar los ojos. Además, cuando se ha incurrido en falta, hay que ser cortés por lo menos.

—¡Tu escopeta, puerco; me la quedo yo! Voy a depositarla en la alcaldía... ¡Y no te muevas ni te pases de listo, o el otro disparo te lo hago yo en la barriga!

Jesucristo, desarmado, muerto de rabia, estuvo a punto de saltarle al cuello. Luego, cuando vio que se dirigía hacia el pueblo, fue tras él, sin soltar su liebre, que se balanceaba en la extremidad de su brazo. Uno y otro anduvieron un kilómetro sin hablarse, lanzándose solo feroces miradas. A cada minuto que transcurría, una degollina parecía inevitable; sin embargo, la sensación de contrariedad iba haciéndose en ambos cada vez mayor. ¡Maldito encuentro!

Cuando llegaban detrás de la iglesia, a dos pasos del Castillo, el cazador furtivo realizó un último esfuerzo.

—Escucha, viejo, no sigas haciendo el tonto... Entremos en casa para beber un vaso.

—No, tengo que formalizar la denuncia —respondió el guarda rural en tono seco.

Y se encastilló en su idea, como antiguo militar que sólo obedece a la consigna. Habíase detenido sin embargo y, mientras el otro le tenía cogido por el brazo para llevárselo consigo, acabó diciéndole:

—Si tienes en tu casa pluma y tinta, lo mismo da... Allí o fuera de allí, el caso es que salgo pitando en cuanto haya llenado el papel.

Cuando Bécu llegó a casa de Jesucristo empezaba a salir el sol; el tío Fouan, que estaba fumándose su pipa en el umbral de la puerta, comprendió lo que había sucedido y se asustó, tanto más cuanto que la situación continuaba siendo muy seria. Sacaron tinta y una vieja pluma oxidada, y el guarda rural comenzó a buscar sus frases haciendo un gran esfuerzo mental, con los codos muy separados. Pero al mismo tiempo, a una indicación de su padre, la Trouille había servido tres vasos y una botella de vino; y a partir de la quinta línea, Bécu, viéndose apurado, sin acertar a exponer la complicada relación de los hechos, aceptó un vaso lleno de vino. Entonces, poco a poco, la situación se fue haciendo menos tensa. Hizo su aparición la segunda botella

de vino y después una tercera. Dos horas más tarde, los tres hombres hablaban violentamente entre sí, mirándose de frente, aunque como buenos amigos. Estaban tan borrachos, que habían olvidado por completo lo sucedido en la madrugada.

—Maldito cornudo —gritaba Jesucristo—, supongo estarás enterado de que me acuesto con tu mujer.

Era verdad desde luego. Desde la fiesta del pueblo, tumbaba a la Bécu por los rincones, aún tratándola de viejo pellejo y sin delicadezas de ningún género. Pero Bécu, que tenía una borrachera maligna, se incomodó al oírle. Y si toleraba la cosa en ayunas, le molestaba en cambio enormemente cuando estaba bebido. Blandiendo, pues, una botella vacía, se puso a vociferar:

—¡Maldición de Dios! ¡Puerco!

La botella fue a estrellarse contra la pared, sin alcanzar a Jesucristo, que, babeando, sonreía dulce y pacíficamente. Con el fin de calmar al cornudo, acordaron que se quedase con ellos para comerse la liebre enseguida. Cuando la Trouille guisaba un encebollado, el buen olor que esparcía su cocina se extendía hasta la otra punta de Rognes. Fue aquél un festín por todo lo alto, que duró además la jornada entera. Ya anochecía y todavía se hallaban sentados a la mesa, royendo los huesos. Encendieron dos velas y la cosa continuó. Fouan sacó a relucir tres monedas de veinte sueldos para enviar a la pequeña a comprar un litro de coñac. Todo el mundo dormía ya en el pueblo y ellos todavía seguían paladeando. Y Jesucristo, cuya mano vacilante palpaba distraídamente por todas partes para encontrar con qué encender, tropezó con la denuncia empezada a redactar, que había quedado olvidada en un rincón de la mesa, salpicada de vino y con manchas de salsa.

—¡Ah! Es cierto. ¡Hay que terminarla! —balbuceó Jesucristo, mientras una risa estrepitosa de borracho sacudía su vientre.

Tenía puesta toda su atención en el papel, meditando sin duda una broma escandalosa, algo que expresara con elocuencia el desprecio que sentía por aquel papel escrito y por la misma ley. Con un movimiento brusco, levantó la pierna y, colocándose el papel en el trasero, soltó uno de los suyos encima del mismo, denso y pesado, uno de esos que salían cuando, según sus propias palabras, el mortero está cargado hasta los topes.

—¡Ahí lo tienen, firmado y todo!

Todos, hasta el propio Bécu, celebraron la broma con regocijo. ¡Ah! ¡Lo que es aquella noche no se aburrieron en el Castillo!

Por aquella época Jesucristo se hizo con un nuevo amigo. Estando una tarde escondido en una zanja, en espera de que se alejaran los gendarmes,

encontró en el fondo de la misma a un mozo, que por lo visto se encontraba allí desde antes que él y que tampoco quería ser visto; y entablaron conversación. Era un tipo original, un tal Leroi, apodado *Cañón*, un obrero carpintero que había abandonado París hacía dos años a consecuencia de unos asuntos enojosos, y que iba rodando de pueblo en pueblo, permaneciendo ocho días aquí, ocho más allá, yendo de granja en granja a ofrecer sus servicios, cuando los patronos de su oficio se negaban a admitirle. En la actualidad, eso del trabajo aflojaba, por lo que se dedicaba a mendigar a lo largo de los senderos; vivía de legumbres y frutas robadas, feliz y contento cuando podía permitirse el lujo de dormir en un pajar. La verdad sea dicha, su aspecto no era como para inspirar confianza a nadie, cubierto con andrajos, muy sucio, estragado por la miseria y los vicios, con un rostro tan delgado y pálido, erizado por una barba clarucha, que las mujeres, nada más verle, le cerraban las puertas. Y lo que todavía era peor, sus peroratas se hacían interminables, hablaba de degollar a los ricos, de estar dispuesto a pasarlo mejor que nadie el día en que se decidiese a disfrutar de las mujeres y del vino de los demás, amenazas que soltaba con voz sombría y apretando los puños; teorías revolucionarias en fin, aprendidas en los suburbios parisienses, reivindicaciones sociales vertidas a través de frases encendidas, cuya oleada dejaba estupefactos y llenos de espanto a los campesinos. Hacía dos años que las gentes de las granjas estaban acostumbradas a verle llegar de aquella forma, hacia la caída de la tarde, en demanda de un rincón de paja donde dormir; se sentaba cerca del fuego y les helaba a todos la sangre con sus escalofriantes frases, desapareciendo a la mañana siguiente para volver a hacer acto de presencia ocho días después, a la misma triste hora del crepúsculo, con idénticas profecías de ruina y de muerte. Por esa razón todos le cerraban sus puertas, hasta tal punto la visión de aquel hombre sospechoso merodeando por los campos dejaba sembrados el terror y la cólera tras de sí.

Jesucristo y Cañón se entendieron a la perfección enseguida.

—¡Ah! ¡Maldita sea! —gritó el primero—. ¡Lo que lamento no haberles degollado a todos en Cloyes, en el cuarenta y ocho!... ¡Anda, viejo, vamos a bebernos una botella!

Y se lo llevó consigo al Castillo, haciéndole dormir allí, sin cesar en sus deferencias para con él a medida que el otro hablaba, ya que le consideraba un ser superior, sabedor de cosas, con suficientes ideas y proyectos para rehacer la sociedad en un santiamén. Dos días después, Cañón se fue. A partir de entonces, de vez en cuando se dejaba caer por el Castillo; allí comía y roncaba como si estuviera en su casa, siempre jurando que los burgueses serían

barridos antes de tres meses. Una noche en que el padre estaba al acecho, pretendió abusar de la muchacha; pero la Trouille, indignada, sonrojada de vergüenza, le arañó y le mordió tan profundamente, que él no tuvo más remedio que soltarla. ¿Por quién la habría tomado aquel viejo asqueroso? Él por su parte la trató de grandísima mema.

Tampoco Fouan tenía en gran estima a Cañón, a quien acusaba de ser un vagabundo y de pretender cosas como para acabar en la horca. Cuando aquel bandido estaba allí, el viejo se ponía triste, hasta el punto de que hubiera preferido fumarse la pipa fuera. Por lo demás, la vida volvía de nuevo a estropearse para él, ya no comía ni bebía tan a gusto en casa del hijo, desde que una enojosa historia consiguiera alejar al uno del otro. Hasta entonces, Jesucristo no había vendido las tierras de su lote, haciéndolo además trozo a trozo, más que a su hermano Buteau y a su cuñado Delhomme; y, en cada una de tales ocasiones, Fouan, cuya firma era requisito indispensable, se la había concedido sin rechistar, contando con que los bienes seguían en el seno de la familia. Pero ahora se trataba de un último campo, con garantía del cual el cazador furtivo había tomado dinero a préstamo, de un campo que el prestamista amenazaba con sacar a pública subasta, al no cobrar ni un solo céntimo de los intereses pactados. Consultado el señor Baillehache, éste había dicho que lo mejor era venderlo enseguida, si no quería que los gastos judiciales lo devorasen por entero. Lo malo era que Buteau y Delhomme se negaban a comprar, furiosos porque el padre se dejase despojar de aquel modo en casa del granuja de Jesucristo, resueltos a no querer saber nada de nada mientras él viviese allí. El campo en cuestión iba a ser vendido por la autoridad judicial, el papel timbrado había emprendido una loca carrera, y era la primera vez que un trozo de tierra estaba a punto de salir de la familia. El viejo no podía conciliar el sueño. ¡Aquella tierra que su padre y su abuelo tanto codiciaron y tan duramente consiguieron para sí! ¡Aquella tierra poseída, celosamente guardada como se vigila y conserva a la mujer propia! ¡Verla despedazarse de aquella manera en el procedimiento judicial, despreciarse, pasar a manos de otro, de un vecino, por la mitad de su precio! Se estremecía de rabia, con el corazón tan oprimido que sollozaba como un niño. ¡Ah! ¡Aquel gorrino de Jesucristo!

Hubo escenas horribles entre el padre y el hijo. Este último no respondía nunca; dejaba al otro deshacerse en reproches y gemidos, de pie, adoptando una postura de tragedia y dando incluso alaridos como única forma de desahogar su pena.

—Sí, eres un asesino; es como si cogieras un cuchillo y me cortaras un pedazo de mi propia carne... ¡Un campo tan bueno, como no hay otro mejor! ¡Un campo en que todo germina, con sólo soplarle encima!... Es preciso que seas muy cobarde y canalla, para no cortarte el cuello antes que abandonarla en manos de otro... ¡Santísimo Dios! ¡En manos de otro! ¡Sólo pensarlo me remueve la sangre! ¡Tú no tienes sangre, borracho perdido!... Y todo eso te ocurre porque te la has bebido; sí, te bebiste la tierra, juerguista indecente, puerco marrano.

Luego cuando el padre se ahogaba a fuerza de proferir improperios y caía rendido de cansancio, el hijo respondía tranquilamente:

—¡Qué necesidad la suya, viejo, atormentándose en esa forma! Golpéeme si eso le sirve de consuelo; pero, créame, no es usted muy filósofo que digamos. ¡Ah! ¡Eso sí puedo asegurárselo!... ¿Se da cuenta de lo que está diciendo? ¡La tierra no es algo que pueda comerse! Si le sirvieran un plato con ella, bonita iba a quedarle la garganta. Si he tomado dinero prestado ofreciéndola como garantía, es porque ésa es mi manera de hacer brotar las monedas de cien sueldos. La venderán como vendieron a Cristo, y si nos quedan algunos escudos, ¿qué otra cosa vamos a hacer sino bebérmolos? ¡En eso consiste la verdadera sabiduría!... ¡Ah! ¡Dios mío, tiempo le queda a uno, cuando se muere, para poseer la tierra!

En lo que sí coincidían padre e hijo, era en su odio al aguacil, el señor Vimeux, un hombre diminuto, de miserable aspecto, encargado de cumplimentar los servicios que su compañero de Cloyes no quería realizar, y que una tarde se atrevió a traer al Castillo una notificación judicial. Vimeux era un pingajo humano de sucio aspecto, con una barba rojiza, de la que sólo sobresalían una nariz colorada y sus legañosos ojos. Siempre vestido como un señor, con sombrero, levita y pantalón negro, llenos de manchas y usados hasta la saciedad, era célebre en el cantón por las terribles palizas que tenía que soportar de los campesinos, cada vez que se veía obligado a actuar contra ellos, sin que nadie pudiera prestarle socorro. Se contaban innumerables anécdotas acerca de él, pértigas rotas sobre sus hombros, baños forzados en el fondo de las charcas, una galopada de dos kilómetros acuciado por una horca, una madre y una hija que se habían ensuciado encima.

Regresaba Jesucristo con su escopeta, cuando el padre que fumaba su pipa sentado en el tronco de un árbol, le dijo con gesto de cólera:

—¡Vaya deshonra la que nos traes a casa, granuja!

—¡Ahora verá! —murmuró el cazador furtivo apretando los dientes.

Pero, al verle con la escopeta, Vimeux se había parado en seco a una treintena de pasos. Toda su lamentable persona, recubierta de negro de pies a cabeza, sucia y correcta, temblaba de miedo.

—Señor Jesucristo —dijo con una vocecita endeble—, vengo por el asunto que usted sabe... Aquí le dejo esto... ¡Buenas tardes!

Había dejado la notificación judicial sobre una piedra, y se marchaba ya retrocediendo a toda prisa, cuando el otro gritó:

—¡Necesitas que te enseñe un poco de educación, asqueroso chupatintas! ¿Quieres acercarme ese papel?

Y como el miserable, asustado e inmóvil como una estatua, no se atreviese a adelantar ni retroceder un palmo, Jesucristo le apuntó con la escopeta.

—Te suelto un perdigonazo si no te decides pronto... Vamos, coge tu papel y acércate aquí... ¡Más cerca, cobarde asqueroso, o disparo!

Helado, pálido, el alguacil se tambaleaba sobre sus cortas piernas. Imploró con una mirada al tío Fouan, que seguía fumando tranquilamente su pipa, concentrado en su odio feroz contra los gastos que entraña la administración de justicia y contra el hombre que los encarna a los ojos de los campesinos.

—¡Ah! Ya veo que por fin obedeces. ¡Menos mal! Dame ahora tu papel. ¡No! Con la punta de los dedos y como a disgusto, ¡no! Tienes que hacerlo cortésmente y de buen grado... ¡Vamos! Ya sé que cuando quieres te comportas amablemente.

Vimeux, paralizado por las bromas irónicas de aquel bribón esperaba tembloroso agitando los párpados el puñetazo o la bofetada que se veía venir encima.

—Ahora, vuélvete.

Pero como no se moviese, añadió:

—¡Vuélvete o te vuelvo yo!

Comprendió el otro que no había más remedio que resignarse. Ofreciendo un lamentable aspecto, se volvió, presentando por sí mismo su pobre diminuto trasero de gato escuálido. Entonces Jesucristo, tomando carrerilla, le largó un puntapié tan fuerte que fue a caer de narices cuatro pasos más allá. El alguacil, después de levantarse penosamente, echó a correr a galope tendido, mientras oía gritar:

—¡Atención, atención!, que disparo.

Jesucristo acababa de echarse la escopeta al hombro pero en lugar de disparar, se contento con levantar la pierna y ¡zas!, hizo estallar una de sus ventosidades, de una sonoridad tal, que, aterrorizado por la detonación,

Vimeux cayó de nuevo al suelo. Esta vez, su sombrero negro salió rodando. Recogió su sombrero y empezó a correr más velozmente. Detrás de él menudeaban las detonaciones: ¡pam!, ¡pam!, una después de otra, sin interrupción, una verdadera descarga de fusilería en fin, en medio de grandes risotadas, que le trastornaban más aún. Lanzando por la pendiente lo mismo que un saltamontes, estaba y a más de cien pasos cuando el eco del valle todavía repetía el cañoneo de Jesucristo. Toda la campiña estaba saturada por aquel estruendo, y aún hubo una última explosión, formidable, indescriptible, cuando el alguacil, reducido al tamaño de una hormiga, desaparecía a lo lejos por entre las casas de Rognes. La Trouille, que había acudido precipitadamente al oír tanto ruido, se revolcaba de risa por el suelo cloqueando como una gallina. El tío Fouan se había sacado la pipa de la boca para reír más a gusto. ¡Ah! ¡Qué gracia tenía ese pijotero Jesucristo! ¡Que original era!

Sin embargo, a la semana siguiente fue preciso que el viejo se decidiera a firmar para la venta de la tierra, señor Baillehache tenía un comprador, y lo más cuerdo era seguir su consejo. Se tomó por consiguiente la decisión de que padre e hijo irían a Cloyes el tercer sábado de septiembre, víspera de San Lubin, una de las fiestas del pueblo. El padre, que desde el mes de julio tenía que cobrar en casa del recaudador la renta de los títulos cuya existencia ocultaba, contaba con aprovechar el viaje, mientras el hijo permanecía distraído con los festejos. Tanto a la ida como a la vuelta, no utilizarían más carrozas que la de las suelas de sus zapatos.

Mientras Fouan y Jesucristo, a las puertas ya de Cloyes esperaban a que pasase un tren, de pie ante la barrera del paso a nivel, fueron alcanzados por Buteau y Lise, que llegaban en su tartana. Enseguida estalló una disputa entre los dos hermanos, que se cubrieron de injurias hasta que la barrera fue abierta; e incluso cuando ya estaban al otro lado, todavía se volvía Buteau, con su blusa hinchada por el viento, para lanzarle terribles improperios.

—¡Anda ahí, sinvergüenza, soy yo quien mantiene a tu padre! —vociferó Jesucristo con todas sus fuerzas, utilizando las manos como portavoz.

Ya en la calle Grouaise, en casa del señor Baillehache, Fouan pasó unos momentos de extraordinaria violencia, tanto más cuanto que la antesala del notario se hallaba repleta, pues todo el mundo aprovechaba el día de mercado, por lo que se vio obligado a esperar cerca de dos horas. Eso lo hizo recordar aquel sábado que viniera para decidir sobre la partición: más le valdría haberse ahorcado aquel día. Cuando el notario les recibió por fin y fue preciso firmar, el viejo sacó sus gafas y limpió los cristales; pero sus ojos totalmente

humedecidos no le permitían ver, y su mano temblaba, hasta el punto que hubo que acompañarle los dedos sobre el papel, indicándole el sitio adecuado, para que pusiera allí su nombre, en medio de un borrón de tinta. Tanto era lo que le había costado hacerlo, que todo él se hallaba sudoroso, como atontado, tiritando, mirando abstraído a su alrededor como, suele ocurrir después de una operación quirúrgica, cuando le han cortado a uno la pierna y el interesado sigue buscándola. El señor Baillehache aprovechó la ocasión para sermonear severamente a Jesucristo; y les despidió disertando sobre la ley: la cesión de bienes en vida constituía algo inmoral, y se llegaría con certeza a elevar la tarifa de los derechos de transmisión, para impedir que se practicara en sustitución de la herencia.

Fuera ya de allí, en la calle Grande, a la puerta del *Bon Laboureur*, Fouan abandonó a Jesucristo en medio del tumulto del mercado; éste, riéndose por lo bajo, se prestó gustoso a ello, sospechando de que se trataba. Seguidamente, en efecto, el viejo enfiló la calle Beaudonnière, donde el señor Hardy, recaudador, vivía en una casita coquetona con patio y jardín. Era este un hombre grueso, coloradote y jovial, con barba negra muy bien peinada, temido por los campesinos, que le acusaban de aturdirles con sus historias. Recibía al público en un reducido despacho, una pieza cortada en dos por un mostrador, que le separaba de los visitantes. Por lo general, tenía allí una docena de personas, de pie, apretadas unas contra otras, como amontonadas. Sin embargo, en aquel momento sólo se hallaba allí Buteau, que acababa de llegar.

Jamás Buteau se decidía a pagar sus tributos de una sola vez. Cuando recibía la notificación de aviso en el mes de marzo, el mal humor le duraba ocho días. Espulgaba con rabia el recibo de la contribución rústica, el impuesto personal, el mobiliario, el de puertas y ventanas; pero lo que más le sacaba de quicio eran los céntimos adicionales que, de año en año, iban aumentando para redondear la cifra total, según él mismo decía. Luego esperaba a recibir un aviso que no implicara recargo. De esa manera ganaba una semana. Y, seguidamente, pagaba por doceavas partes, es decir cada mes, aprovechando que iba al mercado, de forma que cada mes volvía a empezar la misma tortura, caía indefectiblemente enfermo la víspera, y acababa llevando su dinero como si fuese a que le cortaran el cuello. ¡Ah! ¡Maldito gobierno! ¡Ése sí que podía permitirse el lujo de robar a todo el mundo!

—¡Vaya! ¿De modo que es usted? —dijo jovialmente el señor Hardy—. Hace bien en venir porque estaba a punto de cargarle los costes.

—¡Sólo me hubiera faltado eso! —refunfuñó Buteau—. Debe saber que no estoy dispuesto a pagarle los seis francos con que me ha aumentado la contribución territorial... ¡No, no, eso no es justo!

El recaudador se echó a reír.

—¡Cada mes me viene con la misma cantinela! Ya tuve ocasión de explicarle que su renta se ha visto acrecentada con sus plantaciones en el antiguo prado del Aigre. Si analizáramos las cosas como es debido, todavía está calculado el impuesto por debajo de lo que corresponde.

Pero Buteau intentó defenderse violentamente. ¡Oh! ¡Sí, su renta crecía! Le ocurría lo mismo que con su pradera, que en tiempos tenía una superficie de setenta áreas, y ahora sólo medía sesenta y ocho, debido al río que, al desplazarse, le había comido dos. Pero lo bueno es que él seguía pagando por las setenta. ¿Podía considerarse justo aquello? El señor Hardy respondió tranquilamente que las cuestiones catastrales no eran de su incumbencia, y que debía esperar a que revisaran el catastro. Y so pretexto de reanudar sus explicaciones sobre el particular, le colmó de cifras, de palabras técnicas, que el otro no entendía en absoluto. Después, con gesto burlón, terminó diciendo:

—Si no quiere pagar no pague. ¡A mí me tiene sin cuidado! Le enviaré al alguacil y en paz.

Buteau, aturdido y espantado al propio tiempo por todo lo que estaba oyendo, procuró contener su rabia. Cuando no se es el más fuerte, la prudencia aconseja ceder; aunque, por otra parte, el miedo que sentía acrecentaba más aún su odio secular contra ese poder oscuro y complicado que sentía pesar sobre sí mismo, la administración, los tribunales, esos holgazanes de burgueses, como él decía. Sus gruesos dedos temblaban, eran muchos los sueldos que había percibido en el mercado, y palpaba cada uno de ellos antes de ponérselos delante. Por tres veces repasó la cuenta, toda ella en moneda fraccionaria, lo que destrozaba más su corazón al verse ante un montón tan respetable. Finalmente, cuando contemplaba con los ojos turbados cómo el recaudador iba guardándose aquella suma, apareció el tío Fouan.

Al entrar y ver a su hijo de espaldas, el viejo no le había reconocido, y quedó sobrecogido cuando aquél se volvió.

—¿Cómo va eso, señor Hardy? —balbuceó Fouan—. Pasaba por aquí y se me ha ocurrido entrar a saludarle... ¡Nos vemos tan de tarde en tarde!...

Buteau no se dejó engañar. Saludó, se marchó con aire apresurado, y, a los cinco minutos volvió a entrar, come para preguntar algún dato que se le hubiera olvidado, en el preciso instante en que el recaudador sacaba a relucir delante del viejo el importe de un trimestre, setenta y cinco francos en

monedas de cien sueldos. Le llamaron los ojos, pero evitó mirar a su padre, simulando no haber visto cómo su padre cubría con un pañuelo aquel montón de monedas que luego se guardaba en el fondo de su bolsillo. Esta vez salieron juntos, Fouan muy perplejo sin dejar de mirar a su hijo de reojo, y Buteau de muy buen humor, dando muestras de un súbito y renovado afecto. No le soltaba ni en broma, quería llevarle en su tartana; y le acompañó hasta el *Bon Laboureur*.

Allí estaba Jesucristo con el pequeño Sabot, un viticultor de Brinqueville, otro renombrado bromista que también sabía soltar ventosidades capaces de poner en movimiento los molinos. Al encontrarse ambos, acababan de apostar diez botellas de vino a ver quién sería capaz de apagar el mayor número de velas. Excitados, sacudidos por grandes risotadas, un grupo de amigos les habían acompañado a la sala que había en el fondo del local. Formaban círculo a su alrededor, el uno actuaba a la derecha y el otro a la izquierda, con los calzones bajados, apuntando cada uno a su objetivo y disparando luego airoosamente. Sabot se había anotado ya diez tantos y Jesucristo sólo nueve, al haberle fallado la respiración, según decía. Mostrábase muy disgustado; su reputación se hallaba en juego. ¡Ánimo, duro con él! ¿Iba a dejarse vencer Rognes por Brinqueville? Y entonces sopló como jamás fuelle de fragua alguno hubiera podido hacerlo: ¡nueve!, ¡diez!, ¡once!, ¡doce! El tambor de Cloyes, que era el encargado de encender la vela, estuvo a punto de ser derribado. Sabot, penosamente, haciendo grandes esfuerzos, llegaba a diez en aquellos momentos, vacío ya su cuerpo, materialmente derrengado, cuando Jesucristo, triunfante, todavía dejó escapar dos más, mientras llamaba al tambor para que las volviera a encender, puesto que esas dos velas iban a constituir el coronamiento de su obra. El tambor las encendió y las velas empezaron a arder con una hermosa llama amarilla, color de oro, que remontó como un sol en su gloria.

—¡Oh! ¡Aquel Jesucristo! ¡A qué altura había sabido ponerse! ¡Qué tripa la suya! ¡Merecía una medalla!

Los amigos vociferaban, reían desaforadamente hasta romperse las mandíbulas. No sólo sentían verdadera admiración por él, sino también envidia en el fondo, pues se necesitaba estar muy sólidamente formado para llegar a almacenar tanto gas y soltarlo luego cuando y como quisiera. Se bebieron las diez botellas, y la juerga duró dos horas sin que se hablase de otra cosa.

Buteau, mientras su hermano se volvía a subir los calzones, habíase acercado para darle una palmadita amistosa en el trasero; y la paz precia

renacer en aquel ambiente de victoria que llenaba de orgullo a la familia. Sintiendo rejuvenecido, el tío Fouan contaba una historia de su infancia, del tiempo en que los cosacos ocupaban la Beauce: sí, un cosaco que se había quedado dormido, con la boca abierta a orillas del Aigre, en la garganta del cual había descerrajado una de esas ventosidades capaz de erizar los cabellos. El mercado tocaba a su fin, y todos se fueron marchando, completamente borrachos.

Buteau llevó en su tartana a Fouan y a Jesucristo. También Lise, a quien su marido había hablado en voz baja, se mostró muy amable con el viejo. Pero el primogénito, al que se le iba disipando la borrachera, todo era darle vueltas a la cabeza y hacerse reflexiones. ¿Por qué se mostraba tan amable su hermano menor? ¿Sería porque había descubierto la hucha en casa del recaudador? ¡Ah, no! Si hasta entonces, él, con lo granuja que era, había tenido la delicadeza de respetar aquella hucha, bien seguros podían estar de que ahora no cometería la necedad de consentir que fuera a parar a manos de los otros. Ya se encargaría él de eso, con suavidad, sin enfadarse, puesto que la familia estaba ahora reconciliada.

Cuando llegaron a Rognes y el viejo se dispuso a descender del carruaje, los dos mozos se precipitaron, rivalizando en atenciones y en ternura.

—Padre, apóyese en mí.

—Padre, alargue su mano.

Le cogieron entre sus brazos y le dejaron sobre el camino. Y él, entre los dos, permanecía sobrecogido, azotado el corazón por una certidumbre, sin quedarle la más leve duda respecto a lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué mosca os ha picado para que me queráis tanto?

Sus miradas le tenían sobrecogido de espanto. Hubiera preferido verles como de ordinario, sin guardarle respeto ni consideraciones. ¡Ah! ¡Maldita suerte la suya! ¡Ahora que sabían lo del dinero, empezarían para él los trastornos! Regresó, pues, al Castillo, desolado.

Precisamente, Cañón, que hacía más de dos meses que no aparecía por allí, esperaba a Jesucristo sentado en una piedra. En cuanto le vio se puso a gritar:

—Tu hija está en el bosque de los Pouillard, revolcándose con un hombre.

A punto de reventar de indignación, con el rostro totalmente congestionado, el padre exclamó:

—¡Cómo me deshonra esa puerca!

Y, descolgando el enorme látigo de carretero que había detrás de la puerta, descendió a toda prisa por la rocosa pendiente, hasta llegar al

bosquecillo. Pero las ocas de la Trouille montaban la guardia como perros fieles, cuando ella se hallaba en tales menesteres. De repente, el ganso olió la presencia del padre, y se puso en movimiento seguido de la manada. Con las alas desplegadas y el cuello estirado, lanzaba continuos silbidos en un tono amenazador y estridente, en tanto que las ocas, desplegadas en orden de batalla, alargaban asimismo el pescuezo y mantenían abiertos sus grandes picos, dispuestos a morder. Chasqueaba el látigo, y por entre los ramajes se oyó claramente la precipitada huida de los animales. Advertida la Trouille, escapó a toda prisa.

Cuando ya de regreso hubo colgado de nuevo el látigo, Jesucristo se sintió preso de una gran tristeza filosófica. El reiterado libertinaje de sus hijas quizá le hacía compadecerse en cierto modo de las pasiones humanas. Tal vez se hallaba simplemente saturado de gloria, después de su triunfo en Cloyes. Sacudió su inculta cabeza de consagrado merodeador borrachín y le dijo sentenciosamente:

—¡Escucha! ¿Quieres que te diga la verdad? Pues sencillamente que todo eso no vale un pedo.

Y levantando la pierna en dirección del valle, sumido por completo en la oscuridad, soltó una de sus ventosidades, despectiva y potente, como si quisiera aplastar el globo terráqueo.

IV

TRANSCURRÍAN los primeros días de octubre, iba a empezar la vendimia, hermosa semana de francachela, en la que, las familias desunidas acostumbraban a reconciliarse alrededor de las cubas del nuevo vino. Rognes se dedicaba durante ocho días a recoger racimos de uva; y era tanta la que se comía, que las mujeres se remangaban las faldas y los hombres se bajaban los calzones al pie de cada seto; y los enamorados, embadurnados por el ajeteo de su faena, se besaban en la boca, sin grandes disimulos y en los propios viñedos. El final siempre era el mismo: los hombres se emborrachaban y cierto número de muchachas quedaban embarazadas.

Desde el día siguiente de su retorno de Cloyes, Jesucristo se puso a buscar la hucha; puesto que, probablemente, el viejo no se pasaba la vida paseando arriba y abajo su dinero y sus títulos, en algún agujero debía tenerlos escondidos. Pero aunque la Trouille ayudó al padre en la tarea, revolviéron la casa de arriba a abajo sin encontrar nada de momento, a pesar de su sagacidad y de su buen olfato de merodeadores; fue sólo la semana siguiente, cuando el cazador furtivo, por casualidad, mientras bajaba de un estante una vieja marmita rota que nunca utilizaban, descubrió allí, debajo de las lentejas que contenía, un paquete de papeles cuidadosamente envueltos en la tela engomada del forro de un sombrero. Por lo demás, ni un solo escudo. Indudablemente el dinero dormía su sueño fuera de la casa: buen montón de monedas debía ser en todo caso, puesto que, desde hacía cinco años, el padre puede decirse que no gastaba nada. Tratábase, pues, de los sospechados títulos, que venían a significar unos trescientos francos de renta, al cinco por ciento. Mientras Jesucristo se entretenía contándolos y husmeándolos, descubrió entre ellos una hoja de papel timbrado escrito con una caligrafía de gran tamaño, cuya lectura le dejó estupefacto. ¡Vaya, vaya! ¡Mira por donde, ahora sabía donde iba a parar el dinero!

¡Era como para quedarse atónito! Quince días después de haber realizado la partición de sus bienes en casa del notario, Fouan había caído enfermo,

hasta tal punto oprimía su corazón eso de haberse quedado sin nada, sin tan siquiera un pedazo de tierra como la palma de la mano. Y fue entonces cuando cometió la tontería, auténtica estupidez del viejo apasionado, de soltar sus últimos cuartos para volver en secreto al mismo mal que le aquejaba. Él, un marrullero en sus tiempos, ¿no había cometido la estupidez de dejarse enredar por un amigo, el tío Saucisse? Muy arraigado debía tener ese furioso afán de poseer que llevan metido en los huesos todos los campesinos viejos que dedicaron su vida entera y su máximo esfuerzo a fecundar la tierra; tan fuerte debió ser la obsesión, que le había llevado a firmar un contrato con el tío Saucisse, en virtud del cual este le dejaba cuando muriese una fanega de tierra, a cambio de percibir por lo que le restase de vida quince sueldos cada día. ¡Firmar semejante trato cuando se tienen sesenta años y el vendedor diez años menos! Verdad es que este último había cometido la canallada de meterse por entonces en la cama fingiéndose enfermo: tosía, parecía ir a vomitar el alma de sus accesos, mientras el otro embrutecido por su afán, creyéndose el más vivo de los dos, ardía en deseos de consumir tan buen negocio. No importa, eso prueba que, cuando atiza esa llama interna ya se trate de una joven o de un campo, mejor haría no metiéndose en la cama que firmando papeles; y demostraba que esa es la pura verdad, el hecho de que lo del pago de los quince sueldos diarios venía durante ya cinco años; y cuando más dinero soltaba, mayor era el apego que sentía por aquella tierra, más la quería. ¡Pensar que se había desembarazado de todos los engorros de su larga vida de trabajo, ya que sólo le restaba morir tranquilo, contemplando cómo los demás entregaban su carne a aquella ingrata tierra, y que pese a todas esas consideraciones volvía tercamente a ella para que acabara de rematarle! ¡Ah! ¡No son los hombres muy inteligentes que digamos! ¡Y menos «desde luego» los viejos que los jóvenes!

Hubo un momento en que Jesucristo concibió la idea de guardárselo todo, el contrato y los títulos. Pero le faltó valor para ello: después de semejante golpe, habría que huir a escape. No era el mismo caso que con los escudos, que se hace uno con ellos esperando volverlos a reponer. Furioso, volvió a colocar los papeles bajo las lentejas, en el fondo de la marmita. Tal llegó a ser su exasperación, que no le fue posible contener la lengua. Y desde el día siguiente, todo Rognes conoció los tratos del tío Saucisse, lo de los quince sueldos diarios por una fanega de tierra mediocre que, a buen seguro, ni siquiera valía tres mil francos; en cinco años ascendía ya a mil cuatrocientos francos, y si el viejo granuja llegaba a vivir otros cinco, conservaría en su poder el campo y el dinero. La gente se compadecía del tío Fouan, que fue

objeto de toda clase de bromas y comentarios. Sin embargo, aquel anciano que apenas se atrevía a asomar las narices por ninguna parte, desde que se había quedado con la piel y lo que llevaba puesto, de repente comprobó con asombro que era de nuevo saludado y considerado, después de haberse sabido que, además de rentista, era propietario.

La familia, sobre todo, pareció cambiar totalmente. Fanny, que vivía muy distanciada de su padre, ofendida por haberse retirado a vivir en casa del granuja del primogénito en lugar de volverse a instalar en su casa, no dudó en llevarle ropa blanca y camisas viejas de Delhomme. El padre, no obstante, se mostró muy duro, al recordar aquella frase de la hija, que todavía seguía sangrándole: «¡Algún día volverá a pedirnos de rodillas que le acojamos de nuevo!»; y por ello la recibió a su vez con las siguientes palabras, que hirieron profundamente a Fanny:

—¡Eres tú quien de rodillas intenta verme de nuevo!

Cuando la hija regresó a su casa, se echó a llorar de vergüenza y de rabia, ella cuya susceptibilidad de campesina orgullosa se sentía herida con sólo una mirada intencionada. Honrada, trabajadora, rica, llegó a estar indispuesta con todo el pueblo. Hubo de prometerle el marido que, en lo sucesivo, sería él personalmente quien entregaría el dinero de la renta al padre, pues por lo que a ella se refería juraba formalmente no volver jamás a dirigirle la palabra.

En cuanto a Buteau, dejó asombrados a todos un día en que entró en el Castillo, con objeto, dijo, de hacer una breve visita al viejo. Jesucristo, bromeando como siempre, sacó la botella de aguardiente y se pusieron a brindar. Su guasa, sin embargo, se convirtió en estupor, cuando vio que el hermano sacaba del bolsillo diez monedas de cien sueldos y las ponía en hilera sobre la mesa, diciendo:

—Padre, es preciso que arreglemos nuestras cuentas... Aquí tiene el último trimestre de su renta.

¡Ah! ¡Maldito tunante! ¡El que desde hacía años no había vuelto a dar un solo céntimo al padre, venía ahora a enfocar bien un negocio, mostrándole el color de su dinero! No obstante, enseguida apartó el brazo del viejo, que pretendía recogerlo, y volvió a guardarse las monedas.

—¡No! Es únicamente para demostrarle que las tengo... Se las guardo, ya sabe donde le esperan.

Jesucristo empezó a ver clara la cosa y se enfadó seriamente.

—¡Dilo de una vez! Si lo que quieres es llevarte a nuestro padre...

Pero Buteau se tomó la cosa en broma.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás celoso? Si efectivamente estuviera conmigo el padre una semana, y luego tú lo tuvieras otra, ¿no sería eso lo más lógico y natural? Y a usted, padre, ¿qué le parece? ¿Por qué no intenta partirse en dos?... Entretanto, ¡a vuestra salud!

Cuando se iba, les invitó para que al día siguiente fueran a presenciar la vendimia en su viñedo. Allí habría ocasión de engullir buenos racimos de uva, tantos como la barriga pudiera aguantar. Mostróse en fin tan amable y jovial, que los otros dos hubieron de convenir en que se trataba de un redomado truhán, gracioso y dicharachero, pero a condición de no dejarse enredar por él. Le acompañaron durante un trecho en su camino de retorno, por simple complacencia en hacerlo.

Y en el momento preciso en que terminaban de bajar la cuesta, se encontraron con el señor y la señora Badeuil, que regresaban, con Élodie, a su propiedad de Roseblanche, después de haberse dado un paseo por la ribera del Aigre. Los tres iban de luto por la muerte de Estelle, la madre de la pequeña, acaecida en el mes de julio, fallecida de pena, puede decirse, pues como efectivamente decía la abuela cada vez que regresaba de Chartres, su pobre hija se estaba matando a fuerza de sacrificios para mantener la buena reputación del establecimiento de la calle de los Juifs, del que el holgazán de su marido se ocupaba cada vez menos. ¡Cuánta emoción la experimentada por el señor Badeuil con motivo de aquel entierro, al que no se atrevió a llevar a Élodie, que sólo supo la noticia cuando su madre llevaba tres días durmiendo bajo tierra! ¡Qué opresión en el corazón y qué angustia para él, la mañana en que, después de los años transcurridos, volvió a tener ante sus ojos el número 19, en la esquina de la calle de la Planche-aux-Carpes, ese 19 revocado de amarillo, con sus persianas verdes, siempre cerradas, la obra en fin de toda su vida, sembrada hoy de colgaduras negras, abierta la puertecita y obstruida su entrada por el ataúd, entre cuatro cirios! Lo que más le llegó al corazón fue la forma en que el barrio entero se asoció a su dolor. Cuando el féretro traspasó el umbral y apareció sobre la acera, todos los vecinos se persignaron. Trasládose la comitiva a la iglesia en medio del mayor recogimiento. Allí estaban las cinco mujeres de la casa, con sus sombrías vestiduras, en correcta compostura, como debe ser, según se comentó luego por la noche en Chartres. Una de ellas incluso se puso a llorar en el mismo cementerio. En fin, por esta parte, el señor Badeuil sólo tuvo motivos de satisfacción. Pero, al día siguiente, ¡lo que llegó a sufrir cuando estuvo hablando con su yerno Héctor Vaucogne, al que visitó en la casa! El establecimiento había perdido ya todo su esplendor, se echaba a faltar la mano firme de un hombre en una serie de

descuidos, que jamás hubiera sido él capaz de tolerar en su tiempo. Sin embargo, tuvo la satisfacción de comprobar que la adecuada compostura de las cinco mujeres, en la comitiva, les había hecho resaltar tanto en la ciudad, que la casa no se resintió en absoluto durante aquella semana. Al abandonar el número 19, con la cabeza llena de inquietudes, no le ocultó nada a Héctor: ahora que la pobre Estelle ya no estaba allí para llevar el timón de la barca, era él quien tenía que enmendarse y poner manos a la obra con toda seriedad, si no quería comerse en un santiamén la fortuna de su hija.

Buteau se apresuró a invitarles para que también fueran a la vendimia. Pero ellos rehusaron, alegando el luto. Sus semblantes eran melancólicos y sus gestos pausados. Lo único que aceptaron fue ir a catar el vino de la nueva cosecha.

—Lo haremos por distraer a esta pobre pequeña —declaró la señora Badeuil—. ¡Son tan pocas las distracciones que tiene aquí desde que la sacamos del pensionado! ¿Qué quieren ustedes? No va a estar toda la vida asistiendo a clase.

Élodie escuchaba, mientras bajaba los ojos y se sonrojaban sus mejillas, sin razón alguna. Había crecido mucho, pero estaba muy delgada, con la palidez del lirio que vegeta en la sombra.

—Entonces, ¿qué es lo que piensan hacer con esta jovencita? —preguntó Buteau.

Sonrojose ella más aún, mientras su abuela respondía:

—¡Caramba! Todavía no sabemos bien... Ella misma decidirá, ya que por nuestra parte pensamos dejarla en absoluta libertad para escoger el camino que desee.

Pero Fouan, que se había llevado aparte al señor Badeuil, le preguntó con mucho interés:

—¿Marcha bien el negocio?

Con semblante desolado, el interpelado se encogió de hombros.

—¡Quiá, nada de eso! Precisamente esta mañana estuve hablando con cierta persona de Chartres. Y ese es en realidad el motivo de que estemos tan compungidos... ¡Aquello es ya un establecimiento muerto! Se pegan en los pasillos, y nadie paga, ya, de puro mal que se lleva a cabo la vigilancia.

Cuando acabó de hablar, se cruzó de brazos y respiró hondo, como para buscar alivio de los que sobre todo parecía ahogarle una nueva queja cuya enormidad todavía no había podido digerir desde por la mañana.

—¿Querrán creer que el miserable se dedica ahora a ir al café?... ¡Al café, cuando se tiene uno en la propia casa!

—¡Entonces está perdido! —dijo Jesucristo, que escuchaba con aire convencido.

En aquel momento hubieron de interrumpir la conversación, al ver que se acercaban la señora Badeuil y Élodie, junto con Buteau. Iban hablando los tres de la difunta, y la joven manifestaba lo triste que había resultado para ella no poder abrazar a su pobre mamá en los últimos instantes de su vida. Y añadió con su aire de inocencia:

—Parece ser que la enfermedad surgió tan súbitamente, y era tanto el trabajo que había en la confitería...

—Sí, para los bautizos —se apresuró a decir la señora Badeuil, volviéndose hacia los demás y guiñándoles un ojo.

Por lo demás, nadie llegó tan siquiera a esbozar un sonrisa, todos la compadecían con un gesto. Y la pequeña, cuya mirada se había posado sobre una sortija que llevaba puesta, la besó llorosa.

—Es todo cuanto me dieron de ella... Se la sacó la abuela del dedo, para colocarlo en el mío... Hacía veinte años que la llevaba, y pienso conservarla toda mi vida.

Era una vieja alianza de oro, una de sus alhajas de joyería vulgar y común, tan usada que los labrados casi habían desaparecido. Se notaba a simple vista que la mano en que se había gastado de aquella manera, no retrocedía ante ninguna clase de trabajos siempre activa y en movimiento en cuestión de fregar, hacer y deshacer camas frotando, enjugando, manejando trapos de cocina, metiendo en fin las narices un poco por todas partes. Eran tantas las cosas que podía contar aquella sortija, había ido dejando su oro en el fondo de tantos y tantos lances, que los hombres allí presentes la contemplaban fijamente, con ojos maliciosos, sin decir una sola palabra.

—Cuando la hayas usado tanto como tu madre —dijo el señor Badeuil, sofocado por una súbita emoción—, podrás descansar viviendo la sensación del deber cumplido... Si pudiera hablar, sabría enseñarte cómo se gana el dinero, con buen orden y mucho trabajo.

Élodie, sumida en un mar de lágrimas, había acercado de nuevo sus labios a la joya.

—Tenlo presente —dijo la señora Badeuil—, cuando te casemos quiero que lleves esa misma sortija.

Pero, al oír aquellas palabras, ante la idea del matrimonio, la joven, en medio de su enternecimiento, experimentó una sacudida tan fuerte, sufrió en su mente tal exceso de confusión, que se arrojó, azorada, en brazos de su abuela, para esconder la cara. Ésta, sonriente, procuró calmarla.

—Vamos, pequeña, no te avergüences... Es preciso que te vayas acostumbrando a la idea, nada malo hay en ello. Puedes estar segura de que, hallándote presente, ninguna incorrección saldría de mis labios... Tu primo Buteau preguntaba hace un instante qué pensábamos hacer contigo. Pues bien, puedo contestarle que empezaremos por casarte... Anda, no seas tonta y deja de frotarte la cara en mi chal. Vas a conseguir irritarte la piel.

Luego, dirigiéndose a los otros en voz baja y con aire de satisfacción, les dijo:

—¿No es cierto que la tenemos bien educada? ¡No sabe nada de nada!

—¡Ah! Si no tuviéramos este ángel con nosotros —concluyó el señor Badeuil—, la pena que nos aflige tal vez sería insoportable, por las razones que acabo de decirle... Con todo lo que está ocurriendo, vivo tan preocupado y abstraído que mis rosales y mis claveles resultaron este año perjudicados, y ni siquiera sé lo que ocurre en mi pajarera, todos mis pajaritos se sienten enfermos. Sólo la pesca me consuela algo; ayer mismo tuve ocasión de pescar una trucha de tres libras... ¿No le parece? Cuando se vive en el campo, es para llevar una existencia tranquila y alegre.

Terminó la reunión y cada uno se fue por su lado. Los Badeuil reiteraron su promesa de ir a catar el vino de la nueva cosecha. Fouan, Buteau y Jesucristo dieron unos pasos en silencio y luego el viejo resumió su opinión diciendo:

—¡Afortunado será el joven que logre atrapar a esa muchacha junto con la casa!

El tambor de Rognes había tocado el pregón de la vendimia; y, el lunes por la mañana, todo el pueblo estaba en pie, pues cada familia poseía su correspondiente viña y ninguna se hubiera permitido faltar ese día a la tarea que le esperaba a orillas del Aigre. Pero lo que acababa de emocionar al vecindario, era que, la víspera, siendo ya noche cerrada, el cura, un cura que por fin se permitía el municipio el lujo de tener, había descendido de un carruaje a la puerta de la iglesia. Tan oscuro estaba ya, que apenas pudieron verlo. No obstante, los comadreos eran ininterrumpidos; la historia, por lo visto, merecía además tales comentarios.

Después de haberse reafirmado su desavenencia con el pueblecito de Rognes, durante meses y meses el abate Godard había seguido en su obstinación de no volver a poner los pies allí. Bautizaba, confesaba y casaba a quienes acudían a Bazoches-le-Doyen; en cuanto a los muertos, se hubieran secado esperándole, aunque en todo caso el interrogante quedó en el aire, pues nadie había muerto durante aquel largo lapso de tiempo. Había

asegurado a monseñor que antes prefería reventar que ejercer su ministerio en un pueblo abominable donde era mal acogido, compuesto de viciosos y borrachos, condenados todos ellos de antemano desde el momento en que ya no creían en el diablo; y el obispo parecía sin duda sostener su mismo punto de vista, aunque procuraba dar largas al asunto en espera de que surgiera un acto de contrición en aquel rebaño rebelde. En Rognes, pues, no había sacerdote: sin misa, sin nada, en estado de salvajismo. Hubo al principio algo de sorpresa; pero en el fondo ¡qué caramba!, las cosas no iban peor que antes. Se acostumbraron a ello, ni llovía ni había más vendavales que de costumbre, sin contar además con el ahorro que semejante situación significaba para el municipio. Su razonamiento no podía ser más pueril: puesto que el sacerdote no parecía ser indispensable, dado que la experiencia demostraba que las cosechas no salían perjudicadas con ello y tampoco la gente se moría más deprisa, lo mejor era pura y simplemente pasarse sin él. Hubo sin embargo opiniones para todos los gustos, e incluso experimentaban cierta vergüenza al ver que otros municipios de menor categoría tenían su cura propio. A las mujeres particularmente se les hacía muy cuesta arriba permanecer indefinidamente en aquella situación; aparte el sentimiento de religiosidad, existía la costumbre inveterada, y ni una sola de ellas hubiera consentido casarse o ser enterrada sin contar con el sacerdote. Incluso los hombres iban a veces a la iglesia, con motivo de las grandes solemnidades. Resumiendo, el cura siempre había ocupado un lugar en su existencia, tanto en ellos como en ellas, de tener un cura a su lado se hacía de todo punto imprescindible.

Por consiguiente, el consejo municipal no tuvo más remedio que ocuparse del asunto. El alcalde, Hourdequin, que, aunque no practicante, defendía la religión por principio de autoridad, cometió la torpeza política de no tomar cartas al asunto, adoptando más bien una posición conciliadora. La comunidad era pobre, ¿por qué gravarla con más gastos que exigirían la reparación del presbiterio?; y ello tanto más cuanto que todavía conservaba esperanzas de recobrar al abate Godard. Eso fue lo que motivó el que fuese Macqueron, el primer teniente de alcalde, antes enemigo de la sotana, quien se pusiera a la cabeza de los descontentos, de cuantos se sentían humillados por no tener un cura propio. Fue entonces cuando Macqueron debió concebir la idea de derribar al alcalde, para ocupar su sitio; y se decía, además, que se habían convertido en el agente del señor Rochefontaine, el fabricante de Châteaudun, que iba a enfrentarse de nuevo con el señor de Chédeville en las próximas elecciones. Se daba precisamente la circunstancia de que Hourdequin, sintiéndose fatigado, e inspirándole serios cuidados la granja, se

desinteresaba cada vez más de las sesiones, dejando actuar a su primer teniente de alcalde, de suerte que el consejo, convencido por éste, votó los fondos necesarios para la erección de la comunidad en parroquia. Después de haberse hecho pagar su terreno expropiado, con motivo del trazado del nuevo camino, a pesar de haber prometido cederlos gratuitamente, los consejeros le trataban de ratero, pero le testimoniaban un profundo respeto. Sólo Lengaigne protestó contra la resolución. También Bécu refunfuñaba, por haber sido expulsado del presbiterio y del jardín, para irse a vivir a una casucha. Durante un mes los obreros no pararon, recomponiendo paredes, arreglando vidrieras y reemplazando la podrida techumbre; y así fue como la víspera pudo instalarse un cura en aquella casita, revocada toda ella y con apariencias de nueva.

Apenas amaneció, empezaron los carruajes a descender la cuesta, cargado cada uno de ellos con cuatro o cinco toneles desfondados por uno de sus lados. Las mujeres y las chicas iban en los carricoches con sus cestas, en tanto que los hombres marchaban a pie, fustigando a los animales. Formaban una fila interminable, charlando unos con otros de coche en coche, entre gritos y risas.

El de Lengaigne marchaba precisamente detrás del de Macqueron, de modo que Flore y Coelina, que no se hablaban desde hacía seis meses, se reconciliaron merced a tal circunstancia. La primera iba acompañada de la Bécu, y la otra de su hija Berthe. La conversación recayó enseguida sobre el cura. Las frases, entorpecidas por el paso de los caballos, cruzaban a voleo entre el aire fresco del amanecer.

—Sí, yo le vi cuando ayudaba a que bajasen su maleta.

—¡Ah!... ¿Y qué aspecto tiene?

—¡Qué pregunta! Estaba muy oscuro... Me pareció alto y delgado, con una cara de cuaresma la mar de larga, no muy fuerte... Treinta años quizá. Parecía más bien afable.

—Según dicen, procede de la región de los Auvergnats, una zona montañosa que se halla cubierta por la nieve durante los dos tercios del año.

—¡Ambiente de miseria, en resumidas cuentas! ¡Lo bien que va a encontrarse entonces entre nosotros!

—¡Eso desde luego!... ¿Sabes que se llama Madeleine?

—No, Madeline.

—Madeline o Madeleine, pero el caso es que no parece nombre de hombre.

—Bien pudiera ocurrir que viniera por los viñedos a hacernos una visita. Macqueron ha prometido traérselo consigo.

—¿Cómo dices? Pues habrá que estar al acecho.

Los carromatos se habían detenido al pie del montículo, a lo largo del camino que sigue el curso del Aigre. Y en cada uno de los pequeños viñedos, entre las hileras de rodrigones, las mujeres habían puesto manos a la obra, avanzando inclinadas, con las nalgas levantadas, cortando con la podadera los racimos, con los que iban llenando sus cestos. En cuanto a los hombres se refiere, bastante trabajo tenían con vaciar las cestas en los cuévanos que llevaban a la espalda y luego en los toneles. Cuando todos los toneles de un carromato estaban llenos, marchaban a descargarlos a los lagares, regresando luego para cargar de nuevo.

El rocío era tan fuerte aquella mañana, que las ropas enseguida quedaron empapadas. Afortunadamente hacía un tiempo magnífico, y el sol poco tardó en secarlas. No había llovido desde hacía tres semanas; la uva, por la cual se había temido a causa de la humedad de aquel verano, había terminado por madurar y endulzarse bruscamente; y ésa era la principal razón por la cual, aquel sol tan hermoso, tan cálido para la estación en que se hallaban, les tenía a todos tan alegres, haciéndoles soltar bromas a cada momento y ocurrencias más o menos sucias, que hacían desternillarse de risa a las muchachas.

—¡Esta Coelina! —dijo Flore a la Bécu, alzando el cuerpo y contemplando a la Macqueron, que se hallaba en la viña contigua—. ¡Tan orgullosa como decía estar de su Berthe, por su piel de señorita!... ¡Ahí la tienes, amarilleando y secándose a más no poder!

—¡Tú dirás! —repuso la Bécu—. ¡Cuando no hay manera de casar a las hijas! Hacen mal en no endosársela al constructor de carros... Sobre todo teniendo en cuenta que los vicios a que según dicen se entrega, están acabando con su salud.

Reinó un breve silencio y siguió cortando racimos; tenía los riñones partidos. Luego, moviendo las caderas, añadió:

—Lo cual no impide que el maestro de escuela continúe rondándola.

—¡Pardiez! —exclamó Flore—. Ese Lequeu es capaz de aprovecharse de todo lo que se pone delante de sus narices... ¡Qué casualidad! Por ahí veo que llega a echarles una mano. ¡Menudo pájaro está hecho!

Las mujeres callaron. Víctor, que había vuelto del servicio apenas hacía quince días, se apresuró a coger sus cestas y a vaciarlas en el cuévano que llevaba consigo Delphin, contratado para la vendimia por aquel marrajo de Lengaigne, pretextando la necesidad de su presencia en la tienda. Y Delphin,

que nunca había salido de Rognes, arraigado en la tierra como un joven roble, se quedaba con la boca abierta contemplando a Víctor, fanfarrón y bromista, encantado con dejarle patitieso, tan cambiado que nadie hubiera sido capaz de reconocerle con sus bigotes y su perilla, pareciendo mofarse de todo el mundo, con su gorra de soldado que se enorgullecía llevando todavía. Solo que el muy tunante se equivocaba, si creía suscitar la envidia del otro: ya podía perder el tiempo contándole las excelencias del cuartel, las juergas que decía haberse corrido, las mujeres tenidas a su disposición o el vino, pues el campesino se limitaba a sacudir la cabeza, y, aunque estupefacto en el fondo, nada de todo aquello le tentaba. ¡No, no! ¡Resultaba demasiado caro si era necesario abandonar su rincón de tierra! Ya había rehusado por dos veces irse a Chartres con Nénesse para intentar hacer fortuna.

—¡Maldito alcorcho! ¿Y cuando tengas que hacer el servicio?

—¡Oh! ¡El servicio, el servicio!... ¡A lo mejor tengo la suerte de sacar un buen número!

Víctor, a pesar del tono de desprecio con que le hablaba, no pudo sacarle de ahí. Él, que se había batido como un cosaco, ¡qué tipo más cobarde tenía ante sí! Y mientras hablaba seguía vaciando cestas en el cuévano, sin que la carga consiguiera doblegar las espaldas del otro. Luego, puesto a hacer broma, con gesto fanfarrón hizo un guiño señalando a Berthe, y añadió:

—Escucha, ¿sabes si le ha salido el vello que le faltaba mientras estuve fuera?

Delphin no pudo contener un verdadero ataque de risa, pues el fenómeno de la hija de los Macqueron continuaba siendo motivo de bromas picantes entre la gente joven.

—¡Ah! No he tenido ocasión de meter las narices por esos andurriales... Posiblemente le habrá crecido durante la primavera.

—Pues no sería yo quien estuviera dispuesto a regar semejante jardín —concluyó Víctor con una mueca de repugnancia—. Me haría el efecto de que se trata de una rana... Ese recoveco sin peluca no debe ser muy sano que digamos, se constipará con mucha facilidad.

De repente, fueron tan fuertes las sacudidas de Delphin al reírse, que el cuévano empezó a tambalearse sobre sus hombros, por lo que se apresuró a vaciarlo, mientras se le seguía oyendo desternillarse de risa.

En el viñedo de los Macqueron, Berthe continuaba haciéndose la señorita, valiéndose de unas tijeritas en lugar de una podadera; tenía miedo a los espinos y a las avispas, y se desesperaba porque sus finos zapatos, humedecidos por el rocío, no acababan de secarse. Y toleraba las atenciones y

finezas de Lequeu, a quien no podía ver, porque no dejaba de sentirse orgullosa en el fondo de que le hiciera la corte el único hombre instruido que había allí. Él acabó por sacar el pañuelo para secarle los zapatos. Una inesperada aparición distrajo la atención de ambos.

—¡Bendito sea Dios! —murmuró Berthe—. ¡Vaya vestido que lleva ella! Con razón me dijeron que llegó ayer tarde al mismo tiempo que el cura.

Se refería a Suzanne, la hija de los Lengaigne, que se atrevía de repente a aparecer de nuevo por el pueblo, después de tres años de vida alocada en París. Llegada la víspera, había estado ganduleando toda la mañana, dejando que su madre y su hermano se fueran a vendimiar, aunque prometiéndoles unirse a ellos más tarde, para caer así como una bomba sobre los campesinos cuando se hallaran en plena faena, y dejarles boquiabiertos con sus vestidos y aderezos. La sensación que producía era, en efecto, extraordinaria, pues se había puesto un traje de seda azul, de un azul llamativo que hacía palidecer el azul del cielo. Bajo aquel sol luminoso que la bañaba por completo, destacándose al aire libre su figura, en medio del verde amarillento de los sarmientos cargados de hojas, estaba realmente llamativa, su triunfo era absoluto. Con magnífica soltura, enseguida se puso a hablar y a reír, cogiendo racimos de uvas, que alzaba en el aire con gesto alegre para luego ir bajándolos hasta su boca, sin dejar de bromear con Delphin y su hermano Víctor, que parecía estar muy orgulloso de ella, teniendo entusiasmadas a la Bécu y a su madre que, con las manos colgantes y los ojos humedecidos no salían de su asombro. Por lo demás, aquella admiración era compartida por los vendimiadores de las parcelas vecinas: el trabajo se había paralizado, todos la contemplaban, vacilando en reconocerla, hasta tal punto llegaba su embellecimiento y el cambio operado en ella. Aquella muchacha tan fea en otro tiempo, era ahora una joven francamente atractiva, debido sin duda a la forma en que sabía recoger sus pelillos rubios sobre el hocico. Y una seria deducción se desprendía de aquel curioso examen al verla ataviada tan lujosamente, llenita y con una cara alegre de prosperidad.

Coelina, con el rostro invadido por una oleada de bilis, mordiéndose los labios, también permanecía abstraída, entre su hija Berthe y Lequeu.

—¡Ahí tenéis una mujer elegante!... Flore cuenta a quien quiere oírla, que su hija tiene allí lujo, criados y coches. Y así debe ser en efecto, pues mucho es el dinero que hay que ganar para poder convertir el cuerpo en un escaparate en la forma que estamos viendo.

—¡Oh! Esas vividoras —dijo Lequeu, tratando de ser amable y buscando congraciarse—, todos sabemos como ganan el dinero.

—¡A mí poco me importa cómo lleguen a ganarlo! —repuso amargamente Coelina—. ¡El caso es que lo tienen!

Paro, en aquel momento, Suzanne, que había visto a Berthe y reconocido en ella a una de sus antiguas compañeras de las Hijas de María, se acercó muy gentil.

—Buenos días, ¿cómo estás?

Suzanne contempló atentamente su rostro, comprobando que se hallaba un tanto marchito. Y, reaccionando rápidamente, repitió sonriente:

—Te encuentras bien, ¿no es eso?

—Muy bien, gracias —respondió Berthe, sintiéndose violenta y vencida.

Aquel día los Lengaigne se llevaban la palma; aquello era un auténtico bofetón para los Macqueron. Fuera de sí, Coelina comparaba la amarillenta delgadez de su hija, ya con arrugas, con el buen semblante de la hija de los otros, fresco y sonrosado. ¿Era eso justo? ¡Una perdida a quienes traían y llevaban los hombres de la mañana a la noche, sin saber lo que era el cansancio! ¡Y a su lado, el símbolo de la juventud virtuosa, tan hundida a pesar de dormir sola, que más bien parecía una mujer envejecida por tres partos! No, la discreción y la prudencia carecían de toda recompensa. ¡No valía la pena permanecer honrada al lado de los padres!

En fin, que todos cuantos se hallaban en la vendimia, se deshicieron en atenciones y amabilidades para con Suzanne. Besó a una serie de muchachos que habían crecido y emocionó a los viejos haciendo venir a su memoria una serie de recuerdos. Séase lo que fuere, el caso es que se puede prescindir del qué dirán en cuanto se ha hecho fortuna. Al menos aquella tenía buen corazón, al no renegar de la familia y dignarse ver de nuevo a los amigos, ahora que era rica.

A las once todos dejaron el trabajo para comer un trozo de pan con queso. No lo hacían porque tuvieran apetito, pues se estaban atiborrando de uva desde el amanecer, con la garganta empegada de azúcar y la tripa hinchada, redonda como un tonel; y todo aquello hervía allí dentro, actuando como una verdadera purga: a cada minuto podía verse ya a aquellas horas más de una muchacha que tenía que salir corriendo para ocultarse detrás de algún seto. También eso, naturalmente, constituía motivo de bromas y risas; los hombres hacían gesto de enderezarse y mirar, lanzando fuertes exclamaciones para azararlas y hacerlas ir más deprisa. Alegría y jovialidad en pocas palabras, algo sano e intrascendente que contribuía a refrescar las almas.

Ya terminaban su ración de pan y queso, cuando apareció Macqueron por la carretera con el abate Madeline. Suzanne fue olvidada de repente, y ya no

hubo miradas más que para el cura. Francamente, la primera impresión no fue muy favorable: su aspecto era el de una auténtica percha, triste y alicaído. Ya en aquellos momentos iba saludando al pasar por cada viñedo, con su correspondiente frase amable para cada uno, lo que hizo que sus jueces acabaran por encontrarle muy bien educado, amable, nada petulante en fin. ¡Ya se encargarían de hacerle entrar en vereda si era preciso! ¡Mejor desde luego que con aquel malcarado de abate Godard! A sus espaldas ya habían empezado las bromas y regocijos. Había llegado a lo alto de la colina, y permanecía inmóvil contemplando la inmensa y gris llanura de la Beauce, como sobrecogido por una especie de miedo, algo así como un acceso de melancolía desesperada que hizo humedecerse sus grandes y claros ojos de montañés, habituados a los horizontes estrechos y cerrados de la Auvernia.

Allí se hallaba precisamente el viñedo de los Buteau. Lise y Françoise se dedicaban a cortar racimos, y Jesucristo, que no había olvidado traer consigo a su padre, estaba ya más que embriagado por la uva ingerida, aunque parecía seguir en su tarea de vaciar las cestas en los cuévanos. El atracón que se había dado fermentaba de tal modo bajo su piel, inflaba tan enormemente todo su ser, que los gases le salían por todos los agujeros. Y la presencia del sacerdote le excitó de tal modo que incluso se mostró descortés.

—¡Qué tipo más mal educado! —exclamó a voces Buteau—. Espera por lo menos a que el señor cura se haya marchado.

Pero Jesucristo no aceptó la reprimenda, respondiéndole como hombre de buenos modales que sabía ser cuando quería:

—No me propuse ofenderle, me divierto simplemente.

El tío Fouan había tomado asiento en el suelo, como él mismo solía decir, cansado, encantado por el buen tiempo que hacía y la hermosura de la vendimia. Se solazaba maliciosamente para sus adentros de que la Grande, cuyo viñedo estaba al lado, hubiera decidido darle los buenos días: por lo visto también ésa volvía a tenerle en consideración, desde que se había enterado de que disfrutaba de unas rentas. Desapareció luego repentinamente de su presencia, y pudo contemplar entonces cómo su nieto Hilarion aprovechaba glotonamente su ausencia para engullirse unos racimos de uva, lo que le valió una inmediata reprimenda a base de bastonazos. ¡Cochino, más que cochino, que echaba a perder más de lo que ganaba!

—¡Ahí tiene una mujer, la tía, que le dejará a uno descansado cuando reviente! —dijo Buteau sentándose unos momentos al lado de su padre para lisonjearle—. ¡Abusar de ese pobre inocente, por el simple hecho de que tenga la fuerza y resistencia que un asno!

A renglón seguido la emprendió con los Delhomme, que se hallaban a un nivel inferior, al borde del camino. Tenían el más hermoso viñedo de la comarca, cerca de dos hectáreas en una sola mano, donde había una decena de personas trabajando. Sus viñas, muy bien cuidadas, producían unos racimos como ningún otro vecino llegaba a recoger; y tan orgullosos se hallaban de ello, que daban la impresión de estar vendimiando aparte, sin regocijarse siquiera por los bruscos cólicos que hacían galopar a las muchachas. Desde luego no se romperían las piernas yendo a saludar a su padre, pues se comportaban como si ignoraran que estuviese allí. ¡Ese bobalicón de Delhomme, no era más que un necio a fin de cuentas, dándose las siempre de buen trabajador y soñando sólo con la justicia! ¡Y aquella arpía de Fanny, siempre enfadada por un vaso volcado y exigiendo que se la adorase como si fuera un santo, sin tener siquiera conciencia de las marranadas que ella hacía a los demás!

—Lo único cierto, padre —siguió diciendo Buteau—, es que yo le quiero de veras, en tanto que mi hermano y mi hermana... Bien sabe que tengo el corazón muy grande, aunque ciertas mezquindades le hicieran alejarse de mí.

Y culpó de todo a Françoise, a quien Jean había trastornado la cabeza. Ahora, en cambio, vivía tranquila y sosegada. Y podía estar seguro de que, si se atrevía a moverse, estaba decidido a refrescarle la sangre zambulléndola en el río.

—Vamos a ver, padre, es preciso reflexionar... ¿Por qué no vuelve con nosotros?

Fouan permaneció silencioso, adoptando una actitud de prudencia. Esperaba sin duda el ofrecimiento, que por fin se decidía a hacerle su hijo menor; pero lo que realmente deseaba era evitar una contestación categórica, decir sí o no, puesto que nunca se sabía lo que podría pasar. Entonces Buteau continuó con sus insinuaciones, al tiempo que se aseguraba de que su hermano estaba en el otro extremo de la viña:

—¿No le parece lo más prudente? La casa de ese granuja de Jesucristo, no es el lugar que le corresponde. Cualquiera día nos encontraremos con que le han asesinado... No sólo estoy dispuesto a darle cobijo y alimentos, sino que incluso le pagaría su pensión.

El padre había entornado bruscamente los ojos, estupefacto. Y como sea que siguiera sin decir nada, el hijo quiso colmarle con sus halagos.

—No le faltarían caprichos ni comodidades; tendría su café, su copita, cuatro sueldos de tabaco, en fin cuanto se le antojara.

Aquello era excesivo; Fouan sintió miedo. Indudablemente, pensando bien las cosas, el asunto se iba estropeando en casa de Jesucristo. Pero ¿y si en casa de los Buteau empezaban de nuevo las impertinencias?

—Ya veremos —se limitó a decir, poniéndose en pie para dar por terminada la entrevista.

Se estuvo vendimiando hasta el anochecer. Los carros no cesaban de transportar toneles llenos, que luego traían vacíos. En los viñedos, dorados por el sol poniente bajo el inmenso y sonrosado cielo, el vaivén de las cestas y cuévanos aceleraba su ritmo, en medio de la embriaguez general que tenía por causa aquella uva acarreada. Berthe sufrió un accidente: fue presa de un cólico tal, que ni siquiera pudo salir de estampía, como habían hecho las otras; su madre y Lequeu tuvieron que formar como una muralla con sus cuerpos, mientras ella hacía sus necesidades en aquel mismo lugar. En el viñedo vecino se dieron cuenta de lo que ocurría. Víctor y Delphin quisieron llevarle papel; pero Flore y la Bécu se lo impidieron porque las cosas tenían, a su modo de ver, límites que sólo las personas mal educadas se atreven a sobrepasar. Todos se dispusieron a regresar finalmente. Los Delhomme habían tomado la delantera e iban en cabeza, la Grande forzaba a Hilarion a llevar el caballo de las riendas, los Lengaigne y los Macqueron confraternizaban, debido a que aquella semiborrachera enternecía bastante su rivalidad. Pero lo que más llamó la atención fue la mutua cordialidad y las atenciones que se tenían el abate Madeline y Suzanne: él, al ver que era la que iba mejor vestida, sin duda debió creerla una dama; y mientras caminaban uno al lado del otro, él no hacía más que lanzarle miradas, y ella por su parte se hacía la melosa, preguntándole la hora en que se celebraría la misa el domingo. Detrás de ellos, Jesucristo, movido por su ancestral rencor hacia la sotana, volvía a sus bromas de mal gusto, entre risas de obstinado borracho. Cada cinco pasos levantaba la pierna y soltaba uno de los suyos. La mujerzuela se mordía los labios para evitar la carcajada, y el sacerdote afectaba no oírle; de ese modo, muy serios y al compás de aquella música, siguieron intercambiando ideas piadosas, a la cola de aquel tren en movimiento que formaban los vendimiadores.

Cuando ya por fin estaban llegando a Rognes, Buteau y Fouan, avergonzados por lo que estaba ocurriendo, trataron de imponer silencio a Jesucristo. Pero éste seguía en las suyas, repitiendo a grito pelado que estaría en un error el cura si llegaba a tomárselo en serio.

—¡Válgame Dios! ¡Estoy cansado de deciros que no lo hago por los demás, sino simplemente para divertirme!

A la semana siguiente fueron invitados a probar el vino en casa de los Buteau. Los Badeuil, Fouan, Jesucristo y otros cuatro o cinco debían acudir a las siete para comer pierna de cordero, nueces y queso: una auténtica cena. Durante la jornada Buteau había vertido el vino en sus toneles, seis cubas que llenaban la bodega. Pero alguno de sus vecinos se hallaba mucho más atrasado: uno de ellos, en trance de vendimiar todavía, pisaba la uva desde por la mañana, completamente desnudo; un segundo, armado de una estaca, vigilaba la fermentación, hundiendo el sombrero en medio del mosto que hervía; un tercero, que disponía de una prensa, recogía los restos prensados y los amontonaba en su corral, donde formaban un montón humeante. Y así en cada una de las casas del vecindario; y de todas aquellas cubas hirvientes, presas chorreantes y toneles repletos, el pueblo entero de Rognes se impregnaba el alma de vino, de un vino cuyo fuerte olor hubiera bastado para embriagar a la gente.

Aquel día, en el momento de abandonar el Castillo, Fouan tuvo un presentimiento que le impulsó a ir en busca de los títulos que tenía escondidos en la marmita de las lentejas. Prefería llevarlos encima, pues le había parecido ver a Jesucristo y a la Trouille mirar hacia arriba con ojos extraños. Partieron los tres a primera hora y llegaron a casa de los Buteau al mismo tiempo que los Badeuil.

La luna llena aparecía tan amplia y limpia en el cielo, que iluminaba como un verdadero sol; y Fouan, al entrar en el patio, observó que el asno, *Gédéon*, situado bajo el cobertizo, tenía la cabeza metida en una herrada de reducido tamaño. Lo de encontrarle suelto no le causaba asombro, pues el muy marrano sabía levantar los pestillos con el morro; pero como quiera que esa herrada le intrigara, se acercó y reconoció en ella uno de los recipientes de la bodega, que habían dejado lleno de vino de la prensa, para acabar de completar los toneles. ¡Menudo pillo el tal *Gédéon*! ¡Se lo estaba bebiendo!

—¡Eh! ¡Ven aquí, Buteau!... ¡Vaya negocio te está haciendo tu asno!

Buteau apareció en el umbral de la cocina.

—¿Qué ocurre?

—¡Pues que se lo ha bebido todo!

En medio de aquellos gritos, *Gédéon* acababa de absorber el líquido con toda tranquilidad. Es muy posible que estuviera bebiendo desde hacía un cuarto de hora, pues la herrada tenía una cabida aproximada de veinte litros. Todo el líquido había desaparecido, el vientre del animal se había redondeado como si fuera un odre, estaba a punto de estallar; y cuando levantó la cabeza,

pudo verse su morro chorreando vino, así como su nariz de borracho, y debajo de los ojos una raya roja que indicaba hasta donde había hundido la cabeza.

—¡Ah, sinvergüenza! —vociferó Buteau acudiendo apresuradamente—. ¡Está en una de sus juergas! ¡No conozco otro tan vicioso como él!

Cuando le reprochaban sus vicios, *Gédéon*, por lo general, daba la impresión de tenerle sin cuidado la reprimenda, limitándose a ensanchar las orejas y ponerlas en forma oblicua. Aquella vez, sin embargo, aturdido como estaba, perdiendo todo respeto, se puso a bromear y a hacer disparates, para expresar su regocijo, sin sentir remordimiento alguno por la orgía que se había permitido; y al tratar de empujarle el amo, empezó a dar tumbos.

Fouan tuvo que hacerle retroceder empujándole por las ancas.

—¡El muy puerco está borracho como una cuba!

—Yo diría más bien bebido como un burro —hizo recalcar Jesucristo, que le contemplaba sin disimular cierta admiración fraternal—. Todo el recipiente de golpe, ¡vaya gaznate!

Pero Buteau no se reía, y lo mismo les ocurría a Lise y Françoise, que habían acudido al oír ruido. Para empezar, había que tener en cuenta el vino perdido; además, no se trataba tanto del menoscabo sufrido como de la confusión y el mal efecto que forzosamente debía producir la conducta de su asno, hallándose presentes los Badeuil. Éstos ya se estaban mordiendo los labios con sólo pensar en Élodie. Para colmo de desdichas, el azar dispuso que Suzanne y Berthe, que paseaban juntas, se encontrasen con el abate Madeline, en la misma puerta de la casa, circunstancia esta que hizo detenerse a los tres, en espera de acontecimientos. ¡Bonita escena la que estaban dando ahora, ante aquella gente distinguida que no apartaba su vista de allí!

—Padre, empujele —dijo Buteau en voz baja—. Hay que hacerlo entrar rápidamente en la cuadra.

Fouan se puso a empujar. Pero *Gédéon*, feliz y contento, sintiéndose a sus anchas, se negaba a moverse, sin malicia alguna simplemente con la tozudería de una criatura harta, con los ojos húmedos, la mirada burlona y la boca babosa del que se está riendo descaradamente. Se hacía el recalcitrante, movía constantemente sus separadas patas, y se recobraba a cada sacudida, cual si hubiera encontrado la broma original y divertida. Y cuando Buteau empezó a empujar también, la estabilidad del animal ya no duró gran cosa: el asno cayó tumbado en tierra con las cuatro patas al aire, para luego quedarse quieto, apoyado sobre un costado, poniéndose a rebuznar tan fuerte que parecía estar mofándose de cuantos personajes le estaban contemplando.

—¡Ah! ¡Trasto asqueroso! ¡No sirves para nada! ¡Yo te enseñaré a ponerte malo! —vociferó Buteau, mientras empezaba a darle puntapiés.

Lleno de clemencia, Jesucristo se interpuso entonces.

—Vamos a ver; vayamos por partes... Puesto que está bebido, no es lógico pedirle que razone. Ten por seguro que no te entiende; vale más ayudarle a que se reponga y a que encuentre su cobijo.

Los Badeuil se habían alejado de allí, dando muestras de desagrado y disgusto ante aquel extravagante animal que no sabía comportarse como corresponde, mientras Élodie, muy sonrojada, como si estuviera asistiendo a un espectáculo indecente, volvía la cabeza. En la puerta, el grupo formado por el cura, Suzanne y Berthe, aunque quieto y silencioso, protestaba con sus gestos y su actitud. Fueron llegando vecinos, y empezaron las bromas y comentarios en voz alta. Lise y Françoise se hubieran puesto a llorar de vergüenza.

Entretanto, procurando contener su coraje, Buteau, ayudado por Fouan y Jesucristo, intentaban poner en pie a *Gédéon*. No era sencillo ni mucho menos, pues el animalito pesaba lo suyo, con la cantidad de vino que tenía en el vientre. En cuanto se había conseguido enderezarle de un lado, se derrumbaba por el otro. Entre los tres, apoyándose mutuamente para intentar conseguir que el animal encontrase apoyo en sus rodillas y en sus codos, lograron por fin ponerle de cuatro patas, e incluso le habían hecho adelantar unos pasos, cuando, haciendo como una brusca reverencia hacia atrás, cayó tumbado de nuevo. Había que atravesar todo el patio para llegar a la cuadra. Jamás llegarían hasta allí. ¿Cómo componérselas?

Los tres hombres no hacían más que maldecir, mientras le observaban desde todos los ángulos posibles, sin saber por donde empezar ni por donde cogerle.

Jesucristo concibió la idea de apoyarle de costado en una de las tapias del cobertizo; desde allí intentarían que fuera dando la vuelta, siguiendo la pared de la casa hasta llegar a la cuadra. La cosa pareció marchar bien al principio, aunque el asno se empeñaba en no arrimarse a la pared. Lo malo fue que aquel continuo roce debió hacérsele insoportable a la bestia. Y, de repente, desembarazándose de las manos que sujetaban a la pared, empezó a dar brincos de un lado para otro.

El padre estuvo a punto de caer derribado, y los dos hermanos gritaban:

—¡Detenedle, detenedle!

Entonces, bajo la deslumbrante blancura de la luna, pudo verse a *Gédéon* corriendo por el patio, en un zigzag frenético, con sus dos grandes orejas

extendidas. Le habían removido demasiado el vientre, estaba enfermo. Un primer dolor de tripas sin duda, hizo que parara en seco, todo debía dar vueltas a su alrededor. Quiso volver a caminar, pero acabó otra vez en el suelo, echado encima de sus rendidas y tiesas patas. No hacía más que estirar el cuello, una terrible marejada agitaba sus costados. Y, en medio de un cabeceo propio del borracho que encuentra algún alivio, moviendo la cabeza hacia adelante a cada esfuerzo que hacía, empezó a vomitar lo mismo que un hombre.

Una enorme risa había estallado en el umbral de la puerta, entre los campesinos que allí se habían ido agrupando, en tanto que el abate Madeline, de estómago delicado, palidecía a ojos vistas, entre Suzanne y Berthe, que se lo llevaron consigo, murmurando palabras de indignación. Pero el aspecto de personas ofendidas en lo más íntimo que ponían los Badeuil, evidenciaba claramente cómo la exhibición de un asno en semejante estado era contrario a las buenas costumbres e incluso a la simple delicadeza que debe observarse con los transeúntes. Élodie, medio atontada, se había echado llorando en brazos de su abuela, a quien preguntó si el asno acabaría muriéndose. El señor Badeuil estimó del caso ponerse a gritar: «¡Basta ya! ¡Basta ya!», con su antigua e imperativa voz de patrón acostumbrado a que se le obedezca; pero el jaleo seguía y la vomitona también, el patio estaba inundado, verdaderos detritus de cloaca, un auténtico río rojo que se deslizaba hacia el inmenso charco que allí se había formado. Luego resbaló, cayendo de golpe sobre su vientre con los muslos abiertos y en tan poco conveniente postura, que jamás borracho alguno, extendido y atravesado en una calle, pudo producir tal asco a la gente. Hubiérase dicho que aquel miserable animal lo hacía a propósito para deshonar a sus amos. Aquello era ya demasiado Lise y Françoise, cubriéndose los ojos con las manos, huyeron de allí y buscaron refugio en el fondo de la casa.

—¡He dicho que basta! ¡Llévenselo de aquí!

Y ésa era en efecto la única determinación a tomar, pues *Gédéon*, más mojado ya que un trapo de cocina, rendido de sueño, se estaba durmiendo. Buteau fue a toda prisa en busca de una parihuela, y seis hombres le ayudaron a cargar el asno. Por fin se lo llevaron, con los miembros y la cabeza colgantes, roncando tan fuerte y con tal despreocupación, que más bien daba la impresión de estar rebuznando y mofándose todavía de la gente.

Excusado decir que aquella aventura empezó por echar a perder la cena en sus primeros momentos. Sin embargo, pronto se rehicieron los interesados, y se acabó incluso por festejar el nuevo vino tan ampliamente que, hacia las

once de la noche, todos estaban aproximadamente como el asno. A cada momento tenían que salir al patio para satisfacer alguna necesidad.

El tío Fouan estaba muy alegre. Quizás hiciera bien aceptando el cobijo que le ofrecía el hijo menor, pues el vino sería bueno aquel año. Había tenido que abandonar el comedor a su vez, y rondaba todo eso por su cabeza cuando oyó las voces de Buteau y de Lise, que habían salido detrás de él, acurrucados uno junto al otro a lo largo de la tapia; disputaban entre sí, y la riña consistía en que el marido reprochaba a la mujer el no haberse mostrado lo bastante solícita con su padre. ¡Pava endemoniada! Era preciso embaucarle, para de ese modo recobrarle y tenerle atontado, única forma de hacerse con sus ahorros. El viejo, con la mente ya despejada, quedóse frío de repente, haciendo un movimiento instintivo para asegurarse de que no le habían robado los papeles que llevaba en el bolsillo; y cuando, después de haberse despedido todos con besos y abrazos, se encontró de nuevo en el Castillo, estaba resuelto a no moverse de allí. Pero aquella misma noche tuvo una pesadilla que le dejó helado: le pareció ver a la Trouille en camisa merodeando por la habitación, hurgando en sus calzones y su blusa, registrando hasta sus zapatos. Evidentemente, Jesucristo, al no encontrar lo que escondiera debajo de las lentejas, enviaba a su hija para aturdirle, como decía Buteau.

De repente, Fouan ya no pudo continuar por más tiempo en el lecho, hasta tal punto lo que había visto minaba su cráneo. Se levantó y abrió la ventana. La noche aparecía blanqueada por la luna, un fuerte olor a vino remontaba de Rognes, mezclado con el de otras suciedades que habían ido depositándose desde hacía ocho días a lo largo de paredes y tapias, todo ese violento soplo en fin que origina la vendimia. ¿Qué iba a ser de él? ¿Dónde ir? Por nada ni por nadie abandonaría su dinero, su pobre dinero; era muy capaz de cosérselo a la piel. Luego, como sea que el viento le azotara el rostro con aquel olor, la imagen de *Gédéon* acudió de nuevo a su mente: qué sólidamente formado estaba un asno; era capaz de ingerir diez veces lo que un hombre, sin llegar a reventar. ¡No importa! Robado por su hijo pequeño o por el primogénito, el caso es que no podía escoger. Lo mejor era permanecer en el Castillo y abrir bien los ojos, en espera. Sus viejos huesos no cesaban de temblar.

V

FUERON transcurriendo los meses, pasó el invierno, luego la primavera, y el ritmo de vida en Rognes seguía siendo el acostumbrado; precisábanse años sin duda para que las cosas ofrecieran el aspecto de algún cambio en aquella melancólica vida de trabajo, reanudada incesantemente. En julio, bajo el agobio de los grandes calores, las próximas elecciones consiguieron, sin embargo, conmover al pueblecito. Esta vez, aunque oculto en el fondo, un gran negocio se dejaba traslucir. Se hablaba, pues, de ellas, y se esperaba con cierta impaciencia la llegada de los candidatos.

Precisamente el domingo en que estaba anunciada la visita del señor Rochefontaine, el fabricante de Châteaudun, estalló por la mañana una terrible escena en casa de los Buteau, entre Lise y Françoise. Lo sucedido demostró bien a las claras que, cuando parece que algo no va a pasar, ocurre sin embargo; así, el último lazo que unía a las dos hermanas, siempre a punto de romperse y sin cesar renovado también, había ido debilitándose hasta tal punto, con el desgaste de la riña diaria, que acabó por romperse para ya no volver a anudarse jamás; y ello con motivo de una pequeñez que no merecía ni ser tenida en cuenta.

Aquella mañana, cuando llevaba las vacas a pacer, Françoise se había detenido unos instantes para charlar con Jean, a quien acababa de encontrar delante de la iglesia. Es preciso confesar que la muchacha actuaba en forma un tanto provocativa, enfrente mismo de la casa y con el único objeto de exasperar a los Buteau. Así pues, cuando estuvo de regreso, Lise le gritó:

—¡Cuando quieras ver a tus hombres, procura que no sea debajo de mi ventana!

Buteau estaba allí escuchando, mientras reparaba una podadera.

—¡Mis hombres! —repitió Françoise—. ¡Demasiado veo aquí a mis hombres! Hay uno que, si yo hubiera querido, no debajo de la ventana, sino en tu mismo lecho me hubiera poseído el muy cerdo.

Aquella alusión a Buteau sacó de sus casillas a Lise. Desde hacía mucho tiempo sólo un deseo la animaba, quitarse de encima a su hermana para que el matrimonio viviera con más tranquilidad, a reserva de entregarle la mitad de los bienes hereditarios. Ésa era incluso la causa de que la maltratase el marido, de criterio opuesto al suyo, decidido en cambio a obrar con astucia hasta el final, y que no desesperaba por otra parte de acostarse con la pequeña, en tanto ella y él tuvieron lo preciso para conseguirlo. Y a Lise le irritaba eso de no sentirse ya el ama de la casa, cruelmente atormentada ahora por los celos, aunque dispuesta todavía a tolerar que su hombre tumbara a su hermana menor, con tal de acabar de una vez, indignada y furiosa al ver cómo se enardecía con aquella muchacha, cuya juventud y bonitas formas había llegado a odiar. Si hubiera tenido en su mano resolver, lo que ella hubiera querido es que el marido hubiese terminado con todo aquello de la forma más brutal, dispuesta incluso a ayudarle golpeando encima; lo de compartir no la inquietaba, su sufrimiento estaba en aquella rivalidad, acentuada y envenenada de forma progresiva, ante la sola idea de que su hermana valía más y podía proporcionar un mayor placer.

—¡Marrana! —dijo en un alarido—. ¡Eres tú misma la que le excita!... Si no estuvieses siempre rondándole, él no correría detrás de tus faldas. ¡Vaya espectáculo decente!

Françoise palideció, hasta tal punto se rebelaba ante tamaña mentira. Y, reaccionando, le respondió con fría cólera:

—Yo ya no aguanto más, con lo que estás diciendo hay bastante... Espera quince días y no volveré a molestarte, si es eso lo que me pides. Sí, dentro de quince días tendré ya veintiún años y huiré de aquí.

—¡Vaya! De modo que esperas a ser mayor de edad, ¿no es eso? ¡Y además lo tienes calculado así, para hacernos alguna cochinado!... Pues bien, mala pécora, no es dentro de quince días, sino ahora mismo cuando vas a salir pitando... ¡Vamos, fuera de aquí!

—¿Por qué no? Después de todo, en casa de Macqueron sé que necesitan una criada. Estoy segura de que allí tendré buena acogida... ¡Buenas tardes!

Y Françoise se largó sin más; la cosa no resultó, pues, complicada, pues nada más hubo entre ellas. Buteau, soltando la podadera que estaba recomponiendo, se había precipitado para poner paz con un par de bofetadas bien dadas y ver de reconciliarlas una vez más. Pero llegó demasiado tarde; en medio de su exasperación no pudo hacer otra cosa que largarle un puñetazo a su mujer, cuya nariz empezó a sangrar. ¡Maldición de mujeres! ¡Estaba sucediendo lo que más temía, lo que trataba de evitar desde hacía tanto

tiempo! ¡La pequeña alzando el vuelo, y el comienzo de sucias historias, de amargas complicaciones! La visión no podía ser más tétrica, todo huía ante sus ojos, todo marchaba al galope delante de sí, la muchacha y la tierra.

—Iré inmediatamente a casa de Macqueron —vociferó—. Y volverá a entrar aquí, te lo aseguro, aunque tenga que traerla a puntapiés.

En casa de Macqueron, todo andaba aquel domingo patas arriba, pues esperaban a uno de los candidatos, el señor Rochefontaine, el dueño de los talleres de construcción de Châteaudun. Durante la última legislatura, el señor de Chédeville había caído en desgracia, según decían unos por haber hecho ostentación de amistades orleanistas, aunque otros aseguraban que por escandalizar las Tullerías con motivo de una aventura corrida con la joven esposa de un ujier de la Cámara, loca por él, a pesar de su edad. Sea por lo que fuere, el caso es que el prefecto había retirado su protección al diputado saliente, para apoyar al señor Rochefontaine, al antiguo candidato de la oposición, cuyos talleres acababa de visitar un ministro, y que había escrito un folleto sobre el librecambio, que por lo visto suscitó el interés del emperador. Irritado por aquel abandono, el señor de Chédeville mantenía su candidatura, pues necesitaba seguir conservando el cargo de diputado para manejar una serie de negocios, al no serle ya suficientes los arriendos de la Chamade, hipotecada y medio destruida. De modo que, debido a una aventura singular, la situación se había trastocado: el gran propietario se convertía en candidato independiente, en tanto que el acaudalado fabricante pasaba a ser el candidato oficial.

Hourdequin, aunque alcalde de Rognes, continuaba fiel al señor de Chédeville; y había resuelto no tener en cuenta para nada las órdenes de la administración, dispuesto a luchar abiertamente incluso, si le forzaban a ello. Estimaba en primer lugar lo más honrado el no dar vueltas como una peonza; además, entre el proteccionista y el librecambista, acabó por considerar que sus intereses estaban ligados al primero, ante la hecatombe de la crisis agrícola. Desde hacía tiempo, los disgustos que le daba Jacqueline así como la atención que requería la granja, le habían impedido ocuparse de la alcaldía, y por eso dejaba que fuera el primer teniente de alcalde quien despachara los asuntos de trámite. Por ello, cuando el interés que sentía por las elecciones le llevó de nuevo a presidir el consejo municipal, quedó asombrado al encontrarle en una actitud de rebeldía y hostil rigidez.

Había sido aquél un sordo y solapado trabajo de Macqueron, llevado con una prudencia salvaje, que al fin daba sus resultados. En la mente de aquel campesino, convertido en rico, caído en la ociosidad, arrastrándose sucio y

mal vestido por entre una vida cómoda de señor que le aburría solemnemente, había ido formándose poco a poco la ambición de llegar a ser alcalde, única diversión posible ya en su existencia. Y, con tal objeto, había ido minándole el terreno a Hourdequin, explotando el odio latente, innato en el corazón de todos los habitantes de Rognes, contra los señores de antaño, contra el hijo del burgués que hoy estaba en posesión de la tierra. ¡Con seguridad que aquella tierra la había adquirido prácticamente por nada! ¡Un auténtico robo de los tiempos de la Revolución! ¡No había peligro de que cualquier pobre infeliz llegara a aprovecharse de semejantes buenas ocasiones! ¡Todo aquello volvía siempre a los explotadores y desaprensivos, cansados ya de tener los bolsillos bien llenos! Sin contar con lo que ocurría en la Borderie. ¡Constituía una verdadera vergüenza, que el dueño se hubiera prestado a recoger del arroyo a la tal Cognette, arrebatándosela a los gañanes, por el simple placer de disfrutarla! Todo eso salía a relucir, circulaba por entre la gente a través de crudas frases y comentarios, suscitando gestos de indignación, incluso en aquellos que no hubieran tenido inconveniente alguno en revolver o vender a su hija, si la cosa hubiera merecido la pena. Los consejeros municipales habían acabado por opinar que un burgués como aquél, debía quedarse robando y cometiendo indecencias de otro género, junto a los propios burgueses, y que para dirigir adecuadamente una comunidad de campesinos, se necesitaba un alcalde que fuera campesino de veras.

Precisamente con motivo de las elecciones, Hourdequin encontró una resistencia que le produjo asombro. Cuando se ponía a hablar del señor de Chédeville, todas las caras parecían de talla. Macqueron, al ver que Hourdequin permanecía fiel al candidato caído en desgracia, comprendió enseguida y se dijo para sus adentros que allí era donde estaba el auténtico campo de batalla; se le ofrecía en bandeja una única y excelente ocasión para hacerle saltar. Por eso apoyaba al candidato del prefecto, señor Rochefontaine, clamando que todos los hombres de orden debían contribuir a que el gobierno se sostuviera. Aquella profesión de fe le bastaba, sin tener que descender a adoctrinar a los miembros del consejo, quienes, en su continuo temor al escobazo, preferían siempre asirse al mango de la escoba, dispuestos a entregarse al más fuerte, al amo, para que ningún cambio tuviera lugar y el trigo se vendiera al mejor precio posible. Delhomme, el honrado, el justo, cuya opinión era ésa, arrastraba consigo a Clou y los demás. Lo que acababa de comprometer a Hourdequin, fue que sólo Lengaigne seguía junto a él, exasperado por la importancia adquirida por Macqueron. En esa vil campaña, se mezcló la calumnia, acusándose al granjero de ser «un rojo», uno de esos

bribones que propugnaban el advenimiento de la república, para exterminar al campesino; incluso el abate Madeline, azorado, creyendo deber su parroquia al primer teniente de alcalde, era el primero en recomendar la candidatura del señor Rochefontaine, a pesar de la sorda protección de monseñor respecto del señor de Chédeville. Un último golpe acabó de desmoronar al alcalde; corrió el rumor de que, cuando se abrió el famoso camino directo entre Rognes y Châteaudun, Hourdequin se había metido en el bolsillo la mitad de la subvención votada. ¿Cómo? No se daba ninguna explicación sobre el particular, el asunto permanecía como en la sombra, misterioso y abominable. Cuando se le interrogaba sobre este punto, Macqueron ponía cara de espanto, su semblante adquiría el aspecto doloroso y discreto del hombre al que las conveniencias sociales obligan muchas veces a cerrar la boca: era él, simplemente, quien había inventado la especie. En fin, que el organismo municipal estaba trastornado, el consejo se hallaba dividido en dos sectores: de un lado el primer teniente de alcalde y todos los consejeros, salvo Lengaigne; y de otro el alcalde, que sólo entonces comprendió la gravedad de su situación.

Quince días antes, Macqueron se había trasladado expresamente a Châteaudun para rebajarse ante el señor Rochefontaine, rindiéndole pleitesía. Le había suplicado que, caso de dignarse ir a Rognes, no fuese a alojarse en ningún otro lugar que no fuera su propia casa. Y ésa era la razón de que, aquel domingo, el tabernero, después del almuerzo, no cesara de salir a la carretera, al acecho de su candidato. Había prevenido a Delhomme, Clou y demás consejeros municipales, que estaban bebiéndose una botella, para tomarlo con más paciencia. El tío Fouan y Bécu se hallaban igualmente allí, jugando una partidita, así como Lequeu, el maestro de escuela, sumido en la lectura de un periódico que llevaba consigo, y dándose las de que él jamás bebía. Pero había en el local dos consumidores que inquietaban al primer teniente de alcalde, Jesucristo y su amigo Cañón, el obrero vagabundo, colocados frente a frente, tan guasones como siempre, delante de una botella de aguardiente. No hacía más que mirarles de reojo, buscando en vano la manera de echarlos de allí, pues los muy bandidos no gritaban ni alteraban el orden, en contra de su costumbre: sólo tenían aspecto de estarse mofando del mundo entero. Sonaron las tres, y el señor Rochefontaine, que había prometido estar en Rognes a eso de las dos, todavía no había aparecido.

—¡Coelina! —gritó Macqueron a su mujer—. ¿Has subido el vino de Burdeos, para ofrecerle un vaso en cuanto llegue?

Coelina, que estaba sirviendo a los clientes, hizo un gesto desolado, como de olvido, y se precipitó hacia la bodega. En la habitación de al lado, donde se hallaba instalada la mercería, cuya puerta permanecía siempre abierta, Berthe estaba enseñando unas cintas de color rosa a unas campesinas, con un aire elegante de señorita de mostrador, en tanto que Françoise, ya en funciones, quitaba el polvo a los estantes, no obstante ser domingo. El primer teniente de alcalde, cuyo deseo de ejercer autoridad en la forma que fuese desbordaba por todos lados, había dado inmediata acogida y protección a esta última. Precisamente su mujer necesitaba ayuda. Aumentaría y daría cobijo a la pequeña, mientras no consiguiera reconciliarla con los Buteau, en casa de los cuales juraba por otra parte la muchacha que se mataría, si la llevaban allí a la fuerza.

Repentinamente se detuvo ante la puerta un landó tirado por dos soberbios percherones. El señor Rochefontaine, que viajaba solo, descendió del coche, asombrado y molesto al propio tiempo de que allí no hubiera nadie para recibirle. Estaba dudando entre si entrar o no en la taberna, cuando Macqueron subió de la bodega con una botella en cada mano. Aquello fue para él una confusión, un verdadero desespero; no sabía que hacer con las botellas, y, sin soltarlas de la mano, se puso a balbucear:

—¡Oh, señor, qué mala suerte!... Más de dos horas le estuve esperando sin moverme, y en el momento en que bajó a la bodega... Sí, usted precisamente... ¿Quiere dignarse tomar un vaso, señor diputado?

El señor Rochefontaine, que todavía no era más que candidato y al que la turbación del pobre hombre hubiera debido llegar al corazón, pareció enfadarse más aún. Era un alto mozo de apenas treinta y ocho años, con el cabello cortado al rape y la barba cuidadosamente recortada, correctamente vestido, pero sin refinamiento. Tenía algo así como una brusca frialdad de temperamento, su voz era breve y autoritaria y todo en él dejaba traslucir el hábito de mando, la actitud de obediencia en que tenía sumidos a los mil doscientos obreros de su fábrica. También venía resuelto, por lo visto, a gobernar a aquellos campesinos manejando el látigo.

Coelina y Berthe habían salido a su encuentro precipitadamente, esta última con su clara mirada de descaró, bajo sus entornados párpados.

—Tenga la amabilidad de entrar, señor, concédanos ese honor.

Pero aquel señor, con una sola ojeada, la había analizado de arriba a abajo, pesado, medido y juzgado a fondo. Entró sin embargo, aunque se mantuvo de pie después de haber rehusado sentarse.

—Aquí le presento a nuestros amigos del consejo municipal —añadió Macqueron, que parecía ir reponiéndose—. Están encantados de conocerlo, ¿no es verdad, señores? ¡Muy contentos!

Delhomme, Clou y todos los demás habíanse levantado, sobrecogidos por la tiesa actitud del señor Rochefontaine. A continuación, en medio de un profundo silencio, aquellas gentes hubieron de escuchar lo que él había pensado decirles, sus teorías coincidentes con las del emperador, sus ideas de progreso sobre todo, a las cuales debía el haber reemplazado, dentro del cuadro de la administración, al antiguo candidato, de criterio y opinión ya caducos. Después se lanzó a prometerles carreteras, vías férreas, canales e incluso un canal a través de la Beauce, para calmar al fin la sed que desde hacía tantos siglos la abrasaba. Los campesinos abrían la boca estupefactos. ¿Qué era lo que estaba diciendo? ¡Agua para los campos a aquellas alturas! Siguió hablando y acabó su peroración amenazando con el rigor de la autoridad a aquellos que votaran equivocadamente. Todos se miraron. ¡Se hallaban delante de uno que sabía sacudirles y del que convenía ser amigo!

—Sin duda, sin duda —repetía Macqueron a cada frase del candidato, aunque inquieto por su rudeza.

Bécu en cambio aprobaba entusiasta con secos movimientos de cabeza aquella arenga militar; y el viejo Fouan, con los ojos desmesuradamente abiertos, tenía el aire de estar diciendo que aquél sí que era un hombre; el propio Lequeu, tan impasible de ordinario, se había puesto muy colorado, aunque sin llegar a saberse a ciencia cierta si era porque aquello le contentaba o, por el contrario, le daba rabia. No había allí más que dos tiparracos, Jesucristo y su amigo Cañón, poseídos de un evidente menosprecio, tan superiores por lo demás a su propio juicio, que se contentaban con bromear y encogerse de hombros.

En cuanto hubo acabado de hablar, el señor Rochefontaine se dirigió hacia la puerta. El teniente de alcalde exclamó entonces con desolado gesto:

—¡Cómo! Señor, ¿no nos concede el honor de tomar un vaso de vino?

—No, gracias, se me hace tarde... Me esperan en Magnolles, en Bazoches y en otros veinte lugares. ¡Buenas tardes!

Berthe, cambiando de actitud, ni siquiera le acompañó hasta el coche; y, ya de vuelta en la mercería, le dijo a Françoise:

—¡Vaya tipo mal educado! ¡Si de mí dependiera, volverían a nombrar a otro, al viejo!

Acababa de subir a su landó el señor Rochefontaine, cuando los chasquidos de un látigo le hicieron volver la cabeza. Era Hourdequin, que

llegaba en su modesto cabriolé, conducido por Jean. El granjero había tenido conocimiento de la visita del fabricante a Rognes por pura casualidad al cruzarse en el camino con el landó uno de sus carreteros; y acudía para contemplar el peligro de frente, tanto más inquieto cuanto que, desde hacía ocho días, estaba presionando al señor de Chédeville para que hiciera acto de presencia, sin haber podido arrancarle... de algunas faldas sin duda, quizá las de la propia mujer del ujier.

—¡Cómo! ¿Es usted? —dijo jovialmente al señor Rochefontaine—. No sabía que estuviera ya en plena campaña.

Los dos coches se habían colocado uno al lado del otro, casi tocándose las ruedas. Ninguno de los dos se apeó, y estuvieron conversando unos minutos, después de haberse inclinado ambos para estrecharse la mano. Se conocían ya por haber almorzado alguna vez juntos en casa del alcalde de Châteaudun.

—¿Es cierto que está en contra mía? —preguntó bruscamente el señor Rochefontaine con su habitual rudeza.

Hourdequin que, debido a su condición de alcalde, contaba con no obrar demasiado abiertamente, permaneció unos instantes desconcertado, al comprobar lo bien informado que estaba aquel diablo de hombre. Pero como tampoco a él le faltaba desfachatez, le respondió en tono alegre, para así darle a su contestación un giro amistoso.

—Yo no estoy en contra de nadie; voy a favor de mí mismo... Mi candidato es el que esté dispuesto a protegerme. ¡Cuando uno piensa que el trigo ha bajado a dieciséis francos, es decir, exactamente lo mismo que cuesta producirlo!... ¡Vale más reventar que volver a coger una herramienta de trabajo!

El otro se apasionó inmediatamente.

—¡Ah! Sí, la famosa teoría de la protección, ¿no es eso? ¡La sobretasa, una norma prohibitiva sobre los trigos extranjeros, para que así los franceses puedan doblar de precio! En fin, Francia hambrienta, el pan de cuatro libras a veinte sueldos, la muerte de los pobres... ¿Cómo usted, un hombre amante del progreso, se atreve a insistir en semejantes monstruosidades?

—Amante del progreso, amante del progreso —repitió Hourdequin con gesto altivo—. Sin duda lo soy; pero me cuesta tan caro, que muy pronto no voy a poder permitirme ese lujo... Las máquinas, los abonos químicos, todos los métodos nuevos, ¿sabe usted?, resultan algo convincente y encantador; pero sólo tienen un inconveniente: el de arruinarle a uno de acuerdo con la más sana lógica.

—¡Porque es usted un impaciente, al exigir de la ciencia resultados inmediatos, completos, descorazonándose ante los fatales y necesarios tropiezos, hasta el punto de llegar a dudar de las verdades adquiridas, para caer en la negación de todo!

—Quizás sea así. Pero, en tal caso, lo único que habré hecho son simples experiencias, ¿no es eso? Pues bien, si así es, ¡haga que me condecoren y que otros de tan buena fe como yo continúen con las pruebas!

Y Hourdequin soltó una carcajada, como subrayando con ella su ocurrencia, que juzgaba concluyente. El señor Rochefontaine, reaccionando vivamente, replicó:

—¡Lo que usted quiere es que el obrero se muera de hambre!

—¡Perdón! Lo que yo quiero es que el campesino viva.

—Pero yo, que proporciono trabajo a mil doscientos obreros, no puedo elevar los jornales sin exponerme a ir a la quiebra. Y si el trigo estuviera a treinta francos, los vería caer como moscas.

—¿No tengo yo también criados y gañanes? Cuando el trigo está a dieciséis francos, nos vemos obligados a apretarnos el cinturón, y hay pobres diablos que desfallecen de hambre por esos caminos de Dios.

Luego, poniéndose a reír de nuevo, añadió:

—¡Cada uno arrima el ascua a su sardina, qué caramba!... Si yo no lo vendo el pan caro, es la tierra en Francia lo que se declara en quiebra, y si se lo vendo caro, es la industria la que tiene que dar el cerrojazo. Su mano de obra aumenta, los productos manufacturados encarecen, mis herramientas de trabajo, mis vestidos, las mil cosas de perentoria necesidad... ¡Ah! ¡En menudo atolladero estamos metidos! ¿No acabará haciéndonos rodar por el suelo?

Uno y otro, el labrador y el fabricante, el proteccionista y el librecambista, se desafiaron con la mirada, el uno con la broma burlona de su temperamento sosegado y socarrón, el otro con la osadía y el franco descaro de su hostilidad. Reflejaban algo así como el estado de guerra de la época moderna, la batalla económica actual, sobre el terreno de la lucha por la vida.

—Se forzaré al campesino a alimentar al obrero —dijo el señor Rochefontaine.

—Procure, pues —repitió Hourdequin— que empiece por comer el campesino.

Se acomodó finalmente en su cabriolé, y el otro estaba dando el nombre de un pueblo a su cochero, cuando Macqueron, disgustado al comprobar que sus amigos del consejo, agrupados en el umbral de la puerta, habían estado

escuchando, invitó de nuevo a Rochefontaine para que bebieran juntos un vaso de vino; pero el candidato volvió a rehusar, y sin estrechar la mano de nadie, se recostó en el fondo de su landó, que partió seguidamente, al trote sonoro de los dos grandes percherones.

En la otra esquina de la carretera, Lengaigne, de pie en el umbral de su puerta, había presenciado toda la escena, mientras afilaba una navaja. De repente se echó a reír en forma insultante y, con voz muy fuerte, dirigiéndose al vecino, dejó escapar la siguiente frase:

—¡Bésame el trasero y di gracias!

Hourdequin entró en la taberna y aceptó un vaso de vino. Una vez atado el caballo a uno de los postigos, Jean siguió a su amo. Françoise, que le llamó desde la mercería haciéndole señas, le contó lo de su escapada, todo el drama en fin; él se sintió conmovido al oírla, y temió de tal forma comprometerla delante de la gente, que volvió a la taberna para sentarse en un banco, después de haberle susurrado que sería preciso volverse a ver para ponerse de acuerdo.

—¡Válgame Dios! ¿Seréis capaces de votar a ese jovenzuelo? —gritó Hourdequin, dejando el vaso sobre la mesa.

Su breve y airada conversación con el señor Rochefontaine, le impulsaba decididamente a emprender la lucha abierta, a permanecer firme sobre el terreno. Y no se anduvo con rodeos; le comparó con el señor de Chédeville, un hombre enérgico y decidido, nada orgulloso, siempre dispuesto a prestar cualquier servicio, un auténtico noble de la vieja Francia; en tanto que aquel petulante, aquel millonario a la moda de hoy, ¿cuál era la impresión que producía? Contemplaba despreciativamente a la gente desde el pináculo de su grandeza, hasta el extremo de negarse a probar el vino de la comarca, por miedo sin duda a ser envenenado. ¡Veamos, veamos! ¡Vayamos con tiento! ¡Aquello no resultaba posible ni aconsejable! ¡No se cambia un buen caballo por otro tuerto!

—Decidme, ¿qué es lo que reprocháis al señor de Chédeville? Hace años que es vuestro diputado, y siempre se ocupó de vuestros problemas... ¡Y queréis dejarle de lado a cambio de un tipo al que tratabais de bribón en las últimas elecciones, cuando el gobierno estaba en su contra! ¡Recordadlo, qué diablos!

No queriendo comprometerse directamente en el asunto, Macqueron simulaba ayudar a su mujer a servir. Todos los campesinos habían escuchado con el rostro inmóvil, sin que un solo pliegue de su cara dejara traslucir el secreto de su pensamiento. Fue Delhomme quien respondió:

—¡Cuando no se conoce a la gente!

—¡Pero ahora ya conocéis a ese pajarraco! Le habéis oído decir que él quiere el trigo barato, que votará para que los trigos extranjeros vengan a hundir los nuestros. Y ya os tengo dicho lo que eso significa; una verdadera ruina. Ahora bien, si sois lo bastante ingenuos como para tragaros sin más cuantas promesas os haga... En tal caso, sí, ¡votadle! ¡Cómo se reirá de vosotros después!

Una vaga sonrisa se dibujó en el curtido rostro de Delhomme. Toda la sagacidad adormecida en el fondo de aquella inteligencia recta, aunque de cortos alcances, salió a relucir en una serie de frases pausadas.

—Él podrá decir lo que quiera, pero luego uno cree lo que estima oportuno creer... Él u otro, ¡Dios mío!... Sólo se persigue una idea, créalo, la de que el gobierno sea lo bastante fuerte para hacer que las cosas marchen; y para ello, ¿comprende?, con el fin de no equivocarse, lo mejor es elegir al diputado que el gobierno pide... Nos basta con que ese señor de Châteaudun sea amigo del emperador.

Ante este último golpe, Hourdequin quedó aturdido. Pero ¿habían olvidado acaso que, en otro tiempo, se tuvo en cuenta al señor de Chédeville precisamente porque era amigo del emperador? ¡Ah! ¡Raza de siervos, siempre a favor del amo que la fustiga y alimenta, sumida todavía en el aplastamiento y el egoísmo hereditarios, sin nada llegar a ver ni nada saber tampoco más allá de lo que pueda significar el pan de cada día!

—Pues bien. ¡Válgame el diablo! ¡Os juro que presentaré la dimisión el día en que ese Rochefontaine sea nombrado! ¡No estoy dispuesto a que me tomen por un polichinela, que ha de decir tan pronto blanco como negro!... Si esos bribones de republicanos estuvieran en las Tullerías, os sumaríais a ellos, ¡estoy convencido!

Los ojos de Macqueron habían llameado. Por fin, asunto acabado, el alcalde acababa de firmar su derrota, pues la posición que adoptaba hubiera bastado por sí misma, dada su impopularidad, para que toda la comarca votase contra el señor de Chédeville.

Pero, en aquel momento, Jesucristo, olvidado en un rincón con su amigo Cañón, empezó a reír tan fuerte, que todas las miradas se posaron en él. Con los codos apoyados sobre la mesa, cogiéndose la barbilla con las manos, repetía en voz alta, en tono despreciativo y contemplando fijamente a los campesinos que tenía enfrente:

—¡Atajo de cobardes! ¡Atajo de cobardes!

Al tiempo que soltaba esa frase, Buteau hizo su entrada en el local. Su ojo avizor, que desde el umbral de la puerta había descubierto a Françoise en la

mercería, reconoció inmediatamente a Jean, sentado, apoyado contra la pared y escuchando mientras aguardaba al amo. ¡Vaya! Allí estaban la muchacha y el galán. ¡Ya veríamos!

—¡Ahí tenéis a mi hermano, el más cobarde de todos! —vociferó Jesucristo.

Oyéronse murmullos de amenaza; se hablaba de echar a la calle a aquel mal hablado, cuando Leroi, el apodado Cañón, se mezcló en el asunto con su enronquecida voz de hombre de los arrabales, que había sostenido riñas en todos los mítines socialistas de París.

—¡Cierra el gaznate, querido! No son tan estúpidos como parecen... Escuchadme, campesinos, ¿qué diríais si ahí enfrente, en la puerta de la alcaldía, se pegase un letrero en el que, impreso en grandes letras se dijera: «Comunidad revolucionaria de París: primero, quedan abolidos todos los impuestos; segundo, queda abolido el servicio militar»...? Vamos, ¿qué diríais vosotros los labradores?

El efecto que produjo fue tan extraordinario, que Delhomme, Fouan, Clou y Bécu quedaron atónitos, con los ojos desmesuradamente abiertos. Lequeu soltó su periódico; Hourdequin, que ya se marchaba, volvió a entrar; Buteau, olvidándose momentáneamente de Françoise, se sentó en un rincón de la mesa. Y todos se quedaron contemplando a aquel andrajoso, al merodeador de carreteras, espanto de las campiñas, viviendo siempre de la rapiña y de las limosnas forzadas. La semana anterior habían tenido que echarle de la Borderie, por donde había aparecido como un espectro, al caer la tarde. Por esa razón se alojaba ahora en casa de aquel granuja de Jesucristo, de donde se iría quizás al día siguiente.

—Ya veo que os gustaría leer un cartelito como el que os estoy diciendo.

—¡Pues claro que sí! —confesó Buteau—. ¡Cuando pienso que ayer hube de llevar dinero al recaudador!... ¡Es el cuento de nunca acabar! ¡Se lo comen a uno vivo!

—¡Ver a los hijos partir para el servicio!... ¡Maldita sea! —exclamó Delhomme—. Yo que pago para librar a Nénesse, sé bien lo que cuesta.

—Eso sin contar —añadió Fouan—, con que si uno no tiene dinero para pagar, los cogen, se los llevan y acabas quedándote sin ellos.

Cañón sonreía triunfante, moviendo la cabeza.

—Ya ves —dijo a Jesucristo—, cómo no son tan tontos esos destripaterrones.

Luego, volviéndose hacia los demás, añadió:

—Se nos asegura a gritos que sois conservadores, que sois un obstáculo y no dejáis hacer... Conservadores sí, pero de vuestros intereses, ¿no es eso? Dejaríais actuar y ayudaríais a realizar todo aquello que os reportara un bien. Para conservaros vosotros y no arriesgar vuestros hijos, ¡cuántas cosas no haríais!... ¡De no obrar así, seríais unos perfectos estúpidos!

Nadie bebía un sorbo, y una especie de malestar empezaba a notarse en aquellos espesos rostros. El improvisado orador siguió en su tono guasón, disfrutando de antemano con el efecto que producirían sus palabras.

—Por todo ello vivo bien tranquilo, yo que os conozco desde que os dedicáis a echarme a pedradas de vuestras casas... Como decía aquel señor grueso de allí, estaréis con nosotros, los rojos, los socialistas, cuando nos instalemos en las Tullerías.

—¡Ah! ¡No, eso sí que no! —gritaron a la vez Buteau, Delhomme y los demás.

Hourdequin, que había escuchado con atención, se encogió de hombros.

—¡Está usted malgastando su salida, bravo mozo!

Pero Cañón no dejaba de sonreír, con la misma hermosa fe de un creyente. Medio tumbado de espaldas, apoyándose en la pared, se rascaba un hombro y luego el otro, en medio de un ligero contoneo de caricia inconsciente. Y continuaba explicando el proyecto, aquella revolución cuyo anuncio de granja en granja, por la forma misteriosa en que se hacía, dejaba espantados a amos y criados. Para empezar, los camaradas de París se harían con el poder; tal vez eso se lograra fusilando menos gente de lo que muchos creían; habría barrio que se hundiría por sí mismo de podrido que estaba. Luego, cuando ya fueran los dueños absolutos, inmediatamente se suprimiría la renta, apoderándose de las grandes fortunas, de manera que la totalidad del dinero, al igual que los instrumentos de trabajo, volvieran a la nación; y, seguidamente, procederían a organizar una sociedad nueva, una vastísima casa financiera, industrial y comercial, es decir un reparto lógico del trabajo y del bienestar. En los campos, la cosa sería todavía más sencilla. Se empezaría por expropiar a los poseedores del suelo, arrebatándoles sus tierras.

—¡Inténtelo! —interrumpió de nuevo Hourdequin—. Se os recibiría a golpe de horca; ni un solo pequeño propietario permitiría que le cogierais un puñado de su tierra.

—¿Es que dije acaso que se atormentaría a los pobres? —respondió Cañón en tono burlón—. Seríamos muy necios si nos metiésemos con los pequeños... No, no, se empezará por respetar la tierra de los desgraciados que se matan cultivando unas cuantas fanegas... De lo que habrá que incautarse

únicamente es de las doscientas hectáreas de los poderosos señores como usted, que hacen sudar a sus servidores los escasos sueldos que ganan... ¡Ah! ¡Más vale que no confíe! No creo que sus vecinos acudan a defenderle con sus horcas. Al contrario, ¡bien satisfechos van a sentirse!

Macqueron soltó una estruendosa carcajada, como quien toma la cosa a broma, y todos siguieron su ejemplo. El granjero, cada vez más pálido, veía salir a flote el antiguo odio existente: aquel bribón tenía razón en el fondo; ni uno sólo de aquellos labradores, incluyendo al más honrado, hubiera dejado de ayudar, llegado el caso, a despojarle de la Borderie.

—Entonces —preguntó Buteau muy serio—, yo que poseo alrededor de diez fanegas, ¿llegaré a conservarlas? ¿Me las dejarán?

—Pues claro que sí, camarada... Sólo que, más adelante, también ocurrirá fatalmente que cuando vea los resultados obtenidos a su alrededor en las granjas nacionalizadas, será usted mismo, por su propia voluntad y sin que se lo pida, quien ofrezca sumarse a ellas aportando su porción de tierra... Un cultivo en grande, sobre la base de manejar mucho dinero, procedimientos mecánicos y otras muchas cosas más, todo lo mejor que tiene descubierto la ciencia. Yo no soy ducho en la materia, pero hay que oír hablar sobre el particular a ciertas personas, allí, en París, donde explican cómo el cultivo está irremisiblemente perdido si no se lleva a cabo en la forma que les he dicho... Sí, por propia iniciativa, serán los primeros en aportar sus tierras.

Buteau dejó traslucir un gesto de profunda incredulidad no alcanzando a comprender más, aunque tranquilizado al saber que a él nada le pedirían en tanto que, presa de curiosidad desde que aquel hombre empezó a liarse con aquello del gran cultivo nacional, Hourdequin, prestaba de nuevo atención pacientemente. Los demás esperaban el final, lo mismo que si se tratara de un espectáculo. Lequeu, cuyo pálido rostro iba poniéndose de color púrpura, abrió la boca dos veces para mezclarse en la conversación; pero en las dos ocasiones, como hombre prudente que era, había sabido morderse la lengua.

—¿Y mi parte? —gritó bruscamente Jesucristo—. Cada uno debe tener su parte. ¡Libertad, igualdad, fraternidad!

Soliviantándose de repente, Cañón levantó la mano como si abofeteara al camarada.

—¡Déjame en paz de una vez con tu libertad, tu igualdad y tu fraternidad!... ¿Hay necesidad alguna de ser libre? ¡Menuda farsa! ¿Quieres que los burgueses sigan teniéndonos en el bolsillo? ¡No, no, se forzará el bienestar del pueblo, aun a pesar suyo!... ¿Consientes entonces en ser el

igual, el hermano de un alguacil? ¡Tonto, más que tonto! ¡Tragándose todas esas vaciedades es como tus republicanos del 48 emporcaron su sucia tarea!

Jesucristo, desconcertado, declaró que él era partidario de la gran revolución.

—¡Ya me estás cargando! ¡Cállate, si quieres!... ¡Hablar del 89 y del 93! Sí, ¿para qué? ¡Música celestial todo ello! ¡Dulce y hermoso embuste para aturdir los oídos! ¿Qué son todas esas bromas, al lado de lo que queda por hacer? Pronto se verá, cuando el pueblo sea dueño de sus propios destinos; y, cierto que no ha de tardar, pues te prometo que nuestro siglo, como se asegura, acabará de forma mucho más grandiosa que terminó el otro. ¡Una limpieza formidable, una sacudida como jamás se ha visto!

Todos se estremecieron, e incluso el borrachín de Jesucristo retrocedió espantado, sintiéndose desilusionado al oír decir que ya no iban a ser hermanos. Jean, que hasta entonces pareció interesado en la charla, también dejó traslucir su desagrado. Pero Cañón se había erguido con los ojos llameantes, con el rostro animado por un éxtasis profético.

—Tiene que llegar todo eso; es algo fatal, lo mismo que una piedra lanzada al aire ha de caer necesariamente al suelo... ¡Se acabaron ya todas esas cosas de curas y de cuestiones referentes al otro mundo, al derecho o a la justicia, que jamás hemos tenido ocasión de ver! No, lo único cierto es la necesidad de que todos seamos dichosos... ¿No os parece? Hay que decir a todo aquel que quiera escuchar, que nos las arreglaremos para que cada uno de nosotros lo pase bien con el menor esfuerzo posible. Las máquinas trabajarán por nosotros, y la jornada, de simple control, no será más que de cuatro horas; incluso puede que llegue el momento en que sea necesario cruzarse de brazos. Y a todo esto, placeres a porfía, los gustos y las necesidades totalmente satisfechos a toda hora. ¡Sí! Carne, vino, mujeres, en tres veces mayor proporción que actualmente, porque tendremos mejor salud. Se acabarán los pobres y desaparecerán los enfermos, gracias a la mejor organización y a una vida menos dura, así como por los buenos hospitales y excelentes asilos para los ancianos. ¡Un paraíso! ¡Toda la ciencia encaminada a conseguir que lo pasemos bien! ¡El auténtico placer de vivir!

Buteau, arrebatado, dio un puñetazo sobre la mesa, gritando:

—¡Fuera las contribuciones! ¡Abajo las quintas! ¡Se acabaron todas esas estupideces!... ¡Nada más que placeres! Yo, desde luego, firmo.

—Desde luego —manifestó Delhomme prudentemente—. Sería preciso que uno fuera enemigo de su propio cuerpo para no firmar.

Fouan expresó también su aprobación, lo mismo que Macqueron, Clou y los demás. Bécu, estupefacto, trastornadas sus ideas autoritarias, se acercó para preguntar en voz baja a Hourdequin si no sería lo más prudente encerrar a aquel bandido que estaba atacando al emperador. Pero el granjero le calmó con un encogimiento de hombros. ¡Ah, sí, la dicha! Se soñaba conseguirla a través de la ciencia, después de haber pretendido obtenerla por mediación del derecho: quizá tenía eso mucho más sentido y era más lógico, aunque no fuera a suceder al día siguiente. E iba a marcharse de nuevo, llamaba ya a Jean, entregado por entero a la discusión entablada, cuando Lequeu cedió finalmente al deseo de mezclarse en la polémica, que ahogaba con rabia contenida.

—A menos —dejó escapar en su tono agrio de voz—, que no hayan acabado con todos vosotros antes que llegue a ser realidad tanta hermosura... Muertos de hambre, o a tiro limpio por los gendarmes, si el hambre os convierte en malhechores...

Le miraban, sin llegar a entender lo que decía.

—Podéis estar seguros de que si continúa viniendo trigo de América, dentro de cincuenta años no quedará un solo campesino en Francia... ¿Acaso podrá nuestra tierra competir con aquélla? Apenas hayamos comenzado a ensayar el nuevo cultivo, nos veremos inundados de granos... Leí un libro en que todo eso se explica extensamente; vosotros seréis los perjudicados.

Pero, en su arrebató, tuvo de súbito plena conciencia de todos aquellos azorados rostros vueltos hacia él. Y ni siquiera llegó a concluir la frase, dando fin a su peroración con un gesto de furia, para luego simular que se sumía de nuevo en la lectura del periódico.

—El trigo de América —declaró Cañón—, será en efecto la causa de vuestros males, si el pueblo no se apodera enseguida de las grandes extensiones de tierra.

—Y yo os repito —concluyó Hourdequin—, que hay que evitar a todo trance que ese trigo entre en el país... Después de dejar esto bien sentado, votad a favor del señor Rochefontaine, si es que estáis cansados de mí como alcalde y os parece bien el trigo a quince francos.

Y subió seguidamente a su cabriolé, seguido de Jean. Luego, cuando este último fustigaba al caballo, después de haber cambiado una mirada de inteligencia con Françoise, le dijo a su amo, que le dio la razón con un movimiento de cabeza:

—Lo mejor será no pensar en todas esas cosas; acabaría uno loco.

En la puerta de la taberna, Macqueron hablaba vivamente a Delhomme en voz baja, en tanto que Cañón, que había recobrado su aire de estarse burlando de todo el mundo, acababa el coñac gastándole bromas a Jesucristo, a quien llamaba «señorita Noventa y tres». A todo esto, Buteau, como despertando de un sueño, dióse cuenta de repente de que Jean se había marchado, y quedó sorprendido al encontrar a Françoise a la puerta de la sala, donde había ido a plantarse en compañía de Berthe para escuchar. Lamentó haber perdido el tiempo con las cosas políticas, cuando tenía asuntos muchos más serios que resolver. Aquella porquería de política acababa revolviéndole a uno el vientre. Metido en un rincón, tuvo una larga explicación con Coelina, que acabó por impedirle dar un escándalo inmediato; más valía que Françoise regresara a su casa por su propio impulso cuando se hubiera calmado; y Buteau partió a su vez, amenazando con venir a buscarla con una cuerda y una vara, si no se decidía a volver.

El domingo siguiente, el señor Rochefontaine fue elegido diputado y, habiendo enviado Hourdequin su dimisión al prefecto, Macqueron se convirtió al fin en alcalde; era tal el gozo que le producía su insolente triunfo, que estuvo a punto de reventar de alegría.

Lengaigne fue sorprendido aquella noche mientras hacía sus necesidades en la puerta de su rival victorioso. Y cuando se le quiso llamar la atención, vociferó indignado:

—¡Lo hago donde me apetece, ahora que son los cerdos quienes gobiernan!

VI

TRANSCURRIÓ la semana. Al empeñarse Françoise en no querer volver a casa de su hermana, una lamentable escena tuvo lugar en medio del arroyo: Buteau que la arrastraba por los cabellos, no tuvo más remedio que soltarla al ser cruelmente mordido por la joven en el dedo pulgar. Fue el propio Macqueron quien, sobrecogido de miedo, había echado a la muchacha de su casa, diciéndole que, como representante de la autoridad, no podía animarla ni prestarle ayuda por más tiempo en su actitud de rebeldía.

La Grande, que pasaba por allí en aquel momento, se llevó consigo a Françoise. A sus ochenta y ocho años, no se preocupaba de su muerte más que para dejar a sus herederos, junto con su fortuna, un ajeteo de seguros e interminables pleitos: un testamento fuera de lo corriente y lleno de complicaciones, enmarañado por puro placer y en el que, bajo el pretexto de no perjudicar a nadie, les forzaba a devorarse entre sí; tratábase de una idea maquiavélica en virtud de la cual, al pensar que no podía llevarse sus bienes al otro mundo, hacía lo posible para abandonar éste con el consuelo de que servirían al menos para envenenar a los demás. No existía para ella mayor placer que ver a los familiares comiéndose unos a otros. Y esa fue la razón de que se apresurase a instalar a la sobrina en su casa, no sin antes tener que luchar por unos instantes con su propia avaricia, pero resuelta al fin al pensar que podría hacerla trabajar mucho a cambio de poco pan. Y en efecto, ya aquella misma noche le hizo fregar la escalera y la cocina. Cuando luego se presentó Buteau, la vieja le recibió de pie, con su retorcida cara que más bien parecía el pico de un ave de presa; y él que hablaba de destrozarlo todo en casa de Macqueron, tembló y se limitó a balbucear, paralizado por la esperanza de la herencia, sin atreverse a plantarle cara a la terrible Grande.

—Necesito a Françoise y me quedo con ella, puesto que no se encuentra a gusto en vuestra casa... Por lo demás, la muchacha alcanza su mayoría de edad y tendrás que rendirle cuentas. Habrá que hablar de ello.

Buteau se fue de allí furioso, realmente asustado por las complicaciones que se le avecinaban.

Efectivamente, ocho días después, hacia mediados de agosto, Françoise cumplía los veintiún años. Ahora ya era dueña de sus propios actos. Sin embargo, no había hecho más que cambiar de miseria y de ambiente, puesto que seguía temblando en presencia de su tía, y se mataba trabajando en aquella fría mansión de avaro, donde todo debía estar reluciente, como es natural, pero sin que se gastase jabón ni estropajo: con los brazos y el agua pura y simple, había más que suficiente. Un día, por haberse olvidado nada menos que de echar de comer a las gallinas, la Grande estuvo a punto de romperle la cabeza de un bastonazo. Se contaba de la vieja que, con objeto de evitar el desgaste de los caballos, ahorrándoles esfuerzo, enganchaba a la carreta a su nieto Hilarion para que tirase de ella; y aunque eso en último término no era más que una invención, sí era cierto que le trataba como a una bestia, golpeándole continuamente, cargándole de trabajo, abusando de su fuerza bruta, hasta dejarle rendido, muerto de fatiga; tan mal alimentado le tenía, a base de cortezas de pan y desperdicios, lo mismo que al cerdo, que el pobre muchacho se moría de hambre en medio de su aterrorizada sumisión. Cuando Françoise comprendió que ella iba a ser la pareja en la yunta, ya no le animó más que un solo deseo: el de abandonar la casa. Y fue entonces, súbitamente, cuando le entraron deseos de casarse.

Deseaba simplemente acabar de una vez. Antes que ir a vivir de nuevo con Lise, hubiera preferido hacerse matar, obsesionada por una de esas ideas de justicia que, siendo niña, la asolaban ya. Su causa era la única justa, e incluso experimentaba cierto menosprecio de sí misma por haber aguantado tanto tiempo; y en ese diálogo que mantenía con su propia persona, para nada salía a relucir Buteau; no trataba con dureza sino a su hermana, sin la cual hubiera sido posible seguir viviendo juntos. Ahora que todo eso había sido desquiciado, roto definitivamente, su única preocupación consistía en que le devolvieran sus bienes, es decir su parte en la herencia del padre. Semejante idea la tenía trastornada desde la mañana a la noche, y se encolerizaba porque para ello precisaba cumplimentar una serie de formalidades tan numerosas y complejas como para no salir de ellas jamás. ¿Cómo era posible? Si esto era suyo y aquello de su hermana, ¿por qué no acabar en tres minutos? ¿No sería que estaban de acuerdo para robarle? Había acabado sospechando de toda la familia, por lo que llegó a la conclusión de que sólo un marido podría sacarla de aquel atolladero. Indudablemente, Jean carecía en absoluto de bienes y le llevaba además quince años. Pero ningún otro mozo se había acercado a ella

para pedirla en matrimonio, y quizá ningún otro se arriesgaría a ello, debido a las complicaciones surgidas en casa de Buteau, con quien nadie quería enfrentarse, tanto era lo que se le temía en Rognes. Por lo demás, aunque se había entregado una vez a Jean, eso nada implicaba, puesto que la cosa no había tenido consecuencias; se trataba en todo caso de un hombre trabajador y honrado. Otro tanto ocurría con ella; ningún obstáculo parecía interponerse a su idea de matrimonio, desde el momento en que no amaba a otro y se disponía a escoger uno, no importa quien, para que la defendiese y así Buteau reventase de rabia. También ella tendría de esa manera un hombre suyo.

En cuanto a Jean, continuaba sintiendo por ella un gran afecto. Su afán de poseerla se había calmado, y mucho además, al estar deseándola durante tanto tiempo. No por eso había dejado de comportarse con ella menos amablemente, se consideró en todo momento como marido responsable, dado que había mediado una promesa de matrimonio. Había esperado pacientemente hasta su mayoría de edad, sin contrariarla en su idea de aguardar y tratando de impedir por el contrario que las cosas empeorasen para Françoise cuando vivía con la hermana. Por todo ello estimaba que la joven podía dar respecto de todo más explicaciones de las necesarias, para tener de su parte a la gente buena y honrada. Así pues, aun reprobando la forma airada y brutal en que había tenido que salir, no se cansaba de decir que había sabido mantenerse firme. En fin, que cuando ella quisiera hablar de lo otro, estaba dispuesto a atenderla.

Lo del matrimonio quedó decidido una noche en que Jean vino a su encuentro y se reunieron detrás del establo de la Grande. Una vieja y podrida valla daba allí sobre un callejón sin salida, y los dos estuvieron charlando en aquel lugar; él fuera; ella en la parte de dentro, al borde de un arroyo de estiércol líquido que se deslizaba entre sus piernas.

—Debes saber una cosa, Caporal —fue ella la primera en decir mirándole a los ojos—, si todavía sigues en tu propósito de casarte conmigo, ahora es cuando a mí me viene bien.

Él, que también la miraba fijamente, respondió con voz pausada:

—Yo no había vuelto a hablarte de ello, porque únicamente quería tu bien... Pero tienes razón; ha llegado el momento.

Callaron ambos; reinó el más absoluto silencio. Él había puesto su mano sobre la de la joven, que esta tenía apoyada en la valla. Seguidamente, continuó él:

—No debes atormentarte pensando en la Cognette ni en los chismorreos que han corrido sobre el particular... Puedo asegurarte que ni siquiera le he

vuelto a tocar la piel hace más de tres años.

—Pues lo mismo me ocurre a mí —dijo ella—. No quiero que la idea de Buteau trastorne tu cabeza... El muy cerdo anda diciendo por todas partes que me ha poseído. ¿Has creído en algún momento que fuera así?

—Todo el mundo habla de ello —murmuró él para eludir una respuesta concreta.

Luego, como quiera que ella siguiera mirándole, añadió:

—Sí, lo he llegado a creer... Pero supe hacerme cargo, pues conozco sobradamente a ese tipo, y no te quedaba otro remedio que acceder a ello.

—¡Oh! ¡Claro que lo intentó! ¡Bastantes señales me quedan en el cuerpo de sus pellizcos! Pero también puedo jurarte que nunca pasó de ahí. ¿Serás capaz de creerme?

—Te creo.

Y para recalcar su convencimiento, acabó de cogerle la mano entre las suyas, mientras mantenía los codos apoyados en la valla. Luego, al darse cuenta de que el arroyuelo formado por las aguas residuales del establo estaban mojando sus zapatos, separó las piernas.

—Parecías estar tan a gusto en su casa, que temí pudiera complacerte que él te avasallase...

Ella sintió cierto malestar, y su mirada, tan limpia y franca hasta aquel instante, se nubló mientras bajaba los párpados.

—Tanto más, cuando que en aquel entonces nada querías saber de mí, ¿recuerdas? Pero no importa; esa criatura que tanta rabia me daba el no haberte hecho, vale más que este hoy por engendrar. Resulta en todo caso más limpio.

Y se interrumpió para hacerle notar que estaba pisando las aguas residuales.

—Ten cuidado, te estás mojando.

Separó ella los pies a su vez y concluyó:

—Entonces, estamos de acuerdo.

—Estamos de acuerdo; fija tú misma la fecha que te parezca.

Ni siquiera se besaron, limitándose a estrecharse la mano como buenos amigos por encima de la valla. Seguidamente, cada uno se fue por su lado.

Por la noche, cuando Françoise puso de manifiesto su propósito de casarse con Jean, alegando que necesitaba un hombre para conseguir que le devolvieran lo suyo la Grande no contestó de momento. Calculaba las ventajas e inconvenientes, las pérdidas y las ganancias, así como el placer que para ella pudiera significar; y sólo al día siguiente resolvió dar su aprobación

a aquel matrimonio. Durante toda la noche echada en su jergón, había estado dándole vueltas al problema, pues el caso es que casi nunca dormía y se pasaba las horas con los ojos abiertos hasta el día siguiente, siempre pensando e imaginando cosas desagradables en que pudiera implicar a la familia. Era tal el número de consecuencias nefastas y desagradables que para todos entrañaba aquel matrimonio, a su modo de ver, que su cuerpo parecía revivir una auténtica fiebre de juventud. Preveía ya los menores inconvenientes, buscando luego complicarlos en su mente hasta convertirlos en mortales. Y ello hasta el extremo de que manifestó a su nieta que su mejor deseo era encargarse personalmente de todo, dado el cariño que la profesaba. Y subrayó su decisión con la siguiente frase, mientras blandía enérgicamente su bastón: puesto que la abandonaban, ella haría las veces de madre, ¡ahora es cuando iban a ver!

En primer lugar, la Grande hizo que compareciera ante sí su hermano Fouan, para tratar de las cuentas de la tutela. Pero el viejo no supo darle ninguna explicación. Si le habían nombrado tutor, la culpa no era suya; por lo demás, puesto que el señor Baillehache era quien lo había hecho todo, a él era a quien tenía que dirigirse. Y en cuanto se dio cuenta por otra parte de que se trabajaba contra los Buteau, todavía exageró más su aturdimiento. La edad y la conciencia de su propia debilidad le dejaban como atontado; sentíase cobarde y a merced de todos. ¿Por qué se habría indispuerto con los Buteau? Por dos veces había estado a punto de volver a su casa, después de pasarse la noche con escalofríos, temiendo ver aparecer sigilosamente en su cuarto a Jesucristo y a la Trouille, y hundir sus desnudos brazos debajo de la almohada para robarle sus papeles. A buen seguro que acabarían por asesinarle en el Castillo, si una noche cualquiera no se decidía a huir. Al no poder sacar de él nada en limpio, la Grande le despidió con gesto airado, gritando que acudiría a los tribunales si habían llegado a tocar algo de la parte que correspondía a la pequeña. Delhomme, a quien asustó a renglón seguido, como miembro del consejo de familia que era, regresó a su casa tan enfermo, que Fanny acudió presurosa para decirle a la vieja a espaldas de su marido que preferían poner el dinero de su bolsillo antes que verse liados en pleitos. La cosa marchaba, y además empezaba a ser divertida.

El verdadero problema consistía en saber si había que abordar primero la cuestión de la partición de bienes o proceder de inmediato al matrimonio. La Grande estuvo pensando en ello dos noches, para acabar pronunciándose a favor de un rápido matrimonio: Françoise casada con Jean, reclamando su parte, asistida de su marido, colmaría sin duda el fastidio de los Buteau.

Dedicose entonces a aligerar las cosas, pareciendo recobrar sus piernas de mozuela; se ocupó de los papeles de su nieta; hizo que le enviaran los de Jean; lo arregló todo en la alcaldía y en la iglesia, y llevó su pasión hasta el extremo de adelantar el dinero necesario, a cambio de un papel firmado por ambos, en el que el importe de la deuda se aumentó al doble por razón de los intereses. Lo que más le encogía el corazón eran los vasos de vino que no tuvo más remedio que ofrecer, en medio de todo ese trajín; pero ella tenía su vinillo agriado que servía para tales circunstancias, y que, aparte de ser tan malo, pocas veces salía a relucir. Resolvió que no lo celebrarían con ninguna comida, debido a los disgustos que dividían la familia: La misa y una copa simplemente de aquel vinillo, para brindar por los novios. Los Badeuil, que fueron invitados, se excusaron pretextando las preocupaciones que les producía su yerno Vaucogne. Fouan, inquieto, se metió en la cama e hizo que dijeran que estaba enfermo. Así, de los parientes, el único que asistió fue Delhomme, que puso especial empeño en ser uno de los testigos de Françoise, con el fin de recalcar la estima en que tenía a Jean, una buena persona a carta cabal. Por lo que a éste se refiere, sólo trajo a sus testigos, su amo Hourdequin y uno de los criados de la granja. Todo el vecindario de Rognes estaba en vilo; aquella boda, tan traída y llevada, que tantas polémicas había suscitado, fue acechada desde el umbral de cada puerta. En la alcaldía, Macqueron, ante el antiguo alcalde, exageró las formalidades, a fuerza de querer darse importancia. En la iglesia se produjo un penoso incidente: el abate Madeline se desmayó mientras decía la misa. Aquello no le sentaba bien por lo visto; encontraba a faltar sus montañas desde que residía en la llanura de la Beauce, descorazonado por el escepticismo e indiferencia religiosa de sus nuevos feligreses, tan harto de comadreos y riñas entre mujeres que ni siquiera osaba ya amenazarlas con el infierno. Como se habían percatado de que era débil, abusaron de él hasta tiranizarlo en las cosas del culto. Sin embargo, Coelina, Flore, todas en fin, se apiadaron mucho cuando le vieron caer de narices sobre el altar, y aseguraron que aquello era un aviso de próxima muerte para los recién casados.

Tomose el acuerdo de que Françoise continuaría viviendo en casa de la Grande, en tanto la partición no hubiera sido llevada a cabo, pues la joven, con su firme voluntad de niña testaruda, se había empeñado en que la casa tenía que ser para ella. ¿Por qué, pues, alquilar una para quince días que pudieran utilizarla? Jean, que se proponía seguir trabajando en la granja como carretero, en espera de la solución definitiva, se limitaría a venir a ver a su mujer cada noche. Su noche de bodas fue lo más tonta y triste que pueda

imaginarse, aunque no les desagradase como es natural estar por fin juntos. Cuando él quiso estrecharla entre sus brazos, Françoise se puso a llorar tan fuerte que materialmente se ahogaba; y sin embargo el recién casado no se había comportado en forma brusca ni muchísimo menos. Lo peor era que, en medio de sus sollozos, ella no cesaba de decirle que nada tenía contra él, que lloraba sin poder evitarlo ni saber propiamente por qué. Aquello, naturalmente, no era como para excitar a ningún hombre. Y aunque volvió a querer gozar de su persona, reteniéndola entre sus brazos, no experimentaron ningún placer, menos todavía que cuando estuvieron juntos por vez primera en el pajar. Las cosas de este género, como él decía, cuando no se hacen sobre la marcha, pierden todo su encanto. Por lo demás, a pesar de aquel malestar, de aquella especie de violencia que les había revuelto a los dos el estómago, estuvieron de acuerdo en todo, y al no serles posible dormir, terminaron la noche tratando de decidir cómo enfocarían las cosas cuando dispusieran de la casa y de la tierra.

Desde el día siguiente, Françoise exigió la partición. Pero la Grande, en cambio, no tenía tanta prisa como todo eso: para empezar, su propósito era regodearse, prolongando el gozo lo más posible, sacando la sangre de los familiares a fuerza de alfilerazos; por otra parte, había sabido ingeniárselas para sacar provecho de la pequeña y de su marido, que cada tarde pagaba con dos horas de trabajo el alquiler de la habitación, y no tenía por qué impacientarse porque la abandonaran y se fueran a vivir a su propia casa. No tuvo más remedio sin embargo que ir a preguntar a los Buteau cómo creían ellos que podía llevarse a cabo la partición. Ella misma, en nombre de Françoise, exigía la casa, la mitad del prado y la mitad de la tierra de labor, renunciando a la mitad del viñedo, una fanega de terreno, que era el valor que atribuía a la casa aproximadamente. Aquello era justo y razonable, pues un arreglo amistoso evitaría tener que acudir ante los tribunales, permitiendo que la justicia se quedase con la mejor tajada. Buteau, al que la aparición de la Grande había revolucionado las entrañas, obligado como estaba a respetarla a causa de su dinero, no tuvo paciencia para oír más. Escapó, pues, violentamente, por temor a perder sus nervios y llegar a golpearla, con total olvido de sus intereses. Y Lise, que se había quedado sola, colorada hasta las orejas, balbuceó colérica:

—¡La casa! ¡Esa desvergonzada quiere la casa! ¡Esa ingrata que se ha casado sin venir siquiera a verme!... Pues bien, tía, dile de mi parte que el día en que ella tenga la casa, será porque antes habré muerto yo.

La Grande permaneció tranquila.

—Bueno, bueno, hija mía, no hay por qué excitarse... Tú también quieres la casa, y estás en tu perfecto derecho. Ya se verá.

Y durante tres días estuvo zascandileando de esa manera, entre las dos hermanas, trasladando de la una a la otra las estupideces que mutuamente se dirigían, exasperándolas hasta tal punto, que las dos estuvieron en trance de tener que guardar cama. Sin cesar en su intriga, procuraba hacerles ver cuánto era lo que les quería y lo reconocidas que debían estarle sus sobrinas por haberse resignado a realizar semejante labor de perro. Por fin se convino en que se partiría la tierra, pero la casa y el mobiliario, así como los animales, serían vendidos judicialmente, puesto que no era posible llegar a un acuerdo. Cada una de las dos hermanas juraba que readquiriría la casa, no importa a qué precio, dispuestas ambas a dejar en su empeño hasta la camisa.

Grosbois vino para medir las tierras y dividir las en dos lotes. Había una hectárea de prados y otra de viñedos, así como otras dos de labor; y eran estas últimas sobre todo, situadas en el lugar llamado de las Cornailles, las que Buteau, desde que contrajera matrimonio, se empeñaba en no soltar, pues lindaban con un campo propio heredado de su padre, lo que venía a representar en total una pieza de cerca de tres hectáreas, como ningún campesino de Rognes podía presumir de poseer. Así pues, ¡qué rabia no sería la suya, cuando vio a Grosbois colocar su escuadra y plantar sus jalones! Allí estaba la Grande para vigilar, pues Jean había preferido no estar presente, por miedo a que se armara la gorda. Surgió inmediatamente una disputa, pues Buteau pretendía que la línea divisoria fuera tirada paralelamente al vallecito del Aigre, de manera que aquel campo suyo quedara ligado a su lote, fuere este cual fuere; la tía, en cambio, exigía que la división se realizara perpendicularmente, con el solo objeto, claro está, de llevarle la contraria. La vieja consiguió sacarle de quicio, y Buteau, ahogado por la cólera, exclamó:

—¡Por los clavos de Cristo! ¿No salta a la vista que si me toca el primer lote, mi propiedad quedará partida en dos, a un lado esto y al otro ese campo mío?

—¡Caramba, chiquillo; en ti está la suerte de sacar el lote que te conviene!

Desde hacía un mes, Buteau no cesaba de estar colérico. En primer lugar, la muchacha escapaba definitivamente de sus manos; el deseo no satisfecho le tenía enfermo, desde que no podía meterle mano bajo las faldas, con la obstinada esperanza de poseerla totalmente un día; y, después del matrimonio, la idea de que el otro la tenía en la cama, aparecía a cada momento en su cerebro y había acabado por encenderle la sangre. Luego, para completar el cuadro, ahora era la tierra lo que el otro arrancaba de sus brazos, también para

poseerla. Hubiera preferido que le cortasen un miembro. La muchacha todavía podía volverla a recuperar; pero la tierra, ¡una tierra que él contemplaba como suya y que se había jurado a sí mismo no devolver jamás!... La pasión le cegaba; todo era buscar la manera de salirse con la suya, soñando incluso violencias y asesinatos que sólo el horror a los gendarmes le impedía cometer.

Hubo finalmente una cita en casa del señor Baillehache, donde Buteau y Lise se encontraron por vez primera frente a Françoise y Jean, a quienes la Grande había acompañado so pretexto de impedir que la cosa se agriara. Entraron los cinco en el despacho, tiesos, silenciosos. Los Buteau se sentaron a la derecha. Jean, a la izquierda, permaneció de pie detrás de Françoise, como para significar que él no era allí parte, y que si había acudido era simplemente como marido autorizante. La tía se había situado en medio, alta y delgada, enfocando sus redondeados ojos y su nariz de pájaro de presa tan pronto sobre los unos como sobre los otros, contenta y satisfecha de sí misma. Las dos hermanas ni siquiera habían dado señal de conocerse, y allí estaban sin hablar, sin dirigirse una sola mirada, con el rostro endurecido. No hubo más que una fugaz mirada intercambiada entre los hombres, rápida, fulminante y lanzada a fondo, lo mismo que se clava un cuchillo.

—Amigos míos —dijo el señor Baillehache, a quien esas actitudes devoradoras no hacían perder la calma en absoluto—, antes que nada vamos a terminar con lo de la partición de las tierras, cuestión en la que están ustedes de acuerdo.

Esta vez empezó por hacerles firmar enseguida. El acta se hallaba a punto y sólo permanecía en blanco, a continuación de los nombres, la designación de los lotes; y todos ellos hubieron de estampar su firma antes de efectuarse el sorteo, al que procedió inmediatamente después, para evitar disgustos.

Como sea que Françoise sacara el número dos, Lise hubo de conformarse con el uno, y entonces el rostro de Buteau se fue ennegreciendo bajo la ola de sangre que hinchó sus venas. ¡Nunca le favorecía la suerte! ¡Su parcela de tierra cortada en dos! ¡Aquella joven y su hombre plantados allí con su parte, entre su pedazo de la derecha y el de la izquierda!

—¡Maldición de Dios! Es como para... —clamó indignado.

El notario le rogó que esperase a estar en la calle para desahogarse a su gusto.

—Lo único que sucede es que esto nos destroza de arriba a abajo —quiso recalcar Lise, sin volverse hacia su hermana—. Quizá si lo comprendieran

estarían dispuestos a hacer un cambio. Eso solucionaría nuestro problema, sin perjuicio para nadie.

—¡No! —dijo Françoise secamente.

La Grande expresó su apoyo con un gesto de cabeza: podía ser motivo de desdicha intentar deshacer lo que la suerte había querido. Y ese golpe travieso del destino la llenaba de contento, en tanto que Jean no se había movido, siempre detrás de su mujer y tan resuelto a mantenerse al margen, que su semblante carecía de expresión.

—Vamos —replicó el notario—, acabemos de una vez, no juguemos con las cosas serias.

Las dos hermanas, de común acuerdo, le habían designado para proceder a la subasta de la casa, muebles y animales. La venta había sido fijada, por medio de anuncios, para el segundo domingo del mes: se llevaría a cabo en su despacho, y el pliego de condiciones establecía que el adjudicatario tendría derecho a entrar en posesión de lo adquirido el mismo día de la adjudicación. Finalmente, después de realizada la venta, el notario procedería asimismo al cómputo y liquidación de cuentas entre los coherederos. Todo ello fue aceptado sin discusión.

Pero en aquel momento, Fouan, a quien, como tutor, estaban esperando, fue introducido en el despacho por un pasante, que impidió en cambio la entrada de Jesucristo a causa de la borrachera que llevaba encima. Aunque hacía ya un mes que Françoise era mayor de edad, todavía no habían sido rendidas las cuentas de la tutela, lo que, naturalmente, venía a complicar las cosas; y se hacía preciso de todo punto aclarar definitivamente el asunto para liberar al viejo de toda responsabilidad. Éste observaba a unos y otros con sus ojillos desmesuradamente abiertos; temblaba, en su miedo progresivo a verse comprometido y demandado ante los tribunales.

El notario procedió seguidamente a la lectura del estado de cuentas. Todos escuchaban con los párpados oscilantes, ansiosos por comprender cuanto estaban oyendo, temiendo que se les fuera a pasar por alto alguna palabra y que su desdicha estuviera precisamente en ella.

—¿Tienen algo que objetar? —preguntó el señor Baillehache cuando hubo acabado su lectura.

Permanecieron unos instantes como alelados. ¿Cuáles eran las posibles objeciones a que se refería el notario? Tal vez olvidaban algún detalle que pudiera perjudicarles.

—Perdón —dijo bruscamente la Grande—. ¡Esa liquidación de Françoise no está completa! ¡Es menester que mi hermano cierre los ojos para no ver

que roban a la muchacha!

Fouan balbuceó:

—¿Cómo? ¿Qué?... Yo no le he cogido ni un céntimo, ¡lo juro ante Dios!

—Pues yo insisto en que, desde que se casó su hermana, pronto hará cinco años, Françoise ha permanecido en el hogar como sirvienta, y que se le deben los correspondientes salarios.

Ante ese golpe imprevisto, Buteau dio un salto en su asiento. La propia Lise experimentó un sofoco.

—¡Salarios!... ¿Cómo? ¿A una hermana?... ¡Sería una cochinada inconcebible!

El señor Baillehache tuvo que hacerles callar, afirmando que la menor tenía derecho a reclamar salarios, si así lo quería.

—Sí, lo quiero —dijo Françoise—. Quiero todo lo que es mío.

—¿Y lo que ha comido? —gritó Buteau fuera de sí—. El pan y la carne que consumía, no era ella precisamente quien los traía a casa. Y a la vista está que no pasó hambre; pueden palparla si quieren.

—¿Y la ropa blanca y los vestidos? —añadió furiosamente Lise—. ¿Y el lavado? Sólo en dos días ensuciaba una camisa por lo mucho que sudaba...

Françoise, avergonzada, respondió:

—Si sudaba tanto era precisamente porque trabajaba mucho.

—El sudor humedece la ropa y se seca; no ensucia —añadió la Grande.

El señor Baillehache intervino de nuevo. Les explicó que procedía formalizar una liquidación, teniendo en cuenta, de una parte, los salarios, y de otra, los gastos de alimentación y sustento. Había cogido una pluma y trató de hacer números siguiendo sus indicaciones. Pero aquello fue horroroso; Françoise, apoyada por la Grande, tenía más exigencias de la cuenta, y valoraba su trabajo en exceso, enumerando todo lo que hacía en la casa, el cuidado de las vacas, la limpieza de la casa y de la vajilla, así como el trabajo en el campo, donde su cuñado le hacía realizar la labor de un hombre. Por su parte, los Buteau, exasperados, engrosaban la nota de gastos, contaban las comidas, mentían en lo referente a vestidos, reclamando hasta el importe de los regalos hechos con motivo de fiestas o celebraciones. Sin embargo, a pesar de su codicia, resultó que aún debían ciento ochenta y seis francos. Permanecieron con las manos temblorosas, los ojos chispeantes, tratando de buscar todavía algo que poder deducir.

Ya se iba a dar por buena la cifra, cuando Buteau exclamó:

—¡Un momento! ¡Y el médico cuando estuvo enferma!... Tuvo que venir dos veces, y eso costó seis francos.

La Grande no quiso que se pusieran de acuerdo sancionando aquella victoria de los otros, y empezó a incitar a Fouan, exigiéndole que se acordase de los jornales realizados por la pequeña para la granja, tiempo atrás, cuando él vivía en la casa. A razón de treinta sueldos, ¿eran cinco o seis los jornales aquellos? Françoise clamaba que seis Lise que cinco haciéndolo además violentamente, como si estuvieran arrojándose piedras. Y el viejo, desconcertado, tan pronto daba la razón a una como a otra. Françoise salió triunfante y la cifra total fue estimada en ciento ochenta y nueve francos.

—¿Entonces está todo en regla? —preguntó el notario.

Sentado en su silla, Buteau parecía anonadado bajo el peso de aquella cuenta que no cesaba de crecer, sin fuerzas ya para seguir luchando, creyendo haber llegado al final de sus desdichas. Murmuró, pues, con voz doliente:

—Si quieren mi camisa, estoy dispuesto a quitármela.

Pero la Grande reservaba cautelosamente un último golpe, realmente terrible, algo gordo y bien simple, que todo el mundo olvidaba.

—Escuchar un momento, ¿y los quinientos francos de indemnización por el camino de allá arriba?

Be un salto, Buteau se puso en pie, con los ojos fuera de sus órbitas y la boca abierta. Nada podía alegar, ni siquiera había posibilidad de discusión: él fue quien cobró el dinero, y le correspondía devolver la mitad. Todavía permaneció unos instantes tratando de buscar argumentos, pero luego, de no encontrar salida posible, en medio de la locura que se apoderaba de su cerebro, haciéndole zumbiar el cráneo, se precipitó bruscamente sobre Jean.

—¡Sucio asqueroso, que truncó nuestra buena amistad! ¡Sin ti todavía viviríamos en familia, unidos y contentos!

Jean, que, guardando silencio, no había podido comportarse más razonablemente, tuvo que ponerse a la defensiva.

—¡No me toques o te aplasto!

Françoise y Lise se habían levantado a toda prisa, para plantarse delante de su respectivo hombre, con el rostro hinchado por el odio que se profesaban, lentamente acrecentado, con las uñas afiladas, dispuestas a arrancarse la piel. Y una pelea en toda regla, que ni la Grande ni Fouan parecía dispuestos a impedir, hubiera estallado con toda seguridad, haciendo volar gorros y cabelleras, si el notario no liega a salir de su flema profesional.

—¡Se me acabó la paciencia! ¡Aquí sobra todo eso, esperen a estar en la calle! Es irritante que no puedan ponerse de acuerdo sin antes pegarse.

Cuando, todavía temblorosos, estuvieron todos más o menos tranquilos, el notario añadió:

—Están ustedes de acuerdo, ¿no es eso?... Pues bien, voy a extender las cuentas de la tutela, se firmarán, y luego procederemos a la venta de la casa, para así terminar... ¡Váyanse y sean prudentes, las tonterías cuestan caras muchas veces!

Aquellas palabras acabaron de calmarles. Pero cuando salían, Jesucristo, que había estado esperando al padre, se puso a insultar a toda la familia, vociferando que aquello era una verdadera vergüenza, que no había por qué mezclar a un pobre viejo en semejantes sucias historias, sin más intención que robarle; y, enternecido por la borrachera, se lo llevó del mismo modo que lo había traído: tumbado sobre la paja de una carreta que había pedido prestada a un vecino. Los Buteau se fueron por un lado, y la Grande empujó a Jean y a Françoise hacia el *Bon Laboureur*. donde hizo que la invitaran a tomar un café bien cargado. Estaba radiante.

—¡He disfrutado lo mío! —terminó diciendo para sus adentros, mientras se guardaba el azúcar en el bolsillo.

Todavía aquel día tuvo la Grande una nueva ocurrencia. Al regresar a Rognes, se apresuró a ir en busca del tío Saucisse, uno de sus antiguos amantes, según se decía. Como quiera que los Buteau habían jurado que pujarían la casa, en su afán de ir contra Françoise hasta dejar la piel, la vieja se había hecho las consideración de que, si el viejo campesino pujaba por su lado, quizás los otros no sintieran recelo y se la dejaran; puesto que era vecino suyo, puede que tuviera deseos de enriquecerse. El tío Saucisse aceptó enseguida, pero a cambio de un regalo. De modo que, el segundo domingo del mes, al celebrarse la subasta, las cosas se desarrollaron tal como ella tenía previsto. De nuevo se reunieron en el despacho del señor Baillehache, a un lado los Buteau, y al otro Françoise y Jean, junto con la Grande; había además otras personas, algunos campesinos que habían acudido con la vaga idea de comprar, si lo hacían barato, naturalmente. Pero en cuatro o cinco pujas, lanzadas con voz breve por Lise y Françoise, el precio de la casa subió a tres mil quinientos francos, lo que realmente valía. Al llegar a los tres mil ochocientos, Françoise se detuvo. Y entonces fue cuando el tío Saucisse entró en escena, descolgándose con cuatro mil, y todavía subió hasta llegar a los cuatro mil quinientos francos. Azarados, los Buteau cruzaron entre sí una mirada: les parecía algo inverosímil, con sólo pensar en semejante cantidad se sentían helados. Sin embargo, Lise se dejó arrastrar hasta los cinco mil. Pero se quedó anonada cuando el viejo campesino, de un solo golpe, saltó a cinco mil doscientos francos. Los Buteau se mostraron contentos al pensar en la parte que les correspondía de aquella gruesa suma, sobre todo desde el

momento en que Françoise y el canalla de su marido también habían sido vencidos.

No obstante, cuando ya de regreso en Rognes volvió a entrar en aquella antigua mansión, en la que había nacido y donde había vivido siempre, Lise se puso a sollozar. El propio Buteau, medio atragantado, con la garganta oprimida, también acabó vencido por el sentimentalismo, hasta el punto de buscar alivio en su mujer, jurándole que él hubiera sido capaz de dar hasta el último trozo de su piel. Mentía sin embargo, pues había sido precisamente él quien había hecho que se detuviera en la puja; estuvieron riñendo largo rato. ¡Ah! ¡La pobre y vieja mansión patrimonial de los Fouan, construida hacía tres siglos por un antepasado, hoy bamboleante, agrietada, con remiendos por todas partes, la nariz inclinada hacia adelante por los enormes ventarrones de la Beauce! ¡Decir que la familia habitaba en ella desde hacía trescientos años, que habían acabado por amarla y honrarla como una auténtica reliquia! De una bofetada, Buteau derribó a Lise, que se levantó y estuvo a punto de romperle a su vez una pierna del puntapié que le propinó.

Al día siguiente por la noche, la cosa fue todavía peor, estallando lo que podría llamarse una verdadera tormenta. Con motivo de haber ido el tío Saucisse por la mañana para hacer la correspondiente declaración a efectos impositivos, todo el mundo supo en Rognes desde mediodía que había comprado la casa por cuenta de Françoise, con la autorización marital de Jean, y no sólo la casa, sino también los muebles, el asno *Gédéon* y la *Coliche*. En casa de los Buteau sonó como un alarido de dolor y de angustia, igual que si les hubiera caído un rayo. Tanto el marido como la mujer, tirados por el suelo, lloraban y vociferaban, en medio del desespero salvaje de no ser los más fuertes, de haber sido vencidos en el juego por aquella maldita chiquilla. Lo que más les tenía locos sobre todo, era el saber que se estaban riendo de ellos en todo el poblado, por la poca malicia con que se habían portado. ¡Válgame Dios! ¡Dejarse atropellar de aquel modo, permitir que les echaran de su propia casa en un abrir y cerrar de ojos! ¡Ah, no! ¡Eso desde luego, no! ¡Ya se vería lo que ocurría en definitiva!

Cuando la Grande se presentó por la tarde en nombre de Françoise para llegar a un acuerdo amistoso con Buteau respecto del día en que pensaba desalojar la casa, éste la echó a la calle, después de haber perdido toda su prudencia; su respuesta quedó reducida a una sola palabra:

—¡Mierda!

Ella se marchó muy contenta, diciéndole a voz en grito que le enviaría un alguacil. Y a la mañana siguiente, en efecto, Vimeux, pálido e inquieto, con

más miserable aspecto que de ordinario, remontaba la calle con toda clase de precauciones, acechado por las comadres desde las casas vecinas. Nadie le contestó, y tuvo que llamar más fuerte, atreviéndose entonces a suplicar a voces que el motivo de su visita era un requerimiento para que desalojasen el inmueble.

Abrióse entonces la ventana del granero con aquella única y consabida palabra:

—¡Mierda!

Al propio tiempo, un orinal lleno era vaciado encima del alguacil. Mojado de arriba abajo, Vimeux se vio forzado a volver grupas con el requerimiento. El vecindario de Rognes todavía se desternilla de risa recordando el hecho.

Pero, a renglón seguido, la Grande se había apresurado a ir con Jean a Châteaudun, para visitar a un abogado. Éste les explicó que era necesario dejar transcurrir por lo menos cinco días antes de llegar al lanzamiento: había que cursar el informe, el requerimiento tenía que ser luego devuelto por el presidente y llevado seguidamente a la escribanía hasta llegar finalmente al lanzamiento, para realizar el cual dispondría el alguacil, caso necesario, de la ayuda de los gendarmes. La Grande estuvo discutiendo con el abogado para ver de ganar un día, y cuando estuvo de regreso en Rognes, como estaban a martes, anunció por todas partes que el sábado por la tarde los Buteau serían arrojados a la calle a sablazo limpio, lo mismo que si fueran ladrones, si para entonces no habían abandonado la casa por las buenas.

Cuando le contaron la nueva a Buteau, tuvo un gesto de terrible amenaza. Decía a voz en grito a quien quería oírle, que él no saldría vivo de allí, que obligaría a los soldados a derribar los muros, antes que arrancarle de la que continuaba siendo su casa. Y en el pueblo la gente ya no sabía a ciencia cierta si es que se hacía el loco o si realmente lo estaba, hasta tal punto la cólera se había convertido en extravagancia. Se paseaba por senderos y caminos, yendo a pie delante de su coche, al galope de su caballo, sin contestar a nadie ni decir que se apartaran. Un hombre que se atrevió a acercarse a él, recibió un latigazo tremendo. Sembraba el terror por doquier, y pronto el pueblo tuvo que ponerse en constante estado de alerta. Una mañana se dieron cuenta de que había levantado una barricada alrededor de la casa; oíanse espantosos alaridos a través de las puertas cerradas, y en ellos creían reconocer las voces de Lisa y de sus dos hijos. El vecindario llegó a revolucionarse, se celebró una reunión y un viejo campesino acabó por tomar la iniciativa, cogiendo una escalera y subiendo por ella a una ventana para ver lo que ocurría. Pero la ventana se abrió, Buteau empujó la escalera hacia atrás y el viejo estuvo a

punto de romperse las dos piernas. ¿No era libre de hacer en su casa lo que le diera la gana? Y blandía los puños, gritándoles como un energúmeno que acabaría con todos ellos si seguían molestándole. Lo peor fue que Lise también hizo acto de presencia con las dos criaturas, soltando asimismo injurias y acusando a la gente de meter las narices donde no le importaba. Ya nadie se atrevió a mezclarse más en el asunto. Sólo que las angustias fueron cada vez mayores a cada nuevo estrépito que se armaba; los vecinos se acercaban temblando para oír los improperios y blasfemias que se oían desde la calle. Los más maliciosos insistían una y otra vez en que algo se traía entre manos. Otros, en cambio, juraban que había perdido la cabeza y que la cosa acabaría mal. Nunca se supo quién estaba en lo cierto.

El viernes, víspera del día en que debía tener lugar el lanzamiento, hubo sobre todo una escena que emocionó profundamente a las gentes. Buteau, que había encontrado a su padre cerca de la iglesia, se echó a llorar como un chiquillo y se arrodilló en el suelo, delante de él, pidiéndole perdón por haber sido un tarambana en otro tiempo. Quizás era eso lo que le traía desgracia. Le suplicaba que se fuera a vivir con ellos de nuevo, dando la impresión de creer que aquel retorno era el único medio de recobrar la suerte perdida. Fouan, atontado por los chiquillos y ante el asombro que le causaba aquel aparente arrepentimiento, le prometió aceptar cuando hubieran terminado todos los trastornos de la familia.

Finalmente llegó el sábado. La agitación de Buteau había ido en aumento, no hacía más que enganchar y desenganchar su carruaje de la mañana a la noche, sin razón aparente alguna, y las gentes huían al verle, espantados ante aquella locura de paseos en coche que pasmaban por su inutilidad. El sábado, en cuanto fueron las ocho, enganchó una vez más; pero ya no salió sino que se plantó en su propia puerta, dedicándose a llamar a los vecinos que pasaban, bromeando en algunas ocasiones, sollozando otras, hablando a voces de su asunto en términos crudos. ¡Oh! ¡Era gracioso en medio de todo verse molestado de aquella forma por una mozuela a la que había soportado durante cinco años! ¡Sí, una puta! ¡Y su mujer también! ¡Las dos hermanas no eran más que dos vulgares ramerías, que se disputaban simplemente cual debía ser atendida primero! E insistía a cada momento en aquella mentira, dando detalles viles, para así vengarse mejor. Y habiendo salido Lise en una de éstas, entablose una riña atroz, acabando por pegarle delante de todo el mundo y hacerle entrar de nuevo en la casa cuando ya se hubo tranquilizado; también él parecía estar más aliviado por el solo hecho de haberla arreado fuerte. Mientras tanto permanecía en la puerta, al acecho de la justicia, a la que hacía

blanco de sus bromas e insultaba continuamente: ¿Se habría estrellado por el camino la justicia? Ya no había por qué esperarla; el triunfo era suyo.

Eran ya las cuatro cuando apareció Vimeux acompañado de dos gendarmes. Buteau palideció, cerrando precipitadamente la puerta del patio. Quizás no había llegado a pensar nunca que la cosa llegaría hasta el final. Se impuso en la casa un silencio de muerte; el alguacil se mostraba insolente esta vez bajo la protección de la fuerza armada, golpeando la puerta con los dos puños. Pero nadie respondía. Tuvieron que intervenir los gendarmes, que hicieron tambalearse la puerta a culatazo limpio. Toda una procesión de hombres, mujeres y niños les había seguido, Rognes entero estaba allí, a la espera del anunciado sitio. De repente, se abrió la puerta, y pudo verse a Buteau de pie en la parte delantera de su carricoche, fustigando su caballo, que partió al galope en dirección a la multitud. En medio de gritos de espanto clamaba a voces:

—¡Voy a arrojarme al río! ¡Voy a arrojarme al río! Estaba trastocado, y hablaba de suicidarse, de lanzarse al Aigre, con su carruaje, su caballo, todo.

—¡Apartaos! ¡Voy a arrojarme al río!

Ante los latigazos y la velocidad que llevaba la tartana, un movimiento de espanto había dispersado a los curiosos. Pero cuando se lanzaba por la pendiente, en medio del estrépito de las ruedas, corrieron unos hombres para detenerle. Aquel maldito testarudo era capaz de zambullirse en el río con tal de traerles una complicación a los otros. Le dieron alcance, aunque fue precisa cierta lucha, coger las riendas del caballo y montar en el carruaje. Cuando se le trajo, ya no decía esta boca es mía, con los dientes apretados y el cuerpo rígido, dejaba que se cumpliera su destino, con la muda protesta de su impotente rabia.

En aquel momento, la Grande acompañaba a Françoise y a Jean para que tomasen posesión de la casa. Buteau se contentó con dirigirles a la cara una mirada sombría, que venía a constituir propiamente el colofón de su desdicha. Le tocaba sin embargo el turno a Lise, que empezó a dar voces y a gesticular como si se hubiera vuelto loca. Allí estaban los gendarmes, que no hacían más que repetirle que cogiera sus bultos y se largase. No le quedaba más remedio que obedecer, puesto que su marido era lo bastante cobarde como para no defenderse, golpeándoles a todos. Con los brazos en jarras, la emprendió entonces con él:

—¡Calzonazos! ¿Vas a permitir que nos pongan de patitas en la calle? ¿No tienes arrestos? ¿Por qué no te cargas a esos puercos?... ¡Anda, anda, tú no eres un hombre!

Y como quiera que le estaba chillando en pleno rostro, exasperada por su inmovilidad, Buteau acabó por rechazarla tan violentamente, que la mujer entonces pareció ponerse aullar. Pero no logró hacerle salir de su silencio; una de esas miradas sombrías del marido fue la única respuesta que pudo conseguir.

—Vamos, despachemos —dijo Vimeux con aires de triunfo—. No nos iremos de aquí hasta que hayáis entregado las llaves a los nuevos propietarios.

A partir de aquel momento, Lise empezó a hacer el hatillo, en un arranque de furor. Desde hacía tres días, ella y su marido habían trasladado ya muchas cosas, tales como herramientas y utensilios de gran tamaño, a casa de su vecina, La Frimat; y se estimó que efectivamente esperaban ser lanzados, desde el momento en que se habían puesto de acuerdo con la vieja mujer, quien, para darles tiempo a que volvieran de nuevo, les alquilaba su propia casa, demasiado grande para ella, reservándose únicamente la alcoba de su marido paralítico. Puesto que los muebles habían sido vendidos junto con la casa y también los animales, lo único que le restaba a Lise era llevarse su ropa blanca, sus colchones y otras cosas más menudas. Todo ello fue lanzado por la puerta y las ventanas para ir a parar en medio del patio, mientras los pequeños lloraban creyendo haber llegado el último día de su vida. Laure pegada a las faldas de la madre y Jules revolcado por entre los bultos de la mudanza. Y como quiera que Buteau no ayudaba lo más mínimo, los propios gendarmes le echaron amablemente una mano, poniéndose a cargar paquetes en el carruaje.

Pero todo aquel frío sosiego se echó a perder una vez más, cuando Lise percibió a Françoise y a Jean, que se hallaban a la espera, detrás de la Grande. Entonces la tomó con ellos, soltando la ola de odio que llevaba dentro almacenada.

—¡Ah! ¡Puerca! Has venido con el sinvergüenza de tu marido para ver lo que ocurre, ¿verdad?... Pues bien, ya estás viendo nuestra angustia, es como si nos estuvieras chupando la sangre... ¡Ladrona, ladrona, sucia ladrona!

Y parecía quedar como estrangulada cuando pronunciaba esta palabra, que volvía a lanzar de nuevo a su hermana cada vez que sacaba al patio un nuevo objeto. Ésta, muy pálida, con los labios fruncidos y la mirada ardiente, no respondía a sus insultos, afectando más bien entregarse por entero a una vigilancia hiriente, siguiendo con los ojos los bultos y cosas que iban sacando, para evitar que se llevasen algo suyo. Entre aquellos objetos, reconoció un taburete de la cocina, comprendido en la venta.

—Eso es mío —dijo con voz ruda.

—¿Tuyo? ¡Pues entonces ve a buscarlo! —respondió la otra, que lanzó del taburete en medio del estercolero.

La casa estaba ya libre de ocupantes. Buteau cogió el caballo por las bridas, y Lise, después de depositar en el carruaje los dos últimos paquetes, tomó a sus hijos en brazos, sosteniendo uno en el derecho y otro en el izquierdo; luego, cuando ya dejaba por fin la vieja mansión, se acercó a Françoise y le escupió en el rostro.

—¡Ahí va eso! ¡También es para ti!

Y en medio de aquel adiós desbordante de odio envenenado, Lise y Françoise se enjugaron lentamente, sin quitarse la vista de encima, desligadas para siempre una de otra, sin que quedara más lazo entre ellas que la enemistosa rebelión de su misma sangre.

Finalmente, abriendo de nuevo la boca, Buteau soltó en forma de alarido la frase de despedida, mientras miraba hacia la casa con gesto de amenaza.

—¡Hasta pronto! ¡Volveremos!

La Grande les siguió, para ver la tragedia hasta el final, decidida, ahora que éstos estaban por tierra, a volverse contra los otros, que tan rápidamente la soltaban y a quienes consideraba ya demasiado felices. Durante largo rato, grupos de gentes permanecieron allí estacionados, charlando a media voz. Françoise y Jean habían entrado en la vacía casa.

En el momento en que los Buteau procedían a desempaquetar sus atavíos en casa de la Frimat, su asombro fue enorme al ver aparecer a Fouan, que, sin poder contener su sofoco, azarado por completo y sin dejar de mirar hacia atrás como si algún malhechor le persiguiera, preguntando con gesto de angustia:

—¿Queda aquí un rincón para mí? Vengo para pasar la noche.

Una obsesión de espanto le había hecho galopar hasta allí, huyendo del Castillo. Ya no podía despertar durante la noche sin ver a la Trouille en camisa paseando por la alcoba su delgada desnudez de chico, a la zaga de sus papeles, que había acabado por esconder fuera, en el fondo de un agujero rocoso taponado con tierra. Jesucristo le enviaba aquella rapazuela, debido a que, por su ligereza llevando como llevaba los pies descalzos, se colaba por todas partes, debajo de la cama o por entre las sillas, lo mismo que si fuese una culebra; y en cuanto a ella, le apasionaba aquella caza, persuadida de que el viejo, al vestirse, volvía a esconder los papeles entre su ropa, furiosa al mismo tiempo por no haber averiguado hasta entonces donde los metía antes de acostarse, pues lo cierto era que nada escondía en la cama, como había podido comprobar hundiendo su escuálido brazo y sondeando con mano

hábil, cuyo roce apenas si adivinaba el abuelo. Pero aquel día, después del almuerzo, el viejo empezó a notarse débil, como aturdido, para acabar rodando por el suelo. Y, al volver en sí, tan confundido todavía que apenas podía abrir los ojos, se encontró en el mismo sitio, tirado por tierra, experimentando la tremenda emoción de notar que Jesucristo y la Trouille le estaban desnudando. En lugar de prestarle socorro, los muy bribones no habían tenido más pensamiento que el de aprovechar la ocasión para registrarle. Ella sobre todo ponía en su empeño una brutalidad colérica, sin ningún miramiento, rebuscando en la chaqueta, por los calzones e incluso donde no se quiera saber, contemplando afanosamente hasta la piel, indagando en todos los agujeros, con el fin de estar completamente segura de que no llevaba encima su famoso «gato». Valiéndose de los dos puños le tumbaba de un lado para otro, separándole los miembros, registrándole igual que si se tratara de una bolsa vacía. ¡Nada! ¿Dónde lo tendría escondido? ¡Por lo visto habría que abrirle en canal para ver lo que había dentro! Experimentó tal terror a ser asesinado si intentaba moverse, que continuó haciéndose el desvanecido, con los párpados cerrados, las piernas y los brazos como muertos. Sólo después de que lo hubieron soltado, cuando por fin se sintió libre, huyó a toda prisa, decidido a no pasar la noche en el Castillo.

—¿Queda un rincón para mí? —preguntó una vez más.

A Buteau pareció regocijarle en principio aquel imprevisto retorno de su padre. Significaba el dinero que volvía con él.

—¡Claro que sí, viejo! ¡Será cuestión de estrecharse! Nos traerá la suerte... ¡Ah! ¡Bendito sea Dios! ¡Lo rico que llegaría a ser, si sólo fuera cuestión de tener buen corazón!

Françoise y Jean habían entrado pausadamente en la vacía casa. Se estaba habiendo de noche, una última y triste claridad iluminaba las silenciosas piezas. Todo era muy antiguo en aquel techo patrimonial que había dado cobijo al trabajo y la miseria de tres siglos; algo grave e impresionante arrastraba no obstante por allí, lo mismo que ocurre en los sombríos rincones de las viejas iglesias de pueblo. Las puertas habían permanecido abiertas, y una ráfaga de tempestad parecía haber soplado por debajo de las vigas, las sillas yacían por el suelo, en desorden, como muestra de la hecatombe que significara la mudanza. Hubiérase dicho tratarse de una casa muerta.

Y Françoise, con pasitos muy cortos, iba recorriéndola y mirando por todas partes. Sensaciones confusas, recuerdos vagos e imprecisos despertaban en ella. En este lugar, había jugado siendo niña. Allí estaba la cocina, cerca de cuya mesa murió su padre. En la alcoba, delante del lecho sin colchón,

recordó a Lise y a Buteau, durante las noches en que tan crudamente daban rienda suelta a su gozo, mientras ella oía sus ahogados suspiros a través del techo. ¿Es que aún iban a seguir atormentándola? Parecíale que Buteau continuaba allí. Aquí era precisamente donde había querido violarla una noche, y ella le había mordido. Y allí, y en ese otro sitio también. Todos los rincones le recordaban cosas e ideas que la llenaban de turbación.

Luego, cuando de repente se volvió, Françoise quedó sorprendida al percibir a Jean. ¿Que hacía allí, en su casa aquel forastero? Tenía un aspecto extraño, parecía encontrarse de visita, sin atreverse a tocar nada. Una sensación de soledad invadió todo su ser, dejándola desolada; sentía verdadera desesperación al ver el escaso gozo que le producía su victoria. Había imaginado entrar allí gritando más que contenta, en son de triunfo y en las mismas espaldas de su hermana. Y la casa, sin embargo, no le causaba placer alguno; tenía el corazón lleno de malestar y tristeza. Quizás fuese simplemente el efecto de aquel melancólico día a punto de fenecer. Ella y su marido acabaron por encontrarse en plena oscuridad, rodando incesantemente de una a otra pieza, sin haber tenido siquiera valor para encender una vela.

De repente, un ruido les hizo acercarse a la cocina, alegrándose al ver que se trataba de *Gédéon*; siguiendo su inveterada costumbre, el animal había hecho su aparición y rebuscaba en el aparador, que había quedado abierto. La vieja *Coliche* mugía al lado, en el fondo del establo.

Entonces, Jean, cogiendo a Françoise entre sus brazos, la besó dulcemente, como para decirle que iban a ser muy felices.

QUINTA PARTE

I

ANTES de que dieran comienzo las labores de invierno, y hasta donde alcanzaba la vista, la Beauce era recubierta de estiércol, bajo los pálidos cielos del mes de septiembre. Desde la mañana a la noche, un lento acarreo tenía lugar por los caminos de la campiña, viéndose por doquier carretas desbordantes de vieja paja fermentada y humeantes todas ellas, desprendiendo un espeso vapor, como si lo que transportaban fuese el calor de la tierra. Por todas partes, los campos iban llenándose con multitud de montoncitos, formando como un mar encrespado y creciente de lechos de establos y cuadras; mientras que, en determinados campos, acababan de ser extendidos aquellos montoncitos, cuya oleada ya aquietada oscurecía a lo lejos el sol de una suciedad negruzca. Venía a ser aquello algo así como la llamarada de la futura primavera, que se deslizaba con aquella fermentación de los estiércoles líquidos; la materia descompuesta retornaba a la matriz común, la muerte iba a hacer surgir la vida de nuevo; y, de un extremo al otro de la inmensa llanura, remontaba el mismo olor, un olor potente procedente de aquellas boñigas, nodrizas del pan de los hombres.

Una tarde, conducía Jean a su pieza de tierra de las Cornailles una de esas carretas de estiércol cargada hasta los topes. Hacía ya un mes que él y Françoise estaban instalados, y su existencia había adquirido el ritmo activo y monótono de la vida del campo. Cuando llegaba percibió a Buteau, que se hallaba en la pieza vecina, con una horca entre las manos, ocupado en extender los montones de estiércol depositados allí la semana anterior. Cruzaron los dos entre sí una mirada de sesgo. Se encontraban con mucha frecuencia, dada su vecindad, y a trabajar de aquella manera, el uno al lado del otro, el que más sufría con todo ello era Buteau, pues la parte de Françoise, segregada de sus tres hectáreas, dejaba un trozo, a derecha y a izquierda respectivamente, lo que le obligaba a dar continuos rodeos. Jamás se dirigían la palabra. Era muy posible que el día menos pensado surgiera una disputa y acabaran matándose.

A todo esto, Jean se había puesto a descargar el estiércol de su carreta. Subido en ella iba vaciándola con su horca, hundido hasta las caderas, cuando pasó por la carretera Hourdequin, siguiendo la gira que solía hacer a primera hora de la tarde. El granjero conservaba un buen recuerdo de su servidor. Se detuvo unos momentos y estuvo charlando con él; parecía envejecido, con la cara desfigurada por los sinsabores y disgustos sufridos, los que le acarreaban la granja y otros ajenos a ella.

—Escucha Jean, ¿por qué no has probado los fosfatos?

Y, sin esperar la respuesta, siguió hablando como para difuminar sus propios pensamientos. La base de un buen cultivo estaba en aquellos estiércoles y abonos. Él lo había ensayado todo; atravesó, pues, la consiguiente crisis, esa locura relacionada con los abonos y que en ciertas ocasiones enfebrecer a los agricultores. Sus experiencias se sucedían unas a otras, las hierbas, las hojas, el orujo, los boujos de nabo silvestre y de colza; había utilizado también los huesos triturados, la carne cocida y machacada, la sangre desecada y luego pulverizada, y lamentaba no haber podido ensayar la sangre líquida, por no haber ningún matadero en los alrededores; empleaba ahora las raspaduras las cenizas de los hornos, sobre todo los desperdicios de lana, para lo que aprovechaba los barridos de una pañería de Châteaudun, que adquiría a la misma. Su principio básico era que todo lo que procede de la tierra, puede devolverse a la propia tierra. Había instalado unos amplios hoyos detrás de su granja y allí amontonaba los desperdicios de la comarca entera, las carroñas, los restos putrefactos más extravagantes. Todo aquello era oro.

—Con los fosfatos —prosiguió Hourdequin—, conseguí a veces buenos resultados.

—¡Resultan tan caros! ¡Es tanto lo que le roban a uno! —respondió Jean.

—¡Ah! Eso desde luego, sobre todo cuando uno adquiere la mercancía a los corredores volantes que se dedican a vender al por menor en los campos... En cada compra se necesitaría tener al lado un químico experto encargado de analizar todos esos abonos químicos, tan difíciles de hallar en el mercado, puros y desprovistos de todo fraude... El porvenir está ahí con toda seguridad, pero antes de que llegue ese futuro es fácil que hayamos muerto todos. Hay que sentirse con el valor suficiente para sufrir hoy con vistas a generaciones venideras.

La hediondez del estiércol que Jean estaba removiendo parecía haberle rejuvenecido. Amaba esas fuertes emanaciones, las respiraba con fruición de macho, como el olor del coito mismo de la tierra.

—Indudablemente —continuó después de un breve silencio—, nada hay todavía que valga tanto como el estiércol de granja. Sólo que nunca hay bastante. Se le echa a perder además, no se sabe prepararlo ni emplearlo... ¡Fíjate! ¡Salta a la vista!, Ese que tienes ahí ha sido quemado por el sol. No has tenido la precaución de tapanlo.

Y la emprendió con la rutina, cuando Jean le confesó que había conservado intacto el antiguo hoyo abierto por los Buteau delante del establo. Desde hacía algunos años, entre otras cosas, él había llegado a instalar todo un sistema de caños para llevar al sumidero las aguas residuales del hogar, los orines de las bestias y de las personas, todos los sobrantes en fin de la granja; y, dos veces por semana, se regaba el estercolero con la bomba. Tampoco despreciaba ni mucho menos el vaciado de letrinas.

—¡Desde luego que sí! ¡Sería estúpido desdeñar los bienes que Dios pone en nuestras manos! Por espacio de mucho tiempo mi comportamiento fue muy parecido al de nuestros campesinos, tenía ideas de delicadeza sobre el particular. Pero la tía Caca me convirtió e hizo entrar en vereda... ¿Conoces a la tía Caca, tu vecina? Pues bien, ella es la única que está en lo cierto, la col al pie de la cual vació su orinal es la reina de las coles, no sólo por su tamaño sino también por el sabor. No hay nada que argumentar, todo el secreto está en eso.

Jean se echó a reír, al tiempo que saltaba de su carreta, ya vacía y empezaba a distribuir su estiércol en pequeños montones. Hourdequin le seguía, en medio del cálido vaho que anegaba a los dos.

—¡Cuando se piensa que sólo con la limpieza de los pozos negros de París podrían fertilizarse treinta mil hectáreas! Ese cálculo ha sido realizado. Sin embargo, todo eso se pierde, apenas se aprovecha una mínima parte en forma de abono pulverizado... ¿Qué me dices? ¡Treinta mil hectáreas! ¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¿Imaginas la Beauce inundada con tan preciosos residuos y el trigo creciendo?

Con un amplio gesto había querido abarcar con los brazos la tierra que alcanzaba la vista, la inmensa llanura de la Beauce. Y, alucinado por su propia pasión, veía París, todo París soltando el contenido de sus pozos negros, el río fertilizador del abono humano. Ibanse llenando todos los surcos. Inmensas sabanas se desplegaban por cada uno de los campos de labranza, aquel mar de excrementos remontaba a plena luz del sol, bajo amplias ráfagas de viento que vivificaba el olor. Se trataba de la gran ciudad que devolvía a los campos la vida que previamente recibiera de ellos. Lentamente, el sol absorbía aquella fecundidad, y de la tierra anegada, abonada de tal manera,

surgía el pan blanco, desbordando por doquier en forma de cosechas gigantescas.

—¡Quizás necesitaríamos entonces un barco! —dijo Jean, a quien aquella nueva idea de la sumersión de los llanos bajos las aguas residuales divertía y desagradaba al propio tiempo.

En aquel preciso momento, el ruido de una voz hizo que volviera la cabeza. Le sorprendió reconocer a Lise, de pie en su carreta, detenida al borde de la carretera y llamando a Buteau a gritos:

—Voy a Cloyes a buscar al señor Finet... Tu padre ha caído desplomado en su alcoba. Me parece que está en las últimas... Acércate un momento a ver.

Y sin esperar siquiera la respuesta, fustigó al caballo y salió precipitadamente, pudiendo verse como disminuía de tamaño a lo lejos sobre la recta carretera.

Buteau, sin darse la más mínima prisa, acabó de extender sus últimos montones de estiércol. Refunfuñaba. El padre enfermo, ¡menudo fastidio! A lo mejor no se trataba más que de una farsa para que le mimaran. Pero enseguida le sobrevino la idea de que sería algo serio, desde el momento en que la mujer iba en busca del médico, a pesar del gasto que suponía; y se puso rápidamente la chaqueta.

—¡A ése le duele mucho su estiércol! —murmuró Hourdequin, interesado por el estercolamiento de la pieza vecina—. A campesino cutre, tierra avara... Se trata desde luego de un mal tipo, del que debieras desconfiar, después de las complicaciones en que te viste metido con él... ¿Como quieres que las cosas vayan bien, cuando existen tantos puercos y bribones sobre la tierra? ¡Bastante tiene la pobre con soportarnos a nosotros, pardiez!

Y se encaminó hacia la Borderie, sumido de nuevo en su tristeza, en el momento en que Buteau entraba en Rognes con su caminar pesado. Jean, que se había quedado solo, se dispuso a terminar su tarea, depositando cada diez metros horcadas de estiércol, que desprendían fuertes y redoblados vapores amoniacales. Otros montones que humeaban a lo lejos, inundaban el horizonte de una fina niebla azulada. Toda la Beauce permanecía en aquella forma, tibia y olorosa, hasta que llegaban las heladas.

Los Buteau seguían viviendo en casa de la Frimat, donde ocupaban toda la casa, salvo la habitación situada en la parte trasera de los bajos, que la vieja había reservado para sí su paralítico marido. Se encontraban allí demasiado estrechos, echando sobre todo de menos el no disponer de un huerto, pues aquella mujer, como es natural, quiso conservar el suyo, aquel rincón que le

bastaba para alimentar y atender al inválido. Esto de por sí hubiera constituido motivo bastante para que se mudaran, si no se hubieran dado cuenta de que su vecindad exasperaba a Françoise. Una sola pared medianera separaba los dos patrimonios. Y se jactaban a cada momento, diciendo a voz en grito, para que no cupiera duda de que les oían, que allí estaban acampando, y que el día menos pensado pegarían un salto y se instalarían en el otro lado como era su propósito. ¿Para qué, pues, motivarse los trastornos que ocasiona siempre una mudanza? ¿Por qué y cómo volverían? Sobre esto ninguna explicación daban, y ese aplomo suyo, aquella loca certidumbre, basada en razones y factores desconocidos, era precisamente lo que sacaba de quicio a Françoise, echando a perder su gozo de haber quedado como única dueña de la casa; todo ello sin contar, claro está, con el crecido número de veces que su hermana Lise apoyaba una escalera a la tapia y se subía a ella para soltarle frases viles. Después de realizada una definitiva liquidación de cuentas en el despacho del señor Baillehache, Lise pretendía haber sido robada, y no se cansaba de formular abominables acusaciones, lanzándolas de un huerto al otro.

Cuando por fin llegó Buteau, encontró a Fouan tumbado en la cama, en el rincón que ocupaba detrás de la cocina, bajo la escalera del henil. Allí estaba, cuidado por los dos niños, Jules, que ya tenía ocho años, y Laure, de tres, los cuales jugaban haciendo arroyuelos, en el suelo, que luego llenaban vaciando el cántaro del viejo.

—¿Qué pasa? ¿Cómo te encuentras? —preguntó Buteau, de pie frente al lecho.

Fouan había recobrado el conocimiento. Sus ojos, abiertos de par en par, se volvieron pausadamente y miraron fijamente al hijo; pero no hizo el menor movimiento con la cabeza, parecía como petrificado.

—¡Vamos, padre, hay demasiado trabajo para perder el tiempo en tonterías!... Es preciso que se levante hoy mismo.

Como quiera que Laure y Jules les rompiesen en aquel instante el botijo con el que estaban jugando, su padre les arreó un par de cachetes. El viejo no había vuelto a cerrar sus párpados, seguía contemplando, con sus pupilas dilatadas y fijas. Nada había que hacer por el momento puesto que el viejo no daba más de sí. Ya se veía lo que decía el médico. Lamentó haber dejado su campo, y se puso a cortar leña en el umbral de la puerta, para no estar sin hacer nada.

Por lo demás, enseguida llegó Lise trayendo consigo al señor Finet, que examinó al enfermo durante largo rato, mientras ella y su marido permanecían a la espera con aire de inquietud. La muerte del viejo hubiera supuesto para

ellos desembarazarse de un estorbo, si la enfermedad hubiera acabado con él repentinamente; pero el caso es que todavía podía durar mucho tiempo y entrañaría además, probablemente, un gasto enorme; y sí tenían la mala suerte de que se fuera de este mundo antes de que se hubieran hecho con sus ahorros, Fanny y Jesucristo vendrían luego a incordiarles con toda seguridad. El silencio del médico acabó de turbarles. Cuando ya estuvo sentado en la cocina para extender una receta, el matrimonio se decidió a preguntarle.

—¿Se trata de algo grave?... ¿Cree que podrá durar ocho días más?... ¡Dios mío! ¡Pues sí que resulta largo su remedio! ¿Qué es lo que está escribiendo ahí?

El señor Finet no contestaba, habituado como estaba a ese tipo de interrogatorios de los campesinos que se ven atosigados por la enfermedad, habiendo adoptado el prudente criterio de tratarlos como a los caballos, sin entrar en conversación con ellos. Tenía mucha práctica, dada la frecuencia de casos, y por lo general salía bien del apuro, mejor incluso que pudiera hacerlo un hombre de más ciencia. Pero la mediocridad en que vivía y de la que acusaba a los agricultores, le hacía mostrarse duro con ellos, lo que aumentaba la consideración que le tenían, a pesar de la continua duda que les quedaba respecto de la eficacia de sus pociones. El coste de esos medicamentos, ¿estaría en proporción con el bien que pudieran causar?

—Entonces —siguió diciendo Buteau, realmente asustado ante aquella página entera de caligrafía—, ¿cree usted que con todo eso va a mejorar?

El médico se limitó a encogerse de hombros. Había vuelto junto al enfermo, interesado por el caso, sorprendido al constatar la existencia de algo de fiebre, después de haber sufrido una ligera congestión cerebral. Con la mirada puesta en su reloj, contó los latidos del pulso, sin tratar de obtener la más leve información del viejo, que le contemplaba con aire anonadado. Y cuando ya estaba a punto de irse, se limitó a decir:

—Es cosa de tres semanas... Volveré mañana. No se asombren si esta noche se muestra agitado.

¡Tres semanas! Era lo único que habían oído los Buteau, dejándoles consternados. ¡La de dinero que iba a costarles, si todas las noches recetaba semejante retahíla de pócimas! Y lo peor fue que Buteau tuvo que volver a enganchar la tartana para ir al farmacéutico de Cloyes. Aquello estaba ocurriendo un sábado; La Frimat, que regresaba de vender sus hortalizas, encontró a Lise sola, tan desolada, que no hacía más que pasearse nerviosamente de un lado a otro, sin hacer nada; también se desesperó la vieja cuando supo la noticia; jamás había tenido suerte ella tampoco, pues de haber

ocurrido aquello otro día hubiera podido por lo menos aprovecharse del médico para consultarle sobre su viejo. A aquellas horas la nueva se había extendido ya por todo Rognes, pues vieron acercarse presurosa y con el mayor de los descaros a la Trouille, que se negó además a irse antes de haber tocado la mano de su abuelo para poder decirle a Jesucristo, al parecer, que el viejo no había muerto. Detrás de aquella buscona, muy poco después, se presentó la Grande, a quien con toda seguridad enviaba Fanny plantose delante del lecho de su hermano y juzgo su estado de salud por el frescor de los ojos, lo mismo que se hace con las anguilas del Aigre; luego se marchó con un fruncimiento de narices, como lamentando que el desenlace no hubiera sido inmediato. A partir de aquel momento, la familia no se movió ya más. ¿Para que hacer nada ni impacientarse, puesto que lo más seguro era apostar a que saldría airoso de aquella arremetida?

Hasta la medianoche, la casa estuvo en vilo. Buteau había regresado de un humor execrable. Traía sinapismos para las piernas, una poción que debía ingerir de hora en hora y, caso de mejorar, una purga para el día siguiente. La Frimat se ofreció para prestar ayuda; pero al llegar las diez medio muerta de sueño y mediocrementemente interesada como estaba en el asunto, acabó por irse a dormir. Buteau, que estaba deseando hacer otro tanto, no hacía más que importunar a Lise. ¿Qué papel estaban desempeñando allí? Seguro que no iban a curar al viejo contemplándole. El pobre anciano divagaba en aquellos momentos, hablaba consigo mismo de cosas que no guardaban ilación entre sí, debía creer que se hallaba en los campos, trabajando sin descanso, como en los lejanos días de su juventud. Y Lise, que no se encontraba a gusto oyendo todas aquellas historias balbuceadas en voz baja, que la hacían imaginarse a su padre ya enterrado, pero resucitando a la vida, se disponía ya a seguir a su marido, que se estaba desnudando, cuando tuvo la ocurrencia de registrar la vestimenta del enfermo, tirada en una silla. La sacudió con cuidado, después de haber registrado bien los bolsillos, en los cuales no encontró más que una navajita vieja y bramante. Después mientras colocaba sus ropas en el fondo de la alacena, descubrió en el centro de uno de los estantes, como hiriéndole la vista, un paquete de papeles. El corazón le dio un vuelco: ¡«El calcetín»! ¡Los ahorros tan buscados desde hacía un mes y en sitios tan extravagantes, allí estaban a la vista, abiertamente, al alcance de la mano! ¿Se proponía quizás el viejo cambiarlos de escondrijo cuando se encontró mal de improviso?

—¡Buteau! ¡Buteau! —se apresuró a gritar, con la garganta tan oprimida, que el marido echó a correr en camisa, creyendo que su padre se moría.

También él quedó sofocado al principio y como atónito. Pero después una loca alegría pareció invadir a ambos; se cogieron de las manos, y empezaron a dar saltos uno delante del otro, como si fueran cabras, olvidándose por completo del enfermo que, con los ojos cerrados y la cabeza hundida en la almohada, seguía los distintos hilos de su delirio.

—¡Chist! —murmuró Lise, volviéndose sobresaltada.

—¡Anda, vamos, tranquilízate! —respondió Buteau—. ¿Crees acaso que sabe lo que dice? ¿No le estás oyendo decir tonterías?

Sentáronse cerca del lecho con las piernas reventadas hasta tal punto había sido fuerte la sacudida de su gozo.

—Por otra parte —añadió ella—, nunca se nos podrá acusar de haber estado rebuscando, pues Dios es testigo de que no soñaba gran cosa con su dinero. Cayó buenamente en mis manos... Vamos a ver ahora.

Él estaba ya desplegando los papeles, e iba sumando en alta voz.

—Doscientos treinta, y setenta, hacen trescientos redondos... Es lo que yo había calculado, cuando la otra vez en casa del recaudador percibió por el trimestre quince monedas de cien sueldos... Se trata de dinero colocado al cinco por ciento. ¿No te parece? ¡Es curioso que estos papelitos tan insignificantes representen igualmente dinero, lo mismo que el de las monedas, y de la misma solidez además!

Pero Lise le hizo callar de nuevo, asustada por una risa burlona del viejo, que quizás se hallaba ante la gran cosecha, aquella que tuviera lugar bajo el reinado de Carlos X, y que no habían podido llegar a recoger en su totalidad por falta de espacio.

Su estrangulada risa tenía todos los aires de un estertor, su alegría y su goce debían hallarse en el fondo de su alma pues nada dejaba traslucir su cara inmóvil.

—No se trata más que de ideas inocentes que pasan por su mente —dijo Buteau encogiéndose de hombros.

Hubo unos momentos de silencio, dedicados a contemplar los papeles, mientras reflexionaban.

—Entonces, ¿qué? —acabó por murmurar Lise—. ¿Volvemos a colocarlos en su sitio?

Pero, con gesto enérgico, el marido se opuso a ello.

—¡Oh! Sí, sí, hay que volverlos a colocar donde estaban... Los buscará, se pondrá a chillar y acabará liándonos con los otros puercos de la familia.

Interrumpióse por tercera vez, sobrecogida al oír llorar al pobre viejo. Era un espectáculo digno de la mayor compasión, aquel inmenso desespero, esos

sollozos que parecían provenir de toda su vida, y sin que se supiera sin embargo la causa, pues no hacía más que repetir con voz cada vez más hueca:

—Se acabó... Se acabó... Se acabó...

—¿Imaginas —continuó diciendo violentamente Buteau— que voy a dejar los papeles a merced de ese viejo que está perdiendo el seso?... Para que los haga trizas o los quemé. ¡Oh! ¡No, eso sí que no!

—Tienes razón —murmuró ella.

—Pues si es así, no hablemos más y acostémonos... Si llega a pedirlos, yo me encargaré de darle la respuesta, eso es cosa mía. ¡Que se atrevan a molestarme los otros!

Y se acostaron en efecto, después de haber escondido a su vez los papeles bajo el mármol de una vieja cómoda, lugar que les pareció más seguro que el fondo de un cajón cerrado con llave. El viejo, que se había quedado solo sin vela alguna que le alumbrara, por miedo a que algo ardiese, continuó charlando consigo mismo y sollozando toda la noche, en medio de su delirio.

Al día siguiente, el señor Finet le encontró más tranquilo, mejor de lo que esperaba. ¡Ah! ¡Esos viejos caballos de labranza, tienen el alma atornillada al cuerpo! La fiebre que él había temido parecía descartada ya. Dispuso que le dieran hierro, quinina, medicamentos en fin para ricos, y cuya carestía dejó consternado de nuevo al matrimonio. Cuando ya salía de la casa todavía tuvo que habérselas el doctor con la Frimat, que había estado al acecho.

—Escúcheme, buena mujer, ya le he dicho que su marido y este mojón son la misma cosa... No me es posible remover las piedras, ¡qué diablos!... Usted sabe cuál será el final, ¿no es eso? Pues cuanto antes mejor, para él y para usted.

El médico fustigó su caballo y ella cayó sentada sobre el mojón, anegada en lágrimas. Hacíase largo sin duda estar cuidando a su marido desde hacía doce años; sus fuerzas iban desapareciendo con la edad; se estremecía con sólo pensar que muy pronto ya no podría cultivar su rincón de huerto; pero ¡no importa!, le oprimía el corazón la idea de perder al viejo inválido, que había llegado a convertirse en una especie de hijito suyo, al que cuidaba, cambiaba la ropa y mimaba con golosinas. El fuerte brazo de que todavía se valía el inválido para zurrarla, también se iba entumeciendo, hasta el punto de que era ella quien ahora tenía que ponerle la pipa en la boca.

Al cabo de ocho días, el señor Finet quedó asombrado al ver a Fouan en pie, todavía débil, pero obstinándose en caminar, porque, según sus propias palabras, lo que impide morir es la firme voluntad de no estar dispuesto a ello. Y Buteau a espaldas del médico, bromeaba y se reía de él, porque había

suprimido las recetas a partir de la segunda, declarando que el remedio más seguro consistía en dejar que la enfermedad se devorase a sí misma. Sin embargo, el día de mercado, Lise tuvo la debilidad de traerse una poción recetada la víspera; y, cuando el doctor volvió el lunes, por última vez, Buteau le contó que el viejo había estado a punto de recaer en su enfermedad.

—No sé qué diablos habrán metido en su botella, pero el caso es que llegó a ponerse muy mal.

Fue precisamente aquella noche cuando Fouan se decidió a hablar. Desde que se levantó no hacía más que pasear por la casa con aire ansioso, dándole vueltas la cabeza, sin recordar dónde había ocultado sus papeles. Huroneaba sin cesar, registraba por todas partes, haciendo desesperados esfuerzos de memoria. Luego, un vago recuerdo acudió a su mente: quizá no había llegado a ocultarlos, sino que habían quedado simplemente allí, encima de la tabla. Pero si se equivocaba, si nadie los había tocado, ¿iba a ser él mismo quien despertara la curiosidad, viéndose obligado de aquella manera a confesar la existencia de ese dinero tan penosamente amasado en otro tiempo, y disimulado después con tantos cuidados? Durante dos días más estuvo luchando entre la rabia que experimentaba por aquella brusca desaparición y la necesidad que se había impuesto a sí mismo de no abrir la boca. Los hechos, no obstante, iban tomando forma precisa, hasta recordar que la mañana en que le diera el ataque había colocado el paquete en aquel sitio, en espera de hacerlo deslizar en el techo, en la hendidura de la viga, que acababa de descubrir desde su cama mientras miraba hacia arriba. Y sintiéndose despojado, torturado, acabó soltándolo todo.

Habían cenado ya. Lise estaba apilando los platos, y Buteau, que con su aire siempre socarrón, no perdía de vista a su padre desde el día en que se levantara por primera vez, en espera de que surgiera la indagatoria, balanceábase sobre la silla mientras se decía a sí mismo que esta vez parecía ir la cosa en serio, dada la excitación y mal humor que observaba en el viejo. En efecto, el padre, que no cesaba de dar obstinados paseos por la habitación con sus piernas todavía débiles, detuvo su marcha y se plantó de repente ante él.

—¿Qué ha sido de los papeles? —preguntó con voz ronca que le hacía atragantarse.

Buteau entornó los párpados con gesto de profunda sorpresa, como si no comprendiera de qué se trataba.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo usted?... ¿A qué papeles se refiere?

—¡Mi dinero! —refunfuñó el viejo con terrible ademán tieso y erguido.

—¿Su dinero? ¡De modo que a estas alturas sale con que tiene dinero!... ¡Usted que se quejaba de lo mucho que le habíamos costado, jurado siempre que no le quedaba ni un céntimo! ¡Ah! ¡Maldito pillito! ¡De modo que tiene dinero!

Sin abandonar su acento burlón, Buteau seguía balanceándose sobre su silla, rebosando satisfacción y sintiéndose triunfante por haber sido el primero en descubrir con su olfato la famosa hucha.

Fouan temblaba de pies a cabeza.

—¡Devuélvemelo!

—¿Que se lo devuelva? ¿Acaso lo tengo yo? ¡Ni siquiera sé donde puede usted tener escondido su famoso dinero!

—¡Tú me lo robaste! ¡Devuélvemelo, maldita sea, o te lo voy a hacer vomitar a la fuerza!

Y, a pesar de su edad, le cogió por los hombros y empezó a sacudirle. Pero el hijo, levantándose, le agarró a su vez, sin zarandearle, únicamente para soltarle en pleno rostro:

—Sí, tengo ese dinero y lo conservo en mi poder... Se lo guardo, ¿me comprende? ¿No está viendo, viejo tonto, que su cabeza empieza a desvariar? ¡En verdad que ya era hora de cogerle los tales papeles que sin duda se disponía a destrozar!... ¿No es cierto, Lise, que hubiera acabado rompiéndolos?

—¡Oh! Tan seguro como que existo. ¡Cuando uno no sabe lo que se hace!...

Sobrecogido, Fouan no salía de su espanto al oír aquel alegato. ¿Estaría efectivamente loco para no acordarse de nada? Si en efecto había querido destruir los papeles, como un rapazuelo que juega con sus estampas, ¿no era eso una prueba de debilidad mental y del trastorno que le agobiaba? Con el pecho destrozado, carecía ya de valor y de fuerzas. Se limitó, pues, a balbucear, llorando:

—Anda, ¿quieres devolvérmelos?

—¡No!

—Devuélvemelos, puesto que me encuentro mejor.

—¡No! ¡No! Para que luego se limpie con ellos o encienda su pipa...

Desde entonces, los Buteau se negaron obstinadamente a desprenderse de los títulos. Hablaban además abiertamente de ello, contando a este respecto todo un drama; cómo habían llegado en el preciso momento en que se disponía a romperlos y con el tiempo justo para arrancárselos de las manos. Incluso una noche le enseñaron a la Frimat la muesca de la rotura. ¿Quién se

hubiera atrevido a criticarles que impidieran semejante desdicha, ver convertido en migajas ese dinero y perdido para todo el mundo? Todo el mundo aprobaba en voz alta su conducta, aunque en su fuero interno sospechasen que mentían. Jesucristo, sobre todo, no cesaba de maldecir su mala suerte. ¡Pensar que aquellos ahorros, imposibles de encontrar en su casa, habían sido sacados del nido por los otros al primer intento! ¡Y un día que los tuvo en su mano, cometió la tontería de respetarlos! ¿No valía en verdad la pena, haber pasado entonces por un canalla? Sin embargo, juraba que exigiría cuentas a su hermano, cuando el padre muriese. También Fanny decía que sería cuestión de hacer números. Pero los Buteau no estaban dispuestos a cambiar de criterio, ni mucho menos, a no ser, claro está, que el viejo se hiciera nuevamente con su dinero y dispusiera de él.

Fouan, por su parte, arrastrándose de puerta en puerta, contó en todas partes lo ocurrido. En cuanto podía detener a un transeúnte, era para hablarle del asunto y lamentarse de su mala suerte. Así fue como, una mañana, entró en el patio vecino, o sea en casa de su sobrina.

Allí estaba Françoise ayudando a Jean a cargar una carreta de estiércol. Mientras, él, en el fondo del pozo muerto, se dedicaba a vaciarlo con la horca, ella, desde arriba, iba recibiendo los montones, que aplastaba con los talones para que cupieran mejor.

De pie frente a ellos, el viejo, apoyado en su bastón, había dado comienzo a sus lamentaciones.

—¡Es humillante! ¡Ese dinero me pertenece, aunque me lo hayan cogido y se nieguen a devolvérmelo!... ¿Qué haríais vosotros en mi lugar?

Françoise le hizo repetir la pregunta tres veces. Estaba tan rendida y fastidiada, que le acogió fríamente; en su deseo de evitar riñas con los Buteau, se limitó a hablarle así:

—Sabe usted perfectamente, tío, que ese es un asunto que no nos incumbe. ¡Demasiado contentos estamos con haber salido de ese infierno!

Y volviéndole la espalda, siguió pisando el estiércol de la carreta, que le llegaba ya a las caderas y casi la sumergió por completo cuando su marido le lanzó dos horcadas más. La muchacha desaparecía ya en medio de aquel cálido vapor y de la asfixia que producía aquel pozo removido.

—Porque yo no estoy loco; salta a la vista, ¿no es cierto? —prosiguió Fouan, sin parecer haberla oído—. Deberían devolverme mi dinero... Decidme la verdad, ¿me creéis vosotros capaz de destrozar esos papeles?

Ni Françoise ni Jean contestaron una sola palabra.

—Bien loco habría que estar ¿eh?, y yo no estoy loco... Vosotros podríais servirme como testigos.

Repentinamente, la muchacha se irguió en lo alto de la carreta cargada; su figura se veía engrandecida, sana y fuerte, como si se hubiera desarrollado allí mismo y aquel olor de fecundidad hubiese salido de su propia persona. Con las manos apoyadas en las caderas, el pecho redondo y abultado, ahora sí que daba la impresión de auténtica mujer.

—¡Ah! ¡Eso sí que no, tío! ¡Ya estamos hartos! Le advertí que no nos mezclara en esa clase de granujadas... Mire, puesto que tan cerca estamos unos de otros, quizás fuera lo mejor que no viniera más a vernos.

—¿Me echas entonces? —preguntó el viejo temblando.

Jean creyó un deber intervenir.

—No, lo único que ocurre es que no queremos riñas. Habría como para estarse peleando tres días, si llegan a enterarse de que está usted aquí... Que cada uno viva tranquilo en su casa, ¿no le parece?

Fouan permanecía inmóvil, contemplando al uno y luego al otro con sus pálidos y mortecinos ojos. Luego se fue.

—¡Bueno! Si algún día necesito ayuda, será preciso que la busque en cualquier parte, menos en vuestra casa.

Y dejaron que se fuera, disgustados en el fondo y con el corazón oprimido, porque todavía no eran malos; pero ¿qué hacer? Su intervención de nada le hubiera servido, aunque, eso sí, habrían perdido por su parte el apetito y el sueño. Mientras el marido iba en busca del látigo, ella recogió con una pala las boñigas caídas y las echó de nuevo en la carreta.

Una violenta escena estalló al día siguiente entre Fouan y Buteau. Cada día, por lo demás, comenzaba de nuevo la polémica sobre los títulos, el uno repitiendo su eterno: ¡Devuélvemelos!, con la obstinación de una idea fija, y el otro tratando de quitárselo de encima con un: ¡Déjeme usted en paz de una vez!, siempre está con lo mismo. Pero, poco a poco, las cosas se fueron torciendo, sobre todo a partir del momento en que el viejo empezó a buscar el lugar en que su hijo podía haber escondido los papeles. Ahora era él quien registraba toda la casa, buscando en los cajones de los armarios y golpeando los muros para comprobar si sonaba a hueco. Constantemente sus miradas erraban de uno a otro rincón, con esa única preocupación; y, en cuanto se encontraba solo, procuraba apartar a los niños y se dedicaba a husmear por todas partes, con la pasión del pinche de cocina que salta sobre la criada en cuanto los amos se han marchado. Aquel día, al regresar Buteau de improviso, percibió a Fouan estirado en el suelo y con las narices metidas debajo de la

cómoda, comprobando si había por allí algún escondrijo. Aquello le sacó de quicio, pues el padre se quemaba, como suele decirse: lo que buscaba debajo estaba precisamente encima, oculto y aprisionado por el gran peso del mármol.

—¿Qué está haciendo este viejo loco? ¿Se imagina que es una serpiente?... ¡Haga el favor de levantarse!

Y tirándole de las piernas, le puso en pie de un empujón.

—¡Vaya! ¿Terminó ya de buscar por todos los agujeros? ¡Estoy harto de ver la casa espulgada hasta en sus rendijas!

Fouan, avergonzado por haber sido sorprendido, le miró fijamente y, en un arrebatado de cólera, le repitió una vez más:

—¡Devuélvemelos!

—¡Déjeme en paz! —vociferó Buteau en sus mismas narices.

—Entonces, como lo paso muy mal aquí, me marchó.

—¡Váyase con viento fresco! ¡Buen viaje! ¡Si se le ocurre volver, válgame Dios, será porque no tiene vergüenza!

Acto seguido, cogiéndole por el brazo, le arrojó fuera.

II

FOUAN descendió la pendiente. Calmada repentinamente su cólera, se detuvo abajo, en la carretera, como atontado por el hecho de encontrarse fuera de la casa, y sin saber dónde ir. Sonaron las tres en el reloj de la iglesia, un viento húmedo helaba la atmósfera de aquella grisácea tarde de otoño; y tiritaba de frío, pues de tan rápido como había ido la cosa, ni siquiera se acordó de coger su sombrero. Afortunadamente seguía contando con su bastón. Por unos instantes se encaminó hacia Cloyes; pero luego se preguntó dónde iría por aquel lado, y volvió a Rognes, caminando al paso que le era habitual. Al pasar frente al establecimiento de Macqueron, se le ocurrió beber un vaso de vino; pero, al rebuscar en sus bolsillos, se dio cuenta de que no llevaba ni un céntimo, y sintió por otra parte vergüenza de aparecer por allí, ante el temor de que ya conociesen la historia. En aquel preciso momento, le pareció efectivamente que Lengaigne le miraba de reojo desde el umbral de su puerta, como se mira a un vagabundo cualquiera. Lequeu, que estaba tras los cristales de una de una de las ventanas de la escuela, no se dignó saludarle. Se comprendía; volvía a caer en el desprecio de todos ahora que no tenía nada, despojado de nuevo, esta vez hasta los mismos tuétanos.

Cuando hubo llegado al Aigre, Fouan se asomó unos momentos a la barandilla del puente. La idea de que muy pronto se haría de noche le inquietaba. ¿Dónde dormir? Ni siquiera un techo donde cobijarse. El perro de los Bécu, al que vio pasar, suscitó su envidia, pues aquel animal al menos disponía de un montón de paja donde dormir. Él en cambio buscaba confusamente, somnoliento por la relajación de su cólera. Sus párpados se habían cerrado, tratando de recordar algún rincón abrigado protegido del frío. Aquello parecía más bien una pesadilla, toda la comarca desfilaba ante su mente, desnuda, barrida por las ráfagas de viento. Sacudió su cuerpo no obstante, y, en un sobresalto de energía, pareció como despertar. No había por qué desesperarse de aquel modo. No se dejaría morir a la intemperie a un hombre de su edad.

Maquinalmente atravesó el puente y se encontró delante de la pequeña granja de los Delhomme. En cuanto se dio cuenta de que así era, dobló y se fue hacia la parte trasera de la casa, para que no le viesen. Una vez allí, hizo una nueva pausa, pegado a la pared del establo, desde donde pudo oír la voz de Fanny, su hija. ¿Había soñado quizá con volver a su casa? Ni él mismo hubiera podido decirlo, eran simplemente sus pies los que le habían conducido hasta allí. Revivía en su mente el interior de la estancia, lo mismo que si hubiera penetrado en ella; la cocina a mano izquierda, su cuarto en el primer piso, al final del henil. Una especie de enternecimiento debilitaba sus piernas, y hubiera acabado por caerse si la pared no le hubiera aguantado. Durante largo rato permaneció inmóvil, con su viejo espinazo apoyado contra aquella casa. Fanny seguía hablando en el establo, aunque no se entendían sus palabras: quizá se lo impedía aquel ruido ahogado que le removía el corazón. Pero, por lo que le pareció, debía estar riñendo a una criada; su voz se hizo más fuerte, y entonces pudo oírla, seca y dura, sin emplear palabras groseras, cómo decía cosas tan punzantes a aquella desdichada, que ella no hacía más que sollozar. También él sufría; su estado emocional había desaparecido, y volvía a recobrase ante la certidumbre de que, si llega a ocurrírsele empujar la puerta, su hija le hubiera acogido con aquella misma destemplada voz. E imaginó entonces cómo repetía una vez más: «¡Vendrá a pedirnos de rodillas que le acojamos de nuevo entre nosotros!», aquella frase que había cortado toda posible relación entre ellos, para siempre jamás, lo mismo que un fuerte hachazo. ¡No, no! ¡Prefería morir de hambre; antes acostarse detrás de un seto, que verla triunfar, con su aire orgulloso de mujer sin tacha! Despegó, pues, su espalda de la pared donde se apoyaba y se alejó penosamente.

Para no volver a coger la carretera, Fouan, que se creía espiado por todo el mundo, remontó la orilla izquierda del Aigre, cerca del puente, y se encontró enseguida entre los viñedos. Al obrar de ese modo, su propósito era alcanzar la llanura, dejando a un lado el pueblo. Lo único que ocurrió es que fue a pasar precisamente por al lado del Castillo, donde también sus piernas parecían haberle llevado, a impulsos de ese instinto de las bestias de carga que vuelven a la cuadra donde saben que tienen su avena. La pendiente le ahogaba, y se sentó a cierta distancia respirando afanosamente, reflexionando. Seguro que si le hubiera dicho a Jesucristo: «Voy a llevarle a los tribunales, ayúdame a ir contra Buteau», el muy bribón le hubiera recibido con los brazos abiertos. Desde el rincón en que se hallaba, se olfateaba precisamente una comilona, alguna juerga que debía durar desde por la mañana. Atraído por aquel olor, con el vientre vacío, el viejo se fue acercando; reconoció la voz de

Cañón, y percibió el olor de las judías encarnadas estofadas, que tan bien sabía cocinar la Trouille, cuando su padre quería celebrar la aparición del camarada. ¿Por qué no se decidía a entrar para tomar parte en la comilona con los dos ganapanes, a quienes estaba oyendo vociferar en medio de la humareda de sus pipas, bien calentitos y tan borrachos que realmente le daban envidia? Una brusca detonación soltada por Jesucristo le llegó al alma, y avanzaba ya con la mano extendida hacia la puerta, cuando la risa aguda de la Trouille paralizó sus movimientos. Era la Trouille quien ahora le causaba espanto; seguía teniéndola presente en su mente, delgada, en camisa, lanzándose sobre él con aquella desnudez de culebra, registrándole, comiéndoselo materialmente. ¿De qué iba a servirle entonces que su padre le ayudase a recobrar los papeles?; allí estaría luego la hija para arrancárselos de debajo de la piel si era preciso. Súbitamente, la puerta se abrió, la muy pícara acababa de echar una ojeada por fuera, por haber olido la presencia de alguien. No había tenido más que el tiempo preciso para esconderse detrás de los matorrales; y huyó de allí, aunque no sin haber distinguido, en medio del anochecer, sus verdes ojos que relucían extraordinariamente.

Cuando Fouan se halló en la llanura, sobre la meseta, experimentó una especie de alivio, por el mero hecho de haberse librado de los demás, dichoso con estar solo aunque fuera para reventar. Durante mucho tiempo estuvo rondando al azar. Se había hecho noche cerrada, y el viento helado le azotaba el rostro. A veces, en una de esas fuertes ventoleras, tenía que volverse de espaldas, medio cortada la respiración y con su desnuda cabeza ofreciendo al viento sus escasos y erizados cabellos blancos. Sonaron las seis; a aquella hora todo el mundo estaba comiendo en Rognes; y él notaba una debilidad en sus miembros que amortiguaba su marcha. Entre dos de aquellos vendavales, cayó un aguacero, copioso, azotador, que le dejó empapado de pies a cabeza, pero todavía siguió andando, sin dejar de lloverle encima. Sin saber cómo, se encontró en la plaza de la iglesia, ante la antigua mansión patrimonial de los Fouan.

¡No! Allí no podía buscar refugio; también le habían echado. La lluvia iba en aumento, tan firme, que una acentuada cobardía invadió su ánimo. Se había ido acercando a la puerta de los Buteau, por uno de los lados de la casa, acechando la cocina, de donde salía un agradable olor a sopa de coles. Su pobre cuerpo le forzaba a rendirse; era una elemental necesidad física de comer y de calentarse lo que realmente le impulsaba. Pero, en medio del ruido de mandíbulas, dos frases cruzadas le hicieron detenerse.

—¿Y si no llegara a volver tu padre?

—¡Déjale! ¡Ya volverá cuando tenga hambre!

Fouan se apartó rápidamente, temiendo que llegaran a verle en aquella puerta, como un perro apaleado que vuelve a su pitanza. Estaba sofocado de vergüenza, y una feroz resolución de dejarse morir de hambre en un rincón se iba apoderando de él. ¡Ahora verían si lo único que le tiraba era su estómago! Volvió a bajar la pendiente y se cogió a un poste de hierro delante de la herrería de Clou, donde quedó doblgado. Sus piernas ya no le sostenían, iba abandonándose progresivamente, en medio de la oscuridad de la noche y de la soledad del sendero; había comenzado la estación de las veladas, el mal tiempo hacía que todas los huecos de las casas quedaran cerrados, como si no existiese alma viviente. En aquellos momentos, los aguaceros habían calmado el viento, y la lluvia seguía cayendo, recta, continua, con una violencia de diluvio. No se sentía con fuerzas bastantes para levantarse y buscar abrigo. Con su bastón entre las rodillas y su cráneo bañado por el agua, permanecía inmóvil, con estúpido aspecto ante tanta miseria. Ni siquiera hacía esfuerzos por reflexionar; las cosas eran como tenían que ser: cuando ya no se tenían hijos, hogar ni nada, se apretaba uno el vientre y se dormía a la intemperie. Sonaron las nueve, luego las diez. Seguía cayendo la lluvia que parecía fundir sus viejos huesos. Pero pronto aparecieron linternas por todos lados, deslizándose rápidamente: tratábase de la salida de las veladas, y todavía hubo como un despertar en él, al reconocer a la Grande que volvía de casa de los Delhomme, en donde economizaba su vela. Se levantó haciendo un esfuerzo que hizo crujir todos sus miembros, y la siguió de lejos sin poder llegar lo bastante deprisa para entrar al mismo tiempo que ella. Una vez ante la puerta, que había vuelto a cerrarse, vaciló unos momentos, su corazón claudicaba. Finalmente, llamó a la puerta; era demasiado grande su desdicha.

Preciso es decir que caía en mal momento, pues la Grande estaba de un humor feroz, como consecuencia de toda una desdichada historia que la había tenido trastornada la semana anterior. Una tarde en que se encontraba sola con su nieto Hilarion, se le ocurrió nada menos que hacerle cortar leña, para sacar de él aquel otro rendimiento antes de hacerle ir a acostarse; y como quiera que realizase el trabajo a regañadientes, ella permanecía allí, en el fondo de la leñera, para llenarle de improperios. Hasta entonces, imbuido de un terrible acobardamiento, aquel bruto estúpido y contrahecho había permitido que la abuela abusara de sus fuerzas, sin atreverse siquiera a levantar la vista. Sin embargo, desde hacia algunos días, la abuela debió haber desconfiado, pues parecía temblar cuando él adoptaba posturas demasiado forzadas, debido al acaloramiento interno que ponía rígidos sus miembros. Para excitarle,

cometió la equivocación de golpearle en la nuca con la punta de su bastón. El nieto soltó el hacha y se quedó mirándola. Irritada ante aquella rebelión, le soltó unos cintarazos en los costados, después en los muslos, por todas partes; pero él se abalanzó sobre la vieja. Viose ella entonces revolcada por el suelo, pateada y estrangulada pero no, era demasiado el ayuno que venía soportando desde la muerte de su hermana Palmyre, y su colera se transformaba en rabia de macho, sin tener conciencia del parentesco ni de la edad, ni casi del sexo. El muy bruto trató de violar a aquella abuela de ochenta y nueve años, cuyo cuerpo parecía más bien un bastón seco y del que sólo quedaba la caparazón agrietada de la hembra. Pero, sólida todavía, inexpugnable, la vieja no le dejó hacer, pues llegó a tiempo de coger la herramienta y abrirle el cráneo de un hachazo. A sus gritos acudieron los vecinos, y ella les contó la historia con toda clase de detalles: unos instantes más y hubiera tenido que pasar por aquel trance, el muy bribón estuvo al borde de salirse con la suya. Hilarion no murió hasta la mañana siguiente. Había venido el juez, y después tuvo lugar el entierro; en fin toda esa seríe de molestias que trae consigo un asunto de tal naturaleza, y de las que felizmente se había recobrado ya aunque sintiéndose lastimada por la ingratitud del mundo, resuelta a no prestar jamás ningún servicio a nadie de la familia.

Fouan hubo de llamar tres veces, aunque lo hacía tan desmayadamente, que la Grande no acababa de saber si efectivamente golpeaban en la puerta.

—¿Quién está aquí?

—Yo.

—¿Y quien eres tú?

—Yo, tu hermano.

Enseguida reconoció la voz, qué duda cabe, pero no se apresuraba lo más mínimo por el mero placer de forzarle a hablar. Reinó un breve silencio, y luego preguntó ella nuevo:

—¿Qué es lo que quieres?

El viejo temblaba; no se atrevía a responder. Entonces ella abrió brutalmente la puerta, aunque, cuando ya se disponía a entrar, le obstruyó la entrada con sus delgados brazos, dejándole en medio de la calle, bajo la tenaz lluvia, que no había cesado.

—Sé perfectamente lo que quieres. Vinieron a contármelo a la velada... Sí, cometiste la estupidez de permitir que te devorasen una vez más, ni siquiera supiste conservar el dinero de tus ahorros, y ahora quieres que te recoja, ¿eh?

A continuación, viendo que el hermano trataba de excusarse y que empezaba a balbucear explicaciones, la Grande se encolerizó.

—¡Si no te lo hubiera advertido!... Ya te dije que era preciso ser necio y cobarde para renunciar de ese modo a la tierra... ¡Tanto mejor, si te ves en la tesitura que yo misma te anuncié, expulsado por los bribones de tus hijos, merodeando por la noche como un mendigo que carece incluso de un mal rincón donde poder dormir!

Con las manos tendidas, el viejo se echó a llorar y trató de apartarla para entrar. Pero ella aguantaba firme, y acabó de vaciar su corazón.

—¡No, no! Vete a pedir un lecho a los mismos que te robaron. Lo que es yo, nada te debo. Incluso me acusaría la familia de meterme en sus asuntos... Te permitiste el lujo de poner en manos de otros tu propio bienestar, y eso nunca te lo perdonaré...

Y, erguida, con su cuello marchito y sus redondeados ojos de pájaro de presa, le dio violentamente con la puerta en las narices.

Fouan permaneció rígido, inmóvil, ante aquella despiadada puerta, mientras a su espalda la lluvia continuaba cayendo con su rodar triste y monótono. Dio por fin media vuelta y se hundió en la oscura noche, negra como la tinta, que anegaba aquella lenta y helada lluvia que caía del cielo.

¿A dónde se dirigió entonces? Jamás pudo recordarlo. Sus pies resbalaban en los charcos, sus manos tanteaban constantemente para no tropezar con las paredes y los árboles. Ni pensaba, ni sabía siquiera donde se hallaba; aquel rincón del pueblo del que conocía hasta el más insignificante pedrusco, ahora era para él como un lugar lejano, desconocido, terrible, donde se sentía forastero y perdido, incapaz de orientarse. Torció hacia la izquierda pero temió encontrar hoyos y volvió a la derecha, deteniéndose tembloroso, amenazado por todas partes. Al tropezar con una empalizada, la siguió hasta encontrar una pequeña puerta, que cedió. Faltó el suelo, bajo sus pies y rodó por un agujero. Allí se estaba bien, no penetraba la lluvia y hacía calor; un gruñido le advirtió no obstante; había un cerdo que, descompuesto, creyendo que le traían comida, le arrimaba ya el hocico por los costados. Entablóse a continuación una lucha y, tan débil se sentía, que el miedo a ser devorado le hizo salir a toda prisa. No pudiendo entonces ir más lejos, se tumbó junto a la puerta, acurrucado como una bola para que la parte delantera de la techumbre le protegiese del agua. Las gotas seguían sin embargo mojándole las piernas y las ráfagas de viento helaban sobre el cuerpo su mojado traje. Envidiaba al cerdo, y tal vez hubiera regresado a su lado, si no le hubiera oído a sus espaldas comerse materialmente la puerta con su constante y voraz husmeo.

Al amanecer, Fouan salió de la somnolencia dolorosa en que había estado sumido. Una sensación de vergüenza se apoderaba otra vez de él, la vergüenza de pensar que su historia se expandía por la comarca, que todos le sabían ya a estas horas rodando por esos caminos de Dios, como un pobre. Cuando nada se tiene, la justicia no existe, y no hay que esperar compasión de nadie. Se deslizó a lo largo de los setos, con la inquietud de ver abrir una ventana, de que le reconociera alguna mujer madrugadora. Seguía lloviendo, alcanzó la llanura y se ocultó en el fondo de un pajar. Y la jornada entera transcurrió para él huyendo de aquella forma, de abrigo, en abrigo, con tal azoramiento, que al cabo de dos horas, creyéndose descubierto, cambiaba nuevamente de agujero. La única idea que ahora martirizaba su mente era saber si la muerte se hallaba al alcance. El frío le hacía sufrir menos, pero el hambre en cambio le torturaba; seguramente moriría de hambre. Tal vez una noche más, acaso un día entero. Mientras fue de día, no se acobardó, prefería acabar así, que volver a casa de los Buteau. Una horrorosa angustia le invadió no obstante al acercarse el crepúsculo, un terror inconcebible a volver a empezar otra noche, bajo aquel persistente diluvio. El frío parecía penetrarle hasta los huesos, y el hambre le roía el pecho, haciéndose intolerable. Cuando ya hubo oscurecido el cielo, se sintió como ahogado, llevado por aquellas tinieblas húmedas y chorreantes; su cerebro ya no regía, las piernas le llevaban mecánicamente, era sólo la bestia humana lo que se movía; y fue entonces cuando, sin haberlo querido ni buscado, volvió a encontrarse ante la cocina de los Buteau.

En aquel instante, Buteau y Lise estaban acabando de tomar la sopa de coles de la víspera. Al oír ruido, Buteau había vuelto la cabeza, y contemplaba a Fouan, silencioso con sus vestiduras mojadas y humeantes. Transcurrió un largo rato hasta que acabó por decir en son de burla:

—Bien sabía yo que le faltaría valor.

El viejo, impassible e inmóvil, no abrió los labios, ni pronunció una sola palabra.

—Vamos, mujer, dale algo de comer, puesto que es el hambre lo que le trae por aquí.

Lise se había levantado ya y le traía una escudilla de sopa. Pero Fouan cogió la escudilla y fue a sentarse aparte, en un taburete, como si rehusara sentarse a la mesa con sus hijos; y, glotonamente, engullendo cucharadas enormes, se lo comió todo. Su cuerpo temblaba de arriba a abajo en medio de la violencia de su apetito, mientras Buteau, por su parte, acababa de cenar sin prisa, columpiándose sobre su silla, picando de lejos trocitos de queso que iba

comiendo con la punta del cuchillo. La glotonería del viejo distraía su atención, seguía con los ojos el movimiento de la cucharada, y acabó diciendo en son de broma:

—Parece que ese paseo al fresco le ha abierto el apetito. Pero será preciso no repetirlo todos los días, pues costaría demasiado mantenerle.

El padre, mientras tanto, tragaba, tragaba sin parar, con un ruido ronco de garganta, sin decir una sola palabra. Y el hijo añadió:

—¡Ah! ¡Vaya con el bromista, que se marcha a dormir fuera de casa! A lo mejor ha estado de juerga con alguna moza... Será eso lo que le ha abierto el apetito, ¿no?

Ninguna respuesta por el momento, la misma terquedad en permanecer silencioso; nada que no fuera la deglutación violenta de las cucharadas que se zampaba.

—¡Eh! ¡Que le estoy hablando! —exclamó Buteau irritado—. Al menos tenga la delicadeza de contestarme.

Fouan ni siquiera levantó de la sopa sus fijos y turbados ojos. Nada parecía oír ni ver, aislado de todo, a dos leguas de allí, como si con su actitud hubiera querido significar que había vuelto para comer, que su vientre estaba allí, pero que su corazón no. En aquel momento rebañaba el fondo de la escudilla con la cuchara, en forma descarada además, como para no perderse nada en absoluto de su ración.

Lise, conmovida por aquel hambre espantosa, se permitió intervenir.

—Déjale, puesto que quiere hacerse el muerto.

—¡No irá a reírse de nuevo de mis propias narices! —repuso rabiosamente Buteau—. Por una vez, pase. ¿Me comprende, viejo testarudo? ¡Que la aventura de hoy le sirva de lección! ¡Si sigue incordiándome dejaré que reviente de hambre fuera de aquí!

Fouan, que ya había terminado, abandonó penosamente su silla; y, siempre mudo, en medio de ese silencio de tumba que parecía ir en aumento, volvió la espalda y fue arrastrándose dificultosamente bajo la escalera, hasta llegar a su lecho, sobre el que se tumbó vestido. El sueño le dejó aniquilado, durmiéndose al instante, sin lanzar un solo soplido, en un derrumbamiento plúmbeo. Lise, que fue a verle, volvió enseguida para decir a su marido que tal vez estuviese muerto. Pero Buteau, con el genio ya alterado, se encogió de hombros. ¡Ah! ¡Sí, sí! ¡Muerto! ¿Iba a morir así como así? Bastaba con la caminata que se había dado para hallarse en semejante estado. Al día siguiente por la mañana, cuando entraron a echar un vistazo, el viejo no se

había movido; durmió todavía durante toda la tarde y noche, para no despertar hasta la mañana siguiente, después de treinta y seis horas de anonadamiento.

—¡Vamos! ¡Parece que ya despierta! —dijo Buteau en tono burlón—. ¡Yo que me imaginaba que esto duraría siempre y que ya no volvería a comer más!

El viejo no le miró siquiera, ni contestó, limitándose a salir a la carretera para tomar el aire.

Y así continuó Fouan en su obstinación. Parecía haber olvidado lo de los títulos que se negaban a devolverle; por lo menos no volvió a hablar de ello, ni los buscó tampoco, indiferente quizás, y en todo caso, resignado, pero su ruptura con los Buteau era completa, persistía en su silencio, como separado y sumido en sus propios pensamientos. Jamás con motivo alguno se dignaba dirigirles la palabra. La vida seguía desarrollándose en común, allí dormía, comía, les veía, se codeaba con ellos desde la mañana hasta por la noche, pero sin cruzar una sola mirada, ni decir una sola palabra, dando la impresión de una persona ciega y muda, algo así como el paseo constante de una sombra en medio de seres vivientes. Cuando se hubieron cansado de ocuparse de él, sin conseguir sacar nada, acabaron dejándole con su obstinación. Buteau, y la misma Lise, dejaron igualmente de hablarle, tolerándole a su alrededor como un mueble que hubiera cambiado de sitio, terminando por perder incluso la conciencia de su propia presencia. El caballo y las dos vacas contaban bastante más.

De todos los de la casa, uno sólo tuvo Fouan como amigo; el pequeño Jules, que iba a cumplir nueve años. Laure, en cambio, que entonces tenía cuatro años, le miraba con los mismos ojos duros de la familia, se desprendía de sus brazos, haciéndose la desentendida con aire de rencor, como si también ella hubiera condenado aquella boca inútil; pero a Jules, por el contrario, le complacía estar entre las piernas del viejo. Y venía así a constituir el último lazo que le ligaba a la vida de los demás; le servía de mensajero e intermediario cuando la necesidad de un «sí» o un «no» se hacía imprescindible. Su madre le enviaba, y el chiquillo volvía con la respuesta, pues el abuelo sólo por él rompía su silencio. En medio del abandono en que se le tenía, el niño, al igual que una pequeña ama de casa, le ayudaba a hacer su cama por la mañana, se encargaba de llevarle su ración de sopa, que el viejo se comía cerca de la ventana, apoyando el plato en sus mismas rodillas, pues jamás quiso reincorporarse a la mesa. Luego se ponían a jugar juntos. La mayor felicidad de Fouan consistía en llevarse consigo a Jules cogido de la mano y pasear con él largo rato; por aquellos días, se solazaba con las

enseñanzas que daba al niño, hablando con él continuamente, hasta aturdirle, no expresándose ya, en realidad, más que con dificultades, por haber perdido la agilidad de la lengua desde que había dejado de utilizarla. Sin embargo, el viejo balbuceante y el rapazuelo que sólo pensaba en los nidos y en las moras salvajes, se comprendían muy bien charlando durante horas y horas. Le enseñó a poner varetas y le fabricó una cajita para meter en ella los grillos. Aquella endeble mano de niño que llevaba cogida con la suya, por los vacíos caminos de aquella comarca donde ya no tenía tierras ni familia, era su sostén, proporcionándole el placer de vivir todavía un poco.

Por lo demás, Fouan parecía borrado de la lista de los vivos. Buteau obraba en su nombre y por cuenta de él, cobraba y firmaba, bajo el pretexto de que el pobre hombre perdía por momentos la cabeza. La renta de ciento cincuenta francos, procedente de la venta de la casa, le era pagada directamente por el señor Baillehache. Sólo había tenido tropiezos con Delhomme, que se negó a entregar los doscientos francos de la pensión a otras manos que no fueran las de su padre. Delhomme, por consiguiente, exigía la presencia de éste; pero apenas había vuelto la espalda, Buteau aramblaba con el dinero. Sumaban los dos conceptos trescientos cincuenta francos, a los cuales, según él mismo decía con voz quejosa, todavía tenía que añadir otro tanto, por no tener bastante para alimentar al viejo. Jamás se le ocurrió hablar de los títulos: dormían allí, y ya se vería más adelante. En cuanto a los intereses, según él, servían para mantener el trato concertado por Fouan con el tío Saucisse, quince sueldos cada mañana por la compra de una fanega de tierra, en forma de vitalicio. Exclamaba que no podía soltar ese contrato, que era ya mucho el dinero comprometido. Sin embargo, corrió el rumor de que el tío Saucisse, aterrorizado, temiendo un mal golpe, había consentido en rescindir el contrato, mediante la devolución de la mitad de las cantidades percibidas, mil francos de los dos mil cobrados; y, si el viejo granuja se callaba, era por simple vanidad de pillo que no quiere verse arrollado a su vez. El olfato de Buteau advertía a este que Fouan sería el primero en morir: en el supuesto de que le diera un capirotazo, seguro que no saldría de él.

Un año transcurrió de ese modo, y Fouan, aunque declinado de día en día, allí seguía vegetando. Ya no era ni la sombra de aquel viejo campesino, limpio, con la cara bien afeitada y de correctas patillas, vistiendo siempre blusas nuevas y pantalones negros. En su delgado y descarnado rostro, ya no era posible contemplar más que su grande y huesuda nariz, que parecía prolongarse hasta el suelo. La curvatura de su cuerpo había ido acentuándose

poco a poco cada año, resintiéndose sus riñones; pronto ya no le quedaría otra cosa que pegar el salto final, para ir a parar a la fosa. Caminaba arrastrándose sobre dos bastones, invadida su cara por un barba blanca, larga y mal cuidada, usando los trajes agujereados de su hijo, tan mal cuidado, que resultaba incluso repugnante a la luz del sol, lo mismo que esos viejos merodeadores de caminos cargados de harapos, de los que uno se aparta instintivamente. En el fondo de toda aquella decadencia, sólo persistía la bestia, el animal humano, con su instinto de vivir intacto. Un hombre voraz hacía que se lanzara materialmente sobre sus gachas, jamás satisfecho, queriendo que le dieran hasta las rebanadas de pan con mantequilla preparadas para Jules, si el pequeño no insistía en comerlas. También es verdad que muchas veces le reducían su ración, e incluso aprovechaban para no nutrirle lo suficiente el pretexto de que, en otro caso, reventaría. Buteau le acusaba de haberse maleado en el Castillo en compañía de Jesucristo, lo que en cierto modo era verdad, pues aquel campesino sobrio, de cuerpo resistente, que siempre viviera de pan y agua, se había habituado allí a las comilonas, tomándole cariño a la carne y al aguardiente, hasta tal punto los vicios se adquieren deprisa cuando es un hijo el que incita a su padre. Los días en que había cocido, la pequeña Laure permanecía alrededor a la expectativa. Lise había tenido que guardar el vino bajo llave, al notar que desaparecía. En cuanto el viejo dejaba a deber una taza de café en casa Lengaigne, prevenían a este y a Macqueron de que no les pagarían si les servían consumiciones a crédito. Seguía guardando su grande y trágico silencio, aunque a veces, cuando su escudilla no estaba llena del todo, o sacaban el vino de la mesa sin darle su parte, fijaba insistentemente en Buteau sus irritados ojos, impulsado por la rabia impotente de su apetito.

—Sí, sí, míreme —decía Buteau—. ¡Si cree que voy a alimentar animales que no rinden!... ¡Cuando a uno le gusta la carne, hay que ganársela, maldito tragón!... ¿No le da vergüenza haber caído en el libertinaje a su edad?

Fouan, que no había vuelto por casa de los Delhomme debido a su terco orgullo, herido por la frase que le espetara su hija, llegó a soportarlo todo de los Buteau, no sólo las palabras ofensivas, sino incluso los empujones. Ya no pensaba en sus otros hijos, se abandonaba allí, en medio de tal laxitud, que ni siquiera se le ocurría la idea de abandonar aquel ambiente: no iban a irle mejor las cosas fuera de allí, ¿para qué, pues? Cuando se cruzaba con Fanny, esta pasaba erguida, ya que se había jurado no ser ella jamás la primera en hablarle. Jesucristo, mejor hijo desde luego, después de haberle guardado rencor por su fea manera de abandonar el Castillo, se había divertido una

tarde emborrachándole atrocemente en casa de Lengaigne para luego dejarle en aquel estado delante de la puerta de su casa: terrible y aparatoso suceso, la casa revuelta, Lise obligada a fregar la cocina, Buteau jurando que en otra ocasión le haría dormir en el estercolero; de manera que el viejo, temeroso, desconfiado ya de su primogénito, llegó a tener el valor suficiente para rehusar los ofrecimientos de bebidas. También con frecuencia veía a la Trouille con sus ocas, cuando se sentaba fuera al borde del camino. Ella se detenía, le fisgoneaba con sus ojillos, y se ponía a charlar unos momentos con él, mientras sus animales aguardaban detrás, apoyados en una pata y con el cuello inmóvil. Una mañana, no obstante, el viejo pudo constatar que la rapaza le había quitado su pañuelo; y desde entonces, en cuanto la veía a lo lejos, agitaba su bastón en son de amenaza. Ella lo tomaba a broma y se divertía lanzando las ocas contra el viejo, sin huir de allí hasta que cualquiera que pasara la amenazaba con darle un cachete si no dejaba tranquilo a su abuelo.

Hasta entonces, pese a todo, Fouan había podido caminar, y eso no dejaba de ser un consuelo, pues seguía interesándose por la tierra; siempre se alargaba a ver sus antiguas piezas de labor, en esa manía de los viejos apasionados que acostumbran frecuentar sus dominios de antaño. Caminaba lentamente, errante por los senderos, con su torpe andar de viejecito, deteniéndose en el linde de un campo, donde permanecía horas enteras, apoyado en sus bastones; plantábase luego delante de otro, y se abstraía de nuevo inmóvil, semejante a un árbol desecado por la vejez. Sus vacíos ojos ya no distinguían claramente el trigo, la avena, ni el centeno. Todo se mezclaba en su cerebro, y eran sólo recuerdos confusos los que, del pasado, acudían a su mente: esa pieza, en tal año, había producido tantos hectolitros. Incluso acabó por confundir fechas y cifras. No le quedaba más que una sensación vacía, persistente: la tierra, esa tierra que tanto había deseado y poseído durante tanto tiempo, y a la que todo había dado por espacio de sesenta años, sus miembros, su corazón, su vida. ¡Aquella ingrata tierra, pasada a manos de otro macho, y que continuaba produciendo sin reservarle a él su parte! Una gran tristeza invadía su ánimo, ante la idea de que ya no le conocía ni quería saber nada de él, de que nada había conservado de ella, ni un solo céntimo, ni un bocado de pan; sin embargo, cuando muriese, iría a pudrirse en ella, en esa indiferente e ingrata tierra que, con sus viejos huesos, volvería a rejuvenecerse. ¡Verdaderamente, para llegar a ese final, desnudo e inválido, no valía la pena haberse matado trabajando! Y cuando había dado la vuelta de ese modo a sus antiguos campos, se dejaba caer sobre su lecho, en medio de

tal laxitud, que ni siquiera se le oía respirar Pero hasta ese último incentivo de su vida desaparecía con sus piernas. Muy pronto se le hizo tan penoso caminar que ya no se apartaba gran cosa del pueblo. En los días hermosos, tenía tres o cuatro estaciones preferidas: las vigas que había delante de la herrería de Clou, el puente del Aigre y un banco de piedra instalado junto a la escuela; y deambulaba lentamente de la una a la otra, tardando una hora en hacer doscientos metros, arrastrando sus botas como si fueran pesados carruajes, derrengado, alabeado por el difícil balanceo de sus riñones. Muy a menudo pasaba abstraído la tarde entera sentado en el borde de una viga, acurrucado, tomando el sol. Una especie de alelamiento le hacía permanecer inmóvil y con los ojos abiertos. Pasaban gentes por delante que no le saludaban, pues ya no significaba más que un objeto. Incluso su pipa le representaba una fatiga, y dejaba de fumar, tanto era lo que le pesaba en las encías, sin contar con el trabajo de llenarla y luego encenderla. Su único deseo era no moverse de sitio, pues se quedaba helado y se ponía a tiritar, aunque estuviera en pleno sol, en cuanto intentaba cambiar de postura. Después de muertas su voluntad y su autoridad, aquello venía a representar la última decadencia, una vieja bestia doliente, en pleno abandono, la miseria de haber vivido una existencia de hombre. Por lo demás, no se quejaba en absoluto, hecho a esa idea de representar un caballo reventado de fatiga, que un día sirviera y al que se apalea cuando come inútilmente su avena. ¿Un viejo? Eso no sirve para nada y en cambio cuesta dinero. Él mismo había llegado a desear la muerte de su padre. Si ahora los hijos deseaban a su vez la suya, no tenía que resentirse por ello, ni debía causarle pena. Tenía que ser así.

Cuando un vecino le preguntaba:

—¡Vamos, tío Fouan, parece que va tirando!

—¡Ah! —refunfuñaba él—. ¡Es extremadamente largo eso de reventar, pero lo que es buena voluntad no falta, se lo aseguro!

Y decía verdad, en su estoicismo de campesino que acepta la muerte y que la desea incluso, desde el momento en que se queda sin nada y la tierra le rechaza.

Pero todavía le esperaba un nuevo sufrimiento. Jules se hastió de él, inducido por la pequeña Laure. Ésta, en cuanto le veía con el abuelo, parecía sentirse celosa. ¡Sólo venía a importunarles aquel viejo! Resultaba mucho más divertido jugar juntos. Y si su hermano no la seguía, le cogía por los hombros y se lo llevaba consigo, mostrándose a continuación tan amable y risueña con el hermanito, que este olvidada por completo sus labores de ama

complaciente. Poco a poco llegó a conquistarle por completo, como auténtica mujer que ha puesto todo su empeño en semejante tarea.

Una tarde, había ido Fouan hasta la escuela, para esperar a Jules, y tan cansado se sintió al llegar allí, que no hacía más que pensar en el chiquillo para luego remontar la pendiente. Pero Laure salió con su hermano; y cuando el viejo buscaba con mano temblorosa la del pequeño la niña se puso a reír maliciosamente.

—Ya te está molestando de nuevo —dijo al hermano—. ¡Déjale!

Luego, volviéndose hacia los otros rapaces, añadió:

—¿Verdad que es una tontería permitir que le fastidien a uno?

Entonces Jules, en medio del abucheo de los demás chiquillos, se puso colorado, quiso hacerse el hombre y escapó de un salto, gritando a su viejo compañero de paseos la frase de su hermana:

—¡Me fastidias!

Azorado, con los ojos nublados por las lágrimas, Fouan dio un traspiés, como si la tierra le fallara al abandonarle aquella manecita. Las risas fueron en aumento, y Laure forzó a Jules para que bailara alrededor del viejo y cantase con aires de ronda infantil:

—Caerá, no caerá... Su pan seco comerá quien lo recogerá...

Fouan, desfallecido, tardó más de dos horas en regresar solo, sin fuerzas para moverse, de tanto como le pesaban los pies. Aquello fue el final para el pobre hombre; el niño dejó de llevarle su sopa y de hacer su cama, cuyo colchón no llegaba a sacudirse una vez al mes. Ni siquiera tuvo ya aquel chiquillo, para poder charlar con él; se hundió en el más absoluto de los silencios, y su soledad se vio así ensanchada hasta resultar completa. Jamás pronunciaría ya una sola palabra sobre nada ni nadie.

III

LAS labores de invierno tocaban a su fin, y, aquella tarde del mes de febrero, fría y triste, Jean acababa de llegar con el arado a su gran pieza de tierra de los Cornailles, donde le quedaban por realizar dos lloras largas de faena. En un trozo de la misma, quería sembrar trigo, una variedad escocesa del mismo; tratábase de un ensayo que le había aconsejado su antiguo patrono Hourdequin, poniendo incluso a su disposición algunos hectolitros de semilla.

Enseguida se puso a ensayar, en el sitio en que lo había dejado la víspera; y, haciendo morder la reja del arado, con las manos en las manceras del mismo, lanzó a su caballo el grito ronco con que solía excitarle:

—¡Arre! ¡Aúpa!

Jean, con los brazos tensos, vigilaba la perfecta rectitud del surco, tan derecho en efecto que hubiérase dicho trazado a cordel, en tanto que su caballo, con la cabeza baja y las patas hundidas, tiraba del arado a un ritmo uniforme y continuo. Cuando el arado se empastaba, lo limpiaba de barro y de hierbas con un simple impulso de sus dos puños; y volvía luego a funcionar, dejando tras de sí la tierra removida y como viviente, revuelta, grasienta, desnuda hasta las mismas entrañas.

Cuando estuvo al final del surco, volvió y dio comienzo a otro. Pronto le sobrevino una especie de embriaguez a causa de aquella tierra removida, que exhalaba un olor fuerte, el olor de los rincones húmedos donde fermentaban los tallos. Su pesada marcha, así como la fijeza de su mirada, acabaron de aturdirle. Jamas se convertiría en un auténtico campesino. No había nacido en aquel suelo, continuaba siendo el antiguo obrero de ciudad, el soldado que había hecho la campaña de Italia; y lo que los campesinos no ven ni notan, él sí lo veía y lo palpaba: la enorme y triste paz de la llanura, el poderoso soplo de la tierra, bajo el sol y la lluvia. Siempre le había animado el propósito de retirarse a la campiña. ¡Pero qué estupidez la suya al imaginar que el día en que soltara el fusil y el cepillo, el arado satisfecería sus ansias de tranquilidad! Si la tierra era efectivamente tranquila, buena para aquellos que la aman, los

pueblos adosados a ella cual nidos de miseria, los insectos humanos viviendo de su carne, resultaban más que suficientes para deshonrarla y envenenar las cercanías. No recordaba haber sufrido tanto como desde el momento, ya lejano, en que llegara a la Borderie.

Jean tuvo que subir un poco los manceras para manejar con más soltura el arado. Una ligera desviación del surco le hizo gracia. Volvió entonces a la carga, procurando poner más esmero y excitando al caballo.

—¡Arre! ¡Aúpa!

Sí. ¡Cuántas miserias vividas en aquellos diez años! Para empezar, su larga espera de Françoise; seguidamente, la guerra con los Buteau. Ni un solo día que no fuera acompañado de algún disgusto o desagrado. Y ahora que ya tenía a Françoise, cuando ya llevaban dos años casados, ¿podía considerarse realmente dichoso? Si era cierto que seguía amándola, había adivinado en cambio que ella no le correspondía, que no le amaría jamás como él hubiera deseado, entregada por entero y apasionadamente. Ambos vivían en paz, el matrimonio prosperaba, trabajaba, economizaba. Pero no se trataba simplemente de eso, la sentía lejos, fría, ocupada en ideas distintas cuando la tenía en el lecho. Se hallaba embarazada de cinco meses, uno de esos niños engendrados sin placer, que sólo daño producen en la madre. Tampoco el embarazo había sido motivo de acercamiento. Experimentaba sobre todo un sentimiento cada vez más claro y definido, vivido la misma noche de su entrada en la casa, la impresión de que seguía siendo un forastero para su mujer, un hombre procedente de otra tierra, formado y crecido fuera, no se sabía donde, un ser que no pensaba como los de Rognes, que le parecía forjado de forma distinta, sin posible lazo de unión con ella aunque la hubiera embarazado. Después del matrimonio, exasperada contra los Buteau, un sábado trajo de Cloyes un pliego de papel sellado, con el propósito de dejarlo todo en testamento a su marido, pues sabía, por habersele hecho explicar, que la casa y la tierra irían a parar a su hermana si moría antes de haber tenido un hijo, ya que sólo el dinero y los bienes muebles podían considerarse de la comunidad; luego, sin ninguna explicación pareció haber cambiado de idea, y el papel sellado quedó guardado en la cómoda, reluciendo su blancura; y había experimentado una pena enorme en su fuero interno, no precisamente porque le guiara ningún interés egoísta, sino por la falta de afecto que veía en ello. Por lo demás, ahora que la criatura iba a nacer, ¿para qué hacer testamento? Pero no por ello dejaba de oprimírsele el corazón, cada vez que abría la cómoda y veía allí el papel sellado, convertido en algo inútil.

Jean se detuvo, permitiendo así que descansara su caballo. Él mismo trataba de sacudir su aturdimiento, respirando aquel aire helado. Con pausada mirada contempló el vacío horizonte, la llanura inmensa, donde, muy lejos, otros arados parecían anegarse bajo el gris del cielo. Le sorprendió reconocer al tío Fouan, que venía de Rognes por el camino nuevo, cediendo a impulsos de algún recuerdo todavía, a la necesidad perentoria de volver a ver algún rincón del campo. Luego bajó la cabeza y permaneció absorto un minuto, contemplando el surco abierto, la tierra destripada a sus pies: era amarillenta y dura en su parte profunda, el terrón removido había ofrecido a la luz como una carne rejuvenecida, mientras debajo, el estiércol se enterraba en un lecho de grasienta fecundación; y sus reflexiones se iban haciendo confusas, pues tan pronto pensaba en la original idea que se había tenido hurgando de aquella manera el suelo para comer pan, como en el fastidio que le embargaba al no sentirse amado por Françoise y en otras cosas más imprecisas, sobre lo que nacería de ese suelo, sobre su pequeño presto a nacer también, sobre el trabajo que se llevaba a cabo, sin sentirse por ello más dichoso. Volvió a coger las manceras del arado y lanzó su grito gutural.

—¡Arre! ¡Aúpa!

Acababa Jean su faena, cuando Delhomme, que regresaba a pie de una granja vecina, se detuvo al borde del campo.

—Supongo, Caporal, que ya sabe usted la noticia... Parece ser que va a haber guerra.

Jean dejó el arado y se enderezó, sobrecogido, asombrado por el golpe que acababa de recibir en el corazón.

—¿La guerra? ¿Cómo es eso?

—Según me han dicho, se trata de luchar contra los prusianos... Viene en los periódicos.

Con la mirada fija, Jean volvía a ver Italia, las batallas reñidas allí abajo, aquella hecatombe de la que tuvo la dicha de salir sin una sola herida. En aquella época, ¡con cuánto ardor aspiraba a vivir tranquilo en su rincón! Mira por dónde, ahora aquella palabra gritada desde la carretera por un transeúnte, esa idea de la guerra, encendía toda la sangre de su cuerpo.

—¡Qué caramba! Si los prusianos nos provocan... No podemos dejar que se rían de nosotros.

Delhomme no era de ese mismo parecer. Meneo la cabeza, manifestando que significaría el derrumbamiento de los campos, volver a ver por allí los cosacos, como después de Napoleón. La guerra no conducía a nada, valía más llegar a un acuerdo.

—Y conste que hablo así refiriéndome a los demás...

Yo ya tengo depositado el dinero en casa del notario señor Baillehache, para redimir a mi hijo. De modo que, ocurra lo que ocurra, Nénesse no habrá de partir.

—Desde luego —concluyó Jean, ya más calmado—. Lo mismo ocurre conmigo; nada les debo, soy ya un hombre casado, y me tiene sin cuidado que se peguen o no... ¿Que la lucha es contra los prusianos? Pues bien, llegado el momento, se les dará una paliza y en paz.

—¡Buenas tardes, Caporal!

—¡Buenas tardes!

Delhomme emprendió de nuevo la marcha, aunque se detuvo más lejos para dar a conocer asimismo la noticia, y repetirla luego, a mayor distancia y por tercera vez. Y así fue como la amenaza de una próxima guerra voló por la Beauce, entre la gran tristeza de aquel cielo de ceniza.

Al terminar su trabajo, se le ocurrió a Jean acercarse a la Borderie en busca de la semilla prometida. Desengancho, pues, dejó el arado al borde del campo y saltó sobre su caballo. Cuando se alejaba, la imagen de Fouan acudió de nuevo a su mente; y estuvo buscándole, pero no lo encontró. Sin duda el viejo debía haberse puesto al abrigo del frío, detrás de algún pajar de los que todavía quedaban en la pieza de los Buteau.

Ya en la Borderie, después de haber amarrado el animal, Jean llamó, aunque inútilmente; todo el mundo debía estar trabajando fuera. Entró en la vacía cocina, y estaba golpeando con el puño en la mesa cuando oyó finalmente la voz de Jacqueline remontar del sótano, donde se hallaba instalada la lechería. Se bajaba hasta allí por una trampa que se abría al pie mismo de la escalera, colocada en tal mal sitio, que originaba continuos accidentes.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es?

Jean se había inclinado sobre el primer peldaño de la pequeña y perpendicular escalera; y ella le reconoció desde abajo.

—¡Pero si es Caporal!

También él la veía en la semioscuridad de la lechería iluminada por un tragaluz. Allí estaba ella trabajando, rodeada de cuencos y mantequeras, de las que rezumaba la leche gota a gota en una pila de piedra; iba remangada hasta los sobacos, y sus desnudos brazos estaban blancos de crema.

—Baja un momento... ¿Te doy miedo acaso?

Le tuteaba, lo mismo que antes hiciera; reía a todo reír, con sus aires de mujer insinuante. Pero él, violentado no se movía.

Vengo por la semilla que el dueño me prometió.

—¡Ah! Sí, ya sé... Espera, ahora mismo subo.

Y cuando apareció a la plena luz del día, la encontró joven y fresca, oliendo a leche, con sus brazos desnudos y blancos. Ella le contemplaba con sus hermosos y perversos ojos, y acabó por preguntarle en tono de broma:

—¿Qué? ¿No me das un beso?... Por el hecho de estar casado, no debes ser mal educado.

Él la besó entonces, haciendo que sus besos resonaran fuertemente en las mejillas, como para significar que se trataba simplemente de un gesto de buena amistad. La verdad era, sin embargo, que su presencia le turbaba, una serie de recuerdos remontaban por todo su cuerpo, produciéndole un ligero escalofrío. Jamás con su mujer, a quien tanto amaba, había experimentado aquella sensación.

—Anda, ven —añadió Jacqueline—. Te voy a enseñar la semilla... Piensa que hasta la propia criada está en el mercado.

Atravesó seguidamente el patio, entró en el almacén de trigo, y dio la vuelta por detrás de un montón de sacos; allí era donde estaba la simiente, adosada a la pared formando un montón que sostenían unas tablas. Él la había seguido, produciéndole cierto sofoco encontrarse de ese modo, sólo con ella y en el fondo de aquel rincón perdido. Enseguida afectó interesarse por la semilla, una hermosa variedad escocesa.

—¡Oh! ¡Qué buen aspecto tiene!

Pero ella, con un arrullo de garganta de los suyos, le condujo rápidamente al asunto que le interesaba.

—Tu mujer está encinta, veo que no perdéis el tiempo ¿eh? Dime con sinceridad, ¿te gusta sentirte a su lado? ¿Resulta la cosa tan agradable como conmigo?

Se puso muy colorado, y eso a ella pareció encantarle. A continuación se mostró sombría, como influida por un brusco pensamiento.

—Yo he tenido muchos disgustos, ¿sabes? Afortunadamente, todo pasó ya y salí con bien del trance.

En efecto, un tarde, Hourdequin había visto aterrizar por la Borderie a su hijo León, el capitán, que no había aparecido por allí desde hacía años; y éste, que había venido para enterarse, desde el primer día quedó plenamente informado, en cuanto pudo constatar que la criada ocupaba la alcoba de su madre. Por unos momentos Jacqueline se echó a temblar, pues su mente había concebido la ambición de hacer que Hourdequin se casara con ella, para así heredar la granja. Pero el capitán cometió la equivocación de ensayar el viejo

y conocido juego: quiso desembarazar de la prójima a su padre, haciendo que le sorprendiera acostado con ella. El truco era demasiado simple. Jacqueline sacó a relucir con este motivo una virtud salvaje; empezó a lanzar gritos, derramó lágrimas, e incluso dijo a Hourdequin que no tenía más remedio que irse, puesto que ya no se la respetaba en la casa. Hubo entonces una escena atroz entre los dos hombres, y el hijo trató de conseguir que el padre abriera los ojos, lo que acabó de estropear el asunto. Dos horas después, Léon se ausentaba, gritando desde el umbral que prefería perderlo todo, y que, si alguna vez volvía, sería para echar a patadas a aquella puerca.

El error de Jacqueline, en medio de su triunfo, fue creer que a partir de aquel momento ya podía arriesgarlo todo. Y aseguró a Hourdequin que, después de semejantes vejaciones, que constituían el chismorreó de toda la comarca, no tenía más remedio que dejarle, si no se casaba con ella. Incluso empezó a hacer su maleta. Pero el granjero, todavía trastornado por su ruptura con el hijo, y tanto más furioso cuanto que en el fondo reconocía haberse equivocado, estuvo a punto de soltarle dos guantazos; y ya no habló más de marcharse, comprendiendo en su fuero interno que había querido ir demasiado de prisa. Por lo demás, ahora era ella la dueña absoluta, durmiendo sin tapujos en la habitación conyugal, comiendo aparte con el amo, dando órdenes, liquidando cuentas y disponiendo de las llaves de la caja, tan despótica en su comportamiento, que él la consultaba siempre sobre las decisiones a tomar. Declinaba por momentos, estaba muy envejecido y ella esperaba conducirlo al matrimonio una vez vencida su última resistencia, cuando propiamente lo hubiera acabado de usar. Y, en espera de que así ocurriese, como quiera que Hourdequin hubiera jurado, en su arranque de cólera, desheredar al hijo, ella procuraba convencerle para que se decidiese a hacer testamento a su favor. Ya se veía propietaria de la granja, después de haberle arrancado tal promesa, una noche, estando en la cama.

—Después de los años que me he pasado esforzándome por distraerle y tenerle contento —terminó ella—, comprenderás que no lo hice por sus bonitos ojos.

Jean no pudo evitar echarse a reír. Sin dejar de hablar, con gesto maquinal, ella había hundido sus desnudos brazos en el trigo; luego los retiraba, para volver a zambullirlos, cubriendo su piel con un polvillo fino y suave. Jean, que contemplaba el juego, se hizo en voz alta una reflexión que enseguida hubo de lamentar.

—Y con Tron, ¿sigue la cosa?

Ella no pareció sentirse herida, hablando abiertamente de él, como de un viejo amigo.

—¡Ah! Quiero de veras a ese animalote, pero él no es muy razonable que digamos... ¡Pues no le ha dado ahora por tener celos! Sí, me hace escenas y todo; dice que no consiente más que al amo, y eso a regañadientes. Por la noche creo que viene a escuchar, para comprobar si dormimos.

Su comentario fue motivo de nuevo regocijo para Jean. Pero ella no se reía, tenía un miedo secreto a aquel coloso, de quien decía era solapado y falso, como todos los percherones. Había amenazado estrangularla si llegaba a engañarle. Por eso no iba ya con él más que con miedo, a pesar de lo gustosamente que se encontraba entre sus brazos.

A continuación se encogió graciosamente de hombros, como para significar que, pese a todo, también otros habían disfrutado de su cuerpo. Y, sonriente, reanudó la conversación:

—Confíésalo Caporal, resultaba mejor la cosa cuando me entendía contigo. ¡Íbamos tan de acuerdo siempre!

Sin quitarle de encima sus complacientes ojos, Jacqueline había vuelto a bracear el trigo. Jean se sentía reconquistado, y olvidaba en aquel momento su marcha de la granja, su matrimonio, la criatura que iba a nacer. La cogió de las muñecas en el fondo de la semilla e hizo que resbalaran sus manos a lo largo de sus brazos, aterciopelados de harina, hasta llegar a aquellos senos de joven que el abuso del hombre parecía más bien endurecer; y eso era precisamente lo que ella quería, desde el momento en que le percibiera, allí arriba, en la trampa; un rejuvenecimiento de su ternura de antaño, también el malvado placer de arrebatárselo a otra mujer, y mucho más tratándose de una mujer legítima. Ya la tenía agarrada, e iba a tumbarla sobre el montón de trigo, desfallecida, en plena languidez de arrullamiento, cuando un largo y delgado rostro, el del pastor Soulas, apareció detrás de los sacos, tosiendo violentamente y escupiendo. Jacqueline se había puesto en pie de un salto, en tanto que Jean, medio sofocado, balbuceaba:

—Conformes, sí, se trata de esto; volveré a buscar los cinco hectolitros... ¡Oh! ¡Es magnífico! ¡Magnífico!

Ella, muerta de rabia, contemplando la espalda del pastor que no se iba, murmuró entre dientes:

—¡Esto ya es demasiado, pasa de la raya! Hasta cuando creo estar sola aparece ese tipo para estorbarme. ¡Tendré que hacer que lo despidan!

Jean, enfriado ya, se apresuró a abandonar la granja y desató su caballo, en el patio, a pesar de las señales que le hacía Jacqueline, dispuesta incluso a

ocultarle en el fondo de la habitación conyugal, antes que renunciar a su deseo. Pero, ansioso de escapar, él repitió que ya volvería al día siguiente. Salía a pie, llevando al animal cogido por las bridas, cuando Soulas, que había salido para ayudarle, le dijo ya en la puerta:

—Por lo visto ya no existe la honradez cuando tú también vuelves... Entonces haz el favor de advertirla que cierre su pico, si no quiere que yo abra el mío. ¡Ah! ¡Y conste que habrá gresca, ya lo verás!

Pero Jean pasó sin hacerle caso, con un gesto brutal, rehusando complicarse más en la cosa. Se sentía lleno de vergüenza, irritado por lo que no había llegado a hacer. Él, que creía amar tanto a Françoise, jamás había experimentado a su lado aquellos impulsos bestiales de deseo. ¿Es que prefería a Jacqueline? Aquella ramera le había dejado en ascuas; todo su pasado despertaba en él, y su cólera se acrecentó, cuando comprendió que volvería a verla, a pesar de su rebelión interna. Y, trémulo, saltó sobre su caballo, que puso al galope, para llegar antes a Rognes.

Precisamente aquella tarde, se le ocurrió a Françoise ir a recoger unos manojos de alfalfa para sus vacas. Era ella por lo general quien atendía a ese menester, y tomó su decisión pensando que encontraría a su marido en el campo de labranza; no le gustaba, en efecto, aventurarse sola, por temor a topar con los Buteau, quienes, azuzados por el coraje de no poseer toda la pieza de tierra, buscaban a toda hora riñas y disputas. Cogió por consiguiente una guadaña, el caballo ya se encargaría de traerle el montón de alfalfa. Pero cuando ya llegaba a las Cornailles, experimentó la sorpresa de no ver a Jean por ningún lado, aunque por otra parte tampoco le había advertido que iría. El arado estaba allí. ¿Dónde podría estar él? Y lo que acabó de emocionarla profundamente, fue divisar a Buteau y a Lise, de pie delante del campo, agitando los brazos con gesto de furia. Indudablemente, acababan de detenerse viniendo de algún pueblo vecino, endomingados y con las manos libres. Por un momento estuvo a punto de volverse. Pero luego se indignó por sentir aquel miedo; bien dueña era de ir a su campo cuando le viniera en gana; y continuó acercándose con la guadaña al hombro.

La verdad era que, cuando Françoise se encontraba así con Buteau, yendo éste sólo sobre todo, se sentía realmente trastornada. Desde hacía dos años no había vuelto a dirigirle la palabra. Pero no podía verle sin sufrir un estremecimiento en todo su cuerpo. La causa bien pudiera ser una reacción de cólera, o quizá también otra cosa. En varias ocasiones, en ese mismo camino y cuando ella se dirigía a su campo de alfalfa, le había visto, caminando ambos en el mismo sentido. Él volvía la cabeza, dos, tres veces, para dirigirle

una mirada. Un pequeño escalofrío se apoderaba entonces de ella, y apresuraba el paso a pesar del esfuerzo que ello le significaba, en tanto que él procuraba acortar el suyo; y ella pasaba a su lado y sus ojos se escudriñaban durante unos segundos. Seguidamente ella sufría la turbación de sentirle a sus espaldas, procuraba erguirse y no sabía avanzar al paso normal. Con motivo de su último encuentro, Françoise se había azorado hasta el punto de rodar por el suelo cuan larga era, entorpecida por su vientre de embarazada, al intentar saltar del camino al campo de alfalfa. Él soltó la gran carcajada.

Por la noche, cuando Buteau contó a Lise con toda malicia la voltereta de su hermana, los dos intercambiaron una mirada en la que relucía el mismo pensamiento: si la muy bribona se hubiera matado con la criatura que llevaba dentro, el marido se quedaría sin nada, la tierra y la casa volverían a ellos. Sabían por la Grande la aventura del testamento diferido, convertido en algo inútil después del embarazo. Pero ellos nunca habían tenido suerte, no había pues peligro de que el azar llegara a quitarles de en medio a la madre y al pequeño. Y volvieron a hablar de lo mismo mientras se acostaban, simplemente por hablar, puesto que no mata a nadie eso de hablar de su muerte. Suponiendo que Françoise muriese sin heredero, ¿de qué forma se arreglaba todo! ¿Qué forma más radical y piadosa de hacerse justicia! Lise, envenenada por su odio, acabó por jurar que Françoise ya no era su hermana, que sería capaz de mantenerle la cabeza sujeta en el tajo, si haciéndolo así llegase a poder entrar de nuevo en su casa, de la que una sucia indecente tan asquerosamente les había echado. El propio Buteau tampoco se mostraba mucho más generoso, pues manifestaba que sería soberbio eso de ver reventar a la criatura antes de nacer. Aquel embarazo sobre todo le había irritado sobremanera: una criatura significaba el fin de su terca esperanza, la pérdida definitiva de todo lo que consideraba como suyo. Entonces, cuando ya se metían los dos en la cama y Lise soplabla la vela, se puso ésta a reír de un modo especial, diciendo que mientras los críos no han venido a este mundo, pueden sin duda dejar de llegar. Reinó un silencio en medio de la oscuridad, y luego preguntó él por qué decía eso. Entonces, la mujer, pegada la boca a su oído, le hizo una confesión: el mes anterior había experimentado la desagradable sorpresa de notar que se hallaba embarazada de nuevo; de manera que, sin decirle a él nada, se apresuró a ir a casa de la Sapin, una vieja de Magnolles, que era hechicera. ¿Otra vez en cinta? ¿De ningún modo! ¡Menudo recibimiento le hubiera dado él, como marido! La Sapin, valiéndose simplemente de una aguja, la había librado del embarazo. Buteau la escuchaba, sin aprobar ni desaprobado, y su contento no se dejó traslucir más

que en la forma burlona con que expresó la idea de que bien podía ella procurarse una aguja para utilizarla con Françoise. También la mujer se regocijó al oírle, y cogiéndole entre sus brazos, le cuchicheó que la Sapin conocía y enseñaba otro método. ¡Oh! ¡Un sistema muy original! ¿Cuál? Pues muy sencillo: un hombre podía deshacer lo que otro hombre había hecho; no había más que coger a la mujer y hacerle por tres veces el signo de la cruz sobre el vientre, al tiempo que se recitaba un *Avemaría* al revés. La criatura, si alguna había, se esfumaba como por encanto. Buteau dejó de reírse, los dos afectaron mostrarse incrédulos, pero el antiguo fetichismo filtrado en los huesos de su raza, les sacudía con un escalofrío, pues nadie ignoraba que la vieja de Magnolles había convertido una vaca en comadreja y resucitado un muerto. Y eso debía ser verdad, desde el momento en que ella lo aseguraba. En fin, que Lise, muy zalamera, mostró deseos de que ensayase con ella el *Avemaría* al revés y los tres signos de la cruz, para comprobar si notaba algo. ¡No, nada! Claro, con la aguja había bastado. ¡En Françoise, en cambio, hubiera causado verdadero estrago! Él se puso a bromear; en todo, ¿cómo se las compondría para llevarlo a cabo? ¡Toma! ¿Por qué no, si ya la había poseído una vez? ¡Jamás! Y él todo era defenderse ahora, mientras su mujer le hundía las uñas en la carne, impulsada por los celos. Se durmieron finalmente, el uno en brazos del otro.

Desde entonces, la idea de aquel niño en gestación, que iba a apoderarse para siempre de la casa y de la tierra, constituyó en ellos una verdadera obsesión; y ya no se encontraron una sola vez a la joven hermana, sin que su mirada quedara clavada en aquel vientre. Cuando la vieron llegar por el camino, la echaron una ojeada e hicieron sus cálculos, quedando sobrecogidos al constatar que el embarazo estaba muy adelantado y que muy pronto ya no habría tiempo de nada.

—¡Maldita sea! —vociferó Buteau, volviendo sus ojos al campo de labranza que tenía ante sus ojos—. ¡Buen mordisco supo pegarnos ese ladrón!... Sobran los comentarios, ¡ahí está el mojón!

Françoise había seguido acercándose, con el mismo paso tranquilo y procurando ocultar sus temores. Comprendió entonces el motivo de sus furiosas gesticulaciones; el arado de Jean debía haber encentado su parcela. Aquello venía a constituir motivo de continuas disputas; no pasaba mes sin que algún problema de medianería lanzase a unos contra otros. Semejante situación no podía acabar más que a fuerza de golpes y de demandas judiciales.

—¡Oye! —dijo Buteau elevando su tono de voz—. ¡Os estáis metiendo en nuestra propiedad, pero ya me encargaré yo de que os echen!

La joven, sin volver siquiera la cabeza, había entrado en su campo de alfalfa.

—Te estamos hablando —gritó Lise fuera de sí—. Ven a ver el mojón, si crees que mentimos... Hay que comprobar los daños causados.

Ante el silencio y el desdén afectado de su hermana Lise perdió todo control de sus actos y avanzó hacia ella con los puños cerrados.

—Habla de una vez. ¿Te estás mofando de nosotros?... Soy tu hermana mayor, y me debes respeto. Conseguiré que te pongas de rodillas para pedirme perdón por todas las marranerías que me has hecho.

La tenía ante sí, rebosante de odio, con los ojos congestionados por la alteración de la sangre.

—¡De rodillas, de rodillas, maldita!

Siempre silenciosa, Françoise, lo mismo que hiciera el día del lanzamiento, le escupió al rostro. Y Lise bramaba, cuando intervino Buteau, apartándola violentamente.

—Deja, esto es cosa mía.

¡Oh! ¡Sí, claro que le dejaba! Si quería, ya podía retorcerle y romperle el tronco, lo mismo que a un árbol podrido; podía convertirla en comida para los perros, hacer de su hermana lo que quisiera, pues no sería ella quien lo impidiera. ¡Más bien le ayudaría! Y, a partir de aquel momento, Françoise estuvo vigilando, viendo la manera de que no llegara a tocarla. A su alrededor, ni un alma; sólo el mortecino cielo, la gris e inmensa llanura.

—¡Anda, que no hay nadie!

Buteau caminaba hacia Françoise, y esta, al verle con el semblante duro y los brazos tendidos, creyó que venía a pegarle. No había abandonado su guadaña, pero temblaba de miedo; pronto se apoderó él del mango hasta acabar arrancándole la herramienta, que lanzó entre la alfalfa. Para escapar a sus garras, ya no le quedó a la muchacha sino retroceder, hasta pasar al campo vecino para dirigirse hacia el pajar que allí había, como si aquello hubiera podido servirle de trinchera. Él no se apresuraba en absoluto; al contrario, parecía como si la empujase hacia allí, abriendo pausadamente los brazos, distendidos los músculos de la cara por una risa silenciosa que dejaba al descubierto sus encías. De repente, la muchacha comprendió que su propósito no era precisamente pegarla. ¡No! Era otra cosa lo que se proponía, lo que le había estado negando durante tanto tiempo. Entonces tembló más aún, cuando sintió que sus fuerzas la abandonaban, ella que tan duramente se defendiera

en otras ocasiones, jurando que jamás conseguiría poseerla. Sin embargo, ya no era una rapaza, había cumplido veintitrés años el día de San Martín; su contextura actual era la de una mujer plenamente formada. Se apoderó de toda su persona una sensación tan tibia y suave, que sus miembros parecían entumecersele.

Buteau, sin dejar de forzarla a retroceder, hablo finalmente con voz baja y ardiente:

—Bien sabes que no todo acabó entre nosotros, que te quiero y que tienes que ser mía.

Había conseguido hacerla retroceder hasta el pajar, y una vez allí, la cogió por los hombros y la tumbó de espaldas. Pero llegado aquel momento, ella se defendió, confusa, en su larga costumbre de rechazarle. Él procuraba sostenerla y evitar los puntapiés.

—¿No ves que estás embarazada, tonta perdida? ¿Qué es lo que arriesgas?... ¡Seguro que no añadiré otra criatura a la que ya llevas dentro!

Françoise rompió a llorar y experimentó como una crisis, cesando de oponer resistencia, aunque sin dejar de agitar las piernas obedeciendo a sacudidas meramente nerviosas; no podía poseerla, pues a cada tentativa que hacía, era lanzado de lado por la joven. Una reacción de cólera le hizo comportarse brutalmente, y volviéndose hacia su mujer exclamó:

—¡Maldita holgazana! ¿Por qué te limitas a mirar? Ayúdame, sostenle las piernas si quieres que haga aquello.

Lise había permanecido de pie, inmóvil, plantada a diez metros de distancia, contemplando con sus ojos las lejanías del horizonte, volviéndolos luego hacia los otros, sin que se alterase un solo pliegue de su rostro. A la llamada del marido, no vaciló un solo instante; se acercó y, cogiendo la pierna izquierda de su hermana, la apartó, para sentarse luego encima, como si hubiera querido triturársela. Françoise, clavada en el suelo, se abandonó rápidamente, con los nervios destrozados, cerrados los párpados. Pero no perdió el conocimiento, y cuando Buteau la hubo poseído, se sintió embargada a su vez por un espasmo de dicha tan agudo, que le estrechó entre sus brazos hasta casi ahogarle, mientras lanzaba un grito agudo y prolongado. Unos cuervos que por allí revoloteaban, se asustaron. Por detrás del pajar apareció la pálida cabeza del viejo Fouan, que se había cobijado en aquel lugar para preservarse del frío. Lo había visto todo, y tuvo miedo sin duda, pues volvió a hundirse en la paja.

Buteau se había puesto en pie, y Lise le contemplaba fijamente. La mujer no tenía más que una sola preocupación; asegurarse de que las cosas se hacían

como era debido; y, en medio del coraje que puso en su empeño, el marido lo había olvidado todo, las señales de la cruz, el *Avemaría* pronunciado al revés... Permanecía sobrecogida, fuera de sí. ¿Había hecho aquello por mero placer?

Pero Françoise no le dio tiempo para explicarse. Durante unos instantes había permanecido tumbada en el suelo, como acabando de sucumbir a la violencia de aquel goce de amor, que ella ignoraba. Repentinamente, la verdad había logrado abrirse paso: amaba a Buteau; jamás había amado con anterioridad y nunca amaría a ningún otro. Aquel descubrimiento la llenó de vergüenza, la encorajinó consigo misma, en una especie de rebelión interna de todas sus ideas de justicia. ¡Un hombre que no le pertenecía, el marido de esa hermana a la que detestaba, el único hombre del que no podría disponer sin ser una bellaca!

Se levantó de un salto, perturbada, deshecha, escupiendo toda su pena a través de palabras entrecortadas.

—¡Puercos! ¡Marranos!... ¡Sí, los dos sois unos marranos y unos puercos!... ¡Me habéis perdido! ¡A cuántos se guillotina con menos culpa!... ¡Se lo diré a Jean, puercos indecentes! Él se encargará de arreglaros las cuentas.

Buteau se encogió de hombros con gesto burlón, contento de haberse salido al con la suya.

—¡Déjate de pamplinas! Te morías de deseo, lo he notado... Otra vez continuaremos.

Tanta guasa acabó de exasperar a Lise, y toda la cólera que iba remontando en ella contra el marido, acabó estallando sobre su hermana.

—¡En verdad que eres puta! Tuve ocasión de comprobarlo. Tú le agarraste, le forzaste a hacerlo... ¡Bien decía yo que todas mis desdichas provenían de ti! ¡Atrévete a repetir ahora que no pervertiste a mi marido! ¡Sí, al día siguiente de contraer matrimonio, cuando todavía eras una mocosa!

Su ataque de celos estallaba desbordante, después de las complacencias tenidas; unos celos que afectaban mucho menos al acto sexual, que a la mitad de cuanto su hermana le había robado en su existencia. Si aquella moza de su misma sangre no llega a nacer, ¿hubiera tenido necesidad de partirlo todo? La odiaba por ser más joven, más fresca, más apetecida.

—¡Mientes! —gritaba Françoise—. ¡Sabes de sobra que mientes!

—¡Ah! ¡De modo que miento! ¿No eras tú quien le ansiaba y le perseguía hasta por el sótano?

—¡Yo! ¡Yo! ¿Y ahora? ¿He sido yo también?... ¡Maldita seas! ¡Si estuviste a punto de romperme la pierna! Además, qué quieres que te diga, no acabo de comprenderlo; para haber obrado así, tienes que ser muy asquerosa, o en otro caso es que has querido asesinarme, ¡bribona!

Lise le contestó con una bofetada. Aquel gesto de brutalidad enloqueció a Françoise, que se arrojó sobre su hermana. Con las manos metidas en los bolsillos, Buteau seguía tomándose a guasa, sin querer intervenir en la pelea, como gallo vanidoso por el que están luchando dos gallinas. Y la batalla continuó con todo coraje, desalmada, con los gorros arrancados y tirados por tierra, las carnes magulladas, hundiendo las uñas cada una de ellas donde pudieran hacer mayor daño. A fuerza de empujones, las dos habían ido a parar rodando al campo de alfalfa. Por un momento Lise lanzó un alarido; Françoise le hundía las uñas en el cuello; y, entonces, como obedeciendo a un impulso que el odio enrojecía, concibió la idea de matar a su hermana. A la izquierda de ésta había visto la guadaña, con el mango caído sobre un manojito de cardos y la punta en alto. Todo sucedió con la rapidez de un relámpago. Dio un empujón a Françoise con toda la fuerza de sus puños, y la desdichada, dando un traspiés, fue a caer hacia la izquierda, lanzando un grito terrible. La guadaña le había entrado por el costado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —balbuceó Buteau.

Y eso fue todo. Había bastado un segundo para que lo irreparable tuviera lugar. Lise, como atontada al ver realizarse tan de prisa lo que se había propuesto, contemplaba el segado vestido teñirse con una oleada de sangre. ¿Habría penetrado el hierro hasta el pequeño para que la sangre surgiera con tal fuerza? Detrás del pajar, el pálido rostro del viejo Fouan hacía de nuevo su aparición. Había visto el golpe, sus turbados ojos parpadeaban.

Françoise no se movía, y Buteau, que se aproximaba a ella, no se atrevió a tocarla. Una ráfaga de viento que pasó en aquel momento le heló hasta los huesos, erizándole el pelo, en medio de un escalofrío de espanto.

—¡Está muerta! ¡Huyamos, Dios mío!

Había cogido la mano de Lise, y escaparon como arrebatados a lo largo de la desierta carretera. El cielo bajo y sombrío parecía pesarles sobre el cráneo; su galope producía detrás de sí un ruido de locura, lanzado en su persecución; y corrían por la vacía y rasa llanura, él hinchado en su blusa, ella despeinada, con el gorro en la mano, repitiendo los dos las mismas palabras, gruñendo como bestias acosadas:

—¡Está muerta! ¡Dios mío!... ¡Muerta, Dios mío!... ¡Huyamos, Dios mío!

Desaparecieron.

Algunos minutos más tarde, cuando Jean regresó al trote de su caballo, quedó petrificado de dolor y asombro.

—¡Cómo! ¿Qué había ocurrido?

Françoise, que había vuelto a abrir sus párpados, seguía sin poder moverse. Miraba insistentemente con sus doloridos ojos, abiertos de par en par; pero ya no respondía a ninguna pregunta, como si su mente estuviera muy alejada de allí, ocupada en otras cosas.

—¡Estás herida; veo que sangras! ¡Responde, te lo ruego!

Y se volvió hacia el tío Fouan, que se acercaba en aquel momento.

—Usted estaba aquí. ¿Qué ha sucedido?

Entonces Françoise habló con voz pausada.

—Vine a buscar alfalfa... Caí sobre mi guadaña... ¡Ah! ¡Se acabó todo!

Su mirada había buscado la de Fouan; a él sí le contaba las demás cosas, aquéllas de las que sólo la familia debe estar enterada. El viejo, en medio de su atontamiento, pareció comprenderla, y se limitó a repetir:

—Es verdad; se hirió al caer... Yo estaba cerca y pude verlo.

Fue preciso ir corriendo a Rognes en busca de una camilla. Por el camino, Françoise se desvaneció de nuevo. Creyeron que no llegaría viva.

IV

AL día siguiente, domingo, era precisamente cuando los mozos de Rognes tenían que trasladarse a Cloyes para ser sorteados; y, cuando, al caer la tarde, la Grande y la Frimat, llegadas precipitadamente, desnudaban y acostaban después a Françoise, redoblaba el tambor allá abajo, por la carretera, verdadero toque de agonía para la pobre gente, teniendo como telón de fondo un triste crepúsculo.

Jean, que había perdido la cabeza, salía en busca del doctor Finet, cuando, cerca de la iglesia, encontró a Patoir el veterinario, llegado para examinar el caballo del tío Saucisse. De forma violenta le obligó a entrar para que viera a la herida, aunque el otro rehusaba hacerlo. Pero ante la angustiada carnicería que se ofrecía a su vista, se negó terminantemente a intervenir. ¿Para qué? No había nada que hacer. Cuando dos horas después Jean trajo consigo al señor Finet, éste reaccionó de la misma forma. Nada se podía hacer; únicamente darle estupefacientes que dulcificasen su agonía. El embarazo de cinco meses complicaba el caso; se notaba moverse a la criatura, destinada a morir con la madre, por razón de aquel costado agujereado en su fecundidad. Antes de marcharse, después de haber intentado una cura, el doctor, aunque prometiendo volver a la mañana siguiente, manifestó que la pobre mujer no pasaría de aquella noche. No obstante, la pasó, pues todavía vivía cuando, a eso de las nueve, resonó de nuevo el tambor para reunir a los reclutas delante de la escuela.

Durante toda la noche, el cielo pareció fundirse en agua; un verdadero diluvio que Jean había escuchado caer, sentado en el fondo de la alcoba, como atontado y con los ojos anegados en lágrimas. En aquellos momentos oía tocar el tambor, como ensordecido por un crespón, a través de aquellas tibias y húmedas horas de la mañana.

Por espacio de bastante tiempo estuvo resonando el tambor. Era uno nuevo, un sobrino de Macqueron, vuelto del servicio, el que golpeaba con tanto ardor como si estuviera conduciendo un regimiento a la línea de fuego. Todo Rognes estaba revolucionado, pues desde hacía unos días circulaban

noticias inquietantes; la amenaza de una nueva guerra, agravaba aquel año la emoción, siempre viva en las gentes, del sorteo. ¡Vaya porvenir les esperaba! ¡Ir a romperse la cabeza por los prusianos! Había nueve mozos del pueblo que entraban en aquel sorteo, cosa nunca vista quizás. Y, entre ellos, se encontraban Nénesse y Delphin, en otro tiempo inseparables, pero alejados en aquel entonces, por estar trabajando el primero en Chartres en casa de un fondista. La víspera, Nénesse había venido a pasar la noche en casa de sus padres, y Delphin apenas pudo reconocerle, tan cambiado estaba: un verdadero señor, con bastón, sombrero de seda, una corbata de color azul celeste y su correspondiente sortija; se hacía vestir por un sastre y se mofaba ahora de los ternos de Lambourdieu. El otro, por el contrario, se había adocenado, tenía los miembros como entumecidos, la cabeza curtida por el sol, se había desarrollado, en fin, lo mismo que una planta al aire libre. Inmediatamente, por lo demás, reanudaron su vieja amistad. Después de pasar juntos buena parte de la noche, llegaron cogidos del brazo ante la escuela, a la llamada del tambor, cuyos redobles no cesaban, tercos, obsesionantes.

Allí se hallaban estacionados los padres, Delhomme y Fanny, orgullosos de la elegancia y distinción de Nénesse, habían querido verle partir, sin temer además para nada el resultado, por haberle asegurado. En cuanto a Bécu, con su placa de guarda rural brillantada, decía que iba a abofetear a su mujer porque lloraba. ¿A qué venía aquello? ¿Acaso no era bueno Delphin para servir a la patria? El muchacho afectaba tomárselo a broma, seguro, según decía, de que sacaría un buen número. Cuando estuvieron reunidos los nueve, lo que requirió una hora, Lequeu les hizo entrega de la bandera, originándose una discusión para saber a quién correspondería el honor de llevarla. Por lo general se entregaba al más alto y vigoroso, aunque esta vez acordaron que fuera Delphin. Pareció sentirse muy turbado, ya que en el fondo, pese a sus gruesos puños, era más bien tímido, y le inquietaban las cosas a las que no estaba acostumbrado. ¡Qué trasto tan largo, y cómo molestaba en los brazos! ¡Con tal de que no le trajera mala suerte!

En las dos esquinas de la calle, cada una en la sala, de su taberna, Flore y Coelina daban un último escobazo, a fin de tener prestos los locales para por la tarde. Macqueron, con aire tristón, contemplaba el espectáculo desde el umbral de la puerta, cuando Lengaigne apareció en el suyo riéndose burlonamente y como con desprecio. Es preciso decir para mejor comprensión, que este último triunfaba, pues, la antevíspera, los funcionarios de la administración se habían apoderado de cuatro toneles de vino, ocultos en una leñera de su rival, endemoniada aventura que le había obligado a

presentar su dimisión como alcalde; y a nadie ofrecía duda la denuncia presentada, sin firma: seguro que se debía a Lengaigne. Para colmo de desdichas, otra complicación tenía sobre ascuas a Macqueron: su hija Berthe se había comprometido de tal modo con el hijo del constructor de carros, al que en principio pusiera el veto, que no había tenido más remedio que ceder. Desde hacía ocho días, las mujeres no hablaban en la fuente más que del matrimonio de la joven y del expediente del padre. La multa se daba por descontada, e incluso puede que tuviera que ir a la cárcel. Por ello, ante la risa insultante de su vecino, Macqueron prefirió volver grupas, molesto al ver que la gente también empezaba a reírse.

Entretanto, Delphin había empuñado ya la bandera y el tambor empezaba de nuevo sus redobles; Nénesse ajustó el paso y los otros siete le siguieron, formando un pequeño pelotón, que desfiló por la llana carretera, seguidos de la chiquillería del pueblo; también algunos padres, los Delhomme, Bécu y otros, les acompañaron hasta la salida de la aldea. Al verse desembarazada de su marido, la Bécu apresuró el paso y se deslizó furtivamente en la iglesia; luego, cuando ya se vio sola, se dejó caer de rodillas llorando, suplicándole a Dios que reservase un buen número a su hijo, a pesar de que no era devota. Durante más de una hora estuvo balbuceando esa ardiente plegaria. A lo lejos, por el lado de Cloyes, los redobles del tambor habían acabado por perderse en el vacío.

Eran cerca de las diez cuando apareció de nuevo el doctor, que pareció quedar muy sorprendido al encontrar todavía viva a Françoise, cuando esperaba que sólo le restaría firmar el certificado de defunción. Examinó la herida y movió la cabeza, preocupado por la historia que le habían contado, sin albergar ninguna sospecha por lo demás. Sin embargo, hubo que repetírsela. ¿Cómo diablos había ido la desdichada a caer sobre la punta de una guadaña? Y se fue otra vez, contrariado por aquella torpeza que no se acababa de explicar y también por tener que volver para extender la certificación. Jean, entretanto, había permanecido sombrío, con los ojos puestos en Françoise, que cerraba los párpados silenciosamente en cuanto sentía la mirada de su marido interrogándola. Éste adivinaba que le estaban mintiendo; algo había que ella quería ocultarle. En cuanto empezó a amanecer, salió a todo escape un momento, para acercarse al campo de alfalfa, en su afán de observar; pero nada había podido sacar en limpio; pasos borrados por el diluvio que había caído durante la noche, un lugar en el que se notaban pisadas, sin duda el de la caída. Después de ausentarse el médico, volvió a sentarse a la cabecera de la moribunda, con la que se quedó

completamente a solas, pues la Frimat se había ido a almorzar y la Grande también había tenido que ausentarse para echar un vistazo por su casa.

—Dime, ¿sufres mucho?

Ella apretó los párpados y no contestó.

—De verdad, ¿no me ocultas nada?

Se la hubiera creído ya muerta, de no ser por el ligerísimo soplo que salía de su garganta. Desde la víspera, se hallaba tumbada de espaldas, como fulminada; tal era su inmovilidad y silencio. En medio de la ardiente fiebre que sufría, su voluntad parecía tensarse y resistir al delirio, hasta tal punto temía hablar. Siempre había tenido un carácter especial, una cabeza tozuda, la cabeza de los Fouan, como solían decirle, sin querer hacer nunca lo que hicieran los demás, con ideas propias que dejaban a la gente estupefacta. Quizás obedecía a un profundo sentimiento de familia, más fuerte que el odio y el afán de venganza. ¿Para qué, puesto que iba a morir? Eran cosas que debía enterrar consigo misma, en la tierra donde todos ellos nacieran, secretos que no debían salir a relucir jamás y a ningún precio ante un forastero; y Jean era precisamente el forastero, ese mozo al que no había llegado a querer, y del que se llevaba la criatura, sin acabar de hacer, como si hubiera sido castigada por haberla empezado.

Desde que la trajera agonizante, Jean no cesaba de pensar en el testamento. Toda la noche había estado pensando que si su mujer moría de aquel modo, a él no le corresponderían más que la mitad de los bienes muebles y del dinero, ciento veintisiete francos que había en la cómoda, la amaba de veras, y hubiera dado lo que fuese por conservarla; pero semejante certidumbre aumentaba su pena más aún, al hacerse la consideración de que, junto con ella podía perder la tierra y la casa. Sin embargo, hasta entonces, no se había atrevido a decir una sola palabra. ¡Era tan espinoso, tan contrario a sus buenas maneras!... Finalmente, viendo que no llegaría a saber nada más respecto de la forma en que se produjera el accidente, decidió abordar ese otro tema.

—Puede que te quede algo por puntualizar.

Françoise, rígida, no pareció oírle. Sobre sus cerrados ojos y su impávido rostro, nada era dable observar.

—Ya sabes, a causa de la tirantez con tu hermana en el caso de que te ocurriera una desgracia... Tenemos el papel sellado, allí, en la cómoda.

Fue a buscarlo, y añadió con voz entrecortada:

—¿No te parece? ¿Quieres que te ayude? El caso es saber si todavía puedes escribir... No me guía ningún interés; sólo me martiriza la idea de que

nada puedes querer dejar a gentes que tan mal te trataron.

Françoise parpadeó ligeramente, lo que le probó que oía. ¿Es que se negaba? Jean quedó sobrecogido, sin acabar de comprender. Quizá ni ella misma hubiera podido decir por qué se hacía de aquel modo la muerta, antes de que la metieran entre cuatro tablas. La tierra, la casa, no pertenecían a ese hombre, que se había cruzado en su existencia sólo por azar, como pudiera hacerlo un transeúnte. Nada le debía; el niño marchaba con ella. ¿Por que habían de salir los bienes de la familia? Su idea pueril y cerrada de la justicia protestaba en su fuero interno: esto es mío, eso otro tuyo, separémonos, ¡adiós! Sí, todas esas cosas, y otras muchas más vagas e imprecisas aún, pesaban en su ánimo; su hermana Lise pasaba a segundo termino, como perdida en la lejanía; sólo Buteau hacía acto de presencia en su corazón, amado por ella pese a todos los golpes, ansiado, perdonado.

Pero Jean acabó irritándose, envenenado también por la pasión de la tierra. La incorporó, trató de que permaneciera sentada en la cama y quiso ponerle una pluma entre los dedos.

—Vamos a ver, ¿será posible, quizá?... ¿Les querrás más que a mí? ¿Permitirás que se apoderen de todo esos canallas?

Entonces Françoise abrió finalmente los párpados, y lo mirada que le dirigió acabó de trastornarle. Sabía que iba a morir; sus ojos, desmesuradamente abiertos, dejaban traslucir una profunda desesperación. ¿Por qué la torturaba? Ni podía, ni quería. Sólo un grito de dolor escapo de sus labios. Luego se dejó caer, sus párpados volvieron a cerrarse y su cabeza quedó inmóvil, en medio de la almohada.

Se había apoderado de Jean tal malestar, avergonzado como estaba por su brutalidad, que seguía con el papel sellado en la mano, cuando entró la Grande. Comprendió la vieja de qué se trataba y procuró llevárselo aparte, para saber si existía testamento. Balbuceando a causa de su mentira, Jean se apresuró a decirle que, precisamente en aquel momento, estaba ocultando el papel por miedo de que atormentase a Françoise. La Grande pareció dar muestras de aprobación; seguía estando al lado de los Buteau, preveyendo auténticas catástrofes en el caso de que estos últimos heredasen. Y, después de haberse sentado junto a la mesa, se puso a hacer calceta, añadiendo en voz alta:

—Por lo que a mí se refiere, pueden estar seguros de que a nadie pienso hacer daño... Hace ya tiempo que los papeles están en regla. ¡Oh! Que cada uno tenga su parte; sería demasiado malvada si favoreciera a alguno en particular... Tendréis ocasión de verlo. ¡Ya llegará el día!

Era ese el sermón que soltaba diariamente a los miembros de su familia, y lo repetía, siguiendo el hábito, a la cabecera de aquel lecho de muerte. Una malvada risa interna parecía regocijarla en cada ocasión, pensado en el famoso testamento que haría devorarse unos a otros, cuando hubiera desaparecido de este mundo. No había puesto una sola cláusula en aquel testamento que no pudiese ser motivo de un pleito.

—¡Ah! ¡Si una pudiera llevarse todo lo que tiene! —terminó diciendo—. Pero, puesto que eso no es posible es preciso que los demás se beneficien de ello.

La Frimat, a su vez, vino a sentarse al otro lado de la mesa frente a la Grande. También se puso a hacer calceta. Y las horas de la tarde fueron transcurriendo; las dos viejas charlaban tranquilamente, en tanto que Jean sin poder estarse quieto se levantaba a cada momento tan pronto salía como entraba, siempre en horrorosa espera. El médico había dicho que nada se podía hacer y nada se hacía en efecto.

Al principio, la Frimat lamentó que no se hubiera ido en busca del maestro Sourdeau, un curandero de Bazoches, que también era un prodigio en cuestión de heridas. Pronunciaba una serie de palabras, y conseguía cerrarlas, con sólo soplar encima.

—¡Vaya hombre! —declaró la Grande, muy respetuosa—. Él fue quien curó a los Lorillon del mal que padecían en el esternón... Si no llegan a hacer venir al maestro Sourdeau revientan todos ellos.

La otra vieja daba su aprobación con firmes movimientos de cabeza: era del dominio público, no merecía ni ser discutido. Y ella misma citó otro caso.

—El propio maestro Sourdeau fue quien curó a la pequeña de los Boudin de la fiebre que padecía abriendo en dos un palomo vivo y aplicándoselo sobre la cabeza.

Y se volvió hacia Jean, que estaba como atontado junto al lecho.

—Yo en su lugar le llamaría. Quizá no sea demasiado tarde.

Pero él hizo un gesto de cólera. Él, un hombre de mundo no creía en semejantes cosas. Y las dos mujeres continuaron durante mucho rato charlando, comunicándose remedios.

—Veamos —dijo la Frimat, interrumpiéndose bruscamente—. Si no se va en busca del maestro Sourdeau, podría hacerse venir al señor cura.

Jean hizo el mismo gesto furioso, y la Grande se mordió los labios.

—¡Vaya idea! ¿Qué es lo que iba a hacer aquí el señor cura?

—¡Lo que le corresponde!... La congraciaría con Dios ¡más necesario de lo que parece en algunas ocasiones!

La Grande se encogió de hombros, como para significar que no coincidía con aquella manera de pensar. Cada uno en su casa, y Dios también en la suya.

—Por lo demás —quiso recalcar al cabo de un breve silencio—, el cura no vendría, porque está enfermo... La Bécu acaba de decirme que el miércoles se marchará, pues el médico ha declarado que si continúa en Rognes no vivirá mucho tiempo.

Y así estaba ocurriendo en efecto; en los dos años y medio que llevaba en la parroquia, el abate Madeline no había hecho más que declinar. La nostalgia, el recuerdo desesperado de sus montañas de Auvergne, le habían ido royendo un poco cada día, al tener frente a sí aquella llanura de la Beauce, cuyo rodar hasta el infinito inundaba su corazón de tristeza. Ni un solo árbol, ni siquiera una roca; sólo charcos de agua salobre, en lugar de aguas vivas que, allí arriba, caen en forma de cascadas. Sus ojos palidecían; estaba más descarnado aún, se decía que la tuberculosis le consumía. ¡Si al menos hubiera encontrado algún consuelo en sus feligreses! Pero, salir de su antigua parroquia, tan creyente, para venir a parar a esta nueva comarca minada por el escepticismo y respetuosa tan sólo de los ritos externos, trastornó por completo la inquieta timidez de su alma. Las mujeres le aturdían con sus gritos y riñas; abusaban de su debilidad, hasta el punto de dirigir el culto en su lugar, lo que hacía que siempre estuviera azorado, lleno de escrúpulos, bajo el continuo temor de pecar sin proponérselo. Un último golpe le estaba reservado el día de Navidad, una de las hijas de la Virgen, sintió los dolores del parto estando en la iglesia. Después de ese escándalo, su vida era un simple y continuo arrastre, resignados todos a devolverlo moribundo a su Auvergne.

—¡Volvemos, pues, a estar sin cura! —dijo la Frimat—. ¿Quién sabe si el abate Godard querrá venir de nuevo?

—¡Ah! ¡Con lo huraño que es! —exclamó la Grande—. ¡Reventaría de rabia!

La entrada de Fanny les hizo callar. De toda la familia, era la única que ya había estado allí la víspera; y volvía de nuevo para saber noticias. Jean, extendiendo su mano temblorosa, se contentó con mostrarle a Françoise. Un compasivo silencio se impuso a continuación. Luego, Fanny bajó el tono de voz para saber si la enferma había preguntado por su hermana. No, ni abrir la boca, como si Lise no hubiera existido. Era sorprendente, pues por muy enemistadas que estuviesen, la muerte es la muerte. ¿Cuándo irían a hacer las paces, entonces, si la cosa no llegaba a resolverse antes de expirar?

La Grande creyó oportuno interrogar a Françoise. Se levantó, y, acercándose a la cabecera de la cama, preguntó:

—Dime, pequeña, ¿y Lise?

La moribunda no se movió. Sobre sus cerrados párpados sólo se notó un ligero estremecimiento, apenas perceptible.

—Quizás espera que vayan a buscarla. Me acercaré.

Entonces, sin abrir los ojos, Françoise dijo que no con un suave movimiento de cabeza sobre la almohada. Jean quiso que se respetara su voluntad, y las tres mujeres volvieron a sentarse, asombradas ante la idea de que Lise no apareciera por allí obedeciendo a su propio impulso. ¡Cuánta obstinación había en las familias!

—¡Ah! ¡Son tantas las contrariedades que hay que sufrir! —comentó Fanny lanzando un suspiro—. Por lo que a mí se refiere, desde esta mañana puede decirse que no vivo, con eso del sorteo; y mira que la preocupación es tonta, puesto que Nénesse en ningún caso irá al servicio.

—Sí, sí —murmuró la Frimat—; son cosas que siempre emocionan.

De nuevo fue olvidada la moribunda. Se hablaba de la suerte, de los mozos que partirían y de los que no partirían. Eran las tres, y aunque se les esperaba lo más pronto para las cinco, ya circulaban noticias llegadas de Cloyes no se sabe cómo, por esa especie de telegrafía aérea que vuela de pueblo en pueblo. El hijo de los Briquet tenía el número 13. ¡Mala suerte! El de los Couillot había sacado el 206. ¡Buen número de seguro! Pero nada se sabía con certeza de los otros; las afirmaciones eran contradictorias, lo que venía a colmar la emoción. Nada en cuanto a la suerte de Delphin y de Nénesse.

—¡Ah! Tengo el corazón que se me deshace. ¡Habrase visto cosa más estúpida! —repitió Fanny.

Llamaron a la Bécu, que pasaba por allí. Había vuelto a la iglesia, y caminaba errante como un cuerpo sin alma; tan fuerte había llegado a ser su angustia, que ni siquiera se detuvo un momento para charlar.

—No puedo quedarme; salgo a su encuentro.

Jean, junto a la ventana, no escuchaba nada de lo que decían; su vaga e imprecisa mirada apuntaba hacia afuera. Desde primeras horas de la mañana, había podido ver cómo el viejo Fouan se arrastraba en varias ocasiones por los alrededores de la casa, apoyado en sus dos bastones. De repente apareció ante su vista una vez más, con la cara pegada a un cristal, tratando de indagar lo que sucedía en la alcoba; resolvió abrir la ventana, y entonces, el viejo, sobrecogido, balbuceó para preguntar cómo iba la cosa. Muy mal, se nos

acaba. En aquel momento, Fouan alargó la cabeza y contempló de lejos a Françoise, haciéndolo además por tan largo rato, que parecía no haber manera de arrancarle de allí. Al darse cuenta de su presencia, Fanny y la Grande pensaron nuevamente en ir a buscar a Lise. Cada uno debía poner de su parte lo que pudiese; aquello no podía terminar así. Pero en cuanto quisieron encargarle de ello, el viejo, asustado y tiritando, se apresuró a huir de allí. Todo era en él refunfuñar, mascullar palabras entrecortadas entre sus encías empastadas de prudente silencio.

—No, no... Imposible, imposible...

Jean pareció sentirse contagiado por ese mismo temor; las mujeres tuvieron un gesto de abandono. Después de todo, la cuestión incumbía a las dos hermanas, y por mucho que los demás hicieran, no las forzarían en absoluto a perdonarse mutuamente. En aquel momento se oyó como un ruido, al principio débil, parecido al zumbido de un moscardón, después cada vez más fuerte, rodando como una ventisca por entre los árboles. Fanny experimentó un sobresalto.

—¿Oís? El tambor... Ya les tenemos aquí. ¡Adiós!

Y desapareció, sin dar siquiera a su prima un último beso de despedida.

La Grande y la Frimat habían salido al umbral de la puerta para satisfacer su curiosidad. Quedaron solos Françoise y Jean: ella, sumida en su obstinación de inmovilidad y de silencio, enterándose quizá de todo, deseando morir lo mismo que una bestia encerrada en el fondo de su madriguera; él, de pie frente a la abierta ventana, agitado por la incertidumbre, anegado por un dolor que le parecía provenir tanto de personas como de cosas, de toda aquella inmensa llanura. ¡Ah! ¡Qué grandiosidad la de aquel tambor! ¡Cómo resonaba en su alma aquel continuo redoblar, asociando a su tristeza de hoy, recuerdos de otros tiempos; los cuarteles, las batallas, la perra vida de los pobres infelices que no tienen mujer ni hijos a quienes amar!

En cuanto la bandera apareció a lo lejos, sobre la llana carretera ensombrecida por el crepúsculo, una oleada de chiquillos salió corriendo al encuentro de los reclutas, y a la entrada del pueblo se fue formando un grupo de padres. Los nueve y el tambor iban ya muy bebidos, vociferando una canción en la melancolía de la tarde, luciendo sus cintas tricolores, y la mayor parte de ellos con el número prendido en el sombrero con unos alfileres. Al divisar el pueblo, vociferaron más fuerte y entraron en él, como en plan de conquista, haciéndose los fanfarrones.

Delphin continuaba llevando la bandera. Pero la llevaba al hombro, lo mismo que un andrajo molesto cuya utilidad no se concibe. Medio deshecho,

con el semblante endurecido, el mozo no cantaba ni llevaba ningún número prendido en la gorra. En cuanto le vio, la Bécu se precipitó hacia él, temblorosa, con riesgo de ser derribada por la cuadrilla en marcha.

—¿Cómo te ha ido?

—¡Déjame, me molestas!

Delphin, furioso, la apartó de su lado, sin disminuir el paso.

También Bécu se había acercado apresuradamente, tan emocionado o más que su mujer. Cuando oyó la frase de su hijo, ya no quiso preguntar más; y, al ver sollozar a la madre, apenas pudo contener sus propias lágrimas, pese a su patriótica arrogancia.

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Nos lo pescaron!

Y habiéndose quedado atrás, en la desierta carretera, regresaron los dos lentamente sumidos en su pena; el hombre recordando su dura vida de soldado, la mujer volviendo su cólera contra Dios, al que había ido a rogar dos veces y no quiso escucharla.

Nénesse llevaba prendido en su sombrero un soberbio 214, pintarrajeado de rojo y azul. Era uno de los más altos, y celebraba su suerte, blandiendo su bastón, vociferando como los otros y aun extremando la medida. Cuando pudo ver el número, Fanny, en lugar de sentir regocijo, exhaló un grito de profundo disgusto. ¡Ah! Si lo hubieran sabido, no habrían malgastado mil francos en la lotería del señor Baillehache. De todas maneras, ella y Delhomme abrazaron a su hijo, como si acabara de escapar a un serio peligro.

—¡Soltadme ya! —gritó el muchacho—. ¡Esto es asqueroso!

La cuadrilla, en su brutal arranque, continuaba su marcha a través del revolucionado pueblo. Y los padres ya no se aventuraban a acercarse, convencidos de que si lo hacían les enviarían al diablo. Todos aquellos bribones llegaban por igual atolondrados; los que habrían de partir y los que no. Por lo demás, tampoco hubieran sabido qué decir, con los ojos fuera de sus órbitas, borrachos lo mismo por su griterío que por lo que pudieran haber bebido. Uno de ellos, menudo y gracioso, que jugaba a tocar la trompeta con su nariz, precisamente había sacado un número bajo, en tanto que otros dos, paliduchos y con ojos tristes, figuraban con seguridad entre los favorecidos por la suerte. Si el encorajinado tambor que iba en cabeza les hubiera conducido hasta la orilla del Aigre, seguro que todos ellos se zambullen en él.

Finalmente, al llegar a la alcaldía, Delphin devolvió la bandera.

—¡Oh! ¡Ya estoy harto de este endemoniado chisme, que sólo me trajo desgracia!

Cogió a Nénesse del brazo y se lo llevó consigo, mientras los otros invadían la taberna de Lengaigne, entremezclados con padres y amigos, que entonces acabaron por enterarse de lo que había sucedido. Macqueron apareció en el umbral de su puerta, desconsolado al ver que la recaudación sería para su rival.

—Vente conmigo —repitió Delphin con voz breve y seca—. Voy a mostrarte algo realmente gracioso.

Nénesse le siguió. Tiempo les quedaba de volver por allí para beber. El maldito tambor ya no mortificaba sus oídos; les servía de alivio eso de irse así los dos por la desierta carretera, que poco a poco iba oscureciendo las tinieblas. Y mientras el compañero callaba, sumido en reflexiones que no debían ser muy alegres, Nénesse se puso a hablarle de un asunto muy importante. La antevíspera, en Chartres, con motivo de habersele ocurrido ir a la calle de los Juifs para divertirse, supo allí que Vaucogne, el yerno de los Badeuil, quería vender la casa. Aquello no podía marchar con un gandul semejante, al que sus mujeres se encargaban de devorar. Pero ¡qué casa, qué negocio tan magnífico para un joven que no fuera gandul ni estúpido, de sólidos brazos y que estuviera al corriente del negocio! La cosa resultaba tanto más adecuada para él cuanto que, en el establecimiento de su fondista, venía ocupándose ya del baile, donde estaba acostumbrado a calibrar sobre la mayor o menor decencia de las jóvenes. Por lo tanto, el golpe consistía en asustar a los Badeuil, indicándoles que el 19 estaba a punto de ser clausurado por la policía, de tantos escándalos como allí tenían lugar, para acabar luego quedándose por un pedazo de pan. ¿Qué le parecía su proyecto? ¡De bastante mejor resultado que dedicarse a cultivar la tierra! ¡Así podría ser señor enseguida!

Delphin, que, absorto, apenas prestaba atención a cuanto estaba oyendo, sufrió un sobresalto cuando el otro le dio un golpe en el costado, que quiso ser significativo.

—Los que tienen suerte, la tienen de veras —murmuró—. Tú has nacido para ser el orgullo de tu madre.

Y volvió de nuevo a su silencio, mientras Nénesse, como muchacho avezado a ello, se adelantaba ya a explicar las mejoras que introduciría en el 19, si sus padres le hacían los necesarios anticipos. Era algo joven, desde luego, pero sentía verdadera vocación. En aquel preciso momento acababa de percibir a la Trouille, deslizándose cerca de ellos por entre las sombras de la carretera, acudiendo presurosa a la cita de algún galán; y, para demostrar su habilidad con las mujeres, le dio una palmada al pasar. La Trouille empezó

por devolverle el cachete; luego, al reconocerles, tanto a él como al compañero, exclamó:

—¡Anda! ¿Vosotros por aquí?... ¡Cómo habéis crecido!

Reía jovialmente, recordando sus juegos de otros tiempos. Ella era la que menos había cambiado, pues seguía siendo un pilluelo, a pesar de sus veintiún años, siempre escueta y delgada como la rama de un álamo, con su pecho de adolescente. Y encontrando agradable el encuentro, abrazó a los dos, primero a uno y luego al otro.

—Seguimos siendo amigos, ¿no es eso?

De habérselo propuesto los muchachos, ella también habría estado dispuesta, simplemente por el placer de haberse vuelto a encontrar, como se brinda en tales casos.

—Escucha —dijo Nénesse en plan de guasa—, quizás adquiriera la tienda de los Badeuil. ¿Te vienes a trabajar allí?

Repentinamente, la muchacha dejó de reír y, exteriorizando su sofoco, estalló en lágrimas. Pareció como si las tinieblas de la carretera se hubieran apoderado de ella, y desapareció balbuceando en medio de un desespero infantil:

—¡Oh! ¡Qué asco, qué porquería! ¡Ya no te quiero!

Delphin, que había permanecido silencioso, emprendió de nuevo la marcha con aire decidido.

—Ven conmigo, voy a enseñarte algo original.

Entonces, apresurando el paso, abandonó el camino, para llegar a través de las viñas a su casa, en que la corporación municipal había alojado al guarda rural, desde que el presbiterio fuera devuelto al cura. Allí era donde vivía, junto con sus padres. Hizo entrar a su compañero en la cocina, donde encendió una vela, satisfecho de que sus padres todavía no hubiesen regresado.

—Vamos a echar un trago —le dijo, mientras ponía sobre la mesa dos vasos y una botella de vino.

Luego, después de haber bebido, hizo chasquear su lengua y añadió:

—Quería decirte tan sólo que, si creen tenerme cogido con su mal número, se equivocan de medio a medio... Cuando, a la muerte de nuestro tío Michel, tuve que vivir tres días en Orleans, creí que me moría, hasta tal punto me pone enfermo estar fuera de casa. Sí, tal vez encuentres tonta la cosa, pero ¿qué quieres?, es más fuerte que yo, soy como un árbol que muere en cuanto se le arranca... Sé que me cogerían y me llevarían consigo sabe Dios dónde, a sitios que ni siquiera conozco. ¡Ah! ¡No, eso sí que no!

Nénesse, que le había oído hablar así muy a menudo, se encogió de hombros.

—Eso es fácil de decir, pero luego acaba uno yéndose igual. ¿Para qué están los gendarmes?

Sin responder, Delphin volvióse para empuñar con la mano izquierda una hacha pequeña que estaba adosada a la pared y que servía para cortar leña menuda. Luego colocó tranquilamente el índice de su mano derecha sobre el borde de la mesa y, de un golpe seco, lo hizo saltar.

—Ahí tienes lo que quería enseñarte... Quiero que puedas contar a los demás si un cobarde sería capaz de hacer otro tanto.

—¡Válgame Dios! ¡Desdichado! —gritó Nénesse fuera de sí—. ¿Por qué lisiarse de ese modo? Ya no eres un hombre.

—¡Me tiene sin cuidado!... ¡Que vengan los gendarmes, si quieren! Ahora estoy seguro de que no tendré que incorporarme.

Y recogiendo el dedo cortado, lo arrojó al fuego de cepas que allí estaba ardiendo. Luego, después de haber sacudido su mano, teñida toda ella de rojo, la envolvió con su pañuelo de cualquier manera, atando después éste con un cordel para detener la hemorragia.

—Supongo que semejante minucia no va a impedirnos terminar la botella antes de reunirnos con los demás... ¡A tu salud!

—¡A la tuya!

En el establecimiento de Lengaigne no se veía ni se entendía nada, en medio de tanto humo y de aquel griterío. Aparte los mozos que venían de ser sorteados, había un gentío enorme: Jesucristo y su amigo Cañón, ocupados en pervertir al tío Fouan, los tres alrededor de una botella de aguardiente; Bécu, demasiado bebido y agotado materialmente por la mala suerte del hijo, dormía sobre una mesa, como fulminado por el rayo; Delhomme y Clou estaban jugando su partidita; sin contar con Lequeu, con las narices metidas en un libro que simulaba leer a pesar del estrépito. Una pelea de mujeres había contribuido a calentar los ánimos, pues, habiendo ido Flore a la fuente para llenar un cántaro de agua fresca, se las había tenido allí con Coelina, que la había acusado de estar en combinación con los consumidores para vender a los vecinos. Llegados Macqueron y Lengaigne al lugar del suceso, también habían estado a punto de pegarse; el primero juraba al otro que haría que lo pescaran mientras se dedicaba a mojar su tabaco; el segundo se reía burlonamente echándole en cara su dimisión, y todo el mundo había tomado cartas en el asunto, por el mero placer de apretar los puños y de gritar fuerte, aunque hubo un momento en que llegó a temerse una carnicería general. Todo

había acabado ya, pero todavía quedaba en el ambiente una cólera mal contenida, una necesidad de lucha.

Primero, esa lucha amenazó estallar entre Víctor, el hijo del dueño de la casa y los quintos allí reunidos. Él, que ya había cumplido su servicio, se mostraba arrogante ante aquellos mozos, cacareaba más alto, incitándoles a hacer estúpidas apuestas, tales como beberse de un trago una botella de vino, o absorber por la nariz un vaso lleno sin que una sola gota del líquido pasara por la boca. De pronto, a propósito de Macqueron y de la próxima boda de su hija Berthe, el pequeño de los Couillot empezó a bromear acerca de la pelona, ensañándose con las consabidas burlas de siempre. Habría que preguntarle al marido, al día siguiente, si tenía o no. Hacía tanto tiempo que se venía hablando de ello, que la ocurrencia resultaba realmente estúpida.

Constituyó por lo mismo verdadera sorpresa la brusca cólera de Victor, que en otro tiempo fuera uno de los que con más encarnizamiento había sostenido que no tenía.

—¡Basta de tonterías! ¡Puedo aseguraros que tiene!

Un clamor unánime acogió aquella afirmación. ¿Lo había visto, cuando con tanta convicción hablaba? ¿Se habían acostado juntos? Pero el joven lo negó rotundamente. Se puede ver una cosa sin llegar a tocarla. Se las había arreglado para enterarse un día en que le atormentaba la impaciencia por aclarar la cosa. ¿Cómo? Eso no interesaba a nadie.

—¡El caso es que tiene, palabra de honor!

Arrose entonces un verdadero zafarrancho, cuando el pequeño de los Couillot, que estaba muy bebido, se empeñó en gritar que no tenía, sin saberlo o no a ciencia cierta, claro está, por el solo afán de no ceder. Victor insistía en su afirmación, añadiendo que si lo hacía no era precisamente por salir en defensa de los Macqueron, ¡esos sucios canallas!, sino porque la verdad siempre lo es y no debe ser negada. Y se precipitó sobre el quinto, al que hubo de arrancar de sus manos.

—¡Di que sí tiene, maldita sea, o te aplasto!

Mucha gente, sin embargo, se quedó con la duda. Nadie se explica la exasperación del hijo de los Lengaigne, ya que, por lo general, trataba con crudeza a las mujeres, renegando públicamente de su hermana, a la que una vida depravada, según se decía, había llevado al hospital. ¡Aquella podrida de Suzanne! Bien hacía en no venir a envenenarles con su osamenta.

Flore subió más vino, pues se habían empeñado en brindar de nuevo; los insultos y las bofetadas se mascaban en el aire. Nadie hubiera abandonado el local para irse a comer. Cuando se bebe no se tiene hambre. Los quintos

entonaron un canto patriótico, acompañado de tal cantidad de puñetazos dados sobre la mesa, que las tres lámparas de petróleo parecían hacer guiños, mientras despedían un humo espantoso. La gente se ahogaba. Delhomme y Clou decidieron abrir la ventana que tenían tras de sí. Y fue en aquel momento cuando entró Buteau, para deslizarse en un rincón. No tenía su aire provocativo de costumbre; se dedicaba sólo a pasear sus turbados ojillos contemplando a los allí presentes, uno tras otro. Sin duda venía a la caza de posibles noticias, deseoso de saber, no pudiendo aguantar más en su casa, donde vivía encerrado desde la víspera. La presencia de Jesucristo y Cañón pareció impresionarle, hasta el punto de que renunció a buscarles camorra por haber embriagado a su padre. También estuvo largo rato sondeando a Delhomme. Pero Bécu, que estaba dormido, sin que aquel horroroso estruendo lograra despertarle, era el que mayor preocupación le causaba. ¿Dormía realmente, o fingía hacerlo? Le empujó con el codo, tranquilizándose un tanto al comprobar que babeaba sobre su manga. Toda su atención se concentró entonces en el maestro de escuela, cuyo rostro, fuera de lo normal, parecía dañarle. ¿Qué le ocurriría para no poner la cara de siempre?

Y es que Lequeu, en efecto, aunque fingía estar abstraído en su lectura, experimentaba a cada momento violentas sacudidas. Los quintos, con sus cánticos y su estúpida alegría, le sacaban de quicio.

—¡Pedazo de brutos! —murmuró, aunque procurando contenerse.

Desde hacía unos meses, su situación iba empeorando con relación a la comunidad. Siempre se había mostrado rudo y grosero para con los niños, a quienes solía enviar al estercolero paternal dándoles un cachete. Pero es que esos arranques suyos iban agravándose, e incluso se había forjado una desgraciada historia referente a una niña, a la que por lo visto había rajado una oreja pegándole con una regla. Cierta número de padres habían escrito pidiendo que fuera reemplazado. Y, por encima de todo ello, el casamiento de Berthe Macqueron venía a destruir una antigua esperanza, lejanos cálculos que él creyó próximos a triunfar. ¡Oh! ¡Aquellos campesinos, esa sucia raza que le negaba sus mozas, y que iba a privarle de su pan, debido a la oreja de una rapaza!

De repente, como si se hubiera hallado en medio de su clase, golpeó el libro con la mano abierta y gritó a los quintos:

—¡Un poco de silencio, por favor! ¿Tan divertido os resulta ir a haceros degollar por los prusianos?

Asombrados, todos volvieron sus ojos hacia él. No, en verdad que no era nada divertido. Y así lo convinieron unánimemente, dando lugar a que Delhomme repitiese una vez más su famosa teoría de que cada cual debería defender su propio campo. Si los prusianos venían a la Beauce, ya tendrían ocasión de comprobar que sus habitantes no eran unos cobardes. Pero ir a luchar en tierras ajenas... ¡No, no tenía ninguna gracia, la verdad!

En aquel momento llegaba Delphin, seguido de Nénesse; venía muy sonrojado y con los ojos abrasados por la fiebre. Oyó lo que estaban diciendo, se sentó a la mesa con sus compañeros y seguidamente se puso a gritar:

—Así es. ¡Que se atrevan a venir los prusianos y entonces sabrán lo que es bueno!

Los compañeros, que se habían fijado en el pañuelo atado alrededor de su puño, empezaron a hacerle preguntas. Nada, un simple corte. Golpeó violentamente con el otro puño la mesa, hasta hacerla tambalear, y pidió una botella de vino.

Cañón y Jesucristo contemplaban a los mozos, sin cólera, con cierto aire compasivo de superioridad. También a ellos les parecía que se necesitaba ser joven e ingenuamente tontos para dejarse llevar de aquella forma. Incluso Cañón acabó por sentirse sentimental, en su obsesiva idea de organizar la futura dicha. Y se puso a hablar en voz alta, con el mentón cogido entre las dos manos.

—La guerra... Ya va siendo hora de que seamos dueños de nuestros propios destinos... Ya conocéis mi plan. Nada de servicio militar, nada de impuestos. Que cada uno satisfaga plenamente sus apetitos con el menor trabajo posible... Y eso llegará; se acerca el día en que podréis conservar vuestro dinero y vuestros pequeños, si estáis a nuestro lado.

Jesucristo daba muestras de aprobación, cuando de repente Lequeu, que ya no podía contenerse más, estalló por fin.

—¡Ah! ¡Sí, maldito impostor! ¡Conocemos de sobra vuestro paraíso terrestre, vuestra manera de conseguir que el mundo sea dichoso, aun a pesar suyo! ¡Menuda chanza! ¿Acaso es posible entre nosotros? ¿Es que no estamos ya bastante podridos? Primero sería preciso que los pueblos salvajes vinieran a hacer limpieza; los cosacos o los chinos.

Esta vez la sorpresa fue tan viva, que se impuso un profundo silencio. ¿Cómo era eso? ¡Se atrevía a hablar aquel socarrón, ese cínico que jamás había dejado traslucir a nadie su manera de pensar, y que huía, por miedo a sus superiores, en cuanto había que dar la cara y mostrar hombría! Todos escuchaban, sobre todo Buteau, ansioso, esperando lo que pudiera decir,

como si tales cosas pudieran guardar alguna relación con su asunto. La ventana abierta había disipado el humo, y la suave humedad de la noche penetraba en el local, notándose a lo lejos la oscura y tranquila paz de la adormecida campiña. El maestro de escuela, henchido por su perezosa reserva de diez años, durante los cuales fuera objeto de permanente burla, al ver comprometida de aquel modo su vida normal, daba por fin rienda suelta, con rabia, al odio que le sofocaba.

—¿Cree a estas gentes más bestias que sus propios bueyes, para venir a contarles que las alondras les caerán asadas en el pico?... La verdad es que, antes de que tengáis organizado vuestro tinglado, la tierra habrá crujido y todo se irá a paseo.

Ante la rudeza de aquel ataque, Cañón, que todavía no había encontrado un opositor que así mereciera llamarse, titubeó visiblemente. Quiso volver a narrar las teorías oídas a aquellos señores de París, la tierra propiedad del Estado, un gran cultivo científico. Pero el otro le cortó la palabra en seco.

—¡Conozco de memoria todas esas estupideces!... Cuando queráis ensayar vuestra nueva forma de cultivo, hará ya mucho tiempo que las llanuras de Francia habrán desaparecido, anegadas por el trigo de América... ¡Fíjese! Ese librito que estaba leyendo, contiene precisamente detalles sobre el particular. ¡Ah! ¡Bendito sea Dios! ¡Nuestros campesinos pueden acostarse tranquilos, la candela está apagada!

Y, en el mismo tono de voz con que hubiera dado una lección a sus alumnos, les habló del trigo de allende el mar. De llanuras inmensas, vastas como reinados, en las que la Beauce aparecería como una mota insignificante, de tierras tan fértiles que, en lugar de abonarlas, había que quitarles fuerza con una siega preparatoria, lo que no era obstáculo para que produjeran dos cosechas; granjas de treinta mil hectáreas, divididas en secciones, subdivididas en lotes, con cada sección bajo el control de un vigilante y cada lote bajo el de un contra maestro, provistas de cobijos para los animales, las herramientas y las cocinas; verdaderos batallones agrícolas contratados en la época de primavera, organizados en pie de guerra, viviendo al aire libre, alojados, alimentados, con sus suministros de medicamentos, y licenciados en el otoño; surcos de varios kilómetros para labrar y sembrar, verdaderos mares de espigas para segar y cuyos lindes no alcanzaba la vista; y a todo esto, el hombre encargado nada más que de la vigilancia, ya que todo el trabajo lo hacían las máquinas, arados dobles armados de discos cortantes, sembradoras y escardillos, segadoras automáticas, trilladoras locomóviles, con su correspondiente elevador de la paja. Les habló también de los campesinos que

son y actúan como mecánicos, de cómo un pelotón de obreros sigue a caballo cada máquina, siempre prestos a bajarse para apretar una tuerca, cambiar un perno o fraguar una pieza; en fin, la tierra convertida en una banca, explotada por financieros, reglamentada por todo lo alto, rindiendo a la potencia material e impersonal de la ciencia el décuplo de lo que se atrevía a discutir al amor y a los brazos del hombre.

—¿Y esperáis poder luchar, plantar cara, con vuestros modestos útiles de trabajo? —prosiguió—. ¡Vosotros que nada sabéis, ni queréis saber, sumidos en vuestra eterna rutina!... ¡Ah! ¡Qué caramba! ¡Ese trigo que viene de fuera, os llega ya hasta las rodillas! Y eso irá en aumento, los barcos traerán cada día más. Esperad, esperad nada más que un poco, que pronto os llegará hasta el vientre; luego hasta los hombros, para acabar llegando a vuestra boca, cubriéndos finalmente la cabeza. ¡Un río, un torrente, un verdadero desbordamiento en el que todos pereceréis!

Los campesinos abrían desmesuradamente los ojos, como atontados, presa de auténtico pánico ante la imagen de aquella inundación de trigo extranjero. Sufrían por anticipado. ¿Verían en efecto aquella inundación y serían arrastrados por ella, tal como les anunciaba aquel tipo? La idea se materializaba en su mente. Rognes, sus campos, la Beauce entera era engullida.

—¡No, no, eso no sucederá jamás! —gritó Delhomme imponiéndose al sofoco que le ahogaba—. El gobierno nos protegerá.

—¡Menudo mirlo blanco está hecho el gobierno! —repuso Lequeu con aires de menosprecio—. ¡Con protegerse a sí mismo tiene bastante!... Lo más gracioso del caso, es que habéis nombrado al señor Rochefontaine. El dueño de la Borderie, por lo menos, era consecuente con sus ideas, al pretender que nombraran al señor de Chédeville... Uno u otro, por lo demás, lo mismo da. Ninguna Cámara se atreverá a votar unos derechos lo bastante fuertes para servir de valla; la protección no puede salvarnos de la hecatombe; estáis condenados. ¡Que Dios os ampare!

Se originó entonces un gran tumulto; todos hablaban a la vez. ¿No habría forma de impedir que entrara aquel maldito trigo? Hundirían los barcos en los puertos, y recibirían a tiro limpio a los que se atrevieran a llegar. Sus voces se iban haciendo temblorosas; siguiendo su propio impulso, hubieran tendido los brazos, llorando, suplicando que se les salvase de aquel pan a bajo precio que amenazaba al país. Y el maestro de escuela, siempre con su risa burlona, respondía que jamás se había visto un fenómeno semejante: en otros tiempos, el único miedo consistía en el hambre; el temor era siempre no llegar a contar

con bastante trigo, y se necesitaba ser realmente estúpido para llegar a temer que hubiera demasiado. Se embriagaba con sus propias palabras; imponía su dominio sobre las furiosas protestas.

—Sois una raza acabada, vuestro imbécil amor por la tierra acabó devorándoos. ¡Sí! Terminasteis siendo comidos por ese lobo de tierra del que seguís siendo esclavos, que logró encoger vuestra inteligencia y por la cual llegaríais incluso a asesinar. ¡Con la de siglos que lleváis casados con la tierra, y ahora resulta que os está engañando!... Mirad lo que ocurre en América; allí el cultivador es el auténtico dueño de la tierra... Ningún lazo le liga a ella; ni familia ni recuerdo. En cuanto su campo se agota, va más lejos. Llega a sus oídos que a trescientas leguas han sido descubiertas llanuras más fértiles, recoge su tienda y va a instalarse allí. Es él, en fin, quien manda y se hace obedecer, gracias a la maquinaria. Es libre, se enriquece, mientras que vosotros sois prisioneros de la tierra y reventáis de miseria al mismo tiempo.

Buteau palidecía. Lequeu le había mirado cuando habló de asesinato. Trató de reprimirse y añadió:

—Cada uno es como es. ¿De qué sirve malhumorarse, si como usted mismo dice las cosas no van a cambiar?

Delhomme dio su aprobación a este último comentario; y todos se pusieron a reír de nuevo, Lengaigne, Clou, Fouan, el propio Delphin y los quintos, a quienes divertía la escena, en la íntima esperanza de que aquello terminaría a tortazo limpio. Cañón y Jesucristo, sintiéndose humillados al ver a aquel chupatintas, como ellos le llamaban gritar con más fuerza que ellos, simulaban reírse también.

—Es una tontería enfadarse —declaró Cañón encogiéndose de hombros—. Lo que se necesita es organizar las cosas.

Lequeu tuvo entonces un gesto terrible.

—Pues bien; ya sabéis cuál es mi posición... ¡Soy partidario de trastocarlo todo y echarlo a rodar!

Tenía el rostro lívido y les lanzaba aquella diatriba, como si hubiera pretendido azotarles.

—¡Malditos cobardes! ¡Sí, los campesinos, todos los campesinos!... ¡Cuando se piensa que sois los más numerosos, y que sin embargo os dejáis comer por los burgueses y los obreros de las ciudades! ¡Que Dios me perdone!, pero sólo una cosa tengo que lamentar en este mundo: el tener un padre y una madre campesinos. Tal vez por ello que me desagradáis más aún... Puesto que, inútil es decirlo, podríais muy bien ser los árbitros de la situación. Sólo que, ¡y aquí es donde surge el problema!, no sabéis obrar

conjuntamente, además de ser desconfiados e ignorantes; ponéis toda vuestra inteligencia y vuestra malicia en devoraros los unos a los otros. ¿Qué es lo que ocultáis, pues, en vuestro agua durmiente? ¿Sois quizá como las balsas encharcadas, que se las cree profundas, pero un gato no puede ahogarse en ellas? ¡Tomad una decisión, arrasadlo y quemadlo todo!... Y en espera de lo que haya de ocurrir, ¡declaraos en huelga! Todos vosotros tenéis dinero, podéis resistir cuanto queráis. No cultivéis más que para vosotros mismos, no llevéis nada al mercado, ni un saco de trigo, ni un solo quintal de patatas. ¡El trastorno que causaríais en París! ¡Menuda limpieza, Dios mío!

Hubiérase dicho que, por la ventana abierta, entraba una ráfaga de aire frío, venida de lejos, de aquellas profundas oscuridades. Las lámparas de petróleo humeaban continuamente. Nadie se atrevió ya a interrumpir al exaltado, a pesar de los insultos que dedicaba a cada uno.

Y terminó con un verdadero vociferio, golpeando con su libro sobre una mesa, hasta hacer tintinear los vasos.

—Es cuanto tengo que deciros, aunque sólo sirva para tranquilizar mi propia conciencia... Tenéis a gala ser cobardes, pero vosotros seréis quienes habréis de pagarlo cuando llegue la hora. Frecuentemente ha ocurrido así y seguirá sucediendo. Esperad, pues, a que la miseria y el hambre se lancen como lobos sobre vuestros poblados... Y respecto de ese trigo que traen, quizás esté ahí la oportunidad. Cuando parezca que hay demasiado, entonces resaltaré que no hay bastante, y volverá nuevamente la penuria. Siempre fue el trigo lo que motivó revoluciones y causó muertes... Sí, sí, los pueblos arrasados y ardiendo, las ciudades desiertas, las tierras dejadas de cultivar, invadidas por los abrojos, y sangre, arroyos de sangre, para que puedan volver a dar pan a los hombres que nacerán después de nosotros.

Lequeu, después de abrir violentamente la puerta, desapareció. Detrás suyo, en medio del general estupor, remontó un grito. ¡Ah! ¡El muy bandido! ¡Tendrían que haberle degollado! ¡Un hombre tan tranquilo hasta entonces! Seguro que se había vuelto loco. Saliéndose de su calma habitual, Delhomme manifestó que iba a escribir al prefecto; y los demás le incitaron a que lo hiciera. Pero eran sobre todo Jesucristo y su amigo Cañón quienes parecían estar más fuera de quicio, el primero con su 89 y su humanitaria divisa de libertad, igualdad y fraternidad; y el segundo con su organización social, autoritaria y científica. Permanecían pálidos, exasperados por no haber encontrado una sola frase con qué responder, indignándose más aún que los campesinos, manifestando a voces que un tipo de esa calaña debía ser guillotinado. Buteau, ante toda la sangre que aquel furioso engendro había

llegado a pedir, ese río de sangre que con su gesto parecía dejar sobre la tierra, se había levantado en medio de un escalofrío, con la cabeza agitada por nerviosas sacudidas, inconscientes, como si estuviera conforme con todo aquello. Luego se deslizó a lo largo de la pared, mirando de sesgo para comprobar si le seguían, y desapareció a su vez.

Inmediatamente después, los quintos reanudaron su juerga. Vociferaban, querían que Flore les friera unas salchichas, cuando Nénesse les dio un empujón para mostrarles a Delphin que acababa de caer desvanecido, dando con las narices sobre la mesa. El pobre infeliz tenía la palidez de un cirio. Su pañuelo, que había resbalado de la mano herida, se teñía de manchas rojas. Se susurró entonces algo al oído de Bécu, que seguía dormido; y despertó finalmente, con la mirada puesta en la mano mutilada de su chico. Debió comprenderlo todo enseguida, pues empuñó la botella de vino, para acabarla, mientras vociferaba. A continuación, cuando tambaleando se hubo llevado muchacho, se le oyó gemir fuera, en medio de sus juramentos.

Aquella noche, Hourdequin, enterado a la hora de la comida del accidente sufrido por Françoise, fue a Rosnes para saber noticias, por amistad hacia Jean. Salido a pie, fumando su pipa en la oscura noche, dándole vueltas a sus penas en medio del imponente silencio reinante, descendió la pendiente, antes de entrar en casa de su antiguo servidor, ya algo calmado y deseoso de alargar el camino. Pero, ya abajo, la voz de Lequeu, que la ventana abierta de la taberna parecía proyectar sobre las tinieblas de la campiña, le detuvo e hizo que permaneciera inmóvil en la sombra. Luego, cuando se decidió a remontar la cuesta, esa voz pareció seguirle; y, todavía ahora, ante la casa de Jean, la oía empequeñecida y como agudizada por la distancia, siempre tan limpia, como la hoja cortante de un cuchillo.

Fuera, al lado de la puerta, Jean se hallaba apoyado en el muro. No le era posible permanecer por más tiempo a la cabecera del lecho de Françoise; su sofoco iba en aumento; sufría demasiado.

—¿Cómo sigue la cosa, muchacho? —preguntó Hourdequin.

El desdichado tuvo un gesto de agobio.

—¡Ah! Señor, ¡se nos muere!

Y ni uno ni otro añadieron nada, imperando de nuevo aquel grande e impresionante silencio, mientras la voz de Lequeu seguía remontando hasta allí, vibrante, obstinada.

Al cabo de breves minutos, el granjero, que escuchaba aun a pesar suyo, dejó escapar las siguientes palabras de cólera:

—¿Oye usted los alaridos que da ese tipo? ¡Lo divertido que resulta todo lo que dice, cuando se está triste!

Todas sus penas le habían embargado de nuevo, ante esa voz espantosa, al lado de aquella mujer que agonizaba. La tierra a la que tanto amaba, con pasión sentimental, intelectual casi, acababa de hundirle, después de las últimas cosechas. Había gastado allí toda su fortuna, y muy pronto la Borderie ya no le produciría ni siquiera para comer. Ningún resultado habían dado su energía, los nuevos cultivos ni los abonos y las máquinas. Achacaba su desastre a la falta de capital; y todavía sobre este extremo tenía sus dudas, pues la ruina era general; los Robiquet acababan de ser expulsados de la Chamade, donde no pagaban los arriendos; los Coquart se habían visto forzados a vender su granja de Saint-Just. Y no había forma de abatir la mazmorra, jamás se había sentido tan prisionero de su propia tierra; cada día más y más dinero comprometido, el trabajo gastado inútilmente, le mantenía atado con una cadena que se iba acortando paulatinamente. Se acercaba la catástrofe, que daría fin al antagonismo secular entre la pequeña propiedad y la grande, dando muerte a ambas. Aquello significaba el comienzo de tiempos predichos, el trigo por debajo de los dieciséis francos, la quiebra de la tierra, motivada por causas sociales, más fuertes decididamente que la voluntad de los hombres.

Bruscamente, Hourdequin, sangrando por su derrota, dio su aprobación a cuanto estaba diciendo Lequeu.

—Tiene razón, ¡vive Dios!... ¡Que cruja todo, que reventemos de una vez, que los abrojos surjan por doquier, puesto que la raza tocó a su fin y la tierra está agotada!

Y añadió luego, haciendo alusión a Jacqueline:

—Afortunadamente para mí, llevo escondido en mi cuerpo otro mal que me deslamará antes de que llegue a ocurrir todo eso.

A todo esto, en la casa se oyó a la Grande y a la Frimat agitarse, cuchichear. Jean sintió un escalofrío ante ese ligero ruido. Se apresuró a entrar, pero ya era demasiado tarde. Françoise estaba muerta, quizá desde hacía largo rato. No había vuelto a abrir los ojos ni a despegar los labios. La Grande acababa simplemente de apercibirse de que ya no existía, al tocarla y comprobar que estaba fría. Con su extremada blancura, la cara afinada y reflejando como un gesto de testarudez, parecía dormir. De pie junto al lecho, Jean la contempló, atontado por una serie de ideas confusas, la pena que le embargaba, la sorpresa de que no hubiera querido hacer testamento, la sensación en fin de que algo se hundía y terminaba con su existencia.

En aquel preciso momento, cuando, después de haber saludado en silencio, se disponía Hourdequin a marcharse, entristecido aún, le pareció ver sobre el camino cómo una sombra se apartaba de la ventana y desaparecía velozmente en la oscuridad. Le produjo la impresión de que se trataba de algún perro vagabundo. Era Buteau que, habiéndose encaramado para espiar la muerte, corría a comunicárselo a Lise.

V

AL día siguiente por la mañana acababa de ser colocado el cuerpo de Françoise en su ataúd y el féretro permanecía en medio de la habitación, colocado sobre dos sillas, cuando Jean sufrió un sobresalto de indignada sorpresa, al ver entrar a Lise y Buteau, uno detrás del otro. Su primera reacción fue echar de allí a aquellos parientes desalmados que ni siquiera se habían acercado para darle un beso a la moribunda, y que llegaban en el último momento, cuando ya había sido clavada la tapa del ataúd, como para alejar el temor de hallarse nuevamente en su presencia. Pero los miembros de la familia allí presentes, Fanny y la Grande, frenaron su impulso: nada bueno podía sacarse con discutir alrededor de un muerto; por lo demás, no se podía impedir que Lise pretendiera redimir su rencor, velando los restos de su hermana.

Y los Buteau, que desde luego habían contado con el respeto debido a aquel féretro, procedieron a instalarse. No es que dijeran que tomaban posesión de la casa nuevamente; pero el caso es que lo hacían, y del modo más natural del mundo además, como si la cosa se impusiera por sí misma, ahora que Françoise desapareció de allí para siempre. Como estar, sí estaba todavía en la casa, pero embalada para emprender el gran viaje, sin constituir mayor estorbo que cualquiera de los muebles. Después de haber permanecido sentada unos instantes, Lise enseguida pareció olvidar las circunstancias del caso, y se puso a abrir armarios, asegurándose de que los objetos no habían sido movidos de su sitio durante la forzada ausencia. En cuanto a Buteau, rondaba ya por la cuadra y el corral, como hombre entendido que está dando un vistazo de dueño y señor. Por la noche, uno y otra parecieron haber vuelto a su casa, y nada quedaba ya allí que les causara extorsión, sino aquel féretro, colocado en medio de la habitación. No se trataba, sin embargo, más que de una sola noche en la que habrían de tener paciencia, el suelo de la estancia quedaría por fin libre al día siguiente a primera hora.

Jean deambulaba nerviosamente, por entre la familia, como abstraído, sin saber qué hacer de sus manos y pies. Al principio, la casa, los muebles, el

cuerpo de Françoise, le parecieron ser suyos. Pero a medida que transcurrían las horas, todo aquello parecía como desprenderse de su persona para pasar a los otros. Al caer la noche, ya nadie le dirigía la palabra, ni era allí otra cosa que un intruso tolerado. Jamás había experimentado de un modo tan penoso la sensación de ser un forastero, de no tener entre toda aquella gente nadie que pudiera considerar suyo, confabulados entre sí, todos de acuerdo, en cuanto se tratase de excluirle. Hasta su pobre mujer muerta parecía haber dejado en absoluto de pertenecer le, ya que, con ocasión de hablarse de velar el cadáver, Fanny incluso quiso alejarle, con el pretexto de que allí había demasiada gente. Trató no obstante de ofrecer resistencia. Y hasta tuvo la idea de ir a recoger el dinero, los ciento veintisiete francos que había en la cómoda, para así estar más seguro de que no desaparecerían. Desde el momento en que llegó a la casa, al abrir el cajón de la cómoda, Lise debía haber visto aquel dinero, así como el pliego de papel sellado, pues enseguida se había puesto a cuchichear con la Grande; y había sido precisamente a partir de entonces, cuando pareció sentirse tan a gusto y a sus anchas, convencida de que no existía testamento. Pero por lo que se refiere al dinero, jamás lo tendría Lise, pues dada la aprensión que sentía por el porvenir inmediato, Jean se decía a sí mismo que, por lo menos, contaría con aquello. Después, se había pasado la noche tumbado en una silla.

Al día siguiente, a primera hora, sobre las nueve, tuvo lugar el entierro. El abate Madeline, que se marchaba por la noche, todavía pudo rezar la misa y acompañarla hasta la tumba; sin embargo, se desmayó durante el camino y hubo que llevarsele. Los Badeuil vinieron a formar parte de la comitiva, lo mismo que Delhomme y Nénesse. Fue un entierro discreto, sin ostentaciones de ninguna clase. Jean lloraba. Buteau se enjugaba las lágrimas. En el último momento, había manifestado Lise que sus piernas se doblaban y que jamás se hubiera sentido con fuerzas para acompañar el cadáver de su pobre hermana hasta su última morada. Se había quedado, pues, sola en la casa, en tanto que la Grande, Fanny, la Frimat, la Bécu y otras vecinas se incorporaban a la comitiva. Y, al regreso, toda aquella gente, que había ido agrupándose conscientemente en la plaza de la iglesia, asistió finalmente a la prevista escena, esperada ya desde la víspera.

Hasta entonces, los dos hombres, Jean y Buteau, habían evitado dirigirse la mirada, por temor a que se desencadenase una pelea ante el cadáver apenas enfriado de Françoise. Ahora en cambio, uno y otro se dirigían resueltamente hacia la casa, con el mismo animado paso, mirándose de reojo. Ahora es cuando se vería. Con una primera ojeada, Jean comprendió enseguida por qué

Lise no había formado parte del fúnebre cortejo. Había querido permanecer sola para, por lo menos, tener arregladas las cosas a su gusto. Con una hora había tenido suficiente, lanzando sus paquetes por encima de la tapia de la Frimat y llevando con una carretilla lo que pudiera romperse. De una manotada, en fin, se trajo al patio a Laure y Jules, que ya estaban allí peleándose, en tanto que el tío Fouan, también traído allí por ella, daba resoplidos sentado en un banco. La casa había sido reconquistada.

—¿Dónde vas? —preguntó bruscamente Buteau, deteniendo a Jean ante la puerta de entrada.

—Regreso a mi casa.

—¡Tu casa! ¿Y dónde está tu casa?... Aquí no, desde luego; ésta es la nuestra.

Lise había acudido presurosa; y, puesta en jarras, vociferaba en términos más injuriosos que su marido.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué es lo que pretende este podrido?... ¡Bastante tiempo llevaba ya envenenando la sangre de mi pobre hermana! Podemos estar convencidos de que, de no haber sido por eso, el accidente no hubiera sido mortal. Buena prueba de ello ha sido su voluntad de no dejarle nada de sus bienes... ¡Arréale, Buteau, no te acobardes! ¡Que no entre, o es capaz de contagiarnos la enfermedad!

Jean, sofocado ante aquel rudo ataque, trató aún de razonar.

—Ya sé que la casa y la tierra vuelven a vosotros. Pero me corresponde la mitad de los muebles y de los animales...

—¿La mitad? ¡Qué cara más dura! —repuso Lise, interrumpiéndole—. Chulo asqueroso, ¿osarás coger la mitad de cualquier cosa, tú que ni siquiera trajiste contigo herramientas de trabajo y apenas la camisa puesta por todo vestido? Necesitas que las mujeres te mantengan; ¡cochino oficio, desde luego!

Buteau apoyaba a su mujer, y con un gesto que por sí solo parecía querer barrer el umbral, exclamó:

—Mi mujer tiene razón; lárgate... Llevabas puestos tu chaqueta y tus pantalones; vete con ellos; nadie te los reclama.

La familia, las mujeres sobre todo, Fanny y la Grande, situadas a una treintena de metros, parecían aprobar con su silencio. Entonces, Jean, palideciendo ante el ultraje de que era víctima, con el corazón oprimido por aquella abominable y premeditada acusación, reaccionó enérgicamente y se puso a gritar tan fuerte como pudieran hacerlo los otros.

—¡Ah! ¡Lo que deseáis, por lo visto, es escándalo!... ¡Pues bien, tened por seguro que lo habrá! Para empezar, entraré, puesto que considero estar en mi casa en tanto la partición no se haya realizado... Y después me iré en busca del señor Baillehache para que lo selle todo y me nombre depositario... ¡Estoy en mi casa y sois vosotros los que tenéis que largaros!

Mientras hablaba, se había ido acercando con tan terrible ademán, que Lise se retiró de la puerta. Pero Buteau ya se había lanzado sobre él, entablándose una pelea que hizo rodar a los dos hombres por la cocina. Dentro continuó la riña para determinar quién de las dos partes tenía que largarse de momento.

—Enseñadme el papel que os convierte en dueños.

—¡El papel no sirve más que para limpiarse! Basta con que tengamos derecho.

—Venid entonces con el alguacil y acompañados de los gendarmes, lo mismo que tuvimos que hacer nosotros.

—¡Que se vayan a hacer gárgaras el alguacil y los gendarmes! ¡Sólo los crápulas precisan de ellos! Cuando uno es honrado, arregla las cuentas por sí mismo.

Jean se había atrincherado detrás de la mesa, sintiendo la furiosa necesidad de ser el más fuerte, resistiéndose a abandonar aquella morada en donde su mujer acababa de agonizar y donde le parecía que había tenido lugar toda la felicidad de su vida. Buteau, encorajinado asimismo por la idea de no soltar la plaza reconquistada, comprendía por otra parte que precisaba acabar de una vez. Y continuó gritando:

—¡Es que no se trata sólo de bienes; nos causas repugnancia!

Había saltado por encima de la mesa y fue a caer sobre el otro. Pero Jean, empuñando una silla, le hizo dar una voltereta tirándosela a las piernas, yendo después a refugiarse en el fondo de la habitación vecina, para atrincherarse allí. Al ver lo que hacía, la mujer recordó de repente los ciento veintisiete francos que viera en el cajón de la cómoda. Creyó que corría a cogerlos y, adelantándosele, abrió el cajón para lanzar seguidamente un alarido de dolor.

—¡El dinero! ¡El muy bandido robó el dinero esta noche!

A partir de entonces, Jean pudo considerarse perdido, por el solo hecho de tener que defender su bolsillo. No hacía más que gritar que aquel dinero le pertenecía; que quería hacer desde luego una liquidación, aunque seguramente todavía tendrían que darle algo. Pero ninguno de los dos le escuchaba ya; la mujer se había abalanzado sobre él y golpeaba todavía más fuerte que el marido. De un empujón violentísimo fue desalojado de la

habitación y empujado de nuevo hacia la cocina, donde los tres pasaron a integrar una masa confusa, que rebotaba a cada instante por entre los ángulos de los muebles. A fuerza de puntapiés, logró desembarazarse de Lise. Pero volvió a la carga para hundirle sus uñas en la nuca, en tanto que Buteau, tomando carrera, con fuerte impulso y golpeándole con la cabeza como si fuera un ariete, consiguió sacarle fuera y dejarle tumbado en el camino.

Y en el umbral de la puerta se quedó el matrimonio, bloqueando la entrada con su cuerpo, mientras clamaba:

—¡Robaste nuestro dinero, ladrón!... ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Jean, después de haberse alzado del suelo, les respondió entre balbuceos de dolor y de cólera:

—Está bien, acudiré al juez de Châteaudun, para que me autorice a entrar de nuevo en mi casa, y os reclamaré judicialmente daños y perjuicios... ¡Hasta más ver!

Y, haciendo un último gesto de amenaza, desapareció, remontando hacia la llanura. Cuando la familia vio que se golpeaban, alejose prudentemente por temor a las complicaciones personales que trae consigo la administración de justicia.

Los Buteau lanzaron entonces un grito salvaje de victoria. ¡Por fin conseguían poner en medio del arroyo al forastero, al usurpador! Se hallaban ya dentro de la casa, en esa casa donde dijeron que volverían a entrar. ¡La casa! ¡La casa! Esa idea obsesiva que les corroía, la vieja mansión patrimonial,alzada por uno de sus antepasados; su gozo no tuvo límites y, durante largo rato, estuvieron galopando a través de las distintas piezas, vociferando hasta casi ahogarse, por el solo gusto de estar haciéndolo en su propia casa. Sólo el tío Fouan, que seguía sentado en el banco de piedra, les veía pasar con los ojos enturbiados, sin esbozar la más ligera risa.

Bruscamente, Buteau se detuvo.

—¡Maldita sea! Ha tirado hacia allá arriba. ¡Con tal de que no haya ido para causar algún daño a la tierra!

Resultaba en verdad una suposición algo absurda, pero aquel grito apasionado le había trastornado. La idea de la tierra acudía de nuevo a su mente, en medio de una sacudida de gozosa inquietud. ¡Ah! ¡La tierra! ¡La llevaba en sus entrañas, todavía más que la casa! ¡Aquella porción de tierra que terraplenaba el hoyo entre sus dos trozos, que venía a unificar su parcela de tres hectáreas, tan hermosa, además, que ni el propio Delhomme poseía una parecida! Todo su cuerpo se había puesto a temblar de gozo, cual si se tratase del retorno de una mujer deseada a la que ya se consideró perdida. Un

deseo inmediato de volverla a ver se apoderó de su mente, ante aquel loco temor de que el otro pudiera llevársela. Y marchó corriendo, refunfuñando que sufriría demasiado mientras no supiera a ciencia cierta lo que pudiera pasar.

Jean, en efecto, había remontado hasta la llanura, con el fin de evitar atravesar el pueblo; y, por hábito instintivo, seguía el camino de la Borderie. Cuando Buteau llegó a divisarle, pasaba precisamente a lo largo de la pieza de los Cornailles; no se detuvo sin embargo, ni lanzó a ese campo tan disputado más que una mirada de recelo y de tristeza, como si le acusara de haberle traído desgracia; un recuerdo acaba de humedecer sus ojos, el del día en que hablase con Françoise por vez primera. ¿No era en los Cornailles donde la *Coliche* la había arrastrado tras de sí, hasta meterla en un campo de alfalfa, siendo todavía una rapaza? Se alejó con paso lento, la cabeza baja, y Buteau que le espiaba, no sintiéndose tranquilo del todo y creyéndole capaz de un mal golpe, se aproximó a su vez a la pieza aquella. La estuvo contemplando de pie durante largo rato: seguía en su sitio, no tenía aspecto de sufrir ningún mal; nadie la había hecho daño. Su corazón volvía a hincharse de gozo, y se dirigía hacia ella, con la idea fija de que la poseería de nuevo para siempre jamás. Se agachó y cogió con las dos manos un terrón; lo deshizo y estuvo aspirando su aroma, para luego dejarlo resbalar entre sus dedos. Aquella era su tierra, y volvió a su casa canturreando, como ebrio de haberla respirado.

Mientras tanto, Jean seguía caminando, con la mirada imprecisa y sin saber realmente dónde le conducían sus pies. Al principio pensó acercarse a Cloyes, a casa del señor Baillehache, para intentar que le reintegraran en la posesión de la casa. Pero a poco, su cólera se había calmado. Si se instalaba de nuevo hoy, mañana sería preciso que saliera de ella. Y en tal caso, ¿por qué no tragarse esa pena de golpe, puesto que la cosa estaba hecha y no tenía remedio? Por lo demás, aquellos canallas tenían razón: pobre había llegado y pobre se iba. Pero lo que sobre todo le oprimía el pecho, lo que le inducía a resignarse, era el razonarse a sí mismo que la voluntad de Françoise, al morir, debió ser indudablemente el que las cosas ocurrieran así, desde el momento en que no le había legado sus bienes. Abandonaba, pues, el proyecto de actuar de un modo inmediato; luego, sin embargo, con el balanceo de la marcha, su cólera volvía a encenderse, y entonces todo era jurarse que llevaría a Buteau a los tribunales, para hacer que le devolviera su parte; la mitad de los bienes que integraban la comunidad matrimonial. ¡Ya veríamos si se dejaba desplumar como un capón!

Al levantar de pronto la vista, quedó asombrado al ver que se hallaba delante mismo de la Borderie. Un raciocinio interior, del que sólo había sido consciente a medias, le conducía hacia la granja, como a un refugio. Y, en efecto, si no quería abandonar la comarca, ¿no era allí donde le proporcionarían los medios de quedarse, un cobijo y trabajo? Hourdequin siempre le había tenido en estima, y no dudaba de que sería acogido en el acto.

Pero, de lejos, ver a la Cognette atravesando alocadamente el patio, le produjo inquietud. Sonaban las once e iba a caer en medio de una terrible catástrofe. Por la mañana, al bajar antes que la sirvienta, la joven había encontrado, al pie de la escalera, la trampa del sótano abierta, aquella trampa tan peligrosamente situada; y en el fondo se hallaba Hourdequin, muerto, con los riñones destrozados por el ángulo de un peldaño. La joven se había puesto a gritar, la gente había acudido, y un terror espantoso traía de cabeza a la granja. En aquellos momentos, el cuerpo del granjero yacía sobre un colchón instalado en el comedor, en tanto que Jacqueline se desesperaba en la cocina, con el rostro descompuesto y sin derramar una lágrima.

En cuanto Jean hubo entrado, la joven buscó en él consuelo, hablándole con voz estrangulada.

—Bien lo tenía dicho, ¡puse todo mi empeño en que cambiaran de sitio ese agujero!... Pero ¿quién ha podido dejarlo abierto? Estoy segura de que ayer noche estaba cerrado, cuando subí a acostarme... Desde esta mañana no hago más que pensar en ello y darle vueltas a la cabeza.

—¿El dueño, entonces, descendió antes que usted? —preguntó Jean, a quien el accidente tenía estupefacto.

—Sí, apenas si apuntaba el día... Yo, dormía. Me pareció oír una voz que llamaba desde abajo. Tuve la impresión de estar soñando... Era corriente que se levantara de aquella forma y a tales horas; bajaba siempre sin luz, para sorprender a los criados en el momento de levantarse... No habrá visto el agujero y se habrá precipitado por él. Pero ¿quién podría haber dejado aquella trampa abierta? ¡Ah! ¡Creí morir de espanto!

Jean, en quien una sospecha acaba de hacer mella, la desechó inmediatamente. Ningún interés tenía la joven en aquella muerte; su desesperación era sincera.

—Es una gran desdicha —murmuró.

—¡Oh! ¡Sí, una gran desgracia! ¡Una verdadera hecatombe para mí!

La joven se dejó caer sobre una silla, agotada, como si las paredes se desplomasen a su alrededor. ¡El amo, con quien por fin contaba poder

casarse! ¡El amo, que había jurado dejárselo todo en testamento! Y había muerto, no obstante, sin tiempo para dejar nada firmado. Ya no podría contar ni siquiera con un jornal, pues el hijo estaba a punto de volver y la echaría a puntapiés, como ya se lo había prometido. ¡Nada! ¡Algunas joyas y la ropa que llevaba puesta! ¡Un desastre, un auténtico hundimiento!

Lo que Jacqueline no contaba, ni acudía siquiera a su mente en aquellos momentos, era el despido del pastor Soulas, exigido por ella la misma víspera. Le acusaba de ser demasiado viejo, de no poder atender a su trabajo; y se había ensañado rabiosamente con él, porque nunca la perdía de vista, erigido en perpetuo espía. Aunque no era de su mismo parecer, Hourdequin había cedido, hasta tal punto se había doblegado a los caprichos de la joven, reduciendo su triste papel a una sumisión de esclavo, que sólo de esa forma podía conseguir alguna que otra noche de placer. Soulas, despedido con buenas palabras y un sinfín de promesas, contemplaba al amo en los últimos instantes, con ojos fijos y pálidos. Luego, pausadamente, se había puesto a soltar su paquete de información respecto de aquella mujerzuela, causa de todos sus males: el continuo galopar de machos a su alrededor, Tron después de tantos y tantos otros, así como el celo, insolente e impúdico de aquella ramera, del que todos eran conocedores, llegándose incluso a decir por la comarca que al amo debía sin duda gustarle mucho eso de limitarse a saborear los despojos de los criados. En vano el granjero, medio atontado, trató de interrumpirle; prefería la ignorancia en que vivía; no quería saber nada, ante el terror de verse forzado a echarla: el viejo, no obstante, había llegado hasta el final de su relato, sin omitir ni una sola de las veces en que la había sorprendido, metódicamente, sintiendo el corazón poco a poco aliviado, vacío de su prolongado rencor. Jacqueline ignoraba aquella delación, por haber escapado Hourdequin a través de los campos, ante el miedo a estrangularla si se le ponía por delante; a poco de haber regresado, se limitó simplemente a despedir a Tron, so pretexto de que tenía el corral espantosamente sucio. Algo sospechó entonces Jacqueline; pero no se había arriesgado a defender al vaquero, consiguiendo únicamente del amo que el criado en cuestión todavía durmiese allí aquella noche. ¡Ya se las compondría al día siguiente para que el mozo permaneciese en la granja! Ahora, todo eso quedaba como enturbiado, merced a un golpe del destino que venía a destruir sus diez años de laboriosos cálculos.

Jean estaba sólo con ella en la cocina, cuando apareció Tron. Jacqueline no le había visto desde la víspera; los demás criados andaban desperdigados por la granja, desocupados, ansiosos. Cuando la joven percibió al percherón,

aquel animalote de carnes infantiles, no pudo por menos de lanzar un grito, nada más que por la forma solapada en que entraba.

—¡Fuiste tú quien abrió la trampa!

Bruscamente, lo comprendió todo; el mozo estaba pálido, con los ojos desmesuradamente abiertos y los labios temblorosos.

—¡Fuiste tú quien abrió la trampa, y el que le llamó después para que se precipitara por allí!

Sobrecogido por aquella escena, Jean se había apartado unos pasos. Ni uno ni otro, por lo demás, parecían haberse dado cuenta de su presencia, dada la violencia pasional en que estaban sumidos. Tron, calladamente y con la cabeza baja, confesaba su delito.

—Sí, fui yo... Me había despedido; no hubiera podido volverte a ver, y eso no podía ser de ningún modo... Además, pensé que si moría quedaríamos en libertad para estar siempre juntos.

Ella le escuchaba, tiesa, en medio de una tensión nerviosa que la mantenía en vilo. Él, con sus gruñidos de satisfacción, iba soltando cuanto previamente había rumiado en el fondo de su duro cráneo; una envidia humilde y feroz de criado contra el amo al que obedece; un plan solapado conducente al crimen, para asegurarse la posesión de aquella mujer, que quería para él solo.

Una vez consumada la cosa, creí que te alegrarías... Si no te dije nada, fue con la idea de no causarte molestia... Y ahora que ya ha muerto, vengo para llevarte conmigo y casarnos.

Jacqueline, con voz brutal, exclamó:

—¡Tú! ¿Pero qué te has imaginado? ¡Ni te amo ni te quiero a mi lado!... ¡Ah! ¡De modo que le mataste para así tenerme segura! Hace falta que seas más bestia todavía de lo que yo me imaginaba. ¡Cometer semejante torpeza, antes de que se casara conmigo y de que hiciera testamento!... Me has arruinado, me quitaste el pan de la boca. Es a mí a quien has destrozado, ¿comprendes, animal, pedazo de bruto?... ¿Imaginas que voy a seguirte? Mírame fijamente, ¿pretendes acaso mofarte de mí?

Él a su vez la escuchaba como atontado, en medio del estupor que le producía aquella inesperada acogida.

—Porque haya bromeado contigo, porque hayamos gozado juntos, ¿te imaginas que vas a estar fastidiándome siempre?... ¿Casarnos? ¡Ah! ¡No, eso nunca! ¡Escogería uno más listo, si es que deseaba un hombre!... ¡Anda, vete me pone enferma el verte!... ¡No te amo, ni quiero volver a verte! ¡Vete de una vez!

Un arranque de cólera sacudió al mozo. ¿Qué significaba todo eso? ¿Habría matado en balde? Aquella mujer le pertenecía, la cogería por el gaznate y se la llevaría.

—Eres una bribona altiva —refunfuñó—. Pero eso no impedirá que te vengas conmigo. En otro caso, liquidaré cuentas contigo, lo mismo que hice con el otro.

La Cognette, con los puños apretados, se dirigió airada hacia él.

—¡Intenta hacerlo, si te atreves!

El mozo era fuerte, alto y robusto; ella, en cambio, no podía ser más débil; con su delgada cintura y su fino cuerpo de joven hermosa. Sin embargo, fue él quien retrocedió; tan espantoso le pareció su aspecto, con los dientes prestos a morderle, la mirada aguda y reluciente como la hoja de un cuchillo.

—Lo nuestro ha terminado. ¡Vete!... Antes que irme contigo, preferiría no ver jamás a ningún hombre... ¡Vete, vete, vete!

Y Tron se fue, en efecto, dando saltos hacia atrás, en una de esas retiradas de bestia carnicera y cobarde, que cede de inmediato ante el miedo, dejando socarronamente para después lo que ha de constituir su venganza. La contempló en el último instante y todavía añadió:

—¡Muerta o viva, pero te tendré!

Cuando hubo salido de la granja, Jacqueline lanzó un suspiro de alivio. Al volverse luego, temblorosa, no le asombró lo más mínimo ver allí a Jean; y exclamó en un arranque de franqueza:

—¡Ah! ¡Qué canalla! ¡Le haría detener por los gendarmes, si no temiera verme envuelta en el asunto!

Jean permanecía quieto y helado. Una reacción nerviosa se iba operando por lo demás en la joven; parecía como ahogarse y se echó en sus brazos sollozando, repitiendo a cada momento que era una desdichada. ¡Oh! ¡Desdichada y bien desdichada! Se deshacía en un mar de lágrimas; quería ser compadecida y amada; se pegaba a él como si hubiera deseado que se la llevara consigo y la conservase a su lado. Y empezaba a encontrarse en una situación violenta en extremo, cuando el cuñado del muerto, el notario Baillehache, a quien había ido a avisar un criado, saltó de su cabriolé en el patio. Entonces Jacqueline acudió a él presurosa y le expuso su desesperación.

Jean, que había conseguido escapar de la cocina, se encontró en plena llanura, bajo un cielo lluvioso del mes de marzo. No veía nada, trastornado como estaba por aquella historia, cuyo escalofrío se sumaba a la pena producida por su propia desgracia. La mala suerte y un impulso egoísta le hacía apresurar el paso, a pesar de la lástima que le daba la suerte sufrida por

su antiguo amo Hourdequin. Su papel no consistía precisamente en denunciar a la Cognette y a su galán; si la justicia quería enterarse, no tenía más que abrir los ojos. En dos ocasiones se volvió para ver, creyendo que le llamaban, como si se hubiera sentido cómplice. Sólo al llegar a las primeras casas de Rognes, respiró aliviado; y entonces empezó a razonar para sus adentros, que el granjero había muerto víctima de su propio pecado, y eso le llevaba a pensar en aquella gran verdad según la cual sin las mujeres los hombres serían mucho más felices. El recuerdo de Françoise acudía de nuevo a su mente; una gran emoción le embargaba.

Cuando se encontró de vuelta en el pueblo, Jean recordó que había ido a la granja para pedir trabajo. Inmediatamente empezó a inquietarse, preguntándose afanosamente dónde podría llamar a aquella hora; y de súbito recordó que los Badeuil necesitaban un jardinero desde hacía unos días. ¿Por qué no ir a ofrecerse? No dejaba de seguir en cierto modo perteneciendo a la familia, y quizá le sirviera eso de recomendación. E inmediatamente se dirigió a Roseblanche.

Era la una, los Badeuil acababan de comer cuando la sirvienta le introdujo. En aquel momento, Élodie estaba sirviendo el café, y el señor Badeuil, que había hecho sentarse al primo, se empeñó en que tomase una taza. Éste aceptó, aunque nada había comido desde la víspera: tenía el estómago demasiado encogido, aquello le haría reaccionar un poco. Pero cuando se vio sentado a aquella mesa, con aquellos burgueses, ya no se atrevió a pedir la plaza de jardinero. Enseguida lo haría, en cuanto encontrase la oportunidad. El señor Badeuil se había puesto a lamentar su desgracia, a llorar la muerte de aquella pobre Françoise y su enternecimiento parecía ir en aumento. Sin duda, la familia imaginaba que venía a decirles adiós.

Luego, habiendo anunciado la criada a los Delhomme, padre e hijo, Jean fue olvidado por completo.

—Hágalos entrar y saque otras dos tazas.

Para los Badeuil se trataba de un asunto muy importante desde por la mañana. Al salir del cementerio, Nénesse les había acompañado hasta Roseblanche; y mientras la señora Badeuil entraba en la casa con Élodie, él había retenido aparte a Charles, presentándosele abierta y descaradamente como comprador del 19, si es que llegaban a un acuerdo. Según su punto de vista, la casa, que manifestó conocer, sería vendida por un precio ridículo; no creía que Vaucogne consiguiera siquiera cinco mil francos, dado el desprestigio en que había caído el negocio por su culpa; todo había que cambiarlo allí; el ajado mobiliario, el personal, escogido sin ningún gusto, tan

defectuoso además que la misma tropa se atrevía a frecuentar la casa. Durante cerca de veinte minutos estuvo de esa manera despreciando el establecimiento, aturdiendo a su tío, queriendo dejarle al propio tiempo estupefacto con lo mucho que él entendía de la cosa, con su pretendida ciencia del marchandeo y las extraordinarias dotes de que daba muestras, dada su juventud. ¡Ah! ¡El buen mozo aquel! ¡Éste sí sabría tener a todos en un puño! Y Nénesse le había dicho que volvería acompañado de su padre, después de comer, para hablar en serio del asunto.

Al entrar en la casa, el señor Badeuil estuvo hablando con su mujer largo rato, y ésta se maravilló a su vez de la valía de aquel muchacho. ¡Si el yerno hubiera tenido tan sólo la mitad de esa capacidad!... Había que jugar fuerte y hábilmente, para no verse cogidos por el jovencito en cuestión. Era la dote de Élodie, lo que había que salvar del desastre. Pero en el fondo de aquel miedo, existía una simpatía invencible, algo así como un ferviente deseo de, aun perdiendo, ver el 19 en las hábiles y vigorosas manos de un dueño que pudiera sacarle todo su rendimiento. Por ello, cuando entraron los Delhomme, les acogieron muy cordialmente.

—Tomarán una taza de café, ¿verdad?... Élodie, ofréceles azúcar.

Jean había hecho retroceder su silla, y todos se encontraron sentados alrededor de la mesa. Recién afeitado, con la cara inmóvil, Delhomme no soltaba una palabra, sumido en una reserva diplomática, mientras que Nénesse, cuidadosamente vestido, con zapatos de charol y corbata color malva, se mostraba muy amable, sonriente y seductor. Cuando Élodie, ruborizada, le ofreció el azucarero, él la dirigió una mirada, diciéndole muy galante:

—Qué gruesos son sus terrones de azúcar, prima.

La muchacha se sonrojó más aún y no supo qué responder, hasta tal punto trastornaba su inocencia la palabra de un joven amable.

Por la mañana, como hombre taimado que era, Nénesse no se había aventurado a hablar más que de la mitad del negocio que proyectaba. Desde que tuviera lugar el entierro, en donde había tenido ocasión de ver a Élodie, su plan se había ampliado de repente: no sólo lograría hacerse con el 19, sino que aspiraba también a conseguir la joven. La operación resultaba por demás sencilla. Para empezar, no habría que desembolsar nada, pues no la aceptaría si no era con casa y dote; luego, aunque de momento no aportase más que la dote prometida, más adelante heredaría de los abuelos una verdadera fortuna. Y esa era la razón por la cual había traído consigo a su propio padre, resuelto a que la petición de mano se hiciera de inmediato y sobre la marcha.

Durante un momento estuvieron hablando de la temperatura, que era realmente suave para la estación. Los perales estaban floridos, pero ¿aguantaría la flor? Cuando terminaron de tomar el café, cambió el tema de conversación.

—Escucha, querida —dijo repentinamente el señor Badeuil a Élodie—; deberías salir a dar un paseo por el jardín.

Quería alejarla, para que así los Delhomme soltaran cuanto tenían que decir.

—Perdón, tío —interrumpió Nénesse—, pero le agradecería que permitiese a mi prima permanecer aquí con nosotros... Tengo que hablarle de algo que le afecta personalmente. ¿No le parece? Siempre es mejor acabar los asuntos de primer intento.

Y levantándose, formalizó la petición de mano, como lo hubiera hecho cualquier joven bien educado.

—Es para decirle que me sentiría dichoso si me concediese la mano de su nieta, en el supuesto de que ella misma preste su consentimiento.

La sorpresa fue enorme. Élodie, sobre todo, pareció trastornarse por completo, hasta el punto de que, levantándose de su silla, fue a echarse en brazos de la abuela, en un azoramiento de pudor que tiñó de púrpura hasta sus mismas orejas. Su abuela se apresuró a calmarla.

—Vamos, tranquilízate, hija mía, es muy feo lo que estás haciendo. ¡Tienes que ser razonable!... No te van a comer porque te pidan en matrimonio... Tu primo no ha dicho nada malo; mírale, no seas tonta.

Pese a todas esas buenas palabras, no hubo forma de que su rostro volviera a la normalidad.

—¡Dios mío! Muchacho —acabó por manifestar el señor Badeuil—, te aseguro que no esperaba esa petición que acabas de hacerme. Quizás hubiera sido mejor que me hablaras antes, pues ya ves lo sensible que es la muchacha... Pero, suceda lo que suceda, ten la seguridad de que te estimo, ya que pareces buena persona y trabajador.

Delhomme, que hasta entonces no había movido ni un solo músculo de su cara, dejó escapar dos palabras.

—¡Desde luego!

Y Jean, comprendiendo que debía comportarse cortésmente, añadió:

—¡Ah! ¡Sí, no cabe duda!

El señor Badeuil procuraba concentrarse, y ya había reflexionado en aquellos breves momentos que Nénesse no era ningún mal partido: joven, activo e hijo único de campesinos ricos. Seguro que su nieta no encontraría

otro mejor. Por ello, después de haber cruzado una mirada con su esposa, continuó:

—Es la niña quien tiene la palabra. Jamás nos atreveremos a contrariarla sobre este particular; se hará lo que ella quiera.

Entonces, Nénesse, galantemente, renovó su petición.

—Prima, si quisieras concederme el honor y el placer...

La muchacha seguía con la cabeza hundida en el seno de su abuela, pero ni siquiera le dejó acabar, apresurándose a aceptar con un signo de cabeza enérgico, que repitió tres veces, hundiendo su cabeza más aún. Eso de taparse los ojos, le daba por lo visto más valor. Todos quedaron sobrecogidos por aquella prisa en decir que sí. ¿Sería que amaba ya a aquel joven, al que apenas había visto? ¿O era más bien que deseaba uno, no importa cuál, con tal de que fuera un hombre guapo?

La señora Badeuil la besó los cabellos, sonriente, mientras repetía:

—¡Pobrecita mía! ¡Pobrecita mía!

—Pues bien —añadió el señor Badeuil—, puesto que le parece bien, también nosotros estamos conformes.

Pero un pensamiento ensombreció su mente de improviso. Sus pesados párpados volvieron a caer, al tiempo que hacía un gesto de desagrado.

—Naturalmente, muchacho, se da por descontado que abandonamos el otro proyecto, lo que proponías esta mañana.

Nénesse se mostró asombrado.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? Pues porque... Vamos..., ¡tú me comprendes!... No la hemos tenido hasta los veinte años en las damas de la Visitación para que ahora... ¡En fin, que es imposible!

Y guiñaba los ojos y torcía la boca para hacerse entender, temiendo decir demasiado. ¡La pequeña, allí abajo, en la calle de los Juifs! ¡Una señorita que había recibido tanta instrucción, de una pureza tan absoluta y educada en la ignorancia de todo!

—¡Ah! Perdón —repuso secamente Nénesse—, pero otra cosa no entra en mis cálculos... Me caso para establecerme, quiero mi prima y la casa.

—¡La confitería! —exclamó la señora Badeuil.

Y, lanzada esa palabra al vuelo, continuó la discusión, repitiéndola más de diez veces. ¡La confitería! ¿Era razonable aquello? El joven y su padre se empeñaban en exigirla como dote; decían que aquello no podía abandonarse, que constituía la auténtica fortuna del futuro; y apelaban al testimonio de Jean, que convenía en ello con un movimiento de cabeza. Finalmente,

acabaron por ponerse a gritar todos ellos, dejándose llevar por sus propios impulsos, dando detalles crudos y elocuentes, cuando un incidente imprevisto hizo que se callaran de repente.

Lentamente, Élodie acababa por fin de desprender su cabeza del seno de la abuela; se levantó y con su aire de flor de lis vegetada a la sombra, con su palidez de virgen clorótica, sus ojos vacíos y su cabellera incolora, les contempló a todos y dijo tranquilamente:

—Mi primo tiene razón; aquello no se puede abandonar.

Asustada, la señora Badeuil no hacía más que balbucear.

—Pero, hija mía, si tú supieras...

—Estoy enterada... Hace ya tiempo que Victorine me lo contó todo; Victorine, aquella criada que fue preciso despedir por los líos que se traía con los hombres... Estoy enterada, he reflexionado sobre el particular y os aseguro que no debe ser abandonado.

Una sensación de estupor tenía petrificados a los Badeuil. Se les salían los ojos de las órbitas, contemplaban a la nieta en medio de un profundo atontamiento. ¡Menuda sorpresa! ¡De modo que conocía el 19, lo que allí se hacía, lo que se ganaba, el oficio en fin, y se permitía hablar además con aquella asombrosa serenidad! ¡Ah! ¡La inocencia! ¡Cómo hablaba de todo, sin enrojecer siquiera!

—Aquello no puede ser abandonado —repitió una vez más—. Es un negocio muy bueno; rinde demasiado para despreciarlo... Además, se trata de una casa que habéis creado vosotros y en la que tanto trabajasteis. ¿Es justo que salga de la familia?

El señor Badeuil se sintió trastornado. En su sobrecogimiento se mezclaba una emoción indecible, que le partía el corazón y le oprimía la garganta. Se había puesto en pie, pero le temblaban las piernas y buscó apoyo en su mujer, que también se había levantado, sofocada y temblorosa. Ambos creían que se trataba de un sacrificio que hacía la nieta por ellos, y rehusaban con enajenada voz.

—¡Oh!, querida. ¡Oh!, querida... No, no, hija mía...

Pero los ojos de Élodie se humedecían, y acercó la mano a su boca para besar la vieja alianza de su madre, que llevaba puesta, aquella alianza testigo de tantos esfuerzos y trabajos.

—Sí, sí, dejadme desarrollar mi idea... Quiero ser como mamá. Lo que ella hizo, puedo hacerlo yo. No hay ningún deshonor en ello, puesto que también vosotros lo hicisteis... Me agrada extraordinariamente, os lo aseguro.

¡Ya veréis si ayudo a mi primo, y cómo levantamos enseguida la casa entre los dos! Será preciso que la cosa marche; ¡no me conocéis bien!

Aquello fue entonces el delirio; los Badeuil lloraban a lágrima viva. El enternecimiento les anegaba, sollozando como criaturas. Desde luego, ellos no la habían educado con esa idea; pero ¿qué hacer cuando es la voz de la sangre la que hablar? Reconocían el grito de la vocación. Ocurría lo mismo que cuando Estelle: también a ella la habían encerrado en las damas de la Visitación, en la ignorancia de todo, penetrada de los más rígidos principios de la moral; pero no por ello había dejado de ser una regentadora fuera de serie en esa clase de negocio. La educación no significaba nada; era la inteligencia lo que lo decidía todo. Pero la desbordante emoción de Charles, las lágrimas que no podía dominar, tenían por causa más aún: el pensamiento glorioso grabado en su mente de que el 19, su obra, su propia carne, iba a ser salvada de la ruina. Élodie y Nénesse, con la hermosa llama de la juventud, continuarían su raza. Y la veían ya restaurada, mereciendo nuevamente el favor del público, centelleando, tal como brillaba en fin sobre Chartres en los más hermosos días de su reinado.

Cuando el señor Badeuil pudo hablar, cogiendo a la nieta entre sus brazos, exclamó:

—Fueron muchos los disgustos que nos causó tu padre, pero tú nos consuelas de todo, ángel mío.

La abuela también la abrazó, y acabaron por no integrar más que un grupo, confundiendo todos sus lloros en uno.

—¿Entonces quedamos de acuerdo? —preguntó Nénesse, que quería dejar concertado un compromiso.

—Sí, de acuerdo.

Delhomme resplandecía de gozo, como padre encantado de haber casado a su hijo de forma inesperada. Y, en medio de su prudencia, se movió para expresar su opinión.

—¡Ah! ¡Buena sangre la de estos jóvenes! Nada tendréis que lamentar por parte vuestra, y tampoco nosotros... A muchachos como éstos no es preciso desearles buena suerte. Cuando se gana dinero, las cosas marchan siempre bien.

Y después de aquella conclusión, volvieron a sentarse para hablar tranquilamente de los detalles.

Jean comprendió que estaba estorbando. En medio de todas aquellas efusiones se sentía embarazado, y ya hubiera escapado antes de haber sabido cómo hacerlo. Acabó por coger aparte al señor Badeuil para hablarle del

empleo de jardinero. El semblante de éste cambió por completo hasta ponerse serio. ¡Emplear en su casa a un pariente! ¡Jamás! Con los parientes nunca se tira adelante, pues no hay forma de golpearles. La plaza, por otra parte, estaba ocupada desde la víspera. Y Jean acabó por marcharse, mientras Élodie, con su blanca voz de virgen, aseguraba que si su papá no se portaba como era debido, ya se encargaría ella de hacerle entrar en vereda.

Una vez fuera, Jean se alejó con paso lento, sin saber a qué puerta llamar para encontrar trabajo. De aquellos ciento veintisiete francos, había tenido ya que pagar el entierro de su mujer, la cruz y el nicho del cementerio. Apenas le quedaba la mitad de esa suma, con la que iría tirando unas tres semanas, hasta ver lo que hacía. Sonaron las tres, luego las cuatro, y más tarde las cinco. Todavía estuvo recorriendo la campiña por espacio de bastante tiempo, con la cabeza atiborrada de desvaríos y conceptos confusos, dirigiéndose tan pronto hacia la Borderie como a casa de los Badeuil. En todas partes el mismo cuento; el dinero y la hembra; unos morían y otros vivían. Nada le sorprendía, por lo tanto, que todos sus males procedieran de la misma fuente. Al sentir debilidad en las piernas, cayó en la cuenta de que todavía no había comido, y se volvió hacia el pueblo, decidido a alojarse en casa de Lengaigne, que alquilaba habitaciones. Pero cuando atravesaba la plaza de la iglesia, la visión de aquella casa de la que había sido arrojado por la mañana, le encendió de nuevo la sangre. ¿Por qué iba a consentir que aquellos canallas se apropiaran de sus dos pantalones y de su levita? Eran suyos, los quería, y estaba dispuesto a reemprender la lucha.

Anocheecía y Jean apenas pudo distinguir al tío Fouan sentado en el banco de piedra. Llegaba ya a la puerta de la cocina, donde ardía una vela, cuando Buteau le reconoció y corrió a obstruirle el paso.

—¡Por vida de...! ¿Todavía tú por aquí?... ¿Qué pretendes ahora?

—Quiero mis dos pantalones y mi levita.

Una riña espantosa estalló seguidamente. Jean se obstinaba, quería rebuscar en el armario, en tanto que Buteau, con una podadera en la mano, juraba cortarle el cuello si se atrevía a traspasar el umbral. Por fin, oyóse en el interior la voz de Lise que gritaba:

—¡Vamos, devuélvele sus harapos!... ¡De nada te iban a servir, están podridos!

Los dos hombres se callaron. Jean permaneció a la espera. Pero a sus espaldas, sentado sobre el banco de piedra, el tío Fouan pareció estar soñando, pues, con la cabeza perdida, balbuceaba con su empastada voz:

—¡Huye de aquí! ¡Te degollarán, lo mismo que hicieron con la pequeña!

Aquello fue una revelación. Jean comprendió entonces todo lo ocurrido, la muerte de Françoise y su muda obstinación. Ya había existido en él la sospecha, pero ahora ya no dudó más; la infeliz había querido salvar a su familia de la guillotina. El miedo le erizaba los cabellos, no encontraba forma de reaccionar, moviéndose o lanzando un grito, cuando recibió en pleno rostro los pantalones y la levita que Lise le arrojaba en aquel momento por la puerta abierta.

—¡Ahí tienes tus porquerías!... ¡Huelen tanto que hubieran apestado la casa!

Jean recogió sus prendas y se fue. Ya en el camino, cuando hubo salido del patio, blandió el puño hacia la casa, gritando una sola palabra que vino a romper el silencio reinante.

—¡Asesinos!

Luego desapareció en la oscuridad de la noche.

Buteau había quedado sobrecogido, pues oyó la frase refunfuñada en sueños por el viejo Fouan, y ahora la palabra pronunciada por Jean acababa de herir su cuerpo lo mismo que una bala. ¿Qué cabía esperar? ¿Llegarían a tomar cartas en el asunto los gendarmes, cuando ya imaginaban haber enterrado el asunto con Françoise? Desde que la viera descender a la sepultura por la mañana, creyó poder respirar, y mira por donde ahora resultaba que el viejo lo sabía todo. ¿Estaría haciéndose el estúpido para espiarles? Aquello acabó de agudizar la angustia de Buteau, que entró de nuevo en su casa sintiéndose tan enfermo, que dejó en el plato la mitad de su corrida. Lise, enterada de lo sucedido, temblorosa, tampoco comió.

Los dos habían pensado festejar aquella primera noche pasada en la casa reconquistada. Sin embargo, resultó abominable, una auténtica noche de pesadilla. Habían acostado a Laure y Jules sobre un colchón, delante de la cómoda, en espera de instalarlos en otro lugar; pero después de haberse acostado ellos también y apagado la vela, permanecieron despiertos, les era imposible conciliar el sueño, y no hacían más que dar vueltas sobre su cuerpo como si estuvieran en ascuas, hasta que acabaron por ponerse a hablar a media voz. ¡Ah! ¡Dichoso padre aquel, que tanto les pesaba desde que parecía haber vuelto a la infancia! Imposible imaginar el pan que llegaba a tragar, y lo glotón que era, cogiendo siempre la carne con los dedos, dejando que resbalara el vino por su barba, tan puerco siempre, que sólo el verle producía náuseas. Y ahora, además, se le veía a todas horas con los calzones desabrochados, presto a mostrar sus intimidades en cuanto veía niñas a su alrededor: una manía de bestia acabada, un final que no podía ser más

desagradable en un hombre que, en sus tiempos, no era más puerco que otro cualquiera. ¡Tentaciones les daban de acabar con él de un golpe de azada, puesto que no se decidía a desaparecer por sí mismo!

—¡Cuando uno piensa que caería redondo, con sólo soplar encima! — murmuró Buteau—. Y sin embargo, va tirando, aunque no sea más que para servirnos de estorbo. ¡Estos malditos viejos! ¡Con qué obstinación se agarran a la vida!... Tengo la impresión de que no reventará nunca.

Lise, sentada en la cama, dijo a su vez:

—Ha sido un error dejarle entrar aquí... De haberle rezado a Dios, yo le hubiera pedido que no le hubiese dejado dormir en la casa ni una sola noche.

Sin embargo, ninguno de los dos se atrevían a abordar lo que constituía su verdadera preocupación, la idea en ellos obsesiva de que el padre lo sabía todo y podía denunciarles, incluso inocentemente. Aquello ya era el colmo. El que significara un gasto, que les estorbara a todas horas y les impidiera disfrutar a gusto de los valores de renta robados, eran realidades que venían soportando desde hacía mucho tiempo. Pero que con sólo pronunciar una palabra pudiera hacer que rodasen sus cabezas por el suelo, aquello ya era demasiado. Era preciso poner las cosas en orden.

—Voy a ver si duerme —dijo Lise bruscamente.

Volvió a encender la vela, se aseguró de que Laure y Jules seguían durmiendo profundamente y se deslizó en camisa por la habitación de las remolachas, en donde habían vuelto a instalar la cama de hierro del viejo. Cuando regresó, se hallaba temblorosa, con los pies helados por el frío del suelo; metióse bajo las mantas y se apretó al marido, que la cogió entre sus brazos para calentarla.

—¿Qué hace?

—Duerme, tiene la boca abierta como una carpa, por el sofoco que siente al respirar.

Se impuso un silencio, aunque poco importaba que callaran, pues en su apretado abrazo percibían claramente bajo la piel el latido de sus pensamientos. Aquel viejo que tanto se sofocaba siempre, que se ahogaba con su propia respiración, ¡era tan fácil acabar con él! Con nada que le pusieran en la garganta, un simple pañuelo, tan sólo los dedos, se librarían para siempre de él. Bien vistas las cosas, incluso le prestarían un servicio. ¿No valía más morir tranquilamente en el cementerio, que constituir una carga, no sólo para los demás, sino también para sí mismo?

Buteau continuaba estrechando a Lise entre sus brazos. Ahora los dos abrasaban, como si un mismo deseo hubiera encendido la sangre de sus venas.

De repente, él la soltó y, a su vez, de un salto, puso sus desnudos pies sobre el enlosado.

—Yo también me acercaré a verle.

Y cogiendo la vela, desapareció. Lise, entretanto, contenía su respiración, escuchando atentamente, con los ojos abiertos de par en par en las negruras de la habitación. Pero los minutos pasaban y ningún ruido llegaba de la pieza vecina. Por fin le oyó volver sin luz, por el suave roce de sus pies, tan angustiado, que no podía contener el susurro de su aliento. Se acercó hasta el lecho, estuvo palpando hasta encontrarla y luego le sopló al oído:

—Ven conmigo, yo solo no me atrevo.

Lise siguió a Buteau con los brazos extendidos por temor a darse un golpe. Ya no sentían ningún frío, incluso les molestaba la camisa. La vela estaba en el suelo, en un rincón de la habitación del viejo; pero iluminaba lo suficiente para distinguirlo, tumbado boca arriba, con la cabeza inclinada sobre la almohada. Estaba tan rígido, tan descarnado por la edad, que se le hubiera creído muerto, a no ser por el penoso estertor que salía de su boca, abierta de par en par. Le faltaban los dientes y sólo se veía allí un agujero negro, en el que los labios mismos parecían torcerse hacia adentro, un agujero sobre el cual los dos se inclinaron, como para comprobar lo que restaba de vida en el fondo. Durante largo rato estuvieron los dos mirando, uno al lado del otro, fundidos materialmente sus cuerpos. Pero sus brazos flojeaban, era muy fácil y muy pesado al mismo tiempo, eso de coger, no importa qué, y tapar aquel agujero. Se fueron por unos momentos y volvieron otra vez. Su seca lengua no hubiera podido pronunciar una sola palabra, la elocuencia residía en sus propios ojos. De una mirada, ella le había mostrado la almohada. ¡Andando! ¿A qué esperaba? Por parte de él, todo era abrir y cerrar los párpados, como induciéndola a que ocupara su lugar y actuara en lugar suyo. Bruscamente, Lise empuñó la almohada y tapó con ella la cara del padre.

—¡Cobarde! ¡Siempre tienen que ser las mujeres!

Buteau se acercó entonces y oprimió con todo el peso de su cuerpo, mientras ella subía al lecho, se sentaba encima de la almohada y hundía la misma su desnuda grupa de yegua hidrópica. Les sobrevino un acceso de rabia furiosa, uno y otro apretaban alocadamente, con los puños, con los hombros, con los muslos. El padre había experimentado una violenta sacudida, y sus piernas se habían distendido produciendo el ruido de resortes que se sueltan. Hubiérase dicho que daba saltitos como un pez lanzado sobre la hierba. Pero aquello no duró mucho. Le mantenían oprimido con todas sus

fuerzas, notando debajo de sí cómo se iba aplastando y vaciando su existencia. Un prolongado estremecimiento, una última sacudida y, después, nada absolutamente, algo tan blando y moldeable como un trapo.

—Creo que ya está —refunfuñó Buteau sofocado.

Lise, que seguía sentada, en silencio, sin dar brincos ya, se agazapó sobre sí misma para comprobar si en aquel cuerpo quedaba algún hálito de vida.

—Ya está; no se mueve.

Y se dejó resbalar, con la camisa enrollada en las caderas, levantando seguidamente la almohada con la que habían oprimido la cabeza del viejo. No obstante, lanzaron un alarido de terror.

—¡Maldita sea! ¡Se ha quedado completamente negro! ¡Estamos perdidos!

En efecto, imposible explicar ni hacer creer que había quedado por sí mismo en semejante estado. En su coraje por apisonarlo, habían hecho que introdujera la nariz en el fondo de su boca; y estaba amoratado, negro de veras. Por unos instantes pareció temblar el suelo bajo sus pies: oían el galopar de los gendarmes, las cadenas de la prisión, la cuchilla de la guillotina. Aquella tarea tan mal realizada les llenaba de espanto. ¿Cómo arreglarlo ahora? Quizá lavándole la cara con jabón; pero nunca se volvería blanco. Y la angustia de verle con aquel color de hollín, fue lo que le sugirió una idea.

—¿Qué te parece si le quemáramos? —murmuró Lise.

Buteau, más tranquilo, respiró fuertemente.

—Eso es, diremos que se quemó él mismo.

A renglón seguido, la idea de los títulos surgió en su mente; tanteó con las manos, y su rostro se iluminó con una risa triunfante.

—Sí, haremos eso, dejaremos que crean que los papeles ardieron con él... ¡Así no habrá que rendir cuentas a nadie!

Corrió a buscar la vela. Pero ella, que temía prender fuego a la habitación, al principio no quiso que se acercase a la cama. En el rincón había un poco de paja, detrás de las remolachas; y, cogiendo ella un puñado la encendió, empezando por chamuscar el cabello y la barba del padre, muy larga y blanca. Un olor a grasa empezó a expandirse, al tiempo que crepitaba y lanzaba unas llamaraditas amarillentas. De vez en cuando se echaban hacia atrás, en medio de su atontamiento, como si una mano fría les hubiera tirado de los cabellos. Con el espantoso sufrimiento que debían producirle las quemaduras, el padre, mal ahogado, había abierto los ojos; y aquella máscara atroz, negra, con su gran nariz aplastada y la barba chamuscada, contemplaba a sus verdugos.

Reflejó una horrible expresión de dolor y de odio. Seguidamente, su faz se dislocó por completo, y murió.

Loco como estaba ya, Buteau lanzó un rugido de furor, cuando oyó que sollozaban a la puerta. Eran los dos pequeñuelos, Laure y Jules, en camisa, despertados al oír ruido y atraídos al mismo tiempo por la luminosidad de las llamas hacia aquella habitación abierta. Lo habían visto todo y tiritaban de espanto.

—¡Malditos piojosos! —gritó Buteau precipitándose hacia ellos—. Si decís una sola palabra a nadie, os estrangulo... ¡Toma, para que os acordéis!

Y de un par de cachetes, les tiró por el suelo. Se levantaron seguidamente y corrieron a toda prisa para apilonarse en su colchón, de donde no volvieron a moverse.

Buteau quiso acabar de una vez y, a pesar de que su mujer se oponía, prendió fuego al jergón de paja. Afortunadamente, la habitación estaba tan húmeda, que la paja ardía lentamente. Se formó enseguida una densa humareda, y tuvieron que abrir el tragaluz, medio asfixiados. Luego las llamas se avivaron, creciendo hasta alcanzar el techo. El padre se asaba allí dentro, aumentando también aquel insoportable olor, el olor a carne quemada. Toda la vieja mansión habría ardidido como un pajar, si la paja no se hubiera puesto a humear bajo el hervor del cuerpo. Muy pronto ya no quedó, sobre los travesaños de la cama de hierro, otra cosa que el cadáver medio carbonizado, desfigurado, irreconocible. Un rincón del jergón de paja había permanecido intacto, y la extremidad de una sábana, todavía colgaba por allí.

—Huyamos —dijo Lise, que a pesar del calor reinante estaban tiritando de nuevo.

—Espera —respondió Buteau—, hay que dejar arregladas las cosas.

Colocó a la cabecera del camastro una silla, sobre la que depositó de nuevo la vela del viejo, para dar la impresión de que había caído sobre el jergón. E incluso tuvo la malicia de hacer arder algunos papeles en el suelo de la habitación. Encontrarían las cenizas, y ya se encargaría él de explicar que la víspera el viejo había descubierto y guardado sus títulos.

—Todo terminó. ¡Ahora a la cama!

Buteau y Lise se retiraron a toda prisa, empujándose el uno al otro hasta conseguir tumbarse de nuevo en su cama. Pero las sábanas se habían quedado heladas, y tuvieron que unirse de nuevo en estrecho abrazo para entrar en calor. Estaba amaneciendo cuando todavía no habían pensado en dormirse. No cruzaron entre sí ni una sola palabra, todo era sentir estremecimientos, al cabo de los cuales oían los fuertes latidos de su respectivo corazón. Lo que les

molestaba era la puerta de la habitación vecina, que había quedado abierta; y la sola idea de levantarse para cerrarla les inquietaba más aún. Acabaron finalmente por medio amodorrarse, sin llegar por ello a soltarse.

A la mañana siguiente, ante las desesperadas llamadas de los Buteau, fue acudiendo el vecindario. La Frimat y las demás mujeres pudieron constatar efectivamente lo de la vela volcada, el jergón de paja medio destruido y los papeles reducidos a cenizas. Todas se pusieron a gritar que aquello tenía que suceder un día, que lo habían anunciado más de cien veces, pues el viejo había retornado a la primera infancia. ¡Y suerte todavía de que la casa no se hubiera quemado con él!

VI

Dos días después, la mañana en que el tío Fouan debía ser enterrado, Jean, agotado por una noche de insomnio, se despertó muy tarde, en la pequeña habitación que ocupaba en casa de Lengaigne. Todavía no había ido a Châteaudun a formalizar el pleito; la sola idea de hacerlo le tenía atornillado a Rognes, cada noche dejaba el asunto para el día siguiente, vacilando más y más a medida que su cólera se iba calmando; y el que pudiera considerarse último combate, era lo que le había tenido desvelado y febril toda la noche, al no saber qué decisión tomar.

¡Esos Buteau! ¡Salvajes homicidas, asesinos odiosos, a los que todo hombre honrado debía hacer que les cortaran la cabeza! En cuanto supo lo de la muerte del viejo, comprendió lo que había sucedido: aquellos canallas acababan de asarle vivo para impedir que hablase. Primero Françoise, después Fouan: el matar a la una les había forzado a matar al otro. ¿A quién le tocaría ahora el turno? Y pensaba para sus adentros que le correspondía a él: sabían desde luego que estaba en el secreto, y recibiría un balazo en cualquier rincón del bosque, si se obstinaba en permanecer en el pueblo. ¿Por qué, entonces, no denunciarles enseguida? Decididamente, en cuanto se levantasen iría a contárselo a los gendarmes. Después, la vacilación le retuvo, sintió cierta desconfianza hacia aquel terrible asunto, en el que era preciso su testimonio, temiendo que llegase a sufrir tanto como los culpables. Sin duda no era muy valiente, pero se daba a sí mismo una excusa, repitiéndose a cada momento que, al no hablar, obedecía la última voluntad de Françoise. Veinte veces durante la noche, tan pronto quiso como dejó de querer, sintiéndose enfermo ante ese deber cuyo cumplimiento le hacía retroceder.

Cuando, a eso de las nueve, Jean saltó del lecho, se lavó la cabeza en una palangana de agua fría. Bruscamente tomó una resolución: no contaría nada a nadie, ni siquiera entablaría demanda para recobrar la mitad que le correspondía de los muebles. No merecía la pena molestarse. Una especie de orgullo le hacía sentirse firme, contento con no formar parte de aquella pandilla, de toda esa serie de bellacos, de ser en fin el forastero, como solían

llamarle. Ya podían devorarse entre sí. ¡Menudo desahogo si llegaban a engullirse los unos a los otros! El sufrimiento, el disgusto de los diez años pasados en Rognes, le remontaban del pecho en una ola de cólera. ¡Decir que se sintió tan dichoso, el día en que acabó el servicio, después de la guerra de Italia, con sólo pensar que ya no volvería a vestir el uniforme ni a arrastrar el sable, teniendo como solo oficio matar a la gente! Y había sido precisamente a partir de entonces cuando tuvo que vivir las más sucias historias, en medio de verdaderos salvajes. Desde su matrimonio había tenido el corazón en vilo; pero ahora las cosas se habían agravado, dedicándose a robar y asesinar. ¡Auténticos lobos soltados a través de la llanura, tan grande y calmada de por sí! ¡No, no, con lo vivido tenía bastante, aquellas bestias hambrientas le echaban materialmente de la campiña! ¿Por qué acosar a una pareja, la hembra y el macho, cuando habría que destruir a la manada entera? Prefería marcharse.

En aquel momento, su vista se detuvo en un periódico que había subido la víspera de la taberna. Mostrábase interesado por un artículo que traía el mismo sobre la próxima guerra, aquellos rumores de guerra que circulaban por doquier y que tenían espantados a todos; y lo que todavía ignoraba en el fondo de su propio fuero interno, lo que la noticia había despertado a modo de impulso inconsciente, toda una llama mal extinguida, renacía y volvía a encenderse de nuevo, repentinamente. Lo que últimamente le había hecho vacilar en irse, esa idea de que no sabía donde ir, fue dejada de lado, barrida como por un huracán. ¡Cómo no! Iría a luchar, se incorporaría al ejército. Yo había servido a la patria y saldado su deuda con ella; pero ¿eso qué importaba?, cuando ya no se tiene oficio, cuando la vida no hace sino fastidiarle a uno y la nación se ve atacada por el enemigo, lo mejor es sumarse a la lucha contra el mismo. Toda una sensación de alivio, algo así como un gozo sombrío levantaba su ánimo. Se vistió, pues, silbando los toques de corneta que le impulsaban a la batalla en Italia. Le servía de alivio la esperanza de acabar con los prusianos; puesto que no había encontrado la paz en este rincón del mundo, donde las familias se destrozaban entre sí, lo mismo daba que volviera a la matanza. Cuanto más matase, mayormente se teñiría de rojo la tierra, y más se sentiría vengado, en esta maldita existencia de dolor y de miseria que los hombres le habían dado.

Cuando Jean hubo descendido de su habitación, comió dos huevos y un pedazo de tocino que Flore le sirvió. E inmediatamente después llamó a Lengaigne para liquidar su cuenta.

—¿Se va usted de aquí, Caporal?

—Sí.

—Se marcha usted, pero volverá, ¿no es así?

—No.

El tabernero, asombrado, no cesaba de mirarle, aunque reservando para sí las reflexiones que pudiera estar haciendo. ¿Renunciaba entonces el muy bobo a defender su derecho?

—¿Qué es lo que piensa hacer ahora? ¿Volverá quizás a su antiguo oficio de carpintero?

—No, seré soldado.

Lengaigne, con los ojos desorbitados por un gesto de estupefacción, no pudo contener una risa de desprecio. ¡Ah! ¡Pedazo de imbécil!

Había tomado ya por la ruta que conduce a Cloyes, cuando detuvo a Jean un último impulso de ternura que le hizo remontar la pendiente. No quería abandonar Rognes sin decir adiós a la tumba de Françoise. Otra cosa le arrastraba también: el deseo de contemplar por última vez la inmensa llanura, la triste Beauce, a la que había acabado por amar en sus largas y solitarias horas de trabajo.

Detrás de la iglesia, se abría el cementerio, cercado por un pequeño muro medio derruido y tan bajo que, desde en medio de las tumbas, la mirada alcanzaba libremente de uno a otro extremo del horizonte. Un pálido sol de marzo teñía de blanco el cielo, velado por vapores, de la finura de la seda y apenas avivados por una brizna de azul; y bajo aquella suave luminosidad, la Beauce, entumecida por los fríos del invierno, parecía querer retardar su sueño, como esas perezosas durmientes que ya no vuelven a cerrar los ojos, pero que evitan moverse, para regodearse en su gandulería. Las lejanías aparecían anegadas, la llanura semejava ensanchada, poniendo al descubierto y ofreciendo a la vista los cuadrados ya verdes de sus trigos, avenas y centenos de otoño, mientras que en los campos de labor que permanecieron desnudos, había empezado las sementeras de primavera. Por todos lados, en medio de los grasientos terrones, veíanse hombres que marcaban el paso, con el gesto y movimientos característicos de la siembra. Y podía contemplarse como lanzaban al vuelo aquella semilla, limpia, dorada, escapando cual polvo viviente del puño de los sembradores más próximos. Luego, proyectando la vista más hacia lo lejos, los sembradores se repetían hasta perderse en el infinito, y la semilla parecía envolverles en una onda, dando la impresión de no constituir otra cosa, ya a lo lejos de todo, que la vibración misma de la luz. A una distancia de muchas leguas, sobre los cuatro puntos cardinales de aquella extensión sin límites, la vida del futuro verano llovía a pleno sol.

Frente a la tumba de Françoise, Jean permaneció de pie. Se hallaba esa tumba en medio de una hilera, y la fosa del tío Fouan, abierta, esperaba a su lado. Hierbas locas invadían el cementerio, jamás el consejo municipal se había resignado a votar cincuenta francos para que el guarda rural procediese a su limpieza. Cruces y nichos habían ido pudriéndose sobre el mismo terreno, algunas piedras enmohecidas resistían mayormente; pero el encanto de aquel rincón solitario, era su propio abandono, esa profunda tranquilidad sólo turbada por los graznidos de los viejos cuervos girando alrededor del campanario. Dormíase allí en un extremo del mundo, en la humildad y el olvido de todo. Y Jean, penetrado de esa paz de la muerte, mostraba particular interés por la amplia Beauce, por las semillas que la llenaban con un escalofrío de vida, cuando la campana se puso a sonar lentamente, tres golpes, luego otros dos y, finalmente, un volteo. Era el cuerpo de Fouan, que levantaban en aquel momento y se disponían a traer.

El sepulturero, un patituerto, llegó arrastrando su pierna para echar una ojeada a la fosa.

—Es demasiado pequeña —quiso recalcar Jean, que permanecía allí, conmovido, pero deseoso de contemplar.

—¡Nada de eso! —respondió el cojo—. Al abrasarse quedó muy reducido.

La antevíspera, los Buteau habían estado temblando y con el alma en un hilo hasta que giró su visita el doctor Finet. Pero la única preocupación del doctor consistió en librar rápidamente el certificado de defunción, para evitarse más viajes. Vino, contempló el cadáver, miró a su alrededor y la emprendió contra la estupidez y mala costumbre de las familias que dejan la vela en manos de viejos cuyo cerebro flaquea; y si alguna sospecha pasó por su mente, tuvo la prudencia de no exteriorizarla. ¡Bendito sea Dios! ¡Qué obstinación en vivir la de ese viejo, aún estando medio asado! Eran tantas las cosas que había visto en el ejercicio de su profesión, que aquello no tenía gran importancia. En su natural despreocupación, mezcla de rencor y de desprecio, se contentó con encogerse de hombros. ¡Sucia raza la de aquellos campesinos!

Tranquilizados ya bajo este aspecto, sólo les quedó a los Buteau aguantar la reacción de la familia, prevista y esperada a pie firme. En cuanto la Grande hizo acto de presencia, estallaron en lágrimas, para mejor sostener su serenidad. La vieja, sorprendida, no hacía más que observarles, considerando poco astuto tan exagerados lloros; por lo demás, si se dignaba ir por allí, era con el exclusivo objeto de distraerse un poco, pues nada tenía que ver con la

herencia. El peligro empezó cuando aparecieron Fanny y Delhomme. Éste precisamente acababa de ser nombrado alcalde, en sustitución de Macqueron, lo que enorgullecía tanto a su mujer, que no cabía dentro de su piel. Había sabido mantener su juramento, el padre había muerto sin que se reconciliase con él; y la llaga de su susceptibilidad todavía sangraba, hasta el punto de permanecer ante el cadáver, incólume y sin derramar lágrimas. Pero, a poco, se oyeron unos sollozos; era Jesucristo que llegaba muy bebido. Regó el cuerpo del difunto con sus lágrimas y estuvo berreando que aquél constituía un golpe del que nunca llegaría a reponerse.

Mientras tanto, en la cocina, Lise había preparado unos vasos de vino; y empezaron a charlar entre ellos. Inmediatamente, quedó fuera de toda discusión lo relativo a los ciento cincuenta francos de renta provenientes de la casa, puesto que lo pactado era que seguirían correspondiendo a los hijos que últimamente hubieran tenido el viejo a su cuidado. Sólo quedaba, en consecuencia, lo de los ahorros. Y entonces fue cuando Buteau se salió con su historia, explicando cómo el viejo había cogido los títulos de debajo del mármol de la cómoda y debía estar contemplándolos de noche, por placer, cuando incendió su cuerpo con la vela. Tan cierto era aquello, que se había encontrado la ceniza de los papeles en cuestión: la gente podría atestiguarlo, la Frimat, la Bécu y otras muchas personas. Durante su relato todos le contemplaron sin que él se turbase en lo más mínimo, dándose continuamente golpes en el pecho y asegurando que era la pura verdad. Evidentemente, la familia sabía a qué atenerse; pero a él le tenía sin cuidado con tal de que no le mareasen y pudiera guardarse el dinero. Por lo demás, con su franqueza de mujer orgullosa, Fanny se solazó lo suyo, tratándoles de asesinos y ladrones. ¡Sí! Ellos eran quienes habían incendiado al padre, aprovechando la ocasión para robarle. ¡Era algo que saltaba a la vista! Los Buteau respondieron violentamente, profiriendo una serie de injurias y de acusaciones abominables. ¡Ah! ¡Pretendían que fueran ellos quienes cargasen con el mochuelo! ¿Qué podían decir, en cambio, de la sopa envenenada que estuvo a punto de hacer reventar al viejo en casa de su hija? Era mucho lo que tenían que hablar sobre los otros, si se empeñaban en seguir atacando. Jesucristo se había puesto a llorar de nuevo a dar alaridos de tristeza, ante el hecho de que fuesen posibles semejantes crímenes. ¡Bendito sea Dios! ¡Su pobre padre! ¿Se concebía que hubiera hijos lo bastante canallas como para asar al padre? La Grande no hacía más que soltar frases, con vistas a atizar la riña. Entonces, Delhomme, inquieto ante aquella escena, se levantó para cerrar puertas y ventanas. Actualmente tenía una posición oficial que defender, aunque estaba

dispuesto, como siempre, a buscar una solución razonable. Por ello, acabó manifestando que semejantes cosas no debían ser tratadas en público. ¡Aviados estarían si se enteraban los vecinos del pueblo! Intervendría la justicia y los buenos quizá perdieran más que los malos. Callaron todos: le sobraba razón, de nada les serviría intentar lavar su ropa sucia entre los jueces. Buteau les aterrorizaba, el muy bandido era capaz de arruinarles a todos.

La Grande se quedó allí para tomar el café de la velada, y los demás se fueron, de forma poco cortés, como se sabe de casa de alguien a quien se desprecia. Pero los Buteau se reían de todo, y mucho más desde que guardaban consigo el dinero, con la certidumbre además, en aquellos momentos, de que cesarían de ser atormentados. Lise recobró su aplomo, y Buteau, queriendo hacer bien las cosas, encargó el ataúd y se acercó al cementerio, para asegurarse del sitio donde se cavaría la fosa. Es preciso decir a este respecto que, en Rognes, los campesinos que se odiaron en vida, no quieren reposar uno al lado del otro cuando les llega la hora de la muerte. Por ello, cuando la fatalidad hace que dos enemigos mueran casi simultáneamente, ello es motivo de enorme engorro para la autoridad, pues la familia del muerto en segundo lugar, habla siempre de conservarlo consigo antes que permitir le entierren al lado del otro. Precisamente en la época en que Macqueron fuera alcalde, había abusado de su situación para comprarse un terreno, al margen de la consabida hilera; lo malo era que ese terreno lindaba con aquél en que se hallaba el padre de Lengaigne, y en donde el propio Lengaigne tenía reservado su sitio; y, desde aquel entonces, éste último no cesaba en su cólera, la larga lucha con su rival iba tomando incremento, y el solo hecho de pensar que sus restos se pudrirían al lado de los de aquel tipo, iba a agriarle los últimos días de su existencia. Fue, pues, obedeciendo a este impulso por lo que Buteau se salió de sus casillas, en cuanto hubo inspeccionado el terreno escogido para enterrar a su padre. Por el lado izquierdo tendría a Françoise, lo que encontraba desde luego conforme; sólo que la mala suerte hacía que en la hilera superior, precisamente enfrente, se encontrase la tumba de la difunta mujer del tío Saucisse, al lado de la cual tenía reservado un sitio su marido, de manera que cuando aquel fullero de tío Saucisse reventara, vendría a tener los pies sobre el cráneo del tío Fouan. ¿Podía soportarse ni siquiera un minuto semejante idea? Dos viejos que se detestaban, sobre todo después de lo de la renta vitalicia; y el más bellaco de los dos, el que había engañado al otro, estaría danzando sobre su cabeza durante toda la eternidad. ¡No, Dios mío, eso nunca! Si la familia tuviera tan mal corazón como para tolerar aquello, los huesos del tío Fouan se hubieran

revolucionado dentro del ataúd contra los del tío Saucisse. Rebosando indignación, Buteau bajó a la alcaldía para protestar y cayó sobre Delhomme con la pretensión de forzarle, ahora que era alcalde, a que le asignara otra tumba. Luego, al ver que el cuñado se negaba a salirse de la costumbre, alegando el deplorable ejemplo de Macqueron y de Lengaigne, Buteau le trató de cobarde, acusándole también de haberse vendido, y vociferando desde en medio del camino que sólo él podía considerarse un buen hijo, puesto que a los demás miembros de la familia poco se les importaba saber si el padre descansaría a gusto o no en su última morada. Buscaba amotinar al pueblo y regresó indignado.

Delhomme acababa de topar con un entorpecimiento todavía más grave. El abate Madeline había partido la antevíspera, y Rognes se hallaba de nuevo sin sacerdote. El ensayo de alimentar uno que residiera allí, ese lujo costoso de tener una parroquia propia, había dado tan mal resultado, que el consejo municipal se había pronunciado por la supresión del crédito correspondiente y por el retorno al antiguo estado de cosas, es decir, la iglesia simplemente atendida por el párroco de Bazoches-le-Doyen. Pero el abate Godard, a pesar de las consideraciones que monseñor le había hecho, se negaba a atender aquel pueblo, exasperado con la marcha de su colega, acusando a los habitantes de Rognes de haber medio asesinado a aquel pobre hombre, con el solo y único objeto de forzarle a él a volver. Clamaba ya por todas partes que no iría el domingo siguiente a decir la misa, cuando la brusca muerte de Fouan vino a complicar las cosas, hasta adquirir carácter agudo. Un entierro no es lo mismo que una misa, pues no tiene espera. Dichoso en el fondo por la circunstancia que se daba, con la malicia de su sentido lógico, Delhomme tomó la decisión de trasladarse en persona a Bazoches, para tratar con el cura. En cuanto éste último le vio, sus sienes se hincharon y su rostro se amarató, rechazándole con un simple ademán, sin dejarle abrir la boca. ¡No! ¡No! ¡No! ¡Antes se resignaría a perder la parroquia! Y cuando supo además que se trataba de un entierro, su furor aumentó ¡Oh! ¡Aquellos paganos se morían ex profeso para crearle complicaciones! Creían que de ese modo le obligarían a ceder. ¡Pues bien!, ya se encargarán de despacharse ellos solos. ¡No sería él quien les ayudase a subir al Cielo! Delhomme esperaba apaciblemente a que esa primera ola de furor hubiera pasado; a continuación, se permitió exponer sus propias ideas sobre el particular, no se rehusaba el agua bendita más que a los perros, a un muerto no podía dejársele sin enterrar; sacó a relucir, en fin, sus razones personales, se trataba de la muerte de su suegro, el suegro del alcalde de Rognes. La ceremonia, según sus razonamientos, tendría que

celebrarse la mañana siguiente a las diez. ¡No! ¡No! ¡No! El abate Godard forcejeaba, parecía que se iba a ahogar, y el campesino, con la esperanza de que por la noche lo pensaría mejor, tuvo que dejarle sin haber podido torcer su voluntad.

—¡Le digo que no! —le aseguró por última vez el sacerdote, ya en el umbral de la puerta—. No haga tocar las campanas... ¡No! ¡Mil veces no!

Al día siguiente por la mañana, Bécu recibió del alcalde la orden de tocar a las diez. Ya se veía lo que ocurría. En casa de los Buteau, todo se hallaba a punto, el cadáver había sido colocado la víspera en su ataúd, bajo el experto control de la Grande. La habitación había sido limpiada y acondicionada, ningún resto quedaba ya del incendio que no fuera el propio muerto metido en su féretro. Y la campana estaba sonando, cuando la familia, reunida frente a la casa para acompañar al cadáver, vio llegar al abate Godard por la calle de Macqueron, lanzando resoplidos por la carrera que se había dado, tan sonrojado y furioso que no hacía más que balancear su tricornio con mano violenta, la cabeza al descubierto por miedo a que le diese un ataque. No miró a nadie y se abismó en el interior de la iglesia, para reaparecer enseguida con la sobrepelliz puesta, precedido de dos monaguillos, de los cuales uno llevaba la cruz y otro el hisopo del agua bendita. A toda prisa, soltó sobre el cuerpo del difunto un rápido balbuceo; y sin preocuparle si los sepultureros le seguían o no con el ataúd, se volvió a la iglesia, donde empezó la misa a un ritmo de ventolera. Clou y su trombón, lo mismo que los cantores, se esforzaban por seguirle. Sentada en primera fila, se hallaba la familia, Buteau y Lise, Fanny y Delhomme, Jesucristo y la Grande. El señor Badeuil, que honraba el cortejo con su presencia, había excusado a su esposa, por haber marchado hacía dos días a Chartres, con Élodie y Nénesse. En cuanto a la Trouille, en el momento de disponerse a ir, se había dado cuenta de que faltaban tresocas y había escapado en su busca. Detrás de Lise, los pequeños Laure y Lise, permanecían inmóviles, muy juiciosos, con los brazos cruzados y los ojos desmesuradamente abiertos. En los demás bancos se agolpaba un sinnúmero de conocidos, mujeres sobre todo: la Frimat, la Bécu, Coelina, Flore, una concurrencia de la que podían estar orgullosos. Antes del prefacio, cuando el cura se volvió hacia los fieles, abrió los brazos terriblemente, como para abofetearles. Bécu, muy bebido como siempre, seguía tocando.

En suma, que resultó una misa correcta, aunque llevada a un ritmo excesivamente rápido. La gente no se lo tomó a mal, sonreía por el contrario ante la cólera del abate, al que sabían excusar; después de todo, era natural

que estuviera disgustado por su derrota, al igual que todos se alegraban de la victoria de Rognes.

Acabada la misa, el hisopo pasó de mano en mano, volviendo a formarse el cortejo fúnebre: la cruz, los cantores, Clou y su trombón, el cura, sofocado por la prisa con que había actuado, el féretro que transportaba cuatro campesinos, la familia y a continuación los demás asistentes. Bécu se había puesto a tocar tan fuerte, que los cuervos del campanario echaron a volar con graznidos de angustia. Poco después se entró en el cementerio, para lo cual no había más que dar la vuelta a la iglesia. Los cánticos y la música adquirieron mayor sonoridad, en medio del silencio reinante, bajo un sol velado por los vapores, que caldeaba la escalofriante paz de las hierbas locas. Y, bañado de aquella manera por la plena luz del sol, al aire libre, el ataúd apareció de pronto tan pequeño, que todos experimentaron la misma angustia. Jean, que había permanecido allí, experimentó también un sobrecogimiento. ¡Ah! ¡Aquel pobre viejo, tan descarnado por la edad, tan empequeñecido por la miseria de la vida, lo a gusto que se encontraría en aquella cajita de nada! No sería mucho el sitio que ocupara, ya no estorbaría demasiado a aquella tierra, la vasta tierra que como única pasión le había quemado hasta fundir sus músculos. El cuerpo había sido colocado al borde de la fosa, pero la mirada de Jean, que le seguía, fue a posarse más lejos, traspasando el muro del cementerio, para abarcar la Beauce de uno a otro extremo y, en pleno desempeño de su labor, volvía con la vista a encontrar a los sembradores, extendiéndose hasta el infinito, con su ininterrumpido movimiento ondulante, dejando caer la simiente en forma de lluvia sobre los abiertos surcos.

Los Buteau, en cuanto percibieron a Jean, cruzaron entre sí una mirada de inquietud. ¿Estaría esperándoles allí aquel tipo para darles un escándalo? Mientras supieran que se hallaba en Rognes, no podrían dormir tranquilos. El monaguillo que sostenía la cruz acababa de plantarla al pie de la fosa, mientras el abate Godard rezaba velozmente sus últimas plegarias, de pie ante el ataúd, posado sobre la hierba. Pero los asistentes distrajerón su atención al observar que Macqueron y Lengaigne, llegados con retraso, no hacían más que mirar obstinadamente hacia la llanura. Todos volvieron su mirada hacia aquel lado, atraídos por una gran humareda que ascendía hacia el cielo. Aquello debía ser la Borderie, donde hubiérase dicho que los pajares ardían, detrás de la granja.

—*Ego sum...*, —lanzó furiosamente el cura.

Los rostros se volvieron hacia él y los ojos se posaron otra vez sobre el ataúd; sólo el señor Badeuil continuó en voz baja una conversación que

sostenía con Delhomme. Había recibido por la mañana una carta de su esposa, y estaba encantado. Apenas llegada a Chartres, Élodie se había mostrado deslumbrante, tan enérgica y suspicaz como pudiera serlo Nénesse. ¡Había arrollado a su padre y tenía ya en su mano las riendas de la casa! ¡Se trataba de un don congénito, tenía vista y mano dura! Y el señor Badeuil sentíase enternecido en medio de su vejez, dichoso al pensar en sus colecciones de rosales y claveles de su propiedad de Roseblanche, que crecerían más pujantes que nunca, y en donde los pájaros de su pajarera volvía a entonar sus cantos, cuya dulzura le removía el alma.

—¡Amen! —dijo en voz alta el monaguillo que llevaba el agua bendita.

A renglón seguido, el abate Godard entonó con su voz colérica:

—*De profundis clamavi ad te, Domine...*

Y continuó rezando, mientras Jesucristo, que se había llevado a un lado a Fanny, arremetió violentamente contra los Buteau.

—El otro día, si no hubiera estado tan bebido... Pero resulta estúpido eso de dejarnos robar así como así.

—Puestos a ser robados, hemos de procurar intimidarle —murmuró Fanny.

—El caso es —continuó Jesucristo—, que esos canallas tienen los títulos en su poder... Hace ya tiempo que los vienen disfrutando, después de haber llegado a un acuerdo con el tío Saucisse; me consta... ¡Maldita sea! ¿Vamos a dejar de ponerles un pleito?

Fanny retrocedió al oírle, rehusando vivamente.

—¡No, no, yo, desde luego, no! Bastante tengo con mis cosas... Si quieres, hazlo tú.

Jesucristo dejó traslucir a su vez un gesto de temor y de abandono. Desde el momento en que no podía complicar en el asunto a la hermana, él no estaba muy seguro de sus relaciones personales con la justicia.

—¡Oh! Yo es que... A veces se imagina uno cosas... No importa; cuando uno se comporta honradamente, la mejor recompensa consiste en poder ir siempre con la cabeza bien alta.

La Grande, que estaba a la escucha, le vio erguirse con gesto de dignidad. Siempre le había acusado de ser un pillo redomado. Por eso le daba lástima que semejante bribón no fuese a casa del hermano a destrozarlo todo, para hacerse con su parte. Y, con el fin de mofarse lo mismo de él que de su hermana, les repitió su acostumbrada promesa, sin transición, como si cayera llovida del cielo.

—¡Ah! Por lo que a mí se refiere, podéis estar seguros de que no pienso perjudicar a nadie. Los papeles están en regla hace ya tiempo. A cada cual la parte que le corresponde; no sabría morir tranquila si favoreciera a uno en particular. Hyacinthe está incluido, y tú también, Fanny... Tengo ya noventa años. ¡Todo llegará, todo llegará un día!

No creía sin embargo una sola palabra de lo que estaba diciendo, resuelto como estaba a no acabar nunca, en su obstinación de poseer. Ella los enterraría a todos. Ahora era a su hermano, uno más, al que veía partir. Cuanto estaban haciendo allí, el muerto que habían traído, aquella fosa abierta, esta última ceremonia, parecía como si se estuviera representando más para los vecinos que para ella. Alta y escuálida, con el bastón bajo el brazo, permanecía plantada en medio de las tumbas, sin experimentar ninguna emoción, con la sola curiosidad de observar en los otros ese horror hacia la muerte que reflejaban sus semblantes.

El sacerdote mascullaba el último versículo del salmo.

—*Et ipse redimet Israel ex omnibus iniquitatibus ejus.*

Cogió el hisopo del recipiente de agua bendita y lo sacudió sobre el ataúd, elevando el tono de voz.

—*Requiescat in pace.*

—*Amén* —respondieron los dos monaguillos.

El ataúd fue bajado a la fosa. El sepulturero lo había sujetado con unas cuerdas, y dos hombres fueron suficientes, pues aquello no pesaba más que el cuerpo de un niño. Luego empezó otra vez el desfile, de nuevo el hisopo pasó de mano en mano, haciendo cada uno la señal de la cruz encima de la fosa.

Jean, que se había acercado al grupo, lo recibió de manos del señor Badeuil, y sus ojos se zambulleron en el fondo del hoyo. Estaba deslumbrado por completo debido al largo rato que había pasado contemplando la inmensa Beauce, los sembradores hundiendo en la tierra el futuro pan, del uno al otro extremo de la llanura, hasta los luminosos vapores del horizonte, en donde se perdían sus siluetas. Sin embargo, en la tierra, distinguió el ataúd, disminuido más aún, con su estrecha tapa de abeto, del color amarillo del trigo; terrones grasientos resbalados encima lo cubrían a medias, de forma que no veía más que una mancha pálida, semejante a un puñado de aquel trigo que los compañeros, allá abajo, lanzaban sobre los surcos. Agitó el hisopo, y lo pasó a Jesucristo.

—¡Señor cura! ¡Señor cura! —llamó discretamente Delhomme.

Corría tras el abate Godard, que, terminada la ceremonia, se iba ya con su paso de tempestad, olvidándose de sus monaguillos.

—¿Se le ofrece algo más? —preguntó el sacerdote.

—Es para agradecerle su atención... El domingo, entonces, habrá misa a las nueve, como siempre, ¿no es eso?

A continuación, como el cura le mirase fijamente, sin responder, se apresuró a añadir:

—Tenemos a una pobre mujer muy enferma, completamente sola además y sin un céntimo... Rosalie, la remendadora de sillas, usted ya la conoce... Le envié algún alimento, pero no me es posible hacerlo todo.

El semblante del abate Godard se había distendido; un escalofrío de silenciosa caridad se había llevado consigo la violencia. Rebuscó en sus bolsillos con desespero, pero no encontró más que siete sueldos.

—Présteme cinco francos, se los devolveré el domingo... ¡Hasta el domingo!

Y partió, sofocado por un nuevo apresuramiento. Seguramente el buen Dios que le forzaban a traer, enviaría al infierno a todos esos malditos de Rognes; sin embargo, eso no era razón para dejarles sufrir tanto en esta vida.

Cuando Delhomme volvió a unirse a los demás, fue a caer en medio de una terrible disputa. Al principio la concurrencia se había entretenido siguiendo con los ojos las paletadas de tierra que el sepulturero lanzaba sobre el ataúd. Pero, habiendo querido el azar colocar a Macqueron junto a Lengaigne, al borde del hoyo, éste acababa de apostrofar duramente al primero, a propósito de la cuestión de los terrenos. Y la familia, que se disponía a alejarse, permaneció quieta, apasionándose muy pronto, hasta intervenir abiertamente en la batalla, que las paletadas de tierra acompasaban con sus profundos y regulares golpes.

—No tenías ningún derecho —gritaba Lengaigne—. Te aprovechaste de que eras alcalde, pero tenías que haber seguido la hilera. ¿Ha sido, pues, con idea de fastidiarme, por lo que viniste a situarte cerca de papá?... Pero ¡maldita sea, todavía no estás dentro!

Macqueron respondía:

—¿Quieres dejarme de una vez?... He pagado, y estoy en mi casa. Y vendré a ella, no te quepa duda; no va a ser un puerco de tu calaña el que me lo impida.

Los dos habían ido empujándose, y se encontraban ya delante de sus respectivas concesiones, de los escasos pies de tierra donde habían de dormir el sueño eterno.

—Pero, maldito cobarde, ¿no significa nada para ti la idea de que de esta manera nuestras osamentas estarán juntas, como si se tratara de un par de

auténticos buenos amigos? A mí eso me hace bullir la sangre... ¡Estarse devorando mutuamente toda la vida y acabar haciendo las paces ahí, estirado el uno al lado del otro, tan tranquilos! ¡No, no, nada de reconciliaciones! ¡Eso jamás!

—¡Me tiene sin cuidado! Estoy demasiado harto de ti para que llegue a inquietarme el saber si te estás pudriendo cerca de mí.

Aquel desprecio acabó de exasperar a Lengaigne. Y balbuceó que, si era el último en reventar, vendría por la noche a desenterrar los huesos de Macqueron. Cuando el otro le respondía en tono burlón que eso ya se veía, las mujeres se mezclaron en la disputa. Coelina, furiosa, la emprendió con su marido.

—No tienes ninguna razón; ya te dije en muchas ocasiones que no tienes corazón... Si te obstinas, acabarás quedándote ahí sólo en tu agujero. Yo me iré a otra parte; no quiero hacerme envenenar por esa marrana.

Y señalaba con el mentón a Flore; pero ésta, aunque abatida y quejumbrosa, replicó enseguida:

—Falta saber quién echaría a perder a quien... No sufras, no te disgustes, querida. No tengo ningunas ganas de que tu carroña corrompa la mía.

Fue necesario que la Bécu y la Frimat intervinieran para separarlas.

—Vamos, vamos —repetía la primera—, puesto que están de acuerdo y no van a estar juntas... Cada uno piensa a su manera y es libre de escoger su vecindad.

La Frimat dio su aprobación.

—Desde luego, es natural... Por eso, teniendo como tengo a mi viejo a punto de morir, mejor preferiría guardarle que dejar que lo colocaran junto al tío Couillot, con el cual estuvo indispuesto en su día.

Las lágrimas habían acudido a sus ojos, con sólo pensar que su parálítico quizá no pasase de aquella semana. La víspera, al querer acostarle, había caído al suelo junto con él, y, a no dudarlo, cuando él muriese, ella no tardaría en seguirle.

Pero Lengaigne, con gesto brusco, se agarró a Delhomme, que regresaba en aquel instante.

—Escucha, tú que eres justo, es preciso sacarlo de ahí, y remitirle a la cola, junto con los demás.

Macqueron se encogió de hombros, y Delhomme confirmó el criterio de que, desde el momento en que había pagado, el terreno le pertenecía. No había que hablar más de ello; eso era todo. Entonces Buteau, que se esforzaba por permanecer en calma, no pudo evitar salirse de sus casillas. La familia se

hallaba a la expectativa con cierta reserva; los sordos golpes de las paletadas de tierra continuaban cayendo sobre el ataúd del viejo. Pero su indignación era demasiado fuerte, por lo que, mostrándole con un gesto a Delhomme, gritó a Lengaigne:

—¡Oh! ¡Aviado estás si cuentas con ése para que comprenda un sentimiento! ¡Ha enterrado a su padre al lado de un ladrón!

Se armó entonces un escándalo; la familia tomaba cartas en el asunto; Fanny trataba de contener a su marido, diciendo que el auténtico error, cuando perdieron a su madre Rose, consistió en no haber adquirido, al lado de su tumba, un terreno para el padre; en tanto que Jesucristo y la Grande la emprendían a su vez con Delhomme, revolucionándose también ellos por la vecindad del tío Saucisse, considerándolo algo inhumano, para lo que no existía excusa. El señor Badeuil era de la misma opinión, pero con mesura.

Allí nadie se entendía ya, cuando Buteau, dominando el tumulto con sus gritos, vociferó:

—¡Sí, sus huesos se removerán en la tierra para devorarse unos a otros!

De repente, parientes, amigos, relaciones, todos los allí presentes, parecieron coincidir con su criterio. La realidad era esa, bien claro lo había dicho: los huesos se revolverían bajo la tierra. Los Fouan acabarían de devorarse entre sí; Lengaigne y Macqueron, seguirían disputando en la podredumbre; las mujeres, Coelina, Flore, la Bécu, continuarían envenenándose con sus lenguas y sus uñas. No era posible acostarse juntos ni aun enterrados, cuando el rencor estaba de por medio. Y, en aquel soleado cementerio, bajo la paz de las hierbas salvajes y entre ataúd y ataúd, tenía lugar una feroz batalla entre los muertos, una batalla sin tregua, la misma que en la superficie y entre las tumbas libraban entre sí aquellos seres vivos.

Un grito de Jean les separó, haciendo que todos volvieran la cabeza.

—¡Es la Borderie lo que está ardiendo!

Ahora ya no quedaba ninguna duda; las llamas escapaban de las techumbres, vacilantes y pálidas a la plena luz del día. Una densa humareda se deslizaba suavemente hacia el Norte. Y desde allí pudo percibirse a la Trouille, que volvía de la granja a todo correr. Yendo en busca de sus ocas, había observado las primeras llamas, recreándose a continuación con el espectáculo, hasta que la idea de ir a contarlo a los demás la había hecho emprender su loca carrera. Saltó a horcajadas sobre el pequeño muro, y se puso a gritar con su voz aguda de rapaza.

—¡Oh! ¡Todo aquello está ardiendo! Ha sido ese gran puerco de Tron, que volvió para prenderle fuego; y en tres lugares distintos además, en la granja,

en la cuadra y en la cocina. Le pescaron cuando estaba incendiando la paja, dejándole los carreteros medio molido... Los caballos, las vacas y los corderos son pasto de las llamas. ¡Hay que oírles bramar!

Los ojos de la muchacha relucían; de repente estalló en risas.

—¿Pues y la Cognette? Ya saben que estaba enferma desde la muerte del amo. Debieron dejarla olvidada en su lecho... Apenas ha tenido tiempo de salvarse en camisa. ¡Ah! ¡Lo divertido que debía ser verla correr por los campos con las nalgas desnudas!

Un nuevo acceso de alegría hizo que se retorciese de risa.

—Vengan, es muy divertido... Yo vuelvo.

Dio un salto y reemprendió su loca carrera hacia la Borderie en llamas.

El señor Badeuil, Delhomme, Macqueron y casi todos los campesinos la siguieron, mientras las mujeres, con la Grande a la cabeza, abandonaban también el cementerio y se dirigían hacia la carretera para ver mejor el espectáculo. Buteau y Lise habíanse quedado allí, y ésta detuvo unos instantes a Lengaigne, deseosa de interrogarle acerca de Jean, aunque sin querer aparentarlo. ¿Había encontrado trabajo, puesto que seguía viviendo en el pueblo? Cuando el tabernero le hubo respondido que se iba para incorporarse a filas, Lise y Buteau, tranquilizados al ver que se les quitaba un peso de encima, reaccionaron con la misma frase.

—¡Menudo estúpido!

Asunto acabado, volverían a vivir dichosos. Lanzaron una mirada a la fosa de Fouan, que el sepulturero estaba acabando de llenar. Y como sea que los dos pequeños se entretuvieran mirando, la madre les llamó:

—Jules, Laure, ¡andando!... Y procurar ser juiciosos y obedientes, o vendrá ese hombre a cogeros para meteros también bajo tierra.

Los Buteau partieron llevándose por delante a los niños, enterados de todo y que tenían sin embargo un aspecto muy razonable, con sus grandes ojos negros, abiertos de par en par, silenciosos y profundos.

Ya no quedaban en el cementerio más que Jean y Jesucristo. Este último, desdeñando el espectáculo, se contentaba con seguir el incendio desde lejos. Plantado entre dos tumbas, permanecía inmóvil, sus miradas parecían anegarse en un sueño, su faz entera de borrachín acabado era expresión de la melancolía final de toda filosofía. Quizá pensaba que la existencia acaba en una humareda. Y como las ideas serias le excitaban siempre más de la cuenta, acabó por alzar la pierna, inconscientemente, en medio de la vaguedad de sus sueños. Y soltó una ventosidad, luego dos, y finalmente una tercera.

—¡Válgame Dios! —dijo Bécu, muy bebido, que atravesaba en aquel momento el cementerio para dirigirse hacia el incendio.

Una cuarta ventosidad, soltada cuando pasaba por delante, le rozó tan de cerca, que creyó notar la detonación en su mejilla. Entonces, alejándose, le gritó al camarada:

—Si continúa ese viento, acabará lloviendo mierda.

Jesucristo hizo un gesto y se palpó.

—¡Toma! Ya lo creo, ahora mismo...

Y con las piernas separadas, salió disparado hacia un rincón del muro.

Jean se quedó solo. A lo lejos, de la Borderie devorada por el fuego, no se veían más que espesas humaredas sonrosadas, formando remolinos que proyectaban sus sombras sobre los campos de labor y los esparcidos sembradores. Y, lentamente, volvió la vista hacia abajo, contemplando los terrones de tierra fresca, bajo los cuales dormían Françoise y el viejo Fouan. Su malestar de la mañana, su repugnancia hacia las personas y las cosas, iba esfumándose, en medio de un profundo apaciguamiento. A pesar suyo, debido quizás a la tibieza del sol, se sentía invadido por un sentimiento de dulzura y de esperanza.

¡Sí! Su amo Hourdequin se había tomado grandes rabietas tratando de aplicar nuevos métodos de cultivo, pero poco bueno había sacado de la maquinaria, de los abonos y de toda aquella ciencia tal mal aplicada todavía. Luego, la Cognette había acabado de hundirle; también él reposaba en el cementerio y nada quedaba ya de la granja, cuyas cenizas se llevaba el viento. Pero ¡qué importaba!, ya podían arder los muros, que la tierra no se quemaría. Siempre quedaría la tierra, la nodriza, dispuesta a nutrir a quienes la sembraran. Contaba en todo caso esa tierra con el tiempo y el espacio, siempre dispuesta a producir trigo, en espera de que el hombre se las ingeniara para hacerle producir más.

Ocurría lo mismo que con esos cuentos de revolución y esos trastornos políticos que se anunciaban. El suelo, se decía, pasará a otras manos; las cosechas de aquellos otros países vendrán a aplastar las nuestras; ya no quedarán más que zarzas en nuestros campos. ¿Y después? ¿Es que se puede, acaso, perjudicar a la tierra? Bien tendrá que pertenecer a alguien, que se verá forzado a cultivarla para no perecer de hambre. Si durante años y años las malas hierbas crecieran en ella, eso contribuiría simplemente a que reposara por algún tiempo, para rejuvenecerse y convertirse en más fecunda. La tierra no toma parte en nuestras disputas de insectos rabiosos, no nos presta más

atención que la que pueda poner en las hormigas, trabajadora incansable, eternamente entregada a su tarea.

También se hallaban allí la sangre, las lágrimas, todo lo que se sufre y cuanto produce contrariedad, Françoise y Fouan, muertos, los bellacos triunfantes, la miseria sanguinaria y punzante de los pueblos, deshonrando y royendo la tierra. Sólo que, ¿quién era capaz de averiguarlo? Lo mismo que son tal vez necesarias las heladas que queman las cosechas, el granizo que las acuchilla y el rayo que las fulmina, también es posible que sea preciso verter sangre y lágrimas para que el mundo siga adelante. ¿Qué es lo que puede pesar nuestra desdicha dentro del grandioso mecanismo integrado por las estrellas y el sol? ¡Cómo se mofa de nosotros el buen Dios! No conseguimos nuestro pan más que a través de un duelo terrible y cotidiano. Sólo la tierra permanece inmortal; la madre de la cual salimos y a la que hemos de volver, esa madre a la que amamos hasta llegar al crimen, que rehace continuamente la vida con un fin que nosotros mismos ignoramos, permitiendo incluso que sigamos conservando nuestras abominaciones y nuestras miserias.

Durante largo rato, todos esos desvaríos confusos, mal planteados, anduvieron rondando por la mente de Jean. Pero una corneta sonó a lo lejos, la corneta de los bomberos de Bazoches-le-Doyen, que llegaban a la carrera, aunque demasiado tarde. Y, ante aquella llamada, Jean se enderezó de repente. Era la guerra que pasaba por en medio de la humareda, con sus caballos, sus cañones, su clamor de hecatombe. ¡La emoción le ahogaba! ¡Ah! ¡Todo sea por Dios! ¡Puesto que no se sentía con valor suficiente para trabajarla, al menos sabría defender la vieja y gloriosa tierra de Francia!

Y se iba ya, cuando, por última vez, paseó su mirada por las dos fosas, vírgenes de hierba, y por las tierras de labranza de la Beauce, que los sembradores llenaban con su continuo e incansable gesto. Muertos, simientes, y el pan seguiría manando de la tierra.





ÉMILE ZOLA (París 2 de abril de 1840- París 29 de septiembre de 1902) nació en una familia de origen veneciano. Después de unos años de bohemia literaria en París, Zola es jefe de publicidad de la librería Hachette y periodista literario. Escribe también sobre arte y alaba a los pintores de la Escuela de Batignolles (Edouard Manet), es decir, a los futuros impresionistas, lo que provoca un gran escándalo.

Para Zola, el novelista es como el naturalista y apuesta por una literatura de análisis inspirada por la ciencia. Toma partido contra el régimen monárquico y se deshace progresivamente de sus resabios románticos. Con el libro *Thértète Raquin* (1867) nos da su primera novela naturalista. Influida por las investigaciones científicas sobre las leyes genéticas y las pasiones, inicia una gran obra cíclica (1871-1893) a lo largo de veinte volúmenes: *Los Rougon-Macquart, historia natural y social de una familia durante el 2.º Imperio*. Otras novelas naturalistas describen el París popular en *La taberna* (1876), el mundo de las cortesanas en *Nana* (1880), el poder destructor del capital en *El paraíso de las damas* (1883), la mina y los mineros en *Germinal* (1885), los campesinos en *La tierra* (1887) y otras historias de dramas íntimos: *Los cuatro evangelios* (1889-1903). Toma partido en el caso Dreyfus con su artículo «Yo acuso» (13 de enero de 1898) que le obliga a exiliarse en Inglaterra, convirtiéndose así en el primer intelectual comprometido de la

época contemporánea. De vuelta a Francia un año después, con su fama literaria aún intacta, desempeña un influyente papel como intelectual en la opinión pública. Muere accidentalmente en 1902.